

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
Departamento de Historia Moderna



TESIS DOCTORAL

La historiografía argentina del Romanticismo

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

Eduardo Segovia Guerrero

DIRECTOR:

Antonio Rumeu de Armas

Madrid, 2015

Eduardo Segovia Guerrero

TP
1980
063



x-49-039629-0

LA HISTORIOGRAFIA ARGENTINA DEL ROMANTICISMO

Departamento de Historia Moderna
Facultad de Geografía e Historia
Universidad Complutense de Madrid
1980



BIBLIOTECA

© Eduardo Segovia Guerrero
Edita e imprime la Editorial de la Universidad
Complutense de Madrid. Servicio de Reprografía
Noviciado, 3 Madrid-8
Madrid, 1980
Xerox 9200 XB 480
Depósito Legal: M-14669-1980

EDUARDO SEGIVIA GUERRERO

LA HISTORIOGRAFIA ARGENTINA

DEL ROMANTICISMO

Tesis Doctoral

Director: D. Antonio Rumeu de Armas

Madrid, 1977

INTRODUCCION

ROMANTICISMO E HISTORIOGRAFIA

A principios del siglo XIX, y quizá a finales del siglo XVIII, un nuevo estado de conciencia anima a los pueblos europeos y hace que el pensamiento se encamine por nuevos rumbos, diferentes al marcado por el excesivo racionalismo que había derrumbado los fundamentos sociales, políticos y religiosos que prevalecieron hasta el siglo XVII en el que se produce lo que tan acertadamente ha llamado Paul Hazard, "la crisis de la conciencia europea" (1).

Puede considerarse que el romanticismo, tal el nombre del nuevo estado de ánimo, es un movimiento contrarrevolucionario -o al menos opuesto a la revolución provocada por el pensamiento iluminista- que se traduce en la restauración legitimista en Francia y en la Santa Alianza de Europa. Hay como un clamor de orden y de autoridad que reemplaza a las anteriores apetencias de libertad. La crisis del siglo XVIII había sido demasiado brutal y se hacía necesario volver a la humanidad a cauces más tranquilos o, al menos, con menores tribulaciones. Es en este sentido que el romanticismo puede ser considerado como una reacción. Y la primera manifestación de la reacción es contra un orden exageradamente racional. Ello lleva a la búsqueda de otros medios -no racionales- para solucionar los problemas que atormentaban al hombre.

La reacción romántica puede ser considerada como un fenómeno universal. Universal en dos sentidos: en el aspecto geográfico y en cuanto a que abarca los más diversos campos de la creación del espíritu humano: literatura, arte, filosofía, política, ciencia, historia, manifestaciones todas ellas de la nueva efervescencia romántica.

En la primera mitad del siglo XIX, el romanticismo invade también a Hispanoamérica. En la Argentina, el fenómeno es particularmente evidente. Ello se nota en las nuevas formas políticas que se

(1) Paul Hazard: La crisis de la conciencia europea, Madrid, 1958.

quieren implantar -con frecuentes los proyectos monárquicos- y, a partir de 1830, en todas las creaciones culturales, obra de la generación de 1837, considerada justamente, como la "generación romántica".

El definir al romanticismo encierra una serie de dificultades ya que, éste no constituye un movimiento intelectual coherente y absolutamente definido. Más bien, es como acertadamente afirma Alejandro Korn, "un estado de ánimo universal" (2) y, como tal, impregna en mayor o menor medida, no sólo a la literatura y al pensamiento, sino a todas las manifestaciones de la cultura desde finales del siglo XVIII hasta mediados del siglo XIX. Por todo ello es que nos parece adecuado el criterio del mismo Korn, cuando señala que la mejor manera de caracterizar al movimiento romántico, o a la época romántica, es por contraste con las épocas que le precedieron y sucedieron. De esa forma, con respecto al siglo XVIII, puede afirmarse que el romanticismo es una reacción contra el intelectualismo puro de la Enciclopedia, y una descalificación, por lo tanto, de la razón y del racionalismo. Con respecto a las corrientes que prevalecen en la segunda mitad del siglo XIX, el romanticismo carece del marcado afán por los intereses materiales y utilitarios que predominó en aquéllas.

"La palabra romántico -dice Bowra- se ha usado con tantos fines y con tan diversos propósitos, que no es posible atribuirle un solo significado y menos aún tratar de dar una definición nueva" (3).

No es nuestra intención, al dilucidar en esta Introducción el contenido preciso del término. De éste, afirma Garrido Pallardo,

(2) Alejandro Korn: Influencias filosóficas en la evolución nacional. En: Obras, vol. 3^a, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1940, pág. 130.

(3) C. M. Bowra: La imaginación romántica, Madrid, 1972, pág. 291.

con acertado criterio, que ha concluido finalmente "por no significar nada y ha sido el responsable de las ambigüedades con que todavía se distingue a esta escuela" (4). Existen importantes estudios al respecto que pueden aclarar bastante el concepto, aún a pesar de las "ambigüedades" que entraña (5). Nuestro objetivo es hacer un rápido análisis de los caracteres del movimiento romántico y de la historiografía a que dio lugar, y de esa forma, poder luego establecer las diversas influencias europeas que recibió la literatura histórica producida por la generación romántica argentina de 1837.

También es difícil esclarecer el problema acerca de los límites cronológicos del movimiento romántico. Si bien el mismo se gesta en el siglo XVIII, es recién a finales de ese siglo que comienza a hacerse particularmente evidente, para llegar, en la primera mitad del XIX, a su verdadero apogeo, por lo que es lícito referirse a esa época como la del romanticismo.

Dentro de lo relativo de las cronologías referidas a movimientos intelectuales -en el caso del romanticismo aún más- es necesario tener en cuenta, como señala Juretschke (6), las divergencias nacionales. Así, hacia 1830, el romanticismo estaba ya casi agotado en Alemania; en Francia tendría aún diez años más de vigencia y en España -donde el romanticismo como "movimiento" no como "actitud" se

(4) F. Garrido Pallardo: Los orígenes del romanticismo, Barcelona, 1968.

(5) Entre la extensa literatura que existe al respecto, nos parecen recomendables: L. Reynoud: Le Romantisme. Ses origines anglo-germaniques, Paris, 1926; P. Van Thiegem: Le Romantisme dans la littérature européenne, Paris, 1943; y el excelente ensayo de Guillermo Díaz Plaja: Introducción al estudio del romanticismo español, Madrid, 1972.

(6) Hans Juretschke: Menéndez Pelayo y el Romanticismo, Madrid, 1956, pág. 9.

da en forma tardía- la fecha limitativa sería 1855. En el caso de Argentina, aún considerando que el romanticismo haya comenzado antes que en España (7), ello ocurre recién hacia 1830, cuando se produce el regreso al país de Echeverría, y tendrá vigencia -al menos en algunas de sus características principales- mientras dure el predominio intelectual de la llamada generación de 1837, cosa que ocurre hasta 1880, fecha en que actúa ya una nueva generación: la de los intelectuales positivistas (8).

La finalización del movimiento romántico tampoco es susceptible de ser determinada con un límite fijo ya que sus repercusiones pueden notarse aún en nuestros días. Prueba de ello es el término de "neorromántico" que aún se aplica. Además, el problema se complica si consideramos que, el margen de la corriente llamada romántica, localizable sobre todo en la primera mitad del siglo XIX, "el romanticismo es una constante de la historia de la cultura, y... debemos buscar su influencia visible o subterránea a lo largo de todos los siglos" (9). Y no puede ser más que así si, como dice Barrière, el romanticismo "es un modo de pensar, de sentir, que todas las épocas han conocido esporádico y pasajero, que se ha fijado, generalizado hacia el final del siglo XVIII, en función de ciertas condiciones de existencia, prolongado después por el efecto de la expresión recibida, de acuerdo o en desacuerdo con nuevas condiciones, constreñido a adaptarse, o no manteniéndose más que de modo anormal, retardatario" (10).

(7) Ver capítulo I del presente trabajo.

(8) Para el tema de las generaciones argentinas: Diego F. F. Pró: Periodización y caracterización de la historia del pensamiento argentino. En: "Universidad", nº 51, Santa Fe, 1962.

(9) Guillermo Díaz Plaja: op. cit., pág. 31.

(10) Pierre Barrière: La vida intelectual en Francia. Desde el siglo XVI hasta la época contemporánea. En: "La evolución de la humanidad", México, 1936, pág. 336.

Sin pretender tampoco adentrarnos en el problema de los verdaderos orígenes del romanticismo y de las diversas raíces que pueden encontrarse en diferentes momentos y actitudes de la historia del pensamiento universal, queremos recordar solamente que, en el complejo marco de la cultura y el pensamiento alemanes de las postrimerías del siglo XVIII, se dan ya muchas de las características posteriores, lo que permite hablar de un auténtico movimiento prerromántico alemán. Se destaca esta época por la gran transformación de la cultura alemana, cuyos efectos serán duraderos para la cultura europea en general. Nombres como los de Goethe, Schiller, Lessing, Kant, Fichte, Hegel, Herder, permiten hablar de un verdadero renacimiento del pensamiento germano. Todos ellos, además, son fiel expresión de una época en la que todavía hay mucho de racionalismo, pero en la que aparecen ya nítidamente las reacciones contra ese mismo racionalismo, lo que daría lugar al nacimiento del romanticismo.

La crítica al racionalismo, a la "Ilustración", es la característica común en esta época tan compleja. En esta reacción contra la "Aufklärung", ocupa un lugar destacadísimo el "Sturm und Drang", movimiento cargado de misticismo y religiosidad, a la vez que de antirracionalismo. Si bien como movimiento dura poco, dejará huellas indelebles en hombres como Goethe, Schiller o Herder. Ellos serán quienes continúen atacando lo que ya se había estimado como una conquista definitiva de la razón humana y quienes, por otra parte, continúen luchando por una vida espiritual alemana fundamentalmente distinta a la forjada por la Ilustración.

Entre el grupo de pensadores vinculados con el "Sturm und Drang", es Herder quien alcanza definitiva importancia con respecto al pensamiento posterior, al punto de haber sido considerado, con justicia, el padre del romanticismo, movimiento que, sin llegar a constituir una unidad conceptual, penetrará en todas las corrientes del siglo XIX y en todos los autores de la época, aún en los que aparentemente se encuentran más alejados de las formas puras del romanti

cismo. Dos obras de Herder: También una filosofía de la historia para la formación de la humanidad, de 1774, e Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad, 1784-1791, abrirán el camino para un planteamiento historicista -actitud fundamentalmente romántica- del mundo y para la revalorización de lo histórico. Ambos hechos serán peculiaridades fundamentales de todo el siglo XIX. Es el "historicismo" que penetra también a la generación romántica argentina, en cuyos autores el influjo de Herder es indudable, aunque lo hayan conocido a través de autores latinos, franceses especialmente. De Victor Cousin, sobre todo, tomaron los argentinos, además de las tesis herderianas, algunos elementos del hegelianismo (11).

A pesar de que el romanticismo no constituyó un sistema único y coherente, y aún corriendo el peligro de caer en una generalización excesiva, intentaremos señalar algunas características fundamentales que se pueden extraer del cúmulo de nociones, un tanto imprecisas y oscuras que impregnaron al espíritu, al "estado de ánimo" romántico.

Se ha dicho ya que el movimiento romántico significó, en gran medida, una reacción contra las actitudes iluministas y contra el exceso de racionalismo a que éstas habían llegado. Frente a la razón, exaltada en el siglo XVIII, los románticos proclaman los derechos del sentimiento, la intuición, la fe, la fantasía y los instintos naturales.

Para el romanticismo, en el sentimiento y la intuición debía basarse todo conocimiento verdadero, inclusive -y sobre todo- el conocimiento histórico. Se trata, pues, de acentuar todos los aspectos

(11) Raúl Orgaz: Herder y el pensamiento argentino. En: Vico y Herder. Ensayos conmemorativos del segundo centenario de la muerte de Vico y el nacimiento de Herder, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1948.

tos menos racionales del espíritu humano. Necesariamente esta actitud lleva a los románticos a vincularse con una fuerte tendencia esteticista que se verifica, por un lado, en un extraordinario florecimiento de la literatura y la música y, por otro, en una sobrevaloración de los factores estéticos en disciplinas no estrictamente estéticas, como es el caso de la historia. Además de ello, transforman todo lo cotidiano en romántico, mediante la estética: "Por sí mismo, el término de romanticismo se aplica a una concepción de la vida, de las relaciones del hombre, y de la realidad digna de la novela, es decir, implica la presencia de una realidad naturalmente novelesca o presentada como tal, transformada y embellecida por la aventura, material o psicológica, de un hombre susceptible de ocupar un lugar en esa realidad, de comprenderla y expresarla. Ahí es, sin duda... donde la estética se muestra necesaria para transformar en realidad romántica la realidad ordinaria" (12).

Esto, que podríamos definir como sentimiento estético de la vida, lleva a una glorificación del arte y de la poesía y a un cambio en la concepción del mundo. Ya no hay una reducción de la realidad a fórmulas y leyes, como ocurría con la concepción mecanicista del racionalismo. A ella, el romanticismo opone su concepción organicista. A las leyes que regían el mundo, según Kepler, Newton, Montesquieu, se opone ahora un sistema solidario del universo en que las partes del todo orgánico están condicionadas hacia un fin común, tal como puede verse en las filosofías de Herder, Hegel, Fichte, Humboldt, Cousin. Domina a la época la idea de la naturaleza como un todo orgánico animado por un principio unitario y divino (13). Así, se llegará también a una exaltación de la naturaleza, a la que se considera, además, como una fuente generadora de profundas emocio-

(12) P. Barrière: op. cit., pág. 336.

(13) Rafael Virasoro: Herder y su época. En: Vico y Herder, pág. 290 y siguientes.

nes.

Otra de las características del romanticismo, vinculada por supuesto a la concepción organicista, es el sentimiento de religiosidad que, sincero o no, domina a la época. Ya no tiene vigencia la fría racionalidad de Iluminismo; ahora, la idea de Dios está en todo. Se exaltará a la fe, como una de las principales virtudes y predominará un misticismo exacerbado no exento de matices enfermizos.

Hay en el romanticismo una intención de restaurar los valores religiosos que habían sido puestos en tela de juicio en el siglo XVII y, si bien no hay una firme adhesión a la Iglesia Católica -ésta varía según los autores- la hay sí para la Edad Media, que encarnó como ninguna otra época la jerarquía de lo religioso. En general, lo que atrae es la idea de un Dios personal e íntimo. Así se cae en una religión subjetiva, en un vago sentimiento religioso, al margen -generalmente- de toda forma religiosa positiva.

En lo político, los románticos reaccionan contra los principios de la Revolución francesa, hija indiscutible de la Ilustración. Hay excepciones -Hegel, Schiller, Schelling, expresaron su admiración por ella- pero, en general, se la combatió como se combatió también a Napoleón. Trataron los románticos de volver a las estructuras anteriores a la revolución y cayeron, en lo político, en actitudes tradicionalistas y conservadoras. En muchos casos, esta posición política adquirió tintes católicos, como en Chateaubriand o de Maistre y llevó, a algunos, a desear las estructuras sociales y políticas del medioevo.

Otra nota política del romanticismo es el auge de los nacionalismos en oposición a la napoleónica idea imperial. Esto constituye una proyección de la fuerte orientación individualista que prevalece y que, si bien no destruye el sentimiento de solidaridad y comunidad entre los hombres, se manifiesta en todos los aspectos. Los grupos sociales nacionales tratan de afirmar su personalidad histórica y política. El concepto de "pueblo" les lleva a exaltar las

potencias creadoras del propio, para lo cual, vuelven los ojos a su historia y a los lejanos orígenes medievales de las naciones europeas. Al evolucionar el nacionalismo de los románticos, de las formas conservadoras se pasará, en muchos casos, a sostener ideales revolucionarios.

Para la concepción de vida del romanticismo, el hombre está destinado a realizarse en medio de una serie de valores culturales y espirituales que, lógicamente, tienen un origen en el tiempo y una evolución. El hombre sólo se realiza, pues, históricamente. Esta es una de las razones que nos muestran la importancia que para los románticos adquiere la historia. Hay una gran sensibilidad histórica y una exaltación de lo histórico. Ello guarda una estrecha relación con el pensamiento histórico general. "Si conocer significa situar las cosas en un conjunto mayor, si la naturaleza es algo que vive y crece, si los sentimientos que ligan a los hombres a grupos mayores y al pasado son algo más fundamental que la razón, entonces la historia y las tradiciones humanas cobran nueva y vital importancia" (14).

La historia "fue una nueva forma de pensamiento" (15), y se manifestó, entre otras cosas, en un sentimental y permanente retorno al pasado como actitud general. El siglo XIX es, sin dudas, un siglo historicista, así como el XVIII había sido naturalista. Con razón afirma el marqués de Lozoya que en el romanticismo se verifica "una penetración del sentimiento de la Historia en todos los órdenes de la vida, como reacción contra la ideología revolucionaria, que había sido esencialmente antihistórica (16).

(14) John H. Randall: La formación del pensamiento moderno, Buenos Aires, 1952, pág. 428.

(15) G. Duby y Mandrou: Historia de la civilización francesa, México, 1966, pág. 428.

(16) Juan de Contreras, marqués de Lozoya: El concepto romántico de la historia. En: "Anales de la Universidad de Valencia", nº 81, 1930-1931.

Se ha repetido a menudo que el siglo XIX es el siglo de la historia. Esto es realmente así y es indudable que ello se debe, en gran medida, a que el romanticismo propició una renovación y una extensión de los estudios históricos. Si bien en el campo estrictamente histórico se produjeron obras admirables, además, lo histórico tiñó la literatura, el arte, la moda, la filosofía. Como señala Picard, "los historiadores se dedican a su ciencia por entusiasmo literario y, al mismo tiempo, los escritores se lanzan a la historia para satisfacer en ella su imaginación y encontrar allí nuevos temas" (17). Como prueba de esta afirmación, basta recordar los nombres de Cahtaubriand y de Walter Scott, autor este último que, con sus novelas, supo capitalizar, a la vez que fomentar, la "pasión histórica" que predominó en la época.

Al margen de las creaciones historiográficas concretas del romanticismo, el movimiento historicista, cuyo padre indudable es Herder, desarrolló una serie de temas de pensamiento histórico y filosófico que nos permiten conocer el concepto que de la historia tuvieron los románticos. La historia -para ellos- debía seguir la evolución del género humano tratando de descubrir sus sentido. Debía, para esto, escapar a las generalizaciones apresuradas y arbitrarias. Como hay hechos que no tienen validez universal, el método de la historia debía ser individualizador -tal como lo postularían Rickert o Windelband- ya que todo el pasado tiene valor. Es esta una actitud totalmente diferente a la del Iluminismo para el que, además, el individuo podía intervenir con su voluntad para modificar el curso de los hechos.

Para el romanticismo existe una sabiduría oculta de la historia que no es susceptible de ser alterada por el hombre. En este sentido, el romanticismo supera al racionalismo del siglo XVIII. Con un espíritu mucho más histórico, propuso el conocer todas las cosas

(17) Roger Picard: El romanticismo social, México, 1947, pág. 209.

y variadas fuerzas que han actuado en el pasado y comprender las diferentes épocas en sus valores propios, así como descubrir el nexo que las une.

Quizá, la característica más importante de la concepción histórica del romanticismo, fue el concebir la historia como un progreso. "La historia se revelaba como la marcha firme de la humanidad hacia un lejano suceso divino. Cada nación, religión, institución y grupo eran esencialmente encarnación de algún ideal que se desenvolvía de acuerdo con sus propias leyes a través del tiempo" (18).

Para el romanticismo, el presente es una culminación de un pasado dinámico. Por ello, como las etapas pasadas conducen al presente, todas ellas tienen valor. Es necesario conocer todas las épocas y todas las culturas y poder así entender también el presente. Es por ello que los historiadores románticos trataron, sobre todo, de rescatar las épocas históricas despreciadas por la Ilustración. Es así que reivindican, fundamentalmente, al medioevo. Como afirma Croce, "toda la historiografía fue medievalizada" (19).

La revalorización del medioevo es, justamente, una de las características más notables de la producción historiográfica a que el romanticismo dio lugar.

Si bien no resulta fácil establecer con rigor qué historiadores de la primera mitad del siglo XIX fueron estricta o exclusivamente románticos y quiénes no, es evidente que puede apelarse a dar una serie de características comunes que en mayor o menor medida se dan en las obras históricas de los autores de la época. Es sólo con este criterio que intentaremos señalar cuáles son las notas características de la gran producción historiográfica que afloró en la época romántica.

(18) John H. Randall: op. cit., pág. 429.

(19) Benedetto Croce: Teoría e historia de la historiografía, Buenos Aires, 1953.

En cuanto a la temática, la historiografía romántica se caracteriza por su pasión nacionalista, por un lado, y por su notable ensanchamiento por otro. La corriente nacionalista es una reacción contra el excesivo universalismo o cosmopolitismo de la Ilustración. Esta reacción antirracionalista alcanza también a los intentos napoleónicos por establecer una unidad europea que fueron considerados como pretensiones de aniquilar las tradiciones y las idiosincrasias nacionales. Como indica Lozoya (20), el nacionalismo que se despierta en toda Europa en la lucha contra el avance del imperialismo francés, hace que los pueblos, y con ellos por supuesto los intelectuales, vuelvan a mirar con cariño sus viejas tradiciones. Hay, pues, una revalorización de las historias nacionales en las que, por otra parte, se considera como protagonistas principales a los pueblos colectivamente considerados. Esto no significa una contradicción con respecto a la adhesión del romanticismo a la idea de progreso ya que, la evolución de la humanidad, se articula a través de las distintas evoluciones de progresos nacionales o locales. Hay, como señala Hans Freyer (21), una multiplicidad de sujetos históricos y el concepto de nación se convierte en el fundamento del pensar histórico. Naciones y culturas particulares son siempre producto del movimiento histórico universal.

Al margen del exacerbado cultivo de las historias nacionales, hay durante el romanticismo un evidente ensanchamiento del horizonte temático de la historiografía. Por una lado -ya lo hemos indicado- se revalorizan las épocas que habían sido ignoradas o despreciadas en el período anterior y, entre ellas, se destaca el medioevo como ejemplo más notable. En la ya citada obra de Croce, ex

(20) Juan de Contreras: op. cit., pág. 27.

(21) Hans Freyer: Los sistemas de la historia universal. En: Historia Universal dirigida por Walter Goetz, t.1, Madrid, 1932.

plica el autor cómo fueron objeto de universal simpatía la vida caballeresca, la claustral, las Cruzadas, los Hohenstaufen, la lucha de los reinos cristianos españoles contra los dominadores árabes, así como el arte, la literatura y todas las creaciones populares medievales.

Pero no solamente la Edad Media concitó el interés de los investigadores. También se encaró el estudio de los pueblos de la antigüedad. Grecia, Roma, Egipto y las demás culturas antiguas fueron objeto de estudios precisos, no sólo de historiadores, sino también de arqueólogos alemanes, ingleses y franceses.

La notable ampliación de la temática histórica es consecuencia de la particular concepción de la historia que sostuvo el roman-ticismo, según la cual todas las etapas históricas valen no sólo por sí mismas, por sus propias creaciones, sino también como preparación de las épocas posteriores. A pesar de ello, hubo incom-prensión, por parte de los románticos, hacia épocas como el siglo XVII y, sobre todo, hacia el XVIII, contra el que, como hemos afirmado reiteradamente, reaccionaron violentamente.

La idea de nación siempre va unida, en los historiadores romanticos, a la idea de pueblo y a la revalorización de fuerzas o factores espirituales considerados en conjunto como "genio del pueblo", o como "volkstum", es decir, la "totalidad de las exteriorizaciones vitales que caracterizan la individualidad de un pueblo" (22). Son como fuerzas espirituales que actúan un tanto misteriosamente y que escapan a la voluntad de un solo individuo. El genio del pueblo es el que ha hecho surgir el derecho, las lenguas, el arte, la literatura y la religión. elemento todos que serán estudiados -resulta inconfundible la actitud historicista- dentro de las circunstancias o del marco histórico en que fueron creados.

(22) Johannes Thyssen: Historia de la filosofía de la historia, Buenos Aires, 1954, pág. 133.

Se trata de una historiografía tenida de un fuerte misticismo y espiritualismo que contrasta, como señala Fueter (23), con el notable pragmatismo anterior. Prueba de esto es el descuido del romanticismo para considerar la economía y otros factores más realistas que actúan en el desarrollo histórico.

A la concepción histórica a que hemos aludido, correspondió, también, una forma particular de hacer historia. Al decir de Croce, la historiografía del romanticismo es "nostálgica y restauradora". El historiador debía lograr un retorno sentimental al pasado. Para ello, no sólo era importante la erudición, sino también la narración que debía, sobre todo, calar en el espíritu de la época para revivirlo y reproducirlo, respetando al máximo el llamado "color local", que constituye una de las categorías fundamentales que el historiador debía respetar. Esto configura, sin duda, otra manera de reaccionar contra la historiografía iluminista, tan ajena a la emoción y al amoroso retorno al pasado. De aquí que resulte tan difícil delimitar los campos de lo histórico y de la novela histórica, a la que tan afecta fue la época.

En rara confusión, lo histórico invade a la literatura -la novela en este caso- y lo novelístico y estético juegan también su papel preponderante en el relato estrictamente histórico. Hay, pues, una verdadera confusión de ambos campos y ello repercute notablemente en el caso de la historiografía argentina. Basta recordar el caso del historiador Vicente Fidel López (24) que, con similares criterios y hasta con las mismas palabras, reproduce en

(23) Ed. Fueter: Historia de la historiografía moderna, t. II, Buenos Aires, 1953, págs. 91 y siguientes.

(24) Ver capítulo VIII del presente trabajo.

sus obras de investigación, trozos de sus novelas históricas.

El marqués de Lozoya, al dar ejemplos de invasión de lo histórico a la literatura, señala que, en realidad, durante el romanticismo, la historia se proyecta sobre toda la vida. Por ello, al referirse a la publicación de la primera novela de Walter Scott -Waverley- en 1814, afirma que "esta fecha debía celebrarse, con más exactitud que la del estreno de Hernani, como la de iniciación del romanticismo" (25).

El relato historiográfico del romanticismo, pues, toma caracteres literarios por cuanto debe tener una dimensión artística o estética y por cuanto, además, debía buscar no solamente la revelación de la verdad, sino también la emoción y el arrebato mediante los cuales podría lograrse la resurrección del pasado.

Al considerar los románticos que el presente es una culminación de un pasado dinámico, es decir, un producto de la evolución histórica, recurrirán, necesariamente, a un tipo de historia "genética", según la cual es imprescindible conocer todas las épocas y culturas, así como establecer los lazos que conectan a unos y otras. Desde ese punto de vista, genético, se contemplan los fenómenos políticos y sociales y se los encuadra dentro del proceso de evolución progresiva de la humanidad. Claro ejemplo de esto es lo que hará, en el campo de las ciencias jurídicas, la llamada "escuela histórica", cuyo representante máximo fue Savigny, que despojó al derecho de su carácter abstracto y lo vio como expresión de la evolución de determinadas fuerzas con acción propia y no modificables por la voluntad arbitraria del hombre.

Señala Picard, que "el romanticismo engendra en historia, dos grandes corrientes que son contemporáneas y paralelas, aunque ciertos autores se dejan llevar alternativamente por una y otra. Por una parte crea los historiadores narrativos y por la otra los historiadores filósofos" (26). Dentro de estos historiadores que

(25) Juan de Contreras: op. cit., pág. 27.

(26) Roger Picard: op. cit., pág. 213.

Picard llama "filósofos", podríamos encuadrar a aquéllos que buscan en la historia la justificación de doctrinas y posiciones políticas. Es que, a pesar de la preocupación estética, la política es también preocupación para gran parte de los románticos. Los partidos, conservadores o revolucionarios, apelan a la historia para encontrar el origen y las causas de sus doctrinas y para justificar su propia acción. Al respecto, señala Picard que Thierry, aún escribiendo sobre las revoluciones inglesas, piensa en Francia, es decir, su perspectiva histórica está en gran parte condicionada por la situación política en la que el autor vive. En el caso de los románticos argentinos, como veremos luego, esto se da de una manera exacerbada. Raro es el escritor del romanticismo argentino -historiador o no historiador- que, angustiado por la situación de su patria, no recurra a lo histórico para encontrar las pautas que le permitan interpretar su presente y encontrar soluciones a sus problemas.

Otro ejemplo de la preocupación política del romanticismo es el caso de los autores franceses más realistas -"románticos sociales" les llama Picard- con Saint-Simon a la cabeza, quienes, no por casualidad, fueron los que más influyeron en el pensamiento de los hombres de la generación romántica argentina.

Otra característica de los historiadores románticos es su preocupación por encontrar y estabilizar normas metodológicas para la elaboración histórica. Son ellos los primeros -luego continuarían los positivistas- que se interesan por fijar, como señalan Cassani y Pérez Amuchástegui (27), nomenclaturas, normas de procedimientos, pasos, etapas, clasificaciones y por sistematizar las ciencias auxiliares, y dentro de ellas, principalmente, la arqueología y la lin

(27) José L. Cassani y A. J. Pérez Amuchástegui: Del epos a la historia científica, Buenos Aires, 1961, págs. 136 y siguientes.

güística. Esta última, sobre todo a través de la obra de los alemanes -Droysen, Ranke- se convertirá en la gran aliada de la ciencia histórica del siglo XIX.

En Alemania, prácticamente la cuna del romanticismo, éste se extendió con gran fuerza y, paralelamente, la concepción historiográfica a que dio lugar. El desarrollo de la historia y de la metodología histórica, así como de su auxiliar la filología, se debe, entre otras razones, a la particular situación política y cultural alemana. Ante la falta de lazos políticos que unieran al pueblo alemán en un estado también alemán, la idea y el sentimiento de nación la encontraban solamente en la comunidad de idioma. La civilización, especialmente la lengua, era el único lazo común. Esto provoca un gran desarrollo de los estudios filológicos que se extiende también a lo cultural, al derecho y a la historia.

El desarrollo conjunto de filología e historia, plasma en los Monumenta Germaniae Historica, colección de fuentes de la historia medieval alemana, a la que se llega por la necesidad de conocer la historia nacional, considerada como factor de unidad para la desmembrada Alemania. Los Monumenta, que comienzan a aparecer en 1824, fueron iniciados por Stein y Pertz y constituyeron una obra de crítica documental de enorme importancia para el desarrollo de la metodología histórica basada en las fuentes filológicas y para toda la historiografía alemana que culminaría con la inmensa figura del historiador Ranke.

A Ranke es difícil encuadrarlo dentro de una determinada corriente histórica. Para algunos críticos es romántico; para otros positivista; y hasta es considerado como representante de un "idealismo histórico" que sería el equivalente historiográfico, en términos muy generales, del idealismo filosófico de Hegel.

Al margen de los posibles encasillamientos, es indudable que Ranke, sin ser un romántico puro, es en gran medida un producto del clima romántico de su época. Participa, además, de ciertos caracteres inconfundiblemente románticos, tanto en su concepción his

tórica como en su forma de quehacer historiográfico. Todo ello sin dejar de reconocer que Ranke, a quien con justicia se considera el padre de la historiografía moderna, con su afán de objetividad y con su rigurosa metodología fundada en la casi frialdad científica del análisis de las fuentes, superó los aspectos menos científicos de la historiografía romántica, a los que, por otra parte, criticó.

Junto a Ranke, es necesario recordar la obra de otros historiadores alemanes como Droysen, de quien afirman Cassani y Pérez Amuchástegui (28) fundamentó metodológicamente la historia genética y abrió el campo de las modernas concepciones historicistas; Niebuhr, que siendo danés, desarrolló una intensa actividad en Alemania y que inaugura, según Gooch (29), el estudio sistemático de la historia romana mediante el examen crítico de las fuentes; Savigny, uno de los mejores escritores, según Ranke (30), de la escuela romántica e iniciador de la corriente histórica en el estudio del derecho. Savigny tuvo, a través del francés Lermínier, una gran influencia sobre el pensador argentino Juan Bautista Alberdi (31). En general, toda la influencia germana que reciben los románticos argentinos, les viene siempre indirectamente por la vía francesa. Al respecto, es necesario anticipar que esa influencia -al margen del caso de Savigny- provino, más que de los historiadores, de pensadores como Herder y, en menor medida, Hegel.

Además de Alemania, el romanticismo y la historiografía romántica, se difundieron por Inglaterra y alcanzaron un alto nivel de brillantez en Francia. Allí, la revolución había significado una

(28) José L. Cassani y A. J. Pérez A.: op. cit., pág. 148.

(29) G. P. Gooch: Historia e historiadores en el siglo XIX, México, 1942, pág. 21.

(30) Ed. Fueter: op. cit., pág. 98.

(31) Ver capítulo IV del presente trabajo.

ruptura de la tradición histórica que prácticamente continuó durante el Consulado y el Imperio, ya que si bien hubo actividad historiográfica, la misma estuvo casi siempre al servicio del régimen o del hombre que lo encarnaba. A pesar de ello, el interés por lo histórico se mantuvo y no gracias a los historiadores, sino a Chateaubriand, a quien se debe, en gran parte, el posterior florecimiento de los estudios históricos. Publicó Chateaubriand en 1802 El genio del cristianismo, de tanta influencia sobre la posterior historiografía romántica francesa iniciada por Thierry.

Agustín Thierry fue el maestro de la corriente romántica narrativa, con fuerte predominio del "color local", que Chateaubriand había iniciado en Francia. A pesar de su apego a la reproducción vivaz del pasado, con colorido e imaginación, fue también Thierry el iniciador del estudio de las fuentes de la historia de Francia. Sufrió las influencias de un cierto socialismo -fue secretario de Saint-Simon- y ello le llevó a valorizar la acción de las masas en la historia. "Su principal realización consiste -según Gooch- en haber introducido una nueva figura, el pueblo, colocándola donde debía estar, en el primer plano del cuadro" (32).

Si Thierry fue el iniciador de la corriente romántica en la historiografía francesa, el máximo representante de la misma fue, sin dudas, Michelet, "el mayor artista literario que se haya consagrado a la historia de Francia" (33). Su obra principal, Historia de la Revolución francesa, revela la grandeza y la servidumbre de la historiografía romántica. Si bien su aparato crítico es deficiente -en general no hace crítica de fuentes- sabe calar magistralmente en la época de la revolución a la que revive con imaginación y apasionamiento.

Conectada con el grupo de historiadores románticos franceses,

(32) G. P. Gooch: op. cit., pág. 180.

(33) Ibidem, pág. 182.

está la llamada corriente o escuela política, o también corriente liberal, representada principalmente por Guizot, Thiers y Mignet. Si bien estos historiadores participan del trasfondo romántico de su tiempo, en sus obras se preocupan menos de la narración y de sus aspectos estéticos que de los problemas políticos. Con criterio más científico, concentran su interés en la estructura de la sociedad y en la evolución de las formas de gobierno. Políticamente, vuelven sobre los principios liberales que coinciden más con el denostado Iluminismo que con las actitudes románticas. La generación de románticos argentinos coincide con este grupo de historiadores franceses en cuanto a su preocupación por los problemas políticos y su acendrado liberalismo.

El grupo de los que podríamos llamar "románticos puros" -Thierry sobre todo- también influirá sobre los historiadores argentinos, especialmente en la narración y en los aspectos formales de las obras; esto se hace particularmente evidente en el caso de Vicente Fidel López, con su estilo casi novelesco (34). Sin embargo, a pesar de que estas influencias son considerables, quienes realmente incidirán sobre el pensamiento y la obra de los argentinos, serán los pensadores a quienes con tanto acierto Roger Picard ha incluido dentro de lo que ha denominado como corriente del "romanticismo social", quienes, por su realismo, por sus preocupaciones políticas y sociales, no cabrían nunca dentro del grupo de románticos nostálgicos y restauradores.

En Francia, entre 1815 y 1848, se dan una serie de sistemas sociales que son, indudablemente, una respuesta al gran trastorno provocado por la Revolución y el Imperio. Surgen, pues, una serie de pensadores que van a influir sobre los literatos de su época, así como ellos mismos se dejan conquistar -como dice Picard (35)-

(34) Ver capítulo VII del presente trabajo.

(35) Roger Picard: op. cit., pág. 232.

por la elocuencia, el lirismo y la imaginación poética.

Los más representativos pensadores de esta especial versión del romanticismo son Saint-Simon y sus discípulos. Son "reformadores sociales", pero a la vez, "verdaderos románticos"; "todos ellos poseen una sentimentalidad exaltada, como Saint-Simon y Pierre Leroux, o una imaginación desbordante como Fourier; todos ellos hacen el elogio de la pasión, transportando los espíritus hacia nuevos mundos, armoniosos y radiantes..." (36).

El conde de Saint-Simon, a pesar de su romanticismo exaltado, anticipó el estudio de una serie de problemas que serían capitales en el resto del siglo XIX y en el XX, tales como el progreso económico, el bienestar de la sociedad humana, la reforma de la organización social y el dominio técnico de la naturaleza. Tratarán él y sus discípulos de realizar un verdadero paraíso en la tierra. Cuando Saint-Simon muere, en 1825, el romanticismo está en pleno apogeo en Francia. Tanto los filósofos, como los poetas o los historiadores, se sienten imbuídos de una misión social casi religiosa. Entre ellos, Enfantin, Pedro Leroux, Fourier, Considérant, pensadores de muy escasa influencia posterior, son conocidos y absorbidos por el argentino Esteban Echeverría, quien al regresar a su patria en 1830, difundirá sus doctrinas y sus actitudes (37). Con ello, la intelectualidad argentina logrará uno de sus objetivos revolucionarios: rechazar las influencias de España y, al margen de ésta, conectarse directamente -sin la mediación hispana- con la cultura europea, sobre todo con la francesa, que es la más admirada por ellos.

Debido a ello es que la influencia que los argentinos recibirán del romanticismo español será escasa. Hay un deliberado rechazo de todo lo proveniente de España, por parte de los hombres de la

(36) Roger Picard: op. cit., pág. 232.

(37) Ver capítulos I y III del presente trabajo.

Generación romántica (38). Por otro lado, creemos que los historiadores españoles que podrían considerarse dentro de la corriente romántica -Balaguer, Colmeiro, Evaristo San Miguel- no tuvieron para la historiografía española, tanta significación como los argentinos para la suya. Afirma Juretschke que en España, durante el auge del romanticismo "los estudios históricos sufrieron notable retroceso..." Los estudios de la Historia como ciencia, según este autor, los trabajos de investigación y de crítica, salvo algunos trabajos que fueron la excepción, tuvieron una calidad menor a los de comienzos de siglo (39).

A pesar de la falta de influencias de la historiografía romántica española sobre la argentina, es evidente que ambas participaron de algunas características similares, sobre todo en lo que se refiere a las concepciones político-liberales. Afirma el marqués de Lozoya, con respecto a los estudios históricos españoles del siglo XIX, que a través de ellos se divulgó la tesis liberal que concibe al desenvolvimiento humano como una lucha, a lo largo de los siglos, entre la democracia y la libertad, por un lado, y la tiranía política o religiosa por el otro (40). Esto coincide plenamente con la concepción dialéctica de la historia argentina que se encuentra en los autores del romanticismo argentino -Sarmiento en Facundo, por ejemplo- para quienes la historia nacional se desarrolla como una pugna de dos fuerzas antagónicas: la progresista liberal y democrática, por un lado, y la tradicional, opresiva y retrógrada por el otro.

Si se puede afirmar que los historiadores españoles del romanticismo son liberales, anticlericales y faltos de objetividad y serenidad para enjuiciar a ciertos personajes históricos (41), si

(38) Ver capítulo XI del presente trabajo.

(39) Hans Juretschke: op. cit., pág. 218.

(40) Juan de Contreras: op. cit., págs. 32 y siguientes.

(41) Ibidem.

milares características pueden adjudicarse a los historiadores argentinos de la misma corriente, y ello a pesar de la falta de contactos entre unos y otros.

A pesar de todo, la influencia del romanticismo español en Argentina no es ciertamente nula. Un escritor, no historiador, pero sí romántico -Mariano José de Larra- no sólo ejercerá con su estilo satírico y crítico una marcada influencia sobre autores como Juan Bautista Alberdi y Juan María Gutiérrez (42), sino que será objeto de una auténtica veneración intelectual por parte de todos los integrantes de la generación romántica argentina. Gracias a Larra, pues, no se rompió totalmente el nexo entre la intelectualidad española del siglo XIX y la argentina, a pesar de que ésta tanto se empeñó en lograr una total ruptura con los lazos culturales que aún le unían a la Madre Patria.

Creemos que aún con todas sus imprecisiones y ambigüedades, aún con sus frecuentes divagaciones, es el romanticismo, por su capacidad de impregnar con sus concepciones, actitudes y valoraciones a todas las creaciones intelectuales y artísticas de una larga etapa, así como, en mayor o menor medida a las épocas posteriores, un hito fundamental en la historia de la cultura universal. Afirma Barrière: "El romanticismo aparece... como el más poderoso movimiento de pensamiento desde el siglo XVI, representando ambas épocas las dos grandes olas que han agitado al mundo moderno, inquietudes sin duda de su misma complejidad. Frente a un racionalismo que se ha inmovilizado en la comprobación de lo que es, se restablece un idealismo dinámico y constructor, una fe que no deben hacer desconocer el pesimismo superficial, el desencanto o la impotencia de algunos" "...El romanticismo, y esto es quizá lo esencial, acaba de restablecer el sentido de la vida interior, personal del hombre que ya no es sólo un mecanismo intelectual sino un alma" (43).

(42) Ver capítulos IV y VI del presente trabajo.

(43) P. Barrière: op. cit., pág. 369.

En el caso concreto de la República Argentina, como se verá a continuación, el romanticismo tuvo unas connotaciones especiales y aparece unido a una generación -la de 1837- que no solamente es la primera, cronológicamente hablando, del período independiente, sino que, además, es la forjadora de la organización nacional, tanto social y política, como económica y cultural. Son ellos, pues los hombres de 1837, los creadores de la Nación, y a ellos se deben, en gran medida, sus virtudes y sus defectos. A esta generación clave en el desarrollo histórico argentino, se debe, además, el comienzo de la historiografía nacional.

- CAPITULO I -

EL ROMANTICISMO ARGENTINO

I - ORIGENES: "SALON LITERARIO" Y "ASOCIACION DE MAYO".

Al producirse los movimientos de independencia, tanto en Argentina como en el resto de los países hispanoamericanos, predominan las ideas de la "Ilustración". Esta afirmación no deja de ser una generalización, ya que no puede ignorarse la supervivencia de fuertes corrientes de pensamiento tradicional; de todas formas, ayuda a filiar las ideas de los revolucionarios. Estos, son todavía un producto de la América española; habrá que esperar a la década de 1830-1840, para ver actuar a hombres formados y educados en el período independiente. Incluso, muchos de ellos, habrán nacido después de 1810. Son los hombres que constituyen la llamada generación de 1837, que se caracteriza por recibir una marcada influencia del pensamiento romántico francés.

El romanticismo va unido, pues, en Argentina, a una generación: la de 1837, perfectamente diferenciada en la evolución intelectual argentina, y distinguible en los aspectos filosófico, literario, historiográfico e inclusive en el político.

Resulta muy difícil clasificar a los miembros de la generación de 1837 en literatos, pensadores o historiadores. En todos los casos, su actividad comprende todos esos aspectos y, además, casi todos ellos son políticos no sólo porque se entregan a la especulación sobre el fenómeno político, sino porque, en su mayoría, son hombres de acción, estadistas, políticos de lucha. Muchos de ellos, con el tiempo, serán jefes de partidos, ministros, embajadores, y en algunos casos, presidentes de la República.

Hay una significativa coincidencia en los críticos e historiadores en identificar a estos hombres de 1837 como pertenecientes a la corriente del romanticismo. Esta constituye siempre la nota distintiva que marca a toda la generación y la distingue dentro de toda la evolución del pensamiento argentino. Así, Enrique Anderson Imbert señala: "El año 1830 es un año límite en la historia de las influencias filosóficas en nuestro país", y explica por qué: en

ese año los hombres cultos viven aún en la época de las "luces", tal el caso de Belgrano, Moreno, Rivadavia, San Martín, Florencio Varela, que pertenecen todavía al ciclo de la revolución. Pero desde 1830 se reciben las influencias del romanticismo francés y se forma la generación de Echeverría, de Alberdi, de Sarmiento, de Juan María Gutiérrez (1).

Coriolano Alberini (2), divide a la historia del pensamiento argentino en los siguientes períodos: el primero, dominado por la escolástica colonial; el segundo, que es el del "Iluminismo" o "Aufklarung", pensamiento emparentado con la revolución francesa; y el tercero, el del "Romanticismo", que comprende, sobre todo, a Echeverría, Alberdi, Sarmiento, Gutiérrez, Mitre, López, o sea, a la mayoría de los hombres de la llamada organización nacional. Este período, para Alberini, tendría vigencia hasta 1880 en que surge el "Positivismo".

Para Diego Pró (3), existe la generación de 1837 dentro de la historia del pensamiento argentino y también puede ser considerada como de 1838 o de 1840. Se caracteriza por el predominio de lo que llama "historicismo romántico".

En general, los críticos señalan también, con criterios coincidentes, cuál es el origen, cómo se produce la introducción del ro

(1) Enrique Anderson Imbert: El historicismo de Sarmiento. En: "Cuadernos Americanos", vol XXIII, México, 1945, págs. 158-177.

(2) Coriolano Alberini: La metafísica de Alberdi. En: "Archivos de la Universidad de Buenos Aires", t. IX, nº 4-11, Buenos Aires, 1934, págs. 233-239.

(3) Diego F. Pró: Sarmiento y el historicismo romántico. En: "Cuyo", Anuario de historia del pensamiento argentino, T. VIII, Univ. Nacional de Cuyo, Mendoza, 1972, págs. 195-214.

romanticismo al Río de la Plata. El iniciador o introductor es Esteban Echeverría, quien había viajado a Francia en 1825 y había residido en París hasta 1830. A su regreso, cargado de ideas románticas y liberales, se encuentra con un país que sufre los efectos de las luchas entre unitarios y federales. "En el horizonte histórico - dice Pró - se dibuja la figura de Rosas" (4). Echeverría, con el bagaje de esas nuevas ideas, nucleará a la juventud intelectual de Buenos Aires.

Alberto Palcos atribuye el mismo origen al romanticismo argentino: "Echeverría introduce por primera vez en los países de habla castellana el romanticismo en literatura" y marca ese carácter de primicia del romanticismo argentino con respecto al español: "Signo de emancipación con respecto a la antigua metrópolis, llega al Plata antes que a España" (5). Este criterio también lo comparte el estudioso de la literatura Emilio Carilla quien señala que la novedad ya no vendrá de España ni a través de España. Se debilita la influencia española en la literatura, y, en general, España ya no es más el tamiz de la cultura europea para Hispanoamérica (6).

Los románticos, constituyen la segunda generación de intelectuales y políticos, la que sigue a la de los hombres de la revolución y la independencia. Ya no son hijos de la "Ilustración", son los hombres que lucharán contra Juan Manuel de Rosas hasta derribarlo, y que, por combatirlo, deberán exiliarse, lo que hace que también se los conozca como "generación de los proscriptos". Son también los hombres que, a la caída de la dictadura, organizo-

(4) Diego F. Pró: Sarmiento y el historicismo romántico

(5) Alberto Palcos: Prólogo a Edición crítica y documentada del Dogma Socialista de Esteban Echeverría. Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1940, pág. VIII.

(6) Emilio Carilla: El Romanticismo en la América Hispana, Madrid, 1958.

rán al país, son los integrantes, por ello, de la "generación de hombres de la organización nacional".

Ya hemos señalado algunos nombres de la generación, los de aquellos más importantes, los de los que - según Pró - (7) representan cada uno, un papel especial dentro del conjunto: Alberdi, el pensador, el legislador, un casi filósofo; Juan María Gutiérrez, el crítico literario e iniciador de la historia de la cultura del país; Sarmiento, el hombre de acción; y Echeverría, el maestro sin el que no se explican los demás. A ellos podríamos agregar al historiador Vicente Fidel López, a Bartolomé Mitre también historiador y futuro presidente de la República y, finalmente, a nombres como los de Marco Avellaneda, Miguel Cané, José Mármol, Félix Frías, José Rivera Indarte, Marcos Sastre, Juan Thompson, Carlos Tejedor, todos ellos de alguna importancia en la vida cultural y política de Argentina.

El año 1847 es claramente significativo en la actuación de los hombres del historicismo romántico y en la historia de la cultura argentina. Es el año en que los románticos se constituirán en un grupo definido al fundar el "Salón Literario" que es el punto de arranque para la acción de toda esta generación.

El "Salón", marca la aparición pública de la juventud intelectual de la época que desde 1830 intentaba agruparse y, de esa forma, tratar de superar la mediocridad del medio cultural y las dificultades del momento político y, también, colaborar en el desarrollo de la auténtica cultura nacional.

Documento de gran valor para conocer este momento en que la juventud romántica se prepara para irrumpir en la vida pública e intelectual, es el testimonio que uno de los principales hombres de esa generación, el historiador Vicente Fidel López, nos deja en su Autobiografía (8). En ella destaca López la importancia que tuvo

(7) Diego F. Pró: op. cit.

(8) Vicente Fidel López: Autobiografía, Buenos Aires, 1929

para todos ellos el curso de filosofía que "regentaba el inolvidable doctor don Diego Alcorta". Alcorta fue un verdadero maestro de la generación, no sólo a través de su curso, sino por el contacto permanente, ya que la adhesión de sus alumnos hacía que la lección se prolongara más allá de las aulas,..." era un amigo y compañero para nosotros, comíamos y almorzábamos en su casa y vivíamos alrededor de su persona y de su familia, hablábamos con él de todo", dice López (9).

Al influjo de los cursos de Alcorta, el grupo se fue nucleando y surgieron, entre sus componentes, amistades e identificaciones que perdurarían con los años. Señala también López la influencia que tuvo, además, en ellos, la revolución francesa de 1830 que desalojó del trono francés a los Borbones. Un afán inusitado por conocer la nueva literatura venida directamente de Francia se despertó en ellos, lo que les lleva a crear, en 1852 una "Asociación de estudios históricos y sociales". Se reunían los jóvenes semanalmente para escuchar, debatir y criticar la disertación fijada anteriormente a uno de ellos. Dice López:..."nos reunimos en la casa de Miguel Cané, y formamos un núcleo con el fin de organizar una Asociación de estudios históricos y sociales, según la nueva escuela francesa; y de poner en común nuestras lecturas y estudios" (10).

Otro centro de reunión lo constituyó la librería de Marcos Sastre abierta en 1835. Marcos Sastre había nacido en Montevideo y, después de intentar diferentes carreras universitarias, tuvo que abandonar sus estudios por falta de medios económicos. Entonces se hizo librero. "En realidad, más que un librero, Marcos Sastre era un estudiante que vendía libros" (11). Era un bibliófilo experto que pronto convirtió a su "Librería Argentina" en el centro de reunión de Eche-

(9) Vicente Fidel López: Autobiografía, páq. 35.

(10) Ibidem, páq. 43.

(11) Ibidem, páq. 52.

verría y sus amigos. Los jóvenes frecuentaban la librería y Marcos Sastre para ayudarles, decidió fundar un "Gabinete de Lecturas", especie de biblioteca pública constituida por mil volúmenes escogidos y apartados en una habitación de la librería. Sin duda, éste debió ser el germen del "Salón Literario" de 1837.

El testimonio de López - pese a señalar erróneamente el año 1835 como fecha de fundación del Salón - sirve para conocer el éxito de la iniciativa de Sastre: "Don Marcos Sastre tomó la idea y el plantel de la primera Asociación para estudios literarios e históricos y se puso en la tarea de organizar un Salón Literario con mayores elementos de acción y vida propia. Desde el primer momento, contó con un número considerable de suscriptores y de obreros para realízar la idea"(12) y así, unió a su librería, "un Salón o club de discusión, de conversación y de lectura".

Con un estruendo de bombas, se anunció la apertura, un domingo de 1837. El acto fue presidido por don Vicente López y Planes, hombre de la generación anterior, autor del Himno Nacional Argentino y venerable patriarca de las letras en esos momentos. Su hijo Vicente Fidel, recuerda que días después, "el Doctor Maza embromó a mi padre, en el Tribunal, sobre su asistencia a la "función de los muchachos reformistas y regeneradores" y le agregó: "Juan Manuel de Rosas dice que usted es demasiado bueno y débil, que ése no era su lugar" (13), lo cual revela la inicial desconfianza de Rosas hacia el "Salón" y el disgusto que le producía la participación en él de un funcionario de su régimen. Pese a esa desconfianza, o quizás por ella, se encontraba también en el acto inaugural el napolitano Pedro de Angelis, intelectual al servicio del gobierno de Rosas.

(12) Vicente F. López: op. cit., pág. 52

(13) Ibidem, pág. 54

Se pronunciaron tres discursos en la inauguración -además de las palabras que improvisó López y Planes- que fueron publicados (14). Correspondió el primero al autor de la iniciativa, quien luego de cantar loas al "gran Rosas", estableció los objetivos del "Salón": ofrecer libros selectos "que den un impulso al progreso social" y cursos de lecturas en los que se expondrían "las altas concepciones de los sabios tales como Vico, Herder y Jouffroy" (15). En definitiva, reunión de libros y clases o charlas, fueron los fines que Sastre adjudicó al "Salón". Hablaron luego Juan Bautista Alberdi y Juan María Gutiérrez. La disertación del último fue de un anti-hispanismo tan acendrado, que provocó severas críticas cuando los discursos fueron publicados.

A pesar de que uno de los integrantes del "Salón", afirmó luego que en él "se produjo poco, se leyó mucho, se conversó más" (16), hubo en él, pese a sus escasos cuatro meses de existencia, una intensa actividad que puede seguirse, a grandes rasgos, por las noticias que da López en la Autobiografía y por los avisos aparecidos en la prensa.

En la primera reunión pública, Gutiérrez leyó el canto inicial de la cautiva de Echeverría; en la segunda, Alberdi explicó su reciente libro Fragmento preliminar al estudio del derecho. Se discutieron autores, se rindió culto a Byron, a Cousin, a Victor Hugo. Estas preocupaciones de índole literaria y filosófica, no fueron obstáculo para que se hablara de temas acuciantes de la reali

(14) Discursos pronunciados el día de la apertura del Salón Literario, Imprenta de la Independencia, Buenos Aires, 1837.

(15) Discurso de Marcos Sastre. En: Homenaje del Honorable Concejo Deliberante en el centenario de su fundación: Antecedentes de la Asociación de Mayo 1837-1937, Buenos Aires, 1939, pág. 16.

(16) Vicente Fidel López: op. cit., pág. 55.

dad argentina. Aún los temas económicos fueron objeto de discusión. Así, la "Gaceta Mercantil" del 19 de julio de 1837, anuncia una sesión para ese día en la que "se dará noticia de una obra que se es tá preparando para publicarse, sobre merinos y el refinamiento de las lanas: con un tratado de Economía rural y doméstica con aplicación de la economía de nuestro país" (17).

El mismo periódico, en la misma fecha, anuncia con claridad los objetivos del "Salón Literario" y formula un programa a seguir: "1º- El Salón Literario ofrecerá en su escogida biblioteca la leg tura de las obras más importantes de la literatura moderna. Hará venir constantemente de Europa los mejores periódicos literarios y científicos y todas las obras nuevas de más crédito que se pu bliquen en francés, inglés, español e italiano. 2º- Habrá cada se mana dos o más reuniones en que se leerá todo trabajo literario importante que sea presentado con ese objeto, sea traducción o composición original... 3º- Se formará un fondo para costear la impresión de toda obra original, ensayo, traducción o composi ción en prosa o en verso, que se consideren dignos de ver la luz pública y para establecer premios" (18).

Llama la atención la escasa actuación que tuvo en el "Salón" el inspirador del grupo, Esteban Echeverría. Parece raro el que no haya hablado en el acto de apertura, aunque quizá prefiriera que hablaran sus discípulos y no comprometerse él hasta no ver cuáles pudieran ser los efectos del acto. Entre sus páginas inéditas al momento de su muerte, aparecieron disertaciones para ser leídas en el mes de setiembre de 1837 en el "Salón". No se sabe si realmente las leyó.

(17) Edición crítica y documentada del Dogma Socialista de Este-
ban Echeverría, pág. 574.

(18) Ibidem, pág. 574.

En realidad, el "Salón Literario" no tuvo mayor eco en la sociedad bonaerense de su época. Es la conclusión a la que se llega luego de ver la escasa trascendencia que se le dio en la prensa y en los medios oficiales y privados.

En el "Diario de la Tarde" del 2 de agosto de 1937 (19), y con la firma de "Un lechuquino", aparece un artículo burlesco que es, en realidad, una parodia de los discursos inaugurales, en alguna medida comprensible dado el grado de reiterado anti-hispanismo de algunos de ellos. Este artículo motivó que en el mismo diario apareciera una respuesta de "Un socio del Salón Literario" (20), que no era otro que el sabio Felipe Senillosa.

Es interesante la opinión de Senillosa no sólo por su prestigio sino también por sus estrechas vinculaciones con Rosas: "aunque el Salón Literario, a pesar de su título algo pomposo, no sea en la realidad más que un gabinete de lectura en que se reúnen algunos suscriptores a leer los trabajos originales y las traducciones que se presentan, esperamos que la interesante y rica biblioteca que se va formando allí, y el aumento de la afición a las lecturas científicas, llame la atención y el afecto de todas las personas instruidas y se muevan algún día a unir sus tareas y sus luces en beneficio de las ciencias, de la agricultura, de la industria y el comercio de nuestro país". Después de defender al "Salón" como institución cultural y apolítica, hace también Senillosa la defensa de la cultura española puesta en tela de juicio en los discursos inaugurales.

Conocemos, además, dos importantes opiniones de la época, a través de dos cartas, ambas de 1937, y publicadas por primera vez en el Homenaje del Honorable Concejo Deliberante. Una de ellas, la de Florencio Varela, dirigida a Juan María Gutiérrez, es un docu-

(19) Edición crítica... del Doqma Socialista, pán. 299.

(20) Ibidem, págs. 302-303.

mento de excepcional interés por la importancia del autor y por su vinculación con el grupo romántico. En ella, muestra Varela su complacencia por la apertura del "Salón", pero "me temo -dice- que ese placer no sea duradero; porque preveo un término no muy remoto a la institución del señor Sastre. Yo creía que había más cooperadores, más personas interesadas en su sostén, que las que veo hasta ahora, y eso es para mí de mal agüero" (21). Objeto luego las presencias de Pedro de Angelis y de don Vicente López y Planes y, con gran acierto, critica los discursos inaugurales por su exceso de verbalismo, por ser protensiosos y por lo exagerado de las críticas a la cultura y al idioma españoles. La segunda de las cartas, es la de Florencio Balcarce, dirigida a Félix Frías y tiene el mismo tenor crítico de la anterior.

Pese a la intensa actividad de sus miembros, el "Salón", pues, careció de trascendencia y no pudo escapar a las duras críticas que provenían tanto del bando oficialista como del unitario. El gobierno rosista había tolerado sus reuniones a cambio de que no se hablara de política, pero el espíritu liberal de los jóvenes "reformistas", hacía que lo político inevitablemente se filtrara en los temas que trataban. Sin duda esto debió ocurrir, sobre todo, en las últimas reuniones.

No hay constancia de que el "Salón" haya funcionado después del mes de setiembre. La opinión más acertada, aunque no totalmente demostrada, es que pudo clausurarse por el aumento del tono político en las disertaciones. El día 16 de enero de 1838 comienza a aparecer en la "Gaceta Mercantil" la noticia del próximo remate de la "Librería Argentina" de Marcos Sastre (22). El remate definitivo

(21) Carta inédita de don Florencio Varela a J. M. Gutiérrez con referencia al "Salón Literario". En: Homenaje del Honorable Concejo Deliberante, págs. 15-22.

(22) Edición crítica... del Dogma Socialista, pág. 502.

se hará en mayo de 1838 y terminará incluyendo a la biblioteca del "Salón" (23). Desaparecerá así el "Salón Literario" que, como hemos dicho, ya permanecía inactivo desde el mes de setiembre.

Hasta ese momento, los jóvenes del "Salón" no sólo no habían querido oponerse a Rosas, sino que, por el contrario, le llenaron de elogios, como puede comprobarse en los discursos de apertura, en el Franmento preliminar de Alberdi, o en el periódico "La Moda" dirigido por el mismo Alberdi. Pero es probable que, a pesar de ello, Rosas no dejara de captar el matiz fuertemente liberal de la actitud política de los jóvenes. Quizá las presiones que se volcaban sobre ellos y el peligro, les llevara a definir su ideario político y de allí que, en el futuro, sus reuniones tomaran el carácter de secretos. A pesar de que ellos insisten en que quieren marginarse de las dos grandes tendencias que dividen al país y manifiestan su divorcio de una y otra, esa separación será mucho más radical con respecto del partido federal, el gobernante, que del partido unitario.

Surgirá ahora una nueva agrupación inspirada por Esteban Echeverría: la "Asociación de la Joven Generación Argentina", nombre cargado de reminiscencias de Mazzini y la "Joven Europa".

Se reunieron una noche más de treinta jóvenes, eligieron presidente a Echeverría quien, en su condición de numen inspirador, leyó entre aclamaciones las llamadas Quince palabras simbólicas, especie de conjunto de sus principios políticos que daría lugar al Credo y, desarrolladas, constituirían luego el Dogma Socialista.

La "Asociación" fue rebautizada, años después por el mismo Echeverría, como "Asociación de Mayo", nombre que ha prevalecido en la historia política y cultural de Argentina.

A pesar del carácter secreto de la Asociación, el investigador cuenta con testimonios detallados sobre su origen, sus objetivos

(23) Edición crítica... del Dogma Socialista, pág. 583.

y su trayectoria, a través de los escritos de algunos de sus principales asociados: Esteban Echeverría, Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López (24).

El error cronológico en el que todos los autores mencionados incurren, no invalida el valor documental de sus testimonios. Así, sabemos que el 8 de julio de 1838 todos prestaron juramento, y que al día siguiente, aniversario de la independencia argentina, se reunieron en un banquete. Nombraron una comisión para que, basándose en las Palabras simbólicas, redactaran el Credo de la Asociación. Los elegidos fueron Echeverría, Alberdi y Gutiérrez. Al fin, el Credo fue redactado por el primero, salvo el desarrollo de la última "palabra simbólica" que lo hizo Alberdi. El documento fue discutido en agosto, cuando las desconfianzas que despertaban y la intranquilidad política les obligó a despedirse y a suspender las reuniones.

La Asociación no perdió nunca su carácter de grupo intelectual. Paralelamente a las actividades de los románticos en Buenos Aires, se retiró a San Juan. Allí, creó un grupo que integrarían Villafañe, Cortínez, Aberastain, y quien se constituiría en una de las personalidades más importantes de la historia argentina: Domingo Faustino Sarmiento.

Vicente Fidel López, de paso por Córdoba, también fundó allí una filial de la "Asociación de la Joven Generación Argentina".

(24) Esteban Echeverría: Doctrina Socialista. En el presente trabajo utilizamos la ya mencionada Edición crítica; Juan María Gutiérrez: Noticias biográficas sobre don Esteban Echeverría. En: Esteban Echeverría: Obras Completas, t. V, Buenos Aires, 1874; Vicente Fidel López: Autobiografía.

Paulino Paz, Francisco Alvarez, Avelino Y Ramón Ferreyra, serán algunos de los nombres que se unen a ella. Finalmente, también surgirá una institución similar en Tucumán, fundada por Benjamín Villafañe, que había abandonado San Juan, y en la que participan, entre otros, Marco Avellaneda y Brígido Silva (25).

Muchos de los conjurados debieron ir abandonando el país impulsados por las cada día más peligrosas represiones del gobierno de Rosas. Alberdi fue uno de los primeros en marcharse. Pasó a Montevideo llevando consigo el Credo de la Asociación que fue publicado, el 1 de enero de 1839, en el periódico "El Iniciador". Llevaba el pomposo título de: Código o Declaración de principios que constituyen la creencia social de la República Argentina. El documento se reprodujo en los meses de febrero y marzo en otro periódico: "El Nacional".

En realidad, la aparición del Credo o Código, despertó muy poco interés tanto en los ambientes federales como en los unitarios. La prensa lo ignoró, salvo algunos comentarios del periódico porteño "La Gaceta Mercantil", rosista por supuesto, que en el número del 25 de enero de 1839 aludió a los autores del documento como miembros de un grupo de "románticos y saintsimonianos".

A Alberdi se unieron pronto en Montevideo Gutiérrez y Echeverría.

(25) El tomo de Homenaje del Honorable Concejo... trae la lista completa de los considerados miembros de la Asociación que luego se llamaría "de Mayo": Antonino Aberastain, Santiago Albarracín, J. B. Alberdi, Francisco Alvarez, Francisco Acuña de Figueroa, Marco Avellaneda, Adolfo Berro, Miguel Coné, Santiago Cortínez, E. Echeverría, Ramón Ferreira, Félix Frías, J. Carlos Gómez, J.M. Gutiérrez, Miguel Irigoyen, Enrique Lafuente, Andrés Lamas, V. F. López, Alejandro Magariños Cervantes, José Mármol, Bartolomé Mitre, Paulino Paz, Jacinto Peña, M. Quiroga Rosas, J. Rivera Indarte, Enrique Rodríguez, D. F. Sarmiento, Brígido Silva, M. Sastre, Andrés Somellera, Carlos Tejedor, Juan Thompson y Benjamín Villafañe.

En sus intentos por revivir la Asociación se les unirán varios jó-
venes más, entre ellos, dos figuras que adquirirán gran prestigio:
el uruguayo Andrés Lamas y el argentino Bartolomé Mitre.

En 1846, Echeverría reeditó el Credo con el que sería su título
definitivo: Doqma Socialista y llamó a la Asociación "Asociación
de Mayo". La dispersión de sus miembros a los diferentes lugares
a que los llevó el exilio quitó fuerza y vigencia a la institu-
ción.

Con respecto a la fecha de la fundación de la "Asociación de la
Joven Generación Argentina", luego llamada "Asociación de Mayo",
subsistió el error de creerla fundada en 1837, año en el que en
realidad fue creado el "Salón Literario". Al no existir acta de
fundación -salvo la que reproduce Sarmiento en Facundo, sin fecha
y de dudosa autenticidad, dados los graves errores históricos de
la obra (26)- el error persistió durante cien años.

Esteban Echeverría, al publicar en 1846 el Doqma Socialista, lo
precedió de una Ojeada retrospectiva en la que hacía la historia
de la Asociación. Dio como fecha de fundación el año 1837. No men-
cionó al "Salón", posiblemente lo absorbió en la Asociación que
fue obra de su creación. Gutiérrez y López sí lo mencionan, pero se-
guramente basándose en la fecha que para la Asociación da Echeve-
rría, le adjudican como año de creación el de 1835. Solamente en
1937 la fecha de creación de una y otra institución quedó aclarada
con la exposición que Pascual Guaglianone realizó en el Centro de
Estudios Históricos de La Plata, en la que dio a conocer el resul-
tado de sus investigaciones. Lamentablemente, Pascual Guaglianone
nunca escribió su exposición oral y sólo se tiene de ella una cró-
nica muy breve que publicó, en el año 1937, la Universidad Nacio-

(26) Domingo F. Sarmiento: Facundo. Civilización y barbarie, Bue-
nos Aires, 1962, págs. 201-202.

nal de La Plata (27).

Alberto Palcos, al dar a conocer los anuncios periodísticos so
bre el cierre del "Salón" y de la "Librería Argentina" que hemos
mencionado, y basándose en el testimonio de los protagonistas,
quienes en ningún momento mencionan que el "Salón" y la Asocia-
ción coexistieran, sino que por el contrario afirman que se suce-
dieron, llega a la conclusión de que al hablar Echeverría en la
Ofenda de mayo de 1837 como fecha en la que se gestó la Asociación,
la confundió con mayo de 1838. Creemos que de esa forma queda acla-
rada y superada la confusión cronológica que durante tanto tiempo
preocupó a críticos e investigadores.(28).

(27) Cuándo se fundó la Asociación de Mayo. Resumen de la exposi-
ción realizada por el señor Pascual Guaglianone en el Centro
de Estudios Históricos el 30 de abril de 1937. En: "Publica-
ciones de la Universidad de La Plata", Sec. II, t. 21, nº 10,
La Plata, 1937, págs. 105-106.

(28) Alberto Palcos: op. cit., pág. XXV.

II - LA GENERACION ROMANTICA: FORMACION INTELECTUAL, INFLUENCIAS QUE RECIBE.

Si bien cada uno de los hombres de la generación romántica recibe, como es lógico, una personal educación y formación intelectual -como se verá al estudiar a las principales figuras en forma individual- es indudable que todos ellos participan de un especial clima intelectual y político. Todos comparten, en gran medida, una misma formación universitaria y cultural y son influenciados por el particular momento histórico que el país vive, por cuyo destino sienten también una preocupación común. Todos sienten el influjo de una serie de ideas que por diversas circunstancias llegan de Europa y prenden en la todavía inmadura clase dirigente e intelectual de la aún joven sociedad argentina.

La mayoría de estos jóvenes son románticos en mayor o menor medida. Pero, el romanticismo del que participan, no les aparta de las preocupaciones políticas. Por el contrario, como muy bien explica Ricardo Rojas, el problema político era tan violento que absorbió al romanticismo teórico hasta desvirtuarlo (29).

El mismo Rojas señala cómo el momento histórico y político argentino constituía en sí mismo una situación romántica, como ocurre generalmente con todos los períodos revolucionarios.

La revolución argentina comienza en 1810, fecha alrededor de la cual nacen casi todos los hombres de la generación. Crecen, pues, en medio de las emociones de las luchas por la independencia que creaban un clima de romanticismo que impregnaba a la vida real del país. Ello explica, en parte, el éxito que el romanticismo tu

(29) Ricardo Rojas: Los proscriptos. En: La literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata. En: Obras, t. XII, Buenos Aires, 1925

vo cuando llegó en forma de doctrinas.

Las ideas foráneas que actúan sobre una particular situación nacional, provocan un romanticismo diferente al francés, al alemán, al español. Las notas diferenciales serían: alianza de la estética y la mentalidad románticas con el liberalismo político heredado de la generación que hizo la revolución de independencia y fuerte tono anti-español, también provocado por la todavía reciente prédica independentista.

Esteban Echeverría, en su Ojeada retrospectiva, señala claramente cómo ellos mismos tenían conciencia de integrar una generación nueva y diferente: "Había, entretanto crecido, sin mezclarse en esas guerras fratricidas, ni participar en esos odios, en el seno de esa sociedad una generación nueva, que por su edad, su educación su posición, debía aspirar y aspiraba a ocuparse de la cosa pública" (30).

Indudablemente la educación universitaria que habían recibido era diferente a la de las generaciones anteriores. A partir de 1810, y sobre todo durante el gobierno unitario y liberal de Bernardino Rivadavia, a través de las cátedras de filosofía, se produce una reacción contra la escolástica que es paralela a la reacción política contra la tradición colonial. Los maestros de la juventud fueron, en aquellos momentos, Juan Crisóstomo Lafinur, verdadero iniciador de la reacción antiescolástica; Manuel Fernández Agüero; y el médico Diego Alcorta, que basó su enseñanza en el "sensualismo" de Condillac y el "ideologismo" de Destut de Tracy. Indudablemente la influencia de Alcorta sobre la inteligencia de sus alumnos devotos, fue formidable. Así lo atestiguan los recuerdos de Vicente Fidel López a que ya hicimos referencia (31)

(30) Edición crítica... del Dogma Socialista, pág. 77.

(31) Vicente F. López: op. cit., págs. 31-35.

El gobierno de Rivadavia, con sus reformas de toda índole, educativas, religiosas y culturales, fomenta la cultura -de corte francés, sobre todo- lo que permite que las influencias renovadoras se multipliquen. Estas influencias persistirán en los jóvenes aún en la época de Rosas. Esto explica que, al llegar Echeverría de Europa en 1830, encuentre ya un ambiente propicio para difundir las ideas que había bebido en Francia durante cinco años. El será el portador del romanticismo que, de esa forma, llega directamente por la vía francesa sin mediación de la española, lo cual, es ya un síntoma de la independencia cultural que la joven generación pretendía reivindicar. Comienzan, pues, a sacudirse lo que para ellos era el yugo de la cultura española, a la que quieren reemplazar por la francesa.

Al fermento cultural de la época rivadaviana y a la acción del magisterio indudable que ejerce Echeverría sobre la juventud, se unirá el influjo de otro hecho: hacia finales del primer gobierno de Juan Manuel de Rosas, los jóvenes argentinos se sienten conmovidos por la revolución francesa de 1830. La caída de Carlos X y el ascenso de Luis Felipe de Orleans, provocará la expansión de las doctrinas que sustentaban al nuevo régimen francés, liberal y burgués. Son las doctrinas que, unidas a las de la concepción romántica del mundo, llegan en verdaderas oleadas de diarios y revistas.

Nuevamente debemos recurrir a los recuerdos de uno de los jóvenes de la generación de 1837, quien da testimonio del grado de efervescencia provocado por el acontecimiento francés. Dice Vicente Fidel López: "A los influjos de mis cursos con Alcorta, se agregan los de un grande acontecimiento que trastornó las bases sociales del mundo europeo -la revolución de 1830- que sacó a los Borbones del trono de Francia, y puso en él a Luis Felipe de Orleans. Nadie es hoy capaz de hacerse una idea del sacudimiento moral que este suceso produjo en la juventud argentina que cursaba las au-

las universitarias. No sé cómo se produjo una entrada torrencial de libros y autores que no se habían oído mencionar hasta entonces. Las obras de Cousin, de Villemain, de Quinet, Michelet, Jules Janin, Merimée, Nisard, etc, andaban en nuestras manos produciendo una novelaría fantástica de ideas y de prédicas sobre escuelas y autores, románticos, clásicos, eclécticos y san simonianos. Nos arrebatábamos las obras de Victor Hugo, de Sainte Beuve, las tragedias de Casimir Delavigne, los dramas de Dumas y de Victor Ducange, Georges Sand, etc. Fue entonces que pudimos estudiar a Niebuhr y que nuestro espíritu tomó alas hacia lo que creíamos las alturas. La "Revue de Paris", donde todo lo nuevo y trascendental de la literatura francesa de 1830 ensayó sus fuerzas, era buscada como lo más palpitante de nuestros deseos" (32).

También recuerda López cómo el joven Santiago Viola, que había heredado una gran fortuna, decidió invertir parte de lo que habitualmente gastaba en diversiones, en libros que contenían las novedades francesas. Hizo también llevar las colecciones de la "Revue de Paris" y la "Revue Britannique". Todo ello estuvo a disposición de sus amigos lo que, explica en parte, la "actualización" de la juventud en temas literarios, filosóficos y políticos, que preocupaban a la intelectualidad europea. Es el fermento que volcarán en las reuniones de la "Asociación de estudios históricos", en el "gabinete de lectura" de Marcos Sastre y en el "Salón Literario" que le sucedió. Y fue en esas reuniones en las que Echeverría, Alberdi, Gutiérrez, trataron de ver cuáles podían ser sus aportes a la realidad nacional a través de toda esa cultura importada que la juventud absorbía dogmáticamente.

Los discursos de inauguración del "Salón Literario" (33), sobre

(32) Vicente F. López: op. cit., pág. 38.

(33) En: Homenaje del Honorable Concejo Deliberante.

todo los de Marcos Sastre y de Juan María Gutiérrez, propician claramente la ruptura con la tradición española a la que se refieren con palabras de injusto desprecio. Señalan también - y lo demuestran las lecturas a las que luego se aficionaron- su adhesión al pensamiento europeo, especialmente al francés.

Justo es reconocer que, dentro de todas sus contradicciones, los románticos argentinos trataron de adaptar las ideas foráneas a las necesidades locales. Florencio Varela, unitario pero con tantos puntos en común con ellos, vio perfectamente esas contradicciones y, en la ya mencionada carta que dirigió a Gutiérrez, critica, además del absurdo intento de romper con el idioma español, "la singular y contradictoria manía de prodigar ciertas palabras y frases tomadas de autores extranjeros..." (34). Evidentemente, esta afición a adoptar autores e ideas foráneas, obliga a precisar con mayor rigor cuál es el mundo de influencias y guías intelectuales en el que se mueven los hombres del romanticismo argentino.

Coriolano Alberini (35), sitúa con gran claridad a los socios de la "Asociación de Mayo" en su contexto histórico y cultural: pertenecen -piensa- a la época romántica y se mueven dentro del círculo del pensamiento francés de la primera mitad del siglo XIX, pero recibiendo, además, todos los elementos germánicos de que está cargada esa filosofía. La vía directa fue, pues, francesa, y los autores franceses modelos a los que se seguía casi dogmáticamente.

Es necesario reconocer, además, la importancia de la vía indirecta alemana que llega a través de los autores franceses. Las principales figuras del romanticismo alemán: Herder, Goethe, Fich

! (34) En Homenaje del Honorable Concejo Deliberante, págs. 15-22.

(35) Coriolano Alberini: op. cit.

te, Schelling, son difundidos por los historicistas románticos franceses: de Maitre, Bonald, Lamennais, Saint-Simon, Lerminier. Así, el romanticismo alemán, con toda la carga política y práctica que tomará luego en la versión francesa, influirá en los hombres de la generación de 1837. Prevalece la idea historicista del progreso que suplanta a la iluminista, propia de la época de Rivadavia. Como señala Alberini, el historicismo llenará la cultura argentina hasta que, a partir de 1888, sea remplazada por el positivismo.

El Dogma Socialista, que además de ser la obra fundamental de Echeverría, es en gran medida el credo de toda la generación, no puede negar la influencia del romanticismo social de Saint-Simon y de sus discípulos, Leroux entre ellos. Alejandro Korn (36), se lamenta de que, dada la vigencia del pensamiento francés, no haya sido definitiva la influencia de Victor Cousin y sí la de un saintsimonismo de segunda mano a través de Leroux, pensador de escasa trascendencia en su tierra. Sin embargo, sus excesivos planteos teóricos perdieron algo de valor para quines querían resolver los acuciantes problemas de la realidad nacional, lo que hizo que su influencia no fuera muy duradera. Junto a los ya señalados, se completa el cuadro de influencias en el campo de las ideas filosóficas, políticas e históricas con Roger Collard, Jouffroy, Quinet, Guizot, Lamennais, Villemain y Lerminier; mientras que en el campo estrictamente literario es indudable el influjo de Chateaubriand, Hugo y Alejandro Dumas.

Entre los pensadores alemanes, conocidos como ya hemos dicho en forma indirecta mediante los autores franceses, reviste espe-

(36) Alejandro Korn: Influencias filosóficas en la evolución nacional. En: Obras, vol 3º, Universidad Nacional de La Plata, 1940, págs. 137-184.

cial importancia Herder, quien se exterioriza, sobre todo, a través de Victor Cousin o por la traducción francesa de Edgard Quinet, a pesar de que algunos -los menos- lo hubieran leído directamente. Además de la de Herder, y siempre por la vía indirecta, se puede señalar la influencia de Hegel, Schelling y Goethe. En el campo de las ideas jurídicas, el historicismo de Savigny llega a través de Lerminier, quien ejerce gran influencia sobre Juan Bautista Alberdi.

Ya se ha señalado que, por la cercanía de las guerras de la independencia, la generación romántica abjuró de los modelos españoles, cosa que, como establece Carilla (37), no ocurrió en otros lugares de Hispanoamérica.

Enrique de Gandía (38) señala que, a pesar de esa actitud mental de rechazo a lo español, resultaba imposible escapar a la larga tradición española. La actitud romántica existe -según él- en la literatura romántica antes que en ninguna otra, de tal forma habría una influencia española en un nivel inconsciente, más allá del voluntario rechazo de ella. "... podemos afirmar -dice- que que todo lo malo que tiene, por ejemplo Echeverría, en muchas de sus páginas, es lo que ha imitado de autores franceses y copiado, entre otros, de Lamartine, mientras que el valor de otras páginas es lo que denota una lejana inspiración española" (39).

Hay sí unanimidad en los románticos argentinos en cuanto a aceptar a un autor español: Mariano José de Larra. El Larra liberal y crítico, tendrá gran influencia sobre Alberdi, quien inclusive adoptará como nombre para firmar muchos de sus artículos periódicos

(37) Emilio Carilla: op. cit., pág. 91.

(38) Enrique de Gandía: Orígenes del romanticismo y otros ensayos, Buenos Aires, 1946.

(39) Ibidem, pág. 133.

ticos, el de Figarillo, como homenaje al Figaro de Larra. También Sarmiento consideraba a Larra como el mejor escritor español de su tiempo e igual admiración sintieron por él Gutiérrez y Bartolomé Mitre.

Sin duda, Inglaterra no tuvo para los románticos argentinos el prestigio de Francia o aún de Alemania. A pesar de ello, hubieron algunas influencias inglesas. Además de Byron o de Ossian, en el terreno estrictamente literario, nos interesa señalar, por su carácter casi historiográfico, a Walter Scott. Las novelas de Scott fueron muy leídas en Argentina en la primera mitad del siglo XIX, generalmente en traducciones francesas. La novela histórica tuvo mucha aceptación en toda Hispanoamérica. Era una forma de conjugar la literatura de ficción con la pasión por la historia. Walter Scott fue para todos, el maestro en ese género. Sarmiento manifiesta reiteradamente su admiración por el novelista inglés y pretende haber traducido sesenta volúmenes de su colección completa. Al respecto, Emilio Carilla, con acertado criterio dice : ..."debemos creer que las leía en inglés y mentalmente las tradujo al español aplicando las lecciones de inglés que durante un mes y medio recibió del Profesor Richard" (40).

Historiadores de la talla de Vicente Fidel López hicieron también su aportación al género de Walter Scott, tal es el caso de su novela La novia del hereje. Y a otra novela histórica, la Amalia de José Mármol, se le ha dado tal valor histórico que, sin serlo, se la ha considerado como uno de los testimonios más importantes para la interpretación que de la época rosista ha hecho la corriente liberal.

Entre los escritores norteamericanos, es importante destacar la influencia de Fenimore Cooper. Su novela El último de los mohica-

(40) Emilio Carilla: op. cit., pág. 83.

nos, ha sido elogiada por Mitre y Vicente Fidel López y , sobre todo, por Sarmiento, quien en la clásica antinomia "civilización y barbarie", contenida en el Facundo, denota sugestivas similitudes con las tesis del norteamericano.

El filósofo de la historia italiano, Giambattista Vico, que tanta trascendencia tendría para el pensamiento historicista, influyó notablemente en autores como Alberdi o Sarmiento. Extrañamente fue conocido de primera mano. Los jóvenes del "Salón Literario" pudieron acceder a su pensamiento por medio de Pedro de Angelis, napolitano, valioso intelectual y, además, reconocido especialista en la obra de Vico. Se tiene conocimiento de que de Angelis comentó y explicó el pensamiento de Vico en las primeras sesiones del "Salón".

Las arribas señaladas son las más importantes influencias de entre las numerosas que reciben los románticos argentinos y que digieren o adoptan con mayor o menor fortuna. La preocupación constante por las doctrinas foráneas es tan evidente que, nos parece insostenible la posición de Ricardo Levene para quien, aún considerando algunas influencias extranjeras, el romanticismo argentino se le presenta como un fenómeno original y no de imitación (41). Más acertada nos parece la opinión de Ricardo Rojas quien afirma que sobre el primitivo romanticismo importado por Echeverría de Francia, se acumulan luego influencias múltiples, españolas incluso, y, trasplantado a la Argentina, recibirá el influjo del medio geográfico y la tradición histórica, todo lo cual lo convierten en una versión distinta del romanticismo europeo(42).

El romanticismo de los hombres de la generación de 1837, que es al comienzo casi exclusivamente literario va tiñéndose, poco

(41) Ricardo Levene: Historia de las ideas sociales argentinas , Buenos Aires, 1947, págs.27-37.

(42) Ricardo Rojas: op. cit., págs. 421-424.

a poco, de un matiz político y social cada vez más intenso. Incluso, la preocupación por desentrañar la realidad nacional y descubrir las causas de los males que aquejan al país, les hace tomar conciencia, en algunos momentos, del peligro de caer en la actitud frívola e intrascendente de adoptar, sin adaptar, las doctrinas extranjeras. El Discurso de Alberdi, en la inauguración del "Salón", pese a la falta de claridad por el desborde de principios y conceptos de la filosofía europea a la moda, toma conciencia de ello, al intentar establecer un programa para la juventud argentina, y afirma: "dos direcciones deben tomar nuestros trabajos inteligentes: 1º La indagación de los elementos filosóficos de la civilización humana. 2º El estudio de las formas que estos elementos deben de recibir bajo las influencias particulares de nuestra edad y nuestro suelo. Sobre lo primero, es menester escuchar a la inteligencia europea, más instruida y más versada en las cosas humanas y filosóficas que nosotros. Sobre lo segundo, no hay que consultarlo a nadie, sino a nuestra razón y observación propia. Así nuestros espíritus quieren una doble dirección extranjera y nacional, para el estudio de los elementos constitutivos de toda civilización: el elemento humano, filosófico, absoluto; y el elemento nacional, positivo, relativo" (43).

"¿Queda algo útil para el país, de todas esas teorías que no tienen raíz alguna en su vida?" (44) se pregunta Echeverría en la Ojeada Retrospectiva. Justamente Echeverría, tan proclive a sentirse fascinado con las doctrinas extranjeras. Justo es reconocer que, en general, son hombres que, armados de teorías y doctrinas librescas, tratan de penetrar en la realidad de su patria. Sin ser ninguno de ellos un filósofo en sentido estricto, tratan de

(43) En: Edición crítica...del Dogma Socialista, págs. 248 y 249.

(44) Esteban Echeverría: op. cit., pág. 88.

- 54 -

entender al país, interpretar su historia y descubrir los modos políticos mediante los cuales podrían reformar y mejorar esa realidad. La definitiva vocación política del grupo terminará por imponerse, y con ello sobrevendrá la clausura del "Salón Literario" y la posterior proscripción de casi todos ellos.

III - IDEARIO POLITICO Y CONCIENCIA HISTORICA EN LOS HOMOBRES DEL ROMANTICISMO.

Cuando el régimen rosista por boca de Pedro de Angelis, que era el intelectual y periodista a su servicio de mayor prestigio, quiere ridiculizar a los jóvenes de la "Asociación de Mayo", les llama "románticos y saintsimonianos". Ellos rechazan el mote, no lo aceptan, y sin embargo, no logran disimular que son inconfundiblemente románticos en gran parte de sus actitudes e ideas. "Nuestros románticos vivían en el destierro como románticos, soñaban como románticos y no querían ser románticos", dice Enrique de Gandía (45). Podríamos agregar: pensaban como románticos y al hacerlo, una de las notas más destacadas de su pensamiento será su fuerte historicismo.

El romanticismo, tan característico en el pensamiento europeo de la primera mitad del siglo XIX, se exagera en la Argentina por la peculiar situación histórico-política. A escasos veinte años de su independencia y después de diferentes ensayos políticos y de luchas intestinas, el país vive el gobierno fuerte y autoritario de Juan Manuel de Rosas. Al tratar de buscar las causas que habían llevado a la patria a esa situación, que ellos consideran como de tiranía y que, dadas sus ideas no aceptan, tendrán ocasión de desplegar su especial visión del desarrollo histórico universal y sus ideas sobre la realidad histórica argentina. La situación nacional en la que están inmersos, estimula en ellos el desarrollo de una marcada conciencia histórica.

El modo de entender la historia que tiene la generación de 1837 es totalmente diferente a la forma con que la entendían los hombres de la generación de la independencia y de la época rivadavia

(45) Enrique de Gandía: op. cit., pág. 133.

na. Para éstos, fuertemente determinados por su adhesión a la Ilustración y a la Ideología, el proceso histórico era orientable mediante normas y leyes. Influenciados por el pensamiento de Rousseau y de Montesquieu, pretender romper con el pasado y con las tradiciones y crear una conciencia nacional mediante una fuerte voluntad política. Así, para ellos, el estado podría modificar las costumbres, las instituciones y hasta la religión, mediante leyes que establecieran nuevas instituciones y nuevas formas de educación (46).

Para los hombres de la "Asociación de Mayo", en cambio, existe una ley universal de la humanidad que es el desarrollo de la historia. Pero esa ley universal se concreta mediante leyes particulares que rigen el desenvolvimiento de los diferentes pueblos. Es éste, el historicismo que está presente en el Discurso de Alberdi en el "Salón Literario". Para Alberdi, erraron los hombres de la época anterior por no haber atendido a los modos especiales de la realidad argentina: "Al caer bajo la ley del desenvolvimiento progresivo del espíritu humano, nosotros no hemos subordinado nuestro movimiento a las condiciones propias de nuestra edad y de nuestro suelo: no hemos procurado la civilización especial que debía salir como un resultado normal de nuestros modos de ser nacionales, y es a esta falta, que es menester referir toda la esterilidad de nuestros experimentos constitucionales" (47).

Como afirma Diego Pró, es el mismo historicismo que constituye

(46) Para ver las características del pensamiento de las diferentes generaciones argentinas, recomendamos el trabajo de Diego F. Pró: Periodización y caracterización de la historia del pensamiento argentino. En: "Universidad", nº 51, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, 1962, págs. 5-58.

(47) Edición crítica... del Dogma Socialista, pág. 247.

el meollo de las obras de Sarmiento, de Vicente Fidel López, y del mismo Alberdi del Fragmento preliminar al estudio del derecho.

La profunda conciencia histórica que viven los hombres del romanticismo, y que se identifica con una verdadera conciencia nacional, les lleva a estudiar y desentrañar el pasado, las tradiciones, las particularidades geográficas, los usos y costumbres, la religión, la idiosincracia del pueblo. Como resultado de ese estudio descubrirán que los males que aquejan a la vida política se deben a los males sociales y económicos que subyacen bajo ella. Superarlos, será para ellos la tarea inmediata, la que les dará los presupuestos necesarios para enfrentarse con la gran tarea de la organización nacional. El acuciante problema político les lleva, pues, a indagar en la realidad social para descubrir las causas del mal. Si el país se destroza por la lucha entre dos partidos irreconciliables, es porque en el fondo, se enfrentan dos concepciones de vida absolutamente opuestas.

Los resultados de estas indagaciones harán surgir las más importantes obras del romanticismo argentino: el Facundo de Sarmiento; las Bases de Alberdi y el Dogma Socialista de Echeverría. Esta última, es especialmente importante para conocer el ideario político de la generación, ya que, como bien lo reconoce su autor, es en gran medida la obra de todos ellos: "Después de su lectura, a petición del que suscribe, se resolvió considerar y discutir por partes el Dogma, porque importaba que todos los miembros le diesen su asentimiento meditado y racional para que él no fuese sino la expresión formulada del pensamiento de todos. Y lo era en efecto: sólo se vanagloria el que suscribe de haber sido por fortuna el intérprete y órgano de ese pensamiento, y tomado oportunamente la iniciativa de su manifestación solemne" (48).

(48) Edición crítica... del Dogma Socialista, pág. 84.

Inevitablemente debemos recurrir al Dagma al intentar establecer el cuerpo de ideas políticas comunes del grupo romántico, al margen de que luego se analicen los matices individuales de cada autor.

Ya hemos señalado que, al plantearse los hombres del 37 la realidad, ven que el país se despedaza por la lucha de dos partidos: "La sociedad argentina entonces estaba dividida en dos facciones irreconciliables por sus odios, como por sus tendencias, que se habían largo tiempo despedazado en los campos de batalla -la facción federal vencedora, que se apoyaba en las masas populares y era la expresión genuina de los instintos semi-bárbaros, y la facción unitaria, minoría vencida, con buenas tendencias, pero sin bases locales de criterio socialista y algo antipática por sus arranques soberbios de exclusivismo y supremacía" (49).

La nueva generación quiso permanecer equidistante de una y otra facción. Si bien a sus componentes se los ha identificado a veces con los hombres del partido unitario, esto se debe al común odio a Rosas y a que la posterior lucha contra la dictadura, unió a muchos de ellos en esa causa común. Pero los unitarios eran centralistas y oligárquicos en política, y partidarios, además, de todo tipo de reformas sin tener en cuenta mayormente si éstas se avenían a las características locales, a las costumbres y a los sentimientos religiosos.

El partido federal sí encajaba más en lo local, pero el partido federal era Rosas, y éste, era para ellos el símbolo de la contrarrevolución que favorecía las fuerzas conservadoras de tradición hispánica y movía a las masas antiprograsistas.

Para los románticos, cada una de las facciones representaban un aspecto de la realidad argentina. Como formas puras habían fra

(49) Edición crítica... del Dagma Socialista, págs. 76-77.

casado, pero contenían en sí elementos valiosos que podían rescatarse. Pretendían ellos superar la antinomia irreconciliable, llegar a una especie de síntesis dialéctica de ambas posiciones combinando los mejores elementos de una y otra, a través de formas mixtas. Así, el proceso iniciado con el estudio de la realidad argentina, debía llevarles a la conciliación nacional.

Por supuesto, la actitud conciliadora hizo que ninguno de los dos partidos les apoyara, sino que, por el contrario, les miraban con desconfianza: "La situación de esta generación nueva en medio de ambas facciones era singular. Los federales la miraban con desconfianza y ojeriza, porque la hallaban poco dispuesta a aceptar su librea de vasallaje, la veían ojear libros y vestir frac, traje unitario ridiculizado y proscripto oficialmente por su jefe en las bacanales inmundas con que solemnizó su elevación al mando su premo. Los corifeos del bando unitario, asilados en Montevideo, con lástima y menosprecio, porque la creían federalizada, u ocupada solamente de frivolidades" (50).

Conciliación mediante asociación se constituyó en uno de los principios fundamentales para la nueva generación: "Se ve, pues, que caminábamos a la unidad, pero por diversa senda que los federales y unitarios. No a la unidad de forma del unitarismo, ni a la despótica del federalismo, sino a la unidad intrínseca animada, que proviene de la concentración y acción de las capacidades físicas y morales de todos los miembros de la asociación política" (51).

Las Bases de Alberdi significarán, en lo político y jurídico, la búsqueda de un régimen mixto que expresara a la realidad total que los partidos unitario y federal parcializaban.

(50) Edición crítica... del Dogma Socialista, pág. 76.

(51) Ibidem, pág. 88.

Ni unitarios ni federales. He ahí una clave fundamental para los jóvenes de 1837. Pero, deseosos de encontrar y asumir la verdadera tradición argentina, rechazan arbitrariamente a la tradición identificada con el pasado español, de la cual -consideran- el partido federal es una continuación. La auténtica, la verdadera tradición, arrancará para ellos, de la revolución de mayo de 1810. "En Mayo -dice Echeverría- el pueblo argentino empezó a existir como pueblo. Su condición de ser experimentó entonces una transformación repentina. Como esclavo, estaba fuera de la ley del progreso; como libre, entró rehabilitado en ella" (52). A partir de allí, se proponen rehabilitar el "espíritu de Mayo"; se llamarán "hijos de Mayo", cuya revolución se propone reivindicar y continuar. Esta será su bandera, la que esgrimirán frente a los partidos tradicionales: Mayo; y Mayo es para ellos, también, democracia.

El espíritu de Mayo, que es liberal y democrático, no puede conectarse con la tradición hispánica; puede sí, establecer lazos con la tradición de la cultura francesa, la que -piensan- les brindará los principios que, aplicados al país, llevarán al pueblo por un camino de progreso y libertad. "El fundamento, pues, de nuestra doctrina, resultaba de la condición peculiar de ser impuesta al pueblo argentino por la revolución de Mayo; el principio de unidad de nuestra teoría social del pensamiento de Mayo: la Democracia" (53).

A pesar de que piensan que el gobierno de Rosas es la negación del pensamiento de Mayo, cuya continuidad ha interrumpido, a la vez que una rehabilitación de los principios más recalcitrantes de la tradición hispánica, no caen, al comienzo, en actitudes de

(52) Edición crítica... del Dogma Socialista, pág. 85.

(53) Ibidem, pág. 86.

rechazo u oposición a Rosas. Pero Rosas, era "genuino intérprete de su propia concepción de vida: el plebiscito por el que se ratificaba la concesión de la suma del poder público a Rosas no dejaba lugar a dudas en cuanto a este hecho decisivo para la vida argentina" (54). A partir de allí, el problema no es tanto Rosas como descubrir el secreto de una sociedad a la que Rosas interpretaba y a la que los unitarios habían ignorado. Si no se descubrían las causas de la existencia de Rosas ni se modificaban las características de la sociedad que lo había engendrado, aún derrocado Rosas, inevitablemente surgiría otro caudillo que lo reemplazaría.

Rosas era, pues, un accidente; lo fundamental era encontrar las causas de su surgimiento. Mientras tanto, quizá pudieran "atraerse al déspota" a su política de conciliación y transformarlo. Estas serán las explicaciones que ellos darán en la proscripción; en el momento de la acción del "Salón Literario", y de la "Asociación de la Joven Generación Argentina", no encontramos sino elogios a Rosas y a su gobierno. En la época de la oposición, no dieron explicaciones valoderas acerca de esos elogios que a veces fueron desmedidos. Existe la posibilidad de que fueran sinceros o de que, respondieran al temor a las persecuciones. El caso es que las alabanzas son suficientemente elocuentes. Muestra de ello es lo que dice el fundador del "Salón Literario" en el discurso inaugural: "Porque tengo por indudable que estamos en al época más propia y que presenta más facilidades para dar un empuje fuerte a todo género de progresos. Porque el actual gobierno es el único conveniente, el único poderoso para allanar los caminos de la prosperidad nacional. El gran Rosas es el hombre elevado por la sola fuerza de

(54) José Luis Romero: Las ideas políticas en Argentina, Buenos Aires, 1969, pág. 136.

su genio al alto grado de influencia y de fama, que le poné en aptitud de rechazar toda reacción extraña o anárquica que intente oponerse a la realización de las esperanzas de la nación" (55).

Similares elogios señalaremos oportunamente en el fragmento preliminar de Alberdi, que es del mismo año que los Discursos, y en el periódico "La Moda". Pero, pese a ellos, la alianza con Rosas era imposible. Pese a la lucidez de los románticos para reconocer los errores de los unitarios, estaban más cerca de éstos que de los federales. Los fragmentos que hemos reproducido del Dogma Socialista muestran claramente que, frente a las lapidarias críticas que se hace a los federales, las que dirigen a los unitarios parecen triviales o absolutamente secundarias.

La mutua incomprensión entre Rosas y los jóvenes de la "Asociación de Mayo", y las dificultades de éstos para desarrollar sus actividades, terminaron lanzándolos a la oposición y al destierro luego, para desde allí, emprender una lucha implacable que no cesaría hasta lograr la caída de Rosas, lo que finalmente se produjo con la batalla de Caseros del 3 de febrero de 1853.

Para conseguir sus fines, no trepidaron en aliarse a potencias extranjeras, como ocurrió en ocasión del bloqueo anglo-francés. No tuvieron problemas en encontrar justificativos éticos para su actitud que les pareció legítima y en absoluto desleal para con el país. Francia e Inglaterra, dignas representantes de la cultura europea, acudían en ayuda -pensaban- de la parte más civilizada del pueblo argentino que combatía a la "barbarie" de la tiranía y de los resabios hispánicos y oscurantistas que ella representaba.

Mientras lograban el fin ansiado de la dictadura, debían continuar, paralelamente, con sus estudios de la realidad nacional para emprender la "regeneración" de la sociedad argentina. Debían

(55) En: Edición... del Dogma Socialista, págs. 231-232.

aplicar la luz de su inteligencia para lograr rehabilitar "el es píritu de Mayo", continuador de la tradición europea, para que, una vez reivindicado, venciera los últimos atisbos de la tradición hispano-criolla que aún se conservaba con vigor entre las ma sas campesinas y entre los sectores más conservadores y reaccionarios de la ciudad. En eso consistía el plan propuesto a la inteli gencia argentina en el discurso que Alberdi pronunció en el acto de apertura del "Salón Literario": indagar en los elementos filosóficos de la civilización humana para posteriormente aplicarlos al estudio de las formas locales, porque "nuestra situación quiere ser propia y ha de salir de las circunstancias individuales de nuestro modo de existir juvenil y americano" (56).

La finalidad era modificar la realidad; mediante una política sistemática, transformar inclusive el espíritu argentino y dotar al país de una organización nacional. Era menester completar la obra de la revolución de Mayo que había sido interrumpida. Y Mayo -ya lo hemos dicho- era para ellos democracia, una democracia a la que habría que llegar con el tiempo, ya que, en una actitud del tipo del "Despotismo ilustrado", negaban la aplicación del su fragio universal hasta tanto las masas no fueran educadas y regeneradas por la acción cultural de la civilización europea.

Preconizaban una democracia, en definitiva, en la que las mayo rías aceptaran la organización y las pautas cuyos modelos ellos habían ya elaborados. Si bien constituyan un grupo minoritario, pensaban que estaban justificados por cuanto eran los representan tes de la "cultura y la civilización europeas" y, por lo tanto, ello les convertía en albaceas de la que consideraban como auténtica democracia.

En síntesis, la acción política que estos hombres se proponen

(56) En: Edición crítica... del Dogma Socialista, pág. 247.

es: en primer lugar, tomar conciencia de la realidad argentina; es to, les llevará a rechazar a los dos partidos tradicionales que re presentan sí a esa realidad, pero sólo parcialmente. Deberán, por lo tanto, formar un partido nuevo que sea una síntesis de lo mejor de los dos anteriores y se inspire en los principios de la revolu ción de Mayo. Armados con estos principios, los que, por otra par te constituyen la versión local de las pautas eternas de la cultura europea, podrían derrocar a la tiranía, transformar y regene rar al país, y darle luego una organización política, democrática y liberal y acorde con las pautas generales del progreso humano. Espíritu de Mayo, democracia y progreso constituyen la panacea que acabaría con los males de la Nación.

IV - CONTENIDOS ROMANTICOS EN EL PERIODICO "LA MODA".

Si bien el "Salón Literario" de Marcos Sastre declina hacia se tiembre de 1837 -como ya se ha visto- algunos de los miembros que lo componían no se mantuvieron inactivos hasta los nuevos intentos de reagrupación en la "Asociación de la Joven Generación Argentina".

En noviembre de 1837, casi coincidiendo con el ocaso del "Salón", aparecerá el periódico "La Moda" en en que colaborarán varios de los componentes de la asociación que había fundado Marcos Sastre. La inspiración y la dirección no estarán a cargo ahora de Esteban Echeverría, sino de Juan Bautista Alberdi.

El semanario constituye, sin lugar a dudas, otro documento importantísimo para el conocimiento de la vida cultural argentina en la época de Rosas y, especialmente, para adentrarnos más en el pensamiento y la acción de los hombres de la generación romántica. Gracias a José A. Oría, se cuenta con una excelente edición facsimilar de la colección completa del periódico, y con dos trabajos que permiten un análisis exhaustivo del tema (57).

El 14 de noviembre de 1837, el "Diario de la Tarde", anuncia: "La Moda, Gacetita semanal de Música, de Poesía, de Literatura, de Costumbres, de Moda, dedicada al bello mundo federal, aparecerá desde la próxima semana". Efectivamente, el 18 de noviembre de ese año, apareció el primer número de los veintitrés que forman

(57) José A. Oría: Alberdi "Figarillo". Contribución al estudio de la influencia de Larra en el Río de la Plata. En: "Humanidades" t. XXV, 2ª parte, La Plata, 1936; y Prólogo a: "La Moda", gacetin semanal de música, de poesía, de literatura, de costumbres. 1838. Reimpresión facsimilar, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1938.

la colección completa. El último apareció el 21 de abril de 1838.

Es evidente que los redactores de "La Moda" no constituyeron un grupo disidente del "Salón", como podría pensarse al comprobar la ausencia de Echeverría en su plantel, al punto de que la "Librería Argentina" de Marcos Sastre es uno de los lugares a donde deben dirigirse los suscriptores. Parece claro que "La Moda" es una continuación o una complementación de las actividades del "Salón". Tratará de captar, justamente, al público femenino que era el que no asistía a sus reuniones.

Fueron colaboradores de "La Moda": Demetrio y Jacinto Peña, Carlos Tejedor, Carlos Egufa, Vicente Fidel López, José Barros Pazos, Nicolás Albarellos y Manuel Quiroga de la Rosa. Se publicaron, además, composiciones musicales de Juan P. Esnaola, Juan Bautista Alberdi, Roque Rivero, Esteban Massini y otros.

Para su director, Juan Bautista Alberdi, culmina con el semanario un año de gran actividad. 1837 es también el año de su Discurso en el "Salón Literario" y el de la aparición de su Fragmento preliminar al estudio del derecho. Alberdi, además de escribir el Prospecto inicial del periódico junto con Juan María Gutiérrez, fue el autor de gran cantidad de artículos e incluso, de los boletines musicales. Los agudos y satíricos artículos costumbristas los firmó con el seudónimo de "Figarillo". Mariano José de Larra, que firmó tantos artículos literarios, políticos y costumbristas como "Fígaro", se había suicidado en Madrid el 13 de febrero de 1837 y Alberdi, crítico implacable de la época, se confiesa admirador de la personalidad y la obra de Larra al que considera representante de una España nueva y distinta. "Larra burlándose de la España atesta un progreso de la España que se levanta sobre las ruinas de la España feudal" (58).

(58) "La Moda", nº 4, diciembre 9 de 1837, pág. 3. Para las citas de "La Moda" utilizamos la ya mencionada edición.

En el número cinco, explica Alberdi por qué ha adoptado el seudónimo de "Figarillo", y rinde su homenaje de admiración a Larra: "Por muchas razones me llamo Figarillo y no Fígaro. Prmero, porque este nombre no debe ser tocado ya por nadie, desde que ha servido para designar el genio inimitable cuya temprana infausta muerte lloran hoy las Musas y el siglo"... "Me llamo Figarillo, en segundo lugar, porque yo no entro tan hondo en las cosas y de la sociedad como el Cervantes del siglo XIX"... "Me llamo Figarillo, y no otra cosa, porque soy hijo de Fígaro, es decir, soy un resultado suyo, una imitación suya, de modo que si no hubiese habido Fígaro, tampoco habría habido Figarillo: yo soy el último artículo, por decirlo así, la obra póstuma de Larra" (59).

El inocente título de "La Moda", de "escurridiza frivolidad", como dice Rafael Alberto Arrieta (60), parecía confirmar ese tono con el subtítulo: "gacetín de música, de poesía, de literatura, de costumbres". En realidad, el periódico se ocupó de todo esto: artículos sobre moda europea y local, peinados, arreglos de la casa y mobiliarios, crónicas de vida social, poesía, todo acompañado semanalmente por una pieza musical. Pero además, su contenido fue más allá. En el número 1, aparece un Prospecto que es toda una declaración de propósitos. Entre ellos, anuncia que el semanario se ocupará de brindar "una idea suscita del valor científico y social, de toda producción inteligente que en adelante apareciese en nuestro país, ya sea indígena o importada" y "naciones claras y breves, sin metafísica, al alcance de todos, sobre literatura moderna, sobre música, sobre poesía, sobre costumbres, y muchas otras cuya inteligencia fácil cubre de prestigio y de gracia la educación de una persona joven. En todo esto seremos positivos y

(59) "La Moda", nº 5, diciembre 16 de 1837, pág. 1.

(60) Rafael Alberto Arrieta: La literatura argentina y sus vínculos con España, Buenos Aires, 1948, pág. 90.

aplicables. La literatura no será para nosotros Virgilio y Cicerón. Será un modo de expresión particular, será las ideas y los intereses sociales" (61). Sin duda, el título fue deliberadamente inocente para evitar suspicacias gubernamentales y poder así ocuparse de ofrecer toda una serie de ideas románticas, historicistas y santsimonianas sobre la realidad social y hasta sobre política.

Las espaldas de los autores de "La Moda", quedaban además cubiertas, por el lema "Viva la Federación" que encabezaba todos los números y también porque en la última página aparecía como editor responsable, Rafael J. Corvalán, que no era otro que el hijo del edecán de Juan Manuel de Rosas, General Manuel Corvalán.

Con respecto a las relaciones entre "La Moda" y el rosismo, se han hecho diferentes interpretaciones. Creemos que José A. Orfá ha dilucidado acertadamente la cuestión (62). Después de rebatir afirmaciones como las de Antonio Zinny en su Efirodografía Argiro-metropolitana hasta la caída de Rosas, donde registra a "La Moda" como "periódico satírico contra Rosas", o la de Vicente G. Quesada, quien en el volumen VI de la "Revista de Buenos Aires", lo ve como consagrado exclusivamente a la amena literatura" y viviendo "lejos de las cuestiones que se relacionaban con la política", Orfá esclarece el carácter del periódico. No comparte la opinión sobre su supuesta asepsia política: "ardía en deseos de mezclarse en cuanto se relacionara con la política. Y tanto, como que en ese ardor consumió su existencia!" (63).

El interés de los jóvenes autores del semanario por la materia política no significa que lo usaran como arma de lucha contra Rosas. Y no lo decimos sólo por el lema rosista que encabezaba sus

(61) "La Moda", nº 1, Noviembre 18 de 1837, pág. 1.

(62) José A. Orfá: Prólogo a Edición facsimilar de "La Moda".

(63) Ibidem.

números. Al fin de cuentas eso podría ser sólo una simulación estratégica o una exigencia de la época. El mismo Alberdi, en sus Escritos póstumos, recuerda que redactó cuatro periódicos contra Rosas: "El Nacional", la "Revista del Plata", "El Porvenir" y "El Corsario". En ningún momento hace mención al supuesto carácter antirrosista de "La Moda" (64). Además, basta recorrer el contenido de sus números para ver las permanentes manifestaciones de fe rosista que van mucho más allá de las exigencias formularias, hasta el extremo de elogiar uno de los aspectos más indiscutiblemente criticados del gobierno de Rosas, el de su política cultural: "También ayer se han cumplido tres años memorables para nuestra patria, tres años desde el día en que el pueblo de Buenos Aires, acosado de tantos padecimientos inmerecidos, se arrojó, él mismo, en los brazos del hombre poderoso que tan dignamente le ha conducido hasta ese día. Un hecho solo, sobre mil, pudiera a este respecto, formar su mejor apología; y es el admirable progreso inteligente operado en la juventud argentina durante el período de su mando".

El período federal, según el periódico, marca un momento de gran evolución cultural y por ello, "Las luces no tienen sino motivos de gratitud, respecto de un poder que no ha restringido la importación de libros, que no ha sofocado la prensa, que no ha mutilado las bibliotecas, que no ha invertido la instrucción pública, que no ha levantado censura periódica, ni universitaria..." (65).

Los últimos números aumentan el fervor de las manifestaciones rosistas. Con respecto a esto puede interpretarse que, o bien presumían el peligro de una pronta desaparición y querían contrarrestar el peligro, o bien lo ignoraban e ingenuamente insistían en sus adhesiones al gobierno. De una u otra forma, el fin del periódico estaba cerca, sin que en sus ejemplares se encuentre ninguna

(64) José A. Orfá: op. cit., pág. 24.

(65) "La Moda", nº 22, 14 de abril de 1838, pág. 1.

alusión a su posible desaparición. Nuevamente debemos hacer notar el divorcio, la incomprensión entre Rosas y los "muchachos reformistas y regeneradores". Según Oría, esa disidencia "no era personal, sino espiritual, radicaba en las tendencias sociales, no en los intereses políticos" (66). Ellos hubieran querido atraerse a Rosas y regenerarlo. Pero Rosas no sólo no necesitaba sino que rechazaba el apoyo de pequeños grupos de intelectuales. Lo que le interesaba era la adhesión de las masas; y con eso ya contaba.

Ya hemos visto que a pesar del título inofensivo, los jóvenes de "La Moda" se proponían difundir propaganda de tipo social y político de inconfundible origen francés. Se trasluce a cada momento su posición romántica, a pesar de que ellos lo negaran: "No somos ni queremos ser románticos"; "queremos una literatura profética del porvenir y no llorona del pasado" (67). Es que ellos, en realidad son románticos de una época de romanticismo social más que de romanticismo estético. Sus preocupaciones son más políticas y teñidas de un fuerte liberalismo. En ese mismo sentido son románticos los autores que ellos endiosan: Saint-Simon, Fortoul, Leroux, Quinet, Lerminier, Mazzini incluso. Su rechazo a sentirse dentro del romanticismo es porque lo identifican con la Edad Media, con el catolicismo, la evocación, la literatura fundamentalmente esteticista. Ellos prefieren hablar de la época "progresista" o "socialista", que corresponde al segundo momento del romanticismo europeo, el francés sobre todo, que es profundamente político. Esta nueva perspectiva del romanticismo queda perfectamente aclarada con el clásico libro de Roger Picard (68).

(66) José A. Oría: op. cit., pág. 42.

(67) "La Moda", nº 6, 23 de diciembre de 1837, págs. 3 y 4.

(68) Roger Picard: El romanticismo social. Versión española de Blanca Chacel, Fondo de Cultura Económica, México, 1947.

Lo que resulta antiromántico del periódico es la actitud de repudio a España y a todo lo español. En esto también son consecuentes con la tónica general de la generación de 1837. Salvo las referencias a Larra de las que ya hemos hecho alusión, caen en los tópicos habituales y en las más duras críticas a la antigua Metrópolis. Reniegan de la supervivencia de actitudes y costumbres españolas porque "en efecto, no tenemos hoy una idea, una habitud, una tendencia retrógrada que no sea de origen español". Son los resabios del período español que para ellos es sinónimo de período tiránico (69).

Así como niegan ser románticos, también niegan ser sansimonianos, y, a pesar de ello, el espíritu de Saint-Simon se percibe en toda la revista. Dicen en una de las páginas: "Declaramos que no somos sansimonianos (aunque parezca ridícula esta prevención)" para completar inmediatamente: "Queremos dar una idea de este hombre extraordinario y de su doctrina, porque son dignos de la curiosidad de nuestros lectores. Han hecho tanto ruido en el mundo, ha dejado tan profundos rastros, ha formado hombres tan famosos, tienen tanta parte en la constitución de las ideas nuevas y progresivas que es indispensable tomar una noticia de ellos"(70). A continuación dan una biografía del pensador francés en la que remarcan su interés por elevar la condición de la mujer, cosa en la que ellos también coinciden.

Dentro de este espíritu sansimoniano que aparece en la revista y se manifiesta en las intenciones de reforma social, usan por primera vez en Argentina el adjetivo "socialista" que luego aplicaría Echeverría a su Dogma. "Todo en la humanidad como en la creación, es solidario y dependiente entre sí"... "Son, pues, las condiciones de la asociación, de la confederación humanitaria, lo que está des

(69) "La Moda", nº 22, abril 14 de 1838, pág. 2.

(70) "La Moda", nº 7, enero 3 de 1838, págs. 2 y 3.

tinado a expresar el arte socialista" "...El arte socialista debe, pues, despertar mutuas tendencias entre el individuo que se aísla, a la nación que se aísla" (71). La palabra tiene, pues, el sentido de "social", o mejor, de "solidaridad" con que se usó en Europa en épocas del socialismo utópico. No tiene, todavía, el sentido de lucha de clases con que lo cargaría posteriormente el marxismo.

El afán socialista les hace desear profundas reformas que posibilitaran el desarrollo del progreso humano; pero, el error de vivir con la mirada puesta en Europa, les hizo perder la verdadera dimensión de esa realidad social y política que tanto ansiaban interpretar.

Al presentar la revista a la figura de Mazzini, aprovecha para hacer profesión de fe liberal y republicana: "Nos es grato presentar, los primeros, al mundo americano, un nombre joven, brillante ya de gloria: Massini, coloso de 30 años, jefe de la Joven Euro-pa, odio mortal de los Reyes..." "...porque ha cometido el crimen de pedir por forma gubernamental de la Europa venidera, la Repú-blica representativa que hoy gobierna el mundo de Colón..." "apóstol de la República, debe contar con las simpatías de la Repúbli-ca Americana. Su cuna es la de Italia; su genio es del mundo: su tumba, será probablemente del pueblo más libre que le preste asi-lo, esto es si no la obtiene de la libertad o de la tiranía de su patria" (72).

Otra de las constantes de los contenidos de "La Moda", es su anticlericalismo. Al hacer las críticas generales a lo que llamaban "antiguo régimen", incluyen en ellas sus críticas a las costumbres religiosas. Así, en el número 15, "Figarillo" critica al cristia-nismo de la época. A partir de entonces, las críticas se fueron

(71) "La Moda", nº 21, abril 7 de 1838, pág. 2.

(72) "La Moda", nº 2, noviembre 25 de 1837, págs. 3-4.

haciendo cada vez más virulentas y, es probable que ello haya incidido en la clausura del periódico. Para José Ingenieros (73), esta sería la causa fundamental que provocó el cese. Si bien no hay pruebas documentales para demostrar la tesis de Ingenieros, no sería extraño que Rosas se haya solidarizado con la Iglesia y aprovechado para prohibir el semanario.

Para completar la idea sobre los contenidos ideológicos de "La Moda", indicamos los autores que más frecuentemente menciona y cita y de los que frecuentemente reproduce fragmentos: Victor Hugo, Viardot -Estudios sobre España- Jouffroy, Lord Byron, Quinet, Lerminier, Mazzini, Saint-Simon, Fortoul, Leroux, Chateaubriand, y Larra. A pesar de que muchos de ellos estaban ya pasados de moda en Europa, para los redactores de "La Moda", continuaban siendo los maestros.

El número 23 de "La Moda" fue el último. En él, nada hacía suponer la clausura. El 27 de abril de 1838, día anterior al de la fecha en que debía aparecer el número 24, el "Diario de la Tarde" publicó: "Cese de la Moda. He querido cesar: 1º por las ocupaciones extraordinarias de la imprenta; 2º por una considerable deserción de suscriptores; y 3º por la no oportunidad de las publicaciones literarias" (74).

Si bien no hay documentación que lo compruebe, el semanario debió ser clausurado. Pascual Guaglianone dio a conocer un papel de los borradores de Pedro de Angelis en el que éste dice: "Falso que Rosas haya hecho suprimir diario alguno a no ser la Moda" (75).

(73) José Ingenieros: La evolución de las ideas argentinas, Buenos Aires, 1920, págs. 625-626.

(74) José A. Orfá: op. cit., pág. 59.

(75) Archivo General de la Nación, Buenos Aires, sección VII, cajón 5, anaquel 2, nº 3.

El momento político era grave y efectivamente, poco propicio para "lecturas literarias". Si bien el inquietante contenido social y político del periódico fue administrado con cuidada estrategia, la virulencia de la lucha política había provocado, en esos momentos, una violenta represión que hacía poco posible su continuación. Todo ello se vio agravado por la mencionada campaña anti-religiosa. En poco tiempo más, la mayoría de los redactores de "La Moda", al igual que casi todos los componentes del primitivo grupo de Echeverría, se encaminaría a la proscripción y al destierro. Se iba a concretar así, el capítulo final de las difíciles y desencontradas relaciones entre la juventud intelectual argentina y Rosas. Desde ese momento, imperarán la más absoluta incompreensión, el odio y la más implacable lucha.

V - LOS ROMANTICOS EN EL EXILIO.

El año 1839 fue especialmente trágico para la Argentina. En marzo se produjo el levantamiento de Barón de Astrada, apoyado por el gobierno Rivera, del Uruguay. A partir de su fracaso, las esperanzas de la oposición se centraron en la expedición que Lavalle preparaba en Uruguay. A pesar de que también fracasó, las amenazas al gobierno del general Rosas se presentaban por todos los frentes: guerra interior, permanentes conspiraciones, ataques constantes de la prensa de Montevideo; todo ello unido al bloqueo francés. A finales de octubre estallaba la "Insurrección del Sur" preparada por hacendados del sur de la provincia de Buenos Aires en connivencia con algunos jefes militares.

En la misma capital de Buenos Aires, se descubrió un complot para asesinar a Rosas en el que estaban complicados hasta allegados a la intimidad del dictador. Es el momento de mayor represión; las cárceles se llenan de presos políticos, entre ellos muchos jóvenes universitarios, y se desata un auténtico terror. Todo ello hace que aumente notablemente el número de fugitivos que abandonan el país.

El antecedente de la emigración de intelectuales lo constituyó la gran emigración de unitarios al Uruguay, sobre todo a partir de 1829. Diez años más tarde, se acelera la salida de la juventud universitaria y estudiosa, la generación de hombres de la "Asociación de Mayo" que infructuosamente había intentado el acercamiento a Rosas y que ahora, precipitadamente, pasaba a la lucha desde la proscripción.

Existieron tres focos regionales de emigración: uno era el de Buenos Aires y Litoral en general, que se dirigió a la cercana Banda Oriental del Uruguay. Alberdi, Echagüe, Gutiérrez, José Mármol, Bartolomé Mitre, Miguel Cané, se cuentan entre quienes siguieron esta vía. El segundo foco fue el de la región de Cuyo que, por razones de cercanía, atravesando la cordillera de Los Andes, pasó

a Chile, tal el caso de Sarmiento, Godoy, Oro Aberastain, a los que en algunos momentos se unieron Juan María Gutiérrez, Alberdi y Vicente Fidel López. El tercer foco, es el del Norte argentino que se dirigió a Bolivia y que estuvo representado por Benjamín Villafañe, Félix Frías, Gorriti, Bustamante y otros. Muchos de ellos cambiaron de sitio y, entregados a una vida casi aventurera, fluctuaron por los distintos centros de proscripción, Los hubo que llegaron hasta Río de Janeiro, y algunos a Europa.

La emigración intelectual argentina de la época de Rosas, marca uno de los momentos de mayor creatividad y producción cultural en la historia del país. Casi todos los proscriptos colaboraron en periódicos; muchos de ellos escribieron y publicaron en el exilio sus obras más importantes; casi todos se dedicaron a la docencia. Todo ellos sin descuidar el motivo que los mantenía desterrados y que los impulsaba a la intriga y a la lucha tenaz para lograr la caída de Rosas. Cuando lo consiguen, cuando Rosas es derrotado en 1852, volverán a la patria con el bagaje de sus experiencias acumuladas en años de lucha y de trabajo intelectual. Ya no serán los proscriptos o los "jóvenes reformistas"; serán ahora los hombres responsables de la "organización nacional".

Veamos ahora la actividad desplegada por el primero de los centros de emigración, es decir, el que se desarrolló en Uruguay y que tuvo como principal punto de acción a Montevideo, sitiada durante nueve años por las fuerzas de Rosas, a la que Alejandro Dumas llamó Montevideo o "la nueva Troya".

El sitio hizo que la proscripción de románticos en el Uruguay tuviera ribetes de heroicidad, lo que les acercó al grupo de la anterior emigración unitaria. Duró el sitio de 1842 a 1851 y tuvo como jefe a un uruguayo, el General Oribe, aliado de Rosas. Así como el ejército sitiador argentino tuvo como jefe a un uruguayo, la defensa de Montevideo fue dirigida por el General José María Paz, unitario argentino allí desterrado. Casi todos los proscriptos co

laboraron en la defensa. A pesar de las penurias, de la falta de alimentos y el consiguiente racionamiento, la ciudad, refugio de extranjeros, conservó su aire cosmopolita y no decayó su actividad mercantil. Además de los argentinos, había un buen número de europeos, franceses e italianos en su mayoría. No hay que olvidar, además, que el italiano Garibaldi, se encontraba luchando junto a los uruguayos.

El grupo de la emigración de unitarios y rivadavianos, contaba en Montevideo con figuras prestigiosas: el poeta de la revolución Juan Cruz Varela y su hermano Florencio Varela eran los hombres de mayor predicamento. Junto a ellos, políticos y militares, como los generales Paz y Lavalle.

La segunda emigración es la de los jóvenes románticos. Juan Bautista Alberdi es de los primeros en llegar. Encausó su actividad tratando de formar, en el destierro, una asociación similar a la "Joven Argentina"; cosa que también intentó Echeverría, quien llegó hacia 1840 a Montevideo donde también se ocuparía de la segunda edición del Dogma Socialista que finalmente apareció en 1846. Junto a ellos se encuentran Gutiérrez, Félix Frías, Bartolomé Mitre, Carlos Tejedor, Luis L. Domínguez, José Mármol, José Rivera Indarte e Hilario Ascasubi. Debemos mencionar también al grupo de uruguayos que fraternizaron con los argentinos, con los que establecieron una confraternidad de ideales, de acción y de luchas: Andrés Bello, J. L. Gómez, Magariños Cervantes, Adolfo Berro y el casi argentino Marcos Sastre. Sin dudas, la figura descollante entre todos los emigrados fue Florencio Varela. Y lo fue por su prestigio intelectual, por su cultura, por su intensa labor periodística y por su discutida actividad política. Su prematuro martirio completó su aureola de prestigio.

El periodismo fue una de las principales actividades de los proscritos en Uruguay. La labor fue constante y abundante y marcada siempre por su carácter abiertamente combativo y la evidente

finalidad de desprestigiar a Rosas y promover su caída. Destacaremos solamente las hojas más importantes de las muchas que aparecieron en aquellos años, algunas de muy corta duración y otras, de hasta un solo número. "El Comercio del Plata" fue el periódico más importante; fundado en 1845 por Florencio Varela -que fue su redactor hasta su muerte ocurrida en 1848- continuó luego hasta 1851, bajo la dirección de Valentín Alsina.

En octubre de 1838, había aparecido "El Iniciador", considerado "como un hito en la historia del periodismo rioplatense de la proscripción" (76). Fundado por el uruguayo Andrés Lamas y el argentino Miguel Cané, apareció días antes de la desaparición de "La Moda", del que se convertiría en su continuador. Colaboraron en él el "Figarillo" Alberdi, Juan María Gutiérrez, Bartolomé Mitre, Félix Frías, Echeverría, Tejedor y los hermanos Varela. En sus páginas se publicaron notas políticas y traducciones literarias de no to corte romántico.

Lamas y Cané continuaron su tarea con "El Nacional", desde 1838 hasta 1846, bajo la redacción de Lamas. Entre sus colaboradores figuran: Mitre, Alberdi, Juan Thompson y Rivera Indarte. En este periódico apareció la primera edición del Doqma Socialista de Echeverría completado por el desarrollo que hizo Alberdi de la última "palabra simbólica". También en él publicó Andrés Lamas las notas que luego constituirían sus Agresiones contra Rosas. Este periódico constituye un documento de gran valor para el estudio de los ataques a Rosas y a su aliado Oribe.

Juan María Gutiérrez y José Rivera Indarte fundan, en 1840, "El Talismán" y, en 1841, "El Tirteo", este último dedicado exclusiva

(76) Rafael Alberto Arrieta: Las letras en el destierro. En: Historia de la literatura argentina dirigida por Rafael Alberto Arrieta, t. II, Buenos Aires, 1958, pág. 121.

mente a poesía. Ese mismo año José Mármol fundó "Paquete de Buenos Aires" y "El Album"; y en 1842, el "Muera Rosas", título éste, que es toda una manifestación del tono que la prensa política había adquirido en la Banda Oriental.

En 1841, el jefe político de Montevideo, señor Acuña, auspició un certamen poético para festejar el nuevo aniversario del 25 de mayo de 1810. Se presentaron varios poetas, pero el triunfo se inclinó por los proscriptos argentinos: Juan María Gutiérrez, por su Canto a Mayo, obtuvo el primer premio y con segundos premios, fueron galardonados José Mármol y Luis L. O'Donnell.

En 1844, en medio del fragor de la defensa de Montevideo sitiada, la ciudad festejó nuevamente el 25 de mayo. Esta vez, se celebró una sesión pública en el "Instituto Nacional" fundado por Andrés Bello que era, en esos momentos, jefe político de Montevideo. El acto fue otro motivo de lucimiento para los jóvenes argentinos. Los poetas volvieron a cantar a la patria en su nuevo aniversario. Miguel Cané escribió una crónica del acto que fue publicada muchos años después por la "Revista de Buenos Aires" (77). Habló Bello, quien según el testigo Rivera Indarte, "hizo una historia de la filosofía de mayo" (78). A raíz de la celebración, se le encargó a José Rivera Indarte una Historia de la última década política de la República Oriental del Uruguay, que no llegó a escribir pues murió al poco tiempo. También se encargó a Esteban Echeverría un trabajo sobre la educación popular que se concretó en 1846, al publicar su Manual de enseñanza moral.

La reunión patriótica de 1844 marca el momento culminante de la actuación de los románticos argentinos exiliados en Montevideo. A partir de ese momento sobrevino la dispersión del grupo: Alberdi

(77) t. 1, Buenos Aires, 1871, pág. 276.

(78) Ibidem, pág. 278.

y Gutiérrez ya se encontraban de viaje en Europa; Mitre partió en 1846 a Bolivia; en 1845 muere José Rivera Indarte; y Esteban Echeverría, enfermo, se recluyó en su propia soledad.

El segundo foco de emigración, el que se dirigió a Chile, se vio incrementado por los hombres de la zona de Cuyo -Mendoza, San Juan y San Luis- y por ello se lo suele mencionar como "escuela cuyana". Las relaciones entre cuyanos y chilenos eran muy estrechas ya que esa región argentina había pertenecido, en la época hispánica, a la Capitanía General de Chile; luego, durante las luchas por la independencia, la campaña chilena del general San Martín, había unido a los dos pueblos en esa empresa común.

También en Chile habían iniciado el destierro hombres de la generación anterior: Juan Crisóstomo Lafinur, el general Las Heras, Nicolás Rodríguez Peña, Ignacio Castro Barros, todos de destacada actuación en la independencia y en los primeros años de vida libre del país.

A la primera oleada emigratoria, se unirá la de los jóvenes de la generación romántica. Entre ellos, la enorme figura de Domingo Faustino Sarmiento domina la escena. A él se agregan después otros emigrados. En 1840 llega Vicente Fidel López desde Buenos Aires; Juan María Gutiérrez y Alberdi, a quienes el viaje a Europa había alejado de Montevideo, regresan y se instalan en Chile; también allí permanecieron temporariamente Bartolomé Mitre, Benjamín Villafañe y Salustiano Zavalía.

La actividad cultural fue intensísima y los argentinos cumplieron en ella un papel fundamental. En esa época surgen organismos oficiales dedicados a la cultura: en enero de 1842 se funda la Escuela Normal y el ministro Montt -gran amigo de los jóvenes argentinos- encarga su dirección a Sarmiento; en noviembre del mismo año se crea la Universidad de Chile y se nombra rector al gran intelectual venezolano Andrés Bello, cuya sola presencia en Chile da una idea clara de la efervescencia cultural de la época.

Los argentinos actuarán en la flamante universidad y llevarán a ella, así como al periodismo y a las sociedades literarias, los principios de su exaltación romántica. Entre los intelectuales chilenos, se destaca José Victoriano Lastarria quien, posteriormente, en sus Recuerdos literarios, dejará uno de los más vivos testimonios sobre el movimiento intelectual de esos años y de la participación preponderante que cumplieron los emigrados argentinos.

La larga cita que consignaremos de Lastarria se justifica por la importancia documental de su testimonio: "La juventud distinguida que poco tiempo antes estaba reducida al estrecho círculo de los retoños y de las criaturas de la oligarquía dominante, había recibido un refuerzo numeroso con la nueva generación que se había educado por nosotros con otros principios y distintas aspiraciones y que sentía estimulada su actividad con el roce de la ilustrada y bulliciosa emigración argentina. El teatro, las tertulias, los paseos, cobraban animación, y en todas partes, principalmente en las reuniones privadas de hombres que se mantenían en algunos salones particulares, se hablaba de letras, de política, de progresos industriales. Pero en este comercio de francas y cordiales relaciones, resaltaba siempre el elegante despejo y la notable ilustración de los hijos del Plata, causando no pocos celos que ellos provocaban y excitaban haciendo notar la estrechez de nuestros conocimientos literarios y el apocado espíritu que los más distinguidos de nuestros jóvenes debían a su rutinaria educación... Después de tantos años de calma se ha acentuado en nosotros la convicción de que, sobre ser injusta, era demasiado pueril la animadversión que entonces se levantó contra los emigrados argentinos tan solo porque sus escritores, que han continuado después siendo en su país y en América grandes escritores, vinieron a ayudarnos en nuestro movimiento literario y a hacernos notar el

atraso de nuestra educación literaria" (79).

Juan Bautista Alberdi actuó como abogado, como publicista y comentarista de cuestiones jurídicas. Alternó sus trabajos entre Santiago de Chile y Valparaíso. A poco de llegar revalidó su título de abogado en la reciente universidad, con su tesis Memoria sobre la conveniencia y objeto de un Congreso General Americano. Escribió una Biografía del General Bulnes y continuó su labor periodística con notas políticas y jurídicas dedicadas a Argentina y a América en general.

Vicente Fidel López, que ya era abogado, encontró las puertas abiertas para actuar en Chile, por su extensa cultura y por su ilustre apellido. Dirigió la "Revista de Valparaíso", de la que aparecieron seis números, y escribió en diversos periódicos de Santiago y de Valparaíso. Publicó en Chile tres libros: Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad; Manual de Historia de Chile y Curso de Bellas Letras.

Particularmente importante es la estancia de Domingo Faustino Sarmiento en Chile. Allí alternó la labor periodística con las de publicista, escritor y maestro. Se estrenó en el periodismo con el artículo 12 de febrero de 1841, sobre la batalla de Chacabuco, aparecido en "El Mercurio" de Valparaíso, periódico del que luego fue redactor, así como también de "El Nacional", "El Progreso", "La Crónica", "Tribuna" y la "Gaceta de Comercio". Posiblemente la animadversión hacia algunos argentinos de la que habla Lastarria, estimuló el acaloramiento en las polémicas que libró Sarmiento en defensa del romanticismo. Fueron polémicas periodísticas que man-

(79) José Victoriano Lastarria: Recuerdos literarios. Citado por: Rafael Alberto Arrieta: Las letras en el destierro, pág.

tuvo con los discípulos chilenos de Andrés Bello. Entre ellas, la más importante fue la que tuvo carácter literario y en la que contó -como aliado- con Vicente Fidel López. No interesa dar aquí un informe sobre el contenido de la misma pues se refiere a temas estrictamente literarios y estéticos del romanticismo. Pero es importante señalar que en ella hace Sarmiento profesión de fe romántica, a pesar de que luego se negaría como romántico.

En Chile escribió y publicó Sarmiento sus obras más importantes: Facundo; Recuerdos de Provincia; Argirópolis y Educación popular. Su amistad con Lastarria y con el ya Presidente de Chile, Manuel Montt, le valieron que el gobierno le enviara a Europa para estudiar allí los sistemas educativos para aplicarlos luego en Chile. Es el primer viaje europeo de Sarmiento y tendrá gran influencia en su formación y en su obra. Motivará también la posterior publicación de agudas crónicas de viajes.

Juan María Gutiérrez llegó a Chile en 1845. Allí fundó y dirigió la "Escuela Náutica Nacional" para la que además, preparó diversos textos. También inició allí los trabajos para la primera antología de poetas hispanoamericanos que aparece en el continente. Se perfila en él, ya, el futuro crítico literario e historiador de la cultura de Hispanoamérica. La labor de Gutiérrez en Chile, como así también la de Bartolomé Mitre, no son tan relevantes como las de los otros exiliados que hemos mencionado.

El pronunciamiento del General Justo José de Urquiza contra Rosas, exaltó los ánimos de los desterrados argentinos en Chile. Sarmiento y Bartolomé Mitre abandonaron inmediatamente Chile para alistarse en el ejército que luego derrocaría al gobierno. Juan María Gutiérrez también regresó a su patria. Juan Bautista Alberdi permaneció en Valparaíso redactando las Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina que constituiría su obra cumbre y uno de los documentos que inspirarían la futura Constitución Nacional Argentina.

El tercer grupo de proscriptos está integrado por los hombres del Norte argentino que buscaron refugio en Bolivia, antiguo Alto Perú que perteneciera al Virreinato del Río de la Plata. La obra de ellos allí no fue tan importante como la desarrollada en los otros centros de proscripción, posiblemente porque el ambiente boliviano era menos brillante que el de Montevideo o el de Santiago de Chile. A pesar de ello se mantuvo vivo el odio hacia Rosas, agravado además por el rencor que hacia él existía en Bolivia por haber pretendido reivindicar para Argentina las antiguas provincias altoperuanas.

También en Bolivia hubo una primera emigración, la "unitaria" que sigue a la caída de Rivadavia; y la segunda, a partir de 1840, integrada por jóvenes románticos de la generación de 1837. La aversión a la figura de Rosas se vió en ellos estimulada por el martirio de uno de sus compañeros. En efecto, el joven Marco Avellaneda, miembro de la "Asociación de Mayo", idealista y novel poeta, acababa de ser muerto cuando, tras su derrota al frente de la llamada "Liga del Norte", formada con intenciones de levantamiento contra el gobierno, huyó a Bolivia.

También el General Juan Lavalle, que había encabezado importantes levantamientos contra Rosas y que tantas esperanzas despertaba en la oposición, encontró la muerte en Jujuy, provincia cercana al antiguo Alto Perú. El traslado de su cadáver a Bolivia, a lomo de mula, revistió caracteres épicos. Fue acompañado por un grupo de fieles seguidores entre los que se contaban los jóvenes escritores Félix Frías, Benjamín Villafañe y Pedro Echagüe, que se constituirían en las principales figuras de la proscripción argentina en Bolivia. Allí se dedicaron a las actividades literarias, a la docencia y al periodismo; un periodismo que no trascendería tanto a Argentina, pero con un tono de singular virulencia, similar al que se hacía en Uruguay o en Chile.

- CAPITULO II -

ROMANTICISMO E HISTORIOGRAFIA

EN ARGENTINA

1 - LA HISTORIOGRAFIA ANTERIOR

En realidad, entre los hombres de la generación romántica, se cuentan los primeros grandes historiadores argentinos: Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López, y también quienes, sin ser historiadores en sentido estricto, pero preocupados por los problemas del país y por su futuro, son los primeros en enfrentarse con el pasado con un criterio reflexivo y crítico, como es el caso de Sarmiento, de Echeverría, de Alberdi.

No sería errado afirmar que la historiografía argentina, la importante, al menos, comienza con los hombres de la generación de 1837. De todas formas, para comprender y valorar el papel que sus obras desempeñan en la evolución historiográfica general, nos parece necesario hacer una síntesis de la producción histórica anterior, tanto de la época hispánica como de la posterior.

La principal dificultad para realizar este tipo de trabajos es que, la historiografía argentina, como objeto de estudio e investigación no ha sido frecuentemente encarada. Prácticamente, el primer intento serio por dar una visión completa del quehacer histórico en Argentina, es la obra de Rómulo D. Carbia: Historia crítica de la historiografía argentina. Desde sus orígenes en el siglo XVI (1), obra en 1940 que completó la versión primitiva que Carbia había editado en 1925 bajo el título de Historia de la historiografía argentina. Se trata de un libro ya clásico en la literatura histórica del país que, a pesar de algunas fallas explicables por tratarse del primer intento de esa índole y por los años transcurridos desde su aparición, no sólo no ha sido superado, sino que ni siquiera se ha intentado luego, volver a presentar un panorama completo de la materia.

Antes de la obra de Carbia, sólo podemos mencionar el ensayo

(1) Buenos Aires, 1940

Historiadores argentinos anteriores a Bartolomé Mitre (2), de Diego Barros Arana, trabajo simplemente informativo y bastante superficial. Mayores elementos podrá encontrarse en una obra no específicamente historiográfica: La literatura argentina (3) de Ricardo Rojas, la que, si bien no ofrece un panorama completo de la historiografía argentina, trae sí, dentro de un plan que no carece de organicidad, muchas páginas dedicadas a los diferentes historiadores.

Después de 1940 no vuelven a aparecer trabajos completos sobre la materia salvo el panorama general de toda la historiografía argentina del período independiente que da Ricardo R. Caillet-Bois en La Historiografía (4) y que, por constituir una parte complementaria de una Historia de la literatura argentina, es un trabajo relativamente breve y esquemático aunque de gran claridad, lo que lo hace sumamente útil para las primeras aproximaciones al tema. Existen también trabajos monográficos dedicados a analizar la obra de determinados historiadores, realizados con mayor o menor fortuna. Algunos son muy importantes, entre ellos: Mitre historiador de Angel Acuña (5); Vicente Fidel López historiador, de Tulio Halperín Donghi (6); y uno más reciente también dedicado a López, de Margarita Hualde de Pérez Guilhou (7), que es un modelo

(2) En: Obras, t.IX, págs. 479 y sig.

(3) En: Obras, Buenos Aires, 1925.

(4) En: Historia de la literatura argentina dirigida por Rafael Alberto Arrieta, t.VI, Buenos Aires, 1958.

(5) Buenos Aires, 1936.

(6) En: "Revista de la Universidad de Buenos Aires", 5ª época, año 1, nº 3, 1956, págs. 365-374.

(7) Margarita Hualde de Pérez Guilhou: Vicente F. López: político e historiador. En: "Revista de Historia americana y argentina", Año II, nº 11 y 12, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1966-67, págs. 85-149.

de síntesis y rigor en la investigación historiográfica.

Los dos grandes períodos de la historia argentina, pueden servir de base para dividir la historiografía; podemos distinguir así la historiografía argentina de la época hispánica y la de la época independiente. Dentro del período hispánico, y siguiendo la nomenclatura de Rómulo Carbia, se pueden señalar: 1º Historiografía de los orígenes, en el siglo XVI; 2º: Crónicas Desulficas, en los siglos XVII y XVIII; y 3º: Historiografía laical del siglo XVIII y comienzos del XIX.

La historiografía de los orígenes comprende formas de literatura histórica rudimentaria: memorias y relatos autobiográficos, algunas obras de creación literaria pero de temas o contenidos históricos; los documentos justificatorios generalmente presentados por los hombres de la conquista y la colonización en descargo de sus actuaciones y, finalmente, las crónicas propiamente dichas.

Entre los relatos autobiográficos o memorialísticos, se destaca Derrotero y viaje a España y las Indias de Ultz Schmidel, más conocida como Viaje al Río de la Plata, escrita entre 1534 y 1554 y de la que se han hecho diversas ediciones. Schmidel participó del viaje de Pedro de Mendoza por lo que fue testigo de los sucesos que hace mención. Se le ha considerado como el primer historiador del Río de la Plata, cosa que realmente no fue. No hizo historia; su obra es sólo una memoria en la que, sobre todo, narra sus propias andanzas.

Entre las obras de carácter literario, el poema La Argentina de Martín del Barco Centenera, que aparece en Lisboa en 1602, tiene valor histórico por cuanto se maneja con datos fidedignos. A pesar de ello, sólo de una manera incidental merece aparecer en una historia de la historiografía puesto que el autor no tuvo intenciones de hacer una verdadera crónica sino de informar a sus lectores sobre la existencia de las regiones del Río de la Plata. Sin embargo, se puede encontrar en el poema datos aprovechables para conocer aspectos de la colonización de esa parte de América.

Entre las producciones realizadas con el único objeto de justificar actuaciones personales y que, sin ser históricas pueden servir como testimonios o documentos usables con las correspondientes prevenciones, pueden señalarse: los Comentarios de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca publicados por Pero Hernández en Valladolid en 1555; la Narración general que Alvar Nuñez Cabeza hizo al Consejo de Indias en 1552; y la Relación de las cosas sucedidas en el Río de la Plata, compuesta en 1545 por el mismo Pero Hernández (8).

De toda la literatura comprendida dentro de este primer período de orígenes de la historiografía, la única obra que merece el título de crónica histórica es La Argentina o Anales del descubrimiento, población y conquista de las provincias del Río de la Plata (9) de Ruy Díaz de Guzmán, compuesta en el Río de la Plata en 1612. Es el primer intento por hacer una historia del país y con el mérito, además, de haber sido escrita por un criollo del Paraguay. Frente al escaso valor que algunos autores como Paul Groussac le atribuyen, Carbia, sin dejar de reconocer que mezcla datos verídicos con auténticas fábulas, la atribuye cierta importancia (10). Sin duda la tiene. El relato comienza con el descubrimiento del Río de la Plata por Juan Díaz de Solís.

Dentro de los cronistas jesuíticos, algunos lo fueron en forma oficial y efectiva; otros, fueron cronistas circunstanciales que ofrecen en sus escritos datos de algún valor, como es el caso de

(8) Los tres en: Colección de libros y documentos referentes a la historia de América, t.V y VI, Madrid 1906.

(9) En: "Anales de la Biblioteca", t.IX, Buenos Aires, 1914. Edición hecha por Paul Groussac después de cotejar cuatro códices: dos de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y dos de la de Río de Janeiro.

(10) Rómulo D. Carbia: op. cit., págs. 13-15.

los autores de las Cartas anuas; algunos son simplemente escritores, no cronistas, pero que encaran temas de interés histórico, como es el caso del español José Sánchez Labrador que escribe su Historia de las Regiones del Río de la Plata, obra de la que sólo se conocen partes y que, a pesar de ser el trabajo de un naturalista, por momentos se convierte en la obra de un verdadero historiador. También hay trabajos de historiadores que no han llegado hasta nosotros, como es el caso de la obra del padre Iturre que se conoce por la mención que de ella hacen otros cronistas.

Las obras más importantes son las realizadas por los cronistas regionales, cargos instituidos especialmente por la Orden para que abordaran la reunión de materiales y compusieran relatos históricos. Entre estos cronistas especiales, el Padre José Guevara, del siglo XVIII, menciona a quienes le precedieron en el cargo: 1º el Padre Juan Romero, 1559-1630, el que, por razones de edad no llegó a cumplir su cometido; 2º: el Padre Juan Pastor, quien realiza una crónica que abarca los años de 1604 a 1614 que si bien no fue publicada, fue sí utilizada por quienes le sucedieron; 3º: el Padre Diego Boroa, 1565-1658, autor de algunas biografías de jesuitas como el Padre Juan Romero, y de algunas Cartas anuas; 4º: el Padre Nicolás de Toict, 1611-1680, belga de nacionalidad, a quien los españoles llamaron Padre del Techo y que es autor de una Historia del Paraguay publicada en latín, en Lieja, en 1673, que contiene abundante documentación.

Entre los cronistas jesuíticos, el autor más destacado es el Padre Pedro Lozano, del siglo XVIII, quien fue encargado de reunir materiales sobre asuntos religiosos - jesuíticos especialmente - y también seculares. Con ellos realizó una Historia de la Compañía en la Provincia del Paraguay; una Descripción Chorográfica del Gran Chaco Gualamba y una Historia de las revoluciones en la Provincia del Paraguay desde el año 1721 hasta el de 1735, que constituyen las obras cumbres de la crónica jesuítica.

A Lozano le sucede el ya mencionado Padre José Guevara, quien no hace sino continuar con la obra de su antecesor y, ajustándose a los materiales reunidos por el Padre Lozano, compuso una Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán. La obra de Guevara quedó trunca al producirse la expulsión de los jesuitas en 1767 y 1768.

En 1756, el jesuita francés Francisco Javier de Charlevoix, publicó una Histoire du Paraguay, acotada en latín por el último provincial jesuita en Paraguay, padre Domingo Muriel.

Entre las obras de los jesuitas expulsos, podemos mencionar la del Padre Francisco Javier Iturre, 1738-1822, nacido en territorio americano, quien escribe una Historia regional, perdida.

Después de finalizar la obra de los jesuitas, la actividad historiográfica recién se reanuda, en el Río de la Plata, en el primer tercio del siglo XIX. Se trata ahora de una historiografía exclusivamente laical que tuvo su origen en la labor de los hombres de ciencia que integraron las comisiones demarcadoras de límites con los dominios portugueses y que despertaron interés en otros hombres originarios del país o establecidos en él.

En esta última corriente, Carbia distingue dos tipos de obras: las meramente eruditas o datísticas y los ensayos con marcada influencia iluminista. Entre los principales autores, se pueden mencionar: Félix de Azara, 1746-1821, coronel de ingenieros aragonés que llegó al Río de la Plata y permaneció allí veinte años. Estudió el pasado de la región, acopiando y utilizando importante documentación de archivos y también las obras de los cronistas anteriores, algunas de ellas inéditas. Su Descripción e historia del Paraguay, en la que aplica a la historia americana los principios iluministas, se publicó en Madrid años después de su muerte.

También con criterios iluministas, Juan Francisco Aguirre, 1757-1793, que llegó al Río de la Plata en 1782, escribió un Discurso histórico dentro de su Diario sobre la comisión de límites

entre España y Portugal. El original de la obra se encuentra en la Academia de la Historia de Madrid.

El tercero de los científicos que, usando razonamientos de la "Ilustración" se ocupa del pasado rioplatense, es Diego de Alvear, 1749-1830, llegado también como integrante de una comisión de límites. Escribió un Diario en el que incluyó una parte histórica y que se conoce por la reproducción que de ella hizo Pedro de Angelis en su Colección de documentos (11). El título es: Relación geográfica e histórica de la provincia de Misiones y constituye una obra de gran erudición que aporta una valiosa y numerosa documentación. Diego de Alvear fue padre del héroe de la independencia argentina, Carlos María de Alvear.

La presencia y los trabajos de los científicos españoles de las comisiones de límites, , estimularon en el Río de la Plata el afán por la erudición y por la búsqueda de documentos. Así, Benito de la Mata Linares, español, y los porteños Saturnino Saguro y José Joaquín de Araujo serán importantes coleccionistas.

Dentro de este período de historiografía laical, último de la época hispánica, también hay escritos que si bien no son en rigor historiográficos, tienen algún interés histórico. Dentro de ellos, está el caso de Colonias orientales del Río Paraguay o de la Plata, de Miguel Lastarria.

En los años 1806 y 1807, en las postrimerías de la época colonial, tienen lugar las invasiones inglesas a Buenos Aires. Las dos veces, el invasor fue expulsado y, en la defensa, la población porteña dio innumerables muestras de valor y de heroísmo. El acontecimiento, verdadera gesta patriótica, no motivó la aparición de verdaderos relatos históricos, o al menos crónicas, co

(11) Pedro de Angelis: Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna del Río de la Plata. Ilustrado con notas y disertaciones, t. 4, Imprenta del Estado, Buenos Aires, 1836.

mo se merecía, aunque sí aparecieron poemas como los Romances del poeta Pantaleón Rivarola que narró en sus versos el desarrollo de las luchas y exaltó el comportamiento de los hombres de Buenos Aires.

Cuando en 1810 la Argentina entra en su nueva etapa independiente, el país no cuenta aún con ninguna obra histórica que abarcara todo su pasado. Los gobiernos surgidos de la revolución tratarán de estimular este tipo de obras, pues era necesario informar a los argentinos sobre su historia y, sobre todo, presentar al movimiento emancipador y dar a conocer sus principios, marcando la diferencia con la anterior época hispánica.

Dentro de esa política es que, el llamado Primer Triunvirato, encargó al padre dominico, fray Julián Perdriel, que era provincial de su orden, hacer "una historia filosófica de nuestra feliz revolución", "para perpetuar la memoria de los héroes, las virtudes de los hijos de la América del Sud, y la época gloriosa de nuestra independencia civil". Perdriel, si bien comenzó a recopilar los materiales, dos años más tarde tuvo que suspender la obra, por orden del mismo Triunvirato que adujo razones de tipo económico.

La primera obra de cierta importancia en estos primeros años de vida independiente, es la del Deán Gregorio Funes: Ensayo de la historia civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán escrita por el doctor D. Gregorio Funes, deán de la Santa Iglesia Catedral de Córdoba. Son tres volúmenes de los que, el primero aparece en 1816 y, los segundo y tercero, en 1817.

Cuando aparece la obra de Funes, el país vive momentos difíciles, se declara la independencia pero el panorama general de la revolución americana no se presenta con demasiada claridad. El trabajo, tiene una gran limitación: se trata de una obra de carácter apologético y llena de fervor revolucionario, lo cual afecta el valor científico de la misma. A pesar de ello, tiene el mérito de ser el primer libro de historia que aparece en la nueva nación; escrito, además, por un testigo de excepción.

La casi totalidad de los volúmenes del Ensayo está dedicada a la narración de la conquista y la colonización españolas y a la descripción de la organización política y social colonial. Para este período, que se extiende desde 1536 a finales del siglo XVIII, encontró Funes el inconveniente de no contar con fuentes seguras y organizadas. Para relatar el proceso hispánico se guió por los cronistas que habían sido editados y por algunos inéditos a los que tuvo acceso: Juan Pastor, Nicolás del Techo, el Padre Lozano, y también por viajeros y naturalistas como Azara y Azcárate. Para reconstruir el siglo XVIII, encontró Funes el inconveniente de carecer de crónicas seguras; recurrió directamente a los archivos públicos y bibliotecas y también a la ayuda de algunos contemporáneos como Saturnino Segurola, que le permitió usar su importante colección de documentos. El presbítero Bartolomé Muñoz le ayudó a levantar las cartas geográficas que finalmente no usó.

Para Rómulo Carbia (12), Funes reedita el modo jesuítico de la crónica, al punto de seguir en forma servil a los cronistas de la Orden. Según este crítico, el relato de Funes está lleno de miserias; tantas, que se puede hablar de plagio.

Una valoración más serena del Ensayo de Funes es la que ha hecho Ricardo Caillet-Bois quien, a pesar de reconocer que su carácter apologético no resiste la moderna crítica historiográfica, niega la condición de copista servil del autor (13). Por el contrario, afirma Caillet-Bois que Funes sometía a crítica lo que tomaba de los diferentes autores y que, además, mencionaba las fuentes y la bibliografía que utilizó.

En la última parte de su historia, abarca Funes los hechos de la época revolucionaria: de 1810 a 1816. Es la parte que debería haber resultado de mayor interés y valor, dadas las circunstan-

(12) Rómulo D. Carbia: op. cit., págs. 51-52.

(13) Ricardo R. Caillet-Bois: op. cit., pág. 20.

cias personales del autor que lo convertían en un testigo privilegiado de los acontecimientos de la época. Sin embargo, no es así y el relato resulta, además de breve y esquemático, superficial. A pesar de ello es la parte que más trascendió en el exterior. Rodney y Graham, en sus conocidos informes sobre la América del Sur, la reproducen. En esta parte complementaria, que Funes preparó y completó a pedido de los autores, hace, por primera vez, la descripción de la campaña de Los Andes y de las batallas que el general San Martín libró en Chile (14).

Nada hay en el escaso panorama historiográfico argentino de los primeros años -salvo la labor posterior de Pedro de Angelis- que no sea la obra de Funes. Es, pues, el único precedente con que contaron los historiadores de la generación romántica. Sin embargo, no recibió de sus integrantes mayores elogios. Juan María Gutiérrez, en una carta del 1 de abril de 1852 a Diego Barros Arana, le hace la siguiente crítica: "La obra de Funes es defectuosa bajo mil aspectos y en especial bajo el de la geografía y la cronología. Allí, en el Ensayo histórico, nunca sabemos a cuánto nos hallamos del siglo, ni cuál es la naturaleza del suelo en que se desarrollan los hechos que se narran. Hay distracciones y olvidos indisculpables, y tengo motivos para creer que su autor desconocía algunos documentos que corren impresos desde mucho antes que el doctor Funes naciera. Preocúpase, por otra parte demasiado y de una manera pretenciosa de la forma de expresión, sin acertar a tomar un estilo propio con una fisonomía especial" (15).

(14) Rodney y Graham: Bosquejo histórico de la revolución argentina continuado hasta la batalla de Maipo por el Deán Funes. En: "Revista de Buenos Aires", t. XV, Buenos Aires, 1868, pág. 638. Hay una tercera edición de la obra de Funes de Buenos Aires, 1883.

(15) Ricardo R. Caillet-Bois: op. cit., pág. 22.

II - LA OBRA DE PEDRO DE ANGELIS.

Las agitaciones políticas, las luchas civiles y los conflictos exteriores, fueron el signo dominante de los primeros años de vida independiente argentina. Es en esos años que se produce un verdadero vacío en la labor histórica. Las convulsiones del momento no permitían la mínima tranquilidad para la investigación científica; la virulencia de las posiciones ideológicas tampoco favorecía el análisis desapasionado del pasado. No era, pues, momento para historiadores.

Sólo la labor de un extranjero, el italiano Pedro de Angelis, llena en parte ese vacío. Su obra, también víctima de las críticas producidas por el apasionamiento político, no sólo fue ignorada, sino por muchos años rechazada y vituperada. El tiempo y el análisis sereno permitieron un mínimo de sentido de justicia que llevó a medir en su verdadera dimensión esa obra y verificar el importantísimo papel que su autor tuvo en el desarrollo de los estudios históricos en Argentina.

Pedro de Angelis, curiosamente, terminaría su destino de intelectual europeo en Buenos Aires. Hijo de un historiador, había nacido en Nápoles el 29 de junio de 1774. Recibió su instrucción y formó su carácter en el ambiente liberal y burgués de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Desempeñó cargos importantes durante el gobierno de Joaquín Murat e incluso llegó a encargarse de la educación de los hijos de éste y de la hermana de Bonaparte, los príncipes Luciano y Aquiles. Después de desempeñar la embajada en San Petersburgo, tuvo que abandonar Nápoles al ser derrocado Murat. Pasó a Ginebra y luego a París. Allí, abandonadas ya la política y la diplomacia, se dedicó exclusivamente a los estudios. Actuó en el París liberal en el que ya se gestaba la revolución de julio de 1830. Se vinculó con importantes personalidades del mundo intelectual: Sismondi, Villemain, Victor Cousin, Guizot, Michelet.

Las ocupaciones de de Angelis en París son de carácter litera

rio e histórico. Colaboró con el conde Gregorio Orloff en la composición de unas Memorias históricas del Reino de Nápoles; llegó a redactar más de doscientos artículos dispersos en los cincuenta y dos tomos de la Biographie Universelle Ancienne et Moderne y colaboró con la "Revista Enciclopédica". A pesar de lo efímero de su actuación en los ambientes intelectuales de París, no debió pasar desapercibido desde el momento en que Julio Michelet lo menciona en el prólogo de la traducción que hizo de la Ciencia Nueva de Juan Bautista Vico. Posteriormente, Benedetto Croce se ha ocupado de la vida y la obra de Pedro de Angelis en su revista "Crítica" (16).

En París, conoció de Angelis al estadista argentino Bernardino Rivadavia, cuando éste realizó su primer viaje a Europa. Cuando Rivadavia llegó a la Presidencia de la Argentina, encargó a su representante en París, el señor Varaigne, que contratara a diversas figuras para que se trasladaran al Río de la Plata. Pretendía, de esa forma, dar brillo al ambiente intelectual de Buenos Aires caracterizado, en esos momentos por el auge del pensamiento iluminista. Era la época de apogeo del proceso de afrancesamiento y despañolización, iniciado en 1810, simultáneamente con el movimiento de independencia. Ese es el clima intelectual que encontrará el contratado cuando arriba a Buenos Aires, entre 1826 y 1827, en compañía del literato español José Joaquín de Mora.

De Angelis y de Mora debían fundar y dirigir dos periódicos; uno de ellos, la "Crónica política y literaria de Buenos Aires", sería el órgano oficial de la Presidencia de Rivadavia. La vida de la "Crónica" fue efímera. Duró tanto como el gobierno de Rivadavia, pero no fue el único periódico que albergó a la pluma de de Angelis. Escribió también en "El Constitucional" y "El Conci-

(16) Benedetto Croce: Voci di esuli. En: "Crítica", t. X, págs. 315-320 y t. XI, págs. 419-420.

liador".

A la caída de Rivadavia, fundó de Angelis tres establecimientos educacionales: el "Colegio Argentino", de niñas, dirigido por su mujer y la de José Joaquín de Mora; el "Ateneo", especie de colegio de enseñanza media para varones; y la "Escuela Lancasteriana", en la que aplicó el método educativo que Rivadavia favorecía. Continuó, mientras, su labor periodística; en 1829 se hizo cargo de la "Gaceta Mercantil" y luego fundó "El Lucero" y "El Monitor".

Si bien de Angelis fue llevado a la Argentina por un gobierno unitario, luego se convertiría en la principal figura de la intelectualidad federal. En 1830 publicó su Ensayo histórico sobre la vida de Rosas. A partir de ese momento estará al servicio del dictador hasta que se produce la caída de éste en 1852.

Entre la múltiples actividades que cumplió de Angelis durante los gobiernos rosistas, señalaremos la dirección de la Imprenta del Estado y del Archivo de la Provincia de Buenos Aires. Hacia 1843, comenzó a publicar el "Archivo Americano", la más importante edición de toda la época de Rosas. Fue un órgano creado para la defensa del régimen en Europa, ya que era necesario contrarrestar allí los efectos de la propaganda unitaria, proveniente, sobre todo, de la prensa de Montevideo. La Colección del Archivo Americano constituye un acopio de documentación sobre la época, de primera magnitud. Todos los materiales fueron ordenados, clasificados y editados luego de la correspondiente aprobación de Rosas. "Bien se percató que él -el "Archivo"- constituiría en el futuro su historia y su justificación, y cuidó con esmero que conservase su alto valor documental" (17).

(17) Enrique Arana (h.): Pedro de Angelis. 1784-1859. Su labor literaria, histórica y periodística. En: "Boletín de la Biblioteca", año I, nº 5, Universidad Nacional de Buenos Aires, Buenos Aires, 1933, pág. 348.

Las funciones que cumplió de Angelis, su vinculación con archivos y bibliotecas, le permitieron familiarizarse con la documentación histórica del país que había adoptado. Paralelamente, fue formando su colección particular, valiosísima, la cual, según algunos autores como Rojas, se habría nutrido de documentos sacados de los organismos oficiales. Como no hay pruebas de ello, esta tesis debe tomarse como un exceso de suspicacia derivada del rechazo que la figura de de Angelis despertó en los círculos antirrosistas. Las principales acusaciones partían de Montevideo por boca de José Rivera Indarte. Enrique Arana, por el contrario, asegura que la colección se formó con copias de documentos y con originales comprados a particulares (18).

Cuando se produjo la caída de Rosas marchó de Angelis a Brasil. Allí vendió su valiosa colección al emperador Pedro II. Residió un tiempo en Río de Janeiro y regresó a Argentina en 1855. Murió en Buenos Aires en 1859.

La obra de más trascendencia de Pedro de Angelis, la que revolucionó el estado de los conocimientos históricos en Argentina, fue la Colección de documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata. Ilustrada con notas y disertaciones, obra que a pesar de los errores metodológicos que puedan encontrársele, es de una importancia indudable y que revela que su autor conocía perfectamente el movimiento renovador de los estudios históricos en Europa. Es un trabajo que se puede vincular con las obras que arrancan de los Monumenta Germaniae Histórica y de las recopilaciones documentales que el romanticismo estimuló.

La Colección apareció entre 1836 y 1837 editada por la Imprenta del Estado y alcanzó a completar seis volúmenes. La impresión contó con los auspicios de Rosas y, por supuesto, a él fue dedicada. Nos parece injusto el cargo de adulación que por

(18) Enrique Arana (h.): Pedro de Angelis..., pág. 346.

esto se ha hecho a de Angelis. Basta recordar las dedicatorias similares contenidas en el Fragmento preliminar al estudio del derecho de Alberdi, en el periódico "La Moda" y aún en los Discursos de apertura del "Salón Literario", a cuyos autores se ha convertido en el símbolo de la lucha contra la tiranía. La obra se publicaba en cuadernillos de treinta pliegos cada uno, que aparecían a razón de dos por mes. Se distribuía entre los suscriptores, que llegaron a ser más de cuatrocientos y entre quienes se contaba lo más distinguido de la intelectualidad y la política de ambas márgenes del Plata.

Las piezas que componen el trabajo son numerosas y de alto valor documental. En primer lugar, incluyó libros antiguos cuya sola edición —muchos de ellos eran inéditos hasta ese momento— hace útil la obra y disculpa los posibles pecados de falta de rigor. Incluyó, entre otros: La Argentina de Ruy Díaz de Guzmán; Descripción de la Patagonia del Padre Falkner; la Historia del Padre Guevara; La Argentina de Barco Centenera; Viaje de Ulrico Schmidel; y el escrito titulado Misiones de indios guaraníes, de Gonzalo Doblas.

Recopiló, además, una importante colección de copias de documentos sobre diversos temas, tales como: la ciudad de los césares, el derrotero seguido por Pedro de Valdivia, las Cartas del Padre Lozano, las de Cardiel y Jáuregui, el Viaje al Bermejo del Padre Morillo, y el proyecto de colonización de Félix de Azara.

Un tema del que hizo abundante recopilación de materiales documentales fue el de la Patagonia: descripciones geográficas, noticias sobre tribus indígenas, sobre sus lenguas, planes de expansión en el desierto, con abundantes memorias y hasta con la copia del Diario de la expedición de Rosas con observaciones astronómicas de Sanillosa. Hay también profusa documentación sobre las exploraciones de la costa atlántica, las comisiones de demarcación de límites con las colonias portuguesas, y aún de temas más alejados de la temática argentina como la sublevación de Tupac Amaru.

Casi todos los documentos provenían de los archivos porteños, de su propia colección particular y muchos, del antiguo fondo jesuítico que el gobernador de Buenos Aires Bucarelli, había reunido por orden del Rey y que luego se dispersó.

La obra se completa con descripciones geográficas e informaciones históricas. El tomo segundo, contiene la cronología bastante completa de gobernadores coloniales, tanto gobernadores de Buenos Aires como virreyes del Río de la Plata; el tercero contiene las actas de la segunda fundación de Buenos Aires por Juan de Garay y las de la fundación de Montevideo por Zavala y, también, las actas capitulares del movimiento de mayo; los tomos cuarto y quinto contienen informes de los virreyes. En definitiva, la Colección de de Angelis trae documentación sobre temas y épocas de la historia argentina desde la conquista y colonización hasta la época de Rosas.

El autor aportó también discursos preliminares, prólogos, notas explicativas, comentarios e índices analíticos.

Fue una obra única y muy pocas veces repetidas. Hasta el siglo XX la Argentina no pudo contar con otra edición de este tipo y de similar importancia. La influencia en el medio fue indudable como indudables son los estímulos que despertó en generaciones posteriores para la investigación histórica. Nadie ha podido prescindir de ella, y si no se la ha mencionado tanto como se la ha usado, ha sido sólo por los prejuicios políticos hacia su autor, de los que ya hemos hecho referencia.

Carbia (19), señala algunas faltas que cometió de Angelis, tales como arreglo de algunas crónicas para mejorar el estilo y aliviar la pesadez, aunque no alteran su valor. M. Castro López (20),

(19) Rómulo O. Carbia: op. cit., págs. 79-80.

(20) M. Castro López: Errores de de Angelis. En: "Revista de Derecho, Historia y Letras", t. LIV, Buenos Aires, 1916, págs. 632-636.

publicó un artículo especialmente dedicado a señalar los Errores de de Angelis, ninguno de los cuales nos parece de la suficiente importancia como para llegar a invalidar la obra. En cambio, sí creemos que "nadie podrá escribir sobre nuestro pasado sin tener que afirmarse sobre el material legado por de Angelis" (21).

En el año 1843, Pedro de Angelis se propuso continuar con la publicación de una segunda serie de documentos. Llegó a preparar inclusive un prospecto para la misma: Memorias históricas de las dos expediciones dirigidas contra los establecimientos del Río de la Plata en 1806 y 1807. El plan preveía cuatro tomos de documentos relativos a las dos invasiones inglesas y hubieran significado un aporte fundamental para el estudio de los últimos años de vida colonial.

Además de la Colección de documentos..., realizó de Angelis in finidad de trabajos y artículos. Entre ellos, los de mayor valor historiográfico son, además de la biografía que dedicó a Rosas (22), las del caudillo Estanislao López (23) y la del general Arenales (24). En 1833 publicó una recopilación de sus artículos más importantes bajo el título de Ensayos literarios y políticos sobre temas de economía, política y sociología.

En 1850, el gobierno de Buenos Aires pidió a Pedro de Angelis que realizara un estudio para establecer los derechos de la República

(21) Enrique Arana (h.): op. cit., pág 344.

(22) Pedro de Angelis: Ensayo histórico, sobre la vida del Excmo. Sr. D. Juan Manuel de Rosas; gobernador y capitán general de la provincia de Buenos Aires, Buenos Aires, 1830.

(23) Pedro de Angelis: Noticias biográficas del Excmo. Sr. Gobernador y Capitán General de la Provincia de Santa Fe, Brigadier D. Estanislao López, Buenos Aires, 1830.

(24) Pedro de Angelis: Biografía del Sr. General Arenales, Buenos Aires, 1832.

Argentina a las tierras australes, disputadas por Chile. El resultado fue una Memoria histórica, importante obra que recopila la documentación colonial en la que se basan los derechos jurídicos alegados por la Argentina.

Después de la caída de Rosas, escribió de Angelis, en 1852, un Proyecto de Constitución para la República Argentina, y, en 1853, editó la Colección de obras impresas y manuscritas que tratan principalmente del Río de la Plata.

Un aspecto interesante de la actuación de Pedro de Angelis en Buenos Aires, es el de su relación con los jóvenes románticos de la generación de 1837. Sin dudas esa relación existió y -como dice Ignacio Weiss (26)- aunque no existan mayores indicios, de Angelis debió ser uno de los maestros de la juventud. La avidez por conocer y profundizar en los distintos aspectos de la cultura europea, seguramente debió acercarlos. No podían, los jóvenes, de aprovechar una de las pocas ocasiones de tomar contacto con una figura representativa de esa cultura.

Sabemos sí, que el napolitano estuvo en el acto de inauguración del "Salón Literario" y que Marcos Sastre en el discurso que pronunció con ese motivo, anunció entre las actividades, que de Angelis comentaría la obra de Vico. Ese fue el contacto inicial entre de Angelis y los jóvenes del "Salón". Todavía todos se manifestaban partidarios de Rosas; más tarde, cuando los miembros de

(25) Pedro de Angelis: Memoria histórica sobre los derechos de soberanía de la Confederación Argentina a la parte austral del continente americano, comprendida entre las costas del Océano Atlántico y la gran Cordillera de Los Andes y desde la boca del R. de la Plata hasta el cabo de Hornos, Buenos Aires, 1852.

(26) Ignacio Weiss: Pedro de Angelis y la difusión de la obra de Vico. En Vico y Herder, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1948, págs. 357-382.

la "Asociación de Mayo" pasan a la oposición, de Angelis permaneció fiel al gobierno federal.

De la mano de de Angelis, los románticos argentinos pudieron conocer la obra de Giambattista Vico. Hay múltiples indicios que confirman que era un especialista en el tema. Por ejemplo, Julio Michelet, el brillante historiador francés que fue el principal divulgador de la obra de Vico en Francia, en el prólogo de la traducción que hizo al francés de la Ciencia Nueva, en 1827, habla con gratitud de Pedro de Angelis, que había puesto a su disposición las obras de Vico que le habían servido para hacer su traducción y el estudio preliminar. En el mismo prólogo, señala Michelet que de Angelis tenía escritos inéditos en los que estudiaba con profundidad el pensamiento del filósofo italiano. Esto demuestra, por un lado, que de Angelis no era un advenedizo en el mundo de la cultura, como algunos unitarios pretendieran, y por otro, que era un conocedor profundo de la obra de Vico que en Buenos Aires divulgaba.

José Ingenieros afirma que los intentos de de Angelis por dar a conocer las ideas de Vico en Argentina, "fue un esfuerzo estéril y en ningún argentino de esa época hemos visto mencionado el nombre del famoso filósofo de la historia" (27). Ignacio Weiss de muestra lo contrario. El "Diario de la tarde" publicó, en 1839, una serie de diez artículos sobre Vico firmados por Donoso Cortés, primer divulgador de la filosofía viquiana en España; por otra parte, la obra de los románticos argentinos revela la influencia de Vico: Echeverría, López, Mitre, la denotan en sus obras; es aún más evidente en Juan Bautista Alberdi, quien en su Fragmento preliminar al estudio del derecho, cita a Vico y menciona a de Angelis como gran divulgador del filósofo italiano.

(27) José Ingenieros: El contenido filosófico de la cultura argentina. En: "Revista de filosofía", año 1, nº 1, Buenos Aires, 1915, pág. 125.

Las relaciones entre de Angelis y los hombres del romanticismo, forjadas en torno al "Salón Literario", tomarán un cariz absolutamente distinto cuando, obligados al destierro, los jóvenes atacarán a Rosas y de Angelis seguirá defendiéndolo por todos los medios. Antes de alejamiento, los proscriptos conocieron la Colección de documentos de de Angelis. No podían permanecer al margen de una empresa intelectual tan ambiciosa. Al comienzo del primer tomo, aparece la lista de suscriptores y en ella se ven los nombres de Esteban Echeverría, Juan María Gutiérrez, Félix Frías, Luis L. Domínguez, Marcos Sastre y hasta el ya exiliado Florencio Varela. También figura como suscriptor el maestro doctor Diego Alcorta.

Cuando Esteban Echeverría concretó la segunda edición del Dogma Socialista en Montevideo, Pedro de Angelis desde el "Archivo Americano" atacó al documento al que llamó "libelo", y definió a los jóvenes de la "asociación de Mayo" como integrantes de un club de revoltosos, presumidos, holgazanes y románticos -usando el término en sentido payorativo- ; a Echeverría lo considera poco menos que un alucinado o extraviado por las lecturas de Saint-Simon y sus discípulos.

Echeverría contestó a de Angelis con dos Cartas (28), en las que no sólo hizo la defensa de su Dogma, sino también un durísimo ataque personal al cronista del "Archivo Americano" en la primera de ellas. Constituyó éste, un capítulo clave en la serie de desinteligencias y desencuentros que por causas de política circunstancial, se produjeron entre un verdadero maestro y los jóvenes de la generación de 1837.

Domingo Faustino Sarmiento, a pesar de la aversión que sentía por el napolitano, se expresó con justicia sobre la Colección de documentos de de Angelis. Así, en "Sud América" del 9 de junio de

(28) Esteban Echeverría: Cartas a de Angelis. En: Obras Completas, t. IV, Buenos Aires, 1870, págs. 229-326.

1851, afirma: "es el monumento nacional más glorioso que pueda honrar a un estado americano y a Angelis que emprendió la publicación le debe la república lo bastante como para perdonarle sus flaquezas" (29). En 1856, cuando ya los antiguos proscriptos constituyen la clase dirigente argentina, de Angelis en carta a un amigo, arremete contra Sarmiento: "otro personaje singular -dice- es Sarmiento que debe a la persecución de Rosas la importancia de que se jacta y que le ha valido ocupar un lugar eminente en la administración. Lo han hecho director de instrucción pública y ni sabe lo que no debe ignorar un maestro de primeras letras" (30).

El historiador Bartolomé Mitre, hombre más sereno, estaba seguramente en mejores condiciones para medir la capacidad y la obra de de Angelis y, a pesar de los antecedentes rosistas de éste, lo nombra, en 1853, inventariador del Archivo del Estado a cuyo cargo él estaba en esos momentos.

Andrés Lamas, uno de los más enfervorizados críticos de Rosas desde la prensa uruguaya y cuyos dardos frecuentemente habían al canzado a de Angelis, mantuvo luego con éste una nutrida correspondencia en la que ambos hicieron un derroche de conocimientos y de erudición.

Las divergencias políticas, las circunstancias personales y los injustos ataques de que hicieron objeto a de Angelis los uni tarios y los románticos argentinos, no invalidan la gran influen cia que de él recibieron. Tampoco afectan la importancia de una empresa historiográfica sin la que luego no se explicarían las obras de historiadores como Bartolomé Mitre o Vicente Fidel López.

(29) Citado por: Enrique Arana (h.): op. cit., págs 344-345.

(30) Ibidem, pág. 352.

III - CARACTERES DE LA HISTORIOGRAFIA ROMANTICA ARGENTINA.

En el capítulo anterior, al hablar de la actitud historicista de los hombres de la generación argentina de 1837, característica del romanticismo que impregnó a toda la cultura argentina de la época, y al mencionar la profunda conciencia histórica que les dominó, hemos señalado ya los caracteres generales de su producción escrita y, por lo tanto, de sus creaciones historiográficas. A manera de síntesis, y para mejor entender el posterior estudio particular que se hará de cada uno de los más importantes autores, señalaremos -de manera esquemática- cuáles fueron esas connotaciones comunes a toda la generación y a su particular manera de enfrentarse con el pasado nacional.

Hay en primer lugar, un predominio del tema y la preocupación políticos. Como se ha indicado en las páginas precedentes, el romanticismo que profesaron los jóvenes de la "Asociación de Mayo", lejos de apartarles de los problemas políticos concretos, les lleva, por el contrario, a vivir inmersos en esos problemas. Para esto hay una doble explicación. Por un lado, la acuciante situación política argentina, la permanente crisis que les producía la angustia de ver a su patria destrozada por el encono de los argentinos y por las guerras civiles. Esta situación, lógicamente, era poco propicia para las divagaciones propias de los que se ha llamado "ensoñación romántica". Todas las creaciones intelectuales de esta generación -historiográficas y no historiográficas- están teñidas de esta preocupación política. Si se recurre a la historia es, generalmente, para hallar la luz que les permita la comprensión del presente y la solución de sus problemas. Por otro lado, la constante presencia de lo político se debe, también, a que el romanticismo argentino es, más que nada, "romanticismo social", entendiendo por tal a la particular versión que del romanticismo hicieron Saint-Simon y sus seguidores, en quienes había, también, mucho de Herder y de la filosofía alemana de

la época.

La segunda característica de la historiografía romántica argentina, se relaciona con la anterior. Podemos afirmar que, los románticos, se enfrentan con la historia con una actitud pragmática. No hay -sobre todo en los primeros años, es decir los de la dictadura y la proscripción- una inquietud meramente especulativa o un afán puramente científico en la investigación histórica. Por el contrario, para ellos la actividad historiográfica está siempre en una relación de servidumbre con respecto al presente, al que la historia ayudará a entender, y con respecto a los problemas políticos a los que la historia deberá ayudar a solucionar. Esa es, por ejemplo la finalidad con que obras como el Fragmento preliminar al estudio del derecho, de Juan Bautista Alberdi, el Facundo de Sarmiento y el Dogma Socialista de Echeverría -por no citar sino las más importantes- apelan a lo histórico. Lo fundamental en ellas no es la interpretación del pasado, sino la interpretación del pasado en tanto y en cuanto les sirve para conocer y modificar su propia realidad.

La tercera característica de la historiografía romántica, también coincide con el resto de la producción intelectual de los hombres de la proscripción. Consiste en una adhesión sin fisuras a la revolución de Mayo de 1810 y a los principios que según ellos la inspiraron. Liberalismo y democracia serán los axiomas, los "dogmas" desde los que intentarán comprender tanto el presente como el pasado. El romanticismo toma pues, en lo político, una particular versión liberal y democrática que, en alguna medida, es todavía herencia de la generación anterior. Los hombres de 1837 se formaron de acuerdo con los principios iluministas que se impusieron durante la época de Rivadavia. Esta interpretación liberal del romanticismo se nota no sólo en las obras estrictamente históricas, como puede ser el caso de la Historia de Belgrano y de la independencia argentina y la Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana de Bartolomé Mitre, como

en los ensayos de Alberdi, de Juan María Gutiérrez, de Echeverría o de Sarmiento. Mayo es, ya lo hemos dicho, el modelo y el origen de la auténtica tradición argentina. Solamente una interpretación del pasado realizada desde tales presupuestos, echará luz y descubrirá las verdaderas raíces del ser nacional a la vez que será útil para interpretar la realidad presente y programar el porvenir de la patria. El Dogma Socialista, que constituye sin duda la síntesis del "credo" político común a toda la generación, establece como ineludible necesidad, en su novena Palabra simbólica la de la "continuación de las tradiciones progresivas de la revolución de Mayo". (31).

En cuarto lugar, debemos señalar como característica de la producción histórica del romanticismo argentino, su rechazo de España y de la tradición española colonial. Las "tradiciones" de la revolución de Mayo, surgieron como oposición a las tradiciones hispánicas que predominaron -por supuesto- durante el período colonial. La generación romántica vive todavía los epílogos de las guerras de la independencia. Al intentar explicar la revolución -quizá con escaso criterio histórico- como un enfrentamiento dialéctico entre metrópoli y colonias y entre dos concepciones de vida distintas y opuestas, llegan a un absoluto rechazo del período hispánico. El estudio que la historiografía romántica hizo de la etapa de dominación española, fue partiendo siempre de esas posiciones a priori y sin intentar un análisis desapasionado del período. El anti-españolismo -como se ha señalado reiteradamente- y como se verá en un análisis especial del tema (32), fue una de las notas comunes a todos los hombres del grupo romántico. Especial virulencia adquirió el anti-hispanismo de un Sarmiento o de

(31) Edición crítica y documentada del Dogma Socialista de Esteban Echeverría, La Plata, 1940, pág. 183.

(32) Ver capítulo XI del presente trabajo.

un Juan María Gutiérrez. Otros, con actitud más serena, sobre todo en épocas posteriores, revisaron su posición e hicieron valoraciones más objetivas de la historia de la época colonial. Es ese el caso de Alberdi, de Mitre, de Vicente Fidel López o del mismo Sarmiento cuando, al menos, reconoció la eficacia del régimen municipal hispanoamericano (33).

Otra nota característica de la historiografía argentina del romanticismo, fue su implacable antirrosismo. A pesar de que, al comienzo, los jóvenes componentes de la "Asociación de Mayo" intentaron un acercamiento a Juan Manuel de Rosas y aún intentaron comprenderlo y justificarlo -tal es el caso de Alberdi en el fragmento preliminar al estudio del derecho y en algunos artículos del periódico "La Moda"- y soñaron con lograr una síntesis de las dos fuerzas que dividían al país, una de las cuales encarnaba, justamente, la figura del Restaurador, la incompatibilidad esencial era tal, que poco a poco se fue produciendo el paulatino distanciamiento entre los jóvenes y el gobierno rosista. Se llegó a alcanzar grados increíbles de virulencia e incomprensión. Si Rosas se vengó de sus jóvenes opositores encarcelándolos y empujándolos al destierro, éstos correspondieron dando de él y de su gobierno la negra versión con la que llenaron páginas de libros y periódicos.

Aunque comprensible, la interpretación que de su época hicieron los hombres del romanticismo, estuvo teñida de absolutos tintes oscuros y negativos. A pesar de ello, y a pesar de que sus escritos fueron el resultado de la pasión política y de la lucha partidista, la versión que dieron de Rosas, de su gobierno y de su época, fue considerada, durante años, la versión "oficial" e inquestionable sobre el tema en la Argentina. Ni siquiera la gran

(33) Domingo Faustino Sarmiento: Conflicto y armonías de las razas en América, Buenos Aires, 1915.



historiografía argentina que se desarrolla después de Caseros con Mitre y López, reviso tal actitud, con la sola excepción de Adolfo Saldaña (34).

La falta de objetividad histórica mantenida durante tanto tiempo con respecto a ese largo y fundamental período de la historia argentina, generó ya en nuestro siglo, una corriente historiográfica que se llamó a sí misma "revisionista" y que terminó por exagerar las virtudes de Rosas y por convertir al antiguo "monstruo" de la historia argentina en el héroe indiscutido y el patriota incuestionable. Las nuevas corrientes históricas, con autores más serenos, han superado el eterno maniqueísmo y ahora sí se encuentran estudios objetivos, en los que se matizan los aspectos indudablemente positivos del Dictador, como los también indudablemente negativos.

Queda, pues, como característica común de la historiografía romántica argentina, el rechazo absoluto de Juan Manuel de Rosas a quien se consideró como continuador de la vituperada tradición española y como enemigo de los principios liberales y democráticos de la revolución de Mayo.

Como último de los caracteres comunes, en este intento por sistematizar la producción histórica del romanticismo argentino, señalaremos la adhesión a la idea de progreso. La generación de 1837 trató no solamente de remediar los problemas políticos recurriendo a la historia, sino que trató, además, al enfrentarse con ésta, hacerlo desde ciertos presupuestos que hicieran válida su interpretación. Si bien ninguno de los autores de la época fue un filósofo de la historia en sentido estricto, todos ellos buscaron sí, algunos principios que dieran sentido al pasado inmediato y que abrieran las puertas de un futuro prometedor. La idea del pro

(34) Adolfo Saldaña: Historia de la Confederación Argentina, Buenos Aires, 1973.

greso, no en un sentido iluminista, sino en el historicista propio del romanticismo, fue el principio común al que ellos se adhirieron.

Creían los románticos en la existencia de una ley universal del progreso que rige el desenvolvimiento de la humanidad y que adquiere una forma particular de desarrollo en cada pueblo. Encontrar, descubrir la ley particular del progreso nacional, es la aspiración con que los intelectuales argentinos de 1837 se enfrentan con el pasado. Se trata de una versión optimista de la historia que les permitió, además, proyectar el futuro de grandeza que aspiraban para la Nación. Así, este criterio un tanto abstracto, unido a la intencionalidad política, caracterizó a los ensayo históricos propios de la época de la proscripción en la que no había tiempo -las premuras políticas se imponían- para laboriosos estudios en archivos o bibliotecas ni para el análisis sereno de los documentos. La situación acuciante les llevó a aferrarse a ciertos principios fundamentales con los que su combativa actitud adquiriera sentido.

La idea de progreso, que tan claramente aparece en el fragmento preliminar de Alberdi y en los ensayos de Vicente Fidel López (35), fue el medio, pues, que les permitió interpretar el pasado y vislumbrar el porvenir por el cual luchaban. Posteriormente, aquietadas las pasiones políticas, serenado el ímpetu combativo y polémico, muchos de los jóvenes, ya maduros, emprendieron las tareas de erudición -investigaciones en archivos, bibliotecas, colecciones particulares- que permitieron una verdadera elaboración de la historia argentina. En este sentido, el país tiene una deuda incalculable con Andrés Bello, con Juan María Gutiérrez, con Bartolomé

(35) Vicente Fidel López: Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad, Buenos Aires, 1943.

- 114 -

Mitre, quienes, con sus laboriosos y pacientes trabajos, echaron las bases para la futura histoiografía rioplatense.

IV - ETAPAS Y CORRIENTES DE LA HISTORIOGRAFIA ROMANTICA ARGENTINA.

En la producción historiográfica de la generación de románticos argentinos, pueden reconocerse dos etapas perfectamente diferenciadas. Ambas están determinadas no por un proceso o evolución natural de lo historiográfico, sino por un hecho totalmente ajeno a ello. El hito divisorio entre las que consideramos como etapas fundamentales de la historiografía romántica, es un hecho exclusivamente político: la batalla de Caseros de 1852 y la consiguiente caída del régimen rosista.

La presencia política de Rosas y la reacción que contra él generó en la intelectualidad argentina, especialmente en la generación de 1837, tiñó toda la producción intelectual con un tono combativo y polémico de tal fuerza que, en aras de la lucha política, se sacrificó el estudio objetivo del pasado y la investigación desapasionada del mismo.

Caído Rosas, si bien los escritos de los hombres del romanticismo no disminuyeron su tono antirrosista, al no estar sus autores impelidos por la necesidad inmediata de provocar la caída del dictador, pudieron abarcar una temática más variada. También comenzaron los imprescindibles trabajos de erudición con la recopilación de las fuentes y el estudio sereno de las mismas. Se abrieron así las posibilidades para las que constituirían las grandes obras de la historiografía argentina del siglo XIX.

Creemos, pues, que para sistematizar la gran cantidad de estudios históricos, o al menos con tema histórico, que emprendieron los hombres de la generación de 1837, es necesario distinguir aquellos que son anteriores a Caseros de los que fueron escritos con posterioridad.

Dentro de la historiografía anterior a Caseros, podemos a la vez distinguir las obras estrictamente históricas de aquellas que, sin serlo, tienen, por algún motivo, interés historiográfico. En las obras estrictamente históricas distinguimos dos grupos: el

primero es el de los escritos de interpretación histórica, es decir el de aquellos que, sin realizar una labor de auténtica investigación, dan una visión o interpretación del pasado y el segundo es el de los trabajos - escasos en este período - de erudición o investigación documental sobre la historia argentina o algunos de sus aspectos o etapas.

Las obras que hemos llamado de interpretación histórica son las más numerosas; como hemos señalado, las especiales circunstancias por las que atravesaba el país no eran propicias para la investigación rigurosa, aunque sí estimularon las especulaciones tendientes a interpretar el momento de crisis que se vivía. Entre estas obras al margen de los ensayos políticos, sociológicos o literarios que también incluyeron una interpretación del pasado argentino y que serán luego consideradas, podemos mencionar algunos trabajos de Estevan Echeverría como la Segunda Lectura, preparada para ser expuesta en el "Salón Literario" de Marcos Sastre y que constituyó uno de los primeros intentos de interpretación económica de la historia argentina. Entre los trabajos históricos de Echeverría podemos incluir también Antecedentes y primeros pasos de la revolución de Mayo en el que, además del proceso de la independencia analiza también al período colonial, llegando a las conclusiones negativas que prácticamente se dieron en todos los autores de la generación. También es histórico el trabajo que Echeverría tituló Revolución de febrero en Francia, en el que, al ocuparse de ese acontecimiento europeo, tuvo oportunidad de teorizar sobre el proceso histórico general y sobre la influencia de determinados hechos sobre la historia americana y argentina en especial.

También podemos considerar dentro del apartado de obras de interpretación histórica a las biografías escritas por Sarmiento, no fueron resultado de una adecuada investigación y del correspondiente trabajo heurístico. Al margen de las más conocidas - las dedicadas a Facundo y al cura Aldao - y de discutible carácter histórico, podemos mencionar las que escribió sobre San Martín y sobre el canó-

nino Fray Ignacio Castro Barros.

Si bien la producción importante de Vicente fidel López corresponde a la etapa posterior a Caseros, algunas obras fueron escritas en este período anterior y, entre ellas, merece destacarse la Memo-
ria sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han
contribuido a la civilización de la humanidad, en la que, si bien
no se ocupa concretamente de la historia argentina, explica sí el
credo historiográfico al que el autor se adhirió y al que perma-
neció fiel en la etapa de sus grandes obras.

Se produjeron también en este período obras de pretendido carac-
ter histórico pero que no resultaron más que panfletos de encendida
pasión al servicio de la lucha política, y de escaso valor cientí-
fico. Tal vez, el ejemplo más acabado de esto sea la obra de Andrés
Lamas Anales históricos sobre las agresiones del dictador argentino
D. Juan Manuel de Rosas contra la independencia de la República
Oriental del Uruguay. Dentro del mismo tono panfletario editó José
Rivera Indarte su Rosas y sus opositores, colección de combativos
artículos periodísticos que anteriormente había publicado en dos
volúmenes separados: las Tablas de sangre y Es acción santa matar a
Rosas.

Como hemos indicado, son poco frecuentes, en esta etapa anterior
a Caseros, los trabajos de estricta investigación histórica. Sólo
pueden destacarse unos pocos y, entre ellos, la Colección de Memo-
rias y documentos para la Historia y la Geografía de los Pueblos
del Río de la Plata, publicada por Andrés Lamas en 1849 y que consis-
te en la reproducción de treinta documentos sin la complementaria
labor de erudición y crítica a la que tanto se dedicaría el autor en
épocas posteriores.

Mucho más frecuente son los ensayos que hemos denominado como de
interés histórico y que, sin tener el carácter de históricos en
sentido estricto, encierran de alguna manera una visión de determi-
nados problemas y períodos históricos del país. Entre ellos se en-
cuentran muchos de los escritos que constituyen la obra más impor-

tante de la literatura argentina del siglo XIX. Los hay que, junto a los planteamientos de los problemas políticos y socio-económicos argentinos del momento, encierran implícitamente, un análisis del pasado nacional. Tal es el caso del Dogma Socialista que publicó Esteban Echeverría en 1846 y en el que agregó al antiguo Código o Declaración de principios de 1839, "creado" socio-político de toda la generación de 1837, una Ojeada Retrospectiva que constituye una historia de la "Asociación de Mayo" y uno de los primeros intentos por dar una visión histórica de la cultura del país.

También contienen visiones sobre la historia nacional, algunos ensayos políticos con carácter de jurídicos, como el Fragmento preliminar al estudio del derecho, primera obra de envergadura de Juan Bautista Alberdi y una de las producciones más importantes de la cultura argentina del siglo XIX, así como los escritos de Sarmiento Recuerdos de Provincia, Viajes por Europa, Africa y América y, sobre todo, Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga, en el que encontramos una interpretación de la historia argentina con matices filosóficos y sociológicos.

Dentro de las obras que sin constituir estudios históricos revisten interés historiográfico en el período anterior a Caseros, se encuentran algunas meramente literarias pero teñidas de pasión histórica, del historicismo, en definitiva, tan caro al romanticismo. Ello es lo que ocurre con el largo poema La Cautiva, de Echeverría, o con el cuento El Matadero, del mismo autor; con los poemas de José Mármol contenidos en El Peregrino u otros suyos de tema patriótico, o con su célebre novela Amalia, que si bien fue editada en forma completa en 1853, es decir después de la caída de Rosas, había alcanzado ya gran difusión con una primera edición, en folletines, antes de la batalla de Caseros. También lo histórico, junto con lo político, aparece en la literatura gauchesca de la época a través de la colección de poemas Paulino Lucero, de Hilario Ascasubi, escritos al servicio de la lucha contra la tiranía.

La misma generación de 1837 continuó su producción intelectual

después de la batalla de Caseros con la que se inicia la que hemos considerado como segunda etapa de la historiografía romántica argentina. Dentro de ella hemos realizado, como en la etapa anterior, una clasificación muy general: estudios históricos propiamente dichos y escritos de diferente carácter con interés historiográfico. Dentro del primer grupo, hemos establecido, a su vez, una subdivisión en: grandes obras históricas, trabajos de erudición, manuales y ensayos sobre historia de la cultura.

Caído Rosas, comenzaron a pergeñarse las grandes obras historiográficas argentinas. Son las escritas, sobre todo, por Bartolomé Mitre y por Vicente Fidel López, verdaderos fundadores de los estudios históricos argentinos de validez científica. Tal es el carácter que asignamos a la Historia de la revolución argentina desde sus precedentes coloniales hasta el derrocamiento de la tiranía en 1852, y de la Historia de la República Argentina. Su origen, su revolución y su desarrollo político hasta 1852, de Vicente Fidel López, así como a la Historia de Belgrano y de la independencia argentina, a Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana, de Bartolomé Mitre. Creemos que deben incluirse también en el rubro de las grandes obras históricas, el Debate histórico. Refutación a las Comprobaciones históricas sobre la Historia de Belgrano, de López y las Comprobaciones históricas de Bartolomé Mitre, obras en las que sus autores, a raíz de la polémica que entre ellos mantuvieron, expusieron sus ideas acerca de la historia, su valor, su metodología, a la vez que echaron luz sobre importantes y discutidos aspectos de la historia nacional.

Son numerosos, en la segunda mitad del siglo XIX, los trabajos de erudición, con los que, por primera vez, se intentó estudiar, sistematizar y dar a conocer el patrimonio documental del país, labor que resultaría de enorme utilidad para los futuros estudios históricos. Entre los más importantes, merecen ser citados los realizados por Juan María Gutiérrez y, entre ellos, los dedicados a Ulrico Schmidel y a Martín del Barco Centenera; la edición que hizo

Vicente Fidel López de los Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires y la inmensa obra que como documentalista realizara Mitre y que cristalizó en las ediciones del Archivo de San Martín; Archivo Americano, así como las dedicadas a documentos de Pueyrredón y Rivadavia. También es importante la labor erudita de Andrés Lamas, quien aunque uruguayo, estuvo estrechamente vinculado a la Argentina a cuyos estudios históricos hizo aportes de gran valor. Sus trabajos, de gran trascendencia para las investigaciones historiográficas rioplatenses, fueron numerosos; entre ellos, deben señalarse sus ediciones, con notas e introducciones, de las obras del Padre Lozano y del Padre Guevara, jesuitas que realizaron trabajos de gran importancia para la historia primitiva del período colonial rioplatense. Son también importantes los diversos trabajos que realizó Lamas sobre la obra de Bernardino Rivadavia y que debían constituir Rivadavia y su tiempo, libro que no llegó a concluir.

Comienzan también a aparecer, después de Caseros, los primeros manuales destinados a llenar el enorme vacío existente en el campo de textos que introdujeran en el conocimiento general de la historia nacional. Dentro de estos manuales escritos con una finalidad fundamentalmente didáctica, se encuentra la Historia Argentina que en 1861 publicó Luis L. Domínguez, obra que tiene el mérito, además, de ser uno de los primeros intentos de dar una visión globalizadora de todo el pasado argentino. También Vicente Fidel López, quien años antes había publicado un manual de historia chilena de gran aceptación en el país trasandino, dio a conocer, en 1889, un Compendio de Historia Argentina. La preocupación de López por el problema de la enseñanza de la historia patria queda claramente manifiesta en esta labor de tipo didáctico que se completa con su trabajo sobre Reordenación metódica y anotación del texto de Historia Argentina que se sigue en los Colegios Nacionales.

A Juan María Gutiérrez se debe la primicia de los primeros trabajos de investigación - sólo puede considerarse como antecedente la Ojeada Retrospectiva de Echeverría - sobre historia de la cultura

argentina, con su monumental Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza superior en Buenos Aires. Esta obra, si bien no llegó a ser una síntesis perfectamente elaborada y completa del tema, aportó un acopio importantísimo de material documental de gran valor y utilidad para las investigaciones que sobre el género posteriormente se hicieron.

La abundancia de obras propiamente históricas, no fue obstáculo para que, en la segunda mitad del siglo XIX, se continuara con la tradición de producir otras que, a pesar de entrar más bien en la categoría de ensayos o de escritos estrictamente literarios, poseen suficientes elementos de interés historiográfico como para ser consideradas en una síntesis como la que realizamos.

Entre los ensayos más importantes de este período, es imprescindible mencionar a Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina derivados de la ley que preside el desarrollo de la civilización en América del Sud, escrita por Alberdi en 1852, en los primeros momentos que siguieron a la caída del rosismo, obra que tuvo una enorme trascendencia para la organización constitucional argentina, cuyos antecedentes históricos fueron exhaustivamente estudiados por el autor. Del mismo Juan Bautista Alberdi, contienen también aspectos de interés histórico, entre otros, sus ensayos La República Argentina consolidada en 1880 con la ciudad de Buenos Aires por capital, y los Estudios económicos contenidos en las Obras Selectas (36) del autor, así como los Pensamientos sobre política y Causas económicas de fenómenos políticos.

Domingo Faustino Sarmiento, que tantos ensayos cuasi-históricos escribió en el período anterior, redujo su producción intelectual

(36) Juan Bautista Alberdi: Estudios económicos. En: Obras Selectas, t.XV, Buenos Aires, 1920.

tual en la época posterior a Caseros. Sin duda esto se debió a su intensa vida pública. A pesar de ello, intentó todavía en 1883, la que debía ser una de sus obras más importantes -Conflicto y armonías de las razas en América- y que, sin embargo, no fue más que un fallido intento de interpretación de la historia americana desde perspectivas raciales equivocadas.

Surgen también en esta época -y ya estrictamente en un plano literario- una serie de novelas históricas que intentaron seguir el modelo romántico de Walter Scott y continuaron con el camino abierto por la exitosa Amalia de José Mármol que alcanzó -por otra parte- su mayor difusión después de Caseros. Entre ellas, especial interés revisten las escritas por los dos más importantes historiadores argentinos de todo el siglo XIX: La loca de la guardia y La novia del heraje, ambas de Vicente Fidel López y Soledad, de Bartolomé Mitre.

También lo histórico, asociado a la literatura gauchesca, continúa a través de la obra de Hilario Ascasubi posterior a Caseros. Aniceto el Gallo es una colección de poemas gauchescos en la línea del anterior Paulino Lucero, escritos entre 1852 y 1860 contra el general Urquiza, vencedor de Caseros. La tercera obra importante de Ascasubi, su famoso Santos Vega, es también un largo poema escrito en el lenguaje de los gauchos, en el que no aparece ya la pasión política que caracterizó a los anteriores, pero en el que hay descripciones costumbristas de interés para el historiador y, sobre todo, para el sociólogo.

Rómulo Carbia (37), al hacer la historia de la historiografía argentina, considera que en el siglo XIX predominan dos corrientes representadas, cada una de ellas, por una importante figura del grupo de historiadores románticos. Una es la corriente de "historiografía filosofante", más preocupada por encontrar una

(37) Rómulo D. Carbia: op. cit., pág. 133.

significación de los hechos y por lograr una reconstrucción emotiva del pasado -a la manera guizotiana, afirma el crítico- que por su análisis objetivo. Es ésta la corriente representada por Vicente Fidel López y que difiere fundamentalmente de la otra, la que Carbia llama "erudita". Esta corriente, estuvo encabezada por Bartolomé Mitre; es éste, prácticamente, el iniciador de la metodología histórica que se basa en el análisis riguroso de documentos inéditos. Las dos escuelas historiográficas entrarán en pugna con motivo de la célebre polémica que mantuvieron estos dos autores (38), y darán lugar a las importantes obras -Debate histórico... y Comprobaciones históricas- en las que, cada uno de ellos realizó la justificación conceptual y metodológica de su oficio de historiador.

Dentro de la escuela "filosofante", hace Carbia, además una división en corrientes que, a nuestro juicio, resultan excesivas y artificiales. En algunas de ellas, sitúa también a algunos autores de la generación romántica. Así, considera a Alberdi como precursor de la corriente "de los sociólogos", cuyo "pontífice máximo" es, a juicio del autor, Domingo Faustino Sarmiento. También considera que Echeverría, con su Dogma Socialista, inicia una corriente de estudios historiográficos "genéticos", denominación que en todo caso serviría para caracterizar a todos los historiadores preocupados por encontrar las causas y descubrir la "génesis" de los acontecimientos.

Ricardo Levene (39), también considera diversas corrientes en los escritores de la etapa romántica y aunque él las refiera a los estudios sociológicos, resultan equiparables a las diversas

(38) Ver capítulos VII y VIII del presente trabajo.

(39) Ricardo Levene: Historia de las ideas sociales en Argentina, Buenos Aires, 1947, págs. 35-38.

tendencias historiográficas. Habla Levene de una corriente de estudios sociales "predominantemente económica", en la que sitúa a obras como el Dogma Socialista de Echeverría y las Bases de Alberdi. Como de "orientación política e histórica" considera la Facundo de Sarmiento, así como a los trabajos de Bartolomé Mitre. También para Levene las obras de Vicente Fidel López son las iniciadoras de la corriente de "estudios sociales predominantemente filosóficos".

Creemos que toda clasificación y subdivisión en corrientes resulta de alguna manera artificiosa; ello se evidencia mucho más cuando el criterio se aplica a los autores del romanticismo argentino, ya que escribieron obras difícilmente encasillables en un género o una corriente. Resulta sí más lógico con autores -historiadores en este caso- con una obra tan clara y concreta como Mitre y López. Por ello, no nos parecen totalmente aceptables las discriminaciones de Carbia y de Levene y optamos por la que hemos desarrollado en las páginas precedentes y para la que nos hemos valido de criterios -al menos así no lo parecen- más objetivos.

125

- C A P I T U L O I I I -

ESTEBAN ECHEVERRIA Y SU VISION
DE LA HISTORIA

I - ECHEVERRIA INTRODUCTOR DEL ROMANTICISMO

Los primeros apuntes biográficos sobre Esteban Echeverría se deben a su amigo Juan María Gutiérrez, integrante también de la "Asociación de Mayo" y miembro destacado de la generación de 1837. Gutiérrez los intentó poco después de la muerte de Echeverría pero los publicó en 1862 en "La Nación Argentina" con el título de Breves apuntemientos biográficos y críticos sobre don Esteban Echeverría que luego se convertirían en la biografía (1) que incluyó el mismo al encargarse de la edición de las Obras Completas de Echeverría.

Era Esteban Echeverría hijo de un vizcaíno - José Domingo Echeverría - y de una porteña, María Espinosa. Nació en Buenos Aires el 2 de septiembre de 1803. No se conoce con exactitud el nivel de educación que recibió en Buenos Aires, aunque se cree que inició estudios superiores que fueron interrumpidos debido a la vida que llevó en su juventud y que él mismo reconocería más tarde como azarosa y aventurera. Después de la impresión que le produce la muerte de su madre, Echeverría decide cambiar de conducta y partir hacia Europa.

En 1825 se embarcó para Francia con la intención de reiniciar sus estudios allí. Permanece en París hasta 1830. Para Ricardo Rojas "su pensamiento nace en París y crece bajo la influencia de las ideas dominantes en Francia en la primera mitad del siglo XIX" (2). Rojas, a pesar de reconocer que el de Echeverría

(1) Juan María Gutiérrez: Noticias biográficas sobre don Esteban Echeverría. En : Esteban Echeverría: Obras Completas, t.V, Buenos Aires, 1874.

(2) Ricardo Rojas : Los proscriptos. En : La Literatura argentina, Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata. En : Obras, t. XII, Buenos Aires, 1925, pág. 287

es un caso de autodidacta que asimila las más diferentes ideas, afirma que asistió a los cursos de la Sorbona y de la Escuela Normal y que estudió diversos idiomas. A pesar de que, en general, biógrafos y críticos -sobre todo sus compañeros de generación- le han adjudicado una brillante formación intelectual con seguida en Francia, así como una destacada actuación en los círculos intelectuales y literarios de París, frecuentando "salones" y alternando en la intimidad con las grandes figuras, poco se sabe de su vida en Francia. Los cuatro años que pasó allí, los preservó dentro de la mayor reserva.

Juan María Gutiérrez fue más cauto que otros, y así, afirma: "Echeverría no se complacía en referir historias de sus viajes, ni las anécdotas de su permanencia en París, y según hemos podido comprender, pasó allí años enteros tan absorbido en el estudio, que poca razón habría podido dar de las cosas que en la capital de la Francia llaman de preferencia la atención de los viajeros comunes. No hemos podido averiguar tampoco quiénes fueron allí sus mentores y guías para concertar el plan de estudios que se propuso seguir" (3). Es sumamente extraño que si realmente actuó como sus amigos imaginan, él, que no era precisamente modesto, lo haya ocultado. Inclusive, en ocasión de su polémica con de Angelis, cuando fue atacado por éste, al contestarle con las cartas públicas, hubiera podido defenderse alardeando de sus estudios en Europa; sin embargo, no lo hizo y continuó con su reserva habitual acerca de esta etapa de su vida. El escritor francés Xavier Marmier, que conoció a Echeverría en Montevideo, sólo obtuvo de él los vagos informes que incluye en las páginas que le dedicó en su libro Lettres de l'Amérique: "Tuvo en París maestros particulares que le dieron lecciones de literatura, matemáticas y física; al mismo tiempo asistía a los cursos del Colegio de Francia y de las facultades. Pasó allí cerca de cinco años, siguiendo

(3) Juan María Gutiérrez: op. cit., pág. XIII

con ávido interés el movimiento literario de nuestro país. Visitaba casas distinguidas y era acogido con benevolencia por algunos de nuestros hombres eminentes ... Aquella peregrinación de estudio, aquella residencia en Francia, han quedado profundamente grabadas en su memoria y las recuerda con dulce melancolía " (4).

Indudablemente, fue, Echeverría en gran medida, maestro de sus amigos de la "Asociación de Mayo". En este sentido, el testimonio de Alberdi es importante: "Por Echeverría, que se había educado en Francia durante la Restauración tuve las primeras noticias de Terminier, de Villemain, de Victor Hugo, de A. Dumas, de Lamartine, de Byron y de todo lo que entonces se llamó romanticismo, en oposición a la vieja escuela clásica. Yo había estudiado filosofía en la Universidad de Condillac y Locke. Me habían absorbido por años las lecturas libres de Helvecio, de Cabanis, de Holbach, de Bentham, de Rousseau. A Echeverría debí la evolución que se operó en mi espíritu con las lecturas de V. Cousin, Villemain, Chateaubriand, Jouffroy y todos los eclécticos precedentes de Alemania en favor de lo que se llamó el espiritualismo" (5).

Sin duda, debe haber leído a casi todos los filósofos en boga y debe haberse impregnado de las ideas del romanticismo que vivía su momento de mayores manifestaciones en la época en que residía Echeverría en Francia. Y esa debe haber sido su principal formación. Ante la imposibilidad de realizar estudios sistemáticos, debió estudiar por su cuenta y debió recibir la influencia

(4) Citado por Rafael Alberto Arrieta: Esteban Echeverría y el romanticismo en el Río de la Plata. En: Historia de la literatura argentina dirigida por Rafael Alberto Arrieta, t. II, Bs As, 1958, págs. 23 y 24.

(5) Juan Bautista Alberdi: Mi vida privada. En: Obras Selectas, t. IV, Buenos Aires, 1920, pág. 462.

del clima y la efervescencia intelectuales que se vivían en esos momentos en Francia. Así parecen confirmarlo las siguientes afirmaciones de Gutiérrez. "Echeverría tenía predilección por el estudio de la historia; pero al llegar a Francia, conoció cuán superficial y faltos de base eran los conocimientos que en este ramo había podido adquirir en sus lecturas. Tuvo la humildad, para corregir esta insuficiencia, de resignarse como un discípulo principiante a trazar cuadros cronológicos de diferentes períodos de la historia antigua ...". "En cuanto a las ciencias políticas y a la filosofía, materias a que consagró gran parte de su residencia en Francia, no hallamos rastro de las lecciones que debió escuchar a los notables profesores de estos ramos que se distinguían en su tiempo en París " (6).

El viaje de Echeverría a Europa, cualquiera sean los estudios que allí haya realizado, tiene una gran significación para la cultura argentina. Es el paso definitivo para lograr lo que toda la generación de 1837 pretendía : conseguir la independencia intelectual de España, sacudirse el yugo de la cultura española y beber en las fuentes de la cultura que quisieron adoptar: la francesa. Por otro lado, fue Echeverría, indudablemente, el introductor del romanticismo en el Río de la Plata. Llevó y difundió ese tipo especial de romanticismo alejado un tanto de las actitudes nostálgicas y sentimentales pero cargado, en cambio, de una fuerte dosis de realismo social. Así lo ve el mismo Gutiérrez: "El romanticismo traía en sí, a pesar de sus pretensiones innovadoras, mucho de pasado y vetusto, y así como puso en valimiento los castillos feudales, las catedrales góticas, los trajes pintorescos y las costumbres rudas de la edad media, entró en la tarea de buscar en la índole arcádica de los idiomas vivos, palabras y formas de dicción que imprimieran al estilo la fisonomía de las edades remotas enterradas bajo las capas vivas

(6) Juan María Gutiérrez: op. cit., pág. XV

de la civilización moderna " "Fue romántico de buena ley - se refiere a Echeverría - y no aceptando el Medio día sino los instrumentos de arte, se inspiró, en el fondo, en las escuelas serias y filosóficas del Norte afiliándose bajo las inmediatas banderas de Goethe, de Schiller, de Byron ..." (7). Aún siendo discutible la filiación ideológica que Gutiérrez adjudica a Echeverría, sus palabras sirven para demostrar la adhesión de Echeverría a un romanticismo no puramente esteticista.

A principios de mayo de 1838, se concreta el retorno. Echeverría vuelve por causas ajenas a su voluntad, que lamentó pero nunca confesó. Regresa cargado de una cultura enciclopédica, quizás desordenada e incluso poco ó mal asimilada, pero de todas formas apreciable para el medio en el que debería actuar en adelante. En el regreso no deseado, le acompaña la voluntad firme de producir en el ambiente argentino una renovación estética o literaria por medio del romanticismo recién adoptado. Sus profundas preocupaciones sociales le llevarán a proponerse, luego, también una renovación en lo político y en lo ideológico.

El momento político argentino es singular. A poco de arribar Echeverría a Buenos Aires, se sancionan las "facultades extraordinarias" otorgadas a Rosas. Previamente se han suspendido las garantías individuales. El mismo Echeverría confesaría luego la profunda tristeza que esta situación le produjo. Sin embargo, el rechazo que el partido federal gobernante le produjo no le acercó al partido unitario. Ninguno de esos dos partidos, que son los que se destacan en el panorama argentino de la época, le seducen. Quiere él levantar las banderas de una nueva posición política equidistante de las dos fuerzas clásicas y que sea capaz, al mismo tiempo, de absorber lo que de positivo cada una de ellas pueda tener. A ello le impulsa el romanticismo que ha conocido en Francia. Como los románticos franceses en general, sigue una lí-

(7) Juan H. Gutiérrez: op. cit., págs. XX y XXI.

nea romántica atemperada que enlaza tradición y racionalismo. Sentimiento, experiencia y razón van a superar las antinomias históricas argentinas y la división entre unitarios y federales. Adoptará, para solucionar los problemas de su patria, los principios teóricos del romanticismo francés utilizándolos para una interpretación del pasado y el presente argentinos. Un profundo sentimiento histórico se notará en todas sus actitudes y en todas sus obras.

El desánimo que le producen el ambiente político, social y cultural del Buenos Aires de 1830 y su falta de vinculaciones con la juventud intelectual, hacen que Echeverría se repliegue en sí mismo y se dedique a elaborar sus primeras producciones poéticas que serán justamente el vehículo que le ligará definitivamente a la juventud porteña. En 1832 publicó su poema Elvira o la novia del Plata. El hecho nos interesa por dos razones: primero, porque por medio de ese poema Echeverría se da a conocer, y, segundo, porque la publicación, de inconfundible corte romántico, se produce un año antes de la de El moro expósito del duque de Rivas que suele considerarse como la primera obra de escuela romántica en España. El dato confirmaría la tesis de quienes sostienen que el romanticismo como fenómeno literario se produce antes en Argentina que en España.

En 1834 aparece Los consuelos que, según el historiador de la literatura, Rafael Alberto Arrieta, es el primer libro de versos de la literatura argentina y "breviario lírico de una generación" (8). Cartas de la época, así como comentarios de prensa, revelan el entusiasmo que la obra despertó. Se originó una verdadera ola de simpatía hacia el nuevo poeta. Con el "Salón literario" de Marcos Sastre se concreta la vinculación de Echeverría con los jóvenes como Gutiérrez y como Alberdi que seguirán considerándolo siempre como un verdadero maestro.

Las preocupaciones aparentemente literarias de Echeverría se irán trocando en verdaderamente políticas. Cuando el "Salón" es

(8) Rafael Alberto Arrieta: op. cit., pág. 42

clausurado, será Echeverría quien nucleará a los jóvenes en la "Asociación de la Joven Argentina", sociedad política y secreta al estilo de la "Joven Italia" de Mazzini. Ligada a esta sociedad surgirá la principal obra de Echeverría como pensador. Cuando redacta en veinte días el Código de la "Asociación" está en realidad escribiendo lo que luego será definitivamente el Dogma Socialista, síntesis de su pensamiento, y, en buena medida, resumen de las coincidencias políticas y sociales de todos los románticos argentinos. Las ideas que estaban en boga en París en esos momentos, las volcará sobre sus creaciones literarias y políticas e influirá, con ellas, sobre sus compañeros de generación. Señala Emilio Carilla que Echeverría "es el primero que impone - conscientemente - la escuela que ya había triunfado en Europa" (9).

Juan María Gutiérrez, al editar las Obras Completas de Echeverría, incluyó unos manuscritos que figuran como correspondientes a supuestas lecturas realizadas por el autor en el "Salón Literario". En realidad, no se sabe si llegó a pronunciarlas. De todas formas, por tratarse de un documento de 1837, nos sirve para ver la interpretación del pasado inmediato argentino que hace Echeverría y su plan para el futuro. Envueltos en una exposición ampulosa, reiterada y retórica, aparecen algunos conceptos claves que serán constantes de su pensamiento y que reaparecerán en sus obras posteriores. Analiza la primera etapa de vida independiente argentina a la que califica de "la primera, la más grande y gloriosa página de nuestra historia" y caracteriza como "hora de la espada". Pero, al mismo tiempo, formula contra esa época una denuncia implacable; reconoce que nada se había logrado en ella en cuanto a educación, a formación cultural, a organización social y política. "Hemos deducido - dice - que no tenemos ni lite-

(9) Emilio Carilla: El romanticismo en la América Hispana. Madrid, 1958, pág. 91

ratura ni filosofía; que nuestro saber político nada estable ha producido en cuanto a organización social; que nuestra legislación está informe; que de ciencias positivas apenas sabemos el nombre; que la educación del pueblo no se ha empezado; que existen muchas ideas en nuestra sociedad pero no un sistema de ideas políticas, filosóficas, artísticas; que, en suma, nuestra cultura intelectual permanece en estado embrionario, y que con nada o muy poco contamos para iniciar la grande obra de la emancipación de la inteligencia argentina" (10). Pero a esa primera etapa, gloriosa aunque con tantos aspectos negativos, sigue la segunda etapa en la que la nueva generación - la suya y la de sus amigos - debía armarse del bagaje de civilización europea necesaria y, con ese instrumento, estudiar la historia local, penetrar en la realidad de la sociedad argentina, forjar una cultura nacional y echar las bases de la futura estabilidad política.

A todo ello apuntó la aplicación que de los principios historicistas del romanticismo social quiso hacer Echeverría en el país; penetrar con ellos en el pasado, entender el presente y la causa de sus males y forjar la organización para el futuro. Poco más ó menos será éste también el programa de acción que se pondrán todos los hombres de la generación romántica.

Cuando las persecuciones de Rosas obligan a Echeverría a optar por el destierro, se dirige a Uruguay. Vivió un tiempo en Colonia y pasó luego a Montevideo. Allí estaban sus amigos Juan Bautista Alberdi y Juan María Gutiérrez. Cuando éstos se marchan a Europa en 1843, volverá a replegarse sobre sí mismo y aumentará su soledad. Echeverría se mantuvo apartado de los ambientes de unitarios expatriados sobre todo después de la agria polémica que en 1844

(10) Esteban Echeverría: Discurso de Introducción a una serie de lecturas pronunciadas en el "Salón Literario" en setiembre de 1837 y Segunda lectura. En: Obras Completas, T.V, pág. 337

mantuvo con José Rivera Indarte. Tampoco frecuentó los círculos oficiales a pesar de que, por iniciativa de Andrés Lamas, compuso para el estado uruguayo un Manual de enseñanza moral para las escuelas primarias. Por algún tiempo, el entusiasmo y la euforia por la literatura y la acción vuelven a dominarle.

De 1846 es la nueva edición del Dogma Socialista enriquecido con una Ojeada retrospectiva. También de ese año son sus intentos de resucitar la antigua "Asociación de Mayo". Al Dogma y a la "Asociación" hace mención en una carta de entonces en la que se notan las ilusiones patrióticas que le animan: "Hemos reconstruido la "Asociación" con el nombre que ustedes habrán visto. Hagan ustedes otro tanto por allá, laboreen, desparramen el libro, les mandaré cien ejemplares en la primera oportunidad"... "Se desparramarán por Buenos Aires, Corrientes Entre Ríos, y me parece que habrá quien los recoja: son bonitos de fuera" . "Alísten gente por allá, entre en nuestro plan abrir el seno de nuestra "Asociación" a todo patriota argentino, sea cual fuere su clase y condición: el que no sirve con su cabeza, sirve con su brazo. Es necesario formar un partido nuevo, un partido único y nacional, que lleve por bandera, la bandera democrática de Mayo, que nosotros hemos levantado. Es necesario trabajar en esto con decisión y perseverancia, es la única senda de salvación" (11). Nada de esto pudo ver Echeverría, murió en Montevideo el 19 de Enero de 1851.

(11) Carta de Echeverría a dos de sus amigos en Chile. En: Homenaje del Honorable Concejo Deliberante en el centenario de su fundación. Antecedentes de la Asociación de Mayo. Buenos Aires, 1939, pags 269 y 270.

II - ANÁLISIS GENERAL DEL CONTENIDO DE SUS OBRAS.

Una primera aproximación a las obras de Echeverría nos permite hacer, dentro de ellas, una gran distinción. Existen, por un lado, las obras estrictamente literarias, que comprenden tanto las poéticas, como escritos en prosa; y por otro, los ensayos, casi todos de carácter político, pero con una buena dosis de elementos históricos.

Por el carácter de nuestro trabajo, nos limitaremos a mencionar las obras literarias y, entre ellas, analizaremos oportunamente aquellas que contienen un trasfondo histórico o que, en alguna medida, encierran una explicación de la realidad argentina y de su pasado.

Como ya se ha señalado, Elvira o la novia del Plata fue el primer poema que en 1832, recientemente llegado de Europa, publicó Echeverría en Buenos Aires. Siguieron la edición del tomo de Consuelos y de las Rimas, en 1837. Dentro de estas últimas, el poema que con justicia ha tenido mayor trascendencia, es el titulado La cautiva. En los años de su exilio en Montevideo escribió Echeverría una serie de extensos poemas: Insurrección del Sud; Avellaneda; La guitarra y El ángel caído.

Cuando Gutiérrez inició la edición de las Obras Completas de Echeverría, exhumó una serie de trabajos -prosa literaria- casi todos desconocidos e incluso muchos sin terminar. Entre ellos se destacan: El matadero, cuadro costumbrista de gran valor testimonial; Peregrinaje de Gualpo, considerado por los críticos como uno de los primeros escritos de Echeverría; Cartas a un amigo, compuestas según el modelo de las novelas epistolares románticas; y una serie de páginas póstumas sobre teoría literaria y sobre arte que constituyen, más que ensayos acabados, reflexiones y notas del autor sin mayor elaboración, pero que sirven, en todo caso, para confirmar la adhesión de Echeverría a los principios literarios del romanticismo europeo que él quiso difundir en el

Río de la Plata. Estas páginas, se conocieron después de 1870, veinticinco años después de la muerte de Echeverría y suele conocérselas con el título de Estudios de lo bello en las artes y en la literatura.

Entre las obras de Echeverría que hemos denominado como de ensayos políticos con fuerte tono histórico, sin duda la que mayor trascendencia ha tenido en la historia y el pensamiento argentino, ha sido el Dogma Socialista, doblemente importante, además, si se tiene en cuenta que el libro constituye el Credo o Declaración de principios en el orden político, de toda la generación de románticos argentinos.

La historia del Dogma va unida a la de la "Asociación de la joven generación argentina". Su origen está en las quince Palabras simbólicas que Echeverría presentó a los asociados como Credo de la institución. A pedido del mismo Echeverría se designó una comisión que debía desarrollar el contenido de las Palabras. Así lo recuerda el autor en la Ojeada retrospectiva: "La Asociación resolvió por esto, a petición del que suscribe, nombrar una comisión que explicase del mismo modo más sucinto y claro las palabras simbólicas. La compusieron D. Juan B. Alberdi, D. Juan M. Gutiérrez y el que suscribe. Después de conferenciar los tres, , resolvieron los señores Gutiérrez y Alberdi ecargar al que suscribe la redacción del trabajo, , con el fin de que tuviese la uniformidad de estilo y método de exposición requerida en obras de esta clase" (12).

La redacción la realizó Echeverría durante su retiro de veinte días en el campo, pero luego fue discutida y aprobada por todos los miembros. "Con ese fin el que suscribe presentó el programa de trabajos, o mejor, de cuestiones a resolver, que fue aprobado por la Asociación. Cada miembro escogió a su arbitrio

(12) Esteban Echeverría: Edición crítica... del Dogma Socialista, pág. 47.

una o dos cuestiones y se comprometió a tratarlas y resolverlas" (13). "El examen y discusión del Dogma nos ocupó varias sesiones. Ninguna modificación sustancial se hizo en él, y sólo se eliminaron dos o tres frases" (14). En definitiva, se trata de un trabajo de exclusiva obra de Echeverría, a excepción del desarrollo de la última Palabra simbólica, que realizó Alberdi. Al margen de ello, por los testimonios del autor y de sus cofrades, podemos afirmar que, además, tuvo el Dogma el carácter de verdadero ideario político de todo el grupo.

Juan Bautista Alberdi, al dirigirse a su destierro uruguayo, llevó el Código consigo y lo dio a conocer en Montevideo. De acuerdo al testimonio de Juan María Gutiérrez (15), siempre se creyó que la primera edición del Dogma era de 1838. Las investigaciones de Alberto Palcos dejaron definitivamente aclarada la verdadera fecha de la publicación. "fuimos los primeros -dice este autor- en evidenciar el error: se publicó en el número del 1 de enero de 1839 pero que aparece unos días más tarde" (16). El número a que hace referencia Palcos es el último del periódico "El Iniciador" de Montevideo en el que Alberdi insertó lo que llamaría Código o declaración de principios que constituyen la creencia social de la República Argentina, que es el mismo título que llevaría en la segunda edición. Esta última, se insertó también en otro periódico: "El Nacional" de Montevideo y apareció fraccionada en diferentes números comprendidos entre febrero

(13) Esteban Echeverría: Edición crítica... del Dogma Socialista, pág. 47.

(14) Ibidem, pág. 59.

(15) Juan María Gutiérrez: op. cit., pág. XVIII.

(16) Alberto Palcos: Prólogo a Edición crítica... del Dogma Socialista, pág. XIII.

y marzo de 1839.

Las primeras ediciones del Credo se reducían a un total de veinte páginas que constituían, más que nada, una mera enunciación de propósitos. La edición completa y corregida será la tercera, que preparó Echeverría en 1846 y que, por vez primera, sale en forma de volumen. Después de una dedicatoria a los "mártires sublimes" que ya habían caído en la lucha contra Rosas, como Marco Avellaneda, Rufino Varela, Berón de Astrada, el general Lavalle, etc., incluyó verdaderamente novedoso de la edición: una especie de complemento histórico-explicativo del Código con una verdadera historia del desarrollo cultural rioplatense en los últimos años y que designa como Ojeada retrospectiva. Es la parte introductoria que duplica en número de páginas al texto mismo que sigue a continuación y que está constituido por el desarrollo de las Palabras simbólicas con algunas correcciones y agregados. El título de esta tercera edición fue: Dogma Socialista de la Asociación de Mayo precedido de una ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37. Por Esteban Echeverría (17). A partir de entonces la obra dejará de ser el Credo o Código para convertirse definitivamente en el Dogma Socialista.

Echeverría mandó numerosos ejemplares a sus amigos Alberdi y Juan María Gutiérrez para que difundieran la obra en Chile. También decidió mandarle uno al gobernador de Entre Ríos, general Justo José de Urquiza. Especial significación tienen algunos párrafos de la carta con que lo acompañó: "Verá V.E. por el texto de ella que el objeto principal que nos proponemos, que anhelamos, es la fraternidad de todos los hijos de nuestra tierra por medio de un dogma social común. Ese dogma es el dogma de Mayo; es decir, el dogma de la patria... Nosotros no somos ni unitarios ni federales, porque creemos que unos y otros han compren-

(17) Imprenta de "El Nacional", Montevideo, 1847.

dido mal el pensamiento de Mayo o lo han echado en olvido..." Después de enumerarle los fines de la "asociación de Mayo", le hace una verdadera exhortación: "Nos asiste el convencimiento de que nadie en la República Argentina está en situación más ventajosa que V.E. para ponerse al frente de ese Partido Nacional y para promover con suceso la fraternidad de todos los argentinos y la pacificación de nuestra tierra. Esa gloria es envidiable, y si V.E. la conquista merecerá, sin duda el título de primer Grande Hombre de la República Argentina" (18). Pocos años más tarde, Urquiza dirigía el movimiento que derrocaba al gobierno del general Juan Manuel de Rosas.

Antes de ver el contenido del Dogma Socialista, creemos necesario aclarar el verdadero significado del título, que tantas confusiones ha suscitado, sobre todo a partir de las críticas de Paul Groussac (19). Critica primero Groussac, y creemos que con cierta dosis de acierto, la palabra "dogma" que da una idea contraria a toda actitud política realista y científica. Quizá, esto pueda disculparse a Echeverría ya que la palabra "dogma" fue muy usada por los pensadores saint-simonianos para quienes tuvo la significación de "Principio" o de "axioma" tanto político como sociológico. Mayor escándalo ha provocado el adjetivo "socialista". Groussac cree contradictorio que Echeverría, a quien se considera como uno de los apóstoles de la libertad en América, postulara un socialismo que, en definitiva, sería la anulación de los derechos individuales por medio del estado. En realidad, Groussac critica a Echeverría desde su perspectiva de 1882 -fecha en que escribió el ensayo crítico que sería posteriormente

(18) Citada por José P. Barreiro: Visión política y social de Echeverría. En: El espíritu de Mayo. Buenos Aires, 1955, págs. 306 y 307.

(19) Paul Groussac: Esteban Echeverría, el "Dogma Socialista" y la Asociación de Mayo. Buenos Aires, 1897.

publicado- y con todo el horror que le producía el marxismo en plena difusión. En rigor, Echeverría no podía conocer, al escribir el Dogma, la doctrina de Marx. Para Echeverría, como para Leroux, "socialista" era lo contrario de "individualista". Seguramente, socialista debía significar, para él, "social", palabra esta que hubiera resultado más eficaz y menos confusa. Por otro lado, no tiene la menor connotación internacionalista ni refleja ninguna actitud de defensa del mundo del proletariado ni de lucha de clases. Más bien, como indica Ricardo Rojas, el término tal como lo usa Echeverría, es asimilable al concepto de "fraternidad" del humanismo cristiano (20).

El Dogma socialista consta de dos partes perfectamente diferenciadas: una parte doctrinaria que es el Dogma propiamente dicho y que corresponde a la primera edición, y la otra, introductoria, explicativa y crítica que es la Ojeada retrospectiva de 1846.

A pesar de que Ojeada es posterior al texto mismo del Dogma, cumple la función del prólogo al mismo. Es necesario, pues, considerar su contenido en primer lugar. Echeverría, en carta a Juan María Gutiérrez fechada el 24 de diciembre de 1844 en Montevideo, explica cuál es la intención de ese texto: "Voy a ocuparme pronto de una ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 30 en adelante. Precisamos inventariar lo hecho para saber dónde estamos y quiénes han sido los operarios. No creo haya otros nombres que los de nuestra gente. Veremos qué dirá la otra. Se quedará con la boca abierta. Pondré enseguida el código (revisto, corregido y aumentado) porque es el resumen de nuestra síntesis socialista" (21).

El contenido de la Ojeada, aunque sintético, supera las preten-

(20) Ricardo Rojas: op. cit., pág. 296.

(21) Carta de Esteban Echeverría a Juan María Gutiérrez. En: Homenaje del Honorable..., pág. 271.

siones primeras para constituirse en un verdadero ensayo de historia constitucional, política y hasta cultural. El objetivo es colocar al Código dentro de su momento histórico y de su marco político e institucional. Al hacerlo, Echeverría se convierte en el primer historiador de la "Asociación de Mayo". Expone cómo los jóvenes de su generación decidieron mantenerse apartados de los partidos tradicionales, pues a pesar de reconocerle a ambos aspectos positivos, consideraban que cada uno de ellos captaba solamente un aspecto de la realidad nacional y daba, por lo tanto una visión parcializada de la misma. Ellos quieren superar las antinomias y promover la transformación del país. Habla de la incompreensión hacia esta política de los dos grupos tradicionales y de las persecuciones por parte de Rosas. Explica, además, cómo se organizó la "Asociación" y cómo, a través de algunos afiliados, fueron surgiendo las filiales de San Juan, Córdoba, Tucumán y Chile. Dedicó párrafos encomiásticos a los miembros, sobre todo a los que luchaban en el destierro y da una síntesis de lo que cada uno hizo, de sus obras literarias y demás creaciones intelectuales hasta ese momento. Las obras de Mitre, Alberdi, Gutiérrez, Sarmiento, Vicente Fidel López, Luis Domínguez, Félix Frías y demás asociados, son señaladas y, a veces, acompañadas de algún juicio crítico. Especialmente importantes nos parecen los párrafos dedicados a Alberdi y a Domingo Faustino Sarmiento. A pesar de no compartir las posiciones ideológicas de los unitarios, los reconoce el heroísmo de su lucha contra Rosas y tiene emocionados recuerdos para Florencio Varela, José Mármol e incluso para Rivera Indarte, que había muerto hacía poco tiempo y con quien había mantenido una dura controversia.

José Ingenieros (22), marca algunas evoluciones o variantes

(22) José Ingenieros: El pensamiento sociológico de Echeverría.

En: Sociología Argentina. Buenos Aires, 1918, págs. 303-333.

que se notan en el Echeverría de 1846, el de la Ojeada, con respecto al Echeverría del Credo de 1838. En 1846 Echeverría ha evolucionado hacia un crudo antirrosismo, cosa que no era así en la época del Credo; además, su cristianismo de tipo liberal se ha tornado en decididamente anticlerical y su pensamiento se ha teñido de un matiz más nacionalista al desprenderse un tanto del exceso de mención de autoridades y doctrinas europeas. Incluso, dentro de éstas, la influencia más marcada, que era en el Credo la de Lamennais, se ha cambiado, en 1846, por la de Leroux.

El texto del Dogma se estructura en la explicación de las quince Palabras simbólicas, que son en realidad los quince principios que constituían el programa político de la nueva generación. Las que él llama palabras simbólicas son: "1º: Asociación. 2º: Progreso. 3º: Fraternidad. 4º: Igualdad. 5º: Libertad. 6º: Dios, centro y periferia de nuestra existencia. 7º: El honor y el sacrificio, móvil y norma de nuestra conducta social. 8º: Adopción de todas las glorias legítimas, tanto individuales como colectivas de la revolución; menosprecio de toda reputación usurpada e ilegítima. 9º: Continuación de todas las tradiciones progresivas de la Revolución de Mayo. 10º: Independencia de las tradiciones retrógradas que nos subordinaron al antiguo régimen. 11º: Emancipación del espíritu americano. 12º: Organización de la patria sobre la base democrática. 13º: Confraternidad de principios. 14º: Fusión de todas las doctrinas progresivas en un centro unitario. 15º: Abnegación de las simpatías que puedan ligarnos a las dos grandes facciones que se han disputado el poderío durante la revolución" (23).

Es indudable que, para resolver los problemas del país, ha apelado Echeverría a una serie de palabras, conceptos y confusas abstracciones que tomó de los autores europeos en boga y que no siempre fueron sometidos a un claro proceso de comprensión y

(23) Esteban Echeverría: Edición crítica...del Dogma Socialista, pág. 47.

sistematización. Quizá él mismo, al escribir la Ojeada de 1846, se dio cuenta de esto ya que en ella señala así los objetivos del Dogma: "El punto de arranque, como decíamos entonces, para el deslinde de estas cuestiones debe ser nuestras leyes, nuestras costumbres, nuestro estado social; determinar primero lo que somos, y aplicando los principios, buscar lo que debemos ser, hacia qué puntos debemos gradualmente encaminarnos. Mostrar enseguida la práctica de las naciones cultas cuyo estado social sea más análogo al nuestro y confrontar siempre los hechos, con la teoría o la doctrina de los publicistas más adelantados. No salir del terreno práctico, no perderse en abstracciones; tener siempre clavado el ojo de la inteligencia en las entrañas de nuestra sociedad" (24).

De las Palabras simbólicas, las cinco primeras son las que definen los principios que constituyen el ideario de la juventud romántica y liberal de la Europa del primer tercio del siglo XIX y las que revelan lo que Palcos llama "la atmósfera del siglo" (25). Las siguientes palabras traen mayores connotaciones locales; en ellas se manifiesta en mayor grado esa necesidad de abandonar las disgresiones abstractas para ocuparse de los problemas argentinos. Mucho más que los aspectos ideológicos o de filosofía política general, nos interesan los que hacen a una visión de la historia argentina que las Palabras encierran, y a su proyecto político para el futuro del país, que serán analizados en los temas siguientes de este capítulo.

Un aspecto controvertido para los críticos que se han ocupado de la historia del pensamiento argentino, ha sido establecer la filiación europea de la obra de Echeverría; el grado de su

(24) E. Echeverría: Edición crítica del Dogma Socialista, pág. 49.

(25) Alberto Palcos: op. cit., pág. XXIX.

dependencia y la discriminación de las fuentes y autores que en ella han incidido. El Dogma Socialista se presta para estas disquisiciones. En alguna medida se podría decir de él que es una antología de frases y conceptos que tenían vigencia en el pensamiento de la Europa de la época. La labor del crítico se ve además dificultada pues, en la mayoría de los casos, Echeverría repite a sus maestros sin el correspondiente entrecomillado y sin hacer las citas pertinentes.

Con respecto a este problema, las posiciones varían desde la negación absoluta de la originalidad de Echeverría en el Dogma, hasta la de los que, por el contrario, se obstinan en reconocer solamente las normales influencias que es frecuente encontrar en toda obra de especulación política y afirman, por lo tanto, su total originalidad. Señalaremos los criterios de los críticos más caracterizados.

Fue Paul Groussac, en el ensayo ya mencionado, el primero que, al plantearse el problema de la filiación del Dogma, ve en éste, una mala copia de autores extranjeros. Groussac es uno de los más talentosos críticos de la literatura y el pensamiento argentinos, por ello, su opinión reviste particular interés. Para él, Echeverría necesitaba permanentemente ser discípulo de alguien sin llegar nunca a un grado decoroso de originalidad, al punto que es imposible sacar del Dogma lo que pertenece a Le roux, Lerminier, Mazzini y otros, pues sólo nos quedarían las "alusiones locales y los solecismos". Contra la opinión de Groussac han reaccionado muchos autores quienes, en muchos de los casos, movidos más por sentimientos patrióticos que por razones de rigor intelectual, han considerado el juicio de Groussac como una auténtica herejía. Así, Abel Chaneton (26), niega que el Dogma dependa del pensamiento de autores extranjeros, y afirma

(26) Abel Chaneton: Retorno a Echeverría, Buenos Aires, 1944.

algo que, a nuestro juicio, es insostenible: que si bien existen influencias como la de Leroux o Mazzini, las mismas no constituyen la sustancia del pensamiento echeverriano y, por el contrario, se trata de influencias superficiales o, en algunos casos, de meras coincidencias externas.

José Ingenieros, sin llegar a los duros juicios de Groussac, reconoce que hay que buscar "en las doctrinas europeas de su tiempo los orígenes del pensamiento de Echeverría" (27). Asimismo señala que Echeverría no se inspira en las fuentes primitivas, sino en versiones de segunda mano: el pensamiento le llega -según él- a través de los fisiócratas españoles y el saint-simonismo que impregna al Dogma, no lo recibe de Saint-Simon, directamente, sino de Leroux: "Sin haber leído a Leroux -dicen- no pueden juzgarse las doctrinas sociales de Echeverría". A pesar de todo, reconoce Ingenieros cierta originalidad en Echeverría que consiste "en haber adaptado esas corrientes ideológicas europeas a los problemas argentinos, interpretando nuestra historia, definiendo nuestras cuestiones sociales, señalando la necesidad de estudiar las bases económicas de nuestra propia constitución nacional" (28).

Alberto Palcos, en el exhaustivo prólogo a la edición crítica del Dogma Socialista y del que hemos hecho reiteradas referencias, defiende su originalidad y afirma que, si bien los influjos extranjeros son evidentes, el texto sobrevive porque entraña y sintetiza los anhelos y los sentimientos argentinos. Adjudica el exceso de citas a alardes juveniles comprensibles y llega aún a disculpar la falta de las correspondientes referencias de muchas de las frases ajenas utilizadas. Palcos habla de "inspiraciones" para designar las influencias foráneas a las

(27) José Ingenieros: op. cit., pág. 331.

(28) Ibidem

que agrupa, además, en cuatro corrientes.

La primera, es de carácter cristiano-liberal y tiene su origen en Lamennais con algunos elementos tomados del saint-simonismo, en menor grado. El cristianismo del Código sostiene la libertad de cultos y se opone a todo tipo de opresión o privilegios.

La segunda inspiración proviene de Mazzini y por ella se carga el Dogma de fervor republicano y democrático. Las numerosas citas de la "Joven Europa", aún muchas no consignadas, así lo confirman. Palcos reconoce en Echeverría una mayor disposición a la especulación intelectual: "Mazzini es más acción que pensamiento. Echeverría más pensamiento que acción" (29).

La tercera influencia foránea es la del socialismo de Saint-Simon: "En cuanto se adivinan huellas socialistas en el Código, nacen del socialismo utópico de Saint-Simon" (30), aunque se trata de un Saint-Simon no bebido en sus propias fuentes sino a través, fundamentalmente, de Pedro Leroux. Esta influencia es inconfundible en algunas Palabras simbólicas, como la de "igualdad". De todas formas, el socialismo de Echeverría, es menos utópico que el de los franceses y a pesar de ser más vago en cuanto a su definición, está más descargado de matices utópicos. En realidad, este socialismo aplicado a la realidad argentina, consiste en considerar a la sociedad como conjunto orgánico y solidario y como un instrumento para paliar los abusos del individualismo. Dentro de esta influencia "socialista" hay que contar también con Considerant, a quien Echeverría menciona en el Código. Cuando Considerant publica su Manifiesto en 1843, Gervasio Posadas (h), que estaba en París, encontró tales semejanzas con el Dogma Socialista, que creyó ver un verdadero plagio. Dada la influencia de la obra de Considerant sobre el Manifiesto de Marx y Engels, ha ha-

(29) Alberto Palcos: op. cit., pág. XLI.

(30) Ibidem, pág. XLII.

bido autores que no han dejado de señalar de esa forma que el Dogma de Echeverría sería una de las fuentes indirectas de la obra de Marx. Por supuesto se trata de aquellos autores, argentinos naturalmente, que juzgan a la obra echeverriana más por motivos patrióticos y de simpatía hacia el autor que por criterios críticos valedores. Nos parece absolutamente imposible que la obra argentina, de escasísima difusión fuera del país, en Europa sobre todo, donde la ruptura de los americanos con la literatura española les había hecho perder la principal vía de acceso, fuera conocida y mucho menos copiada por autores franceses de cierta importancia. La tesis tiene sólo un valor anecdótico, pero, repetimos, es totalmente insostenible desde una perspectiva rigurosa.

La cuarta "inspiración" que Palcos reconoce en el Dogma no es ya foránea sino local ya que proviene del pasado argentino y de la carga de tradiciones locales. Según esto, el paisaje histórico y social argentino pesaría en Echeverría y lo llevaría a adaptar, a dar la versión local de todas las influencias anteriores.

Para Raúl Orgaz (31), existen las influencias de los autores europeos que se han mencionado. Pero tres son los de mayor importancia: Leroux, discípulo de Saint-Simon; Mazzini y Lamennais, aunque no siempre sean mencionados: "La ansiedad de Echeverría por las novedades le llevó a repetir las ideas y a veces las expresiones, sin que en los textos transcriptos figuren las indicaciones de origen" (32). Aún va más lejos: "Como se ve algunos conceptos del Dogma son verdaderas traducciones". Creemos que no está desacertado Orgaz cuando afirma que "la fama de Echeverría piadosamente embalsamada por Gutiérrez y Alberdi, empieza a alte

(31) Raúl Orgaz: Echeverría y el saintsimonismo. En: Sociología Argentina. Córdoba, 1950.

(32) Ibidem, pág. 147.

rarse para la crítica contemporánea" (33). Por supuesto que los pecados del Dogma no invalidan la trascendencia que tuvo en la evolución de las ideas, políticas sobre todo, en Argentina y tampoco invalidan la importancia de su autor como jefe de un movimiento liberal que tanta vigencia tendría en el país. Prácticamente las ideas o principios políticos cuya difusión inició Echeverría, rigieron en la Argentina hasta el advenimiento del peronismo en 1945.

Después de la edición que de las Obras Completas de Echeverría realizó Juan María Gutiérrez, comenzó el verdadero estudio y la difusión de sus ideas. El punto de partida fue el curso de quince lecciones correspondientes a las quince Palabras simbólicas que el pensador católico y liberal José Manuel de Estrada dio en Buenos Aires y que reunió luego en un volumen (34). A partir de entonces el Dogma ha sido estudiado, analizado y expuesto en gran número de publicaciones. Como ya hemos indicado, los prejuicios patrióticos han hecho que los análisis críticos y serenos no sean los más abundantes. Cualquiera sea el juicio que la obra suscite -los puntos vulnerables son muchos- es indudable que constituyó, junto con el Facundo de Sarmiento y las Bases de Alberdi, el núcleo del sistema de ideas que llevaron a la Argentina a su organización nacional después de la caída de Rosas.

En 1847 publica Echeverría sus Cartas a de Angelis en respuesta a los ataques que la prensa rosista le hizo por boca de Pedro de Angelis. Ricardo Rojas, con muy buen criterio, las incluyó en la edición que hizo del Dogma Socialista. Para él, las Cartas constituyen la defensa del Dogma, por lo que serían de, de hecho, la tercera parte del mismo después de la Ojeada y de las Palabras Sim-

(34) José Manuel de Estrada: La política liberal bajo la tiranía de Rosas. Buenos Aires, 1873.

bólicas. Similar criterio adopta Alberto Palcos. Para él, "el pensamiento del Dogma se desenvuelve en tres tiempos: primero, en el Código; luego, en la Ojeada; finalmente en esta réplica" (35).

El juicio crítico de de Angelis apareció en el número 32 del "Archivo Americano" del 28 de enero de 1847 en castellano, francés o inglés. El artículo es, en general, combativo e insultante; caracterizó con sarcasmo a Echeverría y a sus amigos de la "Asociación de Mayo": "El plantel de este club de revoltosos se compone de unos cuantos estudiantes de derecho, inquietos, presumidos, holgazanes, y muy aficionados a la literatura romántica. Sin más nociones que las que se adquieren en un aula y solamente por haber leído novelas de Hugo y dramas de Dumas, se consideraban capaces de dar una dirección nueva a las ideas, a las costumbres y hasta a los destinos de su patria. Con aquel tono dogmático, tan propio de la ignorancia, abordaban las cuestiones más arduas de la organización social"... "cuánto había de ridículo en querer convertir a los argentinos en una sociedad de sansimonianos; en someter una república, fundada en los principios generales de la organización moderna de los estados, a los delirios de Fourier o Considerant" (36). A pesar de lo exagerado y virulento del juicio de de Angelis, no hay duda de que puso de manifiesto muchas de las contradicciones e inconsistencias del Dogma.

De las dos Cartas con querespondió Echeverría, la primera es de escaso interés ya que responde con similar tono al del italiano y se limita a contraatacar y a negar las acusaciones de tipo personal e ideológico. "¿Dónde, en qué página de mi libro ha po-

(35) Alberto Palcos: op. cit., pág. LXXXIX.

(36) Pedro de Angelis: Dogma Socialista de la Asociación de Mayo. Juicio de este libelo. En: Edición crítica...del Dogma Socialista, págs. 368-372.

dido hallar ustedes rastros de la doctrina de Fourier, S. Simon, Considérant y Enfantin?" (37). Aún la crítica más ligera podría desmentir esta afirmación implícita de Echeverría. Sin reconocer su romanticismo, hace una defensa del mismo y señala los momentos o etapas de su evolución. La segunda Carta es la de mayor interés. No se limita a ser solamente virulenta. Hace una defensa doctrinaria de su obra y da una visión histórico-crítica de los problemas argentinos.

En el tema anterior hemos mencionado los trabajos que como Lecturas en el Salón incluyó Gutiérrez en las Obras Completas de Echeverría. De ellas, creemos con José Ingenieros (438), que la llamada Segunda Lectura no puede ser anterior al Doctrina Socialista. El estilo, la madurez de criterios, el realismo desprovisto de la excesiva retórica que en aquella época usaba Echeverría, parecen demostrarlo. Es un pequeño tratado que encierra el pensamiento económico del autor y es considerado como trabajo inicial de la sociología en Argentina. Considera Echeverría que los elementos que producen la civilización de los pueblos son: el elemento industrial, el científico, el religioso, el político, el artístico y el filosófico. En este escrito se ocupa del primero, o sea del económico. Al hablar de los factores económicos, examina el estado en que se encontraban las industrias, los campos, la ganadería, las riquezas. Formula un verdadero plan económico a aplicar en el país y lo basa, fundamentalmente, en el progreso de la economía rural y en el aprovechamiento de todas las posibilidades de las vastas llanuras. En alguna medida, el ensayo implica una interpretación económica, más que de la historia ar

(37) Esteban Echeverría: Cartas a de Angelis. En: Obras Completas, t. IV, págs. 229-326.

(38) José Ingenieros: op. cit., págs. 321-322.

gentina, como ha dicho Levene (39), de la realidad argentina de su época. Ve claramente las necesidades de la sociedad y reflexiona sobre los medios eficaces para forjar la grandeza económica de la Argentina futura.

Durante su exilio en Montevideo, Echagüe va manifestando su pensamiento a través de una serie de trabajos, breves casi todos, que en alguna medida encierran algún valor historiográfico. Si bien los que hacen a su visión de la historia argentina serán analizados oportunamente, indicaremos ahora los más importantes y señalaremos el contenido general de cada uno.

Cuando se produce la revolución francesa de 1848, Echagüe, emocionado, envía un artículo a "El Conservador" de Montevideo como anticipo de un trabajo de mayor extensión y profundidad que no llegó a escribir. A pesar del carácter periodístico del trabajo que tituló la revolución de febrero en Francia, tiene especial interés por cuanto desarrolla algunas ideas que permiten penetrar en lo que podríamos llamar su pensamiento histórico. Convencido de la uniformidad de los hechos históricos, interpreta el fenómeno revolucionario francés desde las perspectivas de los ideales americanos. Descuenta que la revolución que se había producido en Francia tendría gran influencia sobre los países de Hispanoamérica: "En cuanto a nosotros, americanos, no podemos ni queremos considerar ese grande acontecimiento, sino de un punto de vista americano, es decir, con relación a la influencia más o menos remota que inevitablemente ejercerá sobre la sociabilidad y los destinos de la América del Sud". "En el estado actual de los pueblos cristianos es imposible que una revolución política o social sucedida en el seno de cualquier grande sociedad europea, no afecte o conmueva más o menos el pensamiento individual y la sociabilidad de los

(39) Ricardo Levene: Historia de las ideas sociales argentinas, Buenos Aires, 1947.

otros pueblos..." (40).

A partir de la premisa del paralelismo histórico, traza un cuadro comparativo entre la revolución francesa de 1789 y la revolución argentina de mayo de 1810; y entre la de 1848 y la que ellos -los hombres de la generación romántica- propiciaban en la República Argentina. A pesar de que el paralelismo resulta forzado, dadas las circunstancias absolutamente diferentes, hay que reconocer que este ensayo es uno de aquellos en los que Echeverría razona con mayor coherencia. Al analizar lo ocurrido en Francia, parte de la hipótesis de que detrás de todo gran movimiento social o político, hay una filosofía que lo sustenta. El enciclopedismo del siglo XVIII produjo la revolución de 1789; la de febrero es consecuencia de la nueva filosofía política del siglo XIX. Esta afirmación le sirve de excusa para hacer el elogio de los nuevos "apóstoles" del progreso: Saint-Simon y su discípulo Leroux, de quien hace una detenida exposición, en cuanto a pensamiento y obras.

Para el acto con el que el "Instituto Nacional" de Montevideo festejó el aniversario de la revolución de Mayo de 1810, Echeverría preparó un trabajo que no leyó en ese momento, pero que publicó poco después: Mayo y la enseñanza popular en el Plata. Partiendo de su preocupación por la educación del pueblo, va a llegar a una verdadera interpretación de la historia argentina y de la revolución, en cuyas tradiciones consideraba que debía basarse la enseñanza.

Volveré sobre el último tema cuando, en 1844, Andrés Bamas le encarga la confección de un manual de enseñanza para escuelas primarias del Uruguay. Echeverría aceptó el encargo con gran entusiasmo y escribió su Manual de enseñanza moral para las escuelas primarias del Estado Oriental. En la parte cuarta de la obra, al ha-

(40) Estaban Echeverría: Revolución de febrero en Francia. En: Obras Completas, t. IV, pág. 433.

blar de los deberes para con la patria, desarrolla el tema de la educación y la salvación por la historia. Retomando la idea del ensayo anterior, parte de la tradición de Mayo, en cuyos principios debía educarse a la infancia y a la juventud y única tradición legítima para los países del Plata.

Otro trabajo de interés desde el punto de vista histórico es: Antecedentes y primeros pasos de la Revolución de Mayo, interpretación del proceso revolucionario que pensaba incluir en un ensayo en el que estudiaría, con profundidad, todas las facetas del fenómeno y del que ya había adelantado el título: La democracia en el Plata. Fue otro de los proyectos que Echagüe no pudo cumplir y en el que hubiera podido completar su pensamiento acerca de la historia nacional.

III - VISION DEL PASADO ARGENTINO EN LA OBRA DE ESTEBAN ECHEVERRIA.

Echeverría no fue, en rigor, un historiador, puesto que al ocuparse del pasado, no consideró la total complejidad de factores que inciden en los hechos históricos y no estableció, con respecto a éstos, el necesario encadenamiento de causas y efectos. Tampoco investigó ni trabajó sobre documentos. Sin embargo, toda su obra está dominada por un sentimiento histórico y hay en ella una preocupación permanente por el pasado, por entenderlo y por encontrar en él las causas de las circunstancias de la época. Podemos asegurar, por ello, que Echeverría es de los primeros que llegan a una visión general de la historia argentina, visión que ha constituido la interpretación liberal erigida en versión oficial, durante años, del pasado nacional.

Si bien toda la obra echeverriana está impregnada del historicismo característico del autor, es en algunos trabajos específicos que se nota una preocupación más concreta por desentrañar e interpretar el pasado argentino. Ellos son, además del Dogma Socialista, en la que lo histórico sirve siempre de soporte a lo político, Antecedentes y primeros pasos de la Revolución de Mayo; Mayo y la enseñanza popular en el Plata; la segunda de las Cartas a de Angelis; y el ya analizado La revolución de febrero en Francia.

Para llegar a una interpretación de la historia argentina, Echeverría, que como ya dijimos no fue un historiador, y que intentó, más bien, una reflexión general sobre el pasado, parte necesariamente de ciertos presupuestos o ideas generales sobre el devenir histórico general. No queremos afirmar con ello que el autor parta de una filosofía de la historia coherente y sistemática; por el contrario, estuvo muy lejos de ello, aunque sí adoptó ciertos principios históricos generalmente provenientes de la filosofía de la época, marcada en mayor o menor medida por

el romanticismo, y también por algunas ideas del iluminismo que habían tenido vigencia en Buenos Aires durante la época de Rivadavia y aún subsistían de alguna manera.

Los conceptos fundamentales que maneja Echeverría en cuanto a filosofía de la historia provienen, en forma inconfundible, de Herder. Es evidente la influencia del historicismo de Herder que, desarrollado en también una filosofía para la historia de la humanidad (1774) e Ideas para una filosofía de la historia para la humanidad (1784-1791) y que absorbe, a su vez, la influencia de Vico y Montesquieu. No es seguro que Echeverría conociera directamente las obras de Herder. Sí es probable que le llegaran a través de toda la literatura romántica y, sobre todo, a través de Leroux y Saint-Simon, y probablemente también a través de Cousin, Quinet y Lerminier.

Lo original en el pensamiento histórico de Echeverría es haber aprovechado esos conceptos románticos y herderianos, no por una mera especulación intelectual, sino para aplicarlos a la realidad argentina. Hay en él una actitud claramente pragmática, como lo ve acertadamente Plácido Horas: "...lo distintivo de Echeverría es que no se sometió a esas obras para construir su explicación sistemática de la historia argentina, sino que sus reflexiones -dependientes directa o indirectamente de Herder- le sirvieron pragmáticamente para penetrar en el pasado nativo y preparar los elementos imprescindibles para la organización del porvenir" (41). El pragmatismo de Echeverría le lleva a seguir confiando en los ejemplos de la historia que para él seguía siendo maestra de la vida.

La base del pensamiento histórico de Echeverría está en la

(41) Plácido Alberto Horas: Esteban Echeverría y la filosofía política de la generación de 1837, Universidad Nacional de Cuyo, San Luis, 1950, pág. 9.

idea de progreso, que si bien es de origen iluminista, la interpretó con un criterio romántico. Reconoció la existencia de una ley general del progreso, pero "cada pueblo, cada sociedad, tiene sus leyes o condiciones peculiares de existencia, que resultan de sus costumbres, de su historia, de su estado social, de sus necesidades físicas, intelectuales y morales, de la naturaleza misma del suelo donde la Providencia quiso que habitase y viviese perpetuamente" (42). Para él, que como buen romántico funda la ley en la historia, la idea exclusivamente racionalista de los hombres de la Ilustración, carece de sentido histórico. En la segunda Palabra simbólica, que titula justamente Progreso, dice: "Así como el hombre, los seres orgánicos, y la naturaleza, los pueblos también están en posesión de una vida propia, cuyo desenvolvimiento continuo constituye su progreso; porque la vida no es otra cosa en todo lo creado, que el ejercicio incesante de la actividad" (43), y el progreso es, en definitiva, la actividad del pueblo de acuerdo a sus propias características, a sus propias peculiaridades. Hacer actuar al pueblo sin afinidad con sus peculiaridades es no sólo desperdiciar su acción, sino llevarlo hacia un retroceso. Ese es justamente el error de los unitarios argentinos que actuaron de acuerdo a principios iluministas. Confiaron en la razón de sus medidas y reformas y no tuvieron en cuenta la carga histórica y las particularidades argentinas. Echeverría, por el contrario, aún siendo consciente de la existencia de la ineludible ley general del progreso de la humanidad, , considera que esa ley se concreta de diversa manera en un determinado espacio y en un determinado tiempo. Ello le lleva a afirmar lo específicamente argentino. Al respecto, fija cuál

(42) Esteban Echeverría: Edición crítica... del Dogma Socialista, pág. 85.

(43) Ibidem, pág. 159.

es el comienzo histórico del progreso en América: "La América, creyendo que podía mejorar de condición se emancipó de la España: desde entonces entró en las vías del progreso" (44). La revolución de independencia, pues, marca la entrada en el progreso de los pueblos hispanoamericanos.

El afón "socialista", término que Echeverría debiera haber remplazado por "social", es permanente en él. En la primera Palabra simbólica, a la que llama sugestivamente Asociación, da un concepto histórico de sociedad: "La sociedad es un hecho estampado en las páginas de la historia, y la condición necesaria que la Providencia impuso al hombre para el libre ejercicio y pleno desarrollo de sus facultades, al darle por patrimonio el universo" (45). La sociedad tiene por objeto lograr el desarrollo de cada individuo sin que se lleguen a coartar sus derechos individuales. Es por ello que hay que organizar la sociedad de forma que no se afecten los intereses individuales y sociales y se concilien los dos elementos, respetando los derechos de uno y otro, pues "el derecho del hombre y el derecho de la asociación son igualmente legítimos" (46). El progreso personal, sólo se logrará en la sociedad, pues "sin asociación no hay progreso, o más bien, ella es la condición forzosa de toda civilización y de todo progreso" (47).

Finalmente, para completar esta enunciación de los fundamentos que instrumentalmente maneja Echeverría para aplicar conceptos de filosofía de la historia a su interpretación de la historia argentina, hay que señalar la consideración que le merece el

(44) Esteban Echeverría: Edición crítica... del Dogma Socialista, pág. 160.

(45) Ibidem, pág. 153.

(46) Ibidem, pág. 154.

(47) Ibidem.

"grande hombre", el personaje representativo, en el desarrollo histórico. Dice al respecto Echeverría: "Grande hombre es aquel que, conociendo las necesidades de su tiempo, de su siglo, de su país, y confiando en su fortaleza, se adelanta a satisfacerlas; y a fuerza de tesón y sacrificios, se labra con la espada o la pluma, el pensamiento o la acción, un trono en el corazón de sus conciudadanos o de la humanidad (48). Antes de la publicación de El culto de los héroes de Carlyle, Echeverría ya manifestaba el valor que, para la historia de los pueblos, representan las grandes individualidades: "La gloria de sus grandes hombres, es el patrimonio más querido de las naciones, porque ella representa toda su ilustración y progreso, toda su riqueza intelectual y material, toda su civilización y poderío" (49).

Cuando Echeverría se enfrenta con el pasado de su país, inevitablemente debe iniciarlo con el período hispánico o colonial. Sin embargo, no se demora en ningún análisis general o parcial de los tantos aspectos de la administración española. Se limita a enjuiciar a todo lo hispánico como bárbaro. Una de las Palabras simbólicas especialmente, la décima, titulada Independencia de las tradiciones retrógradas que nos subordinan al antiguo régimen, le sirve para manifestar su agresividad e hispanofobia totalmente inadecuadas para el momento que el país estaba ya vi-

viendo.

Al hacer una interpretación de las revoluciones, dice: "Dos legados funestos de la España traban principalmente el movimiento progresivo de la revolución americana: sus costumbres y su legislación" (50). Ello responde al esquema de que "Dos ideas

(48) Esteban Echeverría: Edición crítica... del Dogma Socialista, pág. 178.

(49) Ibidem, pág. 180.

(50) Ibidem, pág. 180.

aparecen siempre en el teatro de las revoluciones: la idea estacionaria que quiere el statu-quo, y se atiene a las tradiciones del pasado, y la idea reformadora y progresiva; el régimen antiguo y el espíritu moderno" (51). Por supuesto, la idea estacionaria que detiene el progreso revolucionario es la supervivencia de las tradiciones hispánicas. Es necesario terminar con ellas: "Los brazos de España no nos oprimen, pero sus tradiciones nos abrumen" (52).

En Antecedentes y primeros pasos de la Revolución de Mayo, analiza la situación de España en la época de la revolución americana y llega a la conclusión de que era la nación más atrasada de Europa, y al serlo, nada podía dar a las naciones americanas en cuanto a arte, ciencias, cultura en general. Si los pueblos americanos estaban preparados para realizar su revolución, ello no se debía a lo que habían recibido de España, sino a la difusión de los enciclopedistas. La revolución fue obra de una minoría intelectual, imbuída de ideas que no eran de origen español, sino francés. Montesquieu, Rousseau, la Enciclopedia, serían así los verdaderos autores de la revolución americana. A pesar de todos los factores negativos, afirma Echeverría que el pueblo argentino se encontraba en inmejorables condiciones para su emancipación.

Echeverría se propuso resolver y descubrir el verdadero sentido de la tradición argentina que, como todo romántico, cree que debe asumirse para encontrar las soluciones adecuadas al país. Pero, al rechazar y despreciar los tres siglos de tradición hispánica, con un criterio muy particular, llega a la conclusión de que la tradición argentina no es otra que la de la revo

(51) Esteban Echeverría: Edición crítica... del Dogma Socialista, pág. 187.

(52) Ibidem, pág. 193.

lución de Mayo y la de los escasos veinticinco años que desde ella habían transcurrido. En mayo nació la república y con ella, la que debía ser la línea orientadora para el país: imperio del derecho y la libertad.

El progreso, que es la ley de la historia, nace también en mayo. Era necesario, por ello esclarecer el pensamiento que lo había orientado. Esa, justamente, es la misión que Echeverría reserva a los hombres de su generación: "Era preciso desentrañar el pensamiento de Mayo, explicarlo y buscar en la fuente primitiva de nuestra historia revolucionaria, el principio de moralidad que legitimase y justificase la lucha actual y nuestra larga guerra civil, principio de moralidad que resulta de la colisión necesaria entre la idea de mayo progresiva y democrática y la idea colonial retrógrada y contrarrevolucionaria" (53).

Echeverría plantea lo que ve como un juego dialéctico entre dos fuerzas contrapuestas: la pugna entre la verdadera tradición argentina, que arranca de mayo de 1810, revolucionaria y democrática, y las fuerzas retrógradas que provienen de la época de dominación hispánica.

Si bien la revolución no pudo organizar el país, cumplió su misión con el derrocamiento de las fuerzas que oprimían la libertad: "La Revolución Americana, como todas las grandes revoluciones del mundo, ocupada exclusivamente en derribar el edificio gótico labrado en siglos de ignorancia por la tiranía y la fuerza, no tuvo tiempo ni reposo bastante para reedificar otro nuevo, pero proclamó sin embargo, las verdades que el largo y penoso alumbramiento del espíritu humano había producido para que sirviesen de fundamento a la organización de las sociedades mo-

(53) Esteban Echeverría: Mayo y la enseñanza popular en el Plata. En: Obras Completas, t. IV, Buenos Aires, 1873, págs. 205-206.

dernas" (54). Eso es lo que expresa en la novena Palabra Simbólica al establecer como uno de los principios de la nacionalidad la "continuación progresiva de las tradiciones de la revolución de Mayo". Alude, además, a las fuentes a las que debía recurrirse: decretos y leyes de los primeros gobiernos, ya que en ellos se encontrarían los principios eternos que adoptaron los padres de la patria y que habían sido olvidados o marginados por los apremios de las luchas civiles y partidistas. "En sus decretos y leyes, improvisados en medio de los azares de la lucha, y del estrépito de las armas, se hallan consignados los principios eternos que entran en el código de todas las naciones libres" (55).

Seguramente Echeverría debió tener conciencia de lo incongruente que resultaba la pretensión de anular la tradición española que inevitablemente formaba parte constitutiva de la idiosincracia del país. Quizá por ello, para incorporarla al nuevo ser nacional que quería gestar, decidió que era necesario inyectar en los principios de mayo, que habían mantenido durante las guerras civiles los sectores unitarios, los principios del partido federal en cuyo seno él encontraba la persistencia de actitudes realista de evidente raíz hispánica. "Lo que quita de lo ibérico con una mano, al hacer comenzar nuestra vida en 1810, lo reincorpora con la otra al permitir la penetración de expresiones federalistas" (56). Todo esto lo resuelve en un nivel inconsciente, por medio de un subterfugio intelectual, que se puede notar al analizar con detenimiento sus escritos ya que Echeverría nunca reconoció, explícitamente, el valor, o al menos la vigencia

(54) Esteban Echeverría: Edición crítica ... del Dogma Socialista, pág. 183.

(55) Plácido A. Moras: op. cit., pág. 107.

ineludible de elementos que tenían su origen en la tradición española.

Si bien Echeverría se ocupó del proceso de la revolución de Mayo en varios trabajos, es en los ya mencionados Antecedentes y primeros pasos de la revolución de Mayo y Mayo y la enseñanza popular en el Plata donde presenta un cuadro más claro sobre el problema, que nos permite penetrar en su total interpretación del fenómeno revolucionario. La explicación gira siempre en torno a esa contraposición dialéctica de las fuerzas en pugna: Mayo y las ideas de libertad y democracia por un lado, y las fuerzas opresoras y oscurantistas de lo colonial por el otro. Así, explicará cuáles fueron los verdaderos móviles de la revolución:

"Esa revolución gloriosa... tuvo en vista dos fines; el primero, la emancipación política del dominio de España, triunfo que logró completo en la guerra de la independencia; el segundo, fundar la sociedad emancipada sobre un distinto principio del regulador colonial" (57).

Los autores de la revolución son, para Echeverría, los descendientes americanos de los españoles, los criollos, armados de los instrumentos intelectuales provenientes del iluminismo europeo. Minoría intelectual, en definitiva, pero apoyada por las masas populares. Funda pues, la revolución, en razones casi exclusivamente ideológicas y filosóficas y desconoce, prácticamente, la compleja concatenación de causas que tienen su origen en la situación de la península y en los sucesos que en ésta se desarrollaron a partir de la invasión napoleónica. La moderna historiografía americanista jamás podría, actualmente, desconocer esa relación inseparable entre la historia de España y la de Amé

(57) Esteban Echeverría: Mayo y la enseñanza popular en el Plata, pág. 214.

rica. Vicente Fidel López, hombre de la misma generación que Echeverría, pero con mayor criterio de historiador, sería uno de los primeros en señalar esta relación inseparable.

El punto de arranque del proceso revolucionario -proceso que según Ingenieros "ningún historiador ha contado con más exactitud en menos palabras" (58) que Echeverría- es las invasiones inglesas a Buenos Aires, que produjeron una polarización de fuerzas: españoles por un lado, americanos en el opuesto. De este criterio simplista -tanto españoles como los hijos americanos de ellos se encontraban mezclados en los diferentes bandos- parte para hacer la interpretación dialéctica de fuerzas opuestas a la que ya hemos aludido. De una de ellas arrancaría la revolución; de la otra, la contrarrevolución. El cabildo, reaccionario y conservador, era el centro de la contrarrevolución.

Para Echeverría, el hecho de que se constituyeran los primeros gobiernos en nombre de Fernando VII, prisionero en esos momentos, "era una ficción de estrategia política exigida por las circunstancias" (59). La idea de que los criollos hubieran podido jurar auténtica fidelidad al rey de España no entraba en su esquema de la revolución. La unidad y la fraternidad de la patria nacida en 1810, pronto se rompen por la acción disolvente de los dos partidos contrapuestos. "Pero la guerra civil pronto rompió entre nosotros los vínculos de fraternidad, y entronizando hoy un partido, mañana otro, perseguidor del primero, turbó el equilibrio de la igualdad y hubo tiranía y desigualdad..." "La Democracia, lejos de lograr su objeto, se extravió contra sí misma, y hasta llegó a suicidarse traspassando su soberanía

(58) José Ingenieros: op. cit., pág. 319.

(59) Esteban Echeverría: Antecedentes y primeros pasos de la Revolución de Mayo. En: Obras Completas, t. IV, pág. 205.

a un hombre" (60). Las luchas impidieron la concreción de los principios de Mayo y favorecieron al bando reaccionario. Como prolongación de las "abrumantes tradiciones españolas", la tiranía impidió que se realizara el pensamiento de la revolución. "Somos independientes pero no libres... De las entrañas de la anarquía nació la contrarrevolución" (61).

Analiza el autor los distintos momentos y alternativas vividas por el país a partir de 1810 y critica a los gobiernos unitarios y a las distintas constituciones -1819, 1821, 1826- que esos gobiernos dictaron. El centralismo unitario -piensa- fue nefasto, ya que no estableció la representación municipal y, además, porque al otorgar el sufragio indiscriminado, lanzó al pueblo no preparado para el uso de ese derecho y "puso los destinos del país a merced de la muchedumbre" (62). El partido unitario, al que considera bien intencionado, cometió el gran pecado de violar el principio iluminista de la ley del progreso, proyectando reformas irrealizables, es decir, que no consideraba las peculiaridades argentinas ya que, se atenía "a las soluciones más altas y especulativas de la ciencia europea, y sacrificaba a veces a un principio abstracto un grande interés social" (63).

Los errores unitarios favorecieron el triunfo del partido federal encarnado en Juan Manuel de Rosas. Este triunfo significó el fracaso de los ideales de Mayo y el triunfo de la reacción hispánica, de la cual el dictador era su continuador. En Origen

(60) Esteban Echeverría: Mayo y la enseñanza..., pág. 210.

(61) Esteban Echeverría: Edición crítica... del Dogma Socialista, pág. 193.

(62) Esteban Echeverría: Cartas a do Angelis, pág. 290.

(63) Ibidem, pág. 293.

y naturaleza de los poderes extraordinarios acordados a Rosas estudia a este gobierno y lo considera como resultado de la contrarrevolución, aunque -profetiza- "...ese triunfo es pasajero; los gérmenes revolucionarios fermentan; los espíritus oprimidos se repliegan en sí, reflexionan, sienten más que nunca la pérdida de los bienes que les prometió la esperanza, la libertad; se irritan, se adunan, cobran pujanza, y al fin dan a luz una nueva revolución de cuyo éxito se encarga una generación entusiasta y fuerte. La contrarrevolución cesa, cae desaparece, y sobre sus ruinas se levanta un pueblo libre y regenerado" (64). Echeverría convoca a su generación a que, con las banderas de Mayo, derroque nuevamente a las fuerzas de la opresión, como ya lo hicieron los héroes de 1810. Mediante la obra de regeneración, debía conseguirse que el país retornara nuevamente a la ruta gloriosa.

La interpretación que de la historia argentina hace Echeverría, se aparece como lógica y hasta brillante. Es la interpretación clásica de la historiografía liberal argentina. A pesar de ello, peca de simplista. Parte de un esquema previo en el que todos los hechos se acomodan para servir a la idea que sustenta Echeverría de ver a la historia como el desarrollo de la lucha entre dos fuerzas en pugna. Por otra parte, como hombre de su época embanderado, además, en la lucha contra Rosas, no pudo matizar sus opiniones sobre el gobierno de la dictadura y sobre la figura del dictador. No pudo, en definitiva, llegar a una mayor comprensión de su significación histórica.

No supo Echeverría entender el innegable apoyo popular con que Rosas contó. Para él, esto se debió a que "el pueblo... se ex-

(64) Esteban Echeverría: Origen y naturaleza de los poderes extraordinarios acordados a Rosas. En: Obras Completas, t. IV, pág. 267.

travió porque era ignorante, y era ignorante porque no lo educaron para la nueva vida social inaugurada en Mayo, para la Democracia" (65).

Es interesante señalar la opinión de Echeverría acerca del fenómeno religioso y del papel que la Iglesia Católica o el clero, desempeñaron en los primeros años de vida de la Argentina independiente. Todos sus escritos están teñidos de un sentimiento religioso un tanto difuso y liberal, aunque profundo; al punto que, en muchos momentos, su pensamiento histórico no está exento de matices providencialistas. La sexta Palabra simbólica de su Dogma reconoce a Dios como "centro y periferia de nuestra creencia religiosa" y "al cristianismo su ley". En esta parte de la obra reconoce la existencia de una religión natural que se manifiesta con un sentimiento que es inherente a la condición humana misma. Por necesidades históricas, explica, surgen las religiones positivas entre las que sobresale, como la mejor, el cristianismo, del que, como principal aporte señala que "trajo al mundo la fraternidad, la igualdad y la libertad y, rehabilitando al género humano en sus derechos, lo redimió" (66).

"El cristianismo -afirma luego- es esencialmente civilizador y progresivo" (67). Hay en estas palabras, indudablemente, un intento por asimilar el cristianismo a los postulados del romanticismo social que el autor profesa. Justamente, el reproche que hará al clero argentino es que, aún plegándose al movimiento de independencia americano, descuidó su verdadera misión: "La Iglesia Católica ha estado en incomunicación con Roma hasta el año 30. La revolución la emancipó de hecho; pero el clero, alistón-

(65) Esteban Echeverría: Mayo y la enseñanza popular en el Plata, pág. 218.

(66) E. Echeverría: Edición crítica... del Dogma Socialista, pag. 218

(67) Ibidem.

dose en la bandera de Mayo, echó en olvido su misión evangelizadora. No comprendió que el modo de servirla eficazmente era sembrando en la conciencia del pueblo la semilla de regeneración moral e intelectual: el Evangelio".(68).

Según Echeverría pues, la labor de la Iglesia en esos años iniciales de la nacionalidad, debió consistir en predicar entre el pueblo un cristianismo libertario que constituyera, en definitiva, una consagración de los principios democráticos en los que se fundaba el pensamiento de Mayo. Ninguno de los dos partidos tradicionales había reclamado de la Iglesia tal actitud. Era, pues, otra de las misiones que debía emprender la nueva generación argentina.

(68) Esteban Echeverría: Edición crítica... del Dogma Socialista, pág. 169.

IV - CONCEPCION DEMOCRATICA Y VISION DE LOS DESTINOS
DE SU PAIS.

Cuando Echeverría -y a través de su Dogma toda la generación romántica argentina- asume la tarea que mesiánicamente se había trazado de salvar a la patria, de transformarla y regenerarla y de darle una organización política, social y cultural, comienza por rechazar e inhabilitar a toda la generación anterior. Los hombres de esta generación anterior se encuentran encadenada e irreconciliablemente separados. Echeverría no quiere compartir sus odios, sino intentar la gran reconciliación argentina.

Echeverría quiere permanecer separado y equidistante de unitarios y de federales. Esta actitud generosa se hace evidente sobre todo, en el Dogma Socialista. Abnegación de las simpatías que puedan linarnos a las dos grandes facciones que se han disputado el poderío durante la revolución, tal es el complicado título de la Palabra simbólica décimo quinta y que si bien, como ya se ha dicho, fue redactada por Alberdi, coincide con todo el pensamiento de Echeverría quien, por otra parte, fue su inspirador. En ella se dice: "Desde las alturas de estos supremos datos nosotros no sabemos qué son unitarios y federales, colorados y celestes, viejos y jóvenes: divisiones mezquinas que deben desaparecer como el humo..." (69):

Como los dos partidos tienen parte de razón; como ambos expresan, aunque sea a medias, aspectos complementarios de la realidad argentina y de su tradición, será necesario hacer una síntesis de los elementos positivos de cada uno y lograr la superación de las facciones. El punto de partida estará en los

(69) Esteban Echeverría: Edición crítica... del Dogma Socialista, pág. 221.

principios de Mayo, en los preceptos que la revolución no cumplió pero que sí expuso con claridad. En los principios de Mayo, pues, está la solución para los problemas argentinos. "Nosotros no conocemos más que una sola facción: la Patria, más que un solo color: el de Mayo, más que una sola época: los treinta años de Revolución Republicana" (71). Ello significa un retorno a las fuentes de la tradición, aunque Echeverría tenga un concepto tan estrecho de la tradición, a la que hace comenzar sólo en 1810.

En los trabajos posteriores a 1839, Echeverría seguirá insistiendo en su idea de erigir al pensamiento de Mayo -o lo que él entendía como tal- en el eje conductor y orientador para el país. Remarcará más aún la identificación de Mayo con lo revolucionario y progresista, mientras que identificará a Rosas con la línea contrarrevolucionaria de raíz española. El fragor de la lucha política radicalizará su posición y llegará al rechazo absoluto del partido federal por cuanto estaba representado por Rosas y los caudillos y a aceptar -o al menos a no rechazar de plano- a los unitarios.

Mayo debía ser la fuente tradicional de donde debían surgir las normas para la organización definitiva de la Nación y ésta, sólo podía surgir en torno a la única forma de gobierno adecuada a sus necesidades: la democracia. Echeverría está convencido de que "todo el porvenir de mi patria y los destinos de la revolución de Mayo están entrañados en la Democracia; de que no hay otro camino que seguir en política; de que toda doctrina que no tienda al desenvolvimiento de la Democracia en el Plata es infecunda y retrógrada; y concibiendo desde luego realizable un desarrollo armónico y completo en el porvenir de todo un sistema

(70) Esteban Echeverría: Edición crítica... del Dogma Socialista, pág. 221.

social democrático, hice en la Ujeada, con toda buena fe y el ardor del que soy capaz, un llamamiento a la razón de los patriotas ilustrados, y los interpelé a abandonar de una vez el carril trillado de la vieja, estéril e impotente política del pasado, a alistarse en la bandera democrática de Mayo y a considerar y resolver nuestros problemas sociales en mira de la democracia" (71).

Para Echeverría, la democracia busca, por un lado, asegurar la libertad en todos los órdenes y para todos los hombres, al margen de diferencias raciales, religiosas o políticas; y por el otro, dar a todos las mismas oportunidades para que desarrollen sus posibilidades y aptitudes. Entre las Palabras simbólicas, tienen especial significación las de Igualdad y Libertad, que son conceptos que, en definitiva, entrañan la idea misma de democracia.

Hay en el desarrollo de los principios antes señalados ciertos atisbos de preocupación por la justicia social que sería un tema fundamental en el pensamiento político de la segunda mitad del siglo XIX, especialmente en las corrientes colectivistas del socialismo argentino. Pero, a diferencia de esas corrientes socialistas, hay en Echeverría una honda preocupación por salvar los derechos individuales de los ciudadanos frente a los excesos de la sociedad.

En síntesis, para Echeverría, la organización argentina debía tener como base a la democracia y ésta, a su vez, debía asentarse en la libertad y en la igualdad. Ello le lleva a decir en la décimo segunda Palabra: "La democracia es el régimen de la libertad, fundado sobre la igualdad de clases" (72).

(71) Esteban Echeverría: Cartas a de Angelis, pág. 317.

(72) Esteban Echeverría: Edición crítica... del Dogma Socialista, pág. 235.

En cuanto a la forma concreta de gobierno democrático que debía establecerse, parte Echeverría de la idea de que en cierta medida tanto el sistema unitario como el federal tenían aciertos y respondían, cada uno de ellos, a aspectos parciales de la realidad. Por ello, se debía llegar a una mezcla de ambas ideas, es decir, a una fórmula mixta de gobierno unitario-federal, pues como dice Palcos, "Una larga serie de antecedentes históricos, geográficos, jurídicos y administrativos abonan la necesidad inexcusable y perentoria de adoptar una forma mixta federal-unitaria de gobierno" (73). Es la misma fórmula que propondrá Alberdi en las Bases y que recogerá la Constitución Argentina de 1853. Así en el sistema político argentino -sistema que proviene del pensamiento de los hombres de la generación de 1837- la forma de federalismo adoptada se ve compensada por un fuerte sistema presidencialista de corte unitario.

El instrumento institucional por el que la sociedad argentina lograría su transformación en un régimen democrático, sería para Echeverría, la institución municipal. He ahí una institución de larga tradición hispánica incorporada a la vida política independiente. La organización municipal también serviría para atenuar, en cada distrito de cada una de las provincias, los peligros del centralismo. La articulación del poder municipal, coexistente con el fuerte poder del gobierno nacional y con los gobiernos provinciales, también forma parte de ese proyecto de forma mixta de gobierno.

Uno de los aspectos más discutidos, entre las propuestas políticas de Echeverría, ha sido el tema del sufragio universal. Es una de las mayores discordancias en las que incurre. Partió de principios abstractos democráticamente avanzados y se contradijo en el plano de la aplicación concreta. Para Echeverría, la demo-

(73) Alberto Palcos: op. cit., pág. LXV.

cracia y la soberanía son expresiones racionales más que actos de voluntad. Como la soberanía reside en la razón del pueblo, no deberían ejercerla más que los que fueran una garantía de buen desempeño por su inteligencia y condición moral. "Empezaremos -dice- por sentar que el derecho de sufragio, diferente del derecho individual anterior a toda institución, es de origen constitucional y que el legislador puede, por lo mismo, restringirlo, ampliarlo, darle la forma conveniente" (74). El opta por restringirlo, por establecer una especie de sufragio calificado, con lo cual se acerca más a un aristocratismo republicano que a los principios democráticos que propiciaba.

Atacó Echeverría a los unitarios por haber establecido el sufragio universal. Al respecto, señala: "Lo diremos francamente. El vicio radical del sistema unitario, el que minó por el cimiento su edificio social, fue esa ley de elecciones: el sufragio universal" (75). A la ley unitaria del sufragio, del 4 de agosto de 1821, inspirada por Rivadavia, la hizo responsable de la tiranía de Rosas ya que había posibilitado la legitimación del despotismo, cosa que se había producido cuando los representantes otorgaron a Rosas la suma del poder público.

La intención de Echeverría era quitar la posibilidad del ejercicio del derecho al voto a las masas analfabetas. Por ello, al igual que Sarmiento y que Alberdi, propició la educación del pueblo. Las masas, una vez instruidas y formadas políticamente, podrían incorporarse a la vida cívica activa. Fue por ello que cayó en el error de quitar el derecho del sufragio al pueblo para dárselo a los propietarios. El ejercicio del voto pasó de las masas rurales a los ricos hacendados. De esta forma el "socia-

(74) Esteban Echeverría: Edición crítica... del Dogma Socialista, pág. 74.

(75) Ibidem, pág. 75.

lista" Echeverría y sus compañeros favorecieron la formación de lo que luego ha sido llamada la "oligarquía ganadera argentina" que tan discutida actuación ha tenido en la historia del país.

Ya hemos hablado de la forma tan particular de cristianismo que Echeverría profesó y que le llevó a proclamar en la sexta Palabra simbólica que Dios era "centro y periferia de nuestra creencia religiosa" y, el cristianismo, "su ley". El tema religioso reaparece cuando se ocupa del papel que la religión debía desempeñar en el estado democrático que él propiciaba para la República Argentina. Es partidario de la libertad de conciencia y de cultos y, por lo tanto, cree que las autoridades civiles no pueden imponer a los ciudadanos la religión positiva que deben practicar. Aboga por una independencia de la sociedad religiosa, cuya misión es espiritual, de la sociedad civil cuya función es terrena. No debe haber religión dominante, ya que -opina- cuando en la historia se ha dado la vinculación del estado con la Iglesia, ello ha servido para amparar los despotismos. En la sociedad regenerada debe imperar una absoluta tolerancia en materia religiosa y los ministros de Dios no deben ejercer ninguna función temporal.

Es la novena Palabra, la que aboga por la "continuación de las tradiciones progresivas de la revolución de Mayo", una de las que mejor señalan "el ensueño de los fundadores de la nacionalidad" (76). La situación política argentina y la conciencia del fracaso de la revolución, con toda la carga de decepciones y amarguras que ello le produce, no le hacen perder su fe y su confianza en los destinos de la patria. Echeverría apela a los textos de los estatutos y disposiciones de los gobiernos revolucionarios en busca de los principios que constituyan la filosofía de Mayo. Entre ellos, señala sin mayor orden y sin ningún plan orgánico:

(76) José P. Barreiro: op. cit., pág. 280.

libertad de publicar las ideas en la prensa sin censura previa; respeto y afianzamiento de los derechos del hombre; obligación de paliar la miseria de los ciudadanos y desarrollar la educación del pueblo.

Echeverría reconoció los errores del pasado y los de su tiempo; pero encontró, en alguna medida, una justificación para ellos: era el precio que debían pagar los pueblos que daban sus primeros pasos en el aprendizaje de la democracia. Hay una actitud optimista en Echeverría que se sigue revelando en todos sus escritos. Más allá de la amargura por las contingencias azarosas que le tocó vivir, prevalecen en ellos la confianza en el pueblo y en el futuro de la Nación.

V - CONTENIDOS HISTORICOS EN LAS OBRAS LITERARIAS DE ECHEVERRIA

Aún en las obras estrictamente literarias de Esteban Echeverría, palpita un profundo sentimiento histórico, acorde con los postulados y formas del historicismo romántico que el autor profesó. Este sentimiento se pone de manifiesto en el tema mismo de algunos trabajos, como es el caso de los poemas Avellaneda e Insurrección del Sud, o porque la expresión literaria es aprovechada para interpretar aspectos de la realidad física y hasta social de la Argentina, como ocurre con el poema La cautiva. También, a veces, el escrito pinta un trasfondo social y político, con claras intenciones testimoniales, como se ve en el cuento El matadero.

En todas estas obras hay una permanente presencia de la naturaleza y de la historia argentinas, a la vez que una exaltación de los valores patrióticos en gran medida exacerbados por el fragor de las luchas civiles. Esto se hace visible en el largo poema La cautiva, pieza principal del volumen de Rimas que apareció en 1837.

En una Advertencia previa a La cautiva, el mismo Echeverría declara que "el principal designio del autor de la cautiva ha sido pintar algunos rasgos de la fisonomía poética del desierto..." Señala, además, cuáles fueron los motivos por los que recurrió a un tema de ficción: "para no reducir su obra a una mera descripción, ha colocado, en las vastas soledades de la pampa, dos seres ideales, o dos almas unidas por el doble vínculo del amor y el infortunio" (77). Y para reafirmar aún más el carácter protagonista que el desierto tiene en el poema, señala: "El Desierto

(77) Esteban Echeverría: Advertencia a La cautiva. En Obras Completas, t.V, pág.143.

es nuestro, es nuestro más pingüe patrimonio, y debemos poner conato en sacar de su seno, no sólo riqueza para nuestro engrandecimiento y bienestar, sino también poesía para nuestro deleite moral y fomento de nuestra literatura nacional" (78).

El desierto, o "la pampa", es el escenario físico y el escenario histórico es la lucha contra el indígena que aún domina gran parte del desierto. En la pintura, Echeverría toma partido por el hombre blanco, víctima de los despiadados ataques del indígena.

Se divide La cautiva en nueve cantos y un epílogo. En I: El desierto, describe a la pampa a la hora del crepúsculo. Al anochecer, la indiada regresa después de haber producido incendios y pillajes. En II: El festín, los indios festejan un su toldería el éxito de su acción. Están presentes las cautivas cristianas y sus hijos; unas y otros constituyen el principal botín. Exaltados por los efectos del alcohol, deciden sacrificar a una criatura cautiva. En III: El puñal, María, madre del niño muerto, mata de una puñalada al guardia indígena y libera a Brian, su esposo que es el jefe blanco prisionero. Ambos logran escapar del campamento. Al día siguiente (IV: La alborada) un ejército de lanceros cae por sorpresa en la toldería, liberan a los cautivos y notan la ausencia de Brian y María. En los cantos siguientes se narran las desventuras de los evadidos en el desierto. Brian, que está herido, se desangra y María debe cargar a su esposo. En el canto VIII: Brian, éste delira por la patria antes de morir. En IX: María, ésta, finalmente encuentra a unos soldados amigos, después de haber enterrado a su esposo y de vagar días y noches en el desierto. Los soldados reconocen en la mujer, a la que fuera esposa de su jefe. Como enajenada, María pregunta por la suerte de su hijo. Cuando oye que los indios lo han degollado, cae muerta.

(78) Esteban Echeverría: Advertencia a ..., pág. 144

Tal es el argumento de La cautiva. A los efectos de nuestro trabajo, en definitiva, es lo que menos interesa. Más allá de ese argumento y de las vulnerables cualidades literarias del poema, palpitan una serie de preocupaciones y concepciones del Echeverría romántico y del hombre de la generación de 1837, determinado por la realidad del país, sus problemas, su historia. Los aspectos que nos interesa destacar son los que nos dan una verdadera caracterización geográfica argentina; los que revelan en algún sentido una visión de la realidad social de la época, y la exaltación de los valores históricos y patrióticos, como preocupación constante de la obra echeverriana.

Echeverría incorpora en el poema los elementos del contorno físico, del paisaje argentino, en uno de los primeros intentos de tipificar geográficamente al país. A tal grado da importancia al paisaje, que éste, se convierte en el verdadero protagonista de la obra. La pampa, las inmensas llanuras, el desierto incommensurable son, en definitiva, la manifestación de los elementos geográficos que determinan, o al menos influyen en las características de la Argentina. Echeverría escribió La cautiva en medio de la pampa argentina; parte pues, de la experiencia directa con la realidad geográfica. Se encontraba fúgitivo en la propiedad rural de "Los Talas", lugar casi fronterizo entre la civilización y las tierras de indios.

Antes de la aparición de La cautiva, había sólo descripciones de la pampa hechas por cronistas ingleses que visitaron las tierras del Río de la Plata; Haigh en 1817, Miers en 1819, Caldehugh en 1821, Proctor en 1823, y Head en 1825. El gran acierto de Echeverría fue, como dice Rafael Alberto Arrieta, "su "designio" de incorporar poemáticamente la pampa como expresión intransferible del medio geográfico y social y de convertir el fascinante escenario en protagonista avasallador de su leyenda" (79).

(79) Rafael Alberto Arrieta: op. cit, pág. 45.

Hasta tal punto es válida la descripción que Echeverría hace de la pampa que, posteriormente, el naturalista Martín de Moussy, autor de Description géographique et statistique de la Confederation Argentina (1860-1864), incorporó en la misma la traducción de varias estrofas del poema y reconoció la exactitud de sus descripciones. El hecho constituye un verdadero reconocimiento, por parte de un auténtico hombre de ciencia, a la capacidad de captación del paisaje de Echeverría.

En cuanto a la visión de la realidad social que está en el trasfondo del poema, Echeverría la presenta como un enfrentamiento dramático entre dos razas antagónicas: los blancos, representantes de la civilización, y los indios, a quienes considera como verdaderas fuerzas desatadas de la naturaleza. No ve en el indio ninguna cualidad positiva. Hasta tal punto lo considera con absoluta falta de simpatía y comprensión, que se ha llegado a afirmar que "Echeverría no comprende el problema del indio y su reacción conflictual ante la civilización que lo aplasta y arrasa" (80). Esta, constituye una afirmación tan exagerada como los evidentes prejuicios de Echeverría. La tesis del enfrentamiento entre hombre blanco civilizado e indio salvaje, como clave de la interpretación del proceso social argentino, es semejante a la que presenta la famosa antinomia "Civilización-barbarie" del Facundo de Sarmiento.

Hay también en La cautiva una pasión patriótica que se traduce en la exaltación de lo histórico. Echeverría había escrito ya un artículo: La canción, sobre el valor histórico de los cantos populares, tema consustanciado con el romanticismo alemán y con el francés pero que, según señala Ricardo Rojas en Los gauchescos, "nadie lo había sostenido aún en tierras de habla espa

(80) Iber Verdugo: Estudio preliminar a La cautiva, Buenos Aires, 1963, pág. XXVIII.

ñola" (81). En este artículo, después de establecer el origen de los cantos como formas poéticas populares, destaca el trasfondo que, casi siempre, tienen de patriotismo, lo que hace que se origine "el general interés con que se miran las canciones populares de casi todos los pueblos y la importancia histórica que adquieren, por cuanto son la expresión más ingenua de su índole, de su modo de vivir y sentir, y no sólo dan indicio de su carácter predominante en cada siglo, sino también, en cierto modo, de su cultura moral y del grado de aspereza o refinamiento de sus costumbres" (82). Establece, además, el objetivo fundamental de esas canciones, objetivos con los que él, seguramente, pensó sus obras poéticas como La cautiva: "Lejos, pues, de servir únicamente a un mero pasatiempo, el objeto inmediato de las canciones es conmover profundamente, haciendo revivir las glorias de la patria, alimentando el entusiasmo por la libertad, y encendiendo las almas en el noble fuego de las altas y heroicas virtudes; y deben además considerarse como documentos históricos que al vivo nos pintan, lo que la historia a menudo desdeña, es decir, la vida interior de las naciones, y al mismo tiempo nos dan brillantes rasgos de su imaginación poética" (83).

El entusiasmo patriótico de Echeverría, le lleva a mostrar a sus conciudadanos la realidad tanto física como histórica y social de su país, y a tratar de despertar en ellos el mismo amor por la patria que él sentía. Esa es la finalidad de La cautiva que es, en gran medida, expresión de los ideales de los hombres del romanticismo argentino.

(81) Ricardo Rojas: Los gauchescos. En: op. cit., t. IX, pág. 695.

(82) Esteban Echeverría: La canción. En: Obras Completas, t. V, pág. 133.

(83) Ibidem, pág. 135.

Entre los escritos de Echeverría que Juan María Gutiérrez dio a conocer en las Obras Completas, destaca El matadero, considerado como el primer cuento de la literatura argentina desde un punto de vista cronológico. En él, Echeverría describe con gran realismo el ambiente brutal de los mataderos o "corrales", lugares en los que se sacrificaban las reses para el consumo público en la época de Rosas.

El argumento de El matadero -real o imaginario- narra la presencia casual de un joven culto y refinado en esos mataderos. Inmediatamente, la "chusma" le reconoce e identifica como unitario, sometiéndole a las más crueles burlas y, luego, a un simulacro de degüello. Echeverría describe las reuniones de esos sectores sociales -gente baja- que adoran a Rosas y que ven personalizado en el joven protagonista, al unitario a quien la "mazorca" -sociedad de defensa del rosismo que actuaba como una verdadera policía de choque- los enseñaba a odiar. El cuento crece en dramatismo y va creando en el lector una enorme repugnancia por las costumbres y modos de los hombres de los mataderos. Culmina cuando, lo que había comenzado como un cruel pasatiempo, desemboca en desgracia al morir el joven, a quien se le revientan las arterias.

Juan María Gutiérrez (84), en el Prólogo que escribió para el cuento, fija en éste, tres dimensiones que constituyen tres aspectos de la obra que revisten interés para los fines de nuestro trabajo. Lo considera, en primer lugar, una página histórica; en segundo, un cuadro de costumbres; y finalmente, una protesta política.

Se ha pretendido ver en El matadero un testimonio claro y sintético de lo que el gobierno de Rosas había significado. Hay

(84) Juan M. Gutiérrez: Prólogo a El matadero. En: E. Echeverría: Obras Completas, t. V., págs. 209-214.

referencias precisas que permiten situar la acción en la década de 1830 a 1840. Referencias a la dictadura, a sus persecuciones, a los servilismos que estimulaba y -el dato cronológico más preciso- a la obligación de llevar luto, después de la muerte de la esposa del dictador.

En el ya mencionado prólogo que Gutiérrez elaboró como explicación para la primera edición del cuento, apareció en la "Revista de Buenos Aires" en 1871 y luego fue incluido en la Obras Completas de Echeverría- reivindica el valor de fuente histórica del mismo. Encuentra Gutiérrez en las descripciones de Echeverría, el origen de los hombres que sostenían el sistema rosista y que constituían la "mazorca": "Conociendo de cerca los instintos y educación de aquella clase especial de hombres, entre quienes fue a buscar el tirano los instrumentos de su sistema de gobierno, pudo pintar con manos maestras los siniestros caracteres" (85). Y no le caben dudas a Gutiérrez acerca de quiénes eran los hombres de la "mazorca": "Aquella cuadrilla famosa que se llamó "la mazorca"... "¿quiénes la compusieron? ¿De dónde salió armada del terror y de la muerte? Después de la lectura del presente escrito quedarán absueltas estas dudas" (86).

El matadero, ya lo hemos dicho, está concebido como el documento de una época, pero como siempre ocurre, es peligroso considerar a una obra literaria como una fuente histórica. Siempre es dudosa la imparcialidad de este tipo de fuente y mucho más cuando, como en el caso Echeverría, su autor es uno de los protagonistas de la lucha contra un gobierno al que, lógicamente, conviene desprestigiar. Como muy bien señala Aníbal Abadie-Aicardi, si se lo considera como documento histórico, la crítica debe aplicarse no sólo a la fuente, sino también al testigo.

(85) Juan B. Gutiérrez: Prólogo a El Matadero, pág. 212.

(86) Ibidem.

Sin duda Echeverría, por el apasionamiento de su antirrosismo, no puede ser considerado como un modelo de imparcialidad (87). Además, el cuento no sólo pretende ser una página histórica, sino también una protesta política. La carga política, por supuesto, le resta objetividad. Quizá, El matadero, más que un documento histórico es el producto de una situación histórica, y más que un examen desapasionado de la realidad, una denuncia indignada de esa realidad. Es, como casi toda la obra de Echeverría, un medio al servicio de la lucha contra Rosas. Ello se ve, por ejemplo, cuando asimila el método de sacrificar las reses en los mataderos con los sistemas que aplicaba el rosismo para sacrificar a sus enemigos políticos.

Una de las dimensiones que Gutiérrez ve como más acertadas en el cuento, es la de constituir un vigoroso y realista cuadro de costumbres. En ese sentido es El matadero una auténtica pintura del suburbio de Buenos Aires al que el protagonista llega desde el centro de la ciudad, como proveniente de otro mundo, el mundo de la civilización.

El ambiente es el propio del matadero, con todo el salvajismo de los métodos para el sacrificio de las reses para el consumo de la ciudad. Los procedimientos primitivos y crueles, dan un cuadro de suciedad y barbarie que ya había sido observado por Darwin en su anotación del 20 de setiembre de 1833 en el Journal and Remarks de 1839. Los personajes del drama son gente de baja extracción social que no despiertan la menor simpatía en el autor y que, por el contrario, son reducida por éste, a la mera categoría de "chusma". Para él, el bajo pueblo no es más

(87) Anibal Abadie-Aicardi: Lo mítico, lo autobiográfico y lo histórico social en la interpretación de la obra literaria de Esteban Echeverría. En: "Romanistisches Jahrbuch", Hamburg, 1959.

que la masa degradada sobre la que Rosas asentaba su poder. Hay hacia el conjunto de criollos, mulatos y negros, el mismo desprecio clasista que hacia el indígena de La cautiva. Abadie-Aicardo compara estas actitudes con las pautas que marcaba en sus escritos políticos, en los que hablaba de libertad, igualdad y fraternidad. El crítico encuentra una clara incongruencia: "Cotejando los escritos políticos con el texto literario, nos da la impresión de que, de los dichos a las realidades, Echeverría borraba inadvertidamente con el codo lo que escribía con la pluma. Eterno drama de los teorizadores demasiado distantes de los problemas concretos" (88).

Coincidimos con el último autor mencionado en que la descripción que hace Echeverría de las clases populares es una muestra del aristocratismo republicano que, a nosotros se nos hace evidente aún en los trabajos de tipo político, sobre todos en aquellos en los que propugna un sufragio restringido, del que elimina, justamente, a las clases que, como las que pinta en El matadero, por falta de instrucción no estaban en condiciones de participar en la vida cívica de la Nación.

En 1849, Echeverría publicó su largo poema -más de mil versos- titulado Insurrección del Sud. Pieza retórica y grandilocuente, de escasos valores poéticos, reviste sin embargo interés por cuanto en ella, Echeverría, se ocupa de un acontecimiento importante de su época: la llamada insurrección del Sud, o de los libres del Sud, que estalló el 29 de octubre de 1839 en el pueblo de Dolores en la provincia de Buenos Aires. Encabezaban la misma ricos hacendados o propietarios de tierras y ganadería, pero no pasó de ser una de las tantas sublevaciones contra Rosas que fueron sofocadas. Contra los cabecillos se tomaron duras represalias. Echeverría exageró la importancia del hecho al con

(88) Aníbal Abadie-Aicardi: op. cit., pág. 360.

siderarlo el "más notable y glorioso acontecimiento de la historia argentina, después de la revolución de Mayo". Al respecto, agregó: "tal la insurrección del Sud, porque en ella el sentimiento popular se sublevó espontáneamente contra la tiranía, sin que lo atizase ni explotase el espíritu de partido; carácter de justicia y de legitimidad que no tuvo ninguno de los sacudimientos anárquicos que han despedazado y ensangrentado a nuestro país hasta aquella época" (89).

Después del largo poema, inserta Echeverría veintitrés notas con aclaraciones y referencias a los momentos de la sublevación y, excediéndose en la tarea de poeta, se acerca más a la de un historiador y menciona las diferentes fuentes que había utilizado.

Otro poema de contenido histórico es el Avellaneda, también escrito y publicado en el destierro montevideano. El tema es otro nuevo intento de levantamiento contra la dictadura: el de la Liga de las provincias del Norte que culminó con el desastre de Famaillá y el martirio de uno de los sublevados, el joven Marco Avellaneda. La trágica muerte de Avellaneda revistió para Echeverría y demás miembros de la "Asociación de Mayo", especial y dolorosa significación ya que se trataba de un participante de la "Asociación", fundador inclusive de la filial tucumana.

También, como en Insurrección del Sud, el poema Avellaneda tiene su fundamentación histórica a través de las cuarenta y ocho notas que le siguen. En una de ellas -la primera- dice Echeverría: "Marco Avellaneda fue degollado en Metán por orden de Oribe el 3 de octubre de 1841, a los veintisiete años de edad y su cabeza clavada en una picota en la plaza de Tucumán. De la piel de su cadáver, descuartizado y colgado de los árboles contiguos al campamento de Metán, mandó hacer Oribe unas vergas y un

(89) Esteban Echeverría: Obras Completas, t.I, pág. 229.

rebanque que envió de regalo a Rosas" (90).

Plácido Horas considera a Avellaneda como superior a La cautiva y afirma: "Todos los elementos románticos que informan su vida -se refiere a Echeverría- su concepción estética y su filosofía histórica, actúan para cimentar los méritos del trabajo" (91).

También como en La cautiva comienza el autor por hacer una descripción del escenario físico: la belleza del suelo tuhumano con sus riquezas y su abigarrada vegetación. También aquí, el paisaje adquiere tal fuerza, que se convierte en verdadero protagonista del drama junto a los sublevados. Estos, actúan movidos por las ideas de moda entre la juventud argentina y que no son otras que las constituyan el Credo político de Echeverría: libertad, democracia, espíritu de Mayo. Es este el ideario que revela el poema, hasta tal punto que Horas ha podido decir: "en el poema están dichas en formas nuevas, las palabras simbólicas del Dogma" (92). Hay en Avellaneda la misma exaltación del progreso indefinido, de la fraternidad o "socialismo" y de la libertad como dimensión fundamental del hombre, que en las obras de teoría política del autor.

Sobre el fondo del paisaje, coloca Echeverría al joven héroe actuando siempre movido por los impulsos e ideales que son los suyos, pero también los de sus compañeros de generación. Obviamente, lo estrictamente histórico está en parte desvirtuado por el apasionamiento político y por el dolor que produce al autor la suerte del amigo martirizado. De todas formas, el trabajo es interesante por cuanto, en una dimensión poética, encontramos en Avellaneda las constantes del pensamiento político, social e histórico de Echeverría.

(90) Esteban Echeverría: Obras Completas, t.I, pág. 444.

(91) Plácido A. Horas: op. cit., págs. 26-27.

(92) Ibidem, pág. 27.

181

- CAPITULO IV -

188

JUAN BAUTISTA ALBERDI Y
EL HISTORICISMO ROMANTICO

I - SIGNIFICACION DE ALBERDI EN LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO ARGENTINO.

En el caso de Alberdi, como en el del resto de los hombres de la generación de 1837, es imprescindible hacer referencia, aunque sea sucintamente, a algunos datos relacionados con su biografía. Su obra de intelectual se halla íntimamente relacionada con su actuación pública y política y con las circunstancias históricas en que le tocó vivir. Se comprenderá mejor, pues, la significación de sus escritos y las características de su pensamiento, si comenzamos narrando algunos aspectos de su vida para luego tratar de inferir, a través de su formación intelectual, los diferentes autores y las diversas corrientes de pensamiento que en él han influido. De esa manera, estaremos en mejores condiciones de entender su verdadera significación, su verdadera dimensión de hombre de la generación de 1837 y de representante de la cultura argentina del siglo XIX.

Nació Juan Bautista Alberdi en la ciudad de Tucumán el 29 de agosto de 1810. Su padre era un comerciante vizcaíno, Salvador Alberdi, y su madre Josefina Araoz y Balderrama, perteneciente a una ilustre familia tucumana. Huérfano desde pequeño, recibió sin embargo de su padre el gusto por la lectura y la admiración por Rousseau, de quien ambos fueron fervientes lectores.

A los quince años fue Alberdi a Buenos Aires e ingresó en el "Colegio de Ciencias Morales", gracias a una beca acordada por el gobierno reformista de Bernardino Rivadavia. Intima en el colegio con Miguel Cané, quien luego lo vincularía con los jóvenes que años más tarde se agruparían en el "Salón Literario". Estudió filosofía con Diego Alcorta, verdadero maestro de la juventud porteña de esos momentos. Posteriormente, estudió derecho en la Universidad de Buenos Aires primero y en la de Córdoba después.

Desde temprano demostró Alberdi su afición a dos disciplinas fundamentalmente: la filosofía y la música. De 1834 es su primera publicación: Memoria descriptiva sobre Tucumán.

Durante sus años de permanencia en Buenos Aires entró Alberdi en contacto con los que serían, a partir de entonces, sus compañeros y a los que tanta influencia les reconocería en las memorias que escribiría muchos años después (1). Recuerda en ellas: "En ese tiempo contraí relación estrecha con dos ilustrísimos jóvenes, que influyeron mucho en el curso ulterior de mis estudios y aficiones literarias: don Juan María Gutiérrez y don Esteban Echeverría. Ejercieron en mí ese profesorado indirecto, más eficaz que el de las escuelas, que es el de la simple amistad entre iguales..." (2). Con ellos integró el "Salón Literario" que fundó Marcos Sastre en 1837 y en cuyo acto inaugural pronunció uno de los principales Discursos.

En el mismo año de 1837, publicó Alberdi su primera obra importante, el Fragmento preliminar al estudio del derecho, en el que, a pesar de tratarse de una obra de juventud, están ya contenidos muchos de los principios que permanecerán en su pensamiento. Se inició luego en el periodismo crítico con "La Moda", de la que fue su principal redactor (3). Con Echeverría formó parte del plantel fundador de la "Asociación de la Joven Generación Argentina, en la que se le encomendó redactar la última de las Palabras simbólicas, que aparecerían luego incluidas en el Dogma Socialista de Esteban Echeverría.

En 1838, cuando desaparece "La Moda" y el grupo romántico co

(1) Juan Bautista Alberdi: Mi vida privada que pasa toda en la República Argentina. En: Obras Selectas, t. IV, Buenos Aires, 1920, págs. 441-473.

(2) Ibidem, pág. 461.

(3) Ver capítulo I del presente trabajo.

mienza a ser hostilizado por el gobierno de Rosas, es de los primeros en optar por el destierro. Emigra a Montevideo y allí, completará la formación de su personalidad intelectual y cumplirá una importante labor periodística en "El Iniciador", "El Nacional" y otros periódicos en los que escribió, sobre todo, artículos políticos destinados fundamentalmente a desprestigiar la dictadura de Rosas. Fue también secretario del general Lavalle que en esos momentos intentaba el derrocamiento del gobierno federal.

En 1843, junto con Juan María Gutiérrez, realizó su primer viaje a Europa, del que dejó impresiones escritas. De regreso, después de pasar por Río de Janeiro, en lugar de volver a Montevideo, decidió cambiar de lugar de refugio y, así, apareció en Chile en 1844. Se instaló en Valparaíso donde revalidó su título de abogado. Alternó el ejercicio de su profesión con la actividad periodística. De la etapa de Chile son sus obras de mayor proyección. Después de iniciarse con una Biografía del general Bulnes, (1846), publicó entre otras, sus famosas Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina, derivadas de la ley que preside el desarrollo de la civilización en América del Sud, de 1852.

Después de Caseros, cuando sobrevienen los conflictos entre Buenos Aires y la llamada Confederación Argentina, acaudillada por Urquiza, Alberdi permaneció fiel a éste, por lo que disintió con Sarmiento. A las llamadas Ciento y una de éste, respondió Alberdi con sus Cartas sobre la prensa política militante en la República Argentina, de 1853, conocidas como Cartas Quillotanas.

Después de aprobada la Constitución de 1853, el Congreso nombró Presidente de la República al General Urquiza, que inició el primer período constitucional el 5 de marzo de 1854. Fue Ministro de Relaciones Exteriores de la Confederación, Juan María Gutiérrez, quien sugirió la designación de Alberdi como encargado de negocios en varios países europeos, para poder contrarres

tar la acción diplomática que en esos momentos llevaba a cabo Buenos Aires. Se le designó para desempeñar ese cargo ante los gobiernos del Emperador francés y la soberana de Inglaterra y, posteriormente, ante Isabel II, reina de España. La Confederación consideraba que había sido superada la situación de hostilidad producida por los movimientos independentistas y encargó a Alberdi que manifestara la profunda simpatía de su gobierno por la "Madre Patria". Alberdi debía lograr el reconocimiento de la independencia argentina por parte de España, y anticiparse a que Buenos Aires lograra su escisión y concretara un reconocimiento semejante. El 29 de abril de 1857 se firmó el tratado por el cual España reconocía la independencia argentina. La Confederación no aprobó el tratado ya que éste aceptaba el criterio del jus-sanguinis y, de esa forma, consideraba como españoles a los hijos de súbditos españoles nacidos en Argentina. Alberdi reconoció haber aceptado tal criterio por la urgencia del reconocimiento que debía hacerse anticipándose a las tratativas de Buenos Aires. Todo ello le valió a Alberdi que el grupo porteño, con Bartolomé Mitre a la cabeza, le iniciara una campaña de desprestigio.

Cuando Alberdi concluyó sus misiones diplomáticas, no regresó a Buenos Aires, sino que permaneció en París, totalmente dedicado a sus trabajos literarios, los que, por cierto, fueron conocidos después de su muerte, cuando fueron publicados contraviniendo una cláusula de su testamento que lo prohibía.

En Francia conoció Alberdi, casualmente, al general San Martín y fue uno de los primeros argentinos que visitaron en su casa al viejo general de la independencia americana. De ello dejó testimonios escritos (4), en los que, se ocupó de la persona

(4) Juan B. Alberdi: El General San Martín en 1843. En: Obras Selectas, t. IV, págs. 415-425.

lidad física y moral del Libertador, de su forma de vida e, inclusive, de la descripción de su casa y de sus objetos personales. También hace referencia a la firme decisión de San Martín de no hablar sobre temas relacionados con sus campañas militares.

Después de cuarenta años de ausencia, volvió Alberdi a su patria en 1879, año en el que fue electo diputado por la provincia de Tucumán. Se le brindó un recibimiento apoteósico y hasta llegó a reconciliarse con sus enemigos Sarmiento y Mitre, antiguos compañeros de proscripción. Escribió también sus últimas obras importantes: La República Argentina consolidada en 1880, de 1881, y La omnipotencia del Estado es la negación de la libertad individual, de 1880.

Cuando se decidió la edición de sus Obras Completas, recibió Alberdi una serie de ataques que lo decidieron a regresar a Europa definitivamente. Su larga ausencia de cuarenta años, había logrado que terminara por no entender a su país. Como dice Ricardo Sáenz Hayes, es probable que se haya sentido un extranjero en él (5).

Al regresar a París, comprobó que el banco al que había confiado la administración de sus bienes, había quebrado, por lo que murió prácticamente en la miseria, el 19 de junio de 1884. En 1889 sus restos fueron repatriados. Años antes de su muerte, la Real Academia Española lo nombró, junto con Juan María Gutiérrez y Vicente Fidel López, miembro correspondiente. Contrariamente a Gutiérrez, que rechazó la designación, Alberdi la aceptó y agradeció.

Con respecto al mundo intelectual del joven Alberdi, a sus

(5) Ricardo Sáenz Hayes: Juan Bautista Alberdi. En: Historia de la literatura argentina dirigida por Rafael A. Arrieta, t.II, Buenos Aires, 1958, págs. 311-368.

lecturas, a su formación literaria y filosófica, podemos distinguir dos etapas perfectamente diferenciadas. La primera corresponde a su primera juventud y a su época de estudiante en Tucumán, Buenos Aires y Córdoba y es anterior a su contacto con Juan María Gutiérrez y Echeverría y a lo que podríamos llamar la "revelación romántica"; la segunda, es la que se inicia en el momento de esta "revelación".

En la primera de estas etapas, sabemos por su propio testimonio de su afición por Rousseau: "Rousseau fue desde ese día -se refiere a su época de alumno en el "Colegio de Ciencias Morales"- por muchos años mi lectura predilecta. Después de la Nueva Eloísa, el Emilio; después el Contrato social" (6).

Honda influencia ejerció en él, como en todos los jóvenes de la que sería la generación romántica, el magisterio filosófico del doctor Diego Alcorta, por quien conoció Alberdi el pensamiento de la ideología: "Yo había estudiado filosofía en la Universidad por Condillac y Locke. Me habían absorbido por años las lecturas libres de Helvecio, Cabanis, de Holbach, de Bentham, de Rousseau" (7). Al entrar en relación con Gutiérrez y Echeverría, se produce una aceleración y puesta al día en las lecturas de Alberdi. Hemos hablado de la "revelación romántica" que ellos le provocan. El mismo Alberdi reconoce cuánto debe a sus amigos en materia de nuevas corrientes de pensamiento y cómo, precisamente por Echeverría, tuvo noticias de "lo que entonces se llamó romanticismo, en oposición a la vieja escuela clásica" (8).

Se puede seguir perfectamente cuáles fueron los autores, cuáles las lecturas, cuáles las corrientes de pensamiento en las que Alberdi se introdujo, con cuáles se aficionó y cuáles adoptó,

(6) Juan B. Alberdi: Mi vida privada..., pág. 452.

(7) Ibidem, pág. 461.

(8) Ibidem.

rastreando las fuentes que utilizó para escribir, en esa época, el Fragmento preliminar al estudio del derecho; por las citas, referencias y contenidos del periódico "La Moda" que ya hemos analizado; y por los valiosos testimonios dejados en años posteriores, en los recuerdos y notas autobiográficas del mismo Alberdi. Por estos testimonios sabemos de la escasa influencia que tuvieron en él sus estudios universitarios y cómo su formación se debió, sobre todo, a lecturas realizadas libremente. Si bien en esas lecturas predominaron los autores románticos, persistieron en él -como señala Alejandro Korn (9)- tendencias opuestas, ya que el romanticismo no desalojó totalmente de su espíritu las impresiones de su anterior formación con autores de la "ideología" y del "utilitarismo inglés".

Cuando Alberdi hace el balance de su vida de intelectual, señala los autores que influyeron en él y dice: "...contribuyeron a formar mi espíritu las lecturas libres de los autores que debo nombrar para complemento de la historia de mi educación preparatoria... Volney, Holbach, Rousseau, Helvecio, Cabanis, Richerand, Lavatter, Buffon, Bacon, Pascal, La Bruyere, Bentham, Montesquieu, B. Constant, Lermnier, Tocqueville, Chevalier, Bastiat, A. Smith, J.B. Say, Vico, Villemain, Cousin, Rossi, P. Leroux, Saint-Simon, Lamartine, Destut de Tracy, V. Hugo, Dumas, P.L. Couvier, Chateaubriand, Mme Stael, Lamennais, Jouffroy, Kant, Berlin, Pothier, Pardessus, Troplong, Heinocio, El Federalista, Story, Balbi, Martínez de la Rosa, Donoso Cortés, Capmany" (10).

En la larga lista anterior, predominan los autores franceses. En el Fragmento preliminar reconoció Alberdi que el pensamiento

(9) Alejandro Korn: Influencias filosóficas en la evolución nacional. En: Obras, v. 3, La Plata, 1945, pág. 205.

(10) Juan B. Alberdi: Mi vida privada..., pág. 471.

francés era más afín que el español con las circunstancias americanas. Francia debía ser, para Alberdi, la nueva "madre patria" de la cultura americana: "Nosotros hemos tenido dos existencias en el mundo: una colonial, otra republicana. La primera, nos la dio la España; la segunda, la Francia. El día que dejamos de ser colonos, acabó nuestro parentesco con la España; desde la República, somos hijos de la Francia. Cambiamos la autoridad española por la autoridad francesa, el día que cambiamos la esclavitud por la libertad". (11).

Dentro de los autores franceses, además de la de Rousseau, es importante señalar la constante influencia de Montesquieu, quien según Groussac, fue para Alberdi "su gran señor" (12). Entre los escritores franceses del "romanticismo social", influyeron Lermínier, Leroux, Saint-Simon, y Jouffroy. La influencia de Saint-Simon, aunque estrictamente Alberdi no llegó a convertirse en un saint-simoniano.

Sin duda, de todas las influencias que recibió Alberdi, la más notable y permanente fue la de Lermínier. "Abrí a Lermínier -dice- y sus ardientes páginas, hicieron en mis ideas, el mismo cambio que en las suyas había operado el libro de Savigny" (13). En todo el Fragmento se hace evidente este influjo de Lermínier y, a través suyo, de la escuela histórica de Savigny, así como de Herder y Hegel. Nuevamente vemos llegar al pensamiento alemán por la vía indirecta del francés, como ocurre con casi to-

(11) Juan B. Alberdi: Fragmento preliminar al estudio del derecho, reedición facsimilar, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Buenos Aires, 1942, pág. 37.

(12) Paul Groussac: Las Bases de Alberdi y el desarrollo constitucional. En: Estudios de Historia Argentina, Buenos Aires, 1918, pág. 279.

(13) Juan B. Alberdi: Fragmento preliminar..., pág. 1.

dos los autores del romanticismo argentino. Es notable la escasa influencias española. Años después, recordará al respecto: "Mi preocupación de ese tiempo contra todo lo que era español, me enemistaba con la lengua misma castellana, sobre todo con la más pura y clásica, que me era insoportable por lo difusa. Falto de cultura literaria, , no tenía el tacto ni el sentido de su belleza. No hace sino muy poco, que me he dado cuenta de la suma elegancia y cultísimo lenguaje de Cervantes" (14). Ello explica que los autores españoles que menciona en la lista que hemos transcripto, sean pocos e inclusive de poca importancia. La gran excepción fue Larra y el contenido de la mayoría de los números de "La Moda" es la prueba más evidente de la enorme admiración que por él sintió Alberdi.

En algunos aspectos del pensamiento histórico de Alberdi, es notable la influencia del italiano Vico, cuya filosofía había sido divulgada en Buenos Aires por Pedro de Angelis.

Alberdi, lector infatigable, seguirá incorporando autores y renovando su cultura. En años posteriores conocerá y comentará a Comte, Darwin, Spencer, Taine y Fustel de Coulanges. A través de su obra, señala Ingenieros, puede seguirse toda la evolución de la filosofía del siglo XIX, "se inicia en el Colegio con los enciclopedistas y los ideologistas, toca a los eclécticos, se entrega a los sensimonianos y socialistas, se afirma en los economistas liberales, conoce el positivismo comtiano, las corrientes del evolucionismo y la nueva escuela que hace de la historia una ciencia" (15).

Es importante señalar la significación que Alberdi tuvo entre los hombres del grupo de románticos argentinos y también dentro

(14) Juan B. Alberdi: Mi vida privada..., pág. 462.

(15) José Ingenieros: Sociología argentina, Buenos Aires, 1918, pág. 358.

de toda la evolución de la historia del pensamiento y de la cultura en Argentina. Medir su importancia, señalar su significación y caracterizar su pensamiento, plantea arduos problemas, ya que se trata de un autor muy discutido; el "más discutido de toda la historia intelectual" (16) de Argentina.

Ya en su época se discutió a Alberdi. Echeverría, después de llamarle "Larra americano", reconoce que "existen prevenciones en el Río de la Plata contra el Sr. Alberdi. Ha cometido, dicen, errores. ¿Quién no ha errado entre nosotros? ¿Pueden los que le acusan parangonarse con él como escritores, ni mostrar una frente sin mancha cual la suya?" (17).

En general, la situación histórica en que vivieron todos los hombres del grupo de Echeverría fue difícil. Ellos constituyen la primera generación de intelectuales del período independiente y viven en medio de guerras y crisis políticas. Pasan, en general, de una cierta aceptación de Rosas, a la más franca y apasionada oposición. Generalmente, los motivos de las críticas y discusiones que la figura de Alberdi ha suscitado, han nacido en sus actitudes políticas. En la época del exilio en Montevideo se le criticó por los elogios que de Rosas había hecho en el Fragmento preliminar. Luego, cuando optó por el apoyo a Urquiza y la Confederación, fue criticado por el grupo de Buenos Aires y rompió su amistad con Sarmiento y con Mitre. Fue posteriormente, ya en su madurez, de los primeros en deponer la actitud de rechazo absoluto a lo que Rosas había significado en la historia argentina y, con mayor criterio y objetividad, trató de realizar una

(16) Ricardo Rojas: Los proscriptos. En: La literatura argentina. En: Obras, t. XI, Buenos Aires, 1925, pág. 906.

(17) Esteban Echeverría: Edición crítica y documentada del Dogma Socialista, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1940, pág. 94.

evaluación más justa sobre la figura y el gobierno del dictador. Muchos consideraron esto como una traición a los viejos ideales liberales y democráticos. Las críticas que las actitudes personales de Alberdi suscitaron, se prolongó como un enjuiciamiento a su obra. Todo ello ha hecho muy difícil el estudio sereno y la justa ponderación de la misma y ha obstaculizado la comprensión de su real significación.

Juan Bautista Alberdi se distingue, entre sus compañeros de generación, por una mayor disposición y capacidad para los problemas de índole filosófica, especulativa y crítica. El mismo lo reconoce así : "Echeverría y Gutiérrez propendían... a la literatura; yo, a las materias filosóficas y sociales... Yo les hice admitir, en parte, las doctrinas de la "Revista Enciclopédica" en lo que más tarde llamaron el Donma Socialista. Yo tenía invencible afición por los estudios metafísicos y psicológicos" (18). En realidad, Alberdi no fue estrictamente un filósofo, y con el tiempo, más que la filosofía pura y especulativa, le preocupará un tipo de filosofía positiva, referida a aspectos concretos de la realidad: sociedad, política, religión, derecho, economía. Es por esta actitud y esta afición que José Ingenieros caracteriza a Alberdi, sobre todo al Alberdi de la madurez, como un verdadero hombre de ciencia y un sociólogo: "...Alberdi es un hombre de ciencia. Su criterio y su método son la antítesis del criterio del método literario. Su mayor preocupación fueron los estudios sociales, imponiéndose un sello de constante argentinidad; cultor, en cierto modo, del "economismo histórico", fue en realidad un sociólogo militante, un verdadero pragmatista; en sus escritos aparece por vez primera en las letras argentinas la palabra "sociología" y comprendió en toda su magnitud la significación de esta cien-

(18) Juan B. Alberdi: Mi vida privada..., pág. 462.

cia frente a la historia y a la política" (19).

Uno de los más acertados ensayos sobre la caracterización del pensamiento de Alberdi y su condición de posible filósofo, es el de Coriolano Alberini (20). "¿Qué significa Alberdi filosóficamente?" se pregunta este autor y, al responder, aclara ciertos equívocos que adjudican a Alberdi una posición positivista, utilitarista y, para algunos, lindante casi con el materialismo histórico: "Alberdi fue un discreto aunque a veces ingenuo cultor de la metafísica espiritualista de su época, la que le sirvió como base de su derecho público práctico. Con él, contribuyó a organizar el progreso sometido a un ritmo amablemente conservador. Sustentó sus ideas con rara tenacidad y consecuencia en lo fundamental, lo mismo que sus émulos. Como ellos, pertenece a la gran generación romántica organizadora del país, núcleo de próceres doblemente admirable, si se considera que, en medio de tanta dolorosa brega política, supo darse tiempo también para fundar la cultura espiritual de la nación". Es evidente la posición espiritualista y religiosa de Alberdi, quien sostuvo que la libertad es esencialmente cristiana. No fue positivista y sí espiritualista, afirma reiteradamente Alberini, y no debe confundírsele por el hecho de que, por curiosidad intelectual, haya leído a autores como Spencer y Comte. Ni aún el que Alberdi sostuviera que los ideas puras debían tener aplicación práctica en la realidad argentina, puede hacer pensar que fuera un partidario del pragmatismo. Ciertos aspectos del pensamiento alberdiano así lo ponen de manifiesto: existencia de Dios y orden divino del mundo; exaltación del cristianismo como doctrina; carácter

(19) José Ingenieros: op. cit., pág. 373.

(20) Coriolano Alberini: La metafísica de Alberdi. En: "Archivos de la Universidad de Buenos Aires", t. IX, nº 4-11, Buenos Aires, 1934, págs. 233-239.

cristiano de la libertad; se romántica en el progreso. Hay sí en Alberdi lo que se ha llamado "realismo social", un modo historicista de ver la realidad, una intención de modificarla para lograr los fines de la revolución de Mayo, fines sí de neto corte iluminista.

Lo más acertado sería ver a Alberdi, más que como un filósofo, o un sociólogo, como un pensador político, "...uno de los pensadores políticos más claros y más sustanciosos de América; no se espere sin embargo, encontrar en su obra ideas filosóficas sobre lo que constituye la raíz de su pensamiento político: la libertad. No se encuentran estas ideas porque en Alberdi han pasado a la categoría de creencias, es decir, no admiten la duda -principio del pensamiento filosófico-, son parte integrante de su estructura mental" (21).

Es el de Alberdi un pensamiento político teñido de matices románticos y liberales y entraña -cosa del mayor interés desde el punto de vista de nuestro trabajo- una interpretación de la historia argentina, tanto de la época colonial, como de los movimientos de independencia y del período del gobierno personalista de Juan Manuel de Rosas.

(21) Víctor Rico González: Ideas políticas de Alberdi. Prólogo a: Juan B. Alberdi: Antología del pensamiento político americano, México, 1946, pág. VII.

II - LAS OBRAS DE ALBERDI: CLASIFICACION Y CONTENIDO DE LAS MAS SIGNIFICATIVAS.

Así como Alberdi fue un lector infatigable, también infatigablemente escribió durante toda su vida. Comenzó a hacerlo en Argentina, donde produjo sus primeras obras de juventud; continuó su labor en Montevideo, en forma fundamentalmente periodística; luego, en Chile, escribió sus obras de mayor envergadura; de regreso en su país, dedicado más a la función política, dejó constancia de ésta en diversos informes y memorias. Durante sus casi cuarenta años de permanencia en Europa siguió escribiendo constantemente y continuó haciéndolo en el breve tiempo que pasó en Argentina, antes de su regreso final a París.

Salvo las ediciones de sus obras importantes, anteriores a su radicación en Francia, poco de lo que escribió Alberdi fue publicado. Sólo después de su muerte y -como hemos dicho- contraviniendo expresas disposiciones testamentarias, fueron dadas a conocer muchas de sus obras. En 1887 se hizo una edición oficial de sus Obras Completas en ocho volúmenes, hasta tal punto incompleta, que en 1893 se publicaron dieciséis tomos bajo el título de Escritos póstumos.

El enorme material formado por los escritos de Alberdi no ha sido totalmente seleccionado y ordenado, salvo lo realizado para la edición de Obras Selectas (22), en las que sus escritos fueron divididos de acuerdo a la siguiente clasificación: Páginas literarias; Memorias e impresiones de viajes; Biografía y autobiografías; Obras de discusión histórica y política; Diplomacia argentina y americana; Estudios jurídicos; Estudios económicos; y Estudios políticos. En realidad, toda la obra de Alberdi es

(22) Juan B. Alberdi: Obras Selectas. Con una introducción de Joaquín V. González, Buenos Aires, 1920.

poco susceptible a este tipo de clasificaciones ya que, muy pocos de sus escritos pertenecen a un género definido; por el contrario, en todos, o al menos en casi todos, palpitan siempre las preocupaciones políticas, jurídicas, históricas y económicas, aún en aquellos que podrían considerarse como estrictamente literarios, como es el caso de Peregrinación a la luz del día. Por estos motivos, tampoco nos parece acertada la división que propone Lizondo Borda (23) en: obras teóricas en sus dos variantes, fantasía y pensamiento, y obras teórico-prácticas, a las que subdivide, a su vez, en económico-políticas y ético-políticas.

Aún en las obras más aparentemente teóricas o especulativas de Alberdi, como el Fragmento preliminar, en ningún momento se olvidan los problemas acuciantes de la realidad argentina y sus posibles soluciones. En todas hay siempre, pues, al mismo tiempo, motivaciones especulativas y prácticas. A pesar de esta particularidad, creemos que la obra de Alberdi debe ser objeto de serios intentos de ordenación y sistematización. Nosotros señalaremos aquí los contenidos generales de aquellos escritos de Alberdi que consideramos de mayor utilidad para penetrar en el pensamiento del autor, y especialmente, de los que tengan mayor interés desde el punto de vista historiográfico. El análisis del pensamiento histórico de Alberdi, así como el de los aspectos que se relacionan con su interpretación del pasado argentino, será realizado en los próximos temas del presente capítulo.

En 1834 publicó Alberdi la que puede ser considerada como su primera obra -las anteriores son opúsculos sobre música- de

(23) Manuel Lizondo Borda: Juan G. Alberdi. En torno a sus escritos. En: Homenaje al ilustre tucumano en el sesquicentenario del natalicio de Juan Bautista Alberdi, Tucumán, 1960, págs. 29-38.

aliento: Memoria descriptiva sobre Tucumán, en la que, con criterios románticos, se ocupa de los rasgos fisonómicos de su provincia y del carácter físico y moral del pueblo tucumano. Hay también en ella algunas evocaciones históricas como el paso del general Manuel Belgrano por Tucumán, por ejemplo, y se insinúa uno de los principios con los que comulgarían la mayoría de los románticos argentinos: la necesidad de retornar a las tradiciones de la revolución de Mayo, las que, según ellos, eran postergadas en esos momentos.

También entre las obras de juventud, pero con un carácter mucho más significativo, se encuentra el Fragmento preliminar al estudio del derecho. Acompañado de una serie numerosa de consideraciones formando una especie de programa de los trabajos futuros de la inteligencia argentina, de 1837, uno de los trabajos más interesantes de la cultura argentina de la época del romanticismo.

El Fragmento es, en principio, una obra de filosofía jurídica, la primera escrita en Argentina; pero es mucho más que eso, ya que en ella, "a pesar de la precocidad del autor, están en germen todas sus ideas posteriores hasta culminar en las Bases" (24). Los problemas jurídicos aparecen en una esencial vinculación con la "filosofía de la historia" a la que Alberdi, siguiendo a Vico, llama "ciencia nueva". Esta vinculación es natural ya que el historicismo característico de la escuela romántica, despertó un inusitado interés por lo histórico como fuente de comprensión y solución de los diversos problemas nacionales. Por ello, Enrique de Gandía encuentra que en el Fragmento "Alberdi se nos presenta como el primer filósofo de la historia argentina, el primer jurista que buscó en su derecho, en el espíritu de sus

(24) Jorge H. Mayer: Alberdi y su tiempo, Buenos Aires, 1963, pág. 132.

leyes, el sentido de su nacionalismo, de lo que era y es argentino, y de lo argentino que debe proscribirse" (25). Alberdi es, de esa forma para Gandía, el primer historiador que concibió una filosofía y quiso convertirla en fundamento para la libertad.

Además de filosofía jurídica y de la historia, también ha sido considerado el Fragmento como "un libro de enjuiciamiento del régimen vencido por la revolución de Mayo (26), un intento de buscar en la historia argentina, la inspiración para la acción que debía desarrollar toda una generación. Con esto, el Fragmento constituiría además, y como su título completo señala, un programa de acción para la inteligencia argentina.

También se los ha considerado como una obra de lucha política; concretamente, de lucha contra la tiranía de Rosas. A pesar de los elogios al dictador, el antirrosismo del libro, vendría indirectamente a través de la crítica general a todo poder absoluto. En el prefacio del libro -recordaba Alberdi- hice concesiones al sistema federal, y al jefe temido de nuestra democracia federalista..." "A Rosas le repetí el calificativo de gran hombre, que le daba todo el país. Todo esto no impidió que Rosas recibiese informes de mi libro, amenazantes para mi seguridad" (27).

No creemos que la obra haya tenido un carácter tan marcadamente antirrosista; las palabras de su autor, sólo nos suenan a

(25) Enrique de Gandía: Alberdi y su filosofía del derecho. En: "Cuyo", Anuario de historia del pensamiento argentino, t. VIII, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1972, pág. 115.

(26) Delfina Varela de Ghioldi: La generación argentina del 37, Buenos Aires, 1956, pág. 65.

(27) Juan B. Alberdi: Mi vida privada..., págs. 463-464.

justificación tardía. La actitud del Alberdi del Fragmento, e inclusive el de etapas posteriores en las que ya se había superado la virulencia de las luchas políticas, fueron más bien de comprensión histórica del rosismo como fenómeno particularmente argentino. El Fragmento no es un panfleto de lucha política al estilo de los de Sarmiento. Constituyó sí un intento por calar, mediante el estudio del derecho y su vinculación con la filosofía de la historia, en las causas de los males argentinos y en las formas de su superación.

El libro contiene dos partes diferenciadas: una primera constituida por un Prefacio, que es el programa de trabajos futuros para "la inteligencia argentina"; y una segunda que es el Fragmento propiamente dicho, que constituye un manual de nociones previas para el estudio del derecho civil. Raúl Orgaz (28) llama, con muy buen criterio, "política" a la primera de esas partes, o sea al Prefacio; y "dogmática" a la segunda. Esta última, aparece acompañada por un breve aparato crítico constituido por las escasas notas que aparecen en la exposición.

El Prefacio propicia la formación de una conciencia nacional mediante el progreso de la democracia. Contradictoriamente, preconiza un nacionalismo cultural mediante la eliminación de lo hispánico y el remplazo de las ideas españolas por las europeas, francesas sobre todo, sin advertir que ello llevaba, inevitablemente, a una forma de colonialismo cultural. Parte Alberdi de la idea romántica de que la cultura tiene un carácter orgánico y cada pueblo una forma particular de lograr su desarrollo. El programa de acción para la inteligencia argentina trataba de que la conciencia nacional surgiera de una obra de unidad y coherencia cultural de la Nación como paso previo a la unidad

(28) Raúl Orgaz: Alberdi y el historicismo. En: Sociología Argentina. En: Obras Completas, t. 2, Córdoba, 1950.

política y a la unidad legislativa. Aparecen también en el Pre-facio del Fragmento muchas de las ideas que son constantes en el pensamiento de Alberdi y que aparecerán nuevamente en Bases y en las obras de otros románticos como en el Dogma Socialista de Echeverría: búsqueda de una ley local del progreso que se conecte con la ley del progreso universal; excelencia moral del cristianismo; elevación moral y social del pueblo; retorno a los ideales de Mayo y superación de las tradiciones hispano-criollas de la época colonial.

La parte "dogmática" del Fragmento, abarca el concepto de derecho en su faz de derecho natural y de derecho positivo, así como de su dimensión científica a través de una teoría de la jurisprudencia. Desde el punto de vista de nuestro tema, las partes de mayor interés son las que incursionan en el campo de la filosofía de la historia. Las mismas serán analizadas en la parte que dedicaremos al pensamiento histórico de Alberdi.

La concepción que Alberdi tiene del derecho es historicista. Lo ve como un fenómeno orgánico, realista, y poco susceptible de ser conocido por reglas abstractas o especulaciones puramente filosóficas. Es por ello que, siguiendo a la escuela histórica alemana, afirmó que era necesario, antes de legislar, definir las características del pueblo al que las leyes iban dirigidas y no llegar a una mera adopción de las normas legales de otros países.

Evidentemente la obra de Alberdi no es original, cosa explicable, en parte, por sus condiciones personales, su juventud, sobre todo, y su falta de madurez intelectual en el momento en que la escribió; todo ello agregado al escaso nivel cultural del medio. La base -como hemos indicado- está en la escuela histórica alemana de Savigny, pero a la que conoce Alberdi a través de Lerminier. Este, parece ser el autor que más influyó en el Fragmento y al que Alberdi más admiró. De él proviene toda la carga de romanticismo social que hay en la obra y que se com

bina con elementos racionalistas del iluminismo francés, aún no superado por el autor.

En la tesis de Alberdi de que el derecho natural surge de las costumbres de las sociedades y se desarrolla en la historia según las circunstancias de tiempo y lugar, hay una evidente influencia de Vico -precursor del historicismo- y su Ciencia Nueva. Según Orgaz, Alberdi conocía la traducción francesa de esta obra realizada por Michelet en 1827. Parece más probable que haya conocido a Vico a través de Lermnier y por la divulgación que de él hizo en Buenos Aires Pedro de Angelis.

A pesar de que se han señalado también influencias de Pedro Leroux y Jouffroy, la fuente principal del Fragmento es Lermnier; a través de éste, puede verse la influencia de Vico y de Savigny.

La originalidad de Alberdi reside, no en la teoría que expone sino en la aplicación de ella a la realidad argentina de su época.

Es el Fragmento, por otra parte, un documento revelador del clima espiritual, político e intelectual, compartido por toda la generación de románticos argentinos. Por eso, se emparenta con las Palabras simbólicas de Echeverría, con el Facundo de Sarmiento, y con las Bases del mismo Alberdi. "Es la misma cuestión, de batida por temperamentos distintos, enfocada desde los más personales puntos de vista" (29).

En 1842 publicó Alberdi en Montevideo sus Ideas para presidir a la confección de un curso de filosofía contemporánea destinadas al Colegio de Humanidades. En este ensayo se plantea el problema de los destinos de la sociedad americana "en el drama general de la civilización". Para ello, apela a una serie de conceptos de filosofía práctica y positiva. Más que en el terreno

(29) Delfina Varela de Ghioldi: op. cit., pág. 72.

de la filosofía especulativa, confiesa que prefiere moverse en "...el de la filosofía de aplicación... a los intereses sociales, políticos, religiosos y morales de estos países. En el terreno de la filosofía favorita de este siglo: la sociabilidad y la política" (30).

Alberdi está convencido de que "la abstracción pura, la metafísica en sí, no echará raíces en América" (31). El continente americano necesita recurrir a una filosofía que se ocupe de la organización social y la política constitucional y financiera; de las costumbres y usos a través de la literatura; de los entendimientos morales y religiosos; de la historia, tanto americana como general, para ver "la concepción del camino y de los destinos que la Providencia y el siglo señalan a nuestros estados" (32). Una filosofía, en definitiva, que ilumine la solución de los problemas que afectan a América en esos momentos y que ayude a encontrar las leyes mediante las cuales debe desenvolverse el progreso de sus pueblos. El programa, pues, es coincidente con el contenido en el Fragmento preliminar al estudio del derecho.

Después de regresar de su primer viaje a Europa, Alberdi presentó en Santiago de Chile, para licenciarse en derecho, un trabajo que tituló: Memoria sobre la conveniencia y objetos de un Congreso General Americano (1844). En él, aparece ya definido el realismo político y económico con que el autor encaró los problemas concretos de Hispanoamérica. El objeto es propiciar la reunión de un Congreso que continuara la tradición del anteriormente reunido por Bolívar en Panamá, en 1825, pero con fines diferentes a éste. Alberdi lo cree conveniente para que las nacio

(30) Juan B. Alberdi: Filosofía contemporánea. En: Obras Seleccionadas, t. II, págs. 374-375.

(31) Ibidem, pág. 377.

(32) Ibidem, pág. 375.

nes de Sud América den cuenta "de su situación general, de sus dolencias y de los medios que en la asociación de sus esfuerzos pudiera encontrarse para cambiarla en un sentido ventajoso" (33).

En el Congreso debían tratarse una serie de aspectos; entre ellos, el de la cuestión de límites entre los diferentes países pues, "la América está mal hecha...es menester recomponer su carta geográfico-política" (34). Había que salvar, este sentido, errores como el de que Bolivia no contara con salida al mar. Propone un equilibrio de naciones para la política internacional en lo que respecta a lo militar, , lo económico y la navegación. Contempla y señala todos los problemas económicos: territorios, navegación interior, congresos internacionales, comercio, comunicaciones, inmigración, ferrocarriles y caminos. Establece normas para la diplomacia y es establecimiento de unidad de criterios para el ejercicio de las profesiones científicas e industriales. Es necesario -afirma- consolidar la paz americana; para ello, aconseja el desarme antes que la formación de grandes ejércitos. La Memoria constituye, pues, un programa concreto a aplicar en todos los países de Hispanoamérica en forma coordinada. Llama la atención la lucidez con que Alberdi observó los problemas de estas naciones, muchos de los cuales aún no han sido resueltos, como es el caso de Bolivia, que aún carece de puerto de mar, lo que, además, ha sido la causa de numerosos conflictos internacionales.

En 1845 publicó Alberdi en "El Mercurio" de Valparaíso, el artículo Acción de la Europa en América, con el sugestivo subtítulo de Notas de un español americano a propósito de la inter-

(33) Juan B. Alberdi: Memoria sobre la conveniencia y objetos de un Congreso General Americano. En: Obras Selectas, t. VI, pág. 5.

(34) *Ibidem*, pág. 10.

vención anglo-francesa en el Plata. En él, hizo la apología de la civilización europea y demostró un excesivo desprecio e incompreensión hacia lo indígena. América queda reducida a lo que llevaron los europeos: "Todo en la civilización de nuestro suelo es europeo. Podríamos definir la América civilizada diciendo que es la Europa establecida en América". "La América es un descubrimiento europeo. El europeo Colón la descubrió; la europea Isabel fomentó el descubrimiento; los europeos Cortez, Pizarro, etc, la poblaron de esta gente que hoy la posee, que no es indígena ciertamente" (35). "Nosotros - continúa - los que nos llamamos americanos, no somos otra cosa que europeos nacidos en América. Nuestro cráneo, nuestra sangre, son de molde europeo." "Somos, pues, europeos por la raza y por el espíritu, y nos preciamos de ello." (36) Al hacer la apología europea, la hace también a España; el anti-hispanista Alberdi - lo era en esos momentos - debe reconocer que su admirada cultura europea fue llevada a América por España. Este acto de verdadera justicia hacia España se ve empañado por el objetivo del ensayo que es justificar la presencia de las escuadras de dos naciones extranjeras en Argentina. El hecho de que esas naciones pertenecieran a la "Vieja Europa", no justificaba la intrusión y, mucho menos, la actitud de muchos argentinos que no sólo la defendieron, sino que, como fue el caso de Alberdi, la defendieron y elogiaron con tan peregrinas justificaciones.

Con motivo de la celebración del 25 de mayo de 1847, aniversario de la revolución, publicó Alberdi el folleto La República Argentina treinta y siete años después de su Revolución de Mayo por un ciudadano de aquel país. En momentos en que el país se despedazaba por la lucha de las dos facciones en pugna, Alberdi se eleva sobre ellas para proponer una concordia que superara las

(35) Juan B. Alberdi: Acción de Europa en América. En: Obras Selectas, t.V, pág. 27.

(36) Ibidem, págs. 29-30.

fricciones entre argentinos. Hace la crítica a la actuación tanto de unitarios como de federales, reconociendo errores y aciertos de unos y otros. Se enfrentó con la figura de Rosas con cierta objetividad por lo que provocó el resentimiento de los emigrados que sólo aceptaban las diatribas contra el dictador. El mismo Bcheverría desaprobó el folleto. La tesis principal del ensayo es que la tiranía no es sólo adjudicable a Rosas, sino al estado social del cual Rosas no es sino un producto. El trabajo reviste interés ya que revela la posición de Alberdi frente al proceso político argentino y también cuál era su pensamiento conciliador para lograr la solución de los problemas del país.

En mayo de 1852 apareció en Valparaíso, Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina derivados de la ley que preside el desarrollo de la civilización en América del Sud. El libro, escrito con gran rapidez y en forma improvisada, según confiesa el mismo autor, es una respuesta al estímulo creado por la caída de Rosas y a la necesidad de emprender la organización nacional. Es la obra de Alberdi que más fama ha adquirido y la más trascendente.

Los aspectos que hacen al pensamiento histórico de la obra, así como los que aclaran el pensamiento político de su autor, serán tratados en los puntos correspondientes; interesa aquí ver las circunstancias de su aparición, su contenido general, y las fuentes e influencias que revela. Alberdi dio a la obra, al principio, un carácter de proclama y ello justificó la premura con que fue escrita; pero, las circunstancias hicieron que las Bases se convirtieran en un tratado doctrinal, cosa que, según Groussac, ocurrió sin que Alberdi revisara el texto y salvara las "circunstancias, repeticiones e innumerables errores históricos que contiene" (37).

(37) Paul Groussac: op. cit., págs. 267-268.

El momento político era propicio para que el trabajo fuera ávidamente leído. Alberdi mandó ejemplares a todos sus amigos, no sólo de Argentina y Chile, sino también de Europa y los Estados Unidos. El general Urquiza, jefe del pronunciamiento que había derrocado a Rosas, leyó la obra y escribió a Alberdi elogiándola. Juicios similares recibió en general, aún de quienes, como Sarmiento, luego se convertirían en enemigos y críticos implacables de Alberdi.

Se hicieron de las Bases diversas ediciones. Se han señalado siempre dos fundamentales: la "príncipe" de 1852 y luego la definitiva, de 1856, realizada en Besanzón. Ricardo Rojas, ha indicado cuáles fueron las ediciones anteriores a la definitiva y cuáles fueron los agregados y correcciones que en ellas se hizo al texto original (38). En el año 1852, además de la primera, se hicieron dos ediciones más: una, también en Chile y otra, en Argentina. Esta última es una reproducción exacta de la primera. La segunda, en cambio, tiene agregados, y entre ellos, el más importante es el del Proyecto de Constitución. Estas tres ediciones fueron anteriores al Congreso Constituyente de 1853. La edición definitiva, la de Besanzón, incluyó otros trabajos del autor, todos bajo el título de Organización política y económica de la República Argentina y es la edición posterior al Congreso Constituyente y luego repetida en otra, también de Besanzón, de 1858, reproducida en la mayoría de las ediciones posteriores.

El carácter circunstancial de las Bases, motivado por la situación que vive el país después de la batalla de Caseros, es señalado por el mismo Alberdi en el prólogo de la obra: "La victoria de Monte Caseros por sí sola no coloca a la República Argentina en posesión de cuanto necesita. Ella viene a ponerla en el camino de su organización y progreso, bajo cuyo aspecto con-

(38) Ricardo Rojas: op. cit., pág. 914.

siderada, esa victoria es un evento tan grande como la revolución de Mayo, que destruyó al gobierno colonial español" (39). La nueva circunstancia histórica coloca al país en situación similar a la de 1810: "nos hallamos como en 1810 en la necesidad de crear un gobierno general argentino y una constitución que sirva de regla de conducta a ese gobierno. Toda la gravedad de la situación reside en esta exigencia..." "la República Argentina carece hoy de gobierno, de constitución y de leyes generales que hagan sus veces..." "La República Argentina, simple asociación tácita e implícita por hoy, tiene que empezar por crear un gobierno nacional y una constitución general que le sirva de regla" (40). Señala Alberdi luego que para llegar al nuevo orden constitucional y a la organización política, es necesario establecer sobre cuáles "bases" y "puntos de partida" deberán realizarse. Enunciarlos, es el objetivo del libro: "He aquí la materia de este libro, fruto del pensamiento de muchos años, aunque redactado con la urgencia de la situación argentina" (41).

Para explicar esas "bases" Alberdi divide la obra en cuatro partes: la primera, histórica, trata el desarrollo constitucional argentino. Para ello, establece dos épocas: desde 1810, con la revolución de Mayo, hasta el final de las guerras de independencia, la primera; y desde esa época hasta la caída de Rosas, la segunda. Analiza las constituciones argentinas de 1819 y 1826 y las compara con diferentes constituciones sudamericanas, todas

(39) Juan B. Alberdi: Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina derivados de la ley que preside el desarrollo de la civilización en la América del Sud, en Obras Selectas, t. X, pág. 15

(40) Ibidem, pág. 16.

(41) Ibidem

erróneas desde el punto de vista del desarrollo del progreso. La segunda parte se ocupa de la organización constitucional que se debía dar al país y que, de acuerdo a los criterios historicistas que Alberdi adoptó, debía ser diferente a las anteriores y adecuada a las circunstancias de esos momentos. Por ello propició un régimen mixto que superara las antinomias que habían devorado al país hasta estos momentos. La tercera parte, política, constituye un programa para los gobiernos que surgieran de la organización nacional. La última parte es el Proyecto de Constitución que agregó a partir de la segunda edición.

Los fervores que en principio despertaron las Bases, fueron trocándose en críticas, en parte motivadas por las especiales características políticas de los momentos que se vivían y que llevaron a la escisión entre Buenos Aires y la Confederación Argentina. Lo primero que se negó a la obra fue originalidad. Era muy evidente la influencia de la constitución chilena en cuanto al establecimiento de un ejecutivo fuerte y de la de los Estados Unidos en cuanto al federalismo que propició. Se pusieron también en evidencia las influencias de El Federalista, de Story, y de Rossi - autor del proyecto de constitución para los cantones suizos de 1832- al que Mitre consideró que Alberdi había mal copiado.

El autor de las Bases no negó las influencias: "Tomando lo que había en el buen sentido general de esta época, habré tomado ideas a todos, y de ello me lisonjeo, porque no he procurado separarme de todo el mundo, sino expresar y ser eco de todos..." (42). Luego, agrega: "Pero no creo haber copiado a nadie tanto como a mí mismo. Las fuentes y orígenes de mi libro de las Bases, son: Preliminar al estudio del derecho, de 1837; mi palabra simbólica, en

(42) Juan B. Alberdi: Cartas Quillotanas. En: Obras Completas, t. IV, Buenos Aires, 1887, pág. 94.

el "Credo" de la "Asociación de Mayo de 1838"; El Porvenir, de 1840; Memoria sobre un Congreso Americano, de 1844; Acción de la Europa en América, de 1845; Treinta y siete años después, de 1847. He ahí los escritos de mi pluma, donde hallará Ud. los capítulos originales que he copiado a la letra en el libro improvisado de mis Bases. A eso aludí cuando llamé a ese libro: reducción breve de pensamientos antiguos" (43). Con el párrafo anterior demuestra Alberdi que las Bases, en buena medida, constituyen una síntesis de casi todos sus trabajos anteriores, muchas de cuyas páginas reproduce textualmente y, a veces, sin hacer las aclaraciones pertinentes. Entre el Fragmento de 1837 y las Bases de 1852, hay una coincidencia de pensamiento que se basa en la idea romántica de la existencia de una ley de progreso local, argentina, en armonía con una ley del progreso universal, idea ya revelada en el título mismo de la segunda de estas obras.

En sentido estricto, la falta de originalidad de las Bases es innegable, aunque en cierto sentido justificable por la época y el medio en que fueron escritas. Quizá el crítico más implacable de la obra haya sido Paul Groussac y no sin cierta dosis de razón: "el libro las Bases, con ser indiscutiblemente el menos vacío entre los de Alberdi, aparece hoy ante cualquier espíritu juicioso como una improvisación subalterna, de fondo y forma pobrísimos, tan incierta en los hechos como inconsistente en la doctrina" (44). A pesar de la crítica tan severa de Groussac, no deja de reconocer en Alberdi, ciertos méritos intelectuales: "sus conocimientos significaban algo más que el barniz brillante del hombre de mundo: correspondían a la información de segunda mano, pero nada despreciable de un buen periodista" (45). A esa informa-

(43) Juan B. Alberdi: Cartas quillotanas, pág. 94.

(44) Paul Groussac: op. cit., págs. 355-356.

(45) Ibidem, pág. 276.

ción, nosotros agregaríamos una cierta lucidez y un sentido realista para captar los problemas concretos de la Argentina.

Otro aspecto discutido por la crítica es el de la influencia Bases pudo haber tenido en la Constitución Nacional de 1853. En general, esa influencia es aceptada y reconocida, aunque algunos -Groussac entre otros- la niegan totalmente, lo cual resulta exagerado, como exagerado es también llegar a afirmaciones como la que se ha hecho en la edición oficial de las Obras Completas de Alberdi en cuanto a que la constitución de 1853 se promulgó con

la el Proyecto de Constitución contenido en las Bases. Creemos que, aunque no inspirar totalmente a la constitución, el texto de Alberdi, única forma de organización constitucional argentina existente en los momentos de su promulgación, debió ser tenido en cuenta por los constituyentes, quienes, por otra parte, tuvieron oportunidad de hacerlo ya que un ejemplar del libro estuvo en la Sala de Sesiones.

Después de la publicación de las Bases, Alberdi escribió dos obras que corresponden a su polémica con Sarmiento: Cartas sobre la prensa y la política militante de la República Argentina, de 1853 y Estudios de la Constitución de 1853, obras que, en realidad, poco agregan a la explicación del pensamiento del autor, ya contenido en sus obras anteriores, el Franquismo y las Bases. Sirven sí para conocer el enfrentamiento entre las dos grandes figuras de la generación de 1837.

De los años de sus misiones diplomáticas europeas, dejó Alberdi una minuciosa Memoria en que el ministro de la Confederación Argentina en las Cortes de Inglaterra, Francia y España da cuenta a su gobierno de los trabajos de su misión desde 1855 hasta 1860, en ocasión de las renuncias que hace de todos sus empleos, publicada en París, en 1860.

A partir de su radicación definitiva en Europa, poco fue lo que publicó Alberdi, aunque sí fue mucho lo que escribió y guar-

dó y que recién fue conocido después de su muerte cuando se publicaron los ya citados Escritos póstumos. El primero de estos tomos estuvo dedicado a los que se titularon Escritos económicos y que constituyen el de mayor interés desde nuestro punto de vista, pues en ellos, con el objeto de analizar las crisis argentinas y sudamericanas, examina la época colonial, la revolucionaria, y la etapa de organización de las naciones hispanoamericanas, dando como resultado "una verdadera interpretación económica de la historia política argentina" (46), materia en la que es un verdadero precursor y que, sin caer en la fácil calificación de "materialista" a su autor, completa sí, sobre todo en el aspecto histórico y en el económico, el mundo de ideas en el que Alberdi vivió inmerso.

Necesariamente hemos eliminado en este análisis sobre el contenido de las principales obras de Alberdi, algunas que, sin carecer de significación, no son sin embargo fundamentales para el aspecto que aquí estudiamos. Tal es el caso de Peregrinación a la luz del día; El crimen de la guerra; o la casi póstuma La República Argentina consolidada en 1880 con la ciudad de Buenos Aires por capital.

(46) José Ingenieros: op. cit., pág. 359.

III - EL HISTORICISMO APLICADO A LA REALIDAD ARGENTINA.

Autores como Enrique de Gandía y, en alguna medida Ingenieros, afirman que Juan Bautista Alberdi es un verdadero filósofo de la historia. En realidad, el pensamiento de Alberdi careció de la sistematización y coherencia necesarios como para reconocerlo tal calificativo. Tampoco su formación filosófica fue lo suficientemente profunda. Sin embargo, es indudable que recurre a la filosofía de la historia y, aplicándola a la realidad argentina, trata de entenderla e interpretarla. Alberdi, imbuído del historicismo característico del movimiento romántico y, recurriendo a una serie de principios tomados de autores europeos -Lerminier sobre todo y, a través de éste, Vico-, intenta dar una visión completa de la historia americana y argentina.

Ya en el Fragmento preliminar, primera de sus obras importantes, explica cuál es, a su juicio, la misión de la filosofía de la historia, a la que él asimila con un conocimiento de la ley que rige el desarrollo de un pueblo: "...queda todavía por estudiar la ley que sigue en su desarrollo, es decir, la teoría de la vida de un pueblo: lo que constituye la filosofía de la historia. Otra ciencia nueva que nos es desconocida, y cuya inteligencia nos es tanto más precisa, cuanto que su falta ha sido y es la fuente de los infinitos obstáculos que ha encontrado nuestro desarrollo político, desde la caída del antiguo régimen" (47).

Alberdi confía en la filosofía de la historia, en la utilidad de su conocimiento, porque está convencido de la existencia de un desenvolvimiento histórico fatal y necesario. Es por ello que hace grandes elogios de Vico, cuya difusión cree que puede ser muy útil en el Río de la Plata: "Sabemos que el Sr. de Angelis, trata de hacernos conocer a Vico. Haría un grande servicio a nues-

(47) Juan B. Alberdi: Fragmento preliminar ..., págs. 2 y 3.

tra patria. Vico es uno de los que han enseñado a la Europa, la filosofía de la historia. Sea cual fuere el valor actual de sus doctrinas, él tiene el grande mérito de haber aplicado la filosofía de la historia; y su obra es todavía una mina de vistas nuevas y fecundas, una Ciencia nueva, en todo el sentido de la palabra" (48).

Las preocupaciones de Alberdi por explicarlos fenómenos históricos desde principios universales, ha hecho que el historiador de la historiografía Rómulo Carbia, al considerar en la historiografía argentina dos vertientes, la erudita y la ensayística o "filosófica", sitúe a Alberdi, junto con Sarmiento, entre quienes cultivan la segunda, señalando además, que presentan gran afinidad con la sociología. (49).

Interpretar filosóficamente la historia argentina es, para Alberdi, encontrar la justificación doctrinaria de las bases jurídicas y políticas de la formación de la Nación Argentina y de su organización. La gran legalidad de la historia está dada, para Alberdi, en la ley del progreso. Hay un progreso indefinido con un fin que es providencial. "Así, el fin providencial de esa ley de expansión es el mejoramiento indefinido de la especie humana, por el cruzamiento de las razas, por la comunicación de las ideas y creencias y por la nivelación de las poblaciones con las subsistencias" (50). Pero, con ser universal, la ley de progreso se encarna en lo particular; existen formas locales del progreso, y por lo tanto, una ley argentina de progreso. La Argentina, para desarrollarse y poder llegar a un nivel de país civilizado, debe conocer su ley particular del progreso, pues

(48) Juan B. Alberdi: Fragmento preliminar..., pág. 3.

(49) Rómulo D. Carbia: Historia crítica de la historiografía argentina. Desde sus orígenes en el siglo XVI, Buenos Aires, 1940, pág. 240.

(50) Juan B. Alberdi: Bases y puntos de partida..., pág. 11.

"un pueblo civilizado lo es únicamente cuando se basta a sí mismo, cuando posee la teoría y la fórmula de su vida, la ley de su desarrollo. Luego, no es independiente sino cuando es civilizado" (51).

Las fuerzas locales, telúricas, muestran la forma particular de darse el progreso y, antes de perturbar la acción providencial, deben estimularla. La vigencia de la ley, no anula la libertad; la voluntad humana, sin intentar contradecirla, puede adecuar su acción a los condicionamientos locales. La mejor expresión del cumplimiento de la ley del progreso es el logro del estadio democrático de un pueblo; aunque Alberdi no identifica democracia con voluntad popular, pues ésta, puede ser arbitraria.

El temor a las masas que apoyaron incondicionalmente a Rosas, le hace caer a Alberdi, como a Echeverría, en un liberalismo aristocratizante en el que la verdadera decisión del pueblo sólo puede darse cuando ya se ha alcanzado un cierto grado de civilización, Alberdi acomoda, pues, sus predicamentos políticos a la idea de que la ley de desarrollo lleva a una situación democrática, pero esta situación no puede darse sino cuando el pueblo, mediante la educación pública, ha llegado a un grado de cultura que le permite disponer de su voluntad. Voluntad popular, en este caso, equivale a razón popular.

Alberdi, preocupado por el problema constitucional, aplica el historicismo, sobre todo, al campo del derecho. Propicia una organización que contemple "las leyes generales del espíritu humano, con las individualidades de nuestra condición nacional" (52). Pero lo que propicia en el campo de la organización jurídica y constitucional, debido a su concepción orgánica de la cultura, lo extiende a los otros campos de la vida nacional, pues "el de

(51) Juan B. Alberdi: Fragmento preliminar..., págs. 11-12.

(52) *Ibidem*, pág. 12.

recho sigue un desenvolvimiento perfectamente armónico con el del sistema general de los otros elementos de la vida social; es decir, que el elemento jurídico de un pueblo se desenvuelve en un paralelismo fatal con el espíritu económico, religioso, artístico, filosófico de este pueblo; de suerte que cual fuere la altura de su estado económico, religioso, artístico y filosófico, tal será la altura de su estado jurídico..." (53). La estructura social en general, debe responder a las características históricas del país, por lo que -considera Alberdi- "ya es tiempo de estudiar su naturaleza filosófica y vestirle de formas originales y americanas". "Que la industria, la filosofía, el arte, la política, la lengua, las costumbres, todos los elementos de la civilización, una vez conocidos en su naturaleza absoluta comiencen a tomar francamente la forma más propia que las condiciones del suelo y de la época les brindan" (54).

Al plantearse el problema del derecho, despliega pues Alberdi su concepción orgánica de la cultura, según la cual, el progreso debe darse simultáneamente en los diferentes aspectos de la vida de un pueblo: el arte, la política, la moral, la religión, los que, por otra parte, son elementos en los que existe una relación tal, que ninguno puede desarrollarse al margen de los otros. Por ello es que, ya en 1837, al formular en el Fragmento una política cultural, como condición indispensable para la formación de una "conciencia nacional", propicia lo que él llama "unidad" del pueblo argentino; unidad que debía comprender los diversos aspectos de la vida nacional y que debía llevar a una sociedad homogénea. "Entonces, cuando la unidad filosófica haya puesto fin a la incoherencia general que domina nuestro espíritu, cuando hayamos adquirido la unidad moral, artística, indus-

(53) Juan B. Alberdi: Fragmento preliminar..., págs. 2-3.

(54) Ibidem, pág. 12.

trial, escribiremos nuestra legislación, que es la expresión de la unidad social" (55). Las leyes, pues, para Alberdi, deben ser una consecuencia de la unidad cultural o filosófica.

En el pensamiento alberdiano, más que en el estricto historicismo, la razón se convierte en un elemento fundamental para el logro de la libertad: "La emancipación no es un hecho simple: es el complejo de todas las libertades... No hay más que una libertad -la de la razón- con tantas fases como elementos tiene el espíritu humano... Es pues menester desenvolver la razón, y desenvolverla en todo sentido, para completar el cuadro de nuestros libertades" (56). Por ello, propicia para la inteligencia argentina el cultivo de la filosofía, pues tener una filosofía, dice, "es tener una razón fuerte y libre; ensanchar la razón nacional, es crear la filosofía nacional, y por tanto, la emancipación nacional" (57).

Para Alberdi, la revolución de Mayo argentina es tan hija de la filosofía del siglo XVIII como la misma revolución francesa. Se identifica, pues, con los principios fundamentales de esa filosofía, aunque hijo del siglo XIX, con actitudes historicistas señala los excesos del siglo anterior; entre ellos, el "haber difundido la doctrina del materialismo puro de la naturaleza humana" (58).

Se da, en Alberdi, una confluencia de dos corrientes de pensamiento: el historicismo romántico y el racionalismo del siglo XVIII. Los fines, para él, siguen siendo "iluministas", aunque los medios para lograrlos se hayan convertido en "historicistas".

(55) Juan B. Alberdi: Fragmento preliminar..., pág. 47.

(56) Ibidem, págs. 11 y 12.

(57) Ibidem.

(58) Ibidem.

A partir de los presupuestos de estas dos corrientes, Alberdi arriba a una interpretación de la historia argentina en la que predominan los enfoques económicos. Ello ha hecho que algunos críticos le tilden de materialista. Según Alejandro Korn, el historicismo de Alberdi, que tiene fuertes influencias de Leroux y Saint-Simon, está despojado de "declamación romántica" y de divagaciones utópicas. Para él, Alberdi antes que "Marx descubre el imperio histórico de las fuerzas económicas" (59).

Coriolano Alberini (60), encuentra que es absurdo hablar de materialismo en Alberdi, ni del "moral" ni del "histórico". Alberdi, por evitar las abstracciones y las divagaciones retóricas tan caras a la época rivadaviana, consideró especialmente los factores concretos, prácticos de la historia y la política argentinas. Pero siempre priva en él el sentido histórico y jamás subordina los elementos espirituales a la economía. En ningún momento deja de considerar el impulso providencialista del progreso en la historia que constituye, para él, la causa primera; las causas segundas, las utilitarias, son sólo medios para llegar a un fin que no es precisamente material. Nunca el factor económico se convierte en causa primera de la historia. Por otro lado, es evidente el valor de lo religioso en Alberdi. Podrá acusársele de ciertos devaneos heterodoxos, pero nunca de irreligiosidad. Por el contrario, su sentido religioso le lleva no sólo a una invocación a Dios en su proyecto de constitución, sino a propiciar un estado que adopte y sostenga el culto católico.

La concepción de la libertad en Alberdi es esencialmente cristiana y si sostiene la libertad de cultos, es siempre y cuando éstos no contradigan a la moral cristiana. "El pueblo que quiera

(59) Alejandro Korn: op. cit., pág. 205.

(60) Coriolano Alberini: op. cit., pág. 235.

ser libre -afirma Alberdi- ha de ser industrial, artista, filósofo, creyente, moral. Suprímase uno de estos elementos, se vuelve a la barbarie. Suprímase la religión, se mutila al hombre. La religión es el fundamento más poderoso del desenvolvimiento humano. La religión es el complemento del hombre..." (61).

Sin pretender que Alberdi fuera materialista, ni siquiera un pragmático o un positivista, es evidente que hay que reconocer que en una época en que no era nada común, reivindica la importancia de los factores económicos en la historia. Esto se hace notable en los escritos del último período de su vida, especialmente en los agrupados bajo el título de Escritos económicos en los que, como veremos oportunamente, hace una revisión de los diferentes períodos de la historia argentina desde una perspectiva económica. Llega inclusive, en su afán de reducir lo histórico a leyes necesarias y válidas, al determinismo geográfico. "Nuestros países no tienen más política que la que les impone su geografía. Son gobernados en las direcciones de su política por las formas del suelo, como las corrientes de sus ríos" (62), dice en uno de sus últimos ensayos, y más adelante agrega: "Con la descripción física de un país, fácil es figurarse cómo serán sus hombres" (63).

Al considerar la influencia de lo geográfico, y del suelo en especial, afirma Alberdi que la riqueza demasiado fácil es perjudicial para un país: "El peor elogio que se puede hacer de un país es decir que no tiene necesidad del trabajo del hombre para producir lo que alimenta la vida del hombre" (64). "Es la

(61) Juan B. Alberdi: Fragmento preliminar..., pág. 17.

(62) Juan B. Alberdi: Pensamientos sobre política. En: Obras Seleccionadas, t. XVIII, pág. 75.

(63) Ibidem, pág. 88.

(64) Ibidem, pág. 89.

tierra pobre la que produce al hombre rico, porque su pobreza produce al trabajador. Ejemplo de ello: todo el norte de los dos mundos" (65). Para Alberdi, pueden sentirse felices los países con territorios áridos o fríos, como es el caso de Prusia o de Holanda, y desgraciados, en cambio, los pueblos cuyos suelos producen fácilmente el sustento, Egipto, India, Brasil, por ejemplo. Hay en todo esto una notable anticipación a la teoría desarrollada por Toynbee, en nuestro siglo, sobre cómo, en los países naturalmente deprimidos, los factores adversos operan como estímulos que los lleva a superar su condición natural y compensarla. Debido a ello desarrollan una vitalidad que no es frecuente en los países más naturalmente favorecidos.

Si ya en 1842 Alberdi propiciaba una filosofía americana alejada de lo puramente especulativo, y desarrollada en sus aspectos de aplicación práctica, el mismo afán le llevaría, años más tarde, a abrazar con confianza a la nueva ciencia de la sociología. "De todas las ciencias morales y políticas, la más útil, la más necesaria, la más aplicable, la más positiva, es la ciencia social o sociología, como la llamó Comte y la ha sancionado la Academia Francesa" (66). Cree Alberdi que la nueva ciencia puede formular la ley del cuerpo social, similar a un cuerpo natural. La ciencia social no podrá impedir que se cumpla lo que lo social realiza por su propia naturaleza, pero será útil en cuanto podrá señalar ese condicionamiento o esa limitación de la vida del ser humano. El progreso se cumple naturalmente y es el resultado de la incidencia de factores o condiciones naturales: "Cuando una sociedad reúne condiciones naturales de territorio, de clima, de raza, de historia, de contactos, su progreso será resultado natural de esas de esas condiciones, no importa al gobierno que le toque" (67).

(65) Juan B. Alberdi: Pensamientos sobre política, pág. 89.

(66) Ibidem., pág. 80.

(67) Ibidem., pág. 86.

Es con estos criterios científicos aplicados a lo social que Alberdi enfrentará el conocimiento del pasado. Prácticamente, desde su conversión a lo "social", ya no cabe para él la historia, al menos, la historia tal como había sido entendida tradicionalmente. "El día que la ciencia social esté más desparramada y conocida en nuestra América del Sud, dejaremos de tener historiadores capeados en probarnos que el cambio de su vida, que se llama revolución americana, ha sido la obra de tal o cual general victorioso". Cabe ahora el estudio de la sociología para llegar a "conocer las leyes naturales en cuya virtud se producen, crecen y se perfeccionan las sociedades" (68).

Es evidente que, lector infatigable, Alberdi, que había iniciado sus interpretaciones de la realidad americana bajo las influencias de Rousseau y Montesquieu, fue adecuando su pensamiento a las diferentes corrientes que fue conociendo y así, pasando primero por el historicismo romántico, desembocó en un sociologismo positivo al estilo de Comte, y en un casi naturalismo spekeriano, pero sin caer decidida y exclusivamente en una única línea de pensamiento. Fue más bien un ecléctico que, a veces sin mayor rigor, recibió y moldeó elásticamente elementos de las más diversas corrientes filosóficas. Ello ha provocado reacciones por las contradicciones en las que se incurrido. Lo que es permanente en él, es su preocupación por buscar en esas diferentes fuentes, pautas de interpretación y conocimiento de su país y búsqueda de soluciones a los más diversos y concretos problemas.

(68) Juan B. Alberdi: Pensamientos sobre política, pag. 85.

IV - INTERPRETACION DEL PASADO ARGENTINO. EL PROCESO EMANCIPADOR

La obra de Alberdi no sólo reviste interés historiográfico por cuanto implica una interpretación de la realidad argentina desde la perspectiva de los postulados del historicismo romántico. Además de ello, lo concretamente histórico, está siempre presente, y hay una interpretación de los diferentes períodos y de determinados hechos de la historia nacional. El análisis de Alberdi comprende la época colonial y también la etapa independiente: revolución de independencia, enfrentamientos de partidos, caudillismo, hasta finalizar con la época de Rosas.

En algunas oportunidades, el autor sobrepasa los límites argentinos para intentar una interpretación de la historia y los destinos de América. Esto se ve en Memoria sobre la conveniencia y objeto de un Congreso General Americano; Acción de la Europa en América; y algunos pasajes de las Bases. En ellas, estudia los condicionamientos históricos, comunes a los diferentes pueblos hispanoamericanos y sus limitaciones y problemas, y también sus posibilidades futuras.

Para sus estudios de historia argentina y sudamericana, adoptó Alberdi una periodización en la que, además de la época colonial, reconoce dos etapas hasta el año 1850: "Dos períodos esencialmente diferentes comprende la historia constitucional de nuestra América del Sur: uno que principia en 1810 y concluye con la guerra de la Independencia contra la España, y otro que data de esta época y acaba en nuestros días" (69).

Quizá, el criterio más evidente con que enfrenta Alberdi el estudio de la historia es el económico, cuya importancia, tantas veces olvidada, él reivindica: "Los historiadores, como los publicistas ignoranos no se ocupan de Economía política ordinaria-

(69) Juan B. Alberdi: Bases y puntos de partida..., pág. 17.

mente. Obrando de ese modo, ellos descuidan lo principal, pues los hombres y los pueblos se gobiernan por los intereses que sirven a su existencia, no por ideas: las ideas cubren intereses casi siempre" (70). Para Alberdi, el interés actúa como factor decisivo en la historia: "Toda revolución tiene su ley natural, según la cual se produce naturalmente. En virtud de esa ley, toda revolución se hace o produce por un interés que debe satisfacer a una necesidad esencial a la vida del país" (71).

Esta preocupación por los factores materiales, económicos, se acentúa en Alberdi con el transcurso del tiempo, hasta llegar, en Escritos económicos, a una verdadera interpretación económica general de la historia política argentina. Ello es lo que - como ya hemos señalado - ha hecho que algunos críticos le consideraran como un precursor del materialismo histórico. En realidad, la labor propiamente histórica de Alberdi es más que nada una aproximación a determinados temas. Rómulo Carbia señala que se valió de unas "informaciones por lo regular exiguas" (72). Careció, pues, del material y de las investigaciones previas rigurosas, referidos a los diferentes aspectos de la actividad económica-financiera, que hubieran podido darle una mayor validez científica a sus interpretaciones.

Comienza Alberdi siempre, en sus ensayos históricos, analizando el período colonial, pues es allí donde encuentra el origen de la situación de las naciones sudamericanas y de los males que ellas padecían: "Las Repúblicas de la América del Sur son producto y testimonio vivo de la acción de la Europa en América. Lo que llamamos América independiente no es más que la Europa establecida en América" (73).

(70) Juan B. Alberdi: Escritos económicos, pág. 102.

(71) Juan B. Alberdi: Pensamientos sobre política, pág. 41.

(72) Rómulo D. Carbia: op. cit., pág. 240.

(73) Juan B. Alberdi: Bases y puntos de partida..., pág. 67.

La pobreza de la América española, proviene de la propia pobreza de la península: "La América antes española es pobre desde su origen y por causa de su origen, que debió a una nación pobre ella misma, cuando la descubrió y conquistó, a causa de una guerra santa de ocho siglos en que olvidó o aprendió a ignorar el trabajo, que es la sola fuente de la riqueza" (74). España transmitió a las colonias sus viejos males de naturaleza económica. Las conquistó para gloria de la corona y para la propagación de su fe católica. Pero - reconoce Alberdi - no podía transmitir aquello que no tenía, o sea, aptitud para la industria o el comercio. Hace un enjuiciamiento implacable en el que enumera las malas aptitudes económicas españolas, heredadas luego por la América por España conquistada: "Mal poblada, porque lo fue mal poblada ella misma por una guerra de ocho siglos, recibió en herencia orgánica la ignorancia y el desden al trabajo; el odio a la fe disidente; el amor a la adquisición del oro sin trabajo; el error de que tener minas era ser rico, con tal de tener esclavos para hacerles trabajar; el error de que extender los dominios, es decir, el suelo de la corona, era extender su poder y grandeza..." (75).

La proclividad al aislamiento es otro de los males enraizados en las tradiciones coloniales: "...el aislamiento como principio de existencia social y garantía de seguridad contra la condición del extranjero; la prohibición de todo comercio con el extranjero..." (76). Encuentra a los españoles poco inclinados al trabajo por lo que, la constitución económica española - afirma - se basó en la explotación de los países montañosos, ricos en minas, y en el uso del indígena para la mano de obra, o del negro

(74) Juan B. Alberdi: Escritos económicos, pág. 91.

(75) *Ibidem*, pág. 92.

(76) *Ibidem*, pág. 93.

cuando el indio escaseó.

A pesar de los graves cargos que Alberdi hace a la dominación española, no deja de reconocer - como hicieron algunos otros hombres de su generación - algunos méritos indudables de la conquista y colonización: "Con toda su incapacidad para las cosas económicas, la España ha hecho un servicio sin paralelo a la riqueza de las naciones, poniendo a su disposición una cuarta parte del globo terráqueo que vivía ignorada, cuya conquista ha cambiado los destinos de la civilización moderna y del género humano todo entero" (77). Por otra parte, reconoce, no hizo a América distinta a sí misma, sino que por el contrario, "la hizo a su imagen naturalmente. No podía inventar una organización especial para su territorio ultramarino" (78).

La situación económica en que se hallaban las naciones hispanoamericanas se debía, en definitiva, al régimen económico colonial de tres siglos, régimen que reprodujo en América el existente en España, país que, por temperamento y circunstancias históricas - el desgaste de ocho siglos de luchas contra los moros, por ejemplo - era el menos inclinado al trabajo en Europa, y a la producción económica que vio disminuida por los dos males fundamentales: el aislamiento y la ausencia de industrias.

Para Alberdi, tanto la revolución de Mayo en Argentina, como el resto de los movimientos de independencia americanos, tienen un sentido profundamente económico: apertura de las antiguas colonias españolas al comercio mundial. Pero sus dirigentes no supieron crear las estructuras económicas adecuadas, pues sus necesidades y preocupaciones inmediatas eran lograr la independencia, por un lado; y por el otro, dotar de una organización democrática al país. "En ese período, en que la democracia y la independencia eran todo el propósito constitucional; la riqueza, el progreso

(77) Juan B. Alberdi: Escritos económicos, pág. 93.

(78) *Ibidem*, pág. 95.

material, el comercio, la población, la industria, en fin, todos los intereses económicos, eran cosas accesorias, beneficios secundarios, intereses de segundo orden, mal conocidos y mal estudiados, y peor atendidos por supuesto..." (79). A pesar de ello, al abrirse al comercio las zonas más ricas de América, se produjo la afluencia de riquezas europeas de todo orden: "La caída del gobierno español en 1810, es decir, la apertura de la América antes colonial al comercio del mundo, fue la señal de un desborde o invasión de riqueza comercial europea en el nuevo mercado" (80). Se produce, pues, un gran estado de riquezas; es la época de los primeros empréstitos de Inglaterra a los países sudamericanos; pero a la riqueza sucede la crisis. No existe ya el gobierno colonial, pero todavía no hay un gobierno sólido que pudiera garantizar la paz. A pesar de que los gobiernos lo pretenden y que desean lograr una organización estable, aún no lo han conseguido. Además, la revolución fue un cambio interior, ya que no cambió la condición económica exterior. Pese a los cambios, las estructuras económicas coloniales permanecieron, no fueron desmontadas.

Al fracaso económico se unió el gran error político de dar la soberanía al pueblo, con lo que la libertad se vio necesariamente desvirtuada y reemplazada por el despotismo personal. Así se explica el surgimiento de Rosas, que representó el fracaso de los ideales democráticos de Mayo y el resurgimiento de las formas hispano-criollas. Esta restauración del antiguo régimen colonial en la persona de Rosas, se produjo en forma paralela a otras restauraciones similares en otras partes de América: Santa Ana en Méjico, los Monagas en Venezuela, por ejemplo. Solamente a la caída de los dictadores se producirá un nuevo perfo-

(79) Juan B. Alberdi: Bases y puntos de partida..., pág. 19.

(80) Juan B. Alberdi: Escritos económicos, pág. 115.

do de prosperidad económica.

Con respecto a la interpretación de las luchas civiles argentinas que desembocarían en la dictadura rosista, la hace Alberdi, en sus primeras obras, desde una perspectiva política de gran realismo y validez, inclusive desde posiciones actuales. Parte de la base de que los dos bandos en pugna -unitarios y federales- habían cometido errores y, si a los segundos debía reprochárseles la tiranía, a los primeros debía criticárseles el haber recurrido a la alianza con países extranjeros para combatirla.

Ya en 1847, en La República Argentina treinta y siete años después de su revolución de Mayo, al tratar de ver qué representaba Rosas en el proceso político argentino, llega a la conclusión Alberdi de que si pese a los ataques, la autoridad de Rosas no se había visto afectada y, por el contrario, la dictadura continuaba, ésta no podía explicarse sólo por el despotismo del dictador, sino que, además, debía ser el resultado de una situación social que la mantenía.

En el Fragmento preliminar había Alberdi aceptado el indudable predicamento popular de Rosas, en el que basó su poder autoritario. Al intentar el autor llegar a algo así como la justificación filosófica de la dictadura, chocó con sus amigos de la "Asociación de Mayo" y más aún con los viejos unitarios. Alberdi fue de los pocos antiguos enemigos de Rosas que lo vio en su exilio de Inglaterra. Después de la entrevista confesaría: "Al ver su figura toda, le hallé menos culpable a él que a Buenos Aires por su dominación... ¿Cómo ha podido este hombre dominar ese pueblo hasta ese extremo?" (81). En los párrafos que siguen, no puede disimular una cierta simpatía hacia el anciano dictador, a la

(81) Juan B. Alberdi: Rosas. En: Impresiones y recuerdos. En: Obras Selectas, t. V, pág. 480.

vez que insiste en interpretar a su gobierno como el resultado de una serie de circunstancias que, para él, son cada vez más claramente económicas.

En La República Argentina treinta y siete años después..., ve a Rosas como un producto inevitablemente argentino: "Rosas no es una entidad que pueda concebirse en abstracto y sin relación al pueblo que gobierna. Como todos los hombres notables, el desarrollo extraordinario de su carácter supone el de la sociedad a que pertenece". En Rosas se dan unas características que no son exclusivamente suyas, sino, en definitiva, del pueblo argentino del cual ha salido: "...El es lo que es porque es argentino; su elevación supone la de su país; el temple de su voluntad, la firmeza de su genio, la energía de su inteligencia, no son rasgos suyos, sino del pueblo, que él refleja en su persona"(82).

Esta comprensión o explicación de la figura de Rosas como fenómeno resultante de una serie de condicionamientos locales, no le impidió criticar acerbamente los que para él fueron los aspectos más negativos de la tiranía: la falta de libertad, la carencia de garantías individuales y, sobre todo, el no haber dado al país, además de un orden, una organización institucional estable. Criticó también los aspectos económicos del gobierno de Rosas pues consideraba que había mantenido al país en un estado de permanente pobreza. La dictadura significó para Alberdi, "una restauración reaccionaria contra el nuevo régimen de libertad formulado en 1810 por el doctor Moreno" (83).

En los momentos de mayor inquietud en Alberdi por encontrar fundamentaciones económicas para los fenómenos históricos y po-

(82) Juan B. Alberdi: La República Argentina treinta y siete años después de su revolución de Mayo. En: Obras Selectas, t. V, pág. 51.

(83) Juan B. Alberdi: Escritos económicos, pág. 9.

líticos, también encontró justificaciones de este tipo para la época de Rosas: "Rosas no creó el poder que ejerció como dictador omnipotente. El despotismo fue su causa y origen, no su efecto. Residía en el estado de cosas económicas que lo produjo a él como dictador" (84).

La crisis económica se superó -afirma Alberdi- con la caída de Rosas y, como ocurrió en otros países americanos, con la caída de sus respectivos dictadores sobrevienen nuevos períodos de prosperidad y riqueza. "En efecto, la revolución contra Rosas no fue en el fondo sino un cambio esencialmente económico. Basta decir que tuvo por objeto el comercio, la navegación, las aduanas, el tesoro, la deuda pública, etc, etc" (85). Pero, en realidad, Rosas no fue más que el representante de Buenos Aires y sus intereses, especialmente de los que provenían de su aduana. De esa forma, esos intereses volverían a levantarse contra el nuevo régimen liberal surgido en 1852. Como Alberdi está convencido de la existencia de una legalidad histórica a la que cada vez fundamenta más en intereses económicos, encuentra que si "la reacción contra el cambio liberal de 1852 hubiera dejado de producirse, la naturaleza humana y las leyes de la historia que gobiernan el progreso de los pueblos habrían dejado de ser lo que son y fueron siempre" (86). La lucha, pues, continúa. No entre Rosas y sus opositores, sino entre los intereses económicos de Buenos Aires, los mismos que habían engendrado y sostenido a Rosas y el nuevo régimen que lo derrocó, el que -según Alberdi- al revés de Buenos Aires, anteponía los intereses nacionales a los puramente locales. Esta pugna la ve Alberdi ejempli

(84) Juan B. Alberdi: Causas económicas de fenómenos políticos.

En: Obras Selectas, t. V, pág. 398.

(85) Juan B. Alberdi: Estudios económicos, pág. 9.

(86) Ibidem.

ficada en el orden constitucional. Así, "la Constitución Argentina de Mayo de 1853 es el manifiesto de la revolución liberal contra el régimen económico que prevaleció en Buenos Aires bajo Rosas hasta 1852; y la reforma de esta constitución con todos los precedentes que la produjeron en 1860, es el manifiesto de la reacción, que repuso las cosas económicas del país en el estado de crisis en que habían vivido bajo Rosas, y que empezaron a oponerse de nuevo desde el mismo año de 1852" (87).

Considera Alberdi a la historia argentina como una sucesión de crisis alternadas con épocas de prosperidad que, en el fondo, sólo están regidas por intereses de tipo económico y por el choque entre el afán de predominio de Buenos Aires y el resto de las provincias argentinas. El criterio es parcialmente válido y sobre todo novedoso, aunque Alberdi haya acomodado algunos hechos para adecuar "su teoría a los acontecimientos, llevándola hasta el extremo que mejor satisface sus paiones partidistas" (88). Reemplazó Alberdi el inicial juego dialéctico entre las dos fuerzas antagónicas -unitarios y federales- que representaban dos concepciones de vida, tal como lo planteara Sarmiento y aceptarían casi todos los románticos argentinos, por un enfrentamiento también dialéctico entre dos fuerzas -Buenos Aires, interior- en el que los factores de la antinomia son, fundamentalmente, económicos.

(87) Juan B. Alberdi: Escritos económicos, pág. 10.

(88) José Ingenieros: op. cit., pág. 365.

V - LA ORGANIZACION NACIONAL EN EL PENSAMIENTO DE ALBERDI.

No sólo lo histórico impregna al pensamiento de Alberdi. También lo político está siempre presente en él. En realidad, lo político es la preocupación principal de Alberdi y a ella todo está subordinado, inclusive lo histórico. En la mejor tradición del pragmatismo historiográfico, Alberdi recurre a la historia no por un mero afán científico, sino para encontrar en ella las soluciones a los problemas de su tiempo. Historia y política aparecen así permanentemente unidas en la obra de Alberdi. Historia sí, pero al servicio de la política.

La preocupación de Alberdi por los problemas políticos, si bien es, como hemos indicado, una constante de su pensamiento, se hace más evidente cuando, terminado el período de Rosas, la cantidad de problemas de toda índole exige soluciones. Es fundamental, entre otras cosas, elaborar una política argentina que sea lo resultante de un estudio profundo de la realidad y que constituya un intento serio y profundo de resolver los problemas. Ese es el sentido y la intención de las Bases, obra escrita precipitadamente, inmediatamente después del fin de la dictadura, con la intención de llegar a la auténtica organización política que los vencedores quieren dejar al país. "Hoy se busca -dice Alberdi- la realidad práctica de lo que en otro tiempo nos contentábamos con proclamar y escribir" (89). Ha llegado el momento de abandonar la pura especulación para ocuparse de lo concreto e inmediato, es decir, de los problemas nacionales.

Dentro de esta actitud, Alberdi se planteará el problema constitucional de la Nación, lo cual constituye para él una forma de planteamiento total del país. Así, considera al problema "de la constitución política misma como un problema sociológico; esto

(89) Juan B. Alberdi: Bases y puntos de partida..., pág. 50.

es, no como una pura cuestión de forma y de organización de instituciones, sino, además de esto, como asunto de economía política; de formación de cultura; de orientación ideal y de relación universal con el mundo". (90).

Los ideales del pensamiento político de Alberdi coinciden con los principios de la revolución de Mayo que, en gran parte, son de origen iluminista. Pero el iluminismo de Alberdi se refiere siempre a los fines solamente, nunca a los medios. Al contrario de los hombres de la generación de unitarios, atiborrados de conceptos abstractos y racionalistas, Alberdi trata de solucionar el problema político guiándose por su aguda actitud realista, característica en el tipo de romanticismo con el que él comulga, es decir, con el "romanticismo social". Este romanticismo toma en Alberdi político, un fuerte matiz liberal. También en este sentido Alberdi sigue las corrientes de moda en Europa, tan influenciadas por el liberalismo político y económico. Casi todos los principios del viejo liberalismo, aparecen de una u otra forma en la obra alberdiana.

Es por la teoría del progreso que llega Alberdi a su concepción democrático-individualista. El advenimiento de la democracia es la suprema expresión del cumplimiento de la ley del progreso. El camino para llegar a ella es el ejercicio de la libertad, que no es necesariamente voluntad popular, ya que ésta puede ser arbitraria. La democracia, más que una aspiración, es para Alberdi una exigencia histórica; es la condición futura de los pueblos y para llegar a ella es necesario alcanzar un cierto grado de civilización.

Como forma concreta de gobierno, elige Alberdi la república. La prefiere sobre la monarquía y no por razones principistas, sino por sentido realista, ya que le parece la forma más viable

(90) Víctor Rico González: op. cit., págs. XI-XII.

para que las nuevas naciones sudamericanas alcancen una organización estable. Reconoce que las repúblicas débiles de Sud América han constituido su propio mal, pero a pesar de ello, piensa que la solución nunca podrá venir con un gobierno monárquico. La regeneración de estas naciones sólo es posible por medio de una república fuerte, con un sólido gobierno nacional no concentrado en una sola mano, como en las dictaduras, sino con perfecta división de poderes (91).

En el Fragmento preliminar al estudio del derecho, ya insistía Alberdi en la necesidad de que el desarrollo democrático se diera en forma paralela al desarrollo de la "inteligencia": "La soberanía, pues, pertenece a la inteligencia. El pueblo es soberano, cuando es inteligente. De modo que el progreso representativo, es paralelo del progreso inteligente. De modo que la forma de gobierno, es una cosa normal, un resultado fatal de la respectiva situación moral e intelectual de un pueblo; y nada tiene de arbitraria y discrecional, pues que no está en que un pueblo diga: quiero ser república, sino que es menester que sea capaz de serlo" (92). Con esta visión, desconfiará Alberdi de la voluntad popular de un pueblo que no haya desarrollado su inteligencia y no haya alcanzado ciertos grados de cultura. Es por ello que, igual que Echeverría, y a pesar de su republicanismo, cae en una cierta actitud oligárquica al limitar el sufragio universal. Insiste en que no son equivalentes "voluntad popular" y "razón popular". La extensión del derecho del sufragio debía ser correlativa a la extensión de la cultura por medio de la educación pública.

En cuanto a las formas unitaria y federal de gobierno, Alber

(91) Juan B. Alberdi: Del gobierno en Sud América. En: Obras Selectas, t. XIII.

(92) Juan B. Alberdi: Fragmento preliminar, pág. 16

di hace un análisis histórico de ambas y dice: "La historia nos muestra que los antecedentes políticos de la República Argentina relativos a la forma de gobierno general, se dividen en dos clases, que se refieren a los dos principios federativo y unitario" (93). No es posible elegir uno u otro sistema por pura voluntad; es necesario tener en claro cuál es el que mejor representa a la realidad social argentina y responde mejor a la idiosincracia del país. Al hacer el balance de la historia constitucional argentina, llega a la conclusión de que las anteriores constituciones unitarias habían fracasado por haber pretendido, mediante un poder central, absorber las soberanías provinciales. Los unitarios quisieron imponer su voluntad y su razón por encima de la realidad. Allí residía la clave de su fracaso. Alberdi piensa que, al margen de los argumentos esgrimidos por la retórica iluminista de los unitarios, el federalismo no es necesariamente barbarie. A pesar de la experiencia rosista es, en definitiva, una auténtica expresión de realidad argentina.

Unitarismo y federalismo han coexistido en la Argentina como elementos constitutivos de la naturaleza del país. La forma más original y adecuada para la organización nacional será un régimen mixto. Con ello se podría salvar -pensaba Alberdi- la división que despedazaba al país: "El poder respectivo de esos hechos anteriores, tanto unitarios como federativos, conduce la opinión pública de aquella República al abandono de todo sistema exclusivo y al alejamiento de las dos tendencias o principios que habiendo aspirado en vano al gobierno exclusivo del país, durante una lucha estéril alimentada por largos años, buscan hoy una fusión parlamentaria en el seno de un sistema mixto que abra ce y concilie las libertades de cada provincia y las prerrogativas de toda la Nación" (94). Ese es el espíritu de las Bases y

(93) Juan B. Alberdi: Bases y puntos de partida..., pág. 103.

(94) Ibidem, pág. 108.

ese será el del Congreso Constituyente, ya que la Constitución de 1853 no es sino, como señala Alberini (95), régimen unitario cocinado con salsa federal.

El principal problema concreto que a juicio de Alberdi es necesario resolver, es el de la enorme extensión de Argentina y su escasísima población: "¿Qué nombre daréis, qué nombre merece un país compuesto de 200.000 leguas de territorio y de una población de 800.000 habitantes? Un desierto. ¿Qué nombre daréis a la constitución de ese país? La constitución de un desierto" (96). Era indispensable crear, urgentemente, una población que fuera capaz de explotar las pampas, las grandes llanuras, todo lo que en esos momentos era casi un desierto.

El único medio de conseguir población para el desierto era la inmigración; ésta, sólo podía llegar de Europa puesto que para Alberdi el poblamiento debía hacerse con raza blanca, la única civilizada. Históricamente Alberdi intenta demostrar que las constituciones de la época de la emancipación, tanto en Argentina como en el resto de las naciones sudamericanas, no asumían su condición de países desiertos necesitados de repoblación. Esto fue así puesto que "el momento de echar la dominación europea fuera de este suelo, no era el de atraer los habitantes de esa Europa temida". "Los nombres de inmigración y colonización despertaban recuerdos dolorosos y sentimientos de temor. La gloria militar era el objeto supremo de ambición" (97). Pero ya había llegado el momento de recurrir a la inmigración que era el medio, "el único de que la América, hoy desierta, llegue a ser un mundo opulento en poco tiempo" (98).

(95) Coriolano Alberini: op. cit., pág. 237.

(96) Juan B. Alberdi: Bases y puntos de partida..., pág. 222.

(97) Ibidem, pág. 50.

(98) Ibidem, pág. 77.

Uno de los principales postulados políticos y sociológicos de Alberdi es el contenido en su famoso aforismo "gobernar es poblar", que según él, debía ser aplicado con un criterio selectiva, pues "cuando se dice que gobernar es poblar, se entiende que se habla de población gobernable, es decir, civilizada y capaz de libertad". "Gobernar es despoblar, cuando la población es la negación y el obstáculo radical de todo gobierno civilizado" (99).

La inmigración, además de poblar, debía mejorar la raza, civilizar, sanear las costumbres y mejorarlas, superar los hábitos negativos de la población hispano-criolla. Para civilizar mediante las nuevas poblaciones, exigía que éstas fueran ya civilizadas; no podía pues, recurrirse a poblaciones africanas o asiáticas, sino a las europeas. Dentro de éstas, también tiene Alberdi sus preferencias; así, propugna con respecto al país: "pueblese de ingleses, de alemanes, de suizos, de franceses, que son los que llevan en sus hábitos las leyes vivas de la Europa civilizada y culta" (100). Es en este aspecto en que el pensamiento de Alberdi, en tantos sentidos profético, no se cumplió. La Argentina recibió grandes aludes inmigratorios, pero si bien arribaron emigrantes sajones, la gran mayoría estuvo constituida por pobladores latinos -españoles e italianos fundamentalmente- que, en definitiva son quienes han construido la Nación y quienes le han dado sus rasgos definitivos.

Relacionado con esta necesidad de fomentar la inmigración, está el principio de tolerancia religiosa que Alberdi propugnó. Para el autor no hay dudas acerca del valor de la doctrina cristiana: "Se dice a menudo que la religión cristiana es el fundamento de la libertad moderna; que el pueblo que no es cristiano

(99) Juan B. Alberdi: Pensamientos sobre política, pág. 145.

(100) Ibidem, págs. 145-146.

no puede ser libre. Yo no conozco verdad más grande en la política moderna". "Yo lo tomo como verdad política, sin mezclarme en discutir su sentido religioso" (101). Ese valor ético del cristianismo, aún tomado desde una perspectiva política, no justifica que trate de imponérselo a través de algunas de las religiones positivas en las que se ha encarnado; por el contrario, debe aceptarse -para Alberdi- la libertad de cultos. Las argumentaciones que da en defensa de la tolerancia religiosa, no se basan en planteamientos éticos o de conciencia, sino en razones puramente prácticas: la necesidad de facilitar el arraigo de los grupos inmigratorios europeos, de los cuales, según los deseos de Alberdi, debían llegar los anglosajones, pueblos que, en general, no practican la religión católica.

Otro medio que Alberdi propone para superar el estado de postración en que se hallaba la Argentina, es la educación. Mediante ella se lograría, por un lado, el desarrollo político, ya que "difundir la civilización, es acelerar la democracia; aprender a pensar, a adquirir, a producir, es reclutarse para la democracia" (102); y por el otro, también la educación ayudaría a superar los grandes males del desierto y el atraso material.

La inmigración favorecería a la educación ya que provendría de Europa y "cada europeo que viene a nuestras playas nos trae más civilización en sus hábitos, que luego comunica a nuestros habitantes, que muchos libros de filosofía" (103). Por supuesto, cuando Alberdi habla de europeos, se supone que habla de pueblos de raza anglosajona, o a lo sumo de franceses, pero nunca de españoles, a quienes considera culpables del atraso ameri-

(101) Juan B. Alberdi: Pensamientos sobre política, pág. 174.

(102) Juan B. Alberdi: Fragmento preliminar..., pág. 17.

(103) Juan B. Alberdi: Bases y puntos de partida..., pág. 76.

cano.

La educación que propugnaba Alberdi, era una educación adaptada al medio y a sus necesidades; por ello, además de la educación puramente intelectual, propiciaba una enseñanza técnica que colaborara en la solución de los problemas económicos. Todo ello se explica porque su romanticismo inicial se fue tiñendo, cada vez más, de un fuerte matiz realista, y los problemas concretos -económicos sobre todo- fueron adquiriendo mayor gravitación en su obra. A las lecturas iniciales de Bentham y Saint-Simon, agregó luego la de los economistas liberales que fueron impulsándole a esa toma de posición frente a los problemas materiales. En 1853, ya reconocía: "Así como antes colocábamos la independencia, la libertad, el culto, hoy debemos poner la inmigración libre, la libertad de comercio, los caminos de hierro, la industria sin trabas, no en lugar de aquellos principios, sino como medios esenciales de conseguir que dejen ellos de ser palabras y se vuelvan realidades" (104).

Con la madurez, Alberdi llegará a conclusiones tan importantes como que "el medio más eficaz de mantener a un país en dependencia de otro es mantenerlo pobre" (105). Vio también la importancia que para los pueblos nuevos y pobres tiene el desarrollo industrial. Afirmó que si América del Sud se mantenía pobre, ello se debía a que sus pueblos habían optado por la vía más fácil de actividad económica: la agricultura. Era necesario, para él, crear una actividad industrial que compitiera con la europea. Para ello creía conveniente, también, una adecuada legislación protectora.

El pensamiento político de Alberdi, sobre todo el de su etapa

(104) Juan B. Alberdi: Bases y puntos de partida..., pág. 51.

(105) Juan B. Alberdi: Escritos económicos, pág. 105.

de madurez, fue calando con progresiva agudeza en los problemas más concretos y reales de la Argentina y de Hispanoamérica en general. En ese sentido, puede considerársele un precursor de las nuevas corrientes hispanoamericanas que han denunciado la "dependencia" y también la falacia de haber mantenido a países como Argentina, en exclusiva situación de nación agrícola-ganadera. Sólo un desarrollo adecuado de sus industrias -piensa Alberdi- le permitiría salir de esa situación de dependencia.

- C A P I T U L O V -

244

SARMIENTO Y SU FILOSOFIA
DE LA HISTORIA ARGENTINA

I - SARMIENTO ROMANTICO: SU FORMACION, SUS VIAJES.

Difficil es reseñar en pocas páginas la vida, repleta de acción y de obras, de Domingo Faustino Sarmiento. Pocas veces, al menos en la historia de la cultura hispanoamericana, podemos enfrentar nos con una personalidad tan vigorosa y compleja como la del discutido sanjuanino.

Las diferentes facetas de Sarmiento, la del escritor, la del maestro, la del político, son lo suficientemente ricas como para justificar estudios parciales sobre cada una de ellas. Sin embargo, este recurso, no deja de constituir una abstracción un tanto arbitraria pues en Sarmiento dichas facetas son inseparables y se condicionan unas a otras. El político Sarmiento es el complemento del Sarmiento intelectual y éste, en ningún momento olvida su condición de hombre de acción. El maestro Sarmiento es una derivación de una particular condición de su talante de educador nato y que también impregna tanto su obra literaria como su actividad política.

En el presente trabajo, necesariamente deberemos recurrir nuevamente a la abstracción arbitraria. Como tantas veces se ha hecho, intentaremos separar al Sarmiento intelectual, pero llevando aún más lejos ese proceso de abstracción, intentaremos, dentro de su producción intelectual, poner el acento sobre aquellos aspectos que tienen que ver con la historia. Estos, se dan frecuentemente en la obra de Sarmiento, ya sea a niveles teoréticos, es decir que encierran una visión del proceso histórico general, o directamente en el de interpretaciones del pasado argentino o de alguna época o problema del mismo. Todo ello sin dejar de reconocer que la faceta de Sarmiento historiador está indisolublemente unida a su pensamiento general, a su producción literaria, a su ideario político y también, a su obra de estadista y hombre de acción.

Existen diferentes y abundantes estudios biográficos sobre Sarmiento. Entre ellos, uno que es casi un clásico en la materia, si que teniendo vigencia a pesar de los años transcurridos desde su publicación. Nos referimos al de Guillermo Guerra.(1). A nosotros, por razones obvias, nos interesa señalar solamente los datos más significativos y, sobre todo, aquellos que guardan relación con su formación intelectual y con su producción escrita.

Se pueden distinguir en la vida de Sarmiento tres etapas perfectamente caracterizadas, signada cada una de ellas por el predominio de una actividad o por el desarrollo predominante de alguna de las facetas de su personalidad.

La primera etapa, que es la de preparación, transcurre entre los años 1811 y 1838 y comprende su infancia y juventud, desarrolladas en el medio familiar y provinciano. Es el período de su azaroso aprendizaje, el de sus primeras lecturas y aquél en que se gestan los rudimentos de su personalidad intelectual. La segunda etapa transcurre entre los años 1839 y 1852; es la etapa chilena, la más rica, interesante y productiva desde el punto de vista de la creación intelectual. Es la época que reviste mayor interés para nosotros por cuanto en ella consolida su pensamiento y publica sus obras más importantes. Es también, la época de sus viajes a Europa y a los Estados Unidos que tanta importancia tendrán en su vida y, sobre todo, en su obra. La tercera etapa, la que va desde 1852 hasta su muerte en 1874, es la época de la acción. El estadista, el político predominan en desmedro del pensador, del hombre de letras. Salvo raras excepciones, no producirá ya obras importantes y, aún las que escribe, son como muestras de actividad secundaria del hombre entrenado al servicio de su país desde los más altos y diversos cargos.

(1) Guillermo Guerra: Sarmiento. Su vida y sus obras. Santiago de Chile, 1901.

Este esquema, esta división en etapas de la vida de Sarmiento nos guiará para señalar hitos importantes y enfrentarnos con las claves de su aprendizaje y de la formación de su pensamiento.

Se ha dicho que la mejor biografía de Sarmiento la constituyen sus obras (2), y esto es así no sólo porque cada una de ellas está ligada íntimamente a algún momento de su vida, sino porque todas ellas están plagadas de referencias a su larga existencia. Así, para el conocimiento de sus primeros años, los incluidos en la primera etapa, es inevitable recurrir a los testimonios contenidos en su Recuerdos de provincia. Allí, al hacer la historia de San Juan, ciudad en la que nació Sarmiento el 15 de febrero de 1811, hace también la historia de su propia familia, que remonta su presencia en la región a las primeras expediciones que llegaron de Chile en el siglo XVI. Su progenie se remonta, pues, a los propios conquistadores españoles. Tanto su padre, José Clemente Sarmiento, como su madre, Paula Albarracín, además de su estirpe española tuvieron entre sus antepasados a indios huarpes. Sarmiento sería así, un típico producto hispanoamericano y sintetizaría muchas de las virtudes y también de los defectos de las dos razas que él tanto criticó. Sarmiento careció, prácticamente, de instrucción sistemática. Después de sus cursos de primeras letras, fracasó en sus intentos de continuarlos en Córdoba como fracasó también cuando intentó conseguir una beca para estudiar en el "Colegio de Ciencias Morales" de Buenos Aires. Debido a ello es que sus lecturas son inconexas, sin método y sin sistema; pero ellas, en gran medida, satisfacían sus ansias de saber. Sarmiento ha dejado testimonios sobre esto, aunque, como señala Halperín Donghi (3) esos testimonios están como traspuestos sobre

(2) Ricardo Rojas: Los proscriptos. En: La literatura argentina. En: Obras, t. XII, Buenos Aires, 1925, pág. 287.

(3) Tulio Halperín Donghi: Sarmiento. Prólogo a: D.F. Sarmiento; Campaña en el Ejército Grande aliado de Sud-América, México, 1958.

las pautas que provienen de su posterior formación romántica. Esta formación de la primera etapa, le viene del legado de la cultura de tipo eclesiástica que caracterizó al período colonial argentino y en el que se alternan las obras de moral religiosa con otras de tipo histórico-eruditas. Sarmiento afirma haber leído en esos años la Historia de España del jesuita Warden y los catecismos editados en Londres por el jesuita Ackermann destinados a cubrir el mundo hispanoamericano. También le impresionan la Biblia y la Autobiografía de Benjamín Franklin. Estos son los títulos que él destaca entre los que constituyeron la maraña de sus lecturas iniciales y que revelan una carencia absoluta de plan.

Le es fundamental a Sarmiento su vinculación con Manuel Quiroga Rosas, sanjuanino que había estudiado derecho en Buenos Aires e integrado el primer plantel de la "Asociación de la Joven Generación Argentina". Quiroga Rosas, que había escrito en 1837 una tesis sobre la naturaleza filosófica del derecho, volvió a San Juan cargado de ideas conectadas con el historicismo romántico. Fundó en San Juan una filiar de la "Joven Argentina" que integraron jóvenes sanjuaninos entre los que se destacó Sarmiento quien, gracias a Quiroga Rosas, descubre un mundo intelectual hasta el momento inaccesible para él: "En 1838 fue a San Juan mi malogrado amigo Manuel Quiroga Rosas, con su espíritu mal preparado aún, lleno de fe y de entusiasmo en las nuevas ideas que agitaban el mundo literario en Francia, y poseedor de una escogida biblioteca de autores modernos. Villemain y Schlegel, en literatura; Jouffroy, Lerminier, Guizot, Cousin, en filosofía e historia; Tocqueville, Pedro Leroux, en democracia; la "Revista Enciclopédica" como síntesis de todas las doctrinas; Carlos Didier y otros cien nombres hasta entonces ignorados para mí, alimentaron por largo tiempo mi sed de conocimientos" (4).

(4) Domingo Faustino Sarmiento: Recuerdos de Provincia, Buenos Aires, 1969, pág. 220.

Su avidez por las lecturas comienza ya a ordenarse en ciertas direcciones específicas: "Hice entonces, y con buenos maestros a fe, mis dos años de filosofía e historia, y concluido aquel curso, empecé a sentir que mi pensamiento propio, espejo reflecto hasta entonces de las ideas ajenas, empezaba a moverse y a querer marchar. Todas mis ideas se fijaron clara y distintamente, disipándose las sombras y vacilaciones frecuentes en la juventud que comienza, llenos ya los vacíos que las lecturas desordenadas de veinte años habían podido dejar, buscando la aplicación de aquellos resultados adquiridos a la vida actual, traduciendo al espíritu americano, con los cambios que el diverso teatro requería" (5).

Se produce para Sarmiento lo que podríamos llamar "revelación romántica" por lo cual se integra, por su formación, con los hombres de la generación argentina de 1837. El romanticismo, que había llegado al Río de la Plata en 1830, llega en 1838, de la mano de Quiroga Rosas a San Juan. A pesar de que en algún momento de su vida, Sarmiento reniega de su posible romanticismo, es indudable que su imagen del mundo será esencialmente romántica, cosa explicable en los años decisivos de su formación: 1838 a 1840, transcurrieron bajo el signo del romanticismo que impregnaba el contexto histórico y cultural. Las ideas de Leroux, de Guizot y los otros nombres mencionados en el párrafo citado de Recuerdos, junto con las que difundía la "Revista Enciclopédica", están reflejados en los trabajos iniciales de Sarmiento. El trato con Quiroga Rosas y sus amigos le permitieron aguzar su espíritu crítico con el ejercicio de la discusión y, de esta forma, las ideas que recibió del historicismo y del "romanticismo social", fueron muchas veces suavizadas o transformadas por sus propias ideas personales o por aquéllas que provenían de su primera educación tra-

(5) Domingo F. Sarmiento: Recuerdos de Provincia, pág. 221.

dicional.

El 20 de julio de 1839 publica en San Juan el primer número del periódico "El Zonda". Sarmiento, que ya militaba en el bando unitario desde 1829, vio al poco tiempo suspendido su periódico por el gobierno; fue encarcelado y luego, el 19 de noviembre de 1840 se trasladó como exiliado a Chile donde ya había permanecido entre los años 1831 y 1836. Se inicia así la segunda etapa en la vida de Sarmiento, la del proscrito, y Sarmiento es, como afirma Ricardo Rojas, "el proscrito por excelencia, pues en tierra extranjera escribió sus mejores libros y fue durante la emigración el más locuaz adversario de la tiranía" (6).

El Chile de 1841 es un hervidero político. Existen dos partidos tradicionales: el "pípiolo" y el "pelucón". Es con este último con el que simpatiza Sarmiento y es en él que encuentra la amistad de don Manuel Montt que tanto le ayudará, sobre todo cuando el triunfo del Presidente Bulnes lleva a Montt al Ministerio de Instrucción Pública.

José Victoriano Lastarria le vinculó con el periódico "El Mercurio" de Valparaíso en el que, el 11 de febrero de 1841, aparece el primer artículo de Sarmiento para la prensa chilena: 12 de febrero de 1841 con motivo del aniversario de la batalla de Chacabuco y con el que renovaría el recuerdo y el homenaje al Libertador San Martín. El artículo, provocó sensación en Chile y le valió incorporarse definitivamente como editorialista de "El Mercurio". Como Santiago de Chile, ciudad en la que residía, carecía de periódicos, fundó "El Nacional", que aparece por primera vez el 14 de abril de 1841 y bajo cuya dirección aparecieron nueve números. Funda luego "El Progreso". Esos fueron los comienzos de su intensa carrera periodística en Chile caracterizada, sobre todo, por el fuerte espíritu polémico que le animó. Sin apartarse de ese periodismo de comba

(6) Ricardo Rojas: op. cit., pág. 498.

te, dirigió la "Escuela Normal de Preceptores", primer organismo de ese tipo en Sud América y que fue creada por el gobierno chileno por iniciativa del mismo Sarmiento.

La cultura, en el Chile de la época, estaba bajo la hegemonía indudable del venezolano Andrés Bello quien, luego de estudiar latín y derecho en Londres, se había radicado en Santiago. Con los discípulos de Bello es que Sarmiento mantendrá varias polémicas sobre problemas ortográficos y literarios pero rondando siempre en torno al tema del romanticismo. Es por ello que se las conoce como "polémicas del romanticismo" a las que sostiene en 1842. En ellas se opondrán por un lado Sarmiento, acompañado a veces por Vicente Fidel López, y por el otro, Salvador Sanfuentes, Jotabeche, García Reyes e, indirectamente, el mismo Bello.

La primera de las polémicas es sobre cuestiones lingüísticas. El asunto debatido gira en torno a que si el idioma lo fija el pueblo o si, por el contrario, el lenguaje popular debe ajustarse estrictamente a las normas gramaticales. Indudablemente el romanticismo de Sarmiento asoma cuando afirma que es el mismo pueblo quien hace y legisla la lengua.

La segunda polémica surge a raíz de un artículo de Vicente Fidel López en "La Gaceta del Comercio" en el que estudia el origen y desarrollo del romanticismo. Los discípulos de Bello critican el artículo pues ven en él un intento de penetración de ideas y literaturas foráneas; actitud "extranjerizante" que ya criticaban en Sarmiento, a quien reprochaban, además, su poco aprecio a los escritores españoles. Sarmiento apoyó a López y afirmó que si bien el romanticismo era un gran movimiento, cuya trayectoria defendió, estaba ya sepultado en Europa. En ese momento él se adhería a una literatura más cargada de inquietudes sociales. El "socialismo" es para él la nueva corriente que ha remplazado al romanticismo. Considera que es una escuela que no escribe por escribir, como el romanticismo; ni tampoco maquinalmente, como la clásica; por el contrario, está al servicio de

los intereses de la sociedad. En literatura, como en los otros aspectos de la vida cultural, hay siempre una corriente conservadora y reaccionaria que se opone a la nueva corriente progresista. En este caso, esta última es la corriente que él llama "socialista".

En realidad, Sarmiento se adhería a la segunda etapa del romanticismo, el "romanticismo social" que es a lo que llama "socialismo". Es el romanticismo de influencias francesa que había introducido Echeverría en Buenos Aires y que él había leído, además, en los libros de Leroux, Fortoul y otros discípulos de Saint-Simon, en la biblioteca de Quiroga Rosas. Sarmiento se resistió a ser llamado romántico pues sólo reconocía como tal a la co-rriente pintoresca, dominada por emociones estéticas y puramen-te individuales, que dejaba de lado el contorno histórico y so-cial y sus problemas. No entendió que él indudablemente era ro-mántico de otra manera; romántico preocupado, fundamentalmente, por la problemática social y política.

Esta polémica chilena sirve, pues, para fijar la posición ideológica de Sarmiento, posición que se completa con su acendrado liberalismo y con una actitud religiosa indudable pero que escapa a toda forma de religión organizada. A pesar de ello, y a pesar de su confesado cristianismo, no tuvo reparos en afiliarse, en Chile, a una logia masónica.

En 1845 aparece en "El Progreso" la primera publicación, en folletín, de Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga. Es su famoso Facundo, indudablemente su obra de mayor trascendencia. Ese mismo año inicia el viaje a Europa y Estados Unidos que, por iniciativa del ministro Montt, le ofrece el go-bierno chileno para estudiar la organización de la enseñanza primaria y también los problemas relacionados con inmigración y colonización. Este viaje fue decisivo en la formación de su personalidad y su cultura. Lo inicia a los 34 años y lo concluirá tres años después. Pasó primero por Montevideo donde trabó

relación con Echeverría, Mitre y Florencio Varela, y por Río de Janeiro. Cuando arriba a Francia, París le fascina. Lleva como carta de presentación su Facundo y logra, después de largas antesalas, que la "Revista de ambos mundos" se ocupara extensamente de su obra en un artículo firmado por Charles de Mazade (7). La nunca desmentida vanidad de Sarmiento se siente halagada por el hecho y dio al mismo mayor trascendencia de la que realmente tuvo. Visitó al General San Martín en su retiro francés y fue incorporado al "Instituto Histórico" como corresponsal extranjero, justamente a raíz de un artículo que escribió sobre la entrevista de Guayaquil entre los libertadores San Martín y Bolívar.

Sarmiento afirma haber conocido y tratado en Francia a personajes de la importancia de Guizot, Thiers, el ministro Mackau y Balzac. Afirma también que rechazó ser presentado a Michélet y a Quinet, lo que resulta absolutamente incomprensible. Más allá de estas posibles relaciones importantes, lo que interesa señalar es que, en definitiva, la Francia de la época, el país de los ideales intelectuales, se le presenta, sobre todo en lo político, como absolutamente corrompido.

De Francia pasó Sarmiento a España. Por la importancia del tema, será tratado especialmente en otro capítulo. Adelantemos solamente, que su ya reiteradamente manifestado antihispanismo se ve confirmado con el viaje. Después de viajar por Argelia, pasa a Italia donde descubre el arte -que termina finalmente por cansarle- y donde le impresiona el pueblo italiano al que encuentra andrajoso y atrosado.

La última etapa de su viaje será Estados Unidos, país que constituye para él la gran revelación. Frente a la Europa en decaden-cia encuentra allí el mayor adelanto en materia social. Recorre todos los estados americanos e incluso el Canadá. La revelación

(7) Charles de Mazade: Civilisation et Barbarie, "Revue de Deux Mondes", t. IV., París, 1846, págs. 625-629.

norteamericana ejercerá una influencia decisoria en su obra posterior y, sobre todo, en su acción de político y gobernante.

Alejandro Korn llama la atención sobre el hecho de que a pesar de la larga permanencia de Sarmiento en París, no alcanza a entender en el complejo movimiento intelectual francés, las nuevas corrientes de pensamiento. Por ejemplo, no le llega ninguna noticia de Comte. Es como si se resistiera a toda restricción doctrinaria. Ello es porque su inteligencia sólo estaba al servicio de su voluntad y era para él solamente un instrumento de acción positiva. "No una fórmula, un ejemplo buscaba y lo halló en el espectáculo de la civilización norteamericana" (8). Ello explica que a partir de ese momento la experiencia de Estados Unidos se convirtiera en el modelo a aplicar en la República Argentina.

A su regreso a Chile, seguirá publicando allí sus grandes obras: en 1849 aparece el primer tomo de Viajes por Europa, África y América; en 1850, Recuerdos de Provincia y Arquirópolis.

En setiembre de 1851 se embarcó hacia Montevideo junto a Mitre y algunos militares para incorporarse al ejército de Urquiza. El 3 de febrero de 1852 interviene en la batalla de Caseros. Después del triunfo de Urquiza, se apartó de éste y fue adversario de su política. De regreso en Chile publicó Campaña del Ejército Grande con el que inició su famosa polémica con Juan Bautista Alberdi acerca del futuro político del país. En 1853 publica en Santiago lo que luego se llamará Las ciento y una, cartas en respuesta a las Cartas Quillotanas de Alberdi. Con estas obras se cierra la etapa de la vida de Sarmiento caracterizada por la actividad intelectual y por la producción de sus escritos más importantes. Se inicia así la última etapa, la del hombre de acción.

(8) Alejandro Korn: Influencias filosóficas en la evolución nacional. En: Obras, vol. 3º, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1940.

El hombre de acción ahoga al intelectual y al escritor. Es que, hasta ese momento, el Sarmiento escritor era como un sucédáneo del hombre de acción que latía en él. A partir de 1850 en cuenta su campo de realización en la lucha inmediata y en la actuación política. Ocupó los más altos cargos a que pueda aspirar un hombre público en Argentina. Fue diputado, senador, gobernador de San Juan y, finalmente, Presidente de la República. Alternó esos cargos estrictamente políticos con otros, más técnicos, en los que desarrolló su vocación de educador. Fue, así, inspector de escuelas tanto provincial como nacional.

Durante esta etapa, poco añade a su formación intelectual. Agrega sí, algunas lecturas nuevas: Renan, Taine, Spencer , incluso, sigue escribiendo, aunque ya sin lograr los grandes aciertos de su época chilena. En 1883 publica Conflicto y armonías de las razas en América, obra que él pretendía fuera la más impor-tante de las suyas, cosa que no logró. El 11 de setiembre de 1888 murió en Asunción del Paraguay, ciudad en la que se había instalado por razones de salud.

Domingo Faustino Sarmiento, a pesar de haber sido un hombre de extraordinario talento, no tuvo una sólida formación, cosa que él mismo reconoció. Su cultura fue más que nada literaria pero imprecisa y más bien presuntuosa frente a un medio con niveles culturales bajos. Ello hace imposible establecer su posición ideológica o filiar las corrientes de pensamiento a que adhiera. Indudablemente fue un romántico, aunque un romántico atemperado por ese "socialismo" con el que decía comulgar y que -ya lo hemos visto- no es otra cosa que un romanticismo social y realista.

Ricardo Rojas señala la dificultad de situar a Sarmiento como pensador: "No ha tenido sistema ni se ha planteado los permanentes problemas de la filosofía. Su obra, por consiguiente, carece de

universalidad" (9). Para Rojas, Sarmiento ha meditado sobre el problema político, pero siempre limitado a su tiempo y a su patria. Meditando sobre ello es que descubrió las que serían sus "verdades" o constantes de su pensamiento: la fórmula "civilización-barbarie" con la cual explicó las guerras civiles argentinas; el desierto como causa de la barbarie y la incultura; la necesidad de paliar la incultura mediante la inmigración y la educación popular; la adopción de modelos europeos y, sobre todo, norteamericanos, para organizar a la Nación Argentina. Sarmiento, realmente no se sintió atraído por las cuestiones filosóficas, ni llegó a sistematizar su pensamiento, ni siquiera a exponerlo con cierto método. Fue un pragmático que si recurrió a la filosofía fue sólo a un tipo de filosofía práctica, social y política.

Como típico hombre del siglo XIX, Sarmiento creyó fervientemente en la ciencia. La historia se redujo para él, como para muchos de sus compañeros de generación, a una posibilidad de aplicarla a resolver los problemas de la realidad argentina. Lo práctico, pues, domina en él por sobre lo puramente especulativo y abstracto. Su falta de formación y la carencia de sistema en su pensamiento lo hicieron caer en serias contradicciones ideológicas. Su pragmatismo, su utilitarismo, lo muestran como un escritor positivista y, por momentos piensa como un providencialista a ultranza. "Así este hombre que parece un sociólogo de la pampa, un Buckle del desierto, un Taine de Gauchópolis, un hombre de ciencia, concluye por pensar como De Maistre y escribir como Bossuet" (10).

Sarmiento es, en definitiva, un publicista. Su obra es perio

(9) Ricardo Rojas: op. cit., pág. 592.

(10) R. Blanco Fombona: Grandes escritores de América (siglo XIX), Madrid, 1917, pág. 81.

dística, desordenada y combativa y, si bien "carece de las normas intelectuales que son proporción lógica en el sistema interno de las ideas, o proporción armónica en el sistema externo de las palabras" (11), tiene la fuerza del hombre de acción que hay en su autor y se halla iluminada por las intuiciones geniales del hombre de talento.

(11) Ricardo Rojas: op. cit., pág. 525.

II - ANÁLISIS DE LA ESTRUCTURA Y CONTENIDO DE SUS OBRAS.

Se ha señalado ya que las obras de Sarmiento son fundamentalmente periodísticas. Esto es así no sólo por el tono y el carácter que ellas tienen, sino también porque casi todos los volúmenes que componen sus Obras Completas, están integrados por artículos periodísticos reunidos para esa colección.

En vida de Sarmiento, y de acuerdo a la ley del 13 de setiembre de 1884, el gobierno argentino ordenó la recopilación y edición de las Obras Completas, que preparó el nieto del autor, Augusto Belín Sarmiento y que alcanzaron a formar cuarenta y dos volúmenes y otro de índice general. Los primeros siete fueron editados en Chile, entre 1886 y 1888, y los restantes, en Buenos Aires entre 1896 y 1903.

Casi todas las obras de Sarmiento son colecciones de artículos para la prensa, y las que no lo son, sus grandes obras unitarias, son como recopilaciones de capítulos un tanto sueltos y con un inconfundible aire periodístico. Todo esto hace que la obra de Sarmiento, en general, sea un tanto confusa y desordenada y que carezca de método y unidad, lo cual hace difícil su clasificación y sistematización temática.

Al hacer aquí un análisis sobre el contenido general de las obras de Sarmiento, excluirémos a aquéllas que serán especialmente estudiadas en otros puntos de este mismo capítulo, como es el caso de Facundo, de Conflicto y armonías de las razas en América o de sus escritos de estricto contenido histórico. Aún así, en el análisis que realicemos, pondremos el acento en aquellos aspectos que ofrezcan mayor interés historiográfico.

Lo histórico está siempre presente en Sarmiento pues "si alguien ha llegado a la entraña de la historia aún más allá de lo que él mismo alcanzó a formular, ese es Sarmiento, historiador nato, pero agudamente sensibilizado para la percepción de lo con

tingente y de su grandeza (12).

Este historiador nato del que habla Romero no fue, en verdad, un auténtico historiador, aunque sí hay en él una permanente preocupación por la historia. Ello le llevó a armarse de ciertas ideas generales sobre el devenir histórico que, sin llegar a constituir una verdadera filosofía de la historia -ya hemos hablado de la falta de sistema en su pensamiento- le permitió sí enfrentarse con el pasado argentino y sacar una visión de él que, aunque a menudo arbitraria, le resultaba legítima y le sirvió de base para las soluciones que propuso para el país.

Hoy acertadamente señala Romero cómo, enemigo Sarmiento de los esquemas abstractos, reemplazó el clásico de "libertad-necesidad" por el esquema más concreto y más coherente con la realidad argentina de "civilización-barbarie". En esta antinomia, la "necesidad" estaba constituida por una mezcla de fuerzas telúricas del paisaje, la historia y la tradición. La "libertad" era la posibilidad del hombre de sobreponerse, mediante su libre acción, a esas fuerzas condicionantes; "la vida histórica, parecía decir, es el resultado de la acción creadora sobre la necesidad" (13). Esto se refleja en todas y cada una de sus obras. Sin llegar a ocuparse nunca del pasado con rígidos criterios de historiador profesional, el pasado operaba en él como una preocupación constante. Quiso siempre analizarlo para descubrir las causas que habían provocado las contingencias pasadas y sacar conclusiones válidas para solucionar los problemas del país y de su tiempo.

Desde 1837 en que Sarmiento inicia su vida periodística, hasta

(12) José Luis Romero: Sarmiento entre el pasado y el futuro.

En: Sarmiento educador, sociólogo, escritor, político, facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1963, pág. 65.

(13) Ibidem

1843, prácticamente sus escritos se reducen a artículos aparecidos casi todos en la prensa chilena y referidos a los más diversos temas: políticos, literarios, ortográficos, históricos inclusive. A partir de 1843, sin abandonar sus colaboraciones para los periódicos, comienza a producir sus obras unitarias. Ese es el año de la publicación de Mi defensa, folleto que hizo circular en pliegos sueltos en Chile y que constituye una respuesta a los ataques de Domingo Godoy, que había sido cónsul chileno en San Juan y se jactaba de conocer bien a Sarmiento a quien llamó "bandido" y "sujeto de malos antecedentes", entre otros insultos. Mi defensa es una pequeña obra polémica que es un anticipo y un resumen de lo que luego sería Recuerdos de Provincia. Cuenta su infancia, su juventud, su actuación como hombre de partido y su actitud como hijo, hermano y amigo. Su lenguaje franco no sólo le sirvió de autojustificación, sino que también le valió como presentación frente al público chileno. A esta especie de autobiografía, sigue una biografía: en 1845 publicó sus Apuntes biográficos del General José Félix Aldao, que es un anticipo de su famosa Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga, que aparece también en ese año.

En 1846 aparece Educación popular; es el informe que presenta al gobierno chileno después de la misión cumplida en Europa y los Estados Unidos. Es un tratado de pedagogía y, al mismo tiempo, un ensayo de política educacional que abarca desde aspectos didácticos y metodológicos, a los más variados asuntos de organización escolar. La preocupación de Sarmiento por la educación fue constante y se vincula con su pensamiento político: necesidad de educar al pueblo ya que éste, constituye la única fuente de soberanía y, por lo tanto, del poder político.

En 1849 publicó Sarmiento el primer tomo de Viajes por Europa, Africa y América; el segundo apareció, siempre en Santiago de Chile, en 1851. La edición que de la misma obra se hizo en Buenos Aires en 1922, da una mejor idea de su organicidad. Está dividi-

da en tres partes: I, De Valparaíso a París; II, España e Italia; III, Estados Unidos.

Viajes... no es la clásica obra de viajes, costumbrista y literaria. Más bien, Sarmiento se muestra en ella como un sociólogo que analiza los aspectos sociales, culturales y políticos de los países que visita. Hay en la obra una faceta que para nuestro tema reviste especial interés; es el que encierra una interpretación de la historia universal como proceso de evolución progresiva de la humanidad. Dice Sarmiento: "La historia es, pues, la geología moral. Veamos si sus capas diversas han experimentado mejora y progreso. Supongamos un día antiguo en que la tierra se nos presenta poblada. ¿Qué es lo que vemos? Casi todo el globo sumido en la barbarie; imperios poderosos cuyas facciones, si no es la conquista y la violencia, no alcanzamos a discernir bien. Al fin la Grecia, una mínima porción de la tierra brilla por la libertad, la democracia, las bellas artes, y la ciencia. No entremos en detalle. Roma se asimila a la Grecia, destruye a Cartago y somete al mundo. Pero Roma desenvuelve la noción del derecho y extiende su práctica por toda la tierra culta, que es, sin embargo, una pequeña fracción del globo. Como los romanos a los griegos y al Egipto, los bárbaros de todos los extremos del imperio romano, se los absorben a ellos; esto es, se asimilan a él, se agregan a la masa civilizada. La Edad Media es la obra de fusión. A fines del siglo XV la Europa entera está en posesión de las conquistas hechas por el pensamiento humano en cuatro o seis mil años. Con el Renacimiento concurren Lutero, Galileo, Colón, Bacon y otros. La América se agrega a la masa de pueblos civilizados, y en esta parte se pone en práctica la noción del derecho que está en todos los espíritus y cuyo desarrollo embarazan aún en Europa las escorias que ha dejado la Edad Media. Lleguemos de un golpe al siglo XIX y abramos el mapamundi. ¿Dónde están los bárbaros? Guarecidos en las islas, trabajados por la Rusia en las estepas de la Alta Asia o sepultados en el interior inaccesible del Africa. La parte civilizada y en posesión más o

menos de la libertad, o en vía de completarla, es la mayoría de la humanidad, mayoría numérica, mayoría moral de fuerza, de inteligencia y de noce" (14).

La larga cita nos muestra que, al contrario de la concepción cíclica a la manera de Vico, ve Sarmiento una permanente evolución progresiva que lleva a los pueblos, desde su inicial aislamiento, a formas de mayor justicia y solidaridad. Su fe en la ciencia y en la técnica, le hacen pensar en una difusión del bienestar moral y material a mayor número de pueblos. La culminación es una etapa de solidaridad universal en la que, mediante el sistema democrático, los pueblos vivirían libres de guerras y opresiones. Hay en el Sarmiento de los Viajes una evidente fe en algo que se parece mucho al progreso indefinido de los iluministas o que, al menos, encierra una visión optimista de la historia.

Hacia 1850, la permanente campaña antirrosista que Sarmiento desarrolla desde la prensa chilena, y ciertos intentos de complot, provocan la reacción del dictador que llega inclusive a pedir la extradición de Sarmiento y a prohibir que desde Buenos Aires se mantuviera correspondencia con él.

Para responder a la campaña que contra él levantó el rosismo, Sarmiento publicó, a finales de 1850, el Recuerdos de Provincia. Este libro es, como casi todos los suyos, un panfleto y un instrumento de combate. Responde a motivaciones personales -su propia defensa y justificación frente a los ataques y calumnias en su contra- y a claras motivaciones políticas; es un episodio más en su larga lucha contra Rosas y su gobierno. Se trata, sobre todo, de una obra autobiográfica destinada a sus compatriotas y que completa lo ya esbozado siete años antes en Mi defensa. Des

(14) Domingo F. Sarmiento: Viajes por Europa, Africa y América, Buenos Aires, 1971, pág. 299.

de un punto de vista literario es uno de sus escritos más logrados. Con la obra llega la prosa sarmientina, según Palcos, a su punto más alto (15). Ricardo Rojas lo considera el más humano de sus libros, por su asunto y el más hispánico en cuanto a su forma. "Del argumento regional -dice- trasciende al estilo un aroma de vieja casa española, impregnada de esencias coloniales" (16).

Como en el Facundo, la estructura de Recuerdos de Provincia responde a claros principios del historicismo romántico. Como bien lo ha señalado Diego Pró (17), en el historicismo se dan siempre tres temas o elementos unidos orgánicamente: naturaleza, hombre y estado. En Recuerdos, comienza Sarmiento por describir el paisaje, es decir, el medio ambiente natural. Ve luego las circunstancias históricas en las que aparece la historia viva de San Juan; luego, como emergiendo de ese doble contorno geográfico e histórico, aparece el hombre, es decir, el propio Sarmiento a través de su autobiografía.

Lo histórico aflora en Recuerdos a través de lo biográfico. Sarmiento se muestra particularmente afecto a este género, al que encuentra de gran eficacia y utilidad: "Gusto... de la biografía. Es la tela más adecuada para estampar las buenas ideas; ejerce el que la escribe una especie de judicatura, castigando el vicio triunfante, alentando la virtud oscurecida. Hay en ella algo de las bellas artes que de un trozo de mármol bruto puede legar a la posteridad una estatua. La historia no marcharía sin

(15) Alberto Palcos: Sarmiento. La vida. La obra. Las ideas. El genio, Buenos Aires, 1929, pág. 98.

(16) Ricardo Rojas: op. cit., pág. 587.

(17) Diego F. Pró: Sarmiento y el historicismo romántico. En: "Cuyo", Anuario de historia del pensamiento argentino, t. VIII, Mendoza, 1972, págs. 195-214.

tomar de ella sus personajes, y la nuestra hubiera de ser riquísima en caracteres, si los que pueden recogerlos con tiempo las noticias que la tradición conserva de los contemporáneos" (18).

La mayor parte del libro se compone de breves estudios biográficos de notable estilo. En primer lugar, hace Sarmiento su autobiografía y, al hacerla y hablar con orgullo de su linaje, se ocupa de los principales miembros de su familia, de los que va haciendo pequeñas biografías. Gran vigor tienen las páginas dedicadas a José de Oro, a Domingo de Oro, al historiador Funes, al obispo Quiroga Sarmiento, a Fray Justo Santa María de Oro, a los Albarracines y a la madre del autor. A través de ellos y de sus vinculaciones, va surgiendo inevitablemente la historia de San Juan e, indirectamente, a través de referencias, la del país. Concluye pintando un cuadro de la decadencia de la vida colonial. Esta será una constante en sus obras: la decadencia es paulatina e irreversible lo cual, se ve perfectamente claro en los caudillos y en Rosas que son para él como resabios de la época que es necesario superar.

Hay, pues, un trasfondo histórico permanente en Recuerdos, que se manifiesta en las referencias a la vida política y cultural, a los problemas raciales, así como en las formidables descripciones costumbristas. Todo ello constituye, casi, una sociología de la familia colonial. El costumbrista es uno de los aspectos más valiosos de la obra y particular interés tiene, desde el punto de vista documental, la descripción de San Juan como modelo de ciudad colonial.

Gran parte de la originalidad de Recuerdos de Provincia reside en su forma de tratar lo histórico como complemento de los recuerdos personales. Sarmiento siente la historia y siente que la historia penetra en su propia personalidad, lo que le acarrea

(18) Domingo F. Sarmiento: op. cit., pág. 71.

imperativos morales para la acción.

Enrique Anderson Imbert -creemos- es de los que mejor han calado en la dimensión histórica de los escritos de Sarmiento. En el trabajo que ha dedicado a estudiar este aspecto del pensamiento sarmientino, dice: "...al trazar las semblanzas de su familia no sólo Sarmiento siente el fluir de la realidad histórica, sino que además se siente a sí mismo hendido de buenas herencias morales que lo comprometen a la conducta de cada día. No expone una teoría de la historia ni una teoría de la educación, sino la experiencia inmediata de que su vida es espiritual porque es historia" (19).

La conciencia histórica le hace sentir a Sarmiento un llamado a cumplir funciones casi mesiánicas. Surge nuevamente esa faceta providencialista a la que ya nos hemos referido. Dice al respecto Anderson Imbert: "No se ha reparado lo suficiente en el provividencialismo de Sarmiento. Vivía, no sólo su vida de individuo, sino la vida de su pueblo, de la humanidad, de Dios mismo, puesto que para él la historia era el desarrollo de un plan providencial y él se sentía gestor de historia. Su providencialismo, no como teoría, sino como estado de ánimo, se expresa a cada paso en los arrebatos de su prosa" (20). Sarmiento considera, pues, que su papel es mesiánico y que, cumpliéndolo, cumple también los propósitos providenciales con respecto a la historia de la humanidad.

El mismo año de 1850 en que publicó Recuerdos, publica también Sarmiento Argirópolis o la capital de los Estados Confederados

(19) Enrique Anderson Imbert: El historicismo de Sarmiento. En el centenario del Facundo. En: "Cuadernos Americanos", año IV, vol. XXIII, México, set-octubre 1945, págs. 158-177.

(20) Ibidem, pág. 160.

del Río de la Plata que es una obra condicionada por las circunstancias personales y políticas del momento: por un lado la influencia de lo que hemos llamado la "revelación norteamericana" -lo escribe al poco tiempo de su viaje- y por otro, la conciencia de que la caída de Rosas estaba próxima y era necesario, por lo tanto, preparar la nueva organización del país. Es un libro de realismo político, y al mismo tiempo, con una dosis de idealismo que linda, casi, con la utopía. La influencia de lo que ha visto en los Estados Unidos es tan decisoria que reniega de su anterior unitarismo para mostrarse partidario de un sistema federalista como el que ha visto en el norte. Lo que Sarmiento postula en esos momentos es, prácticamente, la adopción literal de la organización y el sistema norteamericanos.

Propuso Sarmiento, en Argirópolis, la creación de los Estados Unidos del Río de la Plata, equivalente sureño de los del Norte. Estarían integrados por Argentina, Paraguay y Uruguay. Para ellos habría que levantar una nueva capital, así como los Estados Unidos habían levantado la suya. Esa capital debía situarse, pensaba Sarmiento, en la isla de Martín García, con lo que desaparecerían los conflictos entre Buenos Aires y Montevideo, esta última, sitiada en esos momentos. Proponía, además, consecuente con su liberalismo económico, que se estableciera la libre navegación de los ríos interiores.

A finales de febrero de 1852, cuando después de haber participado en la batalla de Caseros y colaborado en la caída de Rosas, se convence Sarmiento de la imposibilidad de seguir unido con el triunfador Urquiza, comenzó la redacción de Campaña en el Ejército Grande. La obra, más que constituir una historia o crónica del importante acontecimiento que dio fin al gobierno de Rosas, fue una transcripción de documentos justificatorios de su propia conducta y acusatorios contra Urquiza.

La edición definitiva de Campaña en el Ejército Grande, de 1852, iba precedida de una dedicatoria ofensiva para Juan Bautis

ta Alberdi que había permanecido junto a Urquiza y que es llamado cobarde por Sarmiento. Comienza así la larga y enojosa polémica política entre estos dos grandes representantes de la generación romántica argentina. Movido por ella, publica Sarmiento sus Ciento y una, en respuesta a otras cartas similares de Alberdi; y luego, los Comentarios de la Constitución en los que desprestigia y critica a la Constitución Nacional de 1853 que, en gran medida, había sido inspirada por Alberdi. Tanto Campaña como los Comentarios de la Constitución, carecen casi, de valor historiográfico. El espíritu combativo contra Urquiza en un caso y contra Alberdi en el otro, les resta objetividad. Es que, como señala Tulio Halperín Donghi (21), Sarmiento, para esa época, ya había decidido constituirse en protagonista de la historia argentina. Por ello estos libros parecen más destinados a proyectar su propia figura en el campo político y a denigrar a los posibles contrincantes, que a estudiar serenamente los problemas argentinos.

El formidable escritor de Facundo, de Recuerdos de Provincia, de Viajes, parece ya entrar en decadencia; el político sí va perfilando ya su camino ascendente. Sus publicaciones posteriores están constituidas por artículos, algunas biografías de escasa importancia, y polémicas. Entre éstas, se destacan las que mantuvo, para defender la enseñanza laica, con los destacados intelectuales católicos Pedro Goyena y José Manuel Estrada.

En 1883, hay en Sarmiento un intento por retornar a la producción de obras de envergadura, con Conflicto y armonías de las razas en América que resultó muy inferior, tanto literaria como científicamente, a sus anteriores obras de la etapa chilena.

(21) Tulio Halperín Donghi: op. cit., pág. 53.

III - EL FACUNDO COMO INTERPRETACION DE LA ARGENTINA Y DE SU PASADO.

Es Facundo la obra que expresa con mayor fidelidad las ideas fundamentales de Sarmiento. Se trata de un trabajo que pertenece a su época de mayor madurez intelectual y de mayor producción. Desde el punto de vista historiográfico, es también su creación de mayor interés por cuanto, a pesar de no constituir estrictamente un estudio histórico, es sin duda en él donde Sarmiento expresa con mayor claridad sus ideas acerca de la historia y el que mejor muestra su interpretación de la historia argentina.

En el año 1845, poco después de dar a conocer sus apuntes biográficos sobre Aldao, Sarmiento publicó en folletines, en Chile, Civilización y barbarie, con el subtítulo de Vida de Juan Facundo Quiroga.

La segunda edición apareció, también en Chile, en 1851, y tuvo la particularidad de que Sarmiento eliminó de ella lo que actualmente constituye la tercera parte del libro y que es la que más abunda en consideraciones políticas. Indudablemente, la inminente caída de Rosas, le hace parecer poco oportuno insistir en sus ataques al partido federal. La supresión persistió en la tercera edición, la de 1868, realizada en Nueva York, cuando el autor era ministro plenipotenciario argentino en los Estados Unidos. El título de esta edición es Facundo o Civilización y barbarie en las pampas argentinas.

En el último año de su presidencia, decidió Sarmiento realizar una cuarta edición. La imprimió Hachette, de París, y en ella se reincorporan las partes anteriormente suprimidas. Es la edición más cuidada y la que luego reproduce, prácticamente, Augusto Belín Sarmiento en el tomo séptimo de las Obras Completas, de 1896. El título que más ha prevalecido es el más simple y breve de Facundo o, a lo sumo, Facundo. Civilización y barbarie.

Sarmiento escribió el libro en forma improvisada como él mismo reconoció, y movido por una razón de tipo político que afectaba su propia permanencia en Chile. Las virulentas campañas que había desatado en la prensa chilena hicieron que Rosas enviara a Chile, como embajador suyo, a Baldomero García. Ante el peligro de que la misión García lograra acallarlo, ya que el principal objetivo encomendado al nuevo embajador era reclamar por las crecientes expresiones antirrosistas de la prensa chilena, quiso justificarse ante el pueblo de Chile, explicando las causas de las guerras civiles argentinas y mostrando ante la opinión pública las figuras de Quiroga y de Rosas, a los que consideraba los máximos representantes de la barbarie.

A estos motivos inmediatos, podríamos agregar otros que indudablemente influyeron en su determinación de escribir la obra que resultaría la más importante de su producción. Siendo adolescente, fue Sarmiento testigo del ataque de Quiroga y sus gauchos a la ciudad de San Juan. Desde entonces, le preocupó el origen de la guerra civil y se decidió a estudiar el problema del caudillismo. Las circunstancias políticas que hemos mencionado, le impidieron realizar un estudio meditado y documentado y le obligaron a la improvisación. A estas motivaciones, se agregó el éxito de su reciente publicación sobre Aldao y, además, la fascinación que unida al rechazo, ejercían sobre él tanto la figura de Rosas como la de Facundo Quiroga. Decidió dejar para más tarde la biografía de Rosas y se ocupó de Quiroga, en quien veía encarnadas las condiciones del caudillismo y el despotismo.

Cinco años más tarde de la aparición del Facundo, Sarmiento dejó bien sentado cuáles habían sido los objetivos que persiguió al escribir la obra: "Civilización y barbarie. Escribí este libro, que debía ser trabajo meditado y enriquecido de datos y documentos históricos, con el fin de hacer conocer en Chile la política de Rosas". También reconoció el autor la ligereza que predominó en la redacción: "Cada página revela la precipitación con

que está escrito, dándose originales a medida que se imprimía, y habiéndose perdido manuscritos que no pude remplazar" (22).

En cuanto al contenido de la obra, podemos afirmar que, a pesar de haberla dividido el autor en dos partes, de hecho, la misma contiene tres que se corresponden a tres aspectos perfectamente identificables. En la primera, se ocupa Sarmiento del aspecto físico de la República Argentina, de las pampas sobre todo. Además de las características del paisaje, se ocupa también del tipo de sociedad y de los diferentes tipos humanos que ese paisaje había engendrado. La segunda, es la parte biográfica propiamente dicha. Es la narración dramática de la vida del caudillo riojano Juan Facundo Quiroga, desde su infancia, pasando por su juventud y su carrera militar, para culminar con su muerte violenta en Barranca Yaco. La tercera parte, que es la de mayor contenido de tipo político, versa sobre la perspectiva social, política y cultural del país. Constituye el verdadero programa de gobierno que, a juicio del autor, debía adoptar el estado que surgía a la caída de Rosas.

Para Ricardo Rojas, la obra carece de unidad externa. Al respecto, dice: "Son, pues, tres opúsculos de temas diferentes, distintos en extensión y tono, aunque exteriormente unidos por un solo propósito militante" (23). A pesar de la respetable opinión del crítico, nosotros creemos que algo más que el propósito militante da unidad a la obra.

Diego Pró encuentra acertadamente que, al igual que Recuerdos de Provincia, Facundo está pensado de acuerdo a los criterios y principios del historicismo romántico (24). Esta estructura his

(22) Domingo F. Sarmiento: op. cit., pág. 266.

(23) Ricardo Rojas: El profeta de la pampa. Vida de Sarmiento, Buenos Aires, 1945, pág. 204.

(24) Diego F. Pró: op. cit.

toricista y romántica, es inconfundible en el libro. La descripción del paisaje, la naturaleza y el medio no sólo físico, sino también social, se hace para destacar el papel morfogenético de la naturaleza y de la historia. Los hombres, los tipos humanos, surgen de ese entorno. El protagonista, Facundo Quiroga, surgirá como resultado de una serie de circunstancias tanto físicas como sociales. En esta evidente posición herderiana, Sarmiento considera siempre a los hombres en función de la naturaleza y la historia. Esto explica la estructura del Facundo en la que, como hemos visto, a la descripción del medio físico sigue la del medio social, siempre en relación con el primero, y finalmente, el personaje cuya vida se va a narrar.

Uno de los problemas más discutidos por la crítica desde la aparición de Facundo ha sido el de determinar cuál es la verdadera naturaleza del libro; es decir, a qué género pertenece y si en realidad, se trata o no de una obra histórica. Al respecto, hemos recopilado una serie de opiniones, aquéllas que nos parecen más importantes o las que mejor ilustran sobre las diferentes formas en que ha sido considerada la obra y sobre los diversos valores que se le han reconocido o negado.

Encontramos opiniones contrapuestas ya entre los juicios vertidos por los propios hombres del romanticismo, es decir, por los mismos compañeros de generación del autor. Así por ejemplo, Esteban Echeverría da de hecho valor histórico a la obra, al destacar las condiciones de historiador de su autor: "El señor Sarmiento descubre además, en la vida de Quiroga buenas dotes de historiador, sagacidad para rastrear los hechos y percibir su hilación lógica, facultad sintética para abarcarlos y deducir sus consecuencias necesarias, método de exposición..." (25).

Para Juan Bautista Alberdi, en cambio, la obra no puede valer

(25) Esteban Echeverría: Edición crítica y documentada del Dogma Socialista, La Plata, 1940, pág. 68.

como historia. Dice al respecto irónicamente: "Es el primer libro de historia que no tiene fecha ni data para los acontecimientos que refiere" (26). Justo es reconocer que este juicio de Alberdi es de la época en que ya se había producido la separación entre ambos autores.

Posteriormente, el historiador de la historiografía argentina, Rómulo Carbia (27), incluye a Sarmiento entre los primeros historiadores "ensayistas", y le considera, junto con Alberdi, el iniciador de una historia que intenta la explicación del pasado argentino desde perspectivas sociológicas.

Para Manuel Gálvez, en cambio, el Facundo, "como obra de historia no vale nada, salvo en la reconstrucción de ciertos momentos y en la veracidad de algunos retratos". "...Facundo es una colección de embustes" (28).

Hay autores que consideran a la obra, fundamentalmente, como un panfleto político. Así la ve, por ejemplo, Juan R. Fernández (29), para quien es solamente un panfleto destinado a provocar el derrocamiento del régimen autoritario que imperaba en el país.

Blanco-Fombona afirma: "Como obra histórica es demasiado pintoresca y demasiado pasional, carece de documentación básica, y las mentiras, las exageraciones, las omisiones, se cuentan por

(26) Juan B. Alberdi: El Facundo y su biógrafo. En: Obras Póstumas, t. V, Buenos Aires, 1897, pág. 277.

(27) Rómulo D. Carbia: Historia crítica de la historiografía argentina. Desde sus orígenes en el siglo XVI, Buenos Aires, 1940.

(28) Manuel Gálvez: Vida de Sarmiento. El hombre de autoridad, Buenos Aires, 1945, pág. 135.

(29) Juan R. Fernández: Nota preliminar a Facundo, Madrid, 1950.

las páginas"(30). Como biografía la considera interesante aunque absurda y monstruosa; tampoco puede ser, para él, obra de sociología, ya que "todo allí es subjetivo histórico, fantástico, pasional; todo pasa por tamices de odio. Nada parece impersonal, genérico, científico" (31).

Ricardo Rojas reconoce en el libro valores fundamentalmente literarios y cree que, además, Sarmiento no sólo hizo la biografía de Quiroga, sino que inició su leyenda (32). Similar criterio sustenta Miguel de Unamuno, quien después de confesar su "debilidad por Sarmiento", afirma: "Nunca tomé al Facundo de Sarmiento por una obra histórica ni creo que pueda salir bien librada juzgándola en tal respecto. Siempre me pareció una obra literaria, una verdadera novela a base histórica" "...el Facundo de Sarmiento es un Facundo de leyenda" (33).

Para José A. Oría, lo que fundamentalmente contiene el libro es "una genial galería costumbrista". El costumbrismo del Facundo linda casi con la sociología: "Así como Sarmiento no ve la historia más que a través de las biografías, de los individuos, sólo comprende la sociología, el derecho político y las instituciones, a través de las costumbres" (34).

Una de las definiciones más acertadas que en nuestra opinión se han dado sobre el Facundo, es la de Anderson Imbert: "Facun-

(30) R. Blanco-Fombona: op. cit., pág. 94.

(31) Ibidem, pág. 95.

(32) Ricardo Rojas: Los proscriptos.

(33) Miguel de Unamuno: A propósito de un libro argentino. En: Obras Completas, t. IV, Madrid, 1950, pág. 1002.

(34) José A. Oría: Sarmiento costumbrista. En: Sarmiento. Homenaje de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1939, págs. 47-76.

do no es ni historia, ni novela ni sociología: es la intuición genial del país por un joven ansioso de actuar como fuerza interna en esa plástica sociedad que describe" (35).

Algunos autores ven en la obra algo más que "una intuición del país"; ven en ella una verdadera filosofía de la historia. Así la considera José Ingenieros: "Por intuición, más que por sistema, Sarmiento fue un verdadero filósofo de la historia, desde Facundo a Conflicto; esas obras, de indudable interés sociológico, le señalan como un precursor de esa disciplina entre nosotros", y agrega que antes del comienzo del cultivo de las ciencias sociales en Argentina, "intentó Sarmiento volcar en los odres nuevos de la sociología el añejo vino de la historia" (36). Ingenieros señala que si bien Sarmiento no ha creado una doctrina propia o una teoría en relación a la sociología general, en cambio sí ha tomado un momento histórico y ha indagado en él, causas y manifestaciones y también ha señalado consecuencias. Es en ese sentido que considera al Facundo como un ejemplo óptimo de sociología argentina.

Raúl Urquiza sostiene que Sarmiento es el más grande filósofo de la historia argentina, "y no le llamo sociólogo -dice- pues los filósofos de la historia son los precursores de los sociólogos" (37). Dentro también de esta última opinión podemos incluir al historiador de las ideas mejicano, Leopoldo Zea, quien afirma que así como Europa, en sus grandes crisis históricas, ha tenido sus intérpretes -San Agustín, Hegel, Marx- "América, y

(35) Enrique Anderson Imbert: op. cit., pág. 163.

(36) José Ingenieros: Las ideas sociológicas de Sarmiento. En: Domingo F. Sarmiento: Conflicto y armonías de las razas en América, Buenos Aires, 1915, pág. 9.

(37) Raúl Urquiza: Las ideas sociales argentinas. En: Obras Completas, t. II, Córdoba, 1956.

en especial Iberoamérica, ha tenido también sus intérpretes, los filósofos de la historia. Sarmiento es uno de éstos, y su Facundo la interpretación de uno de los momentos más dramáticos de la historia de América" (38).

Más acertado que encasillar a Facundo dentro de un género, nos parece reconocer que, en realidad, participa de diversos géneros. Esta es la opinión de Leopoldo Lugones, quien dice: "aquel libro resultó una creación extraña, que participa de la historia, de la novela, de la política, del poema y del sermón. La leyenda de civilización y barbarie que informa nuestro criterio histórico con credulidad servil, proviene de esas páginas inflamadas; vale decir, sosnechosas en su exactitud científica" (39). Esta opinión es compartida por Alberto Palcos, al afirmar que el Facundo "es a la vez un libro de combate político, una obra literaria que participa de la novela, de la historia y de la biografía y un documento sociológico" (40).

Después de compulsar las diferentes opiniones acerca de la naturaleza del Facundo, llegamos a la conclusión de que no sólo es un libro que participa de diferentes tipos de creación intelectual, sino que cuenta con un marcado fondo histórico. Por ello, sin ser una obra histórica en sentido riguroso, tiene un gran interés para el estudioso de la historia argentina.

Lo histórico palpita en todas las páginas del libro pues en definitiva, lo que intenta es dar una explicación general y amplia del pasado del país. No puede considerársele como una obra

(38) Leopoldo Zea: Una filosofía de la historia americana. En: "Cuadernos Americanos", vol. XXIII, set-octubre 1945, pág. 156.

(39) Leopoldo Lugones: Historia de Sarmiento, Buenos Aires, 1911, pág. 143.

(40) Alberto Palcos: op. cit., pág. 73.

de verdadera filosofía de la historia por cuanto su autor carece de la sistematización y la claridad en cuanto a principios filosóficos generales indispensables para tal disciplina. Sin embargo, el libro vale como un intento de interpretar y explicar la historia argentina. Ese es su mérito principal, el margen de los innegables valores literarios que posee. Sarmiento tuvo conciencia de estar manejando materias históricas y, al mismo tiempo, de no hacerlo con el debido cuidado y con el rigor metodológico adecuado. Terminó por reconocer que su obra no era histórica, aunque manifestó sus intenciones de reemprenderla algún día con criterio histórico. Con el mismo tema del Facundo, pretendía realizar una verdadera obra de historia.

Pese a las críticas que la obra ha merecido desde el punto de vista histórico y pese a las justificaciones de su propio autor, lamentablemente, en general, se le ha dado valor histórico. La imagen que Sarmiento ha dado de Facundo Quiroga y de su época, es la que, durante años, ha prevalecido en la Argentina; sobre todo en la enseñanza, para la que ha constituido, prácticamente, la versión oficial. En última instancia, el error no es adjudicable a Sarmiento. El se encargó de dejar bien establecido cuáles eran los alcances y cuáles las limitaciones de su obra.

Para interpretar el momento histórico y político que le tocó vivir, signado por el caudillismo y las guerras civiles y para descubrir las causas de tales fenómenos, desplegó Sarmiento una serie de ideas de neto origen romántico. Son ideas foráneas aplicadas a la realidad argentina. Por ellas, algunos le han considerado un filósofo de la historia argentina. Insistimos en que, para serlo, debió haber sistematizado esos principios dentro de una concepción orgánica y coherente y manejar ideas puramente especulativas sobre la historia. A pesar de tales carencias, hay sí en Sarmiento una interpretación del país y de su pasado desde perspectivas románticas.

El aparato doctrinario de la teoría de Sarmiento está, en rea

lidad, formado por un corto número de ideas que para él funcionan como principios necesarios y válidos aún a costa de llegar a interpretaciones forzadas de los hechos. Esos principios son: una confezada fe en el progreso de la civilización que lo lleva a una visión feliz, optimista de la historia; una preponderancia de los factores físicos, geográficos que influyen sobre lo social, los hábitos, las costumbres y los sentimientos nacionales; y finalmente, el principio que constituye la idea axil de toda la obra: concibe la historia argentina como el resultado del conflicto dialéctico entre dos fuerzas antagónicas: la civilización y la barbarie. Estas ideas fundamentales se completan con la teoría del caudillo y con algunos temas de morfología social.

En el mundo histórico -visto por Sarmiento- predominan valores trascendentes y hay un proceso en el que la humanidad marcha hacia etapas de mayor perfección espiritual. Hay un fin que es el progreso y la civilización. Los sucesos del pasado argentino, aún los más negativos, deben entenderse como momentos inevitables de ese mundo histórico en constante dinamismo. Según ese criterio, Sarmiento lucha contra Rosas, no tanto porque sea su enemigo político, sino porque ve en él a un verdadero enemigo de la civilización y, por lo tanto, de la historia de la humanidad.

En Sarmiento, su afirmación rotunda de la fe en el progreso, constituye una ley de la historia universal. A pesar de ese carácter legal, la libertad y la voluntad del hombre no quedan anuladas. La lucha y los esfuerzos de los hombres, la voluntad humana, llevan al cumplimiento de la ley del progreso. En la historia, para Sarmiento, no hay nada arbitrario ni caprichoso. Todo en ella está cargado de sentido y todo colabora para lograr esa conquista última y superior que es la civilización.

Además de la voluntad del hombre, también Dios, la Providencia, está empeñado en que los pueblos lleguen a las formas superiores de vida civilizada. Hay sí, causas ajenas que

hacen que el progreso se retrase y que haya pueblos que han alcanzado un mayor grado de civilización y progreso que otros. A pesar de ver Sarmiento un desarrollo lineal en la historia, a pesar de ese "providencialismo" no demasiado aclarado, a pesar de la voluntad de los hombres, el desarrollo no es totalmente fácil; por el contrario, se realiza a través de la superación de los obstáculos que constituyen algo así como una fuerza negativa que se manifiesta a través de tradiciones y hábitos estacionarios y que se explican, fundamentalmente, por razones geográficas.

En la teoría del progreso que Sarmiento adopta, no queda totalmente aclarado el papel de la libertad frente a la necesidad en el proceso histórico. Como señala Mariano Morínigo, seguramente tampoco le interesó a Sarmiento aclararlo. Como en definitiva no es un filósofo ni un sociólogo, no busca coherencias en sus afirmaciones. Le interesa solamente armarse de un esquema teórico para interpretar la realidad concreta, aunque uno y otra no coincidan totalmente (41).

Dentro del pensamiento histórico de Sarmiento, adquiere especial relevancia el papel del medio físico; es decir, la incidencia del factor geográfico. Las diferencias geográficas determinan diferencias entre los pueblos. La naturaleza: clima, suelo, medio físico en general, moldean al hombre. Así se explican las diferencias o semejanzas entre las diversas sociedades humanas y los diversos grados de civilización. Dice Sarmiento: "Hay que notar de paso un hecho, que es muy explicativo, de los fenómenos sociales de los pueblos. Los accidentes de la naturaleza producen costumbres y usos peculiares a estos accidentes, ha-

(41) Mariano Morínigo: Universalidad del "Facundo". En: "Cuadernos Americanos", nº 4, vol. LII, Año IX, julio-agosto 1950, págs. 183-199.

ciendo que donde estos accidentes se repiten, vuelvan a encontrarse los mismos medios de parar a ellos, inventados por pueblos distintos. Esto me explica por qué la flecha y el arco se encuentran en todos los pueblos salvajes, cualesquiera que sean su raza, su origen y su colocación geográfica" (42). Hay en esto una total coincidencia con el pensamiento de Buckle, aunque aplicado a América. Sarmiento insiste en ver el medio social como consecuencia del medio geográfico. Señala, pues, el enlace de lo morfológico y lo físico o geográfico.

La principal característica física argentina es su gran extensión. Allí reside -para Sarmiento- su primer mal: "El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión: el desierto la rodea por todas partes, se le insinúa en las entrañas; la soledad, el despoblado sin una sola habitación humana, son por lo general los límites incuestionables entre una y otras provincias. Allí la inmensidad por todas partes: inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los ríos, el horizonte siempre incierto, siempre confundiéndose con la tierra entre celajes y vapores tenues que no dejan en la lejana perspectiva señalar el punto en que el mundo acaba y principia el cielo" (43).

De las características físicas del país llega Sarmiento, vinculándolas a los hábitos y costumbres, hasta a las formas políticas. Ve el paisaje como factor de unidad política. El unitarismo sería la solución política nacional atendiendo a las razones geográficas: la llanura es social, favorece la comunicación y engendra la asociación. Del paisaje argentino hace surgir Sarmiento a los "tipos" humanos característicos: el rastreador, el baquiano, el gaucho malo, el gaucho cantor. El caudillo, que es

(42) Domingo F. Sarmiento: Facundo. Civilización y barbarie, Buenos Aires, 1962, pág. 25.

(43) *Ibidem*, págs. 9-10.

factor de anarquía y desunión en el país, no se explica por sí, se explica por el medio físico en el que actúa y por el mundo histórico por éste producido.

La inmensidad de la pampa favorece la continuidad de hábitos que se corresponden con la tradición hispánica y colonial que, para Sarmiento, constituye un obstáculo para el desarrollo de la civilización y el progreso. Es por ello que, mediante la inmigración, querrá Sarmiento lograr una población abundante para poner fin al mal físico del país.

Mundo físico y mundo histórico-social, esos son los factores de acontecer histórico de los que se ocupa en Facundo Sarmiento. Apunta sólo en forma breve e incidental al factor racial. De él se ocupará especialmente en Conflicto y armonía de las razas en América.

Sarmiento concibe a la historia argentina, y a la hispanoamericana en general, como resultado del enfrentamiento entre dos diferentes etapas del progreso: las ciudades civilizadas y las campañas bárbaras. Cada una de ellas responde a condiciones geográficas y sociales diferentes: mientras las ciudades se hallan ya "europeizadas", la campaña es todavía hispano-indígena, es decir, colonial. "En la República Argentina se ven a un tiempo dos civilizaciones distintas en un mismo suelo: una naciente, que, sin conocimiento de lo que tiene sobre su cabeza, está remedando los esfuerzos ingenuos y populares de la Edad Media; otra que sin cuidarse de lo que tiene a sus pies intenta realizar los últimos resultados de la civilización europea. El siglo XIX y el siglo XII viven juntos: el uno dentro de las ciudades, el otro en las campañas" (44).

Ambas formas contrapuestas de sociedad han producido tipos humanos con diferentes hábitos, acordes al grado de civilización

(44) Domingo F. Sarmiento: Facundo, pág. 35.

alcanzados. "El hombre de la ciudad viste el traje europeo, vive la vida civilizada tal como la conocemos en todas partes; allí están las leyes, las ideas de progreso, los medios de instrucción, alguna organización municipal, el gobierno regular, etc. Salien- do del recinto de la ciudad, todo cambia de aspecto: el hombre de campo lleva otro traje... sus hábitos de vida son diversos; sus necesidades peculiares y limitadas; parecen dos sociedades distintas, dos pueblos extraños uno de otro" (45).

El esquema de Sarmiento marca siempre la dualidad y la antino- mia: el modo de vida de la barbarie va acompañado de la contra- puesta imagen de la civilización. La historia se desarrolla como una permanente "lucha", idea esta que le viene del historicismo romántico. El proceso histórico argentino se desarrolla dialécti- camente a través de esa lucha sin descanso que debe concluir con el triunfo de uno de las fuerzas en pugna. El esquema sirve tam- bién a Sarmiento para explicar el caudillismo como resultado del ambiente, y para señalar los grandes problemas de la organización nacional. Esta, debía ser el resultado del triunfo de la civili- zación sobre la barbarie.

En realidad, el triunfo de la civilización se produce después de haberse enfrentado con dos formas de barbarie. En un primer momento, las ciudades ya europeizadas, como Buenos Aires, se opo- nen a las ciudades que continuaban siendo españolas; luego, lu- chan con las campañas y los caudillos por éstas engendrados. Pa- ra ejemplificar las diferencias entre ciudades europeizadas y ciudades retrógradas, recurre Sarmiento al caso de Buenos Aires y al de Córdoba, respectivamente. "Córdoba, española por educa- ción literaria y religiosa, estacionaria y hostil a las innova- ciones revolucionarias, y Buenos Aires todo novedad, todo revo- lución y movimiento, son las dos fases prominentes de los parti- dos que dividían las ciudades todas, en cada una de las cuales

(45) Domingo F. Sarmiento: Facundo, págs. 17-18.

estaban luchando estos dos elementos diversos que hay en todos los pueblos cultos" (46).

La idea del enfrentamiento entre la ciudad y la campaña para explicar la historia argentina, sobre todo como origen de las luchas civiles y el choque entre las dos grandes fuerzas políticas: unitarios civilizados y federales bárbaros, no carece de atractivo. Sin embargo, no resiste la menor crítica rigurosa. De hecho, ha sido refutada por numerosos críticos, incluso por algunos admiradores de Sarmiento. Como afirma Ricardo Rojas (47), es necesario denunciar la fórmula por todo lo que tiene de parcial y peligrosa. La identificación de la ciudad con la civilización y de la campaña con la barbarie, sólo encierra una verdad pragmática y ocasional que quizá pudo valer para las explicaciones que el autor quiso adjudicar a ciertos fenómenos, y en todo caso, a los fines de su lucha política. Si es dudoso que haya tenido vigencia en el momento en que fue expuesta, es absolutamente seguro que no la tiene después de las transformaciones sociales y económicas operadas en el país.

Como ya se ha visto, Juan Bautista Alberdi, después de su enfrentamiento con Sarmiento, se convirtió en su implacable crítico. Dijo Alberdi con respecto a la teoría de Sarmiento: "Decir que Buenos Aires representa la civilización y las provincias argentinas la barbarie, es una extravagancia que sólo puede disculparse al fanatismo de partido" (48). Para Alberdi, la barbarie está en Buenos Aires que maneja y disfruta las rentas del país de manera absolutista y que, además, mantiene a los caudillos locales que sirven a sus intereses por cuanto mantienen al interior desunido, y a Rosas que también sirve a los fines porte

(46) Domingo F. Sarmiento: Facundo, pág. 90.

(47) Ricardo Rojas: Los proscriptos.

(48) Juan B. Alberdi: op. cit., pág. 351.

nos. Afirma Alberdi que en el Río de la Plata no hay más que una división de hombres: los blancos, tanto de las ciudades como de las campañas, y los indígenas. Los primeros representan a la civilización cristiana; los segundos, son los verdaderos detentadores de la barbarie. La crítica de Alberdi se fundamenta, especialmente, en las razones de tipo económico que Sarmiento no contempló.

En realidad, y en esto coinciden los más lúcidos comentaristas, entre ellos Alberto Palcos (49), lo arbitrario de la teoría de Sarmiento es la tajante separación entre ciudad y campaña. En definitiva, ambas conviven y se influyen mutuamente. Es cierto que en el campo hay menos cultura, pero ello ha ocurrido en todas las épocas y no necesariamente es síntoma de definitiva barbarie. Lo bárbaro estaría sí en el desierto, en el campo inmenso e inexplorado. Esto es lo que, a partir de Sarmiento, trató de subsanarse mediante la inmigración y la colonización.

Sarmiento debió tomar conciencia de la insuficiencia de su esquema ya que, en obras posteriores, considerará otros factores que apenas fueron insinuados en Facundo, para explicar la realidad argentina. De todas formas, continuó con su actitud mesiánica y organizó siempre su vida en función de servicio a la civilización y de ataque a la incultura. Más allá de los errores que cometió, creemos que sus intenciones fueron sinceras.

Finalmente, dentro de las críticas que se han hecho a la idea capital que informa al Facundo, es interesante señalar que Alejandro Korn (50), con un criterio más filosófico, impugna el concepto que de la civilización manifiesta Sarmiento en toda la obra y que es totalmente utilitario y positivo. En los cincuenta y

(49) Alberto Palcos: El Facundo. Rasgos de Sarmiento, Buenos Aires, 1945.

(50) Alejandro Korn: op. cit., pág. 66.

dos volúmenes de las Obras Completas de Sarmiento, manifiesta Korn, no se halla una sola referencia abstracta del término. Lo define siempre por medio de la enumeración de bienes concretos: la ley, autoridad, orden, enseñanza, escuelas, cultivos, etc.

Hemos intentado explicar el aparato teórico con el que Sarmiento enfrenta la interpretación del pasado argentino. Es necesario hacer referencia ahora a cómo ve, dentro de ese esquema, las épocas, los personajes y los hechos históricos concretos.

Si bien en Facundo lo histórico estaría dado solamente por las vidas de Quiroga y de Rosas, hay sin embargo en él, referencias concretas a los tres períodos que el autor reconoce dentro de la historia argentina: colonia, independencia y restauración. La época colonial es la de la España "americana", de la que poco podía esperarse por cuanto era hija de la España "europea". El concepto que Sarmiento tiene de España explica el poco respeto que le merece la obra española en América: "...España, esa rezagada de Europa que, echada entre el Mediterráneo y el Océano, entre la Edad Media y el siglo XIX, unida a la Europa culta por un ancho istmo y separada del Africa bárbara por un angosto estrecho, está balanceándose entre dos fuerzas opuestas, ya levantándose en la balanza de los pueblos libres, ya cayendo en la de los despotizados; ya impía, ya fanática, ora despótica imprudente; maldiciendo sus cadenas rotas a veces, ya cruzando los brazos y pidiendo a gritos que le impongan el yugo que parece ser su condición y su modo de existir" (51).

El componente español constituye para Sarmiento un elemento de barbarie del que los pueblos americanos deben liberarse: "No os riáis, pues, pueblos hispanoamericanos al ver tanta degradación! ¡Mirad que sois españoles, y la Inquisición educó así a la España! Esta enfermedad la traemos en la sangre. ¡Cuidado!" (52).

(51) Domingo F. Sarmiento: Facundo, págs 233-234.

(52) *Ibidem*, pág. 100.

En 1810, con la revolución de independencia, Argentina da sus primeros pasos para ingresar en el mundo de la civilización europea con la que Sarmiento y quienes comulgan con los principios liberales se sienten identificados. La revolución es obra exclusiva de las ciudades europeizadas: "En las ciudades había libros, ideas, espíritu nacional, juzgados, derecho, leyes, educación, todos los puntos de contacto y de mancomunidad que tenemos con los europeos; había una base de organización, incompleta, atrasada, si se quiere; pero precisamente porque era incompleta, porque no estaba a la altura de lo que se sabía que podía llegar, se adoptaba la revolución con entusiasmo" (53).

Entre 1810 y 1816, los hombres de las ciudades tratan de implantar los hábitos de la cultura europea, pero chocan con el elemento pastoril que trata de imponer las costumbres bárbaras de las pampas. Triunfan Facundo y los caudillos del interior: "La guerra de la revolución argentina ha sido doble: primero, guerra de las ciudades, iniciadas en la cultura europea, contra los españoles, a fin de dar mayor ensanche a esa cultura, y segundo, guerra de los caudillos contra las ciudades, a fin de librarse de toda sujeción civil y desenvolver su carácter y su odio contra la civilización. Las ciudades triunfan de los españoles, y las campañas, de las ciudades. He aquí explicado el enigma de la revolución argentina, cuyo primer tiro se disparó en 1810 y el último no ha sonado todavía" (54). Después de la revolución, la etapa de los unitarios fracasó y con ellos, la civilización. El éxito de Rosas y de los caudillos representa el triunfo de las fuerzas negativas de la historia; es el predominio de las más oscuras tradiciones hispánicas. Pero el enfrentamiento dialéctico no se detiene. Frente a las fuerzas de la barbarie,

(53) Domingo F. Sarmiento: Facundo, pág. 43.

(54) Ibidem, pág. 47.

son ahora los proscriptos -es decir, Sarmiento y sus compañeros- los que se levantan y se encargan de iniciar la etapa constructiva que encaminará finalmente a Argentina por el camino del progreso. Es esa la función mesiánica de que Sarmiento se siente imbuido.

A pesar de considerar Sarmiento que el unitarismo representaba a las fuerzas sanas y civilizadas de la sociedad, disiente en Facundo con él. Señala cuáles fueron sus principales errores: una especie de apego orgulloso a los principios que proclamaba; un sentimiento de superioridad; y un culto excesivo a la razón. Por todo ello fracasó y permitió que las fuerzas federales, representantes del anti-progreso y personalizadas en Quiroga y en Rosas, triunfaran.

Sarmiento juzgó con dureza a los unitarios a través de Rivadavia, su máximo representante. Sin embargo, sintió una confesada admiración por él y lo consideró como el verdadero fundador de las instituciones y el único que había intentado impulsar al país por un camino europeo: "Que le quede, pues, a este hombre, ya inútil para su patria, la gloria de haber representado la civilización europea en sus más nobles aspiraciones, y que sus adversarios cobren la suya de mostrar la barbarie americana en sus formas más odiosas y repugnantes porque Rosas y Rivadavia son los dos extremos de la República Argentina, que se liga a los salvajes por la pampa y a la Europa por el Plata" (55). La obra de Rivadavia se interrumpe porque con Facundo y los demás caudillos a la cabeza, la campaña triunfa sobre las ciudades, hasta culminar con el gobierno despótico de Juan Manuel de Rosas "que clava en la culta Buenos Aires el cuchillo del gaucho y destruye la obra de los siglos, la civilización, las leyes, y la libertad" (56).

(55) Domingo F. Sarmiento: Facundo, pág. 89.

(56) Ibidem, pág. 43.

Hijo de ese clima geográfico e histórico determinado, es Juan Facundo Quiroga. Con la vida de Facundo, aparece el elemento biográfico en la obra. Surge el protagonista después del análisis del medio y siempre en función de ese medio. El autor participa de la idea de que los grandes hombres, los hombres representativos, son producto y a la vez exponentes de un grado de civilización determinada. Así, en Facundo, se dan, en gran medida, una serie de caracteres que se corresponden con los rasgos de la psicología argentina: la conciencia de la propia superioridad nacional, el rechazo de la autoridad, incapacidad para el trabajo, ineficacia para las actividades industriales, culto al coraje, pereza, altivez. Ve Sarmiento una influencia mutua: la sociedad sobre el grande hombre y el grande hombre sobre la sociedad. Para él, el caudillo que encabeza un gran movimiento social y político, no es más que el espejo en el que se reflejan las creencias, necesidades y preocupaciones de un pueblo en un momento determinado de su desarrollo histórico. Tanto Facundo como Rosas son manifestaciones de la manera de ser del pueblo argentino, de sus necesidades y de sus instintos.

Sarmiento, mediante páginas sombrías y exageradas, dio a la Argentina una imagen monstruosa de un caudillo popular que, como tal, tuvo aciertos y errores; rasgos positivos y rasgos negativos. El Facundo de Sarmiento es inequívocamente malo; con esa imagen entró, gracias a Sarmiento, en la posteridad.

Cuando se había impuesto la versión sombría que Sarmiento forjara de Facundo, comenzó a operarse en el autor un proceso de tardía simpatía hacia el personaje que él había deformado. Comenzó por reconocer que no había sido tan sanguinario como él lo había pintado, o que al menos, habían existido en el país otros, mucho más criminales. Luego, confesó su parentesco con Quiroga al reconocer que en sus propios descendientes corría mezclada su sangre con la de Quiroga. Seguramente, estas tardías revelaciones de una cierta simpatía, no fueron motivadas por razones de

justicia; es indudable que llegó a sentir un cierto cariño por el personaje que él había creado, inventándolo casi, y al que tanto había execrado.

Ya hemos señalado que Facundo carece de exactitud científica. La premura y la improvisación por un lado, y su carácter político-pañfletario por el otro, impidieron que llegara a alcanzar un mínimo de rigor histórico. Si nos abocamos al estudio de las fuentes que Sarmiento utilizó, llegaremos inmediatamente a la conclusión de que ese es, justamente, su aspecto más vulnerable. A pesar de la precariedad de todo el aparato crítico que usa, nos parece necesario señalar las escasas fuentes que se pueden detectar. En alguna medida, son reveladores los epígrafes de los diferentes capítulos del Facundo. A través de ellos se pueden conocer las diversas lecturas que Sarmiento hizo y que, presumiblemente, pueden haber inspirado aspectos de su trabajo. Señalaremos algunos: Cuadros de la naturaleza de Alejandro de Humboldt; El Rhin de Victor Hugo; los Précis de geografía universal del d^{no} Nils Malmström; el Curso de Literatura Francesa de Villemain; la Introducción a la Historia de la filosofía de Cousin; los Estudios históricos de Chateaubriand; y además, textos de Lamartine, Lerminier, y otros.

Una de las partes más logradas del libro, es su descripción de la pampa. Sarmiento mismo reconoció que no la conocía. Seguramente se basó en crónicas de viajeros: Azara, Headey y Andrews entre otros. Además, le sirvieron las descripciones contenidas en el poema La cautiva de Esteban Echeverría.

Para las partes históricas y biográficas propiamente dichas, se basó en sus propios recuerdos y en el testimonio de la tradición oral, recogida en cartas y conversaciones con los proscriptos, sobre todo con los más ancianos. También recabó datos de amigos residentes en la Argentina, especialmente de aquéllos que habían conocido a Quiroga o que, por sus vinculaciones, conocían al menos aspectos de su vida.

Alberdi acusó a Sarmiento por haber publicado un libro que, según él, era obra de todos los emigrados en Chile: "El Facundo -dice el crítico- en efecto, fue un album en que todos los amigos literatos del autor, emigrados en Chile, dictaron una o varias páginas por vía de conversación". "No hay uno solo de los amigos del autor que no haya inspirado o dictado algunas..." "De ahí viene que el Facundo es un museo de estilos, de opiniones y de doctrinas políticas..." (57)

El propio autor del Facundo reconoció que se había basado en testimonios orales por él requeridos. Hace muy pocas alusiones -en la obra- a documentos. Sólo muy de vez en cuando surge alguna referencia al respecto. "En un documento tan antiguo como el año de 1500 he visto consignado el nombre de Mendoza con este aditamento: Mendoza del Valle de la Rioja" (58). Esta es una de las escasas menciones a fuentes documentales. En los Apéndices de la obra aparecen como documentos algunas proclamas de Quiroga así como algunas cartas.

Indudablemente, una obra de tema histórico realizada con tan precario manejo de fuentes, debía caer, necesariamente, en una serie de inexactitudes y errores de interpretación. Frente a las críticas que al respecto se le hicieron, contestó Sarmiento reconociendo errores y justificándose por ellos: "Después de terminada la publicación de esta obra he recibido de varios amigos rectificaciones de varios hechos referidos en ella. Algunas inexactitudes han debido necesariamente escaparse en un trabajo hecho de prisa, lejos del teatro de los acontecimientos, y sobre un asunto de que no se había escrito nada hasta el presente; al coordinar entre sí sucesos que han tenido lugar en distintas y remotas provincias, y en épocas diversas, consultando a un testigo ocular sobre un punto, registrando manuscritos formados a la li-

(57) Juan B. Alberdi: op. cit., págs. 274-275.

(58) Domingo F. Sarmiento: Facundo, pág. 67.

gera, o apelando a las propias reminiscencias, no es extraño que de vez en cuando el lector argentino eche de menos algo que él conoce o disienta en cuanto a algún nombre propio, una fecha, cambiados o puestos fuera de lugar. Pero debo declarar que en los acontecimientos notables a que me refiero, y que sirven de base a las explicaciones que doy, hay una exactitud intachable de que responderán los documentos públicos que sobre ello existen" (59).

A continuación, manifiesta Sarmiento sus intenciones de retomar posteriormente el tema ajustándolo a criterios históricamente válidos: "Quizá haya un momento en que, desembarazado de las preocupaciones que han precipitado la redacción de esta obrita, vuelva a refundirla en un nuevo plan, desnudándola de toda disgresión accidental y apoyándola en numerosos documentos oficiales, a que sólo hago ahora una ligera referencia" (60).

Uno de los aspectos del Facundo que más interés ha despertado es aquél que se refiere a las posibles fuentes ideológicas o filosóficas que puedan haber inspirado las teorías en él contenidas. Raúl Orgaz (61), ha sido uno de los autores que con mayor claridad y profundidad ha tratado el tema; por ello, es imprescindible recurrir a las conclusiones a las que él ha arribado. El objetivo de ver las influencias filosóficas que el Facundo revela, es llegar a constatar el grado de originalidad que la obra pueda tener y, por consiguiente, en qué medida es dependiente de ideas no originales del autor. Señala Orgaz, como muy importante, la influencia de Tocqueville. Este sería, según el crítico, el modelo que habría servido de inspiración en cuanto a la manera de afrontar el problema del caudillismo argentino.

(59) Domingo F. Sarmiento: Facundo, pág. 230.

(60) Ibidem, pág. 230.

(61) Raúl Orgaz: op. cit.

Esto se hace muy evidente en la mención que hace Sarmiento en la Introducción de la obra: "A la América del Sur en general, y a la República Argentina sobre todo, le ha hecho falta un Tocqueville, que, premunido del conocimiento de las teorías sociales, como el viajero científico de barómetros, octantes y brújulas, viniera a penetrar en el interior de nuestra vida política como en un campo vastísimo y aún no explorado ni descrito por la ciencia" (62).

La obra de Tocqueville que Sarmiento considera es La Democracia en América, en la que, el autor se adhiere al régimen democrático más por los males que evita que por los beneficios que produce. La influencia del francés reside en la inspiración científica y en el gusto por los hechos concretos más que por las generalizaciones históricas; trata de mantenerse siempre en el plano de las explicaciones positivas. Sarmiento admiró a Tocqueville y tuvo la intención de llegar a hacer una obra de historia o sociología americana que emulase a La Democracia en América. Facundo, lo mismo que Conflicto y armonías de las razas en América, son dos de sus intentos.

Manuel Gálvez (63) señala la influencia de las ideas del realismo social que a través de Leroux y Victor Cousin, recibió Sarmiento. Orgaz demuestra la inequívoca influencia del último, es decir, de Cousin, en la teoría del grande hombre como producto del medio y también en cuanto a la función social del hombre representativo. Cousin, en el curso que dictó en 1820 en la Sorbona, expuso su filosofía de la historia y su concepción del gran hombre, que tuvieron gran trascendencia en la historiografía de la época, y que revelaron los influjos que Cousin había recibido de Hegel. Los posibles elementos hegelianos del pensamien-

(62) Domingo F. Sarmiento: Facundo, pág. 233.

(63) Manuel Gálvez: op. cit., pág. 660.

to de Sarmiento no le vienen, pues, por vía directa, sino a través de Victor Cousin. Sarmiento aplicó las concepciones Cousinianas a la biografía de Quiroga. Estas concepciones, por otro lado, coinciden también con muchas ideas expuestas por el historiador Guizot, a quien también Sarmiento menciona frecuentemente.

Es indudable que Sarmiento conocía la Introducción a la historia de la filosofía de Cousin. El epígrafe del último capítulo de Facundo está extraído de allí. En Sarmiento, como en Cousin, el hombre representativo, el grande hombre, lo es para bien o para mal y su magnitud histórica resultará negativa o positiva según el criterio que se fije para valorar la misión que el personaje haya cumplido.

El esquema básico del Facundo, la idea de la antinomia civilización-barbarie, es absolutamente coincidente con la aplicada por Fenimore Cooper a la lucha entre blancos e indígenas en el oeste del Mississippi, en sus obras La pradera y El último mohicano. El mundo pintado por Cooper apareció, a los ojos de los lectores europeos, como lejano y exótico. Ello explica el enorme éxito que tuvo en Europa y que fuera tan leído y divulgado, sobre todo entre la juventud. Sarmiento no hizo sino sustituir al indígena por el gaucho y al europeo por el hombre de las ciudades argentinas.

Sarmiento manifestó en Facundo su admiración por Cooper y por haber sabido éste captarse la adhesión de los públicos europeos. Además, revela indirectamente que le sirvió de fuente de inspiración, cuando establece comparaciones y semejanzas entre hábitos y personajes pintados por Cooper y los que él mismo había descrito: "En fin, dice Sarmiento, otros mil accidentes que omito prueban la verdad de que modificaciones análogas del suelo traen análogas costumbres, recursos y expedientes. No es otra la razón de hallar en Fenimore Cooper descripciones de usos y cos

tumbres que parecen plagiadas de la pampa" (64). "El Gaucho Mallo: éste es un tipo de ciertas localidades, un outlaw, un soua-tter, un misántropo particular. Es el Ojo del Halcón, el Trampero de Cooper, con toda su ciencia del desierto, con toda su aversión a las poblaciones de los blancos, pero sin su moral natural y sin sus conexiones con los salvajes" (65). Estas citas equivalen en Sarmiento a una casi confesión. Con razón señala Orgaz su sorpresa por el hecho de que los críticos de la época de la aparición del Facundo no hubieran descubierto la similitud.

Creemos que en Tocqueville, Cousin y Cooper, se encuentran las verdaderas fuentes de Facundo. Al menos, es seguro que de ellos extrae Sarmiento sus ideas principales, las que aplicará a la interpretación del proceso histórico y de la realidad argentinos. En todo caso, si bien pueden encontrarse influencias de Herder o de Hegel, éstas le llegan siempre a través de los autores franceses, nunca por conocimiento directo. No hay que olvidar, además, que el pensamiento de Herder y de Hegel influye, directa o indirectamente, en casi todos los pensadores de la primera mitad del siglo XIX.

Podrían señalarse, como influencias secundarias, a Buckle y a Humboldt; éste último con su teoría de los influjos del medio geográfico. También influyeron, en la obra de Sarmiento, otros representantes del romanticismo social francés como Leroux y Fortoul. Finalmente, en cuanto a historiadores propiamente dichos, los que parecen haber sido leídos y especialmente respetados por el autor, son Thierry, Michelet y Guizot.

Ricardo Levene (66), después de reconocer "algunas influencias

(64) Domingo F. Sarmiento: Facundo, pág. 25.

(65) Ibidem, pág. 33.

(66) Ricardo Levene: Historia de las ideas sociales argentinas, Buenos Aires, 1947.

europeas", remarca el carácter original y genuinamente americano y argentino del libro. Sin embargo, está perfectamente demostrado que las tesis fundamentales de Sarmiento no son absolutamente originales. Su originalidad, en todo caso, reside en haber logrado aplicar una serie de ideas europeas y norteamericanas a una realidad concreta diferente: la argentina y la hispanoamericana en general. Armado con un caudal conceptual foráneo, estudió Sarmiento la realidad de su país e interpretó su historia.

IV - CONFLICTO Y ARMONIAS DE LAS RAZAS EN AMERICA: UN INTENTO DE INTERPRETACION RACIAL DE LA HISTORIA.

A los setenta y dos años escribió Sarmiento Conflicto y armonías de las razas en América. Prevista la obra en dos partes o volúmenes, apareció sólo el primero de ellas, en 1883, ya que del segundo sólo terminó un esbozo de plan y algunas conclusiones sueltas y desordenadas. Como él mismo señalara, el libro es el Facundo llegado a la vejez.

Así como Facundo había explicado la influencias de la geografía y de la historia sobre las características argentinas, tratará Sarmiento en Conflicto de ensanchar el escenario histórico, de extender el panorama a toda la América española, en cuyos países encuentra notables coincidencias, contrapuestas a las características norteamericanas. Agregará, además, otro factor: la raza. Así como la clave del Facundo había sido la geografía, la clave de Conflicto será el factor racial.

Sarmiento había esbozado ya el tema en varias oportunidades, entre ellas, en el trabajo que preparó, en 1844, para su incorporación al "Instituto Histórico de Francia", y en su conferencia sobre el Esfuerzo y condiciones de la historia en América, de 1858. Pesaban ya sobre él, fundamentalmente, su admiración por los Estados Unidos de Norte América y el fervor que sentía por sus instituciones. También había acumulado una larga experiencia después de su permanencia en los más altos cargos públicos. Cuando escribe Conflicto había sido ya Presidente de la República.

La obra constituyó un gran intento por coronar su carrera intelectual, con un estudio de sociología americana, de validez científica, que compensara la improvisación -tan criticada- del Facundo. El intento fracasó; su genialidad de escritor se encontraba ya muy menguada y, por otra parte, carecía de los conocimientos científicos y los presupuestos necesarios para enfrentar

la tarea. En Conflicto vuelve Sarmiento a recurrir a la historia para demostrar, a través de ella, sus teorías. Hay en el libro una serie de estudios sobre el pasado argentino y americano, español inclusive, que hacen que más allá de los fallos de sus tesis, tenga interés para nuestra perspectiva historiográfica.

Para considerar el pasado, da Sarmiento -como ya hemos señalado- importancia a un nuevo factor -el racial- al que da el carácter de decisivo. Es en función de ese factor que va a tratar de explicar la historia de América. Por el aporte de las diferentes razas verá el grado de desarrollo cultural e institucional, para arribar a la conclusión de que los males americanos se deben a la herencia española y al mestizaje étnico.

En sus análisis, se vale siempre Sarmiento de la comparación con la historia del Norte de América. Mientras allí, la raza colonizadora inglesa, era una raza superior, en el Sur, en cambio, la raza española había significado un elemento negativo. España, en el momento de la empresa americana, estaba agotada por las luchas contra los moros y sumida, además, en el fanatismo religioso y en las ideas más retrógradas. Cree Sarmiento que la Reforma protestante es la fuente de la que salen todos los adelantos intelectuales y políticos de los tiempos modernos. Como España permaneció al margen del movimiento, se encerró en el mundo de la Inquisición acelerando con ello su decadencia.

Además de la mala condición de los españoles, el mal se agravó en Sud América, según el autor, por el mestizaje con dos razas decididamente inferiores: la indígena y la negra. En el norte, en cambio, la raza europea permaneció en estado puro. Las consecuencias fueron: una superior colonización inglesa y un gran desarrollo institucional y económico en el norte; mientras, en el sur, imperaron la desorganización y la anarquía, caldos de cultivo para el surgimiento de los caudillos.

En Conflicto, al estudio comparativo de los elementos raciales de ambas Américas, sigue el de sus resultados y consecuen-

cias. Forma todo un copioso material lleno de conclusiones y digresiones distribuido en cuatro partes o capítulos, mal relacionados entre sí. Ello es todo lo que alcanzó a escribir.

En la primera parte, titulada Etnología americana, parto Sarmiento de la idea de que un común retraso en las diversas regiones hispanoamericanas, debía responder a una causa también común: la mestización de tres razas: la indígena como base, y la española y la negra como accidentes: "Vamos a reunir los datos de que podemos disponer para fijar el origen de la actual población de las diversas Provincias en que está dividido el territorio argentino, en cuanto baste para darnos una idea de su carácter y estado social al tiempo de la conquista y de los efectos que ha debido producir la mezcla de la raza cobriza como base, con la blanca y la negra como accidentes, según el número de sus individuos" (67).

Menciona el autor a las diferentes razas indígenas del territorio argentino: quichua, guaraní, arauco-pampeana. Al analizar a los tres grupos, insiste en su valoración negativa, en sus deficiencias como razas. Ese es el elemento autóctono que luego se mezclará con los españoles -blancos decadentes- y con otra raza aún inferior a las anteriores: la negra. La mezcla será -para Sarmiento- nefasta: "Iba a verse lo que produciría una mezcla de españoles puros, por elementos europeos, con una fuerte aspersión de raza negra, diluido el todo en una enorme masa de indígenas, hombres prehistóricos, de corta inteligencia, y casi los tres elementos sin práctica de las libertades políticas, que constituyen el gobierno moderno" (68).

Los cuatro capítulos siguientes están dedicados a estudiar

(67) Domingo F. Sarmiento: Conflicto y armonías de las razas en América, Buenos Aires, 1915, pág. 81.

(68) Ibidem, pág. 113.

la colonización española. Si bien este aspecto será especialmente considerado en el capítulo que dedicaremos a España en el pensamiento romántico argentino, señalaremos algunas conclusiones generales al respecto que ayudarán a comprender el pensamiento histórico de Sarmiento.

El juicio que España merece a Sarmiento es el mismo que comparten todos los hombres de la generación argentina de 1837. Considera que como España ha permanecido al margen de la civilización moderna por su fanatismo y su incultura y también por su carencia de condiciones para ella, ello ha repercutido en su obra colonizadora. Esta es una de las partes más vulnerables de la obra. Enjuicia a la historia de España sin tener en cuenta los fuentes: ni documentales, ni jurídicas ni literarias. Se basa más en aseveraciones despectivas de la literatura francesa y en los juicios norteamericanos del siglo XIX, a los que da valor de autoridades históricas. Con gran arbitrariedad, acepta sin el menor espíritu crítico, la "leyenda negra" y desconoce la menor grandeza en el pasado español. Analiza los cabildos, el derecho y la administración coloniales. Solememente elogia al cabildo como institución: "Pudiera decirse que los españoles no traían a América más institución que ésta de la municipalidad, que es tan antigua, está tan arraigada en el corazón de los pueblos, que cuando la España se vio privada de su rey en 1809, se organizó en Juntas, por millares y se dio tantos gobiernos como aldeas o villorrios contaba" (69). Salva al cabildo a pesar de que considera que se hizo mal uso de ellos en la práctica. Es éste quizá el único acto de justicia que Sarmiento se permite al enjuiciar la acción colonial de España en América.

A continuación, se ocupa el autor de las ideas retrógradas hispano-coloniales y a la Inquisición como institución civil.

(69) Domingo F. Sarmiento: Conflicto y armonías..., pág. 134.

Para él, la Inquisición ha sido nefasta para España: "No miramos la Inquisición sino como una institución política e intelectual, y bajo estas dos formas mató a la España y sus colonias, y según teme Buckle, quedó muerta allá para siempre. De su resurrección en América trata este libro" (70). Acusa Sarmiento a la Inquisición de haber atrofiado la inteligencia española; afirma que el cerebro del español debe estar empequeñecido y el del español americano aún más, como resultado de la mezcla de razas. En realidad, Sarmiento no dice nada importante sobre la Inquisición, salvo los viejísimos "lugares comunes del anticlericalismo" (71). Las fuentes que usa, para tratar este tema, son absolutamente ridículas, al punto de considerar como válidos históricamente, los juicios de Victor Hugo.

En definitiva, para Sarmiento, la Inquisición anuló la herencia cultural europea de España; por ello, ese bagaje cultural no pudo ser llevado por España a América. Una muestra de esta situación, es la pobreza de la enseñanza superior colonial.

Trata luego Sarmiento de la mentalidad de los españoles y sobre la situación de España en el momento de emprenderse la conquista, después de hacer una revisión muy particular y poco fundamentada de la historia de España. Para él, el triunfo de la cultura católica sobre la árabe, significa el triunfo de lo medieval y el comienzo de la oscuridad. "Con los reyes de Castilla y Aragón -afirma- triunfaron los bárbaros" (72). Carlos V y Felipe II, consolidan luego el triunfo del absolutismo. Curiosamente, el racista Sarmiento, hace el elogio de los judíos españoles y critica la situación en que se los tenía. Adjudica a la expulsión de los judíos ser una de las causas de la decadencia espa-

(70) Domingo F. Sarmiento: Conflicto y armonías..., pág. 171.

(71) Manuel Gálvez: op. cit., pág. 586.

(72) Domingo F. Sarmiento: Conflicto y armonías..., pág. 212.

ñola. Termina con un juicio tremendo: "Uno de los más poderosos cargos que como publicistas americanos, hemos hecho siempre a España, ha sido habernos hecho tan parecidos a ella..." (73). Un juicio más benévolo le merece a Sarmiento la legislación de Indias, aunque también critica el uso que de ellas se hizo.

El último capítulo de esta segunda parte de la obra, trata de la creación del Virreinato del Río de la Plata y de sus causas. Señala cómo, a través de hechos como la introducción de la literatura "moderna" y las invasiones inglesas a Buenos Aires en 1806 y 1807, comienzan los gérmenes de la disolución del mundo colonial y de la independencia. Incluye, todavía, otro factor negativo de la época hispánica: la acción colonizadora y evangelizadora de los jesuitas, quienes, para Sarmiento, son gente sin patria -su patria es la Orden- que favorecieron el odio al blanco, la incomunicación comercial, y el aislamiento de las razas.

La tercera parte del libro se titula Las razas en Norte-América. Es en ella donde da su personal del proceso colonizador norteamericano en el que, debido a que no hubo mezcla de razas, y de la natural superioridad del anglosajón sobre el español, se llegaron a resultados muy superiores con respecto a la obra de colonización española.

En el norte, los colonizadores fueron a constituir -piensa el autor- una nación nueva y no solamente a explotar las riquezas. Lo que a Sarmiento no parece mal es la gran nación se forjara al margen de la población indígena.

La tesis de Sarmiento consiste, pues, en que la diferencia étnica entre el norte y el sur, redundó en una desigual evolución institucional y económica y que esas diferencias eran una reproducción de las existentes entre ambos países colonizadores. Particular elogio le merece, en el norte, el trasplante de purita-

(73) Domingo F. Sarmiento: Conflicto y armonías, pág. 232.

tanos y de cuáqueros, de quienes admira sus principios, su respeto a la libertad y su acendrado republicanismo.

Pensaba Sarmiento que el secreto de la grandeza norteamericana residía en la pureza de su raza: "El norteamericano es, pues, el anglosajón exento de toda mezcla con razas inferiores en energía, conservadas sus tradiciones políticas, sin que se degraden con la adopción de las ineptitudes de razas para el gobierno" (74). No se contaminó, pues, la población que provenía de Inglaterra que "era la única nación libre cuando los peregrinos emprendieron su marcha, la marcha eterna del espíritu humano hacia el Occidente..." (75). Pone el acento el autor en que fueron los cuáqueros y puritanos quienes, en 1681, formularon sus ideas liberales de gobierno en la que se llamó Constitución de 1861 y que al constituirse como nación, en 1776, fueron adoptados todos esos principios constitucionales.

En la cuarta parte de la obra, se ocupa Sarmiento de La independencia sudamericana, que a nuestro juicio, constituye una de las partes más pobres en ideas de todo el libro.

Considera que por los antecedentes étnicos, hay en las dos Américas una desigual aptitud para el uso de la libertad política y para el desenvolvimiento democrático de las instituciones. Al estudiar la "insurrección americana" de 1810, establece primero el menor nivel de cultura política de las colonias españolas con respecto de las colonias inglesas. La América del Norte, afirma, "se hizo independiente cuando se sintió madura para serlo" (76). La independencia fue para ella, pues, un momento de su natural evolución y se produjo cuando ya las colonias eran capaces de gobernarse por sí mismas, después de haber

(74) Domingo F. Sarmiento: Conflicto y armonías..., pág. 310.

(75) Ibidem.

(76) Ibidem, pág. 331.

aplicado durante dos siglos un régimen representativo.

La emancipación sudamericana, que estuvo favorecida por el natural descontento de los criollos hacia el "despotismo" de España, y por la infiltración de las ideas enciclopedistas francesas, se precipitó de manera imprevista al producirse la invasión napoleónica a España y por el solo deseo de aprovechar la ocasión creada por la caída de Fernando VII. El ejemplo que debía seguirse, a juicio de Sarmiento, era el norteamericano; pero, a diferencia de éste, el pueblo criollo de Hispanoamérica, no sabía con certeza cómo organizar a los nuevos países. Hubo un grupo joven, europeizado, que chocó con las ideas conservadoras de quienes veían en el movimiento un simple cambio de autoridades administrativas.

Para el autor, la revolución hispanoamericana fue hecha por grupos -mestizos- desordenados y sin ideas claras sobre la posterior organización política: "Si la idea, pues, de la independencia, venía por inducción y como corolario de los Estados Unidos, los medios de obtenerla, la forma de gobierno que habría de suceder al de España preocupaba poco" (77). No se conocía de doctrinas políticas y así, mientras en el norte surgía una gran nación, en el sur, desde Méjico a Argentina, se preparaban la anarquía y el caos. El caudillismo americano, continuador del viejo feudalismo español, manejaría las masas indígenas y mestizas. Jefes y dirigidos son los representantes de la barbarie, en pugna con los grupos minoritarios de blancos europeos que encarnaban a la civilización. Se trata, pues, del mismo esquema histórico del Facundo, pero acentuando el factor racial para interpretar el proceso.

El último capítulo de la cuarta parte, Los indígenas a caballo, examina el surgimiento social de los caudillos y la forma-

(77) Domingo F. Sarmiento: Conflicto y armonías..., pág. 341.

ción de las "montoneras" en las que el caballo adquiere una gran significación histórica. Las indiadas y los grupos de mestizos aprendieron a montar y, reunidos en montoneras, siguieron a los caudillos. Ahí ve Sarmiento a la bar'arie en acción, retrasando el proceso de liberalización y democratización. Es el triunfo de la herencia española sobre lo "europeo". Tal es la simplista interpretación que hace Sarmiento de los movimientos de independencia americanos y de la posterior anarquía que se produjo con la acción de los caudillos locales como Facundo, Artigas y Ramírez.

Sarmiento no llegó a escribir la segunda parte de Conflicto; de ella sólo se conocen algunos fragmentos y apuntes desordenados que el editor de las Obras Completas reunió en el volumen XXXVIII y que hasta tal punto resultan heterogéneos que es imposible encontrarle un mínimo de organicidad. De los fragmentos, al menos, se pueden inferir algunas conclusiones y también las que a juicio del autor son las soluciones para los problemas que la dramática situación de los pueblos de la América española planteaba.

Sostiene Sarmiento que la forma republicana de gobierno había adquirido universalidad en los tiempos modernos gracias a la revolución norteamericana. Para ponerse a tono con la época, y para superar la negativa herencia racial, los pueblos de la América del Sur deberían regenerar su primitiva composición étnica por medio del aporte de sangre europea. También, por asimilación de la cultura europea, debía renovarse la cultura hispano-criolla. Los remedios, pues, son dos: inmigración europea y educación del pueblo para difundir los valores de la civilización. La inmigración y la educación serían los medios por los cuales la América española podría equipararse a la del norte y alcanzar así su libertad y su prosperidad.

Con Conflicto y armonías de las razas en América, vuelve nuevamente a presentarse el mismo problema que con el Facundo: el

de la identificación del género al que la obra pertenece. Raúl Urgaz, en el estudio ya mencionado, afirma que Sarmiento no hace historia sino que lo que intenta es explicarla. De acuerdo a este, cabría, pues, considerar al autor como un filósofo de la historia argentina. También José Ingenieros considera que Conflicto es una obra de filosofía de la historia que se acerca, además, a la sociología: "Las dos obras cardinales de Sarmiento - se refiere a Conflicto y al Facundo- tienen unidad de orientación y dejan una enseñanza precisa. Son, efectivamente, dos losables ensayos de filosofía de la historia; ...Conflicto y armonías, tiene en rigor, pretensiones más propiamente sociológicas" (78). Ingenieros reconoce la falta de información científica de Sarmiento, pero a pesar de ello, por su "visión genial", piensa que debe considerársele como un precursor empírico de la sociología argentina.

No creemos que, en rigor, la obra sea realmente una filosofía de la historia. Cabe aquí la misma objeción que se hizo oportunamente a Facundo. No hay un sistema filosófico que respalde las teorías del libro, ni siquiera un mínimo repertorio de ideas adecuadas que permitan considerarlo una filosofía. Hay sí una interpretación histórica, un análisis de hechos históricos para extraer de ellos conclusiones.

La interpretación de la historia que Conflicto entraña, es menos genial y aún más arbitraria que la contenida en Facundo. Tampoco puede ser calificada como estudio sociológico. Aún considerando el hecho de que se ocupa de problemas de índole sociológica, no se encuentra en la obra el menor rigor metodológico ni científico. Tampoco arriba a conclusiones válidas y objetivas. Tampoco es, estrictamente, un estudio histórico. El tema sí es

(78) José Ingenieros: op. cit., pág. 11.

histórico, pero no reúne los indispensables requisitos de investigación y tampoco hay un manejo de fuentes adecuado. Realmente, éstas y la bibliografía que utiliza son escasas y poco idóneas; falta también un análisis sereno de las mismas. Todas las fuentes son para Sarmiento verídicas mientras le sirvan para demostrar sus teorías.

Entre las obras bibliográficas que reconoce Sarmiento haber utilizado, se encuentran: los estudios de Prescott, completados por Wilson, para estudiar las poblaciones indígenas de México y Perú; con ellos ha trabajado la parte de etnología americana y también con las investigaciones de Florentino Ameghino, etnólogo argentino del siglo pasado, bastante desautorizado por la crítica especializada. También usó la Historia de España de Juan de Mariana y Los judíos en España de Amador de los Ríos. Para otros aspectos de historia española y europea, usó a Taine: Orígenes de la Francia contemporánea, a Edgard Quinet: La revolución, a Guizot: Historia general de la civilización europea, y el Torquemada de Victor Hugo. Para la historia de la emancipación sudamericana confiesa haber utilizado la obra de Vicente G. Quesada Virreinato del Río de la Plata 1776-1812 y datos que le suministró Andrés Bomas. Hay también menciones de algunas fuentes documentales. Así, al hablar de la Inquisición, para mostrar el proceso al poeta Villegas, mencional al manuscrito de Simancas que había estudiado Cánovas del Castillo. Hace también referencia, en algunos momentos, a documentos del período colonial argentino. Para ver las funciones de los cabildos, por ejemplo, se basa en las Actas del cabildo de Córdoba.

En cuanto a fuentes filosóficas o ideológicas, es decir, a obras y autores que influyeron en sus teorías e interpretaciones, podemos decir que continúan las influencias románticas directas e indirectas: Hegel y Herder y los del "romanticismo social" que ya se han señalado al analizar a Facundo. A ellas se

agrega una especial influencia de Buckle en sus juicios acerca de la inferioridad española. Buckle había pintado con tonos sombríos a España en su Historia de la civilización de Inglaterra.

Hay también en el Sarmiento de Conflicto una evolución hacia el pensamiento del naturalismo de la época. A pesar de no haber conocido a Comte, confiesa haber proclamado las ideas de Spencer, llegando a decir, "con Spencer me entiendo porque andamos el mismo camino" (79). La de Spencer es quizá la influencia más notable en Conflicto, aunque es necesario reconocer que Sarmiento se mantuvo dentro de ciertos márgenes espiritualistas que le impidieron adherirse totalmente al positivismo.

En cuanto a la idea de que la constitución norteamericana era una herencia del talante liberal y republicano de cuáqueros y puritanos, en realidad, no le pertenece. La había expuesto antes el abogado yanqui Scott (80), a quien Sarmiento había leído y a quien menciona en la obra aunque sin llegar a reconocerle la paternidad de la idea. Es por ello que cuando la obra de Scott fue conocida en Buenos Aires, no faltaron críticos que acusaron a Sarmiento de plagio.

En general, Conflicto y armonías ha merecido críticas muy serenas. Los aspectos que se refieren a sus injustos juicios sobre España y la colonización, así como el escaso repertorio documental, han sido quizá los más vulnerables. También ha sido criticada su interpretación racial del pasado americano. Conclusiones como la de los efectos de la mezcla de razas, han sido criticadas aún por autores tan "sarmientistas" como Alberto Palcos (81), quien señala que esa mezcla no es condenable por sí,

(79) Domingo F. Sarmiento: Conflicto y armonías..., pág. 407.

(80) Eben Greenoughly Scott: The development of constitutional liberty in the english colonies of America, N. York, 1882.

(81) Alberto Palcos: Sarmiento. La vida. La obra...

ya que aún las razas consideradas como más puras provienen de varias amalgamas. Se equivoca Sarmiento cuando adjudica a factores exclusivamente étnicos lo que en realidad estriba en diferentes niveles de desarrollo histórico y cultural. Creemos acertado, por todo ello, el juicio de Diego F. Pró cuando considera que Conflicto y armonías de las razas en América, fue una obra fracasada de Sarmiento. (82).

(82) Diego F. Pró: op. cit.

V - SARMIENTO BIOGRAFO DEL GENERAL SAN MARTIN

Domingo Faustino Sarmiento no fue un historiador. Creemos que esta afirmación queda aclarada en las páginas precedentes del presente trabajo, como queda también aclarado que, a pesar de ello, la mayoría de sus obras tiene gran interés desde el punto de vista historiográfico. Es desde esta perspectiva que la labor de Sarmiento tiene otro mérito indiscutible: el ser el primer biógrafo del libertador de Argentina, Chile y Perú. En realidad, Sarmiento no escribió ninguna biografía completa y documentada del general, pero sí se ocupó de su figura y de su obra en una serie de trabajos o artículos, casi todos periodísticos, que culminaron con su presentación en el Instituto Histórico de Francia, de su San Martín y Bolívar, trabajo éste que es el más importante de los que dedicó a San Martín, así como también el que más problemas críticos y polémicas ha suscitado. Sarmiento rescató, pues, para la historiografía, la figura de San Martín, cuando aún éste vivía en su refugio de Francia.

El primero de los artículos sobre temas sanmartinianos que escribió Sarmiento, fue el titulado 12 de febrero de 1817, que apareció en "El Mercurio" de Valparaíso el 11 de febrero de 1841. Trató sobre San Martín y la batalla de Chacabuco. Era, además, el primer artículo que publicaba Sarmiento en la prensa chilena. En él, demostró sus condiciones para el relato histórico así como para el periodismo en general. Siguió luego otros en los que se ocupó de otros episodios de la campaña de San Martín. El primero de ellos (83), se tituló: Desde la derrota de Cancha Rayada hasta la victoria de Maipo. Los dieciocho días en Chile, en el que hizo una síntesis de esos acontecimientos. Sigue luego el ya mencionado trabajo presentado en Francia. Posteriormente, y

(83) En: "El Mercurio" de Valparaíso, 4 de abril de 1841.

en diversas circunstancias, continuará Sarmiento ocupándose del Libertador. Cuando éste murió, publicó una Necrología del General San Martín (84) y más tarde tres breves bosquejos biográficos: El General D. José de San Martín, publicado en el "Almanaque Pintoresco o Instructivo" (85); Biografía del General San Martín (86); y El General San Martín (87). Pronunció también un Discurso con motivo de la repatriación de los restos del héroe, el 23 de mayo de 1880. Con todos estos trabajos y otros artículos de menor importancia, Enrique Espinosa formó el volumen: Vida de San Martín por Domingo Faustino Sarmiento.

En mayo de 1846, cumpliendo con la misión encomendada por el gobierno chileno, llegó Sarmiento a París. Una carta de Las Heras, general de la independencia argentina, le franqueó el acceso a San Martín, a quien visitó en varias oportunidades en su residencia de Grand-Bourg. Basándose en supuestas confidencias del general, presentó su trabajo al "Instituto Histórico de Francia", que lo designó miembro correspondiente de primera clase, fechando su diploma el 22 de julio de 1847. El "Instituto", a pesar de ser un organismo privado, gozaba de gran prestigio en el mundo intelectual francés.

El mismo año de la incorporación de Sarmiento al "Instituto", apareció su escrito Etude politique sur San Martín et Bolívar en el "Journal de l'Institute Historique". Versaba sobre la con

(84) En: "Tribuna" de Santiago de Chile, 22 de noviembre de 1850.

(85) Santiago de Chile, 1852.

(86) En: "Galería de hombres célebres de Chile", Santiago de Chile, 1854.

(87) En: "Galería de celebridades argentinas", Buenos Aires, 1857.

trovertida Conferencia de Guayaquil, en la que coincidieron los libertadores San Martín y Bolívar y después de la cual, se produjo el alejamiento de San Martín de la escena sudamericana. Los detalles del encuentro habían permanecido en la oscuridad al no ser revelados por sus protagonistas.

Sarmiento, tiempo después, explicó cómo, de acuerdo a las su puestas confidencias de San Martín, había intentado dilucidar el secreto que constituía uno de los aspectos más discutidos de la historia sudamericana. Para dar a conocer sus conclusiones sobre el tema, decidió elegirlo para su presentación: "Este discurso de recepción, pronunciado en una Sociedad Histórica de París, de bía necesariamente referirse a asuntos americanos, por cuanto la historia de Francia debía suponerse extraña a los estudios del recipiendario. El General San Martín residía de años atrás en Francia, donde murió; y como había sido hasta entonces un punto muy discutido el asunto de la entrevista de Guayaquil entre los dos campeones de la independencia, importaba mucho hacer conocer la versión de uno de los actores -el más sincero- puesto que de su parte estuvo la abnegación" (88).

Tuvo Sarmiento una actitud reivindicativa con respecto a San Martín, quien había sido objeto del ataque de alguno bolivaristas que afirmaban que el Libertador argentino, debido a sus ideas monárquicas, había rechazado los planes republicanos de Bolívar.

Comenzó Sarmiento su artículo bosquejando los orígenes de los movimientos de independencia en la América hispana, para caracterizar luego a los dos grandes hombres que los encarnaron. Pinta en forma muy ingrata a Bolívar, lo cual contrasta con la abnegación, el desinterés y la grandeza de espíritu que adjudica

(88) Domingo F. Sarmiento: San Martín y Bolívar. Discurso de recepción en el "Instituto Histórico de Francia". En: Obras Completas, t. XXI, Buenos Aires, 1914.

a San Martín. Ambos generales se habían reunido en Guayaquil, a iniciativa de San Martín, cuando sus respectivos ejércitos se habían encontrado en Perú.

Para Sarmiento, el motivo de la entrevista fue el disgusto de San Martín, quien había realizado las campañas de Chile y Perú, sin haber pretendido nunca agregar territorios a su país, por las pretensiones de Bolívar de anexionarse Guayaquil que hasta entonces había sido peruano. De la Conferencia sólo había trascandido que San Martín ofreció al venezolano continuar la querra juntos hasta lograr la independencia total de la América del Sur; para ello, San Martín proponía ponerse a las órdenes de Bolívar, cosa que éste no aceptó. Después de la entrevista, San Martín abandonó la lucha y se retiró a Europa, dejando a Bolívar la posibilidad de concluir la obra que ambos habían realizado, aún a costa de perder la gloria y los honores finales. Sarmiento hace a continuación la gran revelación que sintetiza el contenido de su estudio y aclara las causas del ostracismo del general argentino. El documento que le da la clave de su interpretación, es la llamada "Carta Lafond". Es en realidad, una carta de San Martín dirigida a Bolívar el 29 de agosto de 1822, cuyo contenido habría dado a conocer a Sarmiento. En ella queda claro que San Martín pidió ayuda a Bolívar para poder mantener la independencia del Perú y proseguir la guerra, cosas difíciles de lograr sin la colaboración de los ejércitos bolivarianos. Frente a la respuesta negativa de Bolívar en Guayaquil, San Martín le anuncia en la carta que, después de reunido un Congreso General en Lima, se retiraría para que Bolívar terminara la querra. Promete, además, no revelar los motivos aducidos en la carta y evitar cualquier reacción escandalosa que pudiera empañar el éxito y el prestigio de la empresa libertadora.

La "Carta de Lafond", ha dado lugar a uno de los procesos historiográficos más apasionantes de Hispanoamérica. Según Sarmiento, "San Martín ha dejado ignorar en América durante veinte

años el objeto y el resultado de la entrevista de Guayaquil, no obstante las versiones equivocadas y aún injuriosas que sobre ello se han hecho. No hace dos años que el comandante Lafond, de la marina francesa, publicó en le voyages autour du monde, la carta de San Martín a Bolívar... Esta carta es la clave de los acontecimientos de aquella época, y ...revela a las claras el carácter y posición de los personajes..." (89).

El marino Lafond había publicado la carta en 1843 (90) y la habría recibido, según unos de propias manos del general San Martín; según otros, de las del general Mosquera, secretario de Bolívar.

Los primeros en dudar de la autenticidad de la carta fueron historiadores venezolanos que rechazaron la interpretación que de la misma se desprendía y según la cual, el egoísmo de Bolívar habría provocado el alejamiento del general San Martín. Para ellos, la publicación de Lafond en 1843, marcaba el comienzo de una campaña organizada para desprestigiar a Bolívar.

Frente a los argumentos de los venezolanos, la reacción argentina tuvo ribetes de exagerado patriotismo. El Instituto Sanmartiniano negó la falsedad de la carta y los historiadores, en general, reaccionaron en defensa del héroe nacional movidos más por el sentimiento que por razones científicas válidas. Una prueba de ello es el trabajo de Antonio Castro (91) que, sin mayores razones de peso, y con una casi total carencia de espíritu crítico, acepta la autenticidad de la carta por cuanto San Martín no la desmintió. También acepta el carácter de testigo de

(89) Domingo F. Sarmiento: San Martín y Bolívar, pág. 33..

(90) Voyages dan les Amériques par le capitaine G. Lafond, Paris, 1843.

(91) Antonio P. Castro: San Martín y Sarmiento, Museo Histórico Sarmiento, serie II, nº 19, Buenos Aires, 1950.

Sarmiento, sin dar mayor importancia al hecho de que el mismo Sarmiento, posteriormente, pareció poner en duda tal autenticidad. Aún autores como Ricardo Rojas consideran que el negar el carácter auténtico de la carta constituye "un agravio para San Martín" (92) y que la conferencia de Sarmiento habría dilucidado el asunto en forma inequívoca.

En 1962, A.J. Pérez Amuchástegui publicó La "Carta de Lafond" y la preceptiva historiográfica (93). En él, realiza un trabajo rigurosamente científico en el que priman más que los criterios de dudoso patriotismo- criterios de verdad histórica basados en el resultado de una investigación de gran valor metodológico. La aparición de esta obra reavivó la polémica y provocó el escándalo en quienes sólo vieron en ella la intención de atacar la memoria del general San Martín y defender a Bolívar. En la edición de 1963 (94), figura ya una nota del presidente del Instituto Nacional Sanmartiniano en la que le comunica al autor que, en opinión de ese organismo, la obra no constituía un ataque al libertador.

Amuchástegui somete la "carta" primero, a la crítica de autenticidad, para llegar a la conclusión de que es falsa: no existe el original, no hay copia ni duplicado; sólo una versión francesa de una supuesta carta escrita en español. Hace luego el autor la crítica de veracidad y llega a las siguientes conclusiones: si bien es cierto que San Martín trató al francés Lafond quien, fue un viajero y no un historiador. San Martín, por lo tanto, no se sintió obligado a desmentirle; tampoco indicó nunca la veracidad del documento. "Queda, pues, que la carta de La

(92) Ricardo Rojas: El profeta de la pampa, pág. 272.

(93) A. J. Pérez Amuchástegui: La "carta de Lafond" y la preceptiva historiográfica, Córdoba, 1962.

(94) Buenos Aires, 1963.

fond no carece de valor. Pero su valor positivo reside en que San Martín entendió razonable dejarla circular, porque en sus días, representaba una versión incompleta y desfigurada, pero no enteramente falsa, que, al mismo tiempo, era útil para el Perú" (95).

En función de esa posible utilidad de la carta para la pacificación del Perú, es que -según Pérez Amuchástegui- San Martín habría tolerado su difusión.

Con respecto a la versión de Sarmiento acerca de que él se habría convertido en confidente de San Martín, ella está en contradicción con los múltiples testimonios sobre la negativa de San Martín a dar información sobre los entretelones de la gesta americana y, sobre todo, acerca de dos asuntos: Conferencia de Guayaquil y Logias americanas. Por otro lado, Sarmiento utilizó la carta reproducida por Lafond y no ninguna -original o copia- que le hubiera dado el General.

Sarmiento insistió siempre en que su San Martín y Bolívar se basaba en las confidencias de San Martín: "La descripción y lo sucedido en la entrevista la obtuve de boca del mismo General San Martín. Si hay falsedad en los hechos ocurridos y en el objeto de la entrevista, es la que ha querido acreditar uno de los actores de aquel grandioso drama" (96). Incluso insistiría en ello años después: "Sanéis señores, que fui el primer confidente a quien comunicó San Martín en 1846, lo ocurrido en la memorable entrevista de Guayaquil" (97).

(95) A. J. Pérez Amuchástegui: op. cit., pág. 133.

(96) Domingo F. Sarmiento: Bolívar y San Martín, pág. 42.

(97) Domingo F. Sarmiento: José de San Martín. Discurso pronunciado en el acto de llegar las cenizas del General San Martín al muelle de las Catalinas. En: Obras, vol. XXII, pág. 75.

Creemos que el libro de Pérez Amuchástegui deja perfectamente aclarada la falsedad de la "carta de Lafond". Pero, aún creyendo en su posible veracidad y autenticidad, ello no es argumento suficiente para pensar que la versión de Sarmiento aclara las incógnitas de Guayaquil. Aún los más acendrados defensores de Sarmiento y su escrito, reconocen que, al hacerlo lejos del país, sin elementos de consulta, ni archivos, ni bibliotecas y basándose sólo en los datos que le diera San Martín, pudo equivocarse (98). Evidentemente no utilizó la metodología más adecuada para dilucidar un problema histórico tan complejo y controvertido. En todo caso, el escrito constituiría, más bien, un reportaje a uno de los actores de la Conferencia.

Se ha señalado que San Martín ratificó la autenticidad de la "carta Lafond" y la interpretación de Sarmiento, al asistir a la conferencia que éste dio, en París, en el "Instituto Histórico" de Francia. La presencia de San Martín, pues, avalaría la tesis. Sin embargo, surge aquí otro problema que también ha suscitado críticas e interpretaciones contradictorias. Se duda no solamente de que San Martín haya asistido al acto, sino incluso de que la conferencia haya sido dada. Sarmiento -ya en los párrafos que hemos reproducido- habla de la conferencia que pronunció. Pero hay autores que lo niegan.

Manuel Gálvez, estudió las actas del Instituto parisino sin encontrar ninguna referencia a la supuesta conferencia. En ellas, sólo consta que Sarmiento fue nombrado miembro correspondiente por Chile después que fueron examinados los estudios que había presentado y de los cuales publicaron, además del San Martín y Bolívar, Guerre de l'Indépendance dans l'Amérique du Sud. A pesar de que, como afirma Castro (99), las actas siempre

(98) Antonio P. Castro: op. cit., pág. 32.

(99) Ibidem, pág. 316.

suelen cometer errores, en realidad, no hay pruebas concluyentes de que la conferencia fuera pronunciada. Las dudas son aún mayores con respecto a la posible presencia de San Martín. San Martín no la mencionan en ningún momento. Tampoco Sarmiento, lo cual -de haber sido efectiva esa presencia- sería poco acorde con el talante vanidoso del autor del Facundo. Desde que Bartolomé Mitre afirmó que San Martín sí había concurrido, el hecho fue dado por cierto. Finalmente, Ricardo Levene (100), demostró la absoluta imposibilidad de esa presencia.

Todo lo relacionado con el trabajo de Sarmiento sobre San Martín y la Conferencia de Cuayaquil, en definitiva, ha dado lugar a todo tipo de equívocos y de polémicas. El problema, contra lo que pudiera parecer, es grave ya que la interpretación sarmientina ha constituido también una suerte de versión oficial sobre el asunto. Sarmiento no actuó con rigor histórico; sabemos que no era historiador, pero a lo que dijo se le ha dado el valor de verdad histórica irrefutable. El mérito de Sarmiento como biógrafo de San Martín, sigue siendo el que al comienzo señalamos: es el primer escritor americano que se ocupa del Libertador y el que rescata su figura para la historiografía americana.

(100) Ricardo Levene: Estudio político sobre San Martín y Bolívar. En: "El Hogar", nº 2100, Buenos Aires, 10 de febrero de 1950, págs. 20, 23 y 68.

VI - OTRAS BIOGRAFIAS Y ESCRITOS DE INTERES HISTORICO.

Al margen de las obras capitales de Sarmiento -facundo, Recuerdos de Provincia, Viajes- y de su fracasado intento de explicar la historia americana por el factor étnico -Conflicto- existen otros escritos suyos de gran interés historiográfico; es que, en realidad, en toda la obra de Sarmiento hay historia; toda ella está impregnada de historicismo.

Una de las formas a las que más recurrió el autor para encausar su preocupación por lo histórico, fue la biografía. Hemos señalado ya cuánto hay de biografías en Recuerdos de Provincias y en Facundo, que es, en definitiva, una biografía de Juan Facundo Quiroga. No son éstos los únicos ejemplos, ya que Sarmiento intentó explicar lo histórico a través de las vidas de las grandes personalidades en obras en las que "por un lado mantiene la individualidad del protagonista, y por otro destaca lo que el personaje tiene de genérico y de revelador de un país y una época, es decir, sus condiciones representativas de un proceso histórico" (101).

Sarmiento emprendió numerosas biografías, generalmente breves, destinadas muchas veces a artículos periodísticos. Entre otras, pueden mencionarse: Vida del Dr. Antonio Aberastain; Vida y escritos del Coronel Francisco J. Muñiz; Vida de Dominiquito, biografía del hijo adoptivo del autor, muerto en la guerra del Paraguay; Vida de Horacio Mann; Vida de Lincoln. En realidad, estas obras carecen de envergadura; no constituyen investigaciones rigurosas y más bien tienen una intención aleccionadora, moralizante, y muchas veces patriótica o política.

(101) Ana María Berrenechea: Las ideas de Sarmiento antes de la publicación del Facundo. En: "Filología", año V, nº 3, Buenos Aires, 1959, págs. 193-210.

Mayor interés tienen las biografías que dedicó al Chacho y al fraile Aldao, y que constituyen, con Facundo, una trilogía de vidas de personajes turbulentos de la historia argentina. Incluso, bajo el título de Civilización y barbarie, algunas ediciones han incluido estas tres biografías. En realidad son tres vidas que, para Sarmiento, son manifestaciones de la barbarie enemiga de la civilización. De esta trilogía, la biografía de Aldao es una preparación de lo que tres meses después expondría el autor en Facundo.

En enero de 1845, había muerto en Mendoza el brigadier José Félix Aldao, a quien Sarmiento había combatido duramente. En febrero del mismo año publicó en el diario "El Progreso" de Santiago de Chile, la biografía de Aldao con el título de Apuntes biográficos que luego reunió en un folleto. Igual que había hecho con el Facundo, la fue escribiendo a medida que se publicaba en el periódico.

Describió Sarmiento, con gran acierto literario, la vida del caudillo, su iniciación en la carrera eclesiástica, su posterior vida militar y su paralela falta de fe religiosa, su sed de venganza y su carácter sanguinario. Las tintas están también aquí notablemente cargadas: en la vida del fraile se alternan los más horribles crímenes con las costumbres más licenciosas y las más increíbles manifestaciones de crueldad.

A pesar de que en la obra domina lo biográfico, apuntan ya en ella algunas ideas que serán luego mejor desarrolladas en Facundo. En ambas obras, lo que se pretende es dar, a través de las dos figuras representativas, una interpretación del caudillismo como expresión de la realidad geográfica y social. A ello se une la finalidad política, que también aquí consiste en atacar a la dictadura de Rosas. En forma sintética, anticipa Sarmiento el esquema romántico que aplicará en sus obras posteriores. También aquí parte de una explicación de la historia del país, desde la época hispánica, pasando por la revolución de Mayo y por los in

tentos europeístas de Rivadavia, para culminar con la época de Rosas. Adelanta algunas tesis que serán más ampliamente explicadas en Facundo: España mantuvo a sus colonias en el atraso; ello explica su posterior incapacidad para el ejercicio de la democracia; existe un marcado antagonismo entre la culta Buenos Aires y el interior, de características hispánicas. Sugiere también lo que luego defenderá persistentemente como uno de los principales remedios para los males argentinos: la inmigración europea.

El valor de los Apuntes biográficos sobre el cura Aldao es más literario que histórico. Es también un panfleto de gran eficacia política: "La suprema barbarie de Aldao, borracho que da el espectáculo inmoral de su vida, es una acusación dirigida contra Rosas, favorecedor de esa infamia" (102). Con justicia señala Manuel Gálvez que en esta obra muestra Sarmiento sus excepcionales condiciones para el género biográfico; aunque también reconoce, además de sus méritos, su principal falencia: "Por su puesto que abunda en mentiras, pero en nada disminuyen su valor literario y psicológico, y hay en ellas fragmentos dignos de las antologías, como aquél en que muestra al fraile en Chacabuco, arremangándose y sableando a los godos" (103). Esas mentiras que señala Gálvez, creemos que respondían a una intención deliberada del autor. Quiso pintar con tintes sombríos al caudillismo y la tiranía. Es también indudable que muchas de las fallas se debieron al elemental método y a las deficientes fuentes que usó el autor. Como en Facundo, obtuvo sus datos de sus propios recuerdos, y también le fueron facilitados verbalmente por emigrados enemigos de Rosas y del fraile.

En 1853, para intervenir en un concurso sobre temas americanos

(102) Ana María Berrenechea: op. cit., pág. 202.

(103) Manuel Gálvez: op. cit., pág. 149.

que había organizado el "Instituto Histórico de Francia", presentó Sarmiento una Memoria que tituló Influencias externas que obran sobre la marcha de los sucesos y en la política de las Repúblicas Hispano-americanas. En ella, hace una síntesis de sus doctrinas sociales y políticas, como así también de su pensamiento histórico. Anticipa también las ideas que treinta años después desarrollaría en Conflicto y armonías de las razas en América. La importancia de la Memoria en que muestra la evolución del pensamiento del autor. Ya había realizado su viaje por Europa y los Estados Unidos. Se había producido también, después de la decepción que le provocó su admirada Francia, su conversión en ferviente defensor de Norte América. Comparó la evolución política y social de los Estados Unidos con la de los países de la América española, haciendo incapió, por supuesto, en los defectos de los últimos, así como en la necesidad de imitar al país del norte.

En 1858, el "Ateneo del Plata" eligió a Sarmiento director de su departamento de historia. Con tal motivo, el 11 de octubre de ese año, leyó un trabajo en homenaje al descubridor de América: Espíritu y condiciones de la historia en América. En él, insiste en una serie de conceptos históricos de indudable sabor romántico. El trabajo interesa especialmente ya que es un pequeño ensayo exclusivamente dedicado al quehacer historiográfico e implica, además, una teoría de la historia.

Dentro del habitual desorden que caracteriza a su autor, Espíritu y condiciones contiene tres aspectos perfectamente diferenciados: el primero, es casi una metodología histórica ya que da consejos a las nuevas generaciones argentinas que debían prepararse para escribir la historia nacional; el segundo, entraña una teoría histórica, incompleta por supuesto, pero que permite calar en el pensamiento histórico de Sarmiento. El tercer aspecto del ensayo, es la referencia a la historia de América a partir de la irrupción de los pueblos americanos en el escenario

histórico universal.

Con sinceridad no habitual, comienza Sarmiento por reconocer que su obra anterior no alcanza la categoría de histórica: "Yo he bosquejado algunos cuadros de hechos y de hombres que entran en el dominio de la historia americana, sin pretender por esto alcanzar a la majestad de la historia..." (104). A continuación, indica a los futuros historiadores que era necesario realizar el trabajo previo y preparatorio que consiste en reunir pruebas, verificar datos y esclarecer hechos. Hacer, en definitiva, lo que él, por improvisación y falta de tiempo, no había hecho.

La adhesión de Sarmiento al pensamiento romántico queda clara cuando recomienda el género biográfico: "Tomad una figura culminante en nuestra historia, rodeadla de todos los hechos que completaron su existencia, agrupad en torno suyo los hombres y los sucesos, y alguna vez acertaréis a volverle la vida, y dejad un cuadro que se sostenga por la verdad de los accidentes, como aquellos retratos antiguos de personajes ignorados que revelan la mano del maestro" (105). En definitiva, lo que propone en este párrafo es que se siga el mismo esquema de su Facundo.

Consciente de que no era posible emprender una historia general americana sin hacer previamente investigaciones parciales, aconseja Sarmiento ocuparse de temas monográficos y aspectos concretos que no dañaran al conjunto. Remarca también la importancia de los factores geográficos. Dice al respecto: "La tierra es siempre en historia la fuerza que da nueva vida a los titanes" (106). Como ejemplo, recuerda que él encontró como causa de la lucha entre la civilización y la barbarie, el aspecto físico del suelo

(104) Domingo F. Sarmiento: Espíritu y condiciones de la historia en América. En: Obras, t. XXI, pág. 91.

(105) *Ibidem*, págs. 107-108.

(106) *Ibidem*, pág. 110.

que engendra hábitos e ideas.

No olvida Sarmiento los factores económicos, aquéllos que él no tuvo en cuenta al explicar las luchas civiles argentinas, lo que suscitó las críticas de Alberdi. Es necesario -afirma- ocuparse de la incidencia de hechos económicos como población, fuentes de riqueza, desarrollo industrial, telégrafos, ferrocarriles, etc. Hay una notable anticipación a los que serían criterios frecuentes en las corrientes históricas económicas de años posteriores: "...una fuente y verificación de verdad histórica puedo señalarlos sin temor de equivocarme: la economía política. Los datos estadísticos son para la inteligencia moderna, lo que la intervención de los dioses era para los antiguos" (107).

Los criterios prácticos, que revelan en Sarmiento un sentido realista de lo histórico, se desvanecen un tanto al intentar definir a la historia como tipo de conocimiento y al incluirla dentro de las bellas artes: "...y como la estatuaría -se refiere a la historia- no sólo copia las producciones de la naturaleza, sino que las idealiza y las agrupa armónicamente" (108).

Tiene Sarmiento conciencia de la progresiva universalización de la historia y de la dificultad de aislar a las historias nacionales: "La historia, hoy que la humanidad entera se ha puesto en contacto por el comercio, por los vapores, por la prensa, por el telégrafo, por el grabado, por las instituciones, hasta por la moda, no puede clasificarse para nosotros al menos, en historia de Francia, o de Inglaterra, como de Grecia y de Roma en otros tiempos" (109).

El carácter romántico del pensamiento de Sarmiento, con toda la carga herderiana y hegeliana que hay detrás de él, se revela

(107) Domingo F. Sarmiento: Espíritu y condiciones..., pág. 110.

(108) Ibidem, pág. 92.

(109) Ibidem, pág. 93.

nuevamente en la definición que da de la historia: "La historia es la ciencia que deduce de los hechos la marcha del espíritu humano en cada localidad, según el grado de libertad y de civilización alcanzado por cada pueblo o nación. Ese nivel de libertad y civilización es el que deben deducir los historiadores locales a través de sus investigaciones.

Es notable el providencialismo que en algunos momentos manifiesta Sarmiento y que le convierte, casi, en un Bossuet del siglo XIX, aunque ese providencialismo se refiera, sobre todo, a aspectos y hechos de la cultura material. "Nuestra época -dice Sarmiento- admite la intervención de la Providencia en los humanos destinos por medio de las sabias leyes que ha dado a las fuerzas sociales, como en el gobierno del mundo material, su presencia se revela por la gravitación, la cohesión, la electricidad, la luz y las afinidades químicas" (111).

Vuelve Sarmiento a mostrarse como un pragmático de la historia, cuando dice que ésta, debe "amonestar, precaver, premiar, corregir" (112). La historia continúa para él siendo, pues, "maestra de la vida" y debe perseguir una finalidad moralizante y correctora.

Las especulaciones que Sarmiento hace sobre la historia general, sobre la historia universal, le sirven para llegar a ocuparse del problema de la historia de América, que es el campo -dice a los historiadores- "a que debéis limitar vuestras miradas para deducir de sus leyes generales, el carácter de los hechos sociales que se desenvuelven dentro del círculo de nuestra propia esfera de actividad" (113).

(110) Domingo F. Sarmiento: Espíritu y condiciones..., pág. 94.

(111) Ibidem.

(112) Ibidem, pág. 107.

(113) Ibidem, pág. 94-95.

Con la incorporación de América a la historia, ésta se hizo realmente universal, ya que hasta ese momento se encontraba trunca. Esa incorporación ha permitido, según Sarmiento, que con la América del Norte, se concretara una sociedad auténticamente democrática, liberada de los resabios medievales de la vieja Europa: "En América, porque sólo en América el suelo estaba desembarrizado de construcciones góticas, pudo levantarse el edificio del gobierno fundado en el consentimiento de los gobernados, existiendo la sociedad antes que el gobierno, y creándolo hasta para su conservación" (114).

El reconocimiento de los derechos del hombre, en América, constituye un triunfo de la historia universal que sólo pudo conseguirse, justamente, en América: "He aquí borrada de la historia la conquista, la herencia, el derecho divino, el arbitrario y las aristocracias que por tantos siglos campean entre los elementos de la historia; he aquí la proclamación de una especie humana, una e indivisible, dogma y hecho exclusivamente americanos" (115). América proclamó principios liberales, antieabsolutistas; lograr principios similares, debe ser para Sarmiento uno de los móviles de los cambios históricos.

(114) Domingo F. Sarmiento: Espíritu y condiciones..., pág. 101.

(115) Ibidem, pág. 102.

VII - EL PENSAMIENTO POLITICO DE SARMIENTO Y SU VISION DE LOS DESTINOS DEL PAIS.

Sarmiento, en rigor, tampoco es un pensador político. No podemos encontrar en sus obras una teoría política coherente y sistemática; hallamos sí, una serie de principios políticos y de actitudes frente a los hechos y los problemas políticos concretos. Es, en realidad, más que un teórico, un hombre de acción, un político práctico que, consciente de los males que aquejan a la República Argentina, no sólo recurre al pasado para encontrar sus causas, sino que permanentemente, buscará la solución de los problemas.

En todas las obras del autor aparece esa preocupación por encontrar remedios a la situación del país y por formular un verdadero programa fundamental de gobierno acorde con lo que él pensaba que debía ser el futuro de la Nación. Pocos intelectuales, preocupados por los problemas políticos han tenido la oportunidad de Sarmiento, quien, por su doble vertiente de hombre de lucha y de acción, a la par que teórico, pudo aplicar, desde los más altos cargos políticos, los principios que en sus escritos había proclamado. De esa forma, su obra política concreta permite comprobar todas las virtudes así como todos los defectos que su pensamiento entrañaba.

Todos los escritos de Sarmiento tienen una dimensión política; unos, son directamente panfletos, instrumentos de polémica y combate; otros, defensas de sus propias posiciones y actuación; y todos en general, manifiestan siempre la preocupación por encontrar la fórmulas para el futuro nacional.

Desde el punto de vista político, dentro de sus obras tienen especial importancia Facundo, cuya tercera parte constituye el programa político que Sarmiento propone al país en 1845; Argirópolis; los Comentarios de la Constitución, que reflejan su pen-

samiento con respecto al problema constitucionalista; y las escasas notas destinadas a constituir la segunda parte de Conflicto y armonías de las razas en América, en las que se encuentran, al igual que en las otras obras, sus especulaciones sobre los modos de paliar las malas condiciones del país entre las que señala, en este último caso, la de la mala constitución étnica.

Si bien, como hemos dicho, no se puede hablar de una verdadera filosofía política en Sarmiento, podemos sí mencionar algunas ideas que se refieren a lo político y que, por supuesto, están también relacionadas con su pensamiento histórico. Así, anuncia repetidamente su intención de hallar la forma particular que permita a la Argentina lograr su desarrollo, como forma de incorporación a la ley del desarrollo universal. Sería, como señala Pró, tratar de descubrir la ley local del progreso para insertarse en la corriente del progreso general (116). Al revés de los iluministas y de su versión local de unitarios rivadavianos,

Sarmiento y los hombres de la generación romántica, pretenden un desarrollo "orgánico" de la sociedad, o sea, una sociedad que no sólo se funde en la razón, sino que orgánicamente se integre con el pasado y se abra a las posibilidades del futuro. Una de las expresiones más frecuentes en los románticos argentinos es "organización nacional", al punto de conocerseles también, como "generación de hombres de la organización nacional".

El pilar fundamental de la organización nacional es la forma democrática de gobierno. La democracia no sólo entraña la solución de los problemas nacionales, sino que expresa mejor que ninguna otra forma política, los ideales de Mayo. Ya sabemos que Mayo constituyó, para Sarmiento y sus compañeros, la superación de las tradiciones españolas, tradiciones cuyos resabios habían posibilitado el triunfo de Rosas y de los caudillos que signifi

(116) Diego F. Pró: op. cit..

caban la negación de los ideales de la revolución de Mayo.

Pró incluye, entre los principios que sustenta el pensamiento político de Sarmiento, al cristianismo; pero un cristianismo que es más una cierta tradición espiritual, no necesariamente ligada a una forma concreta de iglesia o de religión positiva. El estado que Sarmiento defendió, fue un estado laico, acorde con sus ideales liberales y su condición de masón militante. Para fomentar la educación popular, Sarmiento "importó" maestras de los Estados Unidos; no vio ningún inconveniente en que éstas fueran de religión protestante. Con ello contradijo, al desconocer la fuerte raigambre católica argentina, el principio de respeto y fidelidad a las auténticas tradiciones locales.

En cuanto a la forma de gobierno unitaria o federal -que él planteó como una relación nacional antinómica- Sarmiento evolucionó desde su unitarismo inicial hacia un federalismo moderado que integrara los mejores aspectos de los principios unitarios y federales, a la manera ya preconizada por Esteban Echeverría. Es posible que en su juventud, Sarmiento haya adherido al unitarismo, sobre todo, como una forma de oponerse a Rosas. De cualquier manera, su federalismo se acentuó después de su experiencia norteamericana.

El fuerte liberalismo de Sarmiento se atenuaba por el "socialismo" que adoptó y del cual ya sabemos que no tuvo nada que ver con lo que luego se designó con ese término. Sarmiento respetaba, sobre todo, la propiedad privada y las libertades individuales, con lo que su socialismo se reducía a una preocupación por lo social, al estilo de los románticos franceses. En ningún momento propició la propiedad colectiva de los medios de producción y su sensibilidad social nunca fue más allá de propugnar un estado en el que se tratara de elevar a las clases menos acomodadas, no sólo en lo económico, sino también -y sobre todo- en lo cultural. Por ello, dio importancia fundamental a la educación.

En épocas de su presidencia, se acentuó en Sarmiento un liberalismo cada vez más individualista, aunque no totalmente exento de sentimientos sociales.

Con respecto a su actitud frente a los hechos políticos del país, hay que señalar, antes que nada, su ciega y encendida oposición a Rosas. Puede afirmarse que todas sus grandes obras fueron escritas con la finalidad última de desprestigiar al dictador y colaborar en su caída. Sin embargo, la lectura detenida de ellas permite descubrir que Sarmiento no deja de reconocer a Rosas el haber posibilitado la unidad argentina. Eso es lo que muy bien señala Palcos: "Rosas, persiguiendo ostensiblemente el unicato, a pesar de defender teóricamente el régimen federal de gobierno, favoreció más, hizo posible la unidad política de la Nación. Evitó que se fraccionara y, si se nos permite el término, que se atomizara, como estuvo a punto de ocurrir antes de su dictadura. En lugar de cincuenta caudillos la república padeció en grande a uno que los absorbió. Fue un progreso, gracias al cual, apenas cayó Rosas, pudo procederse a la organización nacional" (117). Tal es lo que puede inferirse del Facundo y de los otros escritos políticos de Sarmiento.

También reconoció Sarmiento que el gobierno fuerte de Rosas impuso un sentido de autoridad preferible siempre a la anarquía en la que, hasta ese momento, se había debatido el país. Lo que Sarmiento nunca llegó a perdonar a Rosas fue el haber conculcado la libertades más elementales con lo que, según su criterio, traicionó los principios fundamentales de la revolución de Mayo.

Sarmiento fue uno de los más terribles adversarios de Rosas y no dudó en unirse a los ejércitos de Urquiza que derrocarían al dictador. Pero, después de Caseros, Sarmiento se separó de

(117) Alberto Palcos: Sarmiento. La vida..., pág. 111.

Urquiza y, al hacerlo, se separó también de Alberdi que simpatizaba con aquél. Al producirse la separación entre Buenos Aires y la Confederación Argentina que encabezaba Urquiza, Sarmiento tomó partido por el bando porteño. A los ataques que Sarmiento hizo a Alberdi en el prólogo de Campaña en el Ejército Grande, sucedió la larga y enojosa polémica entre ambos, de la que ya hemos hablado.

En la polémica, se puso de manifiesto la oposición de Sarmiento a los principios constitucionales que Alberdi expuso en las Bases y a la Constitución Nacional sancionada en 1853. El postulaba -como ya se ha indicado- prácticamente, la copia fiel al sistema y a la constitución de los Estados Unidos. A través de todo el conflicto, aparece Alberdi como un intelectual de mayor fuste y con una mayor comprensión de los problemas nacionales. Mientras, el irritado Sarmiento, parece moverse más por cuestiones personales y temperamentales. Sin embargo, de acuerdo a los resultados posteriores, pareciera que tuvo mayor olfato político ya que Alberdi continuó en actitud teórica y aferrado a cuestiones principistas, mientras que Sarmiento, aún con sus desbordes, terminó triunfando y cumpliendo una brillante carrera política.

Como hombre de gobierno trató Sarmiento de solucionar al que consideraba como uno de los mayores males del país: el desierto. La inmensa extensión de tierra y la escasa población, habían favorecido la dispersión y el caudillismo. Era necesario cortar el mal de raíz, facilitando las comunicaciones y fomentando el poblamiento; estimular la creación de focos de civilización que contrarrestaran la barbarie aneja a la vida rural. La única forma de lograrlo, era para Sarmiento, propiciar la inmigración europea. Por ello, es que dice en el Facundo: "...el elemento principal de orden y moralización que la República Argentina cuenta hoy es la inmigración europea, que de suyo, y en despecho de la falta de seguridad que le ofrece, se agolpa de día en

día en el Plata, y si hubiera un gobierno capaz de dirigir su movimiento, bastaría por sí sola a sanar en diez años no más todas las heridas que han hecho a la patria los bandidos, desde Facundo hasta Rosas, que la han dominado" (118).

También en Facundo, con sentido profético, anticipó Sarmiento lo que se lograría en el país después de la caída de Rosas, mediante la inmigración: "El día, pues, que un gobierno nuevo dirija a objetos de utilidad nacional los millones que hoy se gastan en hacer guerras desastrosas e inútiles y en pagar criminales; el día que por toda Europa se sepa que el horrible monstruo que hoy desola la República y está gritando diariamente ¡Muerte a los extranjeros! ha desaparecido, ese día la inmigración industrial de la Europa se dirigirá en masa al Río de la Plata; el nuevo gobierno se encargará de distribuirla por las Provincias; los ingenieros de la República irán a trazar en todos los puntos convenientes los planos de las ciudades y villas que deberán construir para su residencia y terrenos feraces les serán adjudicados y en diez años quedarán todas las márgenes de los ríos cubiertas de ciudades, y la República doblará su población con vecinos activos, morales e industriales. Estas no son quimeras, pues basta quererlo y que haya un gobierno menos brutal que el presente para conseguirlo" (119).

Como gobernante tratará luego Sarmiento de fomentar la inmigración que tantas veces había recomendado como remedio a los problemas de su patria. Pensaba, además, que la inmigración europea corregiría la defectuosa composición étnica que había denunciado en Conflicto y armonías. Mediante la sustitución progresiva por nuevos elementos raciales se lograría, poco a poco, la regeneración de la sangre argentina. Como todos los hombres de

(118) Domingo F. Sarmiento: Facundo, pág. 219.

(119) Ibidem, págs. 220-221.

la generación romántica, cargados de prejuicios contra la raza hispánica, confiaba en el aporte regenerador de la raza anglosajona.

El segundo gran remedio al que debía recurrirse para salvar al país, era la educación. Mediante ésta, se lograría una renovación de la cultura del pueblo argentino. La educación debía ser la difusora de los ideales liberales de la revolución de Mayo y, al mismo tiempo, debía neutralizar los lastres dejados por la tradición española. Esto hizo que el problema de la instrucción se convirtiera en una auténtica obsesión en la vida de Sarmiento y fuera preocupación principal tanto en su obra intelectual como en su acción de gobernante.

El programa político que Sarmiento propuso al país, y que en gran medida fue luego su programa de gobernante, es simple y pragmático, pero de gran eficacia. Todo el programa puede reducirse en el esquema: "Inmigración europea y educación popular".

- CAPITULO VI -

337

JUAN MARIA GUTIERREZ

I - JUAN MARIA GUTIERREZ Y LA GENERACION ROMANTICA.

Junto a las grandes figuras de la generación romántica, Sarmiento, Echeverría, Alberdi, encontramos a Juan María Gutiérrez, de destacada actuación, tanto intelectual como política, en la Argentina del siglo XIX.

Desde el punto de vista historiográfico, es imprescindible considerar la obra de Gutiérrez, pues si bien no fue un historiador en sentido estricto, como en el caso de los intelectuales de su época, lo histórico está siempre presente en su obra, tanto en el tema como en el trasfondo historicista que las informa. Por otra parte, es indudable que debe considerársele el iniciador de los estudios y las investigaciones en el campo de la historia de la cultura en el Río de la Plata.

La vida, la formación, la actuación de Gutiérrez, son paralelas a las de sus amigos de la "Asociación de Mayo". Es común en todos ellos el acentuado romanticismo, el antirrosismo apasionado, el inevitable exilio, la participación política en la organización nacional, así como un declarado anti-hispanismo que les lleva a un deseo permanente de romper con los lazos culturales que unían todavía a los pueblos del Plata con España.

Juan María Gutiérrez nació en Buenos Aires el 6 de mayo de 1809 y era hijo de un español, Juan Matías Gutiérrez, y de María Granados Chiclana, perteneciente a una distinguida familia del patriciado argentino. Sus estudios fueron de primera calidad, en relación con las condiciones del medio, y su formación, sistemática y del más alto nivel. Estudió lenguas clásicas, matemáticas y filosofía. Se graduó de agrimensor y posteriormente de doctor en derecho.

A partir de 1830 y de su vinculación con los jóvenes que se nuclearon en torno a Echeverría, recibió, igual que ellos, esa formación tan particular, marcada por el repertorio de lecturas de origen francés a las que se entregaron con fervor.

Los principales documentos sobre el clima intelectual que impregnó a todas las figuras de la generación de 1837 son los ya mencionados: Ojeada retrospectiva, de Esteban Echeverría; las Memorias de Alberdi y la Autobiografía de Vicente Fidel López. En todos ellos se habla de Gutiérrez, quien aparece siempre desempeñando un destacado papel en los acontecimientos de la época. Especial influencia tuvo para Gutiérrez su amistad con el joven Juan Thompson y, sobre todo, la de la madre de éste, a quien Alberdi considera como la verdadera madre espiritual de Gutiérrez. Doña Mariquita Sánchez de Thompson fue una mujer destacadísima en el mundo intelectual, social y político de Buenos Aires en los primeros años de vida independiente argentina. También señala Alberdi la influencia decisiva que ejerció Esteban Echeverría sobre Gutiérrez: "Fue Echeverría...el que inició a Gutiérrez en las novedades del movimiento literario e intelectual conocido en Europa bajo los nombres de romanticismo, eclecticismo, espiritualismo. El familiarizó a sus amigos con los nombres y las obras de Víctor Hugo, de Dumas, de Alfredo de Musset, de Byron, de Goethe, de Schiller, etc." (1).

De la importante actuación de Gutiérrez en los grupos juveniles de la época, nos da también testimonio el mismo Alberdi: "Naturalmente fueron Gutiérrez y Echeverría los que se encontraron a la cabeza de la agitación progresista que comenzó en la juventud y se manifestó por publicaciones y por sociedades literarias"(2). Efectivamente, Gutiérrez participó del "Salón Literario" de Marcos Sastre, en cuya inauguración pronunció uno de los discursos más comentados, el más polémico, quizá; integró luego la "Asociación de la Joven Generación Argentina" y, como casi todos sus miembros más destacados, tuvo que recurrir al exilio cuando la persecución del gobierno rosista se hizo más intensa, al punto de haber

(1) Juan B. Alberdi: Estudios sobre don Juan María Gutiérrez. En: Obras Selectas, t. IV, pág. 21.

(2) Ibidem

sido encarcelado ya en Buenos Aires.

Cuando salió de la cárcel, en 1840, se trasladó a Montevideo. Allí, su principal actividad fue el periodismo. Colaboró en "El Iniciador", "El Talismán", "Tirteo" y "Muera Rosas". En el certamen poético con que la ciudad de Montevideo conmemoró un nuevo aniversario de la Revolución de Mayo, su composición A Mayo obtuvo el más alto premio. Luego, en 1843, viajó con Alberdi a Europa. A su regreso, después de pasar por Brasil, se dirigió directamente a Chile. Arribó por mar a Valparaíso en mayo de 1845.

Gutiérrez se incorporó a la vida chilena de la proscripción y trabó amistad con Domingo Faustino Sarmiento. La labor de Gutiérrez en Chile fue muy importante, sobre todo en el campo de la docencia. Fundó y dirigió la "Escuela Náutica Militar" de Valparaíso en la que aplicó sus conocimientos matemáticos. También tradujo y adaptó textos didácticos y pedagógicos y preparó y publicó, en 1846, su exhaustiva América poética, primera antología referida a Hispanoamérica.

Cuando en 1852, con la batalla de Caseros cae el régimen de Rosas, Gutiérrez, como sus compañeros de proscripción, regresó a Buenos Aires y comenzó su carrera política. Primero fue ministro en el gobierno de don Vicente López y Planes y luego diputado electo al Congreso Constituyente de Santa Fe como representante de la Provincia de Entre Ríos. En él, integró la comisión redactora de la Constitución de 1853 en la que defendió las ideas constitucionales que Alberdi había expuesto en sus Bases. Cuando se produjo la separación de Buenos Aires de la Confederación Argentina, Gutiérrez permaneció, junto con Alberdi, fiel al gobierno de la Confederación, de cuyo gobierno fue Ministro de Relaciones Exteriores, cargo al que renunció en 1856. Posteriormente y ya de regreso en Buenos Aires, abandonó la actividad política para dedicarse por entero a sus producciones literarias. También desarrolló una intensa actividad en el campo de la enseñanza. Fue Presidente del Consejo de Instrucción Pública, Jefe del Departamento de Escuelas y finalmen

te, Rector de la Universidad de Buenos Aires, cargo en el que permaneció hasta 1873, año en el que se jubiló. Murió el 26 de febrero de 1878, a los 69 años de edad.

La figura de Gutiérrez es inseparable de la de los hombres de la generación romántica a la cual perteneció. Esta conexión se hace evidente con Alberdi y Echeverría. Ricardo Sáenz Hayes señala con acertado criterio esta simbiosis tan particular: "Echeverría, Alberdi y Gutiérrez son tres figuras inseparables de la literatura argentina. No se les puede citar aisladamente porque sus obras se complementan y prolongan. También sus vidas se enlazan con la virtud de las almas afines"(3). A pesar de esa afinidad y a pesar de compartir los presupuestos románticos y liberales de los jóvenes de la época, la figura de Gutiérrez se destaca nítidamente con características propias y, en cierto modo, peculiares a pesar de recibir las mismas influencias y de moverse en el mismo clima intelectual. Así lo reconoce Ricardo Rojas cuando habla de los caracteres de la personalidad intelectual de Juan María Gutiérrez, a la que define por "el equilibrio de su inteligencia, la seriedad de su cultura, la nobleza de su carácter, todo lo cual le confirió una especie de magisterio precoz entre sus propios amigos"(4).

Gutiérrez es posiblemente el hombre más culto de su grupo, tanto en ciencias como en letras y el más escritor en el sentido específico de la palabra. Al revés de los otros, fue antes intelectual que hombre de acción. "Es un poeta pulcro en medio del desorden romántico; es un investigador sereno en medio del tumulto político; es un crítico de las letras en medio de la gloria militar; es un maestro que concentra y depura los más nobles anhelos intelectuales de su ambiente" (5).

(3) Ricardo Sáenz Hayes: Juan María Gutiérrez. En: Historia de la Literatura Argentina, dirigida por Rafael A. Arrieta, t. II, Bs. As., 1950, pág. 271.

(4) Ricardo Rojas: Los proscriptos. En: La literatura argentina. En: Obras, t. XIII, Bs. As., 1925, pág. 1035.

(5) Ricardo Rojas: op. cit., pág. 1031.

Además de su producción estrictamente poética y literaria, están sus obras de investigador, de polemista, de educador, de historiador, inclusive. Le preocupó trabajar sobre los orígenes culturales argentinos y, a pesar de su acendrado anti-hispanismo, se ocupó de recopilar fuentes sobre el pasado colonial. "Con apasionado interés sigue nuestra escasa producción literaria e intelectual y se complace en magnificar el menor asomo de la incipiente cultura, a cuyo servicio puso por entero su laboriosa existencia" (6).

Rojas destaca como una particularidad de Gutiérrez, dentro de la generación intelectual en la que se movió, su condición de crítico. Efectivamente, el crítico se manifiesta tanto en los ensayos literarios como en los trabajos sobre historia argentina, en sus biografías como en sus trabajos de recopilación documental y bibliográfica. Incluso obras tan aparentemente literarias como El hombre hormiga, contienen una profunda crítica social. En todas ellas aparecen una serie de ideas que permanecen constantes en su pensamiento: su defensa del idioma castellano de América, su desprecio por la cultura y por las tradiciones españolas, su preocupación por la historia del país, su americanismo que se resuelve en un ingenuo indigenismo, su amor por la tradición gaucha. Casi todo ellos son aspectos sumamente discutibles de su pensamiento y de su obra, pero no carecen de importancia y no dejan de ser muy representativos de una época y de un determinado mundo cultural e histórico.

Quizá, uno de los críticos que mejor han sabido captar el valor de la obra del anti-hispanista Gutiérrez y la importancia de su figura de intelectual americano, haya sido justamente, el español

(6) Alejandro Korn: Influencias filosóficas en la evolución nacional. En: Obras, vol. 3, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1940, pág. 216.

Don Marcelino Menéndez Pelayo: "Don Juan María Gutiérrez..., no sólo fue el más correcto de los vates argentinos, sino el más completo hombre de letras que hasta ahora ha producido aquella parte del nuevo continente" (7).

Menéndez Pelayo supo calar también en los graves defectos de Gutiérrez; es así como criticó su actitud americanista: "...un americanismo indulgente y mal entendido que solía extraviar en su crítica" (8), unido esto a otros exagerados extremismos: "su aversión a España y su empedernido volterianismo, que rayaban en fanática e intolerable manía" (9).

Pocos han señalado con tanta claridad como el polígrafo español, la grandeza de la obra de Gutiérrez y, al mismo tiempo, el tremendo daño que su actitud anti-española acarreó: "Como crítico no ha tenido rival en América después de Andrés Bello y antes de Miguel A. Caro. Y fue además diligente bibliógrafo, grande erudito en cosas americanas. Su estilo, sus aficiones arqueológicas, todo, en suma, estaba en contradicción con el papel que en mala hora asumió de detractor sistemático de España, extraviando el criterio de una generación entera con el peso de su autoridad innegable" (10).

(7) Marcelino Menéndez Pelayo: Historia de la poesía hispanoamericana, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Santander, 1948, pág. 383.

(8) Ibidem, pág. 384.

(9) Ibidem.

(10) Ibidem, págs. 384-385.

II - ANALISIS DE LAS OBRAS DE INTERES HISTORIOGRAFICO

Lamentablemente, aún no se han publicado las obras completas de Juan María Gutiérrez. Su trabajo intelectual es copioso. Además de sus obras unitarias, publicadas en vida del autor, existen gran cantidad de artículos, algunos verdaderos libros, aparecidos en los veinticuatro volúmenes de la "Revista de Buenos Aires", dirigida por Vicente G. Quesada y Miguel Navarro Viola y en los trece de la "Revista del Río de la Plata", dirigida por el mismo Gutiérrez en colaboración con Vicente Fidel López y Andrés Bello. Estas son las publicaciones a las que se tiene fácil acceso; pero para conocer la obra de Gutiérrez en su totalidad, es necesario rastrear aún mucho más, pues, como dice Ernesto Morales -autor del trabajo quizá más importante sobre Gutiérrez- "para completar la obra de Gutiérrez, diversa, pero de íntima unidad, habría que recorrer las páginas de periódicos y revistas antiguos. Y nos asombrará lo copioso de ella a la vez que su multiformidad, aunque siempre, como columna vertebral, la mantiene erguida un credo: su fe en la democracia y su esperanza en el porvenir de América" (11).

Debido a esa falta de recopilación, ordenamiento y clasificación es que -como se lamenta Morales- "La obra de don Juan María Gutiérrez...es casi desconocida para las últimas generaciones de escritores argentinos", pues, aclara, "pocos son los que se han llegado al resto de su obra, perdida en libros de exigua tirada o en revistas y periódicos difíciles de adquirir" (12).

Partiendo de los escritos conocidos y por lo tanto con un valor meramente provisorio, hemos hecho una clasificación de los escritos de Gutiérrez, desde la perspectiva de los intereses de nuestro trabajo, en obras literarias y obras de interés historiográfico.

(11) Ernesto Morales: Don Juan María Gutiérrez, el hombre de Mayo, Buenos Aires, 1937, pág. 146.

(12) Ibidem.

Entre las obras estrictamente literarias, además de la mencionada América Poética, colección de composiciones en verso pertenecientes a escritores hispanoamericanos del siglo XIX, debemos mencionar la propia producción poética del autor contenida en una edición de Poesías que se publicó en 1869 (13). El volumen se inicia con el poema A Mayo, laureado en el concurso de Montevideo de 1842 y siguen a continuación el resto de los trabajos, distribuidos por el mismo Gutiérrez en Composiciones cívicas; Composiciones nacionales y Composiciones varias. En el primer grupo, el tema de inspiración es siempre la historia argentina y exalta en ellos a los principios de Mayo al tiempo que manifiesta su odio a la "tiranía" de Rosas. Algunos títulos nos revelan el tono de estas poesías: La bandera de Mayo; La bandera de Rosas; Escenas de la Mazorca; Al joven Maza. En el segundo grupo, los poemas se inspiran en temas de la naturaleza, de la naturaleza americana especialmente; las composiciones varias se refieren a aspectos de la vida íntima de Gutiérrez.

La obra poética de Gutiérrez nos resulta interesante, no sólo porque el tema histórico domina en parte de ella, sino porque la organización del volumen, hecha por el mismo autor, revela criterios acordes con el historicismo romántico. Como muy bien señala Ricardo Rojas (14), reaparecen en el tomo de poemas de Gutiérrez las tres ideas concéntricas del romanticismo, o sea: la historia, la naturaleza y el hombre o individuo. En este sentido, la estructura de la obra poética de Gutiérrez guarda similitud con la organización historicista del Facundo de Sarmiento.

Entre la obra literaria -no poética- de Gutiérrez, merece destacarse el relato El hombre hormiga que apareció en el periódico

(13) Juan María Gutiérrez: Poesías, Buenos Aires, 1869.

(14) Ricardo Rojas: op. cit., pág. 1035

"La Moda", dirigido por Alberdi, luego en el número cinco de "El Iniciador" de Montevideo y finalmente reeditado por la "Revista del Río de la Plata" (15). Es un escrito muy breve -apenas cuatro páginas- que revela una marcada influencia de Larra. Como éste, mediante lo satírico y hasta risible, Gutiérrez traza un cuadro de costumbres en el que manifiesta su sentido crítico y sus deseos de corregir los que él considera hábitos negativos de la sociedad de Buenos Aires en 1838. Además de estos trabajos, hay otros que figuran en recopilaciones posteriores. Las más importantes son las realizadas por Ernesto Morales: una bajo el título de Cartas de un porteño, tras una serie de polémicas sobre el idioma y sobre el valor de la Real Academia Española; y la otra, un Epistolario. Ambas recopilaciones fueron realizadas en 1942.

Consideraremos a continuación las obras de interés historiográfico de Gutiérrez, quien siempre adjudicó a la historia una significación muy especial, como lo demuestran las palabras siguientes: "Los pueblos que por cualquiera consideración se manifiestan indiferentes por historia y dejan pasar los elementos de que ella se compone, como pasan las hojas de otoño, sin que mano alguna los recoja, están condenados a carecer de fisonomía propia, y a presentarse ante el mundo insulsos y descoloridos" (16).

Los aportes de Gutiérrez a la historiografía argentina son de un valor indudable. El historiador de la historiografía Rómulo D. Carbia, sitúa a Gutiérrez dentro de los comienzos de la escuela erudita y entre los historiadores monografistas señalando, además, los tipos de ensayos históricos realizados por Gutiérrez: "Cultivó con éxito igual, la biografía, la crítica bibliográfica, la información erudita, la nota histórica, y la justipreciación de las

(15) "Revista del Río de la Plata", t. IV, Buenos Aires, 1872, págs. 387 y siguientes.

(16) Juan María Gutiérrez: Prólogo a El Matadero. En: Esteban Echeverría: Obras Completas, t. V, Buenos Aires, 187, pág. 214.

fuentes de información que se utilizaban en el examen del pasado" (17).

Hemos intentado sistematizar las obras de Gutiérrez, vinculadas con lo histórico, clasificándolas en cuatro grandes grupos: primero, las obras históricas propiamente dichas, que son las menos y casi siempre destinadas a la enseñanza; en segundo lugar, las biografías; en tercero, su obra erudita, incluyendo aquí los trabajos bibliográficos, la selección documental y de recopilación, estudio y divulgación de fuentes y textos históricos; por último, los escritos del autor que -a nuestro juicio- entrarían dentro de lo que podría llamarse una historia de la cultura argentina.

Con respecto a las obras del primer grupo, las propiamente históricas, debemos aclarar que se trata de obras más bien modestas y "didascálicas" como las llama Carbia, ya que están destinadas a cumplir una finalidad exclusivamente pedagógica. Dentro de ellas podemos señalar tres: Historia Argentina enseñada a los niños por sencillas preguntas y respuestas, desde el descubrimiento hasta la adopción de la Constitución Nacional, cuyo espíritu se explica en este compendio histórico, de 1873; Historia elemental del Continente Americano, desde su descubrimiento hasta su independencia, para uso de las escuelas y colegios, de 1877; y finalmente, Geografía de la República Argentina para uso de la juventud que se educa en sus escuelas y colegios, también de 1877 y que hemos incluido aquí por estar conectada con lo histórico y por perseguir finalidades similares a las de las dos anteriores.

La primera de las Historias mencionadas, suscitó una severa crítica del escritor español Martínez Villergas, que Gutiérrez no con-

(17) Rómulo D. Carbia: Historia crítica de la historiografía argentina. Desde sus orígenes en el siglo XVI. Buenos Aires, 1940, pág. 105.

testó. En general, como sus títulos sugieren, son obras sencillas y elementales, destinadas a llenar un vacío en el campo de textos para enseñanza.

Siempre pensó Gutiérrez que la historia debía cumplir una función utilitaria y moralizante, es por eso que el ejemplo de la vida de los grandes hombres era para él imprescindible para la formación de la juventud. Escribió, por ello, varias biografías. Al margen de las que consideraremos dentro de sus ensayos de historia de la cultura o de las que mencionaremos dentro de sus trabajos de erudición, podemos mencionar las contenidas en sus Apuntes biográficos de escritores, oradores y hombres de estado de la República Argentina, libro publicado en 1860 y en el que se ocupa de las vidas de: Bernardino Rivadavia, José Antonio Miralla, Juan Ignacio Gorriti, Julián Navarro, José Rivera Indarte, Cayetano Rodríguez, Bernardo Monteagudo, Manuel José de Labardén, Julián Leiva, Manuel Moreno, Antonio Sáenz, Florencio Balcarce y Juan Crisóstomo Lafinur, entre otras. De todas ellas, la más importante es la que encabeza el volumen. Se trata de la biografía de Bernardino Rivadavia que ya había publicado en "El Orden" del 20 de agosto de 1857 y había reproducido también en la Galería de Celebridades argentinas (18). También apareció, posteriormente, en la antología que bajo el título de Estudios histórico-literarios, realizó Ernesto Morales de varios trabajos de Gutiérrez (19).

El Bernardino Rivadavia de Gutiérrez, es un trabajo breve, qui

(18) La Galería de celebridades argentinas se publicó en 1857. Contiene "biografías de personajes notables del Río de la Plata, entre ellas, las del General San Martín, por Domingo F. Sarmiento; General Belgrano, por B. Mitre; Mariano Moreno, por Manuel Moreno y Florencio Varela, por Luis L. Domínguez.

(19) Buenos Aires, 1934.

zú demasiado literario y dentro de un tono excesivamente laudatorio y ejemplarizante. No hay casi en ella aparato crítico, aunque sí algunas citas que carecen de las referencias correspondientes. Es más la obra de un publicista que la de un historiador o biógrafo. De todas formas, no carece de interés ya que, al narrar la vida de Rivadavia, hace la síntesis de la historia del país y también aclara el pensamiento del autor con respecto a algunos aspectos históricos importantes. Así por ejemplo, al ocuparse de las causas de la revolución de Mayo, señala la importancia que para él tiene la filosofía racionalista del siglo XVIII: "El germen de la revolución había llegado a nuestras playas, sin duda, con las ideas de la filosofía política de la Francia moderna..." (20).

Además de considerar también como causa del movimiento revolucionario la defensa que Buenos Aires realizó con motivo de las invasiones inglesas, tiene en cuenta los acontecimientos peninsulares y la situación de España, aunque las conclusiones a las que arriba resultan un tanto simplistas: "La junta Central que gobernaba en la península, cuando la invasión francesa dominaba casi todo el territorio, acertó a herir al pueblo de Buenos Aires con la elección de los altos funcionarios que destinó al gobierno del Río de la Plata" (21). Se refiere a los nombramientos de Cisneros como Virrey del Río de la Plata, Elío como Subinspector general y Nieto como Gobernador de Montevideo. Concluye por caracterizar a la revolución de la siguiente manera: "La revolución de ese día -sa refiere al 25 de mayo de 1810- fue verdaderamente popular y sin derramamiento de sangre. Intervino en ella la razón, no la violencia" (22).

Casi todos los hombres de la generación de 1837 -recordemos

(20) Juan M. Gutiérrez: Bernardino Rivadavia, Buenos Aires, 1945, pág. 12.

(21) *Ibidem*, pág. 16.

(22) *Ibidem*, pág. 17.

los casos de Sarmiento y Alberdi- se ocuparon del General San Martín; también Gutiérrez publicó, en 1863, un importante libro bajo el título de El General San Martín, en el que recopiló diversos trabajos anteriores relacionados con el Libertador. Entre los aspectos allí tratados, nos parecen de interés, los siguientes: el bosquejo biográfico del general; la reproducción de documentos sobre su vida -para lo que utilizó fuentes auténticas y realizó una correcta cronología-; una bibliografía sobre San Martín, para dar a conocer cuanto sobre él se había escrito hasta ese momento; también una iconografía y una relación cronológica de los diversos hechos de la campaña del Ejército de Los Andes. En 1868 publicó Gutiérrez un breve Bosquejo biográfico sobre el General San Martín.

Juan María Gutiérrez fue el primero en ocuparse de la vida de su amigo Esteban Echeverría. Después de los años de silencio que se sucedieron después de su muerte, Gutiérrez fue el reivindicador de su figura. Los primeros apuntes biográficos los realizó al poco tiempo de producirse la muerte de Echeverría. Los ordenó luego, en 1858, y los publicó en 1862 en "La Nación Argentina", con el título de Breves apuntes biográficos y críticos sobre don Esteban Echeverría. Este mismo trabajo, corregido y completado se convirtió en las Noticias biográficas que publicó en el tomo quinto de las Obras Completas de Echeverría cuya edición él mismo preparó, como ya se ha señalado en varias oportunidades. La biografía de Echeverría constituye también, la primera historia de la "Asociación de Mayo" y el primer estudio sobre la generación de los románticos argentinos a la que, tanto Gutiérrez como Echeverría pertenecieron.

También debemos señalar, con referencia siempre al género biográfico, que Gutiérrez cumplió una destacada labor como traductor. Entre los trabajos de más valor, en este sentido, están las traducciones que hizo de la biografía de Washington, escrita por Guizot, y de la de Franklin realizada por Mignet.

De mayor valor que los anteriores, es el grupo de trabajos en los que Gutiérrez realizó recopilaciones y estudios de fuentes y bibliografías históricas, con gran sentido de la labor de erudición y de crítica. Aún no se ha medido en toda su importancia es te aspecto de la personalidad intelectual de Gutiérrez, que lo revela como un verdadero precursor de la crítica histórica, rigurosamente hecha, en la Argentina.

La mayoría de este tipo de trabajos, la publicó Gutiérrez en la "Revista de Buenos Aires" y en la "Revista del Río de la Plata". Generalmente, exceden su carácter de artículos para convertirse, por su extensión y calidad, en auténticos libros de erudición histórica. Entre ellos, se destacan especialmente aquéllos dedicados a figuras de la época colonial y en los que, además de los datos biográficos del personaje a que están dedicados, incluye noticias y fuentes de primer orden, como es el caso del estudio que dedica al virrey criollo Juan José de Vértiz y Salcedo y que se titula: Celebridades argentinas en el siglo XVIII, don Juan José de Vértiz y Salcedo, de 1865 y que luego completó con su importante Introducción a la Memoria presentada al marqués de Loreto por su antecesor, el virrey de Buenos Aires, don Juan José de Vértiz.

Dentro también de este grupo de trabajos de erudición y crítica documental, revisten particular interés los titulados: Bibliografía de la primera imprenta de Buenos Aires, desde su fundación hasta el año 1810 inclusive; Introducción al Memorial dirigido por los hacendados de Buenos Aires y Montevideo al ministro Gardoqui en 1791; El virreinato del Río de la Plata durante la administración del marqués de Loreto; y Bibliografía americana, los precursores de la independencia. La crónica de 1810 por don Miguel Luis Amunátegui, estudios todos que, sobre todo por su aspecto documental, iluminaron facetas del pasado colonial argentino y facilitaron la investigación de historiadores posteriores.

Uno de sus trabajos, el titulado Un cuadro histórico del esta-

do social y del gobierno de una provincia argentina entre los años 1764 y 1769, nos muestra su forma de trabajo: a la reproducción del documento -que hace referencia a la provincia de Tucumán durante el gobierno de Juan Manuel Campero- precede una introducción explicativa. La intención es orientar sobre el significado del texto. La faceta negativa del trabajo de Gutiérrez es que, movido por sus prejuicios sobre la época hispánica, trata de orientar al lector hacia esa interpretación. Así, al establecer la importancia del documento afirma que "consiste en el cuadro que ofrece de la vida colonial, de sus miserias, de sus vicisitudes propensiones y del malestar general que producía el sistema administrativo y la forma del gobierno que aspiraba al título de protector y paternal" (23).

Entre los trabajos eruditos de Gutiérrez, uno de los más novedosos es Nuestro primer historiador Ulrico Schmidel. Su obra, su persona, y su bibliografía, que constituye uno de los primeros ensayos de crítica historiográfica realizados en Argentina. Se encuentra en él, el análisis de una serie de aspectos y temas que serían luego los habituales en este tipo de investigación. El estudio está dedicado al bávaro Schmidel, soldado de las huestes de Carlos V que, viajero y guerrero, se transformó en historiador. Se trata de "nuestro primer historiador" (24) como dice Gutiérrez. Se ocupa primero de la vida de Schmidel, basándose en los datos que extrae en la obra misma del alemán, destacando su llegada al Río de la Plata como integrante de la expedición de Pedro de Mendoza y su posterior participación en las campañas de

(23) Juan M. Gutiérrez: Un cuadro vivo del estado social y del gobierno de una provincia argentina entre los años 1764 y 1769. En: "Revista del Río de la Plata", t. 1, Buenos Aires, 1871, pág. 202.

(24) Juan M. Gutiérrez: Nuestro primer historiador. Ulrico Schmidel. Su obra, su persona y su bibliografía. En: "Revista del Río de la Plata", t. 6, Buenos Aires, 1873, pág. 21.

Ayolas, Irala y Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Gutiérrez no pretende convertirse en un historiador de la conquista y colonización y es por eso que aclara cuáles son los alcances de su narración: "nuestro propósito principal no es hacer la historia de estas expediciones, sino mostrar la parte que tomó en ellas nuestro historiador" (25).

Gutiérrez, movido por sus permanentes sentimientos anti-españoles, trata de demostrar la superioridad de Schmidel sobre cronistas españoles como Bernal Díaz del Castillo. Elogia la obra del alemán ya que -afirma- posee los valiosos méritos de imparcialidad y veracidad y "sin que se note en su narración el más leve rasgo de ostentación, de vanidad, ni de alarde de valentía, su persona desaparece para dar lugar casi exclusivamente a los acontecimientos generales, a la descripción de los encuentros de armas, a los accidentes del país, a los usos y costumbres de las naciones indígenas..." (26). Quiere, en definitiva, establecer "la superioridad del soldado bávaro sobre los españoles de su misma clase que han transmitido sus sentimientos en las crónicas relativas a la conquista" (27).

Para Gutiérrez, la obra de Schmidel demuestra cómo a la "afabibilidad" de los indígenas, los conquistadores españoles respondieron con una actitud violenta e injusta. Señala, asimismo, que esta situación fue deliberadamente ocultada por la historiografía posterior de tendencia españolista. Nuevamente, pues, como en otras obras, los prejuicios de Gutiérrez contra España empañan su trabajo en tantos sentidos valioso..

El Gutiérrez aficionado a los libros, los papeles y los documentos, dotado de una particular aptitud para la clasificación y la crítica, se manifiesta en el minucioso estudio que realiza

(25) Juan M. Gutiérrez: Nuestro primer historiador..., pág. 21.

(26) Ibidem, pág. 45.

(27) Ibidem, pág. 46.

sobre las diferentes ediciones del trabajo de Schmidel. Hace referencia a la primera edición, incluida en una colección sobre viajes realizada en Frankfurt; luego a las sucesivas ediciones hasta llegar a las primeras de lengua castellana y concluir con la incorporada por Pedro de Angelis a su Colección. Llega a la conclusión de que, con respecto a Ulrico Schmidel, "no existe de su obra un texto español completo y correcto" (28). Consciente de la importancia que para la investigación tiene este tipo de fuentes, termina formulando votos para que algún erudito argentino "nos dotte de una edición española de la obra de Schmidel, corregida y mejorada con todo el esmero a que es acreedor un documento primitivo y fundamental de los orígenes de la conquista del Río de la Plata" (29).

Dentro del mismo tipo de trabajo que el anterior, publicó también Gutiérrez en la "Revista del Río de la Plata" un Estudio sobre La Argentina y sobre su autor don Martín del Barco Centenera en el que vuelve a incluir una excelente documentación y a demostrar su erudición y su capacidad para la investigación historiográfica.

La obra de Gutiérrez como erudito y documentalista, se completa con la labor realizada como integrante de comisiones especiales, formadas, justamente, para organizar trabajos de recopilación de fuentes. El 24 de febrero de 1872, el gobierno de la provincia de Buenos Aires dictó un decreto por el que se creaba una comisión compuesta por Juan María Gutiérrez, Bartolomé Mitre y Vicente G. Quesada, con el objeto de que preparase la realización de un Cartulario de celebridades argentinas. Para ello, hicieron copias de cartas auténticas de hombres públicos, que se referían al movimiento político e histórico del país argentino. Posteriormente, el 18 de febrero de 1873, se nombró otra comi-

(28) Juan M. Gutiérrez: Nuestro primer historiador..., pág. 66.

(29) Ibidem, pág. 72.

sión, integrada esta vez por Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López, Andrés Bamas y el mismo Gutiérrez, para que estudiase qué documentos era imprescindible copiar en archivos y bibliotecas españoles para estudiar la historia colonial del Plata. La comisión hizo un detallado estudio y, el informe correspondiente, elaborado por Andrés Bamas, fue publicado por la "Revista del Río de la Plata" (30).

Una de las facetas intelectuales más interesantes de Juan María Gutiérrez, es la de autor de una serie de trabajos que bien pueden considerarse como los primeros intentos por realizar una historia de la cultura nacional. Si bien no emprendió un trabajo completo y sistemático sobre la materia, realizó sí una serie de monografías, estudios, biografías, antologías literarias y ensayos críticos que constituyen un esfuerzo valioso por desentrañar los diversos aspectos del pasado literario y cultural americano y argentino en particular. Algunos de los títulos publicados en la "Revista de Buenos Aires", la "Revista del Río de la Plata" y en los diversos tomos de la "Biblioteca Argentina", nos ilustran en este sentido: Pensamientos, máximas, sentencias, de escritores, oradores y hombres de estado de la República Argentina, con notas y biografías; Don Esteban de Luca, noticias sobre su vida y escritos; Don Avelino Díaz: catedrático de Ciencias Físico-Matemáticas en el Departamento de estudios preparatorios de la Universidad de Buenos Aires. Noticias sobre su persona y sus escritos; Estudios histórico-críticos sobre la literatura; La primera sociedad y la primera revista en el Río de la Plata; La sociedad literaria y sus obras.

Para realizar todos estos ensayos, trabajó prolijamente en bibliotecas y archivos, no solamente argentinos, sino también del Perú, Ecuador, Chile, e inclusive de Europa. Gracias a ello pudo realizar y publicar obras como Estudios biográficos y críticos

(30) "Revista del Río de la Plata", t. VI, pág. 502.

sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX, en la que, a pesar de su brevedad, aporta una serie de datos sobre la cultura colonial con la intención de que sirvieran de base a investigaciones posteriores. Hay, además, una clara intención política en estas biografías: rescatar los principios liberales de los movimientos de independencia que, a su juicio, fueron abandonados por muchos países hispanoamericanos que habían caído bajo el poder de los gobiernos despóticos. Los poetas americanos de quienes se ocupa en el libro son: Fray Juan de Ayllón, Juan Ruiz de Alarcón, Manuel José de Lavardón, Juan de Caviedes, Sor Juana Inés de la Cruz, Juan Bautista Aguirre, Pedro de Oña y Pablo de Olavide. Su posterior Poetisas americanas durante el período colonial, completa su obra de investigación sobre los primeros poetas coloniales.

Una de las investigaciones más serias y logradas de Gutiérrez es el Estudio sobre las obras y la persona del literato y publicista argentino don Juan Cruz Varela, que constituye, según Morales, "el estudio literario de mayor aliento que saliera de su pluma" (31).

Dedica también, al sabio Félix de Azara, "páginas calurosas en las que palpita un historiador amante de las figuras que intenta hacer amar por las generaciones futuras" (32). En este caso, su intención es rescatar la obra del "primer europeo que ha dado a conocer la geografía y la historia natural del territorio argentino" (33).

Los Viajes por la América del Sur de Azara, habían merecido el interés de Bernardino Rivadavia que, incluso, emprendió la

(31) Ernesto Morales: op. cit., pág. 133.

(32) Ibidem, pág. 128.

(33) Juan M. Gutiérrez: Don Félix de Azara. Su mérito, sus servicios, su juicio sobre las misiones del Paraguay y Uruguay. En: "Revista de Buenos Aires", t.18, Buenos Aires, 1869, pág. 191.

traducción castellana, ya que la obra había sido publicada originalmente en francés. Florencio Varela la recibió en Río de Janeiro de manos de Rivadavia y luego la publicó en la Biblioteca del "Comercio del Plata" de Montevideo. Quiso Gutiérrez "evitar que las generaciones posteriores a la de don Bernardino Rivadavia y de don Florencio Varela, se extravíen en la apreciación de unos trabajos y de unos juicios que deben estudiar con frecuencia y empeño, para conocer en buena fuente y a buena luz el pasado histórico y la naturaleza física del país en que han nacido" (34).

Gutiérrez, de acuerdo al esquema que aplicaba en este tipo de trabajos, comienza por dar una breve biografía de Félix de Azara destacando las circunstancias en las que llegó al Río de la Plata integrando una comisión encargada de la demarcación de límites entre los dominios de España y Portugal en América. Va narrando luego los momentos del viaje y el proceso que sigue Azara en su redacción. Señala la importancia de los mapas que el trabajo incluye, ya que antes "apenas existían unas malas configuraciones de esta inmensa región del nuevo mundo" (35).

Se ocupa también de los aportes del libro de Azara en cuanto a historia natural y etnografías americanas, así como de la importancia del sistema jesuítico en cuanto a la civilización de los indígenas. La vocación erudita y crítica de Gutiérrez le llevan a comparar la edición de Varela con las primeras ediciones francesas y la posterior realizada en Madrid.

Quizá, lo que más admira Gutiérrez en Félix de Azara, es su objetividad. Esto le lleva a emitir un juicio final y definitivo: "Si don Félix de Azara relatando sencillamente lo que vio y lo que oyó en los lugares mismos en donde tuvo su asiento la Compañía, ha roto el prisma a través del cual todo era de color de rosa y oro, éste será un mérito más contráido por aquel hombre

(34) Juan M. Gutiérrez: Don Félix de Azara, pág. 192.

(35) *Ibidem*, pág. 201.

ilustre que siempre halló la verdad, porque la persiguió incansable" (36).

El estudio da también ocasión a Gutiérrez de ocuparse de escritores e investigadores americanos como Unanue, Peralta Bar-nuevo, Carlos Sigüenza, Juan Antonio Alzate, Eugenio Espejo y el colombiano Francisco Caldas, mártir de la independencia. Hay también un capítulo dedicado a la ciudad de Lima, capital del Vi-reinato del Perú, a la que compara con Buenos Aires, surgida en la misma época. El capítulo, como indica Morales, está escrito con auténtica fuerza histórica (37).

Sin duda alguna, el trabajo de Gutiérrez de mayor trascendencia, el ensayo más orgánico, el más completo y con mayores aportes para una historia de la cultura rioplatense es su Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires, cuya importancia nos obliga a considerarlo de una forma muy especial en este capítulo.

(36) Juan M. Gutiérrez: Don Félix de Azara, págs. 220 y 221.

(37) Ernesto Morales: op. cit., pág. 129.

III - LAS NOTICIAS HISTORICAS: UN INTENTO DE HISTORIA DE LA CULTURA.

Según Ernesto Morales (38), basta citar un título para que el nombre de Juan María Gutiérrez pase a un primer plano. Por supuesto se refiere a Origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires. Noticias históricas desde la época de la extinción de la Compañía de Jesús en el año 1767, hasta poco después de fundada la Universidad en 1821, con notas, biografías, datos estadísticos, curiosos, inéditos o poco conocidos.

Apareció primero en la "Revista de Buenos Aires"; en 1868, se realizó la primera edición en forma de libro y fue publicada oficialmente por el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires durante la gestión del doctor Adolfo Alsina (39).

Las Noticias constan de más de mil páginas dedicadas a estudiar el desarrollo de la enseñanza pública en Buenos Aires entre los años 1767 y 1821. Son, fundamentalmente, una recopilación de numerosas monografías que tienen como objetivo final, echar las bases para un estudio de la cultura nacional. Esto es importante, ya que hay que considerar que, hasta 1868, los estudiosos de la historia argentina no se habían preocupado más que por los fenómenos políticos y, por supuesto, por los militares y sociales relacionados con aquellos.

A pesar de que el eje central de la obra es el estudio de una institución -la enseñanza oficial- Gutiérrez analiza, en torno a ella, las diversas manifestaciones de la vida intelectual argentina.

Rómulo Carbia reconoce con justicia el carácter de precursor

(38) Ernesto Morales: op. cit., pág. 159.

(39) En el presente trabajo utilizamos la segunda edición en libro, aumentada y reordenada por el autor, "La Cultura Argentina", Buenos Aires, 1915.

que Gutiérrez tiene en esta especialidad y señala, que la obra de recopilación por él realizada tiende a "revelar el proceso de nuestra cultura inrelectual desde su origen prerrevolucionario hasta el momento en que se definió, autóctonamente, la mentalidad argentina. A la postre, Gutiérrez viene a ser una especie de precursor de los historiadores de nuestras ideas" (40).

Para conocer los verdaderos propósitos del ensayo, nada mejor que seguir las primeras páginas del libro. En ellas, Gutiérrez señala la importancia que para el mejor conocimiento de la sociedad tiene el estudio del sistema educativo en el que esa sociedad se ha formado: "Hemos creído que las presentes noticias sobre el origen y desenvolvimiento de los estudios bajo los auspicios del Estado podrían servir a fines poco atendidos hasta aquí por nuestros historiadores. Creemos que el conocimiento íntimo de nuestra sociedad no puede adquirirse de una manera completa sin el estudio de las materias, de las doctrinas y de los métodos en que se educaban aquellos que, como sacerdotes o como magistrados, se apoderaban de las riendas morales del gobierno, en la parte que a cada uno le cabía" (41).

Convencido Gutiérrez de la función ejemplarizadora de la historia, reconoce la utilidad que para el futuro, su trabajo puede tener: "El conocimiento del pasado facilita la reforma de los errores en que se incurrió; y por esta razón nada puede alentar tanto a la adopción de un plan acertado de estudios, en consonancia con el tiempo presente y con el porvenir, como la historia de lo que a este respecto se ha creído y practicado..." (42).

Señala también Gutiérrez, al comienzo de la obra, las dificultades que su preparación le había acarreado, por la inexistencia de recopilaciones documentales anteriores. Ello mismo le

(40) Rómulo D. Carbia: op. cit., pág. 106.

(41) Juan M. Gutiérrez: Origen y desarrollo..., pág. 35.

(42) *Ibidem*, pág. 36.

hace ver la utilidad que, para el futuro, tendría para trabajos posteriores: "Es una tarea muy laboriosa entre nosotros la que impone la averiguación de los hechos pasados, porque éstos se hallan aún encerrados y sin clasificación en los archivos o consignados en impresos vueltos de difícil adquisición. Esto se notará con sólo echar una mirada sobre las presentes páginas. Los apuntes históricos que ellas contienen no han podido ser más que una reunión metódica de los antecedentes que pueden servir para un trabajo de aplicaciones prácticas en el sentido de las reformas que quedan apenas indicadas" (43).

Con las palabras de su autor, creemos que queda claro que el objetivo de Origen y desarrollo de la enseñanza... fue calar en las circunstancias en que se desarrolló la inteligencia bonaerense, durante la época hispánica y ver, además, cómo fue la enseñanza oficial, qué beneficios produjo y en qué medida la juventud dirigente de la época estaba suficientemente preparada para emprender con éxito la revolución contra el poder español. Aunque Gutiérrez se enfrenta siempre con el pasado colonial -ya lo hemos señalado- armado de una serie de prejuicios anti-hispánicos, tiene el mérito de haber descubierto la importancia y la necesidad de conocer esa época de la historia americana, en momentos en que lo corriente era ignorarla. Para bien o para mal -consideraba Gutiérrez- en ella se encontraban los gérmenes de la posterior evolución en el período independiente.

La obra está dividida en tres partes. La primera de ellas, a la que titula Origen de la enseñanza pública, está dedicada a los estudios correspondientes a la época anterior al año 1821 en que se crea la Universidad. Todo el material está agrupado en nueve capítulos. El primero está dedicado a la fundación del Real Colegio de San Carlos y a la obra material y cultural realizada por el virrey don Juan José de Vértiz. Se ocupa de la historia del Colegio,

(43) Juan M. Gutiérrez: Origen y desarrollo..., pág. 36.

de sus características y de sus planes de estudio. En un apéndice reproduce una serie de documentos relacionados con el establecimiento educacional. En los siguientes capítulos, se ocupa de la enseñanza del latín, de los estudios de filosofía, de teología, de náutica, de matemáticas y de idiomas vivos. Examina también la trayectoria de los Colegios de la Unión del Sud y de Ciencias Morales y también de la Escuela de Dibujo. Para todos estos estudios de la primera parte del libro, el autor sigue el mismo esquema. Cada uno de los capítulos contiene dos partes: la primera, en la que se ocupa de las Noticias históricas sobre el tema y la segunda, que contiene el Apéndice documental.

La segunda parte, titulada Creación y desarrollo de la Universidad, comprende siete capítulos. En el primero de ellos se ocupa de la erección de la Universidad de Buenos Aires, el 12 de agosto de 1821 y en los siguientes, de los estudios de física, de los eclesiásticos, de jurisprudencia y de medicina y cirugía. Hay un capítulo dedicado a los libros didácticos que, excediendo los límites de su título, contiene un verdadero catálogo de libros editados o escritos en Buenos Aires entre los años 1790 y 1867. El último capítulo de esta segunda parte lo dedica al personal docente y administrativo de la Universidad. Trae series cronológicas de rectores, vicerrectores, catedráticos de las distintas especialidades, etc. Salvo en los capítulos que son en sí mismos catálogos, como es el caso de los dedicados a ediciones y al personal universitario, en los restantes, sigue el mismo esquema de la primera parte, es decir, a una parte histórica sigue la correspondiente transcripción documental.

La tercera parte es biográfica. Es el mismo Gutiérrez quien justifica la necesidad de que así sea y al hacerlo, justifica también la importancia de la biografía como género historiográfico: "El propósito de sacar a la superficie desde el fondo oscuro de nuestro triste pasado, los escasos títulos de nuestra cultura intelectual conquistados por la aplicación argentina, no puede realizarse

sino con el auxilio de los nombres propios, con indagaciones sobre las personas, es decir, con el estudio de la biografía que es todo el comienzo del germen de toda historia que concentre la vida íntima y doméstica de una sociedad de origen cierto y determinado, pero cuyo desarrollo camina lentamente entre sombras y sin mayor interés para quienes no están ligados a ella por los vínculos del parentesco patrio" (44).

Los personajes biografiados son aquellos que tienen relación con la instrucción pública de Buenos Aires: "Es por esta razón que cerramos este libro con una serie de nombres ilustres en los anales de la enseñanza pública superior, como favorecedores de ella, como profesores, y como Directores o Rectores de Colegios del Estado y de nuestra Universidad" (45). Estas biografías son en algunos casos inéditas y en otros reimpresas: "La mayor parte de estas noticias biográficas nos pertenecen y las demás las hemos tomado de autobiografías inéditas o de las colecciones de periódicos donde se hallan confundidas con otras materias completamente incoherentes" (46).

Contiene veintitrés estudios biográficos entre los que nos parecen de particular importancia, los dedicados al virrey Vértiz, a Baltasar Maziel, a Luis José de Chorroarín, a Cosme Argerich, a don Antonio Sáenz, a Juan Crisóstomo Lafinur, a Manuel Moreno, al sabio Felipe Senillosa y al que fuera maestro de la juventud romántica argentina y, por lo tanto, del mismo Gutiérrez, el doctor Diego Alcorta. Todos ellos contienen datos de verdadero interés para la historia cultural e incluso política del Río de la Plata.

También revisten interés para nosotros, los párrafos que Gutié

(44) Juan M. Gutiérrez: Origen y desarrollo ..., pág. 39

(45) Ibidem.

(46) Ibidem.

rrerz dedica a la cultura colonial. A pesar de los ya reiteradamente señalados prejuicios que con respecto a esa época tiene, no deja de reconocer la existencia de cierta actividad cultural dentro de los estrechos límites del momento: "Es un error imaginarse que el pensamiento argentino durmió profundamente y que no latió en ninguna de sus arterias durante la sombría existencia de la colonia. No, en su actividad relativa recorrió, como le fue posible, la órbita, en verdad limitadísima, que le trazaba el oscurantismo de la metrópoli y los celos con que ésta miraba en sus extenuadas colonias todo síntoma de animación y de progreso" (47). Reivindica la labor de quienes intentaron la superación de la hostilidad del medio. "En ninguna época faltaron entre nosotros, formados por sus propios esfuerzos, oradores sagrados, eruditos, elocuentes y hasta de buena literatura; jurisconsultos sabios e íntegros; teólogos y casuistas de ingenio agudo y versados en la escolástica; aficionados a las letras y aún poetas empapados en las bellezas clásicas de los maestros de la antigüedad" (48).

Explica Gutiérrez que estos "intelectuales" fueron pocos en número pero que ello es perfectamente comprensible pues la población del país era bastante escasa y por otra parte, faltaban los estímulos necesarios para que esa labor fuera continuada y fructífera. Afirma, además, algo que constituiría otra idea constante de su pensamiento: el mejoramiento que la raza europea experimenta en América, donde, lejos de bastardearse, esta raza adquiere "bajo el sol de nuestras latitudes, mayor vigor intelectual y mayor desembarazo de espíritu y de concepción" (49).

Quizá, lo que primero sorprenda al lector de las Noticias históricas, sea la primacía de las partes de recopilación documental

(47) Juan M. Gutiérrez: Origen y desarrollo..., pág. 38.

(48) Ibidem.

(49) Ibidem.

sobre las de elaboración histórica. Es que justamente allí radica el principal mérito de la obra de Gutiérrez: su búsqueda, recopilación, sistematización y tratamiento metódico de fuentes históricas prácticamente inexploradas. Gutiérrez tiene conciencia de ser un precursor en la búsqueda de materiales documentales referidos a la historia de la enseñanza y la cultura rioplatenses: "Nosotros mismos no hemos sabido, hasta ahora pocos años, a qué fuentes recurrir para conocer los primeros pasos escolares de aquellos de nuestros compatriotas que se hicieron notables en el foro y en la política, en el primer período de la revolución" (50). Es consciente de que en la intensa labor erudita realizada, residen los valores de su trabajo: "Sólo rebuscando con constancia, y merced a esos hallazgos felices que son la única recompensa de los perseguidores de antiguallas, hemos podido absolver aquellas dudas e ilustrar la biografía patria con hechos enteramente ignorados y sumamente curiosos. Bajo este aspecto merece también alguna atención el presente trabajo, cuyos vastos materiales se han reunido con muchos años de constancia y sistematizado en pocos meses" (51):

Analizando el capítulo dedicado a la fundación del Real Colegio de San Carlos, podemos ver la seriedad y rigor con que Gutiérrez maneja las fuentes. En él, hay desde documentos del Archivo Público, como párrafos de la Memoria del virrey Vértiz, a notas de determinados autores, siempre con las referencias necesarias y extractos de periódicos -de "La Gaceta", por ejemplo- con los correspondientes datos de fecha y número. Igualmente, abundan notas extraídas de diversa bibliografía, como es el caso de los juicios que sobre el Colegio reproduce de la Vida y memorias del Doctor don Mariano Moreno, escrita por Manuel Moreno. En todo ello se nota la honestidad y el sentido del orden y lógico manejo del aparato crí

(50) Juan María Gutiérrez: Origen y desarrollo..., pág. 36.

(51) Ibidem.

tico que dominan en el libro que no se encuentran, por ejemplo, en ninguna obra de Echeverría, Sarmiento o Alberdi.

Entre el copioso material documental incluido en el libro, podemos señalar: reproducción de nombramientos de profesores de la Universidad y de los Colegios; discursos pronunciados en la Universidad; correspondencia de personajes relacionados con la enseñanza pública; disposiciones ministeriales; fragmentos de obras y cursos, por ejemplo Fragmentos inéditos del curso de filosofía en Buenos Aires por el Doctor Juan Crisóstomo Lafinur, en el que incluye la correspondiente información sobre cómo llegó a sus manos; Fragmentos del curso de Filosofía elemental dictado por el Doctor Diego Alcor-ta en el Departamento de estudios preparatorios de la Universidad de Buenos Aires. Hay también reglamentos, planes de estudios, programas de las asignaturas de los Colegios y de la Universidad. Sobre ésta, reproduce en forma muy completa la documentación existente sobre sus antecedentes y su creación.

El predominio de lo documental en la obra de Gutiérrez ha motivado que algunos autores la consideren como incompleta. Ese es el caso, por ejemplo, de Ricardo Sáenz Hayes que opina que "El Origen y desarrollo de la enseñanza... es una colección de documentos, programas de exámenes, listas de nombres, apuntes históricos, biografías esquemáticas, en una palabra, los materiales, el andamiaje de un edificio que no llegó a construir" (52). Sin embargo, el mismo autor no deja de reconocer el acertado manejo que del método histórico hace Gutiérrez y reproduce una carta de éste, dirigida a Magariños Cervantes en 1858, que estoda una justificación de su metodología: "Si se forma una escuela histórica sin bases firmes en los principios eternos y sin suficiente colección de hechos bien clasificados y estudiados, el resultado será que nos llenaremos de disertaciones a priori y de conclusiones absurdas, amargadas

(52) Ricardo Sáenz Hayes: op. cit., pág. 304.

con la sal cáustica de la polémica periodística... Yo insisto en la necesidad de dar al estudio de la historia entre nosotros el carácter erudito y cronológico: en esto consiste la mitad, cuando menos de la verdad histórica" (53). En esa misma carta hay además otros párrafos en los que Gutiérrez señala cómo deben tratarse los asuntos coloniales y que, cosa paradójica, constituyen una confesión de lo que él no hizo: "... si se examinan los sucesos de la América española, por ejemplo, con conocimiento de la manera de ser de la Península y de los fines que en la política de la metrópoli debían desempeñar sus colonias, resultarían sus hechos presentados con más novedad que la que tienen mirados al través del entusiasmo y de la reacción de la Independencia" (54).

El anti-hispanismo de Gutiérrez se derrumba cuando él mismo reconoce sus propias exageraciones y las de sus compañeros de generación: "Tengo mis sospechas de que muchas de nuestras declamaciones contra nuestros antiguos amos son exageradas, y que más dispuestos hemos estado a aceptar los cargos de los enemigos de la España que los descargos que los escritores españoles han dado sobre esas acusaciones" (55).

Lo extraño y lo que en alguna medida resta valor a la obra de Gutiérrez es que, a pesar de esta confesión, haya persistido en sus interpretaciones carentes de objetividad.

(53) Ricardo Sáenz Hayes: op. cit., pág. 305.

(54) Ibidem.

(55) Ibidem.

IV - JUAN MARIA GUTIERREZ AMERICANISTA.

A pesar de que, la actitud de los románticos frente a España será analizada en otro capítulo en forma especial, en el caso de Gutiérrez, debemos hacerlo antes dado que el tema tiene particular relación con el "americanismo" que constituye una de las notas más reiteradamente señaladas como características del pensamiento y la obra del autor. Es que, como dice Ernesto Morales, para Gutiérrez "americanismo", más que puro color local, consiste en "una ideología antagónica de la que sustentó la América colonial" (56).

Al contrario de los otros miembros de la generación de 1837, Juan María Gutiérrez no morigeró su anti-hispanismo con los años. Por el contrario, y a pesar de que, como ya señaláramos, en algún momento él reconoció lo exagerado de su posición, se aferró a ella con abseca obstinación. Ya su Discurso en el acto de fundación del "Salón Literario" de Marcos Sastre, en 1837, es una manifestación de virulenta animadversión hacia España y hacia lo español. Al plantearse en él la necesidad de que la República Argentina llegara a crear una literatura, un arte, una ciencia, según sus propias características y necesidades, formula como imprescindible, para lograrlo, romper con la tradición y la cultura españolas. A la ya lograda independencia política -piensa- debe suceder la independencia cultural. Para demostrar esta necesidad se dedica, en el Discurso, a destruir todos los posibles valores de la nación española. Es por ello que, para restar méritos a la empresa del descubrimiento de América, enfatiza el hecho de que la realizara Cristóbal Colón, cuya patria es la misma que la de Dante y Galileo. Para él, los españoles, entre la espada y el evangelio, optaron, en la conquista, por la primera, dándole su-

(56) Ernesto Morales: op. cit., pág. 171.

premacía sobre la cruz. Como señala Sáenz Hayes (57), para defender al indio es el único argumento que se le ocurre y es por ello que lo repite machaconamente.

Ve Gutiérrez en la conquista una empresa de destrucción, de destrucción de una cultura americana cuyos valores sobreestima: "El hierro y el fuego de la conquista destruyeron de consuno los monumentos de nuestros padres. Moctezuma y Atahualpa, los sacerdotes de sus dioses, las vírgenes dedicadas a su culto, enterraron consigo la ciencia que poseían y los testimonios de una civilización que se encaminaba a su zenit. Sin embargo algunos hombres sabios y laboriosos... han enseñado que aquellos denominados bárbaros habían llegado a un grado de cultura en nada inferior a la de los caldeos y los egipcios" (58).

Llega Gutiérrez al extremo de afirmar que la acción española inmovilizó el natural desarrollo de la cultura americana: "La conquista cortó el hilo del desenvolvimiento intelectual americano. Esta bella parte meridional del nuevo mundo se trocó en hija adoptiva de la España, se pobló de ciudades, recibió costumbres análogas a las de sus conquistadores; y la ciencia y la literatura española fueron desde entonces nuestra ciencia y nuestra literatura" (59). Esto no podía ser de otra forma ya que, para Gutiérrez, España nunca pasó del más humilde puesto dentro de la civilización europea: "Busco algún descubrimiento, algún trabajo inmortal de la razón española, y no le encuentro: es decir, no encuentro hombres como Newton y Galileo, descubrimientos como los de la atracción universal y el movimiento de la tierra. Y se le podrá pedir menos a una nación que ha vivido diez y ocho si-

(57) Ricardo Sáenz Hayes: op. cit., pág. 206.

(58) Discurso de Juan M. Gutiérrez. En: Homenaje del Honorable Concejo Deliberante en el centenario de su fundación: Antecedentes de la Asociación de Mayo 1837-1937 Buenos Aires, 1939, pág. 37.

(59) Ibidem, pág. 38.

glos?" (60).

Refiriéndose a la literatura española, afirma Gutiérrez que, en ella, "no encontraréis un libro que encierre los tesoros que brillan en cada página de René; en cada canto de Childe Harold; en cada meditación de Lamartine; en cada uno de los dramas de Schiller" (61).

Por las razones antes indicadas es que, para crear una cultura americana, o argentina en particular, era necesario romper los vínculos con España. "Nula, pues, la ciencia y la literatura española, debemos nosotros divorciarnos completamente de ellas, y emanciparnos a este respecto de las tradiciones peninsulares, como supimos hacerlo en política cuando nos proclamamos libres" (62).

Donde las exageraciones de Gutiérrez se acercan al delirio, es en sus alusiones a la necesidad de romper, inclusive, con el idioma español: "Quedamos aún ligados por el vínculo aún estrecho y fuerte del idioma, pero éste debe aflojarse de día en día, a medida que vayamos entrando en el movimiento intelectual de los pueblos adelantados de Europa. Para eso es necesario que nos familiaricemos con los idiomas extranjeros y hagamos constante estudio de aclimatar al nuestro cuanto en aquellos se produzca de bueno, interesante y bello" (63). Esta inaudita posición de Gutiérrez con respecto a la lengua, provocó las más enconadas críticas por quienes escucharon o leyeron el Discurso, inclusive por quienes compartían con él la idea de una cultura americana divorciada de la española.

Muchos años más tarde, cuando Gutiérrez era Rector de la Universidad de Buenos Aires, en momentos en que ya sus actitudes no podían interpretarse como reacciones juveniles, persistió en ar-

(60) Discurso de Juan M. Gutiérrez, pág. 38.

(61) *Ibidem*, pág. 40.

(62) *Ibidem*, pág. 41.

(63) *Ibidem*.

gumentaciones similares cuando rechazó el nombramiento de miembro correspondiente de la Real Academia Española. Este organismo firmó su diploma a propuesta de don Antonio María Segovia, don Eugenio Hartzenbusch y don Formán de la Puente. El diario "La Libertad" de Buenos Aires, publicó la nota que Gutiérrez escribió para rechazar la designación. Su anti-hispanismo se mantenía inalterable desde 1837. Entre las razones que dio, las más inadmisibles fueron las de que el idioma español de América era diferente del de España; que en las calles de Buenos Aires se confundían los acentos de distintos idiomas y que los universitarios argentinos lesan en inglés, en francés, en italiano y en alemán. No faltaba también en la nota el matiz político. El liberal y anticlerical Gutiérrez temía, y así lo manifestó, que de aceptar el diploma, ello implicaría adherirse a los más reaccionarios partidos políticos europeos y al dogmatismo de la Iglesia Católica, pilares ambos, según él, de la España de esa época. Contradictoriamente, lo único rescatable de este escrito de Gutiérrez, es el buen uso que en él hace de la lengua española. Como señala Arrieta, todo lo que manifiesta lo dice en "...la forma culta, pulida y elegante que hacía del "rebelde" uno de los más finos y escrupulosos cultores del idioma en su país; porque el artista no se traicionaba en Gutiérrez" (64).

La actitud de Gutiérrez resulta totalmente extemporánea, sobre todo considerando que, en 1872, ya superadas las naturales prevenciones de los años posteriores a los de la lucha de la independencia, la Argentina y España mantenían ya cordiales relaciones. Además, empezaban ya a llegar al país una gran cantidad de españoles, cumpliendo con los planes inmigratorios pensados por los hombres de la que había sido la generación del romanticismo. Esos españoles se arraigarían definitivamente en Argentina.

(64) Rafael Alberto Arrieta: La literatura argentina y sus vínculos con España, Buenos Aires, 1948, pág. 124.

El rechazo que Gutiérrez sintió por lo español le llevó a una forma de "americanismo" que tiene reiteradas manifestaciones a lo largo de sus obras. Su interés por los estudios americanistas no se limita a rescatar el pasado de la literatura y la cultura americanas, sino que va más allá y trata de estudiar los pueblos aborígenes cuyas civilizaciones defiende. Estudió lenguas, costumbres, mitologías indígenas -guaraní o araucana- tratando de encontrar también en ellas, como afirma Morales (65), fundamentos para el edificio de la nueva nación. En algunos momentos, llega a identificarse con los aborígenes conquistados -olvidando que él pertenece a la más pura estirpe europea- y protesta contra los bárbaros conquistadores. Quizá la exaltación que hace Gutiérrez de las culturas indígenas se base más que en su admiración por las mismas, en su afán de desprestigiar la obra colonizadora.

El indigenismo de Gutiérrez se relaciona con su "americanismo" en el sentido de considerar como una gran unidad a los países que se extienden desde Méjico a Tierra del Fuego. Es ésta una idea que aparece frecuentemente en sus escritos y es en función de ella que sus investigaciones -las literarias, por ejemplo- no se limitan al pasado argentino sino al de toda Hispanoamérica.

El a veces exagerado americanismo de Gutiérrez, como sus frecuentes actitudes indigenistas, parecen incompatibles con su cultura y con su refinamiento inconfundiblemente europeos. Juan Bautista Alberdi, amigo y admirador de Gutiérrez, no ve tal contradicción: "Bien entendido que el americanismo de Gutiérrez no era el americanismo de Rosas. Lejos de ser incompatible con el amor a la Europa y al europeo, era ese americanismo que busca en la

Europa y en su civilización la palanca y apoyo para elevar la civilización, la riqueza y el poder de la moderna América al nivel del progreso europeo en todos los ramos y elementos sociales" (66). Para Alberdi no hay dudas de que Gutiérrez es un euro

(65) Ernesto Morales: op. cit., pág. 140.

(66) Juan B. Alberdi: id. cit., pág. 16.

peísta, un partidario de lo mejor de la Europa moderna -en la que no incluye a España- que es donde los americanos debían buscar el apoyo para poblar, enriquecer, civilizar y organizar democráticamente a sus naciones.

Tanto para Alberdi, como para Gutiérrez, el fortalecimiento de la democracia era fundamental para el futuro de América y -explica Alberdi- si Gutiérrez vuelve su mirada a Europa es "no para someter la América del Sur al pupilaje de la Europa, con la mira de completar su educación de mundo autónomo y libre, como han querido tantos reformadores monarquistas; sino para fianzar, vigorizar y robustecer su democracia independiente y soberana" (67).

También guarda relación con el americanismo de Gutiérrez su actitud frente al gaucho. Los intelectuales unitarios, los rivadavianos de filiación iluminista, en su afán por modernizar, reformar y europeizar el país, despreciando la realidad popular, diseñaron al gaucho. Los hombres del romanticismo trataron de rescatar y potenciar lo popular y, pese a actitudes personales como la de Sarmiento que rechaza y denigra al gaucho, en general, volvieron a justificarlo en un intento por comprender a la vida campesina y popular y rescatar sus valores.

Al exaltar al gaucho, los románticos lo presentan como ligado a la tierra y como defensor de la patria, y recalcan su participación en los ejércitos de la independencia. Muy bien señala Morales que Gutiérrez, europeísta de formación y demócrata por convicción, sólo cae en posiciones "gauchistas" cuando se trata de exaltar actitudes e intenciones patrióticas. Ello explica su reacción frente a la literatura gauchesca. Sólo la considera cuando en ella predomina lo patriótico; si no, la ignora. El color, la expresión de una realidad argentina -la campesina-, la intención social, nada cuentan para él. Cuando aparecen los grandes poemas gauchescos de Estanislao del Campo y de Ascasubi o el fa-

(67) Juan B. Alberdi: op. cit., pág. 17.

moso Martín Fierro de José Hernández, Gutiérrez, que vive en plena efervescencia de su labor como crítico, nada dice de ellos. "La cultura europeísta de Gutiérrez, le impidió acoger con el calor que se merecían estos poemas gauchescos que eran una creación de patria y no reflejo de otras, como las tragedias clasicistas de Varola..." (68). Hay, pues, en esto, una actitud de "americanismo" inconsecuente.

Entre los numerosos trabajos que Gutiérrez escribió para recrear el pasado aborígen americano y exaltar sus creaciones, se pueden mencionar: De la poesía y la elocuencia en las tribus de América, que es quizá el más completo de sus ensayos sobre la materia; Observaciones sobre las lenguas guaraní y araucana; La capacidad industrial del indígena argentino; y los comentarios al libro de Vicente Fidel López, Las races ariennes du Perou.

En Descripciones de la naturaleza de la América española, sustenta Gutiérrez la tesis americanista de que ningún escritor español ha sido capaz de describir el paisaje y la naturaleza americana. Ni La Araucana de Ercilla, ni La Argentina de Barco Centenera tienen, pues, valor para él en cuanto descripciones del paisaje americano. Afirma que, para describir lo americano, hay que amar a América, y solamente puede amarla y comprenderla quien ha nacido en ella. Así, son para él válidas las descripciones contenidas, por ejemplo, en La cautiva de Esteban Echeverría o en La agricultura de la zona tórrida, de Andrés Bello.

Gutiérrez encontró motivo para reiterar su fe americanista y su rechazo a España, con motivo de la revolución cubana, a la que adhirió y a la que consideró como una causa no solamente cubana sino también americana. A ella dedicó su artículo La revolución de Cuba y sus poetas, en el que señaló la participación de éstos en la lucha.

La posición de defensa de lo americano, como ya hemos puntualiza

(68) Ernesto Morales: op. cit., pág. 137

do, da ocasión a Gutiérrez para insistir en sus ataques a España. Ello es particularmente contradictorio con la personalidad del autor, naturalmente moderado y reflexivo. Para denigrar al español y elogiar al hombre americano, cae en una especie de adaptación de la teoría del buen salvaje. Como señala Sáenz Hayes, "Gutiérrez, lector de Rousseau, se apropia de su teoría sobre la bondad natural del hombre, y apenas remozada, la introduce en el Río de la Plata" (69).

Es válida la conclusión a la que arriba el crítico antes citado: "El americanismo -se refiere al de Gutiérrez- adquiere estrechez de sistema" (70). Es evidente que, para mantenerlo, cae en contradicciones y arbitrariedades. Al hacer la defensa del indio, por ejemplo, en lugar de apoyarse en autores españoles como Feijoo o Las Casas, que son los que mejor la han realizado, prefiere citar a Alejandro de Humboldt.

Gutiérrez critica permanentemente la educación que impartían las universidades americanas de la época colonial, y sin embargo, al hacer la biografía de los hombres educados en ella, los elogia, como es el caso de los grandes escritores. Para él esto es explicable pues, afirma, los hombres nacidos en el suelo americano superan a la raza española y a las instituciones opresoras -la universidad, por ejemplo- por ella creadas.

El mérito de la obra americanista de Juan María Gutiérrez no reside, pues, en sus teorías, muchas de ellas directamente peregrinas, sino en su labor de erudito, de estudioso que, al rescatar la obra de poetas, sabios y profesores del pasado, echó las bases necesarias para posteriores interpretaciones de la historia de la cultura colonial hispanoamericana.

(69) Ricardo Sáenz Hayes: op. cit., pág. 288.

(70) Ibidem, pág. 290.

- CAPITULO VII -

377

EL HISTORIADOR VICENTE FIDEL LOPEZ

I - FORMACION INTELECTUAL DE LOPEZ. SU ROMANTICISMO.

En Vicente Fidel López encontramos una serie de connotaciones -tanto en su personalidad como en su obra- que son comunes a todos los hombres de la generación argentina de 1837; su ahe- sión al historicismo romántico y a la cultura europea en general, francesa en particular; su permanente preocupación por lo histó- rico; su acendrado liberalismo político; y su decidido rechazo de la dictadura de Juan Manuel de Rosas. A pesar de ello, le dis- tingue del resto de sus compañeros el hecho de que no sólo recu- rrió a la historia accidentalmente, tratando de encontrar en ella las claves del tumultuoso presente argentino, sino que él, en forma similar a Mitre, hizo del cultivo de la historia su prin- cipal, su fundamental actividad intelectual. Vicente Fidel López fue un auténtico historiador; su obra, más allá de sus virtudes y defectos, revela al profesional que desentraña al pasado argen- tino desde presupuestos tanto teóricos como prácticos y metodoló- gicos, discutibles en algunos casos, pero siempre rigurosos y coherentes.

Hasta hace muy pocos años, eran escasos y un tanto generales los trabajos dedicados a estudiar la figura de López y, sobre todo, su gran labor de historiador. Así lo reconoce Margarita Hualde de Pérez Guilhou, en el comienzo del ensayo que a Vicente Fidel López dedicó: "La convicción de que la actuación política y la obra histórica de Vicente Fidel López tiene relevancia más que suficiente para dedicar largas horas a su análisis y estudio y la seguridad plena del valor genuino de su testimonio como his- toriador del pasado nacional, nos han inducido a abordar esta tema con la esperanza de que pueda logarse, en un futuro no le- no, el libro que merece" (1). Creemos que el trabajo de esta au-

(1) Margarita H. de Pérez Guilhou: Vicente Fidel López. Político e historiador, Mendoza, 1966, pág. 85.

tora, es ya un anticipo del libro que López se "merece". En él, encontramos una serie de análisis que penetran en el pensamiento y en la obra de López y nos ponen en camino seguro para comprender su enorme obra histórica y, al mismo tiempo, sus actitudes políticas, por otra parte tan ligadas a aquélla.

López ha dejado un valioso documento, para conocer parte de su vida, con su Autobiografía (2), publicada por primera vez por Paul Groussac en 1896. Ella nos permite seguir todo lo que se relaciona con su origen, su familia, su educación y formación, y -como ya se ha visto en capítulos anteriores- podemos también a través de ella, conocer el clima intelectual y la efervescencia cultural y política en que desarrollaron sus primeras actividades los jóvenes de la generación romántica argentina o de la "organización nacional", como se la llamaría luego. Lamentablemente, la Autobiografía llega sólo hasta el momento en que las vicisitudes políticas y las crecientes persecuciones, obligan a López y a los componentes de la "Asociación de la Joven Generación Argentina" a decidirse por el destierro.

Decisiva influencia tendrá en el historiador López su mundo familiar. Nació el 24 de abril de 1815, en Buenos Aires, en el hogar formado por don Vicente López y Planes, autor del Himno Nacional Argentino, y de destacadísima actuación pública en los primeros años de vida independiente, y por doña Lucía Petrona Riera. Dada la condición de sus padres, López pudo ser un testigo excepcional, desde su infancia, de la vida cultural, social y política argentina y también, conocer a los protagonistas de los acontecimientos históricos más importantes de la vida del país.

Decisiva influencia tuvo, en la formación de López, la vigo-

(2) Vicente Fidel López: Autobiografía. En: Evocaciones históricas, Buenos Aires, 1929.

rosa personalidad de su padre, quien dirigió y cuidó personalmente su educación esmeradísima. Apenas iniciado en las primeras letras, su padre le introdujo en el conocimiento y el gusto de las lenguas clásicas. Así llegó, en 1829, a examinarse en la Latinidad en la Universidad.

En 1830 comenzó a asistir al curso de filosofía que daba en la Universidad el maestro Diego Alcorta. Este curso fue decisivo para López, no sólo por los contenidos, que como señala Alejandro Korn (3) le hicieron conservar el gusto por la filosofía durante toda su vida, sino también porque en él, entró en contacto con los amigos que luego le acompañarían en el "Salón Literario", en la "Asociación de Mayo" y hasta en el destierro. Así lo recuerda López: "Y yo me incorporé en 1830 a la clase de filosofía y bellas artes o retórica, que regenteaba el inolvidable... Diego Alcorta; allí, me uní en permanente amistad con Jacinto Rodríguez Peña, Carlos Tejedor, Félix Frías, Miguel Esteves Saguí y muchos otros. Alberdi, Cané, M. Paz, muy ligados con nosotros también eran, de un curso anterior" (4). Señala también López en qué medida el curso de Alcorta influyó en él: "En esta clase y en este medium comienza mi propia personalidad" (5).

Que López fue en el curso de filosofía discípulo aventajado, lo demuestra el hecho de que se incorporara en él como profesor: "En el año 1837, tuve la honra de que mi maestro y amigo, el doctor Alcorta, me entregase la clase de filosofía y retórica; creo que me desempeñé bien y con autoridad personal; porque al fin del año, cuando el doctor Alcorta visitó la clase y la examinó,

(3) Alejandro Korn: Influencias filosóficas en la evolución nacional. En: Obras, vol 3º, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1940.

(4) Vicente F. López: op. cit., págs. 31-32.

(5) Ibidem, pág. 32.

me felicitó por el estado en que la encontró" (6).

Además de los cursos de filosofía, completó López su formación universitaria en Buenos Aires con otros de matemáticas y de física que también realizó con los más distinguidos maestros de esas especialidades.

Pocos testimonios, como el de López, nos dan una visión tan completa de la conmoción que produjo entre la juventud de Buenos Aires, la noticia de la revolución francesa de 1830 y la consiguiente irrupción de las nuevas ideas que sacudieron los cimientos de la cultura establecida. En la ya clásica cita de su Autobiografía (7), menciona la "entrada torrencial" de libros y autores. Cousin, Villemain, Quinet, Michelet, Victor Hugo, Dumas, etc., son los nuevos ídolos de los jóvenes porteños -entre ellos López- que, consciente o inconscientemente, moldearán sus espíritus y sus personalidades intelectuales de acuerdo al triunfante romanticismo, en su faceta "social" especialmente. Toda esa literatura -reconoce López- "inoculó en nosotros, muchachos de veintiuno a veinticuatro años, el mismo ardor por la revolución social y el reinado de las nuevas ideas" (8).

Como se ha visto en capítulos anteriores, la renovación intelectual que se operó en Buenos Aires, se concretó en las sucesivas asociaciones fundadas por el grupo que capitaneó, en su momento, Esteban Echeverría. En la primera de ellas, la "Asociación de Estudios Históricos y Sociales", que funcionó en casa de Miguel Cané, demostró ya López su inclinación por los estudios y temas históricos. Como cada asociado debía preparar una disertación, recuerda López que "...me tocó disertar sobre la época de Alejandro. Yo lo flagelé en grande por haber tiranizado a Gre

(6) Vicente F. López: Autobiografía, pág. 62.

(7) Ver capítulo I del presente trabajo.

(8) Vicente F. López: op. cit., pág. 40.

cia y maltratado a la "interesante familia de Darío" cual Pizarro y Cortés habían hecho con Atahualpa y con Moctezuma"(9).

A esta primera asociación, siguieron luego el "Salón Literario" de Marcos Sastre y la "Asociación de la Joven Generación Argentina" en la que siempre figuró López entre sus miembros más destacados. Simultáneamente con estas actividades culturales y políticas, López realizó sus estudios de derecho, llegando a graduarse a los veinticuatro años.

La Autobiografía de López, como el testimonio de los otros jóvenes, da cuenta del clima tenso que comenzó a respirarse en Buenos Aires después del fracaso de la conspiración de Maza y del levantamiento del Sur. Es el momento en que se inicia la proscripción. López se trasladó a Córdoba en enero de 1840; allí colaboró en la instalación del gobierno antirrosista del doctor José Francisco Álvarez. Durante este efímero gobierno, López pudo predicar el ideario de la "Asociación de Mayo" e incluso fundar allí la filial cordobesa de la misma. Sin embargo, las circunstancias se tornaron tan graves, que López decidió trasladarse como exiliado a Chile.

Chile, que vivía la euforia de los años de la presidencia de don Manuel Bulnes, caracterizados por sus profundas reformas y la gran efervescencia cultural, recibió generosamente a los exiliados argentinos entre quienes sobresalía la recia figura de Domingo Faustino Sarmiento. Con éste, y con el resto de los emigrados, entró López en rápido contacto.

Desplegó López en Chile una intensa actividad intelectual, dedicándose, sobre todo, al periodismo y a la Universidad. Escribió en la "Gaceta del Comercio", en la "Revista de Valparaíso" que el mismo fundara y desde la que desarrolló la polémica sobre el romanticismo (10), y también en "El Heraldito Argentino"

(9) Vicente F. López: op. cit., pág. 44.

(10) Ver capítulos I y V del presente trabajo.

y "El Progreso", estos últimos de Santiago.

Después de haber desempeñado la docencia en diversos institutos, se presentó López en la Universidad de Chile para obtener su grado de Licenciado. Para ello, presentó como trabajo de tesis su Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad, que leyó en mayo de 1845. Ese año, también se incorporó a la misma universidad como integrante del claustro de la Facultad de Filosofía y Humanidades. La Universidad de Chile, fundada en 1839, carecía de actividades docentes, y los claustros debían trabajar en la planificación de institutos, planes de estudio y textos escolares. Debía además la Universidad, encargarse de preparar textos para escuelas primarias y colegios de enseñanza media. Es en función de ello que López presenta dos textos (11), uno de los cuales fue rechazado: el Curso de Bellas Letras; y el otro aprobado: Manual de Historia Nacional. De todas maneras, ambos escritos fueron editados. En esa época, además, comenzó sus profundos estudios sobre la Revolución argentina, algunos de los cuales fueron publicados como artículos periodísticos. Estos estudios fueron la base de otros posteriores de mayor envergadura.

José Victoriano Lastarria, en sus Recuerdos Literarios, al hablar de la brillante labor desplegada por López y el resto de los emigrados argentinos, da un verdadero retrato físico e intelectual del joven López en su época chilena: "Era un joven de veinticinco años, hijo de la revolución, que en su fisonomía árabe y en sus ardientes ojos negros revelaba la seriedad de su carácter, la firmeza de sus convicciones y la energía de sus pasiones. Dotado de un espíritu eminentemente filosófico e investigador, había hecho vastas lecturas y se inclinaba siempre a contemplar la razón de los hechos, de los sucesos y de los prin

(11) Margarita Hualde: op. cit., pág. 95.

cipios, despreciando las formas y las exterioridades" (12). El mismo testimonio nos muestra cómo López se debatía sin alcanzar una total claridad, en el confuso mundo de ideas que pugnaban, trasplantadas, en el Chile de la época: "Pero su ilustración política y literaria no estaba dominada aún por un criterio fijo, que diera claridad a sus juicios y a su exposición, y ese era entonces el achaque general de todos los escritores progresistas, porque las nuevas ideas no entraban todavía en una evolución científica, en las naciones del antiguo régimen en Europa y en América" (13).

Cuando Urquiza comenzó a preparar el ejército con el que intentaría derrocar a Rosas, López, como casi todos los proscritos, abandonó Chile y se dirigió a Montevideo para colaborar en la lucha contra la dictadura. Después del triunfo de Caseros, se reincorporó a Argentina donde alternó los trabajos que le demandaba su intensa actividad política, con su labor intelectual que plasmaría en las grandes producciones historiográficas que escribió (14).

Cuando la Sala de Representantes designó gobernador de la Provincia de Buenos Aires a don Vicente López y Planes, éste nombró a su hijo Vicente Fidel ministro de Instrucción Pública. Como tal, participó en las llamadas "Jornadas de Junio", en las que defendió el "Acuerdo de San Nicolás" que había otorgado al triunfante Urquiza el cargo de Director Provisorio de la Confedera-

(12) Citado por Ricardo Rojas: Los proscritos. En: La literatura argentina. En: Obras, t. XIII, Buenos Aires, 1925, pág. 952.

(13) Ibidem, pág. 953.

(14) Para profundizar sobre la actividad pública y política de López, recomendamos el ya mencionado trabajo de Margarita Hualde de Pérez Guilhou.

ción Argentina al mismo tiempo que se disponía la convocatoria de un Congreso Constituyente. Como cada provincia quedaba en libertad de aceptar o no el Acuerdo, pese a la defensa de López, en las "Jornadas de Junio" privaron los intereses locales de Buenos Aires y el Acuerdo no fue aceptado. Se rechazaba, además, el predominio del general Urquiza.

Después de su fracaso en las "Jornadas", López tuvo que emigrar nuevamente, esta vez a Montevideo, donde vivió dedicado a la labor docente y a la preparación de sus trabajos históricos. Interrumpió el exilio para volver a Buenos Aires en 1860. Después de una breve actuación en la Convención Nacional de 1860, regresó nuevamente a Montevideo donde permaneció hasta 1868.

Instalado definitivamente en Buenos Aires, comenzó a producir sus más importantes obras historiográficas. Fue permanente colaborador de la "Revista de Buenos Aires" que dirigían Miguel Navarro Viola y Vicente G. Quesada, y de la "Revista del Río de la Plata" que él mismo fundara y dirigiera junto a Andrés Lamas y Juan María Gutiérrez.

Pese a la opinión de Ibarguren (15), quien afirma que Vicente Fidel López se mantuvo cuarenta años de la función pública, Margarita Hualde demuestra lo contrario: "La búsqueda que hemos realizado en la documentación edita a nuestro alcance nos ha demostrado la inexactitud de tal aseveración. Tenemos fe, además, en que una prolija investigación en archivos nacionales y provinciales, oficiales y privados nos demuestre la amplitud y envergadura de la obra de López en esta época" (16). Efectivamente, la autora analiza en su investigación la obra de López en la Conven

(15) Carlos Ibarguren: Un historiador de la patria: Vicente Fidel López. En: Estampas de argentinos, Buenos Aires, 1935, pág. 181.

(16) Margarita Hualde: op. cit., pág. 107.

ción Provincial de Buenos Aires (1870-73); su actuación parlamentaria; su labor como Rector de la Universidad de Buenos Aires, cargo en el que reemplazó a Juan María Gutiérrez en 1874; y finalmente, como ministro del Presidente Carlos Pellegrini, último de los cargos que desempeñó en su larga vida. Murió en Buenos Aires el 30 de agosto de 1903.

Al margen de que oportunamente, al analizar el pensamiento histórico de López, trataremos de calar en el mundo de influencias que recibe, nos parece adecuado, a los efectos de perfilar aquí su personalidad intelectual, anticipar cuáles fueron las corrientes de pensamiento y los autores que incidieron en López y que se agregaron a su romanticismo inicial, el que, por otra parte, persistió a lo largo de su vida.

A pesar de la afirmación de Rómulo Carbia con respecto a que "la manera de López pasó por varios matices, bajo el influjo cambiante de diferentes lecturas o como el resultado del anhelo de vestirse a la moda europea del momento" (17), cremos que los primeros trabajos de López revelan una marcada dependencia del llamado "romanticismo social" y que esa especial manifestación de romanticismo perdura a través de sus obras posteriores, aunque, lógicamente, haya incorporado ideas que eran el producto de lecturas posteriores y, en lo político, haya acentuado el matiz liberal.

En el campo específico de la historia, recibió López una herencia muy notable de autores como Thierry, Michelet, Guizot y Macaulay, autores todos ellos, en mayor o menor medida, vinculados con el romanticismo historiográfico. También podríamos señalar "la influencia persistente de Leroux" (18); de Quinet, de

(17) Rómulo D. Carbia: Historia crítica de la historiografía argentina, Buenos Aires, 1940, pág. 136.

(18) Alejandro Korn: op. cit., pág. 217.

quien recibe una particular versión de Herder; de Victor Cousin, vía por la cual se introdujo en el pensamiento histórico del idealismo alemán, Hegel, incluido. Dentro de la influencias de origen romántico, no puede omitirse la de Walter Scott, de quien recibió el gusto por la novela histórica.

El romanticismo y sus variantes dio a López el esqueleto conceptual para su obra de historiador y de político; luego, a esa estructura fundamental, agregaría otras influencias: la ya señalada de la "ideología" de Destutt de Tracy, con toda su carga de racionalismo, proveniente de su contacto con Diego Alcorta; de la época de sus primeras lecturas conservó el gusto ~~se inclu~~sive algo del estilo- de Tucídides; en su última época hay una cierta influencia de Taine, aunque como apunta Korn, "el positivismo no pudo extraviarlo: la necesidad de un complemento ético no se le escapa" (19).

En lo político, fue López coherente con su época y con el pensamiento de su generación: "Su ideal político fue la coordinación social, basada en la libertad y en la democracia y realizada por el gobierno parlamentario" (20). Este sistema parlamentario suscita en López especial admiración. Para él, la discusión y la publicidad que el sistema garantizaban, aseguraban la eficacia de la obra de gobierno. Además, y al revés de lo que ocurre en los sistemas electorales, con un régimen parlamentario veía López la forma de evitar que un poder ejecutivo fuerte cayera en manos de un dictador.

La libertad es para López "un producto complejo de la inteligencia y de la razón social trabajado por la lucha de las ideas

(19) Alejandro Korn: op. cit., pág. 219.

(20) Carlos Ibarguren: Vicente Fidel López. Su vida y su obra. Prólogo a: Manual de la Historia Argentina, Buenos Aires, 1920, pág. 17.

y llevado por la palabra libre y pública a constituir los actos del gobierno" (21). Esa libertad -afirma el autor- no se asegura con la división de poderes, "ilusorio sofisma", de fatal influencia en las constituciones de los países sudamericanos. Tampoco el sufragio universal, es decir, el mero hecho de que los ciudadanos elijan, es garantía de democracia. El gobierno debe permanecer ligado a la opinión pública y "gobierno de opinión -es según López- el parlamentario" (22), el único que, en última instancia, garantiza el respeto a la opinión pública.

Sufragio universal y división de poderes, rémoras del racionalismo del siglo XVIII -Rousseau, Montesquieu- son dos principios que el personal liberalismo de López no acepta, ya que, entre otras cosas, su ineficacia está demostrada -piensa- por la experiencia de la historia constitucional argentina y el fracaso de los sucesivos gobiernos que han sido una muestra de que "nacidos de las intrigas electorales y de las usurpaciones del poder público que ellas engendran, la transmisión del poder no es otra cosa que la delegación omnímoda de la soberanía que hacen los unos a los otros, sin que la opinión pública tenga jamás como es torbarlo, ni cómo hacerse sentir en la administración de sus grandes intereses, que quedan por lo mismo abandonados siempre al personalismo gubernativo" (23).

Esta particular forma de democratismo que profesa López, le torna en un liberal conservador y, en algún grado, aristocratizante. Con ello coincide también con las actitudes políticas que ya se han señalado en Echagüe, Sarmiento y Alberdi.

(21) Vicente F. López: Historia de la República Argentina, t. I, Buenos Aires, 1913, pág. XLI.

(22) Carlos Ibarguren: Vicente Fidel López..., pág. 17.

(23) Vicente F. López: Historia de la República Argentina, pág. XXXII.

Ligada al liberalismo político de López está su actitud religiosa y su respeto a la libertad de cultos. Como señala Korn, "el problema religioso no deja de preocuparle" (24). Si bien aplaude la política de reforma religiosa de Rivadavia, no es por ello antirreligioso. Por el contrario, piensa que el fanatismo y el excesivo ritualismo de las religiones positivas, desvirtúan el sentimiento religioso. "Yo creo en Dios solo -dice López- y tengo en mi propia conciencia y en mi razón la responsabilidad de los mismos deberes, aún hasta el sacrificio, no porque me lo imponga dogma alguno, sino porque me lo impone la vitalidad de mi propia conciencia" (25). Creemos que es acertada la opinión de Margarita Hualde de Pérez Guilhou cuando, al caracterizar la religiosidad de López, afirma: "En este sentido... López, como la mayor parte de los hombres de su generación, es librepensador y anticlerical. No es un hereje ni un ateo" (26).

Hemos tratado de señalar cuáles son las notas características de la formación y del pensamiento de Vicente Fidel López, quien armado con los principios del historicismo romántico y con un particular y acendrado liberalismo político, va a ser uno de los primeros intelectuales argentinos que intentará conocer, investigar y dar una explicación del pasado nacional. Esta obra le convierte en uno de los auténticos fundadores de la historiografía argentina.

Cabe, a continuación, hacer referencia al contenido y características de sus escritos históricos y poder adentrarnos luego en la filosofía de la historia que los informa y, finalmente, en su personal visión de la historia argentina.

(24) Alejandro Korn: op. cit., pág. 217.

(25) Congreso Nacional: Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados, t. II, Buenos Aires, 1878, pág. 581.

(26) Margarita Hualde: op. cit., pág. 112.

II - LA PRODUCCION HISTORIOGRAFICA DE LOPEZ.

Llama la atención el volumen del trabajo historiográfico de Vicente Fidel López. Para organizar su sistematización lo hemos clasificado en tres grupos: El primero, comprende las obras iniciales escritas en Chile y que, en general, son una explicación del pensamiento histórico del autor; el segundo, comprende las grandes obras de López, es decir, sus más importantes escritos históricos; el tercero, está compuesto por aquellos trabajos de López que entran dentro del género de la novela histórica. Hemos omitido los artículos históricos aparecidos en la "Revista de Buenos Aires" y en la "Revista del Río de la Plata", pues, por lo general, son trabajos luego refundidos en sus grandes obras históricas (27).

Entre las obras que escribió López en Chile, las más importantes son, sin duda la Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad; un Curso de bellas letras y el Manual de Historia Nacional.

La Memoria sobre los resultados generales... fue presentada por López para graduarse de Licenciado en Filosofía y Letras; pero, además, para justificar su autoridad intelectual que había sido puesta en tela de juicio por sus contrincantes en las polémicas que mantuvo en Chile junto con Sarmiento, en defensa de las ideas y la literatura románticas. Constituye un discurso sobre historia universal, "el primero... concebido con intención filosófica por un argentino" (28). Es un trabajo con el incon-

(27) Para la lista completa de los trabajos de López publicados en ambas revistas, recomendamos: Margarita Hualde: op. cit., págs 103 y 107.

(28) Margarita Hualde: op. cit., pág. 122.

fundible sabor de los románticos europeos, y con toda la carga herderiana y hasta hegeliana que suele encontrarse en ellos.

Analiza López la marcha de la humanidad desde las sociedades teocráticas, y por lo tanto quietistas, de Oriente, Egipto, Persia, Judea, hasta llegar a los griegos, quienes adaptan la cultura oriental pero agregándole el elemento político, con el cual, la marcha de la historia se torna dinámica. Los griegos humanizan, laicizan lo que en las culturas orientales eran elementos religiosos y así, nacen sus grandes creaciones en el campo de la filosofía, la política y el arte. De la sociedad griega, que fue imperfecta por carecer, entre otros fundamentos, de unidad como nación, la corriente universal se deriva en dos vertientes: la del derecho romano, que logra el estado poderoso que Grecia no consiguió, y la del cristianismo. Este constituye para López, sobre todo, una moral con la que los pueblos alcanzaron la libertad, la independencia y la igualdad. Todos estos elementos se dan en forma particular y se moldean de acuerdo a los caracteres de raza, de suelo y de cultura de cada pueblo. Estas versiones "locales" no atentan contra el progreso universal que es un proceso único.

Hemos sintetizado el contenido del poco original discurso de López, el cual, sin embargo, vale por cuanto revela su nivel de conocimientos, su adhesión a principios puestos de moda por el romanticismo y el esquema fundamental de su pensamiento histórico, que luego impregnará sus trabajos de historiador.

El pensamiento histórico de López también aflora en la segunda de las obras importantes publicadas por él en Chile: el Curso de Bellas Letras, libro de retórica con una introducción como fundamentación filosófica. En este Curso, hay partes dedicadas a analizar la labor histórica y las diferentes escuelas historiográficas.

El afán de López por llegar en estas obras a una fundamenta-

ción de lo histórico, y de usar esa fundamentación como soporte de sus grandes obras posteriores, ha hecho que Rómulo Carbia, en su Historia crítica de la historiografía argentina, le considere como máximo representante de la escuela "filosofante", que es una de las dos corrientes que el autor considera que se hallan en la historiografía argentina. La otra, es la "erudita", cuyo gran exponente es Bartolomé Mitre (29).

El Manual de Historia Nacional, es un texto de historia chilena para uso en las escuelas. En él, introduce a los jóvenes educandos en los secretos del pasado nacional. El Manual, de cien to ochenta y ocho páginas, comienza con la descripción del suelo y de las razas primitivas que lo habitaban; aborda luego el estudio de la situación de España en el momento de la colonización americana, la llegada de los conquistadores a Chile, los gobiernos y la situación social de Chile hasta el momento de la independencia.

La gran novedad del Manual de López fue que su autor, tomó conciencia de la imposibilidad de entender la historia de Chile sin relacionarla con la de España. Similar criterio es el que mantendrá, posteriormente, al ocuparse de la historia argentina. Inclusive, en la última parte de la obra, para explicar el proceso de la revolución, parte de los acontecimientos peninsulares que dieron lugar a la formación de Juntas de gobierno.

Después de relatar las campañas de San Martín, se ocupa López de los primeros gobiernos independientes hasta la caída de O'Higgins en 1823. Creyó López que ese era el adecuado límite cronológico para el Manual, ya que, atendiendo al tipo de lectores a que estaba destinado, pensó que éstos no estaban en condiciones de penetrar en la conflictiva historia de las luchas civiles y de partidos.

(29) Rómulo D. Carbia: op. cit., pág. 133.

Nos parece interesante incluir aquí, el juicio que Esteban Echeverría dedicó a las obras de la etapa chilena de López: "Só lo hemos leído de su pluma un Manual de Historia de Chile, exce lente por el estilo, la claridad y el método, cuya adquisición hizo el gobierno, en virtud de informe de la Universidad, por hallarlo muy adecuado para las escuelas; un curso de Bellas Le- tras, obra utilísima para la juventud, que ha encontrado mereci- da aceptación en Chile, Bolivia y Río de la Plata, que revela que el Señor López tiene facultades analíticas y sintéticas po- co comunes entre nosotros; no conocemos ninguna obra escrita en nuestro idioma sobre la materia, que pueda parangonarse con la suya, y, por último, una memoria leída en la Universidad de Chile para obtener el grado de Licenciado, Sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la ci- vilización de la humanidad, sagaz y profundo esbozo de filosofía histórica, trazado con tintas vigorosas, a la manera de Turgot y Condorcet" (30).

A Juan María Gutiérrez, crítico más fino y con una mayor eru- dición, costó más que a Echeverría entusiasmarse con la Memoria de López. Por el contrario, en una carta dirigida a Alberdi, con fió a éste el juicio negativo que la había merecido en ensayo: "...No hallo nada original en el trabajo de López; todo lo que hay allí lo he leído bostezando en todas las revistas francesas que ahora no puedo ver ni pintadas. Es la expresión de una doc- trina ajena; él camina por entre sombras, a la luz de una lámpa- ra cuyo aceite no es suyo... Quiero decir que es uno de esos plagios que deben acibarar la conciencia, en esos momentos en

(30) Esteban Echeverría: Edición crítica y documentada del Dog- ma Socialista, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1940, pág. 69.

que nos confesamos con nuestro colete" (31).

El juicio de Gutiérrez, como Echeverría compañero de generación y de actuación de López, es severísimo. Sin embargo, creemos que cala en el defecto fundamental de la memoria: ésta, no es más que una antología de las ideas europeas más o menos digeridas por el autor. En descargo de López, puede decirse que un ensayo destinado a tesis de licenciatura en aquella época y circunstancias, podía muy bien exponer doctrinas ajenas sin que ello necesariamente constituyera un plagio. Por otra parte, López generalmente hizo las citas correspondientes. Insistimos en que, pese a todo, la Memoria es un documento importante por cuanto sirve para conocer la filosofía histórica a la que López se adhirió y que mantuvo en el transcurso de los años con singular coherencia.

A partir de 1865, comienza López la etapa de preparación de sus grandes obras históricas. Había superado ya la etapa de "filósofo de la historia" de relativo valor y originalidad, para iniciar su producción de mayor aliento: el estudio exhaustivo del pasado argentino. En estas obras, además de aplicar el aparato conceptual que había explicitado en sus obras juveniles, al estudio de los hechos históricos nacionales, va a tratar de que la experiencia histórica pueda ser aplicada para la solución de los problemas políticos y sociales de su tiempo.

En 1873 publicó en la "Revista del Río de la Plata", una serie de artículos bajo el título general de El año XX. Cuadro general y sintético de la Revolución Argentina. El tema de las luchas civiles y la disociación argentinas le entusiasmó y, en el mismo año, dio a sus artículos forma de volumen con el título

(31) Citado por Raúl Orgaz: Vicente Fidel López y la filosofía de la historia. En: Obras, vol. II, Córdoba, 1950, pág. 251.

de Historia de la Revolución Argentina hasta la reorganización política en 1824. Esta obra, con el solo agregado de un índice analítico fue reeditada en 1881 con el título de Revolución Argentina, su origen, sus errores, y su desarrollo político hasta 1830 y constituyó una especie de ensayo general para la primera de sus grandes obras que también apareció en 1881: Historia de la Revolución Argentina desde sus precedentes coloniales hasta el derrocamiento de la tiranía en 1852, más conocida como Introducción a la historia de la Revolución Argentina. Precedentes y paralelismo de la historia de España con la historia colonial del Río de la Plata.

En esta obra, insiste en lo que ya había insinuado López en el Manual chileno: la necesidad de explicar el fenómeno histórico americano, no como hechos aislados, sino vinculándolos a la corriente de la historia universal y, sobre todo, a la historia de España.

Inicia el estudio de la historia española a partir de los últimos años del reinado de Carlos II. Desde ese momento, trata de establecer paralelismos entre los hechos históricos de la Península y los del Río de la Plata. Generalmente, en su afán de establecer similitudes, fuerza las comparaciones. Por ejemplo, para él, toda la obra reformista de Rivadavia es absolutamente similar, imitación casi, de la de Carlos III en España. Se basó en autores españoles, pero -como afirma Carbia (32)- a veces citó con errores. Todo ello, unido a una visión demasiado sintética y general, resta prácticamente todo valor a las partes dedicadas a analizar la historia de España.

Para la historia del Río de la Plata, se basó en algunas obras impresas y, fundamentalmente, en sus recuerdos personales. Los resultados no son mejores que los de la parte anterior. La obra

(32) Rómulo D. Carbia: op. cit., pág. 135.

es superable, fundamentalmente porque "falló en el método de las analogías" al que quiso aplicar "como si se tratara de ciencias naturales" (33).

El trabajo de mayor envergadura emprendido por López, fue su monumental Historia de la República Argentina. Su origen, su revolución y su desarrollo político hasta 1852, que consta de diez volúmenes que son el producto de diez años de constante labor. Constituye una suerte de síntesis de todos sus trabajos anteriores. Así lo reconoce el mismo López cuando, en el Prefacio, dice: "es una recomposición hecha con nuevo método y con aumento de materiales de nuestros trabajos históricos anteriores" (34).

Comienza también aquí López analizando los hechos de la historia colonial, pues, insiste, entre éstos y los posteriores a 1810, "no hay solución de continuidad". Con estilo ameno, aunque por momentos demasiado ligero, trata de buscar nuevamente en la historia de España, las raíces de la evolución argentina. "En una palabra -como dice Ricardo Caillet-Bois- centró su estudio en derredor de los factores externos para proyectar su influencia en lo interno. Hay que convenir que el punto de vista adoptado por López fue toda una novedad, novedad compartida con Mitre" (35).

López, en su afán aligerador, más preocupado por la fluidez de la narración que por el contenido histórico, olvidó o trató demasiado superficialmente, algunos aspectos del pasado colo-

(33) Rómulo D. Carbia: op. cit., pág. 136.

(34) Vicente F. López: Historia de la República Argentina, t. I, pág. LVI.

(35) Ricardo R. Caillet-Bois: La Historiografía. En: Historia de la literatura argentina dirigida por Rafael Alberto Arrieta, t. VI, Buenos Aires, 1960, pág. 46.

nial, por lo que esta parte de la obra resulta de escaso valor y utilidad. La maestría de López, aún con su falta de rigor, aflora a partir del período independiente. "Es al abordar la historia de la revolución de Mayo cuando el talento de López se revola en todo su esplendor. Entonces su vehemencia y su pasión aparecen con toda nitidez. Porque López, diestro cual pocos en la tarea de resucitar el pasado, no es el historiador sereno que explica más que juzga" (36).

Además de los indudables valores estéticos de la obra, del estilo y de la fuerza de la narración, tiene López el mérito de haber ahondado en los más variados aspectos de la historia política -la que, por otra parte es la fundamental para él- e inclusive, el de haber estudiado por primera vez, épocas hasta entonces no profundizadas, como es el caso del período de anarquía de 1820 a 1828.

López no es el historiador objetivo, despasionado al estilo de un Ranke; por el contrario, en sus escritos vuelca sus sentimientos, sus pasiones y hasta sus prejuicios. "El doctor López no es el historiador que juzga sine ira et studio, como lo quiso Tácito, sino que toma parte en la contienda" (37). En muchos casos sus versiones son arbitrarias, parciales, y sin el rigor y precisión que se requieren en este tipo de obras.

Lo que sí conserva siempre López, es el vigor y el colorido del buen narrador. Ello se pone de manifiesto, sobre todo, en sus pinturas de personajes, como ocurre con los retratos de Pueyrredón, Mariano Moreno, Balcarce y en los absolutamente sombríos de los jefes federales: Rosas, Ramírez, López y Artigas.

El particular sentido de penetración histórica de López, se ve empañado por la falta de rigor en el aparato crítico. Abun-

(36)Ricardo R. Caillet-Bois: op. cit., pág. 47.

(37)Carlos Ibarguren: Vicente Fidel López..., pág. 20.

dan citas erróneas y descuidos. Rómulo Carbia ha criticado implacablemente este aspecto de la obra: Dice refiriéndose al autor: "Cita documentos que no existen, obras que, según parece, no han sido escritas, y frecuentemente, hasta descuida la exactitud en la indicación de los lugares donde se hallan los datos que utiliza" (38).

Tuvo López la ventaja de conocer personalmente, o por referencias familiares, a los principales personajes de la historia argentina; sin embargo, al no seleccionar demasiado el material de esa forma recopilado, al no someterlo a una crítica rigurosa y sincera, la ventaja, finalmente, se convierte en otra faceta criticable de la obra. "Vivió demasiado cerca de los personajes que actuaron en las jornadas revolucionarias. Se impregnó con la pasión y el encono producidos por la lucha" "...no les asignó a las investigaciones documentales la importancia que en realidad tienen. Su obra, por lo tanto, carece de solidez y de la preparación necesarias en trabajos de esta índole" (39).

A pesar de las críticas que se le han formulado, la Historia de López interesa, cautiva casi, y transporta con gran habilidad histórica a los tiempos en ella narrados. El lector se siente como participando de los hechos y viviéndolos, con lo cual, cumplió López con el objetivo de interesar y preocupar al público argentino de su tiempo, por los problemas de la historia de su país.

Además de las obras mencionadas, también escribió López otras destacables: El conflicto y la entrevista de Guayaquil, de 1884; Acuerdos del extinguido cabildo de Buenos Aires, recopilados en seis volúmenes por solicitud de la Municipalidad de Buenos Aires; continuando también con la labor de preparación de textos

(38) Rómulo D. Carbia: op. cit., pág. 141.

(39) Ricardo R. Cailliet-Bois: op. cit., págs. 51-52.

para la enseñanza que ya había iniciado en Chile con el Manual de Historia Nacional, escribió Compendio de Historia Argentina, de 1889-1890 y Reordenación metódica y anotación del texto de Historia Argentina que se sigue en los colegios nacionales, de 1890. Del Debate histórico. Refutación a las Comprobaciones históricas sobre la Historia de Bolgrano, nos ocuparemos especialmente al referirnos a la polémica que, sobre la historia, mantuvo López con Bartolomé Mitre.

Así como López, movido por sus sentimientos románticos hizo lindar sus relatos históricos con lo literario, con lo novelesco casi, también, por esas mismas inquietudes, abordó la novela histórica.

El aspecto de López como autor de novelas históricas, ha sido minuciosamente estudiado por Daisy Ripodas de Ardanaz (40), quien afirma que hay en López un dualismo de historiador-literato. A pesar de que en el Curso de Bellas Letras, se había preocupado por deslindar los campos diferentes de la novela y de la historia, él terminó por confundirlos en la práctica; no sólo porque sus novelas son históricas, sino también porque sus libros de historia tienen siempre un matiz novelesco.

Como ejemplo de la confusión de esferas en la que López incurrió, podemos señalar que en el capítulo XI del tomo VI de la Historia de la República Argentina, al hablar del cruce de Los Andes por el general San Martín, aparece el personaje de "la loca de la guardia" con referencias coincidentes a las usadas en la novela de tema histórico, que publicó en 1896, y que se titula, justamente, La loca de la guardia. "Se asiste al raro espec

(40) Daisy Ripodas Ardanaz: Vicente Fidel López y la novela histórica. En: "Revista de Historia Americana y Argentina", año IV, nº 7 y 8, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1963, págs. 133-175.

título de un texto ambivalente para la historia y para la literatura" (41).

La indudable influencia del maestro del género, Walter Scott y de los grandes narradores históricos -Macaulay, Thierry- se hacen evidentes en la novela citada, en todas las obras históricas de López y, particularmente en La novia del horeje, novela cuya acción transcurre en la Lima colonial.

También La gran semana de Mayo, es una novela histórica; en ella, a través del género epistolar, intenta López dar una descripción realista y vívida de las agitaciones, conciliábulos y efervescencias patrióticas de Buenos Aires en los días de la revolución de Mayo.

Lo más interesante de este aspecto de la producción de López, ya que sus novelas tienen un valor literario muy relativo, es la confusión ya señalada entre los planos histórico y novelesco y la forma en que esto se manifiesta también en su obra estrictamente histórica. Su imaginación, su interés por abordar los dos géneros, le hizo difícil caminar con equilibrio por ambos. "La historiografía romántica, con sus generalizaciones fáciles y brillantes y con su atrayente pintoresquismo derivado de la novela histórica, le tendió una trampa" (42).

(41) Daisy Ripodas Ardanaz: op. cit., pág. 170.

(42) Ibidem, pág. 175.

III - FILOSOFIA DE LA HISTORIA EN LOPEZ.

Hay en Vicente Fidel López -como ya se ha señalado- una constante preocupación por buscar una fundamentación teórica de la historia, que se manifiesta en sus ensayos, como es el caso de la Memoria sobre los resultados generales... y el Curso de Bellas Letras, sino también, lo cual la hace más interesante, en su obra concreta de historiador. Es que, como dice José Luis Romero, "...como historiador, López fue un espíritu preocupado por los problemas radicales y buscó los fundamentos filosóficos de la historia" (43).

Las fuentes, pues, para conocer el pensamiento histórico de López, son además de los ya citados Memoria y Curso de Bellas Letras, su Historia de la República Argentina y, en general, toda su obra historiográfica que es coherente con su pensamiento histórico. Este, será luego reelaborado con motivo de la polémica que mantuvo con Mitre, y desarrollado en su Debate histórico.

Creemos que quien más profunda y exhaustivamente ha estudiado el pensamiento histórico de López y quien ha fijado con mayor precisión los alcances del mismo, así como la filiación de sus ideas, es Raúl Orgaz en su trabajo: Vicente Fidel López y la filosofía de la historia. Hasta tal punto es así, que otros importantes trabajos, como los ya citados de José Luis Romero y Margarita Hualde de Pérez Guilhou, siguen, en este sentido a Orgaz y reafirman sus tesis. De acuerdo a éstas, que en líneas generales también suscribimos, la filosofía de la historia de López, debe ser entendida desde los presupuestos del romanticismo que

(43) José Luis Romero: Estudio preliminar a: Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad, Buenos Aires, 1943, pág. 13.

el autor conoció, ya sea directa o indirectamente, a través de las ideas y corrientes de los diferentes autores que reelaboraron el tema de la filosofía de la historia, sin que ello significara, en López, renunciar a los presupuestos iluministas sobre el tema.

En Vicente Fidel López, además, y según lo ha demostrado Orgaz, sus tendencias románticas se expresarán alternadas, como en un duelo no superado, con su especial predisposición al clasicismo. De acuerdo con esta filiación general del pensamiento de López -luego se analizarán con mayor detenimiento la influencias concretas- entraremos a considerar los elementos fundamentales del ideario histórico de López.

Parte el autor de la premisa de que el desarrollo es inherente a la vida histórica: "Desarrollarse -dice- para los pueblos lo mismo que para los individuos, es una ley constante, una ley tan esencial como la vida misma" (44). Pero el fenómeno histórico es universal; como señala Margarita Hualde, López no sólo considera que la historia comprende la totalidad del género humano sino que procura descubrir "el sentido peculiar de los hechos dentro de las condiciones en que pudieron acontecer" (45). La conexión que existe entre los diferentes pueblos es tal, que resulta para López imprescindible el evitar limitarse a la historia de un pueblo o de una época determinada.

Uno de los principios fundamentales de la filosofía de la historia de López, es su reconocimiento de la libertad del hombre, de su "libre albedrío", pero un libre albedrío que se complementa con el "instinto de perfectibilidad", que también es consustancial al hombre y con lo cual, como ve Orgaz, se cae en un dualismo conceptual inequívocamente ecléctico. El instinto de

(44) Vicente F. López: Memoria..., pág.32.

(45) Margarita Hualde: op. cit., pág. 125.

perfectibilidad, por su raíz psicológica, crea una limitación a la libertad.

Quizá la idea clave que sustenta todo el pensamiento de López, es su férrea convicción en el progreso. En ese sentido, Echeverría pudo decir de la Memoria "que estaba trazada a la manera de Turgot y Condorcet" (46). Dice López: "Progresar perpetuamente hacia la perfección: he aquí el luminoso axioma que pudiera resumir toda la historia, y que sin duda no es más que una versión moderna del celebrado dicho de Pascal" (47).

El progreso es el hilo de conexión entre las épocas contemporáneas y las pasadas, de ahí que se deba "inspeccionar lo pasado partiendo del último progreso presente y llevar la luz de la civilización actual a las civilizaciones anteriores, para no perder de vista la cadena necesaria que las liga, y que es el punto esencial, la revelación más grande que pueda buscarse en el estudio de la historia" (48).

Estudiando, conociendo la historia, se llegará a comprobar "cuántas ventajas gozan los tiempos posteriores, de que no gozaron los anteriores, cuántos progresos morales y sociales hay en todo lo que es nuevo, de que careció todo lo que es viejo; solamente haciéndolo así, en fin, se puede llegar a comprender la vida de esa humanidad tan misteriosa, de ese hombre que perpetuamente crece y que perpetuamente aprende" (49).

En la historia se da la lucha por el progreso, lucha en la que los oponentes son: los que más favorecen el progreso, por un lado, y por el otro, los que lo paralizan; "porque la historia no es otra cosa que la lucha recíproca que sostienen los que quie

(46) José Luis Romero: op. cit., pág. 17.

(47) Vicente F. López: Memoria..., pág. 25.

(48) Ibidem.

(49) Ibidem, págs. 25-26.

ren detener el progreso con los que quieren desatar los lazos que le impiden volar sin obstáculo sobre las alas de la libertad" (50). Se trata, pues, como señala Orgaz, "de una tesis dualista del progreso" (51).

Si el progreso es como un motor que establece en la historia su carrera hacia logros de mayor perfección, es necesario señalar cuál es el papel que el individuo, con su "libre albedrío" y su "instinto de perfectibilidad", juega en el proceso. El individuo influye por impulso del libre albedrío sobre los hechos sociales. Es pues, el individuo, el sujeto de la historia, y sus pequeños actos, al encadenarse, forman "la gran síntesis de los hechos sociales".

Lo social juega un papel importante en la historia; pero, en definitiva, el verdadero sujeto de la historia es el individuo que se mueve dentro del conjunto social e influye en sus destinos y que, al recibir las influencias de la masa se convierte en "hombre-sociedad". Afirma López: "Además de la humanidad y de las naciones tomadas en grupo, la historia nos presenta a los individuos. El individuo influye directamente en los acontecimientos sociales con los actos personales que son fruto de su albedrío. Los hombres, como entes libres, somos los verdaderos autores de esa infinidad de hechos pequeños, insignificantes al parecer, que, con su fuerte y complicado encadenamiento, forman al fin la gran síntesis de los hechos sociales" (52). A pesar de esta reafirmación del papel del hombre-sujeto de la historia, López nunca olvida la influencia de la sociedad: "...ningún individuo es poderoso en una nación, ni acaudilla pueblos en un

(50) Vicente F. López: Memoria..., pág. 29-30.

(51) Raúl Orgaz: op. cit., pág. 243.

(52) Vicente F. López: Memoria..., pág. 33.

momento dado, sino a condición de representar las ideas y convicciones que el mayor número tiene en ese mismo momento" (53). Con lo cual, individuo y sociedad son dos entidades interrelacionadas que se influyen mutuamente.

Según Orgaz (54), López acumula tres concepciones de la historia. La primera, que es la que ya se ha explicado, es de carácter "filosófico" y consiste en la idea de la historia como un proceso progresivo y dual.

Relacionado con la segunda concepción, que es de tipo "sociológica", está la idea que López tiene de la historia como una verificación de revoluciones. Al ver el autor a la historia como un desarrollo, afirma que "todo cuanto nace sobre la tierra crece y se desarrolla, todo cuanto crece y se desarrolla experimenta revoluciones necesarias en el fondo mismo de su naturaleza. Las revoluciones son, por esto, consecuencias inmediatas de todo desarrollo, y al mismo tiempo son puntos de partida desde donde empieza a marchar la sociedad en dirección a un nuevo orden de cosas, a una nueva organización. No hay nación que no tenga en su pasado alguna revolución a quien saludar como principio de sus dichas y de su libertad" (55).

Revoluciones y partidos actúan y modifican la condición moral de la humanidad. Responden siempre a los movimientos de ideas de la inteligencia humana y constituyen el recurso de los pueblos para minar el poder del despotismo y de los intereses monopolizadores de teócratas, ricos, privilegiados y caudillos. Son, además, una manifestación del empuje que Dios da al hombre-sociedad en su marcha hacia el progreso. Aparece aquí, como en otros pasajes de las obras de López, una ambigua tendencia providencia-

(53) Vicente F. López: Curso de Bellas Letras, pág. 234.

(54) Raúl Orgaz: op. cit., pág. 243.

(55) Vicente F. López: Memoria..., pág. 32.

lista no definitivamente resuelta, que complica aún más la antinomia -tampoco resuelta- de libertad y necesidad.

La idea que produce una revolución, tiene para López su germen en la cabeza de algún hombre, incluso de siglos anteriores; pese a ese origen impreciso, en un momento dado, gana a un número cada vez mayor de hombres y "cual si germinara, principia a propagarse de individuo en individuo, de familia en familia, de clase en clase, de pueblo en pueblo, hasta que se hace una fuerza irresistible apoyada en una multitud de hombres, que, de un momento a otro puede armarse para sostenerla y para plantearla como una ley o institución social" (56).

La concepción progresiva que tiene López de la historia universal, le hace ver que, en el desarrollo ininterrumpido, el pasado se encadena con el presente, y ambos, se iluminan mutuamente. Es por ello que, para él, el conocimiento de la historia tiene validez para el presente. En la mejor tradición del pragmatismo histórico, cree que la historia da lecciones que sirven al hombre, al ciudadano, al político. Orgaz considera que además de las concepciones "filosófica" y "sociológica" que tiene López de la historia, tiene también ésta, que sería la tercera y que es netamente "pragmática" (57).

Algunos párrafos de la Memoria nos revelan cuánto valor educativo adjudicaba López a la historia: "...cuando el estudio de la historia es hecho con conciencia, nos enseña a vivir con la so-cial tolerancia del buen patriota, nos enseña a conocer y respetar las virtudes del ciudadano, nos da valor para practicar y defender el bien en toda ocasión; en fin, sólo en él aprende-remos a conocer las exigencias del Estado y los medios más propios de satisfacerlas en el sentido de la felicidad común. Se-

(56) Vicente F. López: Curso de Bellas Letras, pág. 232.

(57) Raúl Orgaz: op. cit., pág. 243.

riamente convencido de las faltas y los extravíos producidos por los errores pasados, entraremos a influir sobre nuestro tiempo con el precioso caudal de experiencias que nos legaron otros siglos..." (58). Esta actitud pragmática de López, tan manifiesta en sus primeras obras, va a perdurar a través de los años en todas sus obras históricas posteriores.

Para concluir con el análisis de los fundamentos filosóficos de la historia para López, haremos referencia a la importancia que asignó al factor geográfico, natural, en la historia. Sin caer en posiciones decididamente deterministas, enfatiza la relación entre lo histórico y lo geográfico, ya que "necesariamente hay una posición geográfica que estudiar y una necesidad histórica unida a esa posición; creyendo que ellas se explican recíprocamente, busco en ellas el secreto de las grandezas y de los hechos con que ese pueblo se ha ilustrado" (59).

La importancia de lo geográfico y su influencia sobre lo social, tan al estilo de Cousin, es a veces exagerada por López, al darle el valor de "clave esencial" para la interpretación de los hechos históricos. "El conocimiento de las tierras, de los mares, de las ciudades, de los canales, de las montañas; de todo aquello, en fin, que la infatigable inteligencia del hombre revuelve y modifica, es una clave esencial para desentrañar la verdad enterrada bajo los numerosos escombros que la mano del tiempo amontona sobre la tierra" (60).

Orgaz advierte que, pese a la influencia de Cousin en la valoración que hace López de lo físico y geográfico, en realidad, sigue como aquél la tradición que arranca de Montesquieu y sigue con Dubois y Herder (61).

(58) Vicente F. López: Memoria..., pág. 30.

(59) Ibidem, pág. 29.

(60) Ibidem, pág. 28.

(61) Raúl Orgaz: op. cit., pág. 253.

No solamente a raíz de lo geográfico es que se ocupa Orgaz de detectar los influjos que el pensamiento recibe. Con gran rigor y acierto ha analizado la obra de López hasta desentrañar el complejo mundo de influencias en que se mueve. Prácticamente, los autores que se han ocupado del tema, han seguido, en líneas generales, lo ya señalado por este autor. Para él, el pensamiento que López pone de manifiesto en la Memoria -pensamiento que en algunos puntos esenciales se mantuvo constante en su obra posterior- "deja ver las figuras conceptuales del romanticismo, cruzadas por escasas alusiones francamente racionalistas. Las primeras derivan de las aportaciones hegelianas a través de Cousin; las segundas, de la formación intelectual del doctor López" (62).

De Cousin, pues, provendría lo principal, aunque también se-ñala Orgaz, como importantes, la influencia de Michelet, Lerminier, Quinet, e incluso la de Victor Hugo. También juega toda la "sustancia" herderiana y hegeliana que en estos autores se encuentra.

Precisa Orgaz cuáles fueron las ideas concretas que López tomó de Cousin: "A- la inteligibilidad de la historia depende del conocimiento de la naturaleza humana, y éste, a su vez, del de la influencia de las condiciones geográficas sobre los pueblos y la humanidad; B- afirmación simultánea del providencialismo histórico y de la libertad del hombre; C- intelectualismo histórico, esto es, primacía de las ideas en la génesis de los cambios y revoluciones sociales; E- solidaridad de los elementos de la cultura: Estado, arte, religión, filosofía e industria; y F- carácter sagrado de la historia. Dos de las tesis más importantes de Cousin: la exaltación del papel de los grandes hombres en la sociedad y la concepción agonista de la historia no han

(62) Raúl Orgaz: op. cit., pág. 253.

sido incorporadas al ensayo" (63). Con respecto a esto último, creemos que si bien la teoría del grande hombre no está explícita en López, en alguna manera está implícita en su aseveración de que el sujeto de la historia es el individuo, pero el individuo que sabe encarnar las necesidades y tendencias del conjunto social.

José Luis Romero suscribe las influencias señaladas por Orgaz y remarca más aquéllas que recibe López en cuanto a estilo y a sus formas de historiador: Guizot, Macaulay, Walter Scott, Thierry, Michelet -todos emparentados con el romanticismo- y también la persistencia de su admiración juvenil por el estilo y la temática de Tucídides (64).

Rómulo Carbia (65), señala como influencias decisivas en López historiador, las de Guizot y de Tucídides, a las que agrega luego las más "frescas" de Thierry, Buckle y Taine; el primero, completó su estilo; Buckle dio más amplitud a su credo guizotiano; y Taine, "barnizó de modernismo su producción historiográfica".

Creemos que es correcta la opinión de Margarita Hualde de Pérez Guilhou en cuanto a que es difícil encuadrar las influencias filosóficas que recibe Vicente Fidel López ya que "no fue hombre de adherirse rigurosamente a un sistema" y que "a sus copiosas y sistemáticas lecturas añadió siempre el sello de su opinión personal" (66). Sin embargo, como la misma autora reconoce, coincidiendo con Orgaz y los demás críticos que se han ocupado del problema, la filiación romántica de López, es indudable y predominante: la idea organicista del desarrollo de la cultura,

(63) Raúl Orgaz: op. cit., pág. 253.

(64) José Luis Romero: op. cit., pág. 13.

(65) Rómulo D. Carbia: op. cit., pág. 243.

(66) Margarita Hualde: op. cit., pág. 133.

la concepción progresiva de la historia, el valor de la tradición como fuerza histórica, son algunas de las ideas que permiten considerar no sólo la Memoria de López, sino también su obra posterior, como una suerte de "manifiesto romántico" (67), y ello sin dejar de reconocer que no todo en él es romanticismo, aunque sí que lo fundamental es romántico.

El pensamiento histórico de López, ya enunciado en sus primeras obras de la etapa chilena, se completa con el Debate histórico, escrito a raíz de su polémica con Mitre y que constituye "su credo historiográfico" (68). De él nos ocuparemos especialmente en este mismo capítulo, aunque podemos adelantar que sirve, como indica Orgaz, para comprobar que hay ideas que permanecen constantes en López: "la fe en el progreso, entendido definitivamente, como la ley moral de la humanidad, el sentido político del contenido de la historia, el sentido estético de la forma de la misma, y la afirmación apasionada de la primacía de la libertad en lo individual y en lo colectivo" (69).

(67) Tulio Halperín Donghi: Vicente F. López historiador. En: "Revista de la Universidad de Buenos Aires", 5ª época, año 1, nº 3, Buenos Aires, 1956, pág. 365.

(68) Rómulo D. Carbia: op. cit., pág. 136.

(69) Raúl Orgaz: op. cit., pág. 261.

IV - VICENTE FIDEL LOPEZ Y SU VISION DE LA HISTORIA ARGENTINA.

Hasta el momento en que López emprendió sus grandes obras historiográficas, no se había intentado aún una exposición general y total de la historia argentina. Ello se hacía especialmente necesario -y así lo entendía López- por varias razones: con el aporte de la emigración europea, el país crecía y se transformaba con rapidez; a esas grandes masas que se incorporaban, y a sus descendientes, debía presentárseles un cuadro general de la historia argentina; por otra parte, los argentinos -como señala Ricardo Caillet-Bois- que acababan de salir de la dictadura, discutían acerca de los problemas políticos y, para dilucidarlos y resolverlos, debían contar con la trayectoria histórica del país. "López acometió la empresa, vehemente, apasionado, inflexible y talentoso; reunía condiciones poco comunes para triunfar en ella" (70).

Al enfrentarse López con la comprometida misión de narrar a los argentinos en forma amplia y general, las vicisitudes de su pasado, tuvo especialmente en cuenta, al hacerlo, la dimensión estética de la historia, que para él era sumamente importante. En el Prefacio de la Historia de la República Argentina, cita a Macaulay y coincide con él en que, el historiador, junto a sus condiciones específicas, debe unir también las del novelista y del filósofo para "hacer que el pasado viva como presente, aproximar lo lejano, colocarnos en la intimidad de los hombres importantes, o sobre una eminencia de donde se domine un vasto campo de batalla; dar la realidad de la carne y de la sangre a los personajes históricos que pudieran presentársenos como personificaciones ideales y alegóricas de la leyenda" (71).

(70) Ricardo R. Caillet-Bois: op. cit., pág. 40.

(71) Vicente F. López: Historia de la República Argentina, t. I, pág. LIV.

La historia de López relata los hechos del pasado y, en el clásico estilo de los románticos, trata no sólo de informar, si no también de arrebatarse, emocionar, y sumergir al lector en el mundo del pasado del que se está ocupando.

Así como lo literario es el recurso de López historiador, lo político constituye su problemática fundamental. Partiendo de su concepción pragmática de la historia, trata de que los problemas políticos que el país vivía en esos momentos, se esclarecieran con el conocimiento del pasado. Parte, pues, de un interés por el presente y si recurre a lo histórico es, fundamentalmente, para llegar a las soluciones que los problemas de ese presente requieren.

Como López, como historiador se enfrenta con el pasado desde las perspectivas actuales, inevitablemente tomará partido en los hechos que narra; con ello, su imparcialidad se ve comprometida. "Se dice que la imparcialidad es el primer deber del historiador político -dice López- ; si se entiende por imparcialidad el indiferentismo para con uno y otro lado de estos debates y estas luchas que son la materia fundamental de la historia política; si se exige la falta de pasiones propias en las contiendas de los principios, la imposibilidad del criterio moral en el choque de los intereses, y la ambigüedad del juicio moral entre el crimen y la virtud, entre los grandes patriotas y los egoístas o los criminales que hayan conculcado, en aquellas luchas, las leyes del honor, del deber, de la libertad, y del patriotismo, declaramos desde luego que no somos imparciales" (72). Y concluye esta idea, que es toda una declaración de su postura historiográfica, cuando agrega: "El historiador, lo mismo que el abogado y que el médico, son siempre parte: parte paciente, unas veces, y

(72) Vicente F. López: Historia de la República Argentina, t. I, pág. 1.

otras triunfadora; indiferente, jamás!" (73).

Esta posición historiográfica de López ha sido muy bien caracterizada por Margarita Hualde: la historia del autor "es un inmenso debate, en el que alega como un abogado que es parte en el pleito. La sentencia, en definitiva, va a recaer sobre todo el proceso y sobre las posibilidades futuras de recuperación del organismo político de su patria, que considera deteriorado. Pero como esa sentencia tendrá que ser alaccionadora se hace imperioso rastrear los antecedentes históricos para descubrir dónde está la falla y tratar de superarla" (74).

Prácticamente, hasta la aparición de los estudios de López, los relatos de la historia argentina se iniciaban a partir de los acontecimientos de mayo de 1810, López arranca desde más atrás y considera como fundamental y prioritario el estudio de la época colonial. A su vez, para entender a ésta, va como necesario vincularla con la historia de España, ya que, "la República Argentina es una evolución espontánea de la nacionalidad y de la raza española, comenzada en un desierto de la América del Sur" (75).

La gran novedad de las obras históricas de López reside en que fue el primero en considerar la esencial conexión entre los comienzos de la historia argentina independiente con la colonial, e inclusive, con la española y europea. "De la historia colonial a la Revolución de Mayo de 1810 no hay solución de continuidad. Los mismos principios y los mismos acontecimientos que

(73) Vicente F. López: Historia de la República Argentina, t. I, pág. LII.

(74) Margarita Hualde: op. cit., pág. 142.

(75) Vicente F. López: Historia de la República Argentina, t. I, pág. XI.

comenzaron a obrar aquí desde los últimos días del siglo XVI, son los que hicieron sus crisis y obraron desde los primeros días del siglo XIX hasta estos momentos" (76).

También López, como sus compañeros de generación, hace un severo enjuiciamiento de España y de su obra en América. Dice de ella: "Como potencia colonizadora, España tenía en su seno deficiencias, y casi diremos vicios o mejor dicho enfermedades cuyas fatales consecuencias no pudo dominar ni evitar. Las guerras dinásticas y religiosas la habían empobrecido; y a la vez que su posición entre las naciones europeas la ponían en un continuo conflicto con las otras potencias marítimas, aquella era una época en que todo el mundo carecía de capital flotante y circulatorio" (77).

Al hacer la crítica a España, enfatiza López sus errores económicos y señala las funestas consecuencias que ellos tuvieron para las colonias y cómo terminaron creando una situación que culminó con la independencia. "Las consecuencias de esta falta -dice- eran funestas para sus colonias. Sin capital y con una industria decadente y empobrecida, España se hallaba en absoluta impotencia para desempeñar las dos funciones primarias que debe desempeñar una potencia colonizadora, que son fecundizar las fuentes naturales del territorio colonial y surtir su población con los productos del trabajo propio y ajeno" (78).

Sin embargo, a diferencia de los demás románticos argentinos, aclara López que él no quiere atacar ni herir a la Madre Patria. Con gran sentido de la justicia histórica, no condena a todo lo español, y así como señala a la política económica como desas-

(76) Vicente F. López: Historia de la República Argentina, t. I, pág. XIII.

(77) Ibidem, pág. XVI.

(78) Ibidem.

trosa, reconoce las virtudes de otros aspectos de la administración colonial: "...si bien no cabe duda de que el régimen colonial fue desastroso para nosotros y para España bajo su aspecto económico, sería evidentemente injusto no reconocer la moderación y la sensatez del régimen administrativo que ella nos dio. De libertades políticas no hablemos, porque la Madre Patria no podía darnos ni consentirnos lo que ella no tenía, lo que ella no gozaba, y lo que, fuera de Inglaterra, no apreciaba ni comprendía entonces ninguna otra de las potencias colonizadoras de aquel tiempo. Pero aparte de esto, el régimen español fue siempre grave, serio y templado en sus condiciones normales para con los pueblos de su raza que ocupaban el país" (79).

Pocas voces argentinas de la época, se expresaron con tanta ponderación con respecto a España como lo hizo López. Inclusive, fue el único que supo relacionar los intentos independentistas americanos, con las ideas provenientes de la mejor tradición liberal española, aquellas que se encarnan especialmente en el rey Carlos III y sus grandes ministros reformadores. A diferencia de Echevarría, Alberdi o Sarmiento, López no considera a la revolución de Mayo como hija fidelísima de las ideas francesas del siglo XVIII; en cambio, es el primero que supo ver la importancia de las ideas del liberalismo hispano.

Como ya hemos señalado, las partes que López dedica a la época colonial y a la historia de España, no significan ningún aporte historiográfico, salvo la primicia que constituye el reconocimiento de la conexión significativa con el período independiente. El talento de historiador-narrador de López aparece sí con todo su vigor, cuando describe los comienzos de la vida independiente y, especialmente, cuando se ocupa de la revolución de Ma

(79) Vicente F. López: Historia de la República Argentina, t. I, pág. XVIII.

yo. Hay una verdadera reconstrucción de las escenas del importante acontecimiento y una viva descripción de sus principales protagonistas; todo, en definitiva con su particular visión estetizante de la historia.

Al analizar las causas que llevaron a la formación del primer gobierno patrio argentino, por primera vez al fenómeno no es presentado como un enfrentamiento entre españoles y americanos. Si bien López reconoce cierta animosidad entre ellos, señala claramente que no había un odio particular a España. Nuevamente aflora aquí un sentido de la justicia y la ecuanimidad histórica, de la que, en general, carecieron los hombres de la generación de 1837. Por el contrario, López en lugar de explicar con motivaciones sentimentales al movimiento de independencia, lo hace depender de causas reales y concretas: a la ya señalada decadencia del sistema económico colonial, añade las invasiones inglesas a Buenos Aires, la represión a los movimientos del Alto Perú y los acontecimientos peninsulares que culminaron con el derrocamiento de la dinastía borbónica. Esta complejidad de acontecimientos -señala- "fueron concausas que se combinaron el día en que el régimen colonial era ya impotente y caduco para satisfacer los intereses y las aspiraciones del Río de la Plata, y la revolución se produjo con una emergencia natural de sus propios antecedentes sin solución de continuidad" (80).

Como el régimen español había favorecido la formación de un Poder Ejecutivo absoluto, también la Junta de Gobierno de 1810, que nació despótica y los gobiernos posteriores, también cayeron en una auténtica absorción de poder absoluto. Según López, en esto residen los vicios y defectos que persistían por años y que llevarían a un rotundo fracaso del régimen representativo.

(80) Vicente F. López: Historia de la República Argentina, t. I, pág. XXII.

A partir de las guerras de la independencia, ve López, en la evolución política argentina, un movimiento oscilatorio que lleva a épocas de concentración de poder, cuando existen peligros, para luego pasar a épocas de mayor relajación, cuando los peligros habían desaparecido. Después de los movimientos de independencia, al darse una disgregación de las provincias, se produce una guerra civil de fatales consecuencias; cuando todo parecía perdido, hasta la estabilidad de los gobiernos, se retempló el espíritu argentino en el Congreso de Tucumán, de 1816, y se declaró formalmente la independencia argentina. A pesar de ello, las guerras civiles resurgieron, se sucedieron ensayos constitucionales que sistemáticamente fracasaban y el país se sumergió en la anarquía. López, justamente, fue de los primeros historiadores que caracterizaron a la época de anarquía que se llamó del año XX.

López vio con gran lucidez que los dos partidos que en esos momentos luchaban enconadamente, cada uno a su manera, evolucionaba y dejaba al país un legado positivo; los unitarios, a través de sus constantes ensayos constitucionales, mediante los cuales intentaban consolidar políticamente a la nación; y los federales, aunque parezca paradójico, trazaban un camino hacia la unidad nacional, en forma inconsciente y de hecho; era, justamente la unidad que figuraba en el programa político de sus adversarios.

La dictadura de Rosas, a pesar de ser representativa del partido llamado federal, fue en los hechos, una manifestación del más crudo centralismo unitario. En contrapartida, esta actitud del partido federal provocará luego, en los triunfadores de Caseros, veleidades federales; "las veleidades federales -dice López- sin realidad con que estamos haciendo gobiernos de naturaleza tan vaga, tan personal y tan desnuda de verdad como esos que con membretes federales nos gobiernan bajo un régimen sin nombre ni verdad, no ya centralizado en los principios, sino en la vo-

luntad y en los intereses personales... Estamos todavía en lucha latente con él y muy bien pudiera ser que la falta de verdad federal nos aconseje volver a la verdad unitaria bajo el régimen libre de la REPUBLICA CONSERVADORA Y PARLAMENTARIA: la única que puede acondicionarnos en la vida libre y bajo las leyes de nuestra historia" (81).

Margarita Hualde de Pérez Guilhou, que tan lúcidamente ha descubierto las claves del pensamiento histórico-político de López, afirma al respecto de las críticas del autor: "Aquí está el meollo del alegato político de López. Con esta sentencia está enjuiciando a todos los gobiernos que, usando e invocando falsamente el principio federal de la Constitución, han ocupado la primera magistratura sin darle plena vigencia, desde Pavón a la época en que escribe su Historia de la República Argentina (1883-1893)" (82).

La Historia de la República Argentina, que es la obra más completa de López, y por lo tanto la que tiene una temática más amplia, concluye con el advenimiento de Rosas al poder. El tema da ocasión al autor para criticar a los partidos. A los federales objeta que, en nombre de su supuesto federalismo -y que según hemos visto fue más declarado que real- hubieran atacado a Buenos Aires; a los unitarios critica su sectarismo localista que les llevó, en su defensa de Buenos Aires, a enfrentarla con el resto del país. Todo ello da ocasión a López, valiéndose de la historia, para desplegar su pensamiento político y formular las que él ve como soluciones políticas. Considera que la forma unitaria "no contradecía un gobierno con miras nacionales, y de

(81) Vicente F. López: Historia de la República Argentina, t. VIII, pág. 547.

(82) Margarita Hualde: op. cit., pág. 144.

allí que aconseje como única salida, regresar al sistema unitario, bajo el régimen libre de la república conservadora y parlamentaria, porque considera que entre nosotros el gobierno representativo y electoral ha sido un enorme fracaso" (83).

En realidad, a través de toda la obra, el relato histórico le sirve de excusa a López para enjuiciar y criticar las situaciones políticas creadas en el país después de la caída de Rosas, y también para formular, constantemente, sus propias recetas.

El problema acuciante para López es el de la organización política argentina. Es en función de ello que hace historia; por eso, al hacer suyas las palabras de Lanfrey, está haciendo una confesión en la que no caben dudas acerca de cuáles son sus criterios para enfocar la historia argentina: "No me disculpo de haber buscado en mi narración enseñanza a nuestra situación política. La exposición de los hechos no ofrece a las investigaciones sino un interés muy limitado; pero las lecciones que se pueden sacar de ellos pueden renovarse hasta lo infinito. Ellas son las que dan a la historia su profundo atractivo, su benéfica influencia, su inagotable variedad, aún al tratar de lo ya sabido. En este sentido la historia tiene una respuesta siempre pronta para el que la interroga. No hay situación que no tenga en ella su precedente, su correctivo o su ejemplo para todos los demás tiempos; y las lecciones que se toman de sus enemigos no son las menos preciosas. Lo difícil no es sacarlas a la luz sino encontrar una nación que tenga bastante juicio y sensatez para oírlas, y bastante energía propia para aprovecharlas" (84).

(83) Margarita Hualde: op. cit., pág. 144.

(84) Vicente F. López: Historia de la República Argentina, t. I, pág. LIX.

V - LA POLEMICA CON BARTOLOME MITRE.

Obra de capital importancia para entender el pensamiento de López y su concepción de la historia argentina, es su Debate histórico. Ella es el producto de su polémica con Bartolomé Mitre y constituye la defensa de su propia actitud como historiador. Lo fundamental de la filosofía de la historia a la que el autor se adscribe y que ya había sido enunciada en sus obras de juventud -la Memoria sobre los resultados generales... y el Curso de Bellas Letras- así como su manera romántica de hacer historia, adquieren en el Debate histórico su reafirmación y, en gran medida, su definitiva explicitación. Es en este libro, además, donde Raúl Orgaz ve confirmadas las cuatro tesis que subsistieron, a través de los años, de las que había enunciado López en 1845 (85).

Fue entre 1881 y 1882 que López desarrolló su polémica con Mitre, "memorable justa intelectual, indudablemente la de mayor jerarquía y repercusión para la historia argentina" (86).

A pesar de que la polémica ha sido estudiada entre otros, por Ricardo Rojas y Rómulo Carbia, en sus obras clásicas ya reiteradamente mencionadas, aún no se ha intentado un estudio sistemático, profundo y total de la misma. Su análisis exhaustivo deberá ser emprendido en algún momento y, de esa forma, se develarán claves imprescindibles para comprender esta etapa que es la del nacimiento de la verdadera historiografía argentina. Ante la imposibilidad de emprender tal tarea, nos limitaremos ahora a seguir los enunciados más importantes que López manifiesta a través de ella y, oportunamente, los correspondientes a Bartolomé Mitre. En uno y otro caso, trataremos de aclarar las respectivas actitudes frente a la historia en general y la argentina

(85) Raúl Orgaz: op. cit., pág. 261.

(86) Margarita Hualde: op. cit., pág. 115.

en particular.

Bartolomé Mitre publicó, en 1857, la Biografía de Belgrano en la "Galería de Celebridades Argentinas". Después de una segunda edición, del año siguiente, completó y reelaboró el trabajo para editarlo nuevamente con el título de Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina, en 1876-1877. Por su parte López, a partir de 1872, publicaba en la "Revista del Río de la Plata" sus Estudios sobre la Revolución Argentina, que integrarían luego los cuatro tomos de su Revolución Argentina, publicada en 1881 y completada en otra edición, también de 1881, con la Introducción correspondiente.

En la Introducción, López refutó conceptos que Mitre había lanzado en la Historia de Belgrano. Anteriormente, en una carta que Mitre envió al historiador chileno Barros Arana, en 1875, en forma confidencial emitió severas críticas contra López; con la autorización de su autor, la carta luego se publicó. Este es, seguramente, el verdadero origen de la polémica entre las dos grandes figuras de la etapa fundacional de la historiografía argentina.

La polémica continuó cuando Mitre contestó a las críticas de López con Comprobaciones históricas, publicadas primero en la "Nueva Revista de Buenos Aires" y en el diario de "La Nación", del cual Mitre era fundador y director. En el mismo 1881, las Comprobaciones fueron publicadas en forma de libro. López, a través de "El Nacional" comenzó a rectificar a Mitre con notas que reunió luego en dos volúmenes con el título de: Debate histórico. Refutación a las Comprobaciones históricas sobre la Historia de Belgrano. Mitre, a su vez, contestó a estas rectificaciones con las Nuevas Comprobaciones, de 1882, que agregadas a las anteriores, fueron publicadas, también en 1882, con el título definitivo de Comprobaciones históricas.

En el Debate histórico, reafirma López su creencia en el desarrollo progresivo de la historia, en la que, además, la libertad

cumple un importante papel. Estos principios generales los relaciona ahora a la historia argentina, ya que ésta, nunca puede ser considerada como un fenómeno aislado; por el contrario, se vincula con la historia de la nación española y, a través de ella, con la de toda la historia europea.

La evolución argentina se ha producido, además, de acuerdo a leyes propias provenientes de una dinámica actitud frente a las características particulares del medio ambiente y a sus necesidades. Pero, insiste López, los pueblos son libres de marchar hacia un progreso moral por medio de la voluntad y la educación o, por el contrario, hacia su propia ruina. El movimiento de la historia es libre e imprevisto y los hechos se encadenan causalmente para marchar al progreso o hacia la decadencia. Esta es la argumentación que López esgrimió contra Mitre, en quien creyó ver una aceptación de un cierto fatalismo o predestinación histórica de la humanidad. Como en las obras de juventud, tampoco ahora resuelve López la oposición que naturalmente se plantea entre libertad y necesidad.

López hace una clara distinción entre lo que él llama "historia social", considerada como disciplina, y las ciencias matemáticas. En éstas últimas -dice- no hay luchas ni conflictos entre los factores verdaderos, y el error, puede aparecer a la menor irregularidad, ya que el número y la línea "no están sujetos a la apreciación moral y progresiva de su propio valor o de su condición práctica. En historia, en cambio, nadie puede apreciar matemáticamente el valor y la operación de los factores que vienen del pasado y que preparan el porvenir. Su valor consiste en la lucha y en el debate. Las causas son fenómenos morales que no tienen nada de seguro y estable, como el número y la línea; y por lo mismo que la historia es lucha, o seno insondable de pasiones y de intereses, movimiento incesante y siempre problemático, constituye un orden de cosas propio, que es totalmente ajeno al carácter y a los procedimientos de una ecuación matemática,

y en el que los actores mismos obran impulsados por principios de convención, de debate, de interés, sin poder resolver ni de finir el problema final, como se resuelven todos los problemas de la geometría o de la aritmética" (87).

Los números y las líneas, pues, no provocan discrepancias; en la historia, en cambio, las diferencias se producen ante la imposibilidad de recurrir a la experimentación por tratar de hechos sociales.

Margarita Hualde señala en qué consiste para López la historia argentina, de acuerdo a los criterios antes enunciados: "En resumen -dice- la historia argentina se explica -para López- como producto de una evolución espontánea, que obedece a leyes inmanentes de su desarrollo. Esta evolución, producto de un movimiento moral, libre e imprevisto, genera una cadena causal que puede conducir al progreso o a la decadencia de los pueblos. Como los hombres tienen libertad para marchar en el sentido del bien o del mal, López confía en el valor de las tradiciones (y de ahí la defensa cerrada de la historia) y de la educación (preocupación fundamental no sólo en él sino en toda su generación) para que el país pueda desembocar en una senda de prosperidad y de progreso moral." (88).

En el Debate histórico, que es en gran medida una confesión de López de lo que entiende por historia como disciplina y por el mejor modo de realizarla, se preocupa por delimitar cuál es el campo de la historia y cuáles son los elementos que la diferencian de otros géneros menores. Para él, existen tres géneros históricos: crónica, memoria e historia propiamente dicha. La

(87): Vicente F. López: Debate histórico. Refutación a las comprobaciones históricas sobre la historia de Belgrano, t. II, Buenos Aires, 1921, págs. 67-68.

(88) Margarita Hualde: op. cit., pág. 137.

crónica, que es impersonal y contemporánea, consiste en el registro de los acontecimientos, según el orden en el que aparecen ante la vista de quien los consigna. En ella, no hay relatos de terceros y no requiere el uso de archivos y documentos. Las memorias son reminiscencias que están siempre relacionadas con la vida del escritor que las narra. Este, se ocupa, generalmente, de remarcar su propia relación con los hechos y personajes de que se ocupa. Se trata de un género personal y retrospectivo. La historia es otra cosa para López; es "la composición especial en que entra el juicio filosófico y político de los sucesos, lógicamente vaciados en un molde moral, en donde se expliquen sus causas, sus complicaciones y el movimiento de las ideas que los provocaron" (89).

López no desconoce el valor de los documentos en la investigación histórica; está al tanto de los principios metodológicos y las fundamentaciones que la ciencia histórica tomó del positivismo de moda; pero, para él, la historia es anterior y distinta de los documentos. "Son los historiadores los que crean la necesidad de los archivos y de las colecciones, y no los coleccionistas los que dan nacimiento a los historiadores" (90). Es por ello que da tanto valor al testimonio oral, que él tanto usó, como al documento escrito; pues, en definitiva, lo que importa es otra cosa: "Para entender y para escribir la historia se necesita mucho más meditar que compulsar papeles" (91).

Otras citas nos ilustran aún más sobre el criterio de López historiador: "No hay que confundir la entidad histórica o artística de los hechos con la forma accidental y varia de los documentos" (92). Sus palabras llegan aún a juicios más audaces

(89) Vicente F. López: Debate histórico, t. I, págs. 261-262.

(90) Ibidem, pág. 254.

(91) Ibidem, t. III, pág. 93.

(92) Ibidem, t. II, pág. 242.

y que pueden provocar gran escándalo -de hecho lo han provocado- en los autores apegados al rigor crítico de la escuela de Ranke por ejemplo. Así, dice López: "Tucídides, Salustio, César, Tácito y Macaulay, sin documentación alguna, son, sin embargo, los más grandes modelos de los historiadores a los ojos de la crítica universal". "Ellos, como los grandes artistas, no tienen necesidad de decirnos dónde está la cantera de donde se extrajo el mármol con que burilaron a Júpiter Olímpico, a David, o a Moisés; de dónde tomaron los hechos con que levantaron esos impecaderos monumentos de la literatura y de la lengua que se están documentados en sí mismos como lo están las obras de la naturaleza" (93).

Con esta actitud, despreciando el registro minucioso de hechos y "detalles", López lleva hasta sus últimas consecuencias la manera, el estilo romántico de narrar la historia a lo Thierry. La preocupación fundamental, más que la objetiva y serena relación de lo acontecido, es "la resurrección vívida del pasado por medio del colorido local para alcanzar el arte de agrupar los hechos, de envolverlos por medio del estilo, de reproducir el movimiento que tuvieron, de reanimar por medio de la fantasía el espectáculo mismo del tiempo" (94).

El Debate histórico es también una justificación del factor político como dominante en la historia y de la firme convicción de López de la indestructible unión que existe entre la historia y la política. Así, dice con respecto a la historia argentina: "La historia argentina es única y exclusivamente historia política, y nada más que política, a tales términos que se puede decir que no tenemos todavía ni historia literaria siquiera; porque la producción de la actividad mental entre nosotros, desde

(93) Vicente F. López: Debate histórico, t. II, págs. 243-244.

(94) Margarita Hualde: op.cit., pág. 140.

la colonización hasta el presente, no ha tenido ni podido tener otro terreno de acción que el desarrollo de la sociedad administrativa" (95).

Para López, es fundamental la participación del historiador en los hechos que narra. No podía ser de otra manera en quien, preocupado fundamentalmente por los hechos políticos, trata de re-vivirlos y hacerlos vivir a sus lectores. Ello, unido a ese cierto desdén por los documentos, hace que en sus obras, la objetividad histórica se encuentre seriamente comprometida. Sin duda, ahí está la clave de sus desavenencias intelectuales, o mejor dicho historiográficas, con Bartolomé Mitre, de cuya posición al respecto, nos ocuparemos en el capítulo siguiente.

(95) Vicente F. López: Debate histórico, t. II, pág. 226.

427

- CAPITULO VIII -

428

LA OBRA HISTORIOGRAFICA

DE BARTOLOME MITRE

I - SIGNIFICACION DE MITRE EN LA CULTURA, LA POLITICA Y LA HISTORIOGRAFIA ARGENTINAS.

Bartolomé Mitre es, junto con Vicente Fidel López, uno de los fundadores de la gran historiografía argentina. Además, su figura trasciende lo meramente historiográfico para convertirse en una de las personalidades de mayor significación en la vida cultural y política de la Argentina del siglo XIX.

Nació Mitre en Buenos Aires, el 26 de junio de 1821, por lo que es, en general, menor que el resto de los integrantes de la generación romántica de 1837. Si bien es considerado como uno de los discípulos de Esteban Echeverría, creemos que es acertada la opinión de Ricardo Rojas, cuando dice: "Tengo motivos para creer que Mitre no perteneció al grupo inicial de la Asociación de Mayo, y que su amistad con Echeverría y la influencia de éste sobre aquél, debe ser de una época posterior, cuando ambos emigrados se encontraron en Montevideo" (1). Sin duda, esto es explicable por razones de edad y porque Mitre, al no cursar estudios regulares en Buenos Aires, careció de contactos con la juventud universitaria que se nucleó en torno al "Salón Literario" de Marcos Sastre. Sí perteneció, en cambio, a la "Asociación de la Joven Generación Argentina" cuando, con el nombre de "Asociación de Mayo", había sido revivida por su fundador en Montevideo.

Mitre había participado en el sitio de Montevideo y allí, al tornó sus funciones castrenses con incansables lecturas de asuntos militares y con otras que ya revelaban su inclinación por los temas históricos. Frecuentó las páginas de Villemain, Miche

(1) Ricardo Rojas: Los proscriptos. En: La literatura argentina. En: Obras, t. XIII, Buenos Aires, 1925, pág. 963.

let, Robertson, Voltaire y, en general, absorbió el mundo intelectual europeo, francés sobre todo, al que eran tan afectos tanto los socios de la "Asociación de Mayo" como el grupo de unitarios exiliados en Uruguay.

Es en 1838 que se despierta la afición literaria de Mitre. La canaliza a través de artículos periodísticos que comenzó a publicar en "El Iniciador" de Montevideo, periódico en el que entró en contacto con Andrés Bamas, Juan María Gutiérrez, Miguel Cané, Félix Frías y Juan Bautista Alberdi. Al ser todos ellos mayores, y con mayor experiencia intelectual, fueron sin duda quienes pusieron a Mitre en contacto con el repertorio de autores europeos vinculados con el romanticismo. De esta época es también su conexión con Florencio Varela y, posteriormente, su contacto con Esteban Echeverría que ya había llegado a Montevideo en 1840. "Sólo a partir de entonces podemos considerarlo un "iniciado" en la nueva escuela" (2).

Los primeros trabajos de Mitre, se hallan vinculados a su actitud de antirrosista militante. Militante no sólo en lo literario, sino, como hemos visto, en lo militar. El 1843 publicó un estudio que estaba dedicado A la memoria del teniente coronel don Joaquín de Vedia, al que siguen La montonera y la guerra regular, tratado de tipo militar pero con la clara motivación política de desprestigiar el sistema guerrero empleado por los caudillos argentinos, y una Biografía de D. José Rivera Indarte que publicó a la muerte del fogoso enemigo de la dictadura y que demuestra ya su clara predilección por el género biográfico.

Su intensa amistad con Andrés Bamas, estimuló en Mitre su interés por los estudios históricos. Según propias confesiones, se preparó durante su estadía en tierras uruguayas, para adentrarse en la historia rioplatense. Recorrió archivos y bibliotecas a la

(2) Ricardo Rojas: op. cit., pág. 965.

búsqueda de fuentes bibliográficas y manuscritos históricos. Esta temprana vocación histórica, culminó con la estrecha colaboración que mantuvo con Lamas al fundar éste el "Instituto histórico y geográfico" del Uruguay.

Cuando Mitre abandonó Montevideo, pasó a Bolivia, donde se le reconoció el grado de teniente coronel que había alcanzado en la defensa de Montevideo. Allí, se hizo cargo de la dirección del Colegio Militar. Pasó luego a Chile, donde entró en contacto con el grupo de exiliados argentinos que allí residían y entre los que sobresalía Sarmiento, además de Juan María Gutiérrez y Vicente Fidel López. En Chile pudo desarrollar una vasta labor periodística ya que fue redactor de "El Cometa" de Valparaíso y de "El Progreso", "La Crónica" y "El Mercurio".

Como casi todos los proscriptos, abandonó el exilio para unirse al "Ejército Grande" que formaba Urquiza para derrocar a Rosas. Con él, participó en la batalla de Caseros. Cuando posteriormente se produjo la escisión entre Buenos Aires y la Confederación Argentina, enemigo ya de Urquiza, Mitre tomó partido por Buenos Aires, de la que fue Ministro de Gobierno y de Relaciones Exteriores e interino de Guerra.

La trayectoria militar de Mitre, aunque discutida, fue tan importante como la política. Como comandante de los ejércitos de Buenos Aires, participó en la batalla de Cepeda. En 1860, fue elegido Gobernador de Buenos Aires. En 1861, venció a Urquiza en la batalla de Pavón, con la cual, se reunificó el país al reintegrarse Buenos Aires con el resto de las provincias argentinas.

Mitre fue el primer Presidente argentino después de la reunificación. Durante su gestión, se declaró la desgraciada guerra de la Triple Alianza -Argentina, Brasil, Uruguay- contra el Paraguay de Francisco Solano López. En esta guerra Mitre comandó los ejércitos aliados. Cuando concluyó su Presidencia, en 1868, fue elegido senador nacional.

El 4 de enero de 1870, fundó el diario "La Nación", posiblemente

te uno de los órganos de prensa de mayor prestigio entre los escritos en lengua castellana.

Los señalados, son sólo los hitos más importantes de la intensa vida pública de Bartolomé Mitre. Mucho más que de ésta, nos interesa ocuparnos aquí de su personalidad intelectual y, sobre todo, de su obra como historiador, en la que destacan fundamentalmente, las ya clásicas Historia de Belgrano y de la independencia argentina y la Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana.

En cuanto a la posición ideológica y filosófica de Mitre, es evidente que se pueden encontrar en él las influencias de lecturas y autores de moda, a los que conocía, leía y citaba: Cousin, Thiers, Mignet -del cual le interesaron las biografías contenidas en Biografía Universal- , Voltaire, -Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones- y Michelet con su Síntesis de historia moderna.

Al convivir Mitre, pese a ser menor, con los hombres de la generación de 1837, tomó contacto con las ideas del historicismo romántico unidas, como señala Pró, a las del eclecticismo espiritualista de la época (3). Conoció a los grandes historiadores de estas corrientes: Carlyle, Niebuhr, Thiers, Humboldt, además de los indicados anteriormente. En sus años de madurez, leyó las obras de Taine, Fustel de Coulanges y Renouvier, "el crítico más severo del historicismo de Herder" (4).

Alejandro Korn (5), señala que si bien Mitre estuvo familiar

(3) Diego F. Pró: Junto a unas palabras de Mitre. En "Cuyo". Revista de historia del pensamiento argentino, t.VII, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1971, págs. 225-230.

(4) Ibidem, pág. 226.

(5) Alejandro Korn: Influencias filosóficas en la evolución nacional. En: Obras, t. 3, La Plata, 1940.

zado con las corrientes filosóficas de su tiempo, él, estrictamente, no se ocupó del tema filosófico. Más bien lo absorbió como una cuestión de "ideología personal", y cuando en sus obras habla de filosofía, se refiere, sobre todo, a filosofía política. No se pierde en especulaciones teóricas pues lo que a él le interesa es, en última instancia, divulgar los principios democráticos; para ello, realizará una intensa obra intelectual, pero siempre con una finalidad política. Hay, pues, detrás de un estilo romántico, un pensamiento casi positivo, que pone el acento en cuestiones prácticas. En esto coincide Pró cuando afirma: "Es verdad que sus criterios historiográficos, los que emplea cuando escribe su Historia de Belgrano y de la independencia argentina y su Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana son del historicismo romántico: drama, personajes, caracteres, ideas, movimiento, colorido de los cuadros, sentido filosófico de la historia. Pero su quehacer historiográfico concreto, más que a una historia filosófica o a una historia como arte, se inclina hacia el concepto científico y erudito de la investigación historiográfica" (6).

Para Korn, la expresión más ajustada para definir la posición ideológica de Mitre, sería la de "liberalismo ilustrado". El historiador se aferra a esa fe doctrinaria que, como en Echeverría o en Alberdi, conecta con los que considera como los más puros principios e ideales de la revolución de Mayo: liberalismo y democracia.

Romanticismo y liberalismo están estrechamente ligados en Mitre; es por ello que Pró habla de un "historicismo liberal". Define este autor, además, con gran claridad, la posición política de Mitre: "Si quisiéramos concentrar, siquiera por modo alusivo, su filosofía política, podríamos dibujarla con estas palabras

(6) Diego F. Pró: op. cit., pág. 226.

cargadas de honda significación para quienes conocen la historia cultural de la Argentina: Mayo, democracia, ley particular y localista de la realización de la historia universal, sociedad orgánica, cristianismo, federalismo moderado, liberalismo. Son las ideas que descubre o encuentra en el proceso histórico del país, a partir de la Revolución de Mayo. Se trata en el fondo de un liberalismo amplio y tolerante, sin utopías ni abusos de la libertad" (7).

En cuanto a la verdadera significación de Mitre en la historia de la evolución de la cultura argentina, quizá sea necesario señalando a Pró- señalar la nota que lo diferencia de las grandes figuras de la generación romántica. Si Echeverría es el hombre que abre nuevos rumbos en las ideas y en las letras; si Alberdi es el legislador, el intelectual, el "casi filósofo"; si Juan María Gutiérrez es el crítico por antonomasia; si Sarmiento es el hombre que vuelca en sus escritos toda su capacidad voluntarista de hombre de acción, "Mitre es el hombre que mayor rigor y conciencia tuvo de la cultura como tal" (8).

Su claridad conceptual en lo que respecta a la cultura, unida a su formidable capacidad de trabajo, convierten a Mitre en una de las figuras de personalidad más rica y completa del siglo XIX y parte del presente en Argentina. Ricardo Rojas, con esa rara facultad que tenía para caracterizar y ponderar a los intelectuales argentinos, señala así el valor de la enorme obra de Mitre: "Realizó Mitre, solo, una labor histórica que en otros países se logra por la colaboración de las academias en varias generaciones; y aún cuando su prestigio personal, su experiencia política, su larga vida y su salud laboriosa lo hayan favorecido y contribuyan a explicar la magnitud de su esfuerzo, siempre quedará en él una cosa misteriosa que no se logra sino por el genio, es

(7) Diego F. Pró: op. cit., pág. 229.

(8) Ibidem, pág. 225:

pecie de demonio familiar que el historiador de raza lo acompaña para el hallazgo peregrino o le inspira en la evocación afortunada" (9)..

Además de los escritos iniciales de Mitre, que ya se han señalado, podemos indicar los componentes del ciclo de sus grandes obras: Historia de Belgrano y de la independencia argentina, en tres volúmenes; los cuatro volúmenes de la Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana; las Comprobaciones históricas; dos volúmenes escritos a raíz de su polémica con Vicente Fidel López; Páginas de historia; Belgrano y Güemes. A ellas, se pueden agregar infinidad de obras menores, de artículos periodísticos y escritos no estrictamente históricos; Catálogo razonado de las lenguas americanas, en dos volúmenes; Rimas; Correspondencia; y sus traducciones de Dante, Horacio y Víctor Hugo. Su tarea de compilación y sistematización de documentos, también es importante. Preparó los doce volúmenes del Archivo de San Martín, además del Archivo de Belgrano, el de Pueyrredón, el de Rivadavia, y su propio Archivo Americano, que junto a su importantísima biblioteca y al diario "La Nación", por él fundado, son testimonios de su permanente preocupación por la historia y por la cultura general de la República Argentina.

También le interesaron permanentemente, al General Mitre, las investigaciones en los Archivos españoles. No pudo realizarlas personalmente -sus numerosas actividades se lo impedieron- pero sí lo hizo a través de intermediarios. Así, con respecto a los depósitos del Archivo de Indias de Sevilla, obtuvo copias de documentos cuyos primeros envíos le fueron hechos por Juan Thompson en 1859. Luego le remitieron materiales el dramaturgo argentino radicado en España Ventura de la

(9) Ricardo Rojas: op. cit., págs. 979-980.

Vega y luego, el cónsul argentino en Sevilla, José Gabriel Tovía. Este, durante años, logró copias de documentos que luego enviaba a Balcarce quien a su vez las remitía a Mitre.

Seguramente su interés por la documentación española del período colonial, estaba relacionado con su proyecto de escribir la historia de los primeros tiempos del Río de la Plata que aún, no había sido emprendida con rigor y seriedad. De este proyecto, que no pudo cumplir por falta de tiempo, deja constancia ya en 1864 en carta dirigida al historiador chileno Barros Arana y cuyo original se encuentra en el Museo Mitre: "Pronto espero poder transmitir la noticia de que me ocupo de escribir la Historia del descubrimiento, conquista y población del Río de la Plata. Obra que hace notable falta y para la que estoy reuniendo los antecedentes que me han de servir para escribirla. El Archivo de Sevilla me ha proporcionado preciosos documentos y continúo recibiendo todavía, enviados por un inteligente encargado que allí tengo para transmitirlos. Si en sus pesquisas de los Archivos de España y en el mismo de Sevilla, conserva algunos apuntes o memoria de los documentos que le hubiesen venido a la mano..." A continuación, Mitre concreta a Barros Arana, su pedido de colaboración (10).

En 1875, en carta al mismo historiador, insiste en su proyecto, para cumplir el cual prevé, además, su viaje a España: "He dicho a usted antes que en el Archivo de Indias he encontrado materiales para otra obra a fin de hacer y rehacer la historia antigua de esta parte de América. Será lo último que emprenda, dándome tiempo antes para recoger más material y esperando que tal vez

(10) Citado por Raúl Alejandro Molina: Mitre investigador. Origen de los documentos de su "Archivo colonial". En: Homage de la Academia Nacional de la Historia en el cincuentenario de su muerte. (1906-1956), Buenos Aires, 1957, págs. 353-375.

pueda realizar un viaje hasta Sevilla y Simancas para completarlos. Su título será Historia del descubrimiento, conquista y población del Río de la Plata."

Adelanta, en la carta, cuáles serían las partes de la obra: "Precedida por una introducción sobre el suelo y sus primitivos habitantes, la obra se dividirá naturalmente en cuatro partes: I- Generalidades; II- Descubrimiento; III- Conquista; IV- Población" (11).

El mismo plan se encuentra en forma más completa en un original existente en el Archivo Mitre. En él, se comprueba que pensaba dividir la obra en diecinueve capítulos. Comienza por un resumen de la geografía y la etnografía del país, se ocupa luego de del descubrimiento de América y del Río de la Plata, hasta el viaje de Pedro de Mendoza. Siguen la ocupación y colonización del territorio, complementado todo ello con los documentos inéditos que serían seleccionados por el mismo Mitre.

Si bien Bartolomé Mitre, dadas las influencias juveniles, se mostró en un comienzo como decidido antiepañol, o al menos como un severo juez de la obra de España en América, su contacto con la documentación colonial, le hizo cambiar de opinión. Seguramente, como señala Alejandro Molina (12), de haber emprendido la obra a que nos hemos referido, su enfoque habría sido sereno y objetivo.

A pesar de que los caracteres de la producción historiográfica se verán con mayor claridad y profundidad, cuando analicemos sus tres obras principales, podemos adelantar ahora, como uno de sus principales aciertos, su capacidad para establecer las vinculaciones existentes entre los acontecimientos. Mitre es, en ese sentido, el iniciador de la moderna historiografía en la Ar

(11) Raúl A. Molina: op. cit., pág. 357

(12) Ibidem.

gentina. De acuerdo a normas metodológicas rigurosas -al estilo de las de la escuela crítica alemana- trató a los hechos estableciendo entre ellos una conexión efectiva de causas y efectos. Esto, que habitualmente se traduce en forma de crónicas, en Mitre se da en forma de biografías; trató de encuadrar a los acontecimientos de la historia americana en torno a "hombres simbólicos" que eran para él los que imprimían la dirección de los hechos. Esta sobrevaloración del papel de las grandes individualidades en el desarrollo de la historia, es el aspecto de la obra de Mitre que mayores críticas ha suscitado. En ese sentido, Rómulo Carbia dice: "Para Mitre, ...los grandes acontecimientos engendran a los hombres que culminan, pero son ellos los que les imprimen dirección y les dan fisonomía". "...Mitre, un poco embanderado en el culto del héroe como lo denuncia hasta el título de sus libros, no tuvo por ello idea clara del proceso histórico" (13).

Al ocuparse de la historia, Mitre no persigue solamente un interés erudito. Detrás de ello, está siempre su inquietud, su profunda preocupación por la búsqueda y hallazgo de fórmulas que llevaran a la Argentina a lograr una personalidad definida, tanto en lo político como en lo cultural. Se sentía para ello incitado por la inestabilidad en que se debatía el país, en la búsqueda de una entidad propia que suplantara a la virreinal. "Obsesivamente, Mitre aspiraba a conocer y sistematizar el pasado para establecer los esquemas incommovibles de la vida argentina. Su fin era definir los elementos permanentes en el flujo del cambio; y en el proceso de formación de una entidad política que se desgañaba revolucionariamente del orden virreinal,

(13) Rómulo D. Carbia: Historia crítica de la historiografía argentina. Desde sus orígenes en el siglo XVI. Buenos Aires, 1940, pág. 153.

procuraba atisbar las prefiguraciones de la idea de nación, que esperaba ver cuajar en la historia y que por cierto, él ayudó a realizar" (14).

En Bartolomé Mitre se dan, además de un dominio de la técnica y la metodología históricas, un profundo conocimiento de lo histórico y una vasta cultura literaria y científica. Su obra da clara idea del nivel de los conocimientos históricos de su tiempo y es el más eficaz aporte de erudición y crítica que la historiografía argentina del siglo XIX legó a la obra de estudiosos posteriores.

Con razón, Enrique Barba, considera que los escritos de Mitre constituyen el punto de arranque de los modernos estudios históricos rioplatenses y que sus valores siguen teniendo vigencia. El secreto de esa perennidad consiste "en haber hecho inteligible el proceso de nuestra historia. Las raíces españolas, los antecedentes coloniales, el juego de los intereses regionales y de las pasiones de los hombres, las razones económicas, las culturales, las ideológicas, el dibujo prolijo del detalle sin perder de vista el conjunto, la animación de las escenas con sus colores y matices, la narración austera de los hechos mostrando la línea conductora que les da vida y dirección, el desdén por lo transitorio en favor de lo permanente, y, en fin, la clara conciencia de que la historia es el vehículo que aproxima a las generaciones presentes con las pasadas en busca del destino de la patria" (15).

(14) José Luis Romero: Sarmiento entre el pasado y el futuro.

En: Sarmiento educador, sociólogo, escritor, político, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1963, págs. 66-67.

(15) Enrique M. Barba: Centenario de la biografía de Belgrano de Mitre. En: Homenaje de la Academia..., pág. 398.

Mitre, como López, también cultivó la novela histórica a la manera de Walter Scott o de Fenimore Cooper. En el prefacio de su novela Soledad, afirma su deseo de que "la novela histórica echase profundas raíces en el suelo virgen de la América. Pensaba que el género era de gran eficacia y, al señalar los beneficios que a través de él podían lograrse, nos da Mitre la clave de lo que para él eran los beneficios del conocimiento de la historia: "El pueblo ignora su historia -dice Mitre- sus costumbres apenas formadas no han sido filosóficamente estudiadas, y las ideas y sentimientos modificadas por el modo de ser político y social no han sido presentadas bajo formas vivas y animadas copiadas de la sociedad en que vivimos" (16). Esto es lo que Mitre creía que se subsanaría con la forma popular y divulgadora de la novela; esto es, en definitiva, lo que para él, era la misión de la verdadera historia.

(16) Bartolomé Mitre: Soledad, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1928, pág. 95.

II - LA BIOGRAFIA DE BELGRANO.

Con la publicación de la Historia de Belgrano, comienza Mitre su gran labor de historiador. Es esta obra, junto a la posterior Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana, la más importante creación historiográfica del autor.

La biografía del general Manuel Belgrano, fue el resultado de una larga investigación que Mitre comenzó en forma un tanto casual, ya que lo hizo a pedido del historiador uruguayo Andrés Lamas, quien le había solicitado copias de documentos sobre Belgrano, que pensaba incluir en un libro que sobre el creador de la bandera argentina preparaba. Mitre, al principio, no pensaba hacer él la obra ya que "esperaba que don Andrés Lamas realizara este trabajo, pues sabía que se ocupaba en escribir una vida de Belgrano..." (17).

En el Prefacio de la segunda edición de la obra, recuerda Mitre que, por carta de Domingo Faustino Sarmiento, de 1852, supo que Lamas tenía casi terminada su obra sobre Belgrano y que la misma había sido realizada con gran seriedad y profundidad. Pero, en carta de 1854, Lamas pidió a Mitre colaboración para completar la documentación. "Para llenar los deseos del Sr. Lamas -dice Mitre- me contraje a buscar los documentos que sobre Belgrano pudiesen existir en nuestros archivos" (18).

Los avatares de la política argentina, y la protagónica participación que Mitre tuvo en ellos, hicieron que interrumpiera su investigación y recién -como recuerda el autor- "A fines de 1857, gozando de alguna más tranquilidad, me contraje a conti-

(17) Bartolomé Mitre: Prefacio a la segunda edición de: Historia de Belgrano y de la independencia argentina, Edic. Es-
trada, Buenos Aires, 1947, pág. 10.

(18) Ibidem, pág. 11.

nuar el trabajo interrumpido, y tomó copias y extractos de los documentos sobre Belgrano, existentes en el Archivo General, desde 1794 hasta 1812, siempre con el objeto de comunicar todo al señor Lamas, pues hasta ese entonces no pensaba escribir esta vida" (19).

En el mismo año, se conoció la inminente aparición de una Galería de Celebridades Argentinas en la que, según se anunciaba, se incluiría una biografía de Manuel Belgrano que, según el editor, se había encomendado a Mitre. Aparentemente éste no quería rivalizar con Lamas; finalmente, cedió a los requerimientos de Juan María Gutiérrez y decidió abocarse al trabajo pero sin la intención -todavía- de que el mismo constituyera un libro completo.

En poco tiempo, el escrito estuvo concluído y fue incluido en la edición que, en 1857, apareció como Galería de celebridades argentinas. Biografía de los personajes más notables, y en la que, junto a la biografía escrita por Mitre, aparecieron otras dedicadas a diferentes "celebridades argentinas" escritas por Sarmiento, Gutiérrez, Félix Frías y Luis L. Domínguez. La edición constituyó un gran éxito y, sobre todo, el trabajo de Mitre mereció especial consideración de público y crítica.

La de Mitre, era prácticamente la única biografía del volumen que trascendía lo meramente literario, ya que era el resultado de un concienzudo trabajo de investigación y elaboración históricas. Ello pese al carácter sintético del escrito. Mitre, al hablar de ello en el Prólogo, anunció una obra más desarrollada y completa sobre Belgrano: "Pasará algún tiempo antes que esa obra se escriba... Nosotros, que hemos compulsado y extraído más de tres mil documentos manuscritos relativos a Belgrano, no creemos hallarnos aún en aptitud de escribir la vida comple-

(19) Bartolomé Mitre: Prefacio a la 2ª edición, pág. 12.

ta de este ilustre argentino. Las noticias biográficas que van a leerse, no son sino unas cuantas páginas arrancadas de nuestros apuntes, colocadas en esta Galería para ilustrar el retrato del vencedor de Tucumán y Salta. En ellas no se narra un solo hecho que no pueda ser documentado, no obstante se mencionan sucesos ignorados que pueden sorprender por su novedad y se presentan bajo nueva luz y nuevos puntos de vista aún sus acciones más conocidas" (20).

El relato de la historia de Belgrano, y paralelamente el de los acontecimientos de la historia argentina, quedaban interrumpidos en 1812; ello, según explicó luego Mitre, se debió a "falta de espacio, supliéndose esta deficiencia por medio de un breve epílogo sobre la carrera posterior y muerte de Belgrano" (21).

La primera edición constituyó el primer paso para la futura gran obra, cuya génesis puede conocerse a través de las explicaciones del propio autor. Todo lo incluido en esta edición, formó el que sería tomo primero de los dos que componían la segunda, que apareció en 1858 y 1859 y en la que el relato llegaba hasta el año 1816, en que se declara la independencia argentina. La segunda edición, de mil doscientos ejemplares, se agotó de tal forma, que según recuerda el autor, al año siguiente era ya muy difícil conseguir un ejemplar. "Desde entonces, una nueva edición que satisficiera la demanda creciente del libro, era reclamada por todos. Causas que son de pública notoriedad, alejaron al autor de los estudios históricos y le impidieron durante quince años contraerse al trabajo que demandaba el complemento y revi-

(20) Bartolomé Mitre: Preámbulo a la 12 edición, Buenos Aires, 1947, pág. 8.

(21) Bartolomé Mitre: Prólogo a la tercera edición de Historia de Belgrano y de la independencia argentina, t.1, Buenos Aires, 1876-1877, pág. 5.

sión de su obra" (22).

La principal novedad de la tercera edición que, para satisfacer la falta que al agotarse la segunda se había creado, editó Mitre entre 1876 y 1877, fue la inclusión, como capítulo primero, de una sintética historia colonial argentina. También los motivos fueron explicados por el autor: "...hemos adicionado ese capítulo, con abundantes noticias sobre los antecedentes históricos sobre la sociabilidad argentina, la colonización primitiva del Río de la Plata desde la época del descubrimiento, el desarrollo de su riqueza y su comercio, la geografía del Virreinato del Río de la Plata, su constitución política, su régimen municipal y su estado social al terminar el siglo XVIII, a fin de hacer conocer el teatro y el medio en que se dilata la revolución de la Independencia argentina, cuya panjenesis y desarrollo forma el asunto del libro" (23).

El trabajo preparado para la tercera edición excedió lo previsto en el Prólogo de la misma. Por ello, Mitre se vio obligado a agregar un tercer tomo a la obra, el tercero, en cuyo Prólogo explicó los nuevos límites cronológicos y justificó tal extensión: "Pensamos que el argumento del libro, que es el desarrollo de la idea de independencia argentina, quedaría incompleto si no se daba mayor amplitud a la crónica de la revolución interna, llevando la narración histórica hasta la época en que aquélla se afianzó definitivamente". "Es por esto que en vez de detenernos en el año XX, terminando la obra con la muerte de Belgrano, como lo habíamos anunciado, hemos adelantado la narración histórica hasta el año de 1821, en que la nación argentina quedó de hecho y de derecho en posesión de sus destinos" (24).

(22) Bartolomé Mitre: Prólogo a la tercera edición, pág.6.

(23) Bartolomé Mitre: Historia de Belgrano..., t.1, 1876-1877, pág. 5.

(24) Ibidem, t. 3, pág. 5.

En la tercera edición, la obra apareció con el que sería su título definitivo: Historia de Belgrano y de la independencia argentina. Ya desde este título no caben dudas de que, además de la biografía del héroe, el libro constituye un estudio del proceso histórico argentino anterior y posterior a la revolución de Mayo. En él, quedará de manifiesto la vasta erudición del autor a la vez que su rigurosa labor de compulsión de numerosas fuentes, trabajo no realizado anteriormente para ninguna obra historiográfica argentina.

Con la tercera edición de la Historia de Belgrano, queda completo el esquema dentro del cual encuadra Mitre el estudio de la historia argentina. Los dos primeros capítulos del tomo primero, están dedicados a aspectos de la historia colonial. El ya mencionado La sociabilidad argentina, que le sirve de introducción, se ocupa de la evolución política y social rioplatense desde la conquista hasta finales del siglo XVIII, momento de la creación del Virreinato del Río de la Plata. Analiza Mitre el sistema colonial, las leyes, los aspectos de la política económica e, incluso, aspectos de tipo sociológico, como los referidos a la familia y a la educación en el Río de la Plata, a finales del siglo XVIII. Es Mitre de los primeros en señalar la incidencia de los factores geográficos y de estudiar los hechos económicos, en momentos en que -como señala Levene (25)- no se había escrito, ni estudiado la historia económica del Virreinato. Ya en esta primera parte de la obra -como lo ha hecho notar acertadamente Caillet-Bois (26)- demuestra Mitre su espíritu crítico,

(25) Ricardo Levene: Historia de las ideas sociales argentinas, Buenos Aires, 1947, pág. 141.

(26) Ricardo R. Caillet-Bois: La Historiografía. En: Historia de la literatura argentina, t. VI, Buenos Aires, 1960, pág. 64.

indicando, por ejemplo, la forma diferente con que se aplicó el sistema de encomiendas en el Río de la Plata, con respecto a otras regiones americanas, aspecto luego comprobado documentada mente por la historiografía posterior. En definitiva, bajo el título La sociabilidad argentina, hace Mitre un análisis, si no profundo, al menos bastante completo de los diferentes aspectos, geográfico, social, político, económico, que constituyeron el marco en el cual se desarrollarían los acontecimientos que formaron el proceso de la independencia argentina y en el cual, además, surgiría la figura de Manuel Belgrano, personaje central de su historia y en torno al cual irá encuadrando los sucesos históricos argentinos.

Al analizar el sistema económico aplicado por España, se ocupó Mitre, en el segundo capítulo, de El Consulado, del cual examinó la actividad que había desarrollado y la trascendencia que tuvo en los campos económico, industrial y cultural. El hecho de que en esta institución cumpliera Belgrano una importante función, da ocasión al autor para hacer un análisis exhaustivo del consulado, el que, por otra parte, no había sido estudiado hasta ese momento.

Siguen a continuación los capítulos a las invasiones inglesas de 1806 y 1807 a Buenos Aires: La conquista y la reconquista y La defensa, en los que utilizó documentación inédita hasta ese momento. La parte dedicada a la historia colonial rioplatense incluye también los capítulos dedicados a la gestación de la revolución. Con el título de Los precursores de la independencia, estudia las principales y primeras manifestaciones del partido patriota, así como los sucesos españoles de 1808 y sus consecuencias americanas. Especial importancia da a la actuación de Manuel Belgrano y a sus contactos con la princesa Carlota Joaquina, residente en ese momento en Brasil, junto al resto de la Corte portuguesa. En Síntomas revolucionarios, continúa estudiando la labor de Belgrano y la preparación de la revolución de Mayo. Es ya

el fin de la época colonial.

A continuación, hace Mitre un profundo estudio del proceso revolucionario argentino. Constituye el suyo, el primer trabajo orgánico y documentado sobre los sucesos de mayo de 1810. Mitre es consciente de la falta de investigaciones anteriores sobre el tema, al menos de algunas que hicieran un análisis riguroso del mismo: "La revolución del 25 de mayo de 1810, el hecho más prominente de la historia argentina, no ha sido narrado hasta el presente, a excepción de la media página que le ha consagrado la pluma superficial del deán Funes y de una "Crónica" en forma dramática escrita por el Dr. Juan Bautista Alberdi, la cual tiene en el fondo más verdad histórica de la que su forma caprichosa hacía suponer" (27).

Mitre se propuso, como primera medida, dilucidar uno de los aspectos más controvertidos en las interpretaciones sobre Mayo, es decir, establecer cuáles fueron las fuerzas actuantes en la revolución argentina. Existían, al respecto, dos posiciones que, en definitiva, respondían a la vieja antinomia individuo-sociedad. Para algunos, el mérito de la revolución de mayo se debía a minorías inteligentes, a individualidades destacadas, y con ello, negaban importancia a la participación popular. Por el contrario, otros opinaban que el pueblo, como entidad colectiva, había sido el verdadero protagonista de los sucesos de mayo de 1810. Para Mitre, ambas posiciones eran parciales y daban una versión recortada del proceso, ya que, consideraba él, ambas fuerzas habían actuado. Por ello, la Historia de Belgrano, no era una simple biografía del personaje; la figura de Belgrano en garza con los sucesos en los que inciden las fuerzas sociales

(27) Bartolomé Mitre: Historia de Belgrano, Buenos Aires, 1947, pág. 20.

argentinas que se habían originado en los factores de la época colonial; es decir, en los caracteres físicos, raciales, económicos, políticos, que ya había analizado el autor en La sociabilidad argentina. El héroe, Belgrano, y los otros protagonistas de la revolución intervienen en relación a esos factores y, muchas veces, junto a las fuerzas populares. En realidad, esta interpretación de Mitre es discutible, y de hecho, ha sido discutida. Al respecto, creemos que, como en general se afirma en la moderna historiografía, que al comienzo del proceso, concretamente en los sucesos de mayo de 1810, la acción se debe a las minorías dirigentes e ilustradas. Posteriormente hay un protagonismo conjunto de fuerzas individuales y colectivas que actuaron recíprocamente en el proceso. Las fuerzas populares llegaron a desempeñar un papel preponderante con la formación de los grupos de los que surgieron los caudillos.

Mitre, a pesar de su laborioso trabajo documental, sentó criterios de interpretación discutibles, y su versión, a pesar de ello, se convirtió en indiscutible "versión oficial" de los sucesos de mayo. Muchas de sus afirmaciones no han resistido la crítica posterior o, al menos, no han podido seguir siendo aceptadas dogmáticamente. Si es discutible su tesis acerca de la participación efectiva del pueblo en la revolución de Mayo, discutible es también su conclusión sobre la verdadera intención de los dirigentes del movimiento. Mitre señala, desolado, casos como el de Florencio Varela, quien le había confesado que a medida que más escudriñaba en documentos y en los escritos revolucionarios, más dudas le acometían sobre la intención de los patriotas, al punto de que había llegado a pensar que éstos, más que una efectiva independencia, habían querido solamente formar una junta de gobierno similar a la de Montevideo, o a las que habían surgido en España. En ese caso, la intención de quienes dirigieron el movimiento de Mayo, habría sido formar un gobierno pro-

visorio para que actuara durante el cautiverio del rey. "Y murió tal vez dudando del pensamiento de Mayo" (28), dice Mitre, compungido, con respecto a Varela.

Para Mitre no existan dudas sobre la cuestión: "Después de que se lea lo que decimos sobre el desarrollo de la idea revolucionaria, del estado de madurez a que había llegado antes de estallar la revolución, y de los propósitos deliberados que presidieron a ella, así como de los planes de independencia que precedieron a la revolución de Mayo, creemos que nadie pondrá en duda ya, si nuestros padres pensaron o no en constituir una patria libre e independiente en 1810" (29).

Indudablemente, Mitre, a pesar de su incuestionable espíritu crítico, se resistió a que esa conciencia crítica empañara lo que, para él, además de verdades históricas, constituyeran dogmas patrióticos. La historiografía posterior, con los mismos materiales documentales usados por Mitre, tuvo que cuestionar y revisar sus conclusiones.

A pesar de esas interpretaciones susceptibles de crítica, la Historia de Belgrano conserva un valor enorme. Hay en ella novedades e importantes páginas sobre la expedición de Belgrano al Paraguay, sobre las acciones militares en el Norte, y sobre el Congreso que el 9 de julio de 1816, en Tucumán, declaró la independencia argentina. Parte de las Actas secretas de este congreso, fueron dadas a conocer, por primera vez, por Mitre. Realizó también el autor un estudio intensivo sobre las negociaciones diplomáticas llevadas a cabo por Belgrano y Rivadavia, como así también sobre la guerra social que sobrevino después de la

(28) Bartolomé Mitre: Historia de Belgrano, Buenos Aires, 1947, pág. 20.

(29) *Ibidem*, pág. 21.

independencia.

Todos los temas antes señalados, los desarrolla Mitre sin perder en ningún momento el hilo conductor de la historia, que es el que claramente señala el autor: "...nuestra obra refleja el movimiento interno de la revolución argentina, siguiendo a través del tiempo el desarrollo de la idea de la independencia, de que Belgrano fue uno de los primeros precursores y uno de sus más ilustres fundadores..." (30).

Para Rómulo Carbia, Mitre es el iniciador y máximo representante de la escuela erudita (31), una de las dos corrientes vertebrales de la historiografía argentina. A diferencia de la otra corriente, la "filosofante" o "quizotniana", representada por Vicente Fidel López, basó su labor en el manejo riguroso de la crítica y el herramientaje bibliográfico y documental. Más allá del encasillamiento en escuelas, con todo el peligro de esquematismo que con ello se corre, creemos que acierta Carbia al incluir a Mitre dentro del tipo de historiador que fundamenta su relato en los documentos inéditos, la bibliografía depurada por la crítica y los elementos testimoniales de la tradición, también éstos sometidos a rigurosa crítica.

A diferencia de López, cuyas obras tratan de "revivir" el pasado con toda la carga de emoción que ello implica, a la manera de Thierry y casi de Walter Scott, Mitre estaría más cerca de un Ranke, por su adhesión a una más científica forma de trabajo historiográfico.

Mitre, en los prólogos de las diferentes ediciones de la Historia de Belgrano, revive para el lector el proceso de su investigación. Así, en el de la segunda edición, de 1859, menciona su

(30) Bartolomé Mitre: Historia de Belgrano, Buenos Aires, 1947, pág. 51.

(32) Rómulo D. Carbia: op. cit., pág. 154.

laborioso trabajo con fuentes documentales y bibliográficas:

"Para llevar a cabo este trabajo, emprendido contra nuestra voluntad, hemos compulsado más de cinco mil documentos manuscritos, y todos los libros, folletos o papeles sueltos que se han impreso sobre Belgrano; y creemos que de estos últimos muy raro será el que haya escapado a nuestras investigaciones. Respecto a los primeros, habrá muchos que no conozcamos; pero los que hemos examinado hasta el presente bastan para escribir una historia completa de Belgrano y de su época, y la culpa será del autor, que no ha sabido explotar tan ricos materiales, si este libro no llena las condiciones apetecidas" (32).

Quiere Mitre mencionar los principales materiales por él utilizados: "Para que el lector pueda juzgar por sí de la abundancia y pureza de las fuentes en que hemos bebido nuestra historia, daremos una idea de los materiales de que nos hemos valido, poniendo así de manifiesto los cimientos del edificio, a la vez que los andamios de que nos hemos servido para construirlo" (33).

Entre los materiales que Mitre menciona, podemos destacar una Autobiografía del general Belgrano, de escaso valor, pero que Mitre utilizó para reconstruir los primeros años de la vida del héroe, y de la que, inclusive, indica la forma como llegó a él: la había conservado Rivadavia hasta 1841, en que pasó a manos de Florencio Varela. En contacto con éste, pudo Mitre obtener una copia del original. Vemos en esto la preocupación del autor por señalar el origen y el proceso seguido en la recopilación de las fuentes.

Para tratar la parte referida al Consulado de Buenos Aires, "que es sin duda una de las que tiene más novedad y que mejor ca

(32) Bartolomé Mitre: Historia de Belgrano, Buenos Aires, 1947, pág. 13.

(33) Ibidem.

racteriza la época colonial", se basa en "documentos auténticos del archivo de esa corporación" (34). Señala también al respecto, el valor de las Memorias económicas redactadas por Belgrano durante sus funciones como secretario de la institución.

Otros materiales que menciona Mitre son: folletos antiguos como las Memorias de Antúñez y Acevedo sobre el comercio colonial, el Tratado de Rubalcasa sobre el mismo asunto, el Informe del virrey Vértiz, Informes de Liniers, que junto a la Compilación de documentos relativos a los sucesos del Río de la Plata desde 1806, preparada por Valentín Alsina y Vicente Fidel López, le permitieron estudiar el origen y desarrollo de las invasiones inglesas a Buenos Aires. Para estudiar el movimiento carlotista, menciona haber usado las Memorias de la princesa Carlota Joaquina, escritas por su secretario Presas y que, si bien contienen falsedades, le permitieron acceder a documentación ignorada hasta ese momento, como es el caso de un legajo de papeles de Liniers, encontrados en el Archivo General.

Al reconstruir el proceso de la investigación, indica Mitre que, por ejemplo, las Memorias de Belgrano, le pusieron en la pista de descubrir nuevos documentos, como es el caso de la Autobiografía de Cornelio Saavedra, presidente de la Junta de Gobierno surgida en mayo de 1810 y otros papeles del mismo Saavedra y de testimonios orales de Nicolás de Vedia y Nicolás Rodríguez Peña.

Como documentación fundamental para los sucesos de mayo de 1810, señala el autor las Actas capitulares del Cabildo de Buenos Aires. Así, "por medio de documentos desenterrados del polvo, -dice Mitre- combinando sus datos con las noticias que se

(34) Bartolomé Mitre: Historia de Belgrano, Buenos Aires, 1947, pág. 13.

encuentran esparcidas en algunas poquísimas obras y con las que me ha suministrado la tradición oral, he conseguido rehacer esta página fundamental de nuestra historia que, dentro de diez años más, habría sido imposible escribir" (35).

Entre las obras impresas que él fueron de utilidad, menciona Mitre las Memorias del general Paz, las Observaciones que sobre las mismas hizo el general Lamadrid; los Recuerdos históricos del coronel Lugones; las Memorias del general español García Camba; la Historia de la revolución hispanoamericana de Torrente; y las colecciones de la "Gaceta de Buenos Aires" y del "Redactor de la Asamblea".

La intención de Mitre, al señalar las fuentes de su obra, que dan perfectamente claras cuando dice: "He omitido hacer mención de otra multitud de documentos consultados, así como de entrar en detalles sobre los citados por grandes series; porque mi objeto ha sido simplemente inocular en mis lectores la conciencia de que en las páginas que van a leerse, no se narra un solo hecho, no indica un solo gesto, no se avanza una sola opinión, que no pueda ser documentada o atestiguada por algún contemporáneo" (36).

En el Prefacio de la tercera edición, hace referencia a nuevos documentos compulsados y a la manera como con ellos trabajaba: "Entre otros numerosos documentos que han sido copiados o extractados de mi puño y letra, en su parte útil, anotándolos y concordándolos cronológicamente en el orden en que han sido empleados, forman cuatro gruesos volúmenes en folio, que pueden considerarse como un doble comprobante de la conciencia que ha pre-

(35) Bartolomé Mitre: Historia de Belgrano, Buenos Aires, 1947. pág. 23.

(36) *Ibidem*, págs 32-33.

sidido nuestras investigaciones históricas" (37).

Con todo el copiosísimo material reunido, además de los interrogatorios a testigos y autores de la revolución, obtenidos mediante conversaciones, interrogatorios escritos, pedidos de memorias, etc., pudo Mitre penetrar en la historia argentina "procurando dominar su conjunto para encontrar su correlación, su armonía y su significación, a fin de que fluya de los mismos documentos, ...la unidad de la acción, la verdad de los caracteres, el interés dramático, el movimiento de la vida, el colorido de los cuadros, y se desprenda de su masa concreta el espíritu filosófico o moral del libro mismo, condiciones esenciales a toda obra histórica, y sin las cuales, aún siendo exacta, puede no ser verdadera" (38).

Esta rigurosa, paciente y eficaz labor de investigación histórica, unida a la claridad conceptual sobre lo que debía ser un trabajo histórico, como queda de manifiesto en el último párrafo que hemos citado, constituyeron un acontecimiento intelectual inusitado en el Río de la Plata. Sin duda la Historia de Belgrano y de la independencia argentina, marcó el comienzo de la historiografía argentina realizada con métodos y bases científicas.

Mitre tomó a la biografía de Belgrano, miembro de la Primera Junta de gobierno propio, héroe de la independencia argentina y creador de la bandera nacional, para centrar plásticamente, en torno de ella, los acontecimientos de la época de liberación y los de los años inmediatamente posteriores, por considerar que, la suya, era una vida que debía servir de modelo a las futuras

(37) Bartolomé Mitre: Historia de Belgrano, tercera edición, pág. 13.

(38) Ibidem, Buenos Aires, 1947, págs. 53-54.

generaciones, ya que "un hombre semejante, merece que se le consagre un libro popular, que ande en todas las manos, y forme con su ejemplo varones justos y animosos, inoculando su espíritu en las organizaciones fuertes, capaces de asimilarse sus cualidades" (39). Es indudable que esta actitud de Mitre revela su concepción pragmática de la historia. En la misma línea de un Tucídides o un Tito Livio, cree en la utilidad de la historia y de su posibilidad de llegar a un conocimiento "racional" del pasado y de los hombres ilustres. Mitre deja constancia en varios párrafos de la obra. Así, en uno de ellos, dice: "Uno de los grandes bienes que produce el estudio de la historia, es dar fundamentos racionales a la admiración por los hombres ilustres del pasado. Ella destruye esa admiración supersticiosa y ciega, que no reconoce razón de ser, y que no sirve de ejemplo ni transmite lecciones, y enseña, no sólo a admirar, sino a estimar a los benefactores de la humanidad, y a los libertadores de los pueblos" (40).

La aparición de una obra como esta Historia de Belgrano despertó, por supuesto, entusiasmos y elogios. A pesar de ello, no faltaron algunas críticas que provocaron, inclusive, polémicas como las que sostuvo el autor con Dalmacio Vélez Sarsfield, autor del Código Civil argentino. Esta polémica se produjo en 1864, cuando ya el general Mitre era Presidente de la República. Vélez Sarsfield escribió en el diario "El Nacional", un artículo -El General Belgrano- en el que manifestaba su discrepancia con respecto a ciertas interpretaciones de Mitre, sobre todo, en lo referente a la actitud de los pueblos del interior con

(39) Bartolomé Mitre: Historia de Belgrano, Buenos Aires, 1947, pág. 6.

(38) Ibidem, pág. 7.

respecto a la revolución de Mayo y a la posible autoridad de Belgrano para difundir las ideas revolucionarias. Mitre refutó desde su periódico "La Nación" y para ello analizó parte por parte las refutaciones de Vélez Sarsfield y justificó sus propias interpretaciones con gran cantidad de nuevos documentos. Mitre, en el Prólogo a la tercera edición de la obra, menciona la polémica y, luego de insistir en que todas sus afirmaciones estaban siempre demostradas a través de la correspondiente documentación, llega a la conclusión de que la controversia, había redundado en beneficio de la obra: "Esta discusión histórica -dice- a dar mayor autoridad al libro, demostrando la solidez de sus fundamentos, como tuvo que reconocerlo el mismo impugnador, dando a la vez ocasión para ilustrar algunos de sus capítulos con documentos hasta entonces desconocidos" (41).

Para compensar las críticas que le lanzó Vélez Sarsfield, se haló Mitre los elogios recibidos en países extranjeros: "Los más notables -afirma- son los debidos a la pluma de dos eminentes historiadores chilenos, de reputación americana, D. Diego Barros Arana y D. Benjamín Vicuña Mackenna, publicado el primero en la "Revista Chilena" de 1876, y el segundo en el "Ferrocarril" de Santiago en 1864... Ambos escritos abundan en la crítica benévola del amigo y del compañero de trabajo, que alienta al jornalero en su tarea con su palabra autorizada, y sobre todo con su ejemplo" (42).

Quizá, las más duras críticas recibidas por la Historia de Belgrano, sean las que escribió un hombre de la generación romántica y antiguo amigo del autor: Juan Bautista Alberdi. Después de acusar, prácticamente a Mitre de haber robado la idea

(41) Bartolomé Mitre: Historia de Belgrano, 3ª edición, pág. 6.

(24) Ibidem, págs. 6-7.

del libro a Andrés Bamas, afirma que se apoderó de la figura de Belgrano, lo convirtió en algo de su propiedad y, al mismo tiempo, se erigió en su "hijo adoptivo". "Desde entonces, quien dice Belgrano, dice Mitre, por más que Mitre no signifique Belgrano" (43).

Señala también Alberdi que Mitre escribió el libro para lisonjear la vanidad del país y con el fin político de ganar simpatías y sufragios. Esto habría llevado a Mitre a presentar la independencia como obra exclusiva de los grandes héroes, ocultando lo que Alberdi consideraba como su verdadero origen: el interés de la Europa no española para acceder económicamente a América y poder disponer de su industria, su marina y su comercio. También acusa a Mitre de haber desnaturalizado la personalidad de Belgrano al haber restado importancia a un aspecto muy importante de ella; se refiere a las ideas monárquicas de Belgrano -compartidas en parte por el general San Martín- a las que Mitre consideró como desvaríos momentáneos.

La crítica de Alberdi, no deja de tener cierta dosis de razón así como la que también hace Alberdi a Mitre de haber restado importancia, al considerar las causas de la independencia argentina, a los sucesos españoles de 1808. El resto de las impugnaciones que Alberdi hizo a Mitre, se ven invalidadas, en parte, por los permanentes ataques personales que le hizo, llenos de pasión y subjetividad y carentes, por lo tanto, de la serenidad indispensable para que un juicio crítico sea considerado como serio.

A pesar de las faltas de la obra de Mitre, comprensibles en parte por su carácter de precursora, creemos con Caillet-Bois, que con ella "su autor marcó una etapa de los estudios históri

(43) Juan B. Alberdi: Belgrano y sus historiadores. En: Escritos póstumos, t.V, Buenos Aires, 1897, pág. 29.

cos del país" (44).

(44) Ricardo R. Caillet-Bois: op. cit., pág. 65.

III - LA HISTORIA DE SAN MARTÍN.

La segunda gran obra historiográfica de Bartolomé Mitre es la Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana, en la que, con criterios similares a los de la Historia de Belgrano, hace girar, en torno a la figura del general José de San Martín, los acontecimientos fundamentales de la revolución americana.

Tuvo el libro una larga gestación. El 23 de noviembre de 1864, Mitre presentó al general Gregorio de Las Heras, veterano de las guerras de la independencia y colaborador del general San Martín, un cuestionario en el que incluyó preguntas sobre las campañas sanmartinianas, con vista a ser incluidas en un trabajo sobre el tema. Desde ese momento se ocupó de solicitar noticias fidedignas y de recopilar documentación fundamental, así como de leer cuanto libro, artículo o folleto pudiera tener relación con el tema y los diversos aspectos que en él se podían incluir.

De acuerdo a la personal forma de trabajar de Mitre, la recopilación, estudio y sistematización de fuentes, duró largos años. Recién en 1875, decidió Mitre escribir algunos artículos sobre el Libertador San Martín y sobre sus campañas. Tales, por ejemplo: Introducción a la vida del General San Martín, de febrero de 1875; Falucho y el sorteo de Matucana; la María Isabel; La abdicación de San Martín; La Esmeralda; etc.

El 1 de marzo de 1875, el diario "La Nación", fundado por Mitre y del cual era, además, su director, anunció que a partir de esa fecha, se iniciaba la publicación, en forma de folletín, de una Historia del General San Martín, escrita por Bartolomé Mitre. Se alcanzaron a publicar de ella veinte folletines, pero no se pudo continuar por los acontecimientos políticos y militares que se precipitaron y en los que el autor tuvo importante actuación. Inclusive, estuvo preso en Luján, después de la de-

rrota de La Verde. Existen dudas acerca de si hubo, en 1875, una edición completa de la obra; hay menciones de ella, pero al no conocerse ningún ejemplar y carecerse de mayores datos, bien puede suponerse que la llamada edición de 1875, es solamente la de los folletinos del diario "La Nación".

Continuó Mitre sus investigaciones con el rigor y meticulosidad que le caracterizaban y que se vieron enriquecidas con el Archivo de San Martín que le enviara Josefa Balcarce y de San Martín de Gutiérrez Estrada, nieta del prócer, quien cumplió así los deseos de su padre, don Mariano Balcarce. Cuando se le entregó a Mitre esta colección, se dejó a su criterio decidir "sobre los documentos que fueren de verdadera utilidad para la historia y los que debieran destruirse" (45). Esta importante colección, sin duda, permitió a Mitre completar su visión sobre las gestas sanmartinianas y penetrar con profundidad en la vida y el pensamiento del Libertador.

Finalmente, después de pacientes años de labor de investigación, en 1887 y 1888 publicó Mitre la que, para muchos críticos, constituye su obra más completa: la Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana, en la que, además de la biografía de general, hace una historia del movimiento de independencia sudamericano, ocupándose especialmente de los acontecimientos ocurridos en Argentina, Chile, Perú, Venezuela y Colombia.

En el capítulo primero, bajo el epígrafe El argumento del libro, la unidad del asunto, explicó Mitre cuál era el tema de la obra y cuáles los criterios mediante los cuales les daba unidad. Aclara, así, que si bien el núcleo del relato es la actuación de San Martín, las relaciones que se van estableciendo en torno

(45) Citado por Ricardo R. Caillet-Bois: op. cit., pág. 67.

suyo, dan al libro una dimensión americana: "El argumento de es te libro, es la historia de un ilustre libertador, en sus enla- ces y relaciones con la emancipación sudamericana, que completa el trilogio de los grandes libertadores republicanos del Nuevo Mundo: Washington, la más elevada potencia de la democracia, Bo lívar y San Martín, que constituyen el binomio de la emancipa- ción hispanoamericana. Su acción se desenvuelve en vastísimo tea- tro, desde la extremidad austral del continente hasta el trópico de Cáncer, en el espacio de dos décadas de lucha" (46).

Establece Mitre cuál es la forma que tiene de interrelacionar los acontecimientos para darle unidad: "Su punto de partida es la revolución argentina americanizada; su hilo conductor, la ac- ción política y militar del protagonista en sus movimientos exén- tricos y concéntricos; su objetivo, la coordinación de las leyes normales que presidieron la fundación de las repúblicas sudame- ricanas, exponiendo en concreto los principios fundamentales que dieron razón de ser y potencia irradiadora a la revolución por su independencia, cuya síntesis es la libertad de un nuevo mun- do republicano según ley natural y según su genialidad. Este punto de vista histórico da su unidad al asunto, su significa- ción al relato y de él fluye lógicamente su filosofía y su mo- ral política. Es la idea que se convierte en acción... cuyo re- sultante es la creación de un grupo de naciones nuevas emancipa- das por las armas propagadoras de los principios orgánicos que les inocularon vida fecunda, trazándole grandes rumbos" (47). Expresó Mitre que, en su historia, los protagonistas serían, no sólo los héroes -en este caso San Martín- sino también los mo-

(46) Bartolomé Mitre: Historia de San Martín y de la emancipa- ción sudamericana, Buenos Aires, 1946, pág. 7.

(47) Ibidem, págs. 7-8.

vimientos colectivos, tratando de salvar, al relacionarlos plásmicamente, la antinomia individuo-sociedad. "Este argumento es duplo y complejo, como lo es la revolución y la evolución colectiva que comprende, y se combina con la acción del genio individual animado por la fuerza viva que le comunica la suma de las voluntades espontáneas que representa, armónica en su dualismo necesario" (48).

Hay también en Mitre una clara intención de conectar los hechos estrictamente nacionales, es decir, los referidos a la independencia argentina, con los del resto de los países embarcados en el movimiento de emancipación americana. "Es en el orden nacional y de un punto de vista restringido, que el desarrollo militar y político de la revolución argentina toma la ofensiva y la exterioriza, propagando su acción y sus principios, y en el orden internacional es la gestación de nuevas naciones independientes y soberanas que nacen bajo esos auspicios con formas y tendencias democráticas a imagen y semejanza suya" (49).

Mitre es, en ese sentido, el primer historiador, que concibe la unidad de la historia de América. Así lo piensa Enrique de Gandía cuando dice: "Su enseñanza de la historia argentina es, en realidad, una enseñanza de la historia americana" (50).

El sentido que tenía Mitre de un proceso unitario en la historia de América, le lleva, inclusive, a considerar con un cierto paralelismo a la historia hispanoamericana y a la norteamericana. Encuentra que ambas Américas tuvieron motivos comunes para

(48) Bartolomé Mitre: Historia de San Martín, pág. 8.

(49) Ibidem.

(50) Enrique de Gandía: Mitre y la unidad de la historia de América. En: Homenaje de la Academia Nacional de la Historia en el cincuentenario de su muerte, pág. 294.

luchar por su independencia, pues los abusos de sus respectivas metrópolis llevaron a los hombres del Norte y del Sur, a luchar con idénticos fines: la independencia y el autogobierno del pueblo. En ambos casos, predominaron los ideales republicanos. A pesar del título de la obra, y de su referencia a la "emancipación sudamericana", desde el comienzo, Mitre trata de enlazar este proceso con el norteamericano. Así, junto a la figuras de San Martín y Bolívar, aparece la de Jorge Washington. La relación la inicia Mitre al estudiar los problemas económicos de una y otra parte de América, a los que da gran importancia al considerar las causas fundamentales de los respectivo procesos de independencia. Dice sobre ello de Gandía: "Lo que vemos en Mitre es que fue el primer historiador que dio a la historia americana una perfecta unidad porque una unidad tuvo en su lucha por la libertad" (51).

Sin embargo, creemos que si bien existen ciertas coincidencias circunstanciales y hasta algunas causas similares, es exagerado hablar de unidad entre la historia de una y otra parte de América. No se trata de idéntico proceso y existen circunstancias en uno y otro, totalmente diferentes. La "unidad" que según de Gandía habría descubierto, es solamente una cierta similitud, y estas similitudes pueden encontrarse con los movimientos de independencia llevados a cabo en países en situación colonial. En este sentido, demostró mayor agudeza histórica Vicente Fidel López al descubrir la imposibilidad de considerar la historia argentina y de Hispanoamérica en general, desligada de la historia española y europea.

Como era su costumbre, trabajó Mitre sobre abundante material que plasmó en los cincuenta capítulos y un epílogo de la Histo-

(51) Enrique de Gandía: op. cit., pág. 297.

ria de San Martín. En el primero de ellos, titulado La emancipación sudamericana, da una rápida visión de los antecedentes del proceso de independencia hispanoamericana. Establece algo que durante años se aceptaría como verdad absoluta y que luego pasó a ser tema discutible de la historiografía: la dependencia de la revolución americana respecto de las ideas de la revolución francesa de 1789.

Se ocupó también Mitre de la actividad de los precursores francisco de Miranda y el jesuita Vizcardo de Guzmán. Sólo en el capítulo segundo comienza a ocuparse de la personalidad de San Martín. Es Mitre el primero en tratar los años juveniles del Libertador y de los estudio y la carrera militar que realizó en España. Caillet-Bois (52) llama la atención, acertadamente, sobre el hecho de que, con respecto a San Martín, adopta Mitre una actitud que ha sido luego prácticamente abandonada por los biógrafos posteriores: lo consideró como un hombre, con sus virtudes y debilidades; con sus numerosos aciertos, pero también con sus errores.

Analiza luego el autor el regreso de San Martín al Río de la Plata y su participación en la discutida asociación masónica llamada "Logia Lautaro", a la que pertenecieron muchos de los protagonistas de la independencia americana. Narra los comienzos de la carrera militar de San Martín en América, el combate de San Lorenzo, la campaña del Alto Perú, su actuación como gobernador intendente de Cuyo y la preparación del Ejército de los Andes.

Antes de ocuparse de la campaña de San Martín en Chile, hace Mitre un estudio sobre la revolución chilena y sobre sus vinculaciones con la argentina. Después de la de Chile, trata Mitre

(52) Ricardo R. Caillet-Bois: op. cit., pág. 69.

la campaña del Perú. Es en ese momento de la obra que, pese a la admiración que siente por el general San Martín, se ve obligado a hacer algunas críticas. Encuentra en él una falta de capacidad política que le impidió moverse con seguridad en un campo mayor que el de sus funciones como gobernador de Cuyo. Así, para Mitre, San Martín como Protector del Perú, se mostró inferior a su función. Le critica, además, desde su republicanismo exacerbado, los planes monárquicos a los que el Libertador se adhirió en algunos momentos.

La obra culmina con la famosa entrevista de Guayaquil; para llegar a ella, previamente se ocupó Mitre de estudiar en extenso las campañas de Simón Bolívar y de esa forma pudo conectar los acontecimientos ocurridos en los diversos escenarios en que se desarrollaba la guerra de independencia americana, hasta hacerlos coincidir en la conferencia entre los dos grandes libertadores de América.

A la conferencia, Mitre dedica tres capítulos: Guayaquil; La entrevista de Guayaquil y La abdicación de San Martín. En ellos, expone el autor la que será tesis oficial argentina sobre el alejamiento de San Martín. Según ella, que se basa en la autenticidad de la luego tan discutida "carta de Lafond" (53), se engrandece la figura del general argentino, a costa del empequeñecimiento de la del venezolano.

La historia de la "emancipación sudamericana", sirve de excusa a Mitre para ofrecer un estudio profundo de la personalidad pública del General San Martín, en sus dos vertientes: la del militar y la del político. Quizá, de las dos, la más acertada y completa sea la del militar. Es indudable que Mitre, como historiador, tuvo la ventaja de ser él mismo un militar y estratega.

(53) Ver capítulo V del presente trabajo.

Con respecto al análisis de la personalidad política del Libertador, creemos justa la crítica que Raymond Ronze ha hecho al autor: "Si analiza con facilidad el genio militar de San Martín, discierne con menos claridad los aspectos de su rol político, tanto en la Argentina -antes de la campaña de Los Andes- y durante su exilio, como en Chile y en el Perú. Es que le falta a la vez una buena documentación y una idea clara del famoso problema de la monarquía en la América Latina además del de su independencia" (54).

Evidentemente Mitre, desde los presupuestos democráticos y republicanos, tan caros a los hombres de la generación romántica de 1837, no pudo entender los que fueron "planes monárquicos" no sólo de San Martín sino de otros grandes dirigentes de la independencia hispanoamericana y que no carecieron, justamente, de realismo político.

Como para la Historia de Belgrano, manejó Mitre, para esta obra, un monumental aparato documental. El autor mismo advirtió a los lectores que había comentado todos los libros, folletos, periódicos y papeles sueltos que se habían publicado sobre San Martín, reunidos a través de largos años de paciente labor y que forman hoy parte de la "Biblioteca Americana", una de las más importantes que sobre la materia existen en Argentina. En cuanto a documentos manuscritos, consultó alrededor de diez mil. Gran parte de ellos provenía de la ya mencionada donación de la nieta del General San Martín. Este archivo había sido conservado por Mariano Balcarce quien, además, había ordenado muchos de los papeles. Otros, habían sido clasificados por el mismo San Martín

(54) Raymond Ronze: Mitre, historiador de San Martín. En: Mitre: Homenaje de la Academia Nacional de la Historia en el cincuentenario de su muerte, pág. 222.

y, muchos de ellos, inclusive, contienen notas y aclaraciones de su puño y letra. Esta documentación constituye hoy el "Archivo político y militar del General San Martín" que se guarda en el "Museo Mitre".

Consultó además Mitre, otros archivos: el General de la Nación, el de la Provincia de Mendoza, los personales de Pueyrredón, Belgrano, Godoy Cruz, O'Higgins, Las Heras, etc. A todo este material unió Mitre los interrogatorios a testigos sobrevivientes de la independencia, los mapas geográficos, planos topográficos y croquis militares. También, a la manera de los historiadores clásicos, recorrió el que había sido el itinerario del Ejército de Los Andes, observó personalmente los campos de batalla y de todo realizó croquis y tomó las notas correspondientes.

En cuanto a preocupación por conocer las fuentes, por el estudio y publicación de documentos y por las importantes colecciones que formó y que constituyeron la base de su obras, realiza Mitre -como había hecho antes con la Historia de Belgrano- una labor absolutamente inusitada en Argentina. Esta labor -reiteramos- marca el comienzo de la verdadera actividad historiográfica con características científicas. Así lo considera Raymond Ronze, por ejemplo, cuando afirma que antes de Mitre no hay en Argentina una preocupación por hacer historia a través de fuentes auténticas y seguras. Eso es justamente lo que realiza Mitre, de quien afirma, además, que sus obras principales sobre Belgrano y San Martín, son consideradas como libros clásicos por los especialistas franceses en Historia latinoamericana (55).

Además de los méritos científicos de la Historia de San Martín y de todo lo que ella revela con respecto al trabajo de su autor: años de investigación y de intensas lecturas, erudición y espíritu crítico, poco común preparación para los temas mili-

(55) Raymond Ronze: op. cit., pág. 223.

tares y políticos, especial agudeza para calar en el alma humana y en las motivaciones personales, es de destacar los valores literarios de la obra. Si bien no alcanza -como señala Caillet-Bois- el vuelo de un Vicente Fidel López, el estilo de Mitre se caracterizará por la concisión, la prudencia e incluso la elocuencia. También Ronze lo reconoce así. Para él, los valores literarios del relato de Mitre son innegables. Por algo está dentro de la órbita de la escuela histórica del siglo XIX que tanto valor dio a lo formal. Es justamente por todo esto que, la obra de Mitre como la de Echeverría, Sarmiento o Alberdi, está considerada como perteneciente a una época clásica de la literatura argentina.

La labor historiográfica de Bartolomé Mitre es, sin duda, un hito fundamental en la historia de la cultura argentina. Quizá, las palabras de Ricardo Caillet-Bois que a continuación citaremos, pueden darnos una real dimensión de esa significación: "Por encima de todo, la producción histórica de Mitre, es ejemplo de probidad intelectual, de una probidad que muchos de los escritores que le sucedieron, no han sido capaces de imitar. Porque Mitre, sobreponiéndose a la refriega y mirando bien en alto, fue el tipo de historiador moderno que el Río de la Plata aún no había alcanzado a conocer" (56).

(56) Ricardo R. Caillet-Bois: op. cit., pág. 80.

IV - POLEMICA CON VICENTE FIDEL LOPEZ. LAS IDEAS DE MITRE HISTORIADOR.

Para conocer el pensamiento del historiador Bartolomé Mitre, es ineludible recurrir a sus Comprobaciones Históricas, escritas a raíz de la polémica que mantuvo el otro gran historiador argentino del siglo XIX, Vicente Fidel López y de cuyas motivaciones, así como del proceso de la misma, nos hemos ocupado ya (57). Baste recordar aquí que las Comprobaciones, como todas las grandes obras del autor, pasaron por diversas etapas, desde su génesis hasta su forma definitiva. Comenzó Mitre a publicarlas en la "Nueva Revista de Buenos Aires" que dirigía Vicente G. Quesada, y luego las continuó en su periódico "La Nación". Como López publicaba ya en "El Nacional" sus refutaciones a Mitre bajo el título de Debate histórico, el mismo con el que luego publicaría dos grandes tomos, contestó Mitre con un nuevo libro: Nuevas Comprobaciones, publicado en 1882, año en el que unió, en una edición definitiva, las Comprobaciones y las Nuevas Comprobaciones, con el título de Comprobaciones históricas, primera y segunda parte.

Con la obra, Mitre decidió "comprobar" la verdad de sus escritos que habían sido puestos en tela de juicio, a veces veladamente y algunas directamente por López en su Introducción a la historia de la Revolución argentina. Fue, en definitiva, una polémica de alto vuelo científico en la que se discutió acerca de determinados hechos de la historia argentina, cuya significación terminó demostrando Mitre, a través de una copiosa documentación. Así, se dilucidaron aspectos importantísimos sobre la Colonia del Sacramento, la política de los Borbones y los Braganza, aspectos de la economía colonial, los censos coloniales de Buenos

(57) Ver capítulo VII del presente trabajo.

Aires, las invasiones inglesas de 1806 y 1807, la conspiración de Alzaga, el gobierno del virrey Liniers, la influencia napoleónica en el Rfo de la Plata, la Junta de Montevideo, las ideas de la revolución de Mayo y la personalidad del general San Martín, así como detalles de sus campañas militares.

No sólo discurren Mitre y López sobre hechos concretos de la historia nacional, sino también -lo cual reviste para nosotros un particular interés- sobre los criterios metodológicos e historiográficos con que debían tratarse esos hechos. Surge así, a través de la polémica, la concepción de cada uno de los autores acerca de la historia y sobre el valor de las fuentes documentales así como de su tratamiento y la metodología con que debía investigarse en archivos y con que debían considerarse los testimonios. Surge, en definitiva y como señala Ricardo Rojas (58), el concepto general sobre el método histórico que cada uno aplicaba. Ricardo Caillet-Bois (59) también insiste en este aspecto y con acertado criterio señala que la polémica -como las dos obras a través de las cuales se desarrolló- no solamente ofrece una rica información sobre hechos y personajes, sino que de ella se puede extraer, claramente, el respectivo credo historiográfico de Mitre y de López.

Ricardo Rojas, que es de los pocos críticos que ha estudiado la polémica con cierta profundidad, llama la atención sobre la altura científica de la misma y de cómo, en todo momento, se eludió en ella el ataque personal. También hace notar Rojas que la controversia se desarrolló en un momento en que aún ninguno de los autores había llegado a la culminación de su obra así como

(58) Ricardo Rojas: Los modernos. En: La literatura argentina.

En: Obras, t. XIV, Buenos Aires, 1925, pág. 166.

(59) Ricardo R. Caillet-Bois: op. cit., pág. 79.

de que ambos se ocuparon de un campo prácticamente inexplorado, ya que "la materia histórica nacional estaba casi virgen, la tradición no escrita, los archivos inexplorados. Había que forjar los instrumentos de trabajo. El ejemplo europeo no servía sino a medias" (60).

Que la controversia, pese al escaso desarrollo de la historiografía argentina de esos momentos, no fue un devaneo más o menos frívolo de los autores, se comprueba fácilmente si se considera que cada uno de ellos escribió alrededor de ochocientas páginas de sólida materia histórica o de metodología. Como muy bien señala Rojas, se trata de una polémica a la que "sus autores supieron elevarla sobre el carácter subalterno de la personal rencilla, para convertirla en torneo de crítica histórica, donde se definieron temas, fuentes, métodos y juicios sobre el pasado argentino y los orígenes de nuestra independencia" (61).

El interés, pues, que para nosotros tienen las Comprobaciones históricas, reside en que a través de ellas podemos extraer con certeza cuáles fueron las ideas de Mitre, ya que si bien no llegó a formular una filosofía de la historia, tuvo sí una serie de conceptos claros acerca de los problemas históricos y, sobre todo, de su estudio e investigación. En este sentido, tiene singular valor el capítulo XXI de las Comprobaciones, titulado Paréntesis filosófico (62) en el que, prácticamente, sintetiza su pensamiento histórico.

Vicente Fidel López, que prefería una historia viva en la que

(60) Ricardo Rojas: Los modernos, pág. 171.

(61) Ibidem, pág. 173.

(62) Las citas que haremos de dicho capítulo, han sido extraídas de la reproducción que de él se ha hecho en: Revista "Cuyo", t. VII, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1971, págs. 231 a 238.

la tradición oral fuera la fuente fundamental, y la expresión emocionada e imaginativa. La forma, encontraba quizá a la historia realizada por Mitre demasiado fría, demasiado "positiva" y le criticó su poca afición a las abstracciones y a extraer conclusiones generales; a hacer, en definitiva, lo que él entendía por "filosofía de la historia". Mitre contestó a ello desde su posición más práctica y realista. Mal se podía, pensaba Mitre lógicamente, filosofar sobre una historia que aún no había sido suficientemente investigada y que, por lo tanto, no era aún totalmente conocida. "Tantas cosas no se han expuesto ni explicado todavía en la historia argentina, que se necesitaría un espacio mayor que el que ocupa lo escrito ya sobre ella, para sólo indicar sumariamente sus vacíos. Recién se están reuniendo sus materiales y clasificando sus documentos, y no es de extrañarse que así su crónica, como su filosofía, adolezca de deficiencias" (63).

Esta situación exige que los nuevos historiadores se dediquen a investigar, a hacer, en definitiva, la historia de la patria. "La tarea de los historiadores que van llegando sucesivamente y ofreciendo nuevos contingentes a la historia patria, es llenar esos vacíos, suplir esas páginas en blanco, sacar a luz las que yacen en la sombra, y ofrecer nuevos documentos que permitan estudiarla, completarla..." (64). Resultaba imposible filosofar sobre lo desconocido; recién después que los hechos estuvieran investigados y "bien comprobados", se podría deducir de ellos "la filosofía, que debe ser la resultante de esa labor previa, como la síntesis lo es del análisis, como los efectos provienen de sus causas, como la llave que cierra la bóveda tiene que ser precedida por sus cimientos. Cada nuevo historia-

(63) Bartolomé Mitre: Comprobaciones históricas, pág. 232.

(64) Ibidem.

dor agrega un anillo a la cadena interminable de la tradición, que se eslabona formando sistema, y no puede decir por esto que el último eslabón agregado constituya toda la cadena, y que los anteriores sean inútiles, como decía el Tostado de los libros que se habían escrito antes de él" (65).

En conclusión, para Mitre, era una utopía filosofar sobre el pasado argentino, si no se conocían bien los hechos de ese pasado; la filosofía debía ser una tarea posterior y una consecuencia de la primera. Ahora bien, una historia nunca está completa ya que "Todavía se está escribiendo la historia de Grecia y Roma con novedad, aún sin salir del círculo de los documentos conocidos. Sobre la revolución francesa, respecto de la cual se creía dicha la última palabra, cada día aparecen nuevas historias y nuevas revelaciones que la presentan bajo nuevo aspecto y la explican de distinto modo, como se ha visto en el ruidoso libro de Taine" (66). Aún haciendo "filosofía" a la manera de López y de acuerdo a lo éste entendía como tal, -en realidad era un proceso de abstracción y de síntesis que hacía el historiador sobre una serie de hechos concretos- era preciso, pues, continuar permanentemente con las investigaciones.

Las investigaciones históricas, para Mitre, debían estar siempre apegadas a los hechos. Esta actitud científica, chocaba -como ya hemos señalado- con la de López que confiaba más en la libertad del historiador. Este no debía estar, al menos continuamente, condicionado y limitado en sus posibilidades de recreación del pasado, por las comprobaciones objetivas. Para Mitre no existía duda al respecto; la historia no puede hacerse sin documentos. "Lo que es una verdad -que no obstante ser de Pero Grullo nos permitimos recordar por oportuna-, es que así como

(65) Bartolomé Mitre: Comprobaciones históricas, págs. 232-233.

(66) *Ibidem*, pág. 232.

la filosofía de la historia no puede escribirse sin historia a que se aplique, ésta no puede escribirse sin documentos que le dan la razón de ser, porque los documentos de cualquier género que sean, constituyen más que su protoplasma, su sustancia misma, como aquélla constituyó su esencia: ellos son lo que los huesos que dan consistencia al cuerpo humano y lo que los músculos al organismo a que imprimen movimiento vital: la carne que los viste y la forma plástica que reviste, esa es la historia, como el sentido genérico o abstracto o el ideal que de ella se desprende, es su filosofía". "Sin documentos, no se puede escribir ni un poema, ni un romance, ni formular siquiera un juicio acertado en teoría, sea en el orden de los hechos, sea en el orden de las ideas, así en literatura como en ciencias especulativas o experimentales, porque ellos constituyen los elementos de toda inspiración, de toda fantasía, de todo raciocinio, aún cuando la facultad creadora intervenga en su fecundación" (67).

El párrafo arriba citado es revelador, pues, de la gran importancia que Mitre dio a los documentos y al conocimiento de las fuentes. Sin documentos, y abandonados solamente a la tradición como fuente, se compromete -piensa- el rigor y la seriedad y, por lo tanto, los resultados de la obra del historiador.

Los documentos, para Mitre, deben someterse a un tratamiento exhaustivo; es necesario que se distribuyan en conjuntos o sistemas y así, el historiador debe relacionarlos para encontrar, justamente a través de ellos, la conexión de los diversos acontecimientos. "Y cuando decimos documentos -afirma Mitre- no nos referimos simplemente a textos desautorizados o papeles ais

(67) Bartolomé Mitre: Comprobaciones históricas, pág. 233.

lados, sino a un conjunto de ollos que formen sistema, que se correlacionen y contrasten entre sí, se expliquen o corrijan los unos por los otros, y presenten los lineamientos generales del gran cuadro que el dibujo y el colorido complementarán, sirviendo de comprobante a la idea que sugiera o de fl se desprenda, o sea la filosofía que de todo ello se deduzca. Y no basta conocer uno ni muchos documentos; es necesario conocerlos todos, pues uno sólo que falte puede anular o dar diverso significado a todos los demás" (68).

Para Mitre, en definitiva, la historia es una ciencia; una operación racional, no intuitiva y que debe buscar y explicar la concatenación lógica y causal de todos los hechos del pasado, aún los que aparezcan como más fortuitos, sin perjuicio de que luego, en base a ellos, sean posibles una serie de especulaciones más o menos acertadas. Esto -la filosofía de la historia, o al menos lo que nuestros autores entendieron como tal- debía ser siempre una consecuencia del previo y riguroso tratamiento de las fuentes.

La polémica entre Vicente Fidel López y Mitre fue -como señala Rojas (69)- el enfrentamiento de dos temperamentos opuestos de los que derivaron dos maneras diferentes de entender la historia y, por lo tanto, de investigarla y escribirla. El uno atendiendo a la tradición oral, a la imaginación y a la expresión artística; y el otro, al documento y a la expresión desapasionada y justa; más que acentar principios antagónicos, establecieron criterios complementarios. Al ser más lógico Mitre, al fundar su labor en la objetividad de las fuentes, su obra ha resultado más segura y ha tenido mayor influencia y trascendencia en el posterior desarrollo de los estudios históricos argen

(68) Bartolomé Mitre: Comprobaciones históricas, pág. 233.

(69) Ricardo Rojas: op. cit., pág. 180.

tinios. "El tiempo -dice Rojas- ha respetado su obra, la cultura ha afirmado sus métodos por el rumbo que él señaló. Mitre resulta así uno de los padres de la historia argentina, con López a su vera; pero resulta él solo, un precursor de la moderna crítica histórica y un fundador de sus disciplinas auxiliares" (70).

Cuando Mitre publicó las Nuevas Comprobaciones y completó definitivamente con ellas las Comprobaciones históricas, la polémica concluyó. Hasta tal punto se había mantenido siempre dentro de los límites académicos y científicos que, con el tiempo, las pequeñas asperezas se suavizaron y tanto López, como Mitre, manifestaron reiteradamente su respeto por el otro y el aprecio por sus respectivas obras. Quizá, tomaron conciencia de que, con sus personales maneras de hacer la historia, ambas diferentes y al mismo tiempo complementarias, estaban echando los cimientos de la moderna historiografía hispanoamericana.

(70) Ricardo Rojas: op. cit., pág. 181.

477

- CAPITULO IX -

478

OTROS HISTORIADORES
DEL PERIODO ROMANTICO

I - LOS APORTES DEL URUGUAYO ANDRÉS LAMAS

Por varios motivos consideramos a Andrés Lamas, uruguayo, como integrante del grupo de hombres que constituyeron la generación romántica argentina y como definitivamente ligado a la historia de la cultura argentina. Lamas consideró a la Argentina como su segunda patria; en ella pasó gran parte de su vida, desarrolló momentos culminantes de su carrera intelectual, se unió por estrechos lazos de amistad y trabajo con los máximos representantes de la intelectualidad argentina y, en definitiva, sus aportes literarios, historiográficos principalmente, han servido para la evolución de la cultura tanto en Uruguay como también en la República Argentina.

Nació Lamas en Montevideo, el 2 de Marzo de 1817, y murió en Buenos Aires el 23 de septiembre de 1891. Su carrera pública - como político y escritor - se desarrolló en las dos ciudades del Río de la Plata. Cuando contaba dieciocho años se inició en el periodismo y a los veinte, en las tareas de gobierno.

Durante los años del sitio, Montevideo le contó entre sus más fervorosos defensores. De esa época es su vinculación con los jóvenes emigrados argentinos que se hizo cada vez más estrecha con el correr de los tiempos. Con ellos compartió sus trabajos periodísticos, a veces en diarios fundados por él mismo. Echeverría, Alberdi, Florencio Varela, Carlos Tejedor, Bartolomé Mitre, Juan María Gutierrez, José Rivera Indarte, Luis L. Domínguez, todos destacados miembros del grupo de intelectuales de la generación de 1837, se contaron entre sus mejores amigos. Fue redactor de "El Sastre", "El Nacional", director del mismo "El Nacional", fundador de "El Iniciador". Este último, daría cabida, en sus páginas, a tantos artículos de los jóvenes antirrosistas que habían encontrado en Montevideo el generoso refugio para su expatriación. Colaboró, asimismo, en "El Comercio del Plata" que dirigía Florencio Varela y en "El Conservador" de José Mármol.

Con el mismo ardor que los argentinos, combatió Lamas en el periodismo, a Juan Manuel de Rosas. Parte de sus artículos salie

ron luego en folletos y en un libro con el título de Las agresiones de Rosas. Su lucha contra la tiranía no fue sino un capítulo de su defensa del liberalismo al que con tanto entusiasmo entregó sus inquietudes políticas. Llegó, incluso, a presidir la "Asociación Nacional", logia cuyos miembros - entre los más destacados se encontraban Bartolomé Mitre y Manuel Herrera y Obes - mediante juramento secreto se comprometían a luchar por el derrocamiento de Rosas. "La Nueva Era" fue el título del órgano de la Asociación.

Su carrera política en Uruguay, fue larga e intensísima. Sin embargo, producida la caída del gobierno de Rosas, y sintiéndose definitivamente ligado al destino de los antiguos emigrados, se trasladó a Buenos Aires. En la capital argentina desplegó una brillante labor de publicista y bibliógrafo. Su famosa casa de la calle Viamonte fue, además, museo, biblioteca -americanista sobre todo - y archivo histórico. También centro de reunión de los hombres de su generación y de estudiosos más jóvenes.

La "Revista del Río de la Plata" que tanta importancia ha tenido en el desarrollo de los estudios humanísticos en general e históricos en particular, le contó no sólo como co-director, sino también como permanente colaborador.

Andrés Lamas realizó una extensa labor intelectual. Abarca ésta, aspectos de sociología, geografía, derecho internacional, diplomacia, política, economía e historiografía. Sorprende la solidez de sus conocimientos y la cultura que poseyó y que le permitieron cultivar los más variados géneros históricos. Quizá su mérito más destacable resida en la minuciosa, laboriosa, tarea de documentalista, de revisor metódicos de documentos y antigüedades, de copista, coleccionista y crítico. Si bien - como señala Rómulo Carbia - no produjo más que monografías históricas sobre problemas rioplatenses, su trabajo es de indudable calidad y trascendencia y ha sido sumamente utilizado por investigadores posteriores. Todo ello ha hecho que su significación en la historia de

la cultura sea innegable, como el mismo Carbia lo ha reconocido (1).

Para conocer la obra historiográfica de Andrés Lamas, extensa y diseminada en gran cantidad de libros y artículos de periódicos y revistas, nos parece imprescindible recurrir a la Bibliografía del Padre Guillermo Furlong (2). Se trata de una obra exhaustiva y minuciosa, aunque - como su mismo autor reconoce - no completa, debido a que muchos artículos dispersos, aún no han podido ser recopilados y, además, muchos de ellos ni siquiera fueron firmados, lo que dificulta su identificación.

Ricardo Rojas (3), propone una clasificación simple dentro de la copiosa producción literaria de Lamas: 1º, escritos políticos; 2º, escritos históricos. Los primeros se relacionan con su vida de liberal militante, sobre todo en el período comprendido entre los años 1836 y 1856; y los segundos, los producidos por Lamas en Buenos Aires. Estos últimos, son, como hemos señalado, trabajos de información y de erudición, pero de gran utilidad para la elaboración historiográfica posterior. Así lo reconoce el mismo Rojas cuando, con respecto a Lamas, dice: "Fue solamente un erudito, y un erudito de menudas cosas rioplatenses; juicio éste que no implica negar su mérito, sino calificarlo, definiendo, por su carácter y proporciones, la utilidad innegable de su obra" (4).

(1) Rómulo D. Carbia: Historia crítica de la historiografía argentina. Desde sus orígenes en el siglo XVI, Buenos Aires, 1940, pág. 104.

(2) Guillermo Furlong Cardiff S.J.: Bibliografía de Andrés Lamas. En: Cincuentenario de la Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1944.

(3) Ricardo Rojas: Los proscriptos. En: La Literatura Argentina. En: Obras, t. XIII, Buenos Aires, 1925.

(4) Ibidem, pág. 618.

Las investigaciones estrictamente históricas de Lamas, pese a su carácter de obras de erudición, también admiten una clasificación de acuerdo a la temática de que se ocupan: 1º, las investigaciones sobre historia colonial; 2º, los estudios de historia uruguaya; y 3º, los estudios de historia argentina. Dada la gran cantidad de trabajos en que están contenidas estas investigaciones, consignaremos solamente aquellas que, por su envergadura, han significado mayor aporte a la historiografía rioplatense, y algunos, de carácter político, que son un testimonio de las circunstancias históricas en que vivió el autor y que, en gran medida, compartió con los representantes del romanticismo argentino.

En 1837, Lamas publicó en Montevideo su artículo Impugnación a la obra de Juan Bautista Alberdi (5). Es, sobre todo, un artículo de tipo político, una reacción del militante liberal contra ciertos criterios contenidos en el Fragmento preliminar al estudio del derecho, 1837, de Alberdi, y que fueron interpretados como elogios a Rosas o, al menos, como una actitud excesivamente comprensiva de Alberdi hacia él (6). El folleto, de escasas páginas aunque inflamadas de pasión política, contiene expresiones exageradas y crueles que alcanzan, incluso, a la tradición hispánica, lo cual, le da un valor solamente anecdótico. Por suerte, lo cual habla de la serenidad y moderación posteriores de Lamas, esta actitud no persistió demasiado tiempo, "ya en 1843 pensaba de muy otra manera. Su cultura y buen sentido le habían hecho variar en sus juicios y asertos antihispánicos" (7).

Dentro de esta producción inicial de Lamas, cargada de un fuerte contenido político, se incluyen sus Apuntes históricos sobre las agresiones del dictador argentino D. Juan Manuel de Rosas contra la independencia de la República Oriental del Uruguay, pu-

(5) En : Andrés Lamas: Escritos selectos, t.1. Montevideo, 1922

(6) Ver cap. IV del presente trabajo.

(7) Guillermo Furlong : op. cit., pág. 22

blicados en 1849, en base a artículos periodísticos que aparecieron en "El Nacional", en 1845. De ellos, se hizo luego una tercera edición (8) con el título de Escritos políticos y literarios de D. Andrés Lamas durante la guerra contra la tiranía de D. Juan Manuel de Rosas. En la Advertencia de la segunda edición, Lamas reconoce la prisa con que los artículos fueron confeccionados: "En 1845 escribimos para el Nacional los artículos que forman este libro ... Escribíamos de un día para el otro, y a grande prisa porque consultábamos de paso, crecidísimo número de papeles y documentos, lo que nos llevaba lo mejor de nuestro tiempo". Es por ello que "la redacción padece, por consecuencia, de suma incorrección ..." Sin embargo, justifica la edición de los artículos: "lo hacemos sin trepidar, porque esta obra es la única que, hasta hoy, reúne mayor copia de los documentos y noticias que es necesario consultar para apreciar correctamente el sistema de Rosas y sus agresiones contra la Independencia de nuestro país" (9).

La edición de 1849, publicada en pleno fragor de la lucha contra Rosas y cuando todavía no se había formado el Ejército Grande que lo derrocaría, tuvo una enorme difusión, al punto de verse al poco tiempo agotada. De los doscientos diez ejemplares que la componían, muchos fueron enviados a Brasil y a Europa.

Los enemigos de Rosas consideraron a los escritos de Lamas como un verdadero testimonio histórico. En realidad, dadas las circunstancias en que aparecieron, y los objetivos que el autor perseguía, ello no podía ser así. Lamas, en carta dirigida al General Enrique Martínez, con gran sentido de la justicia histórica,

(8) Coleccionados por Angel J. Carranza, Buenos Aires, 1877.

(9) Andrés Lamas: Apuntes históricos sobre las agresiones del dictador argentino D. Juan Manuel de Rosas contra la independencia de la República Oriental del Uruguay, Montevideo, 1849. Citado por Guillermo Furlong: op. cit., pág. 103.

reconoce que al ser una obra de combate político, carece de imparcialidad: "Mi escrito no es rigurosamente histórico desde que, como se ve, está destinado a servir a los intereses actuales del país, inculcando las administraciones de Rosas y defendiendo con ahínco todas las del Sr. General Rivera, y como todo escrito polémico, destinado a la prensa diaria, no es extraño que adolezca de muchas inexactitudes. Cuando se escriba verdaderamente la historia que pronuncia fallos durables, el que lo haga mirará mis Apuntes como un papel de los que no se deben tomar por guía absoluta y examinará los hechos con detenimiento!" "Yo por otra parte, escritor contemporáneo, hombre de partido, no puedo ser imparcial" (10).

La tesis fundamental de Lamas es que, para solucionar los problemas nacionales, se oponen dos concepciones de vida diferentes y contrapuestas: la colonial y la nueva. Para él, Rosas es un producto típicamente colonial. Para explicarlo y entenderlo, pues, es necesario estudiar el medio colonial que lo ha producido. Coincidiendo con Echeverría, vé Lamas dos tipos de ligazones que afe-rraban a los pueblos americanos a la metrópolis española, una de ellas aún no desatada: "Dos cadenas nos ligaban a la España: una material, visible, ominosa; otra no menos ominosa, no menos pesada, pero invisible, incorpórea, que como aquellos graves incomprensibles que por sutileza lo penetran todo, está en nuestra legislación, en nuestras costumbres, en nuestros hábitos y todo lo ata, y a todo le imprime el sello de la esclavitud y desmiente nuestra emancipación absoluta. Aquella pudimos y supimos hacerla pedazos con el vigor de nuestros brazos, ésta es preciso que desaparezca también si nuestra personalidad ha de ser una realidad; aquélla fue la misión gloriosa de nuestros padres; ésta es la nuestra". "Hay que conquistar la independencia inteligente de la nación; su independencia civil, literaria, artística, industrial, porque las

(10) Citado por Guillermo Furlong: op. cit., pág. 103.

leyes, la sociedad, la literatura, las artes, la industria, deben llevar, como nuestra bandera, los colores nacionales, y como ella, ser el testimonio de nuestra independencia y nacionalidad" (11). La revolución emancipadora perturbó los espíritus coloniales y trajo aparejada la introducción del pensamiento europeo del siglo XVIII.

Para caracterizar a Rosas, recurre a analizar todas las circunstancias históricas en las que se produjo su aparición y que serán lo que explicarán su larga permanencia en el poder. Rosas no aisló al país, como hizo el dictador Francia del Paraguay; por el contrario, produjo una conflagración y un trastorno completo. Rosas, por otro lado, exacerbó el localismo, característico de la raza española y fomentó el odio y la división entre las provincias con lo cual, las debilitó y posibilitó el triunfo del centralismo de Buenos Aires. También considera Lamas que Rosas usó en su provecho la exaltación de los sentimientos religiosos que se habían resentido a raíz de las reformas rivadavianas. Rosas es para Lamas, un digno discípulo del absolutismo español y por ello contó con el apoyo de la sociedad dominada por las tradiciones hispánicas en que vivió, ya que éstas subsistían a pesar de la obra de la Revolución de Mayo.

Rosas representa la colonia; sus opositores la revolución. Hay un juego de enfrentamiento dialéctico en el que las fuerzas del progreso y la civilización, representados por la generación de Mayo, luchan contra el pasado y la opresión que Rosas representa. Esta es la interpretación histórica que llevó a Lamas a la acción política y a la lucha contra la tiranía. Lo histórico, en sus escritos, es todavía circunstancial; no aparece aún en esta obra el erudito, sino el hombre de acción a quien la historia estimula a luchar.

(11) Citado por Raúl Montero Bustamante: Ensayo sobre Andrés Lamas. En : Ensayos. Período romántico. Montevideo, 1928, págs. 15-16.

En 1849, iniciando su obra de recopilación y sistematización documental, publicó Lamas, en Montevideo, la Colección de Memorias y documentos para la Historia y la Geografía de los Pueblos del Río de la Plata. Lamentablemente, carece de introducción o prólogo. Está formada por la reproducción de treinta documentos, cada uno de ellos precedido por una noticia o pequeña introducción. Era el primer tomo de una serie que pensaba seguir publicando.

Entre los trabajos de mayor trascendencia, emprendidos por Lamas, figuran sus introducciones a las obras del Padre Lozano, de 1783, y a la similar del Padre Guevara, de 1883. Ambas formaban parte de la "Biblioteca del Río de la Plata", colección de obras y documentos para la historia física, política y literaria del Río de la Plata que publicaba Lamas. En ambas, demuestra su capacidad para la erudición y el manejo bibliográfico, en los que fue un verdadero precursor en la historia de la historiografía rioplatense.

La Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán escrita por el Padre Pedro Lozano, de la Compañía de Jesús, fue una edición en cinco volúmenes. La Introducción de Lamas, que fue luego reproducida en la ya mencionada edición de sus Escritos Selectos, consta de dos partes de desigual valor. La primera, que es también la más importante, se ocupa de la vida del Padre Lozano, de su obra histórica, de los méritos de la misma y de sus contenidos. A pesar de que luego el trabajo de Lamas fue superado, en su momento fue un verdadero aporte para la divulgación de la obra de Lozano, fuente de capital importancia para el conocimiento de la historia colonial del Río de la Plata. La segunda parte, de mucho menos valor, sirve de excusa a Lamas para desarrollar ideas peregrinas sobre el origen del hombre americano, tema para el cual carecía de la formación y los conocimientos mínimos indispensables. Para la edición de la obra del jesuita Lozano, Lamas usó el código existente en la Bibliote-

ca Nacional de Montevideo que, según Furlong (12), no es el mejor ya que el más perfecto se encuentra en la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile. Evidentemente, Lamas optó por el que tenía más a mano.

En 1882, publicó Lamas una edición en la "Biblioteca del Río de la Plata" de la Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán, escrita por el Padre José Guevara de la Compañía de Jesús, que había sido anteriormente editada por Pedro de Angelis. Si bien Lamas se propuso publicar el texto completo, sólo alcanzó a editar las ocho primeras décadas que componen el que debía ser el tomo primero. Se valió de una copia antigua, inferior a las de los códices de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y la de Río de Janeiro, que fueron usadas en 1908 por Paul Groussac en una versión que resultó de mayor calidad que la de Lamas. Esta última, contiene errores, señalados por el erudito Padre Furlong quien, además, desapruaba los juicios de Lamas contenidos en la Introducción que precede a la obra. "En cuanto al juicio que hace Lamas de la obra de Guevara, no parece diferir del que en 1863 había expuesto José Manuel de Estrada en las páginas de la "Revista de Buenos Aires". Lamas transcribe y hace suyas las afirmaciones del insigne maestro y a la par del mismo juzga que el mérito de Guevara se halla en un término medio entre los ditirambos entusiastas de de Angelis y las acervas y mordaces afirmaciones de Azara"(13).

Interesó vivamente a Lamas la figura y la obra del Presidente reformista argentino Bernardino Rivadavia. Para estudiarla, realizó intensas investigaciones en archivos y, finalmente, pudo publicar una primera aproximación a lo que debía ser una biografía de Rivadavia. Se trataba de una publicación en colaboración, de la cual, toda la primera parte pertenece a Lamas. Este, en el

(12) Guillermo Furlong: op. cit., pág. 289.

(13) Ibidem, pág. 304.

trabajo, aclaró alcances del mismo y sus criterios metodológicos: "El estudio que emprendí de los actos de la vida pública del Sr. Rivadavia, tuvo ... por último objeto precisar bien los hechos, conocer las circunstancias en que se produjeron, y por un método a la vez crítico y narrativo, llegar a presentarlos de manera que resultase ... la verdad de los hechos mismos ... Los actos administrativos, me ha impuesto una labor pesadísima, porque no tenemos todavía ningún ensayo de historia administrativa. He debido recurrir a los documentos, que ni siquiera están reunidos y clasificados en parte alguna" (14). Lamas aclaró que las circunstancias de la publicación, habían hecho que ésta fuera inferior, en sus límites, a la investigación realizada. Por ello, anunció que preparaba un libro del que, incluso, adelantó el título "D. Bernardino Rivadavia y su tiempo" (15). La publicación no se hizo ya que Lamas aún la preparaba cuando murió. Del material recopilado y de las partes ya escritas - que llegaron a entusiasmar a Mitre, que las conoció - se realizaron algunas publicaciones parciales: La legislación agraria sobre Rivadavia (16); La obra económica de Rivadavia (17); Bernardino Rivadavia. La reforma agra -

(14) D. Bernardino Rivadavia. Libro del Primer Centenario de su natalicio publicado bajo la dirección de Andrés Lamas, Vice-presidente de la Comisión especial, con la colaboración de los Sres. que la componen, Doctores D. Enrique S. Quintana, D. Adolfo Lamarque y D. Angel J. Carranza, Buenos Aires, 1882, pág. 4.

(15) Ibidem, pág. 5.

(16) En: "Nueva Revista de Buenos Aires", Año III, t. VII, Buenos Aires, 1883

(17) Buenos Aires, 1917

ria (18); y Estudios sobre la legislación agraria de Rivadavia (19). Lamentablemente, parte de los originales del que debía convertirse en Rivadavia y su tiempo se perdieron. Los títulos antes mencionados, al menos revelan la importancia que Lamas dio en el trabajo a lo económico, tema no habitual en la historiografía argentina de su tiempo, aunque sí objeto de preocupación en algunos hombres de la generación romántica como Echeverría y Alberdi.

La primera publicación de Lamas sobre Rivadavia, despertó amplia aceptación. Como muestra de ello, reproducimos el juicio que mereció a Vicente G. Quesada: "Esta parte fue encomendada al Sr. Andrés Lamas, que lo ha desempeñado con el talento y la erudición que le distinguen. La tarea que ha desempeñado el Sr. Lamas es notable; no es la biografía de Rivadavia, puesto que sólo comprende dos épocas de su vida, en las cuales estudia el historiador hechos de trascendente importancia. "(Después de anunciar la preparación de una biografía más completa, elogia Quesada la labor metodológica del autor: "El Sr. Lamas apoya sus apreciaciones y juicios en documentos, que cita ó reproduce según conviene a la importancia de la tesis que sostiene. De manera que el lector forma su propio criterio sin que el autor autoritativamente se lo imponga " (20).

Una de las más importantes producciones históricas de Andrés Lamas y con la que pensaba coronar su obra de historiador, fue El Génesis de la Revolución e Independencia de la América Española, obra de la que solamente se publicó la primera parte, ya que, cuando estaba en prensa la segunda, su autor murió. En las primeras páginas del texto, anticipó Lamas el sumario de la obra que es suficientemente expresivo para conocer la posición del autor

(18) Buenos Aires, 1919.

(19) En: "Nueva Revista de Buenos Aires", Año III, t. VII, Buenos Aires, 1883

(20) En: "Nueva Revista de Buenos Aires", Año II, t. VI, Buenos Aires, 1882, págs. 151-156.

con respecto a la colonización americana: "El descubrimiento. Los indígenas. Para la reina Isabel el objetivo principal era la cristianización y civilización de los naturales de las nuevas tierras; pero para los conquistadores, el objetivo único, era la adquisición de las riquezas auríferas. Ilusiones y desengaños de Colón. Escasez de oro y de brazos en las tierras descubiertas. El poder real trata de hermanar la libertad y los derechos de los naturales que reconoce, con la necesidad de obtener su trabajo. Los repartimientos. Atrocidades del gobernador Ovando y de los conquistadores de la Española y en las otras islas y costas del continente inmediato, para someter a los naturales al trabajo forzado y mortífero, por la violencia, llevada hasta el exterminio. La conquista entregada a los aventureros para que la hagan por sus medios y por su cuenta. Compañía mercantil organizada por Pizarro para el saqueo y reparto de los tesoros del Imperio de los Incas. Derrumbe de este imperio. Las guerras civiles. Semillas de la conquista opresora de los aventureros. " (21)

Con respecto a los juicios que Lamas emitió en sus obras de juventud, se ve que si bien sigue considerando a la conquista americana como una empresa de aventureros, al menos deja a salvo las buenas intenciones de la corona española. Lo más interesante de la obra es la conexión que establece entre los movimientos revolucionarios americanos y la organización colonial que contenía en sí los gérmenes de la rebelión, "comienza explicando el convencimiento de que las causas más lejanas que influyeron en la uniformidad de la Revolución en todas las secciones de la América Española, tienen su raíz en las condiciones en que se realizó el Descubrimiento, su conquista y su organización social y política." (22)

(21) Andrés Bello: El Génesis de la Revolución e Independencia de la América Española, La Plata, 1891.

(22) Ricardo Levene: Conmemoración del Centenario del Instituto Hispánico y Geográfico del Uruguay, Montevideo, 1943, pág. 26.

La aparición de El Génesis fue elogiosamente recibida, sobre todo por los partidarios de considerar en forma negativa a la obra de España en América. Así, Monner Sans, afirma: "...el Dr Lamas si tiene palabras de aplauso para ese puñado de valientes que acometieron la conquista despreciando penalidades y rigores, tiene frases, y frases duras, contra esos aventureros cuya sed de riquezas los llevó a cometer los sangrientos crímenes que registra la historia de aquellos tiempos." (23) Críticos más serenos, como el mencionado Levene, han reconocido lo exagerado e injusto de los juicios generalizadores de Lamas: "El trabajo citado termina en una teoría sobre la devastación de la conquista española que no concuerda con las amplias compilaciones históricas modernas que admiten los estragos de la violencia en el período de la guerra en América, pero reconoce la existencia de una labor en la colonización económica y jurídica de Indias." (24)

Entre los numerosos artículos sobre historia americana que Lamas escribió, hay algunos dedicados a la figura del descubridor del Río de la Plata, Juan Díaz de Solís: "Juan Díaz de Solís. Descubridor del Río de la Plata", que apareció en la "Revista del Río de la Plata" en 1871; "La patria de Juan Díaz de Solís. Descubridor del Río de la Plata", en la "Nueva Revista de Buenos Aires", en 1884; además del "Segundo estudio sobre don Juan Díaz de Solís" que dejó inédito.

Con respecto a historia argentina, que constituyó otra de las temáticas que preocuparon a Lamas, publicó en 1872, en la "revista del Río de la Plata", "La revolución de Mayo de 1810", artículo en el que analiza los primeros pasos de la revolución a través de las "Actas del Cabildo de Buenos Aires" de los días 21 a 25 de mayo de 1810. Sostiene la tesis de lo que se ha llamado la "máscara

(23) Ricardo Monner Sans: Dr Andrés Lamas. Bosquejo crítico literario, Buenos Aires, 1891, pág. 15.

(24) Ricardo Levene: op. cit., pág. 26.

fernandina", es decir que el juramento de fidelidad a Fernando VII que hicieron los hombres de la Primera Junta de Gobierno de Buenos Aires, fue solamente un acto de conveniencia política y circunstancial que escondía las verdaderas intenciones separatistas que ellos sostenían.

En 1872, también en la "Revista del Río de la Plata", publicó Antecedentes de la Revolución de Mayo. Defensa popular de Buenos Aires contra el ejército inglés en el año 1807, en el que hace un estudio basado en documentos auténticos, sobre las causas, el desarrollo y consecuencias de la segunda invasión inglesa a Buenos Aires.

Hacia el final de sus días, Lamas, había logrado realizar una obra de sistematización documental verdaderamente monumental. Había hecho colecciones de documentos, debidamente clasificados y analizados, relativos a la historia de América; había además interrogado a los sobrevivientes de la etapa revolucionaria y a cuantos habían tenido relación con ella. Esa es la gran ventaja que tanto Lamas como otros miembros de su generación - como es el caso de Vicente Fidel López - por razones de edad y de posición social tuvieron. En parte, el material lo volcó en las numerosas monografías que escribió, algunas de las cuales - las más importantes - hemos mencionado; en parte lo reservó para las grandes producciones históricas que proyectaba y no alcanzó a concretar o terminar. Es necesario tener en cuenta que todo lo realizó en un momento en que, al menos en Argentina, no existía un verdadero dominio de las técnicas de investigación y de las disciplinas auxiliares de la historia. Además, los archivos no se habían organizado, ni se manejaba suficiente bibliografía histórica.

Una definitiva muestra de la capacidad erudita e investigadora de Lamas, se vio cuando el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires creó una comisión, el 18 de febrero de 1872, integrada por Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López, Juan María Gutiérrez y Andrés Bello, para que estudiara acerca de los documentos que, para

el definitivo conocimiento de la historia del Río de la Plata en su etapa colonial, era necesario copiar en archivos y bibliotecas españoles. En la Nota de la Comisión nombrada para proponer los medios más conducentes para enriquecer la colección de Documentos históricos inéditos, existentes en la Biblioteca pública de Buenos Aires (25), Juan María Gutiérrez, en la Introducción, reconoce que el documento es mérito exclusivo de Andrés Bello ya que éste, fue el verdadero autor del informe. En él, recorre las diferentes etapas de la historia colonial, para comprobar que hay algunas menos conocidas, lo cual se debe, justamente, a la carencia de documentos. Comienza por el momento del descubrimiento del Río de la Plata, del que, lógicamente no existía documentación en América. Con gran conocimiento del tema y con una adecuada orientación crítica y metodológica, señala cuál es la documentación que se debía buscar. En algunos casos, indica documentos concretos, como es el caso del proceso que se hizo a Gaboto cuando regresó a España. Así, continúa todo el informe; señala momentos de la historia colonial e indica, o bien las vías para hallar la documentación, o bien las referencias de documentos exactos y de los receptorios en los que se hallan.

Recomienda especialmente Bello la búsqueda de las Memorias de los virreyes y gobernadores; de documentos sobre el origen del Virreinato del Río de la Plata, así como de los originales o las copias de las primitivas relaciones o crónicas hechas durante la época colonial; entre ellas, le parecen importantes las compuestas en Italia por los jesuitas rioplatenses desterrados en tiempos de Carlos III: Iturri, Juárez, Sánchez Labrador, Morales y otros.

Consciente de la necesidad de considerar al factor geográfico para el estudio de la historia, recomienda la copia de cartas, mapas, vistas de lugares y derroteros gráficos. Incluso, señala

(25) En: "Revista del Río de la Plata", t. V, Buenos Aires, 1873, págs. 502-538.

la importancia de lo existente, al respecto, en el Depósito Hidrográfico de Madrid.

También insiste Lamas en la extraordinaria importancia que para las investigaciones en historia americana tiene el Archivo General de Indias establecido en Sevilla. Indica legajos concretos y recomienda cierta cautela, por cuanto cree tener noticia de la falta de rigor en la clasificación y ordenación de la documentación allí existente.

La Nota revela no sólo el interés de Lamas por la documentación histórica, sino también sus sólidos criterios metodológicos y su profunda preocupación por el conocimiento del período histórico colonial americano. Constituye -como lo reconoce el especialista Furlong (26)- un formidable programa de trabajo histórico que, lamentablemente, no se cumplió.

Con motivo de la muerte de Andrés Lamas, su amigo Bartolomé Mitre, destacado miembro del grupo de románticos argentinos, publicó una nota necrológica en el diario "La Nación" de Buenos Aires, que bien puede servir de resumen de la obra del autor y de su trascendencia para la cultura rioplatense. Recuerda Mitre la etapa combativa de Lamas en defensa de sus ideales liberales y, al hacer el elogio de los escritos contra Rosas, exagera su valor como documento histórico: "...su notable libro titulado "Agresiones de Rosas al Estado del Uruguay", es el proceso documentado más tremendo que se haya formado jamás a la tiranía de Rosas, fundando todas sus acusaciones en los mismos documentos públicos del tirano, con páginas que hacen recordar a Tácito" (27).

Emite Mitre un juicio general sobre la importancia de la totalidad de la obra del historiador uruguayo que bien puede darnos

(26) Guillermo Furlong: op. cit., pág. 291.

(27) Bartolomé Mitre: Andrés Lamas. En: Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay: Homenaje a B. Mitre en el cincuentenario de su muerte, Montevideo, 1956, pág. 10.

la pauta de sus valores: "La obra de Lamas... está diseminada en diarios, revistas, opúsculos, registros oficiales, archivos y li bros que constituyen una masa de trabajo y de estudio, que revelan a la vez que una poderosa inteligencia, una labor inmensa, con un caudal de variada erudición enciclopédica, en que su alma activa buscaba y encontraba su equilibrio"; y finaliza con el elo gio del trabajo póstumo del autor: "Su libro "Rivadavia y su tiem po" que se ocupaba en terminar en esta última época, bastaría pa ra formar la gloria de un hombre. Su último trabajo, es "El Géne sis de la revolución y de la independencia de la América Española", de lo que sólo se ha publicado una parte" (28).

(28) Bartolomé Mitre: Andrés Lamas, pág. 12.

II - LA OBRA DE RIVERA INDARTE

José Rivera Indarte es una de las personalidades más discutidas del grupo de hombres que combatieron a Rosas y vivieron y actuaron en el exilio. "Contradictoria figura, exacrada por unos, redimida por otros en los cortos años de su existencia, y todavía fluctuando entre el desprecio y la absolución cuando se le arranca del olvido" (29).

Nació Rivera en Córdoba, el 13 de agosto de 1814 y era hijo del extremeño José Rivera, que se había destacado en la defensa durante las invasiones inglesas, y de Trinidad Indarte. Si vida fue breve, tormentosa y polémica. Sus adhesiones a la dictadura y su posterior oposición a ella, sus panfletos apasionados y exagerados, sus actitudes en general, hicieron que se le tomara con reservas entre sus contemporáneos y se lo discutiera por quienes posteriormente, se ocuparon de él y de su obra.

Siguió estudios de latinidad y filosofía en la Universidad de Buenos Aires, donde fue condiscípulo de Vicente Fidel López, quien, en su Autobiografía, ha dejado de Rivera una triste imagen: "Solía aparecer por allí Rivera Indarte vendiendo un periódico manuscrito suyo, lleno de calumnias e insultos a profesores y estudiantes. Tendría entonces dieciséis o dieciocho años. Cuando los injuriados lo pillaban, lo molían a palos y moquetes; y cuando hufa, lo corríamos en tropel... Desde entonces este Rivera Indarte -un canalla, cobarde, ratero, bajo, husmeante y humilde en apariencia, como un ratón cuya cueva nadie sabía- tenía mucho talento y un alma de lo más vil que pueda imaginarse" (30). Exacrado por sus compañeros de estudio, expulsado luego de las au-

(29) Rafael Alberto Arrieta: Las letras en el destierro. En: Historia de la Literatura Argentina dirigida por Rafael Alberto Arrieta, t.II, Buenos Aires, 1960, pág. 143.

(30) Vicente Fidel López: Autobiografía. En: Evocaciones históricas, Buenos Aires, 1929, págs. 29-30.

las, se convirtió pronto en uno de los más serviles exégetas de Rosas, a través del periódico oficial de la "Gaceta Mercantil", en la que defendió, además, al presidente uruguayo Fructuoso Rivera. Con el apoyo de éste, se trasladó a Montevideo a los dieciocho años donde fundó "El Investigador". Volvió a Buenos Aires en 1834; reingresó en la Universidad y continuó su carrera periodística.

De 1835 es su folleto El voto de América o examen de si convendría o no a las Repúblicas de América el reconocimiento de su independencia por la España, en el que adopta actitudes totalmente opuestas a la hispanofobia dominante entre la juventud de la época.

De su etapa de mayor fervor rosista son su Himno Federal, compuesto a los diecinueve años y el Himno de los Restauradores, a los veinte años. Poco tiempo después compondría el Himno de los emigrados argentinos.

Una denuncia del General Oribe por deslealtad, le llevó a la cárcel. Salió transformado y arrepentido de su apoyo a Rosas. Viajó clandestinamente a los Estados Unidos, estuvo en Nueva York y, al poco tiempo, regresó al Río de la Plata, instalándose en Montevideo. Allí, inmediatamente, comenzó su campaña contra Rosas con el mismo entusiasmo y apasionamiento con que antes lo había defendido. Esta campaña la desarrolló en "El Nacional" y en otros órganos de la lucha política que se desarrollaba en Montevideo contra el dictador argentino. El rencor y la venganza son las notas dominantes de su pluma tremendamente detractora. Quizá, en parte, ello se haya debido a que tuvo que justificar y compensar su actitud anterior, frente a quienes compartían con él el exilio y a quienes hasta poco tiempo antes había atacado y calumniado.

En 1845 hizo crisis en Rivera Indarte una afección pulmonar que lo afectaba desde tiempo atrás. Por razones de clima se refugió en Río de Janeiro. Allí escribió su último artículo: La intervención en el Río de la Plata. Murió en la isla de Santa

Catalina el 19 de agosto de 1845. Si bien despertó en sus compañeros de emigración juicios encontrados -Mitre y Gutiérrez la defendían; Echeverría y López la despreciaban- su muerte en plena juventud borró, en parte, las reacciones que sus actitudes provocaban. Echeverría le dedicó un emocionado recuerdo en la Ojeada retrospectiva y el general José María Paz le llamó "admirable generoso de la libertad". En general, fue exaltado como héroe y mártir de la lucha contra el despotismo.

Rafael Alberto Arrieta afirma que nadie, en la proscripción, empleó un lenguaje más lleno de epítetos fangosos, nauseabundos, infamantes y nadie mostró una tenacidad mayor y más furiosa en el ataque y la réplica (31). En la saña de sus ataques hubo, sin duda, mucho del fanatismo y la exaltación de los conversos.

Adolfo Saldías, historiador de origen federal, pero respetado por su ecuanimidad y honestidad por los críticos de todas las tendencias, aún los más liberales, afirma que los cambios de actitud operados en Rivera Indarte, se debieron más a motivos personales que a políticos y recuerda, al respecto, aspectos de su vida que revelan su equívoca catadura moral.

El juicio de Saldías es implacable y poco, en realidad, se puede defender a Rivera después de conocerlo: "En don José Rivera Indarte se realizaba el hecho de los que reaccionan ruidosamente contra su propio credo, llegan a ser los sectarios más exaltados del nuevo credo que adoptan y, por consiguiente, los enemigos más implacables del que abandonaron. Habíase operado en él algo de la transfiguración del hombre y de la serpiente a que se refiere Dante... Todo lo que él condenó y escarneció en obsequio y al servicio del partido federal y de Rozas como el priero de los argentinos, a los unitarios como parricidas y causantes de las calamidades de la patria. Después presentó ante los ojos atónitos las escenas cada vez más animadas de un drama de crímenes

(31) Rafael A. Arrieta: op. cit., pág. 144.

y de horrores, cuyo protagonista abominable era Rosas y cuyas víctimas inmoladas inocentes eran los unitarios" (32).

Por supuesto que José Rivera Indarte no fue un historiador. No sólo careció de la preparación mínima necesaria para ello, si no también de la serenidad de juicio y reflexión indispensables para que su obra tuviera cierta objetividad o cierto vallr testimonial. Sin embargo, lo histórico -como a todos los escritores de la generación romántica- le interesó y preocupó; además, sus escritos de combate político pretendían ser un testimonio histórico de su tiempo. A pesar de no reunir las condiciones para ello, como tal han sido considerados muchas veces y han engrosado el caudal de argumentaciones antirrosistas esgrimidas por la historiografía de origen liberal y romántico.

Las obras de Rivera Indarte no han sido compiladas, por lo que Ricardo Rojas (33), propone un plan para lo que podrían ser las Obras Completas del autor. La ordenación que Rojas propone es la siguiente: 1 - Poesías; 2 - Rosas y sus opositores; y 3 - Opúsculos en prosa. Nosotros omitiremos su obra poética -carente de inspiración, por cierto- y con la restante seguiremos el más simple criterio de considerarla cronológicamente: primero los escritos de la época en que Rivera se adhería a Rosas y luego, los de su destierro en Uruguay.

De la primera época son las obras que escribió al servicio del gobierno federal, entre las que destaca Apuntes sobre el asesinato del General Juan Facundo Quiroga, crimen que por cierto adjudica a los unitarios, según trata de demostrar. Hay también una Biografía del Brigadier General Juan Manuel de Rosas, en la que estudia al personaje hasta el momento en que acepta la "suma del poder público", y unos Apuntes para la historia de la expedición

(32) Adolfo Saldaña: Historia de la Confederación Argentina, t.II, Buenos Aires, 1973, pág. 326.

(33) Ricardo Rojas: op. cit., pág. 623.

al desierto; por supuesto, ambas están destinadas a exaltar a Rosas.

En esta primera etapa de la producción de Rivera Indarte, su obra más importante es El voto de América. O sea breve examen de esta cuestión, se trata de un trabajo de pocas páginas, editado en Cádiz, que lleva el siguiente interrogante a manera de subtítulo: ¿Convendría o no a las nuevas Repúblicas de América apresurar el reconocimiento de su independencia enviando embajadores a la Corte de Madrid?. La edición fue ordenada por la reina Cristina en la Imprenta Real y constituyó la recompensa recibida por Rivera después de su campaña para lograr el acercamiento de las jóvenes repúblicas americanas con su antigua metrópoli.

El escrito, comienza con una dedicatoria absolutamente insólita en un hombre de su generación: "A la patria de mis padres" "A tí, madre de mis antepasados, patria del heroísmo, baluarte de la religión, cuna de la libertad; a ti, "Oh España" dedico estos mal trazados apuntes... Sin conocerte te amo, sin conocerte definiendo tu causa, y procuro abrazes a tus hijos los americanos... ." (34). Además de ello, enjuicia severamente a la posición habitual en su época frente a este problema: "Hay ciertos hombres que, a todo trance quieren prolongar el entredicho en que estamos con España. Para llevar a cabo su sistema, inventan razones, forjan sofismas, adulteran hechos, y halagan las ideas de la multitud irreflexiva" (35).

Pienso Rivera que la guerra de independencia no fue realizada contra España, sino contra quienes la oprimían. Es necesario -sostiene- que España reconozca la independencia del país. Existe la independencia de hecho, pero "si nos reconoce España inde-

(34) José Rivera Indarte: El voto de América. O sea breve examen de esta cuestión, Cádiz, 1835, pág. 4.

(35) Ibidem, pág. 5.

pendiente, nuestra independencia será de hecho y de derecho" (36).

Además, el reconocimiento español acarrearía, a las nuevas naciones, otras ventajas: se evitaría que una España enemiga recibiera ayuda de otras naciones para hacer la guerra a América; se evitarían gastos de defensa; "las banderas de las nuevas Repúblicas, flamearían en todos los mares en completa seguridad" (37) ya que España, enemiga, podría impedir los viajes a Europa de barcos americanos; y "el comercio con España sería otra de las ventajas que nos proporcionaría el reconocimiento de nuestra independencia" (38). El voto de América es el escrito más sensato y de mayor sentido práctico de Rivera Indarte, a la vez que es el que lo muestra con un espíritu de justicia histórica poco frecuente en él.

En la etapa de Montevideo produjo Rivera sus escritos antirrosistas, que fueron publicados, sobre todo, en "El Nacional". Los más importantes títulos de esta literatura panfletaria son: Efe- mérides de las matanzas de Rosas, también conocido como Tablas de sangre; el folleto Es acción santa matar a Rosas; sus Biografías y otros artículos y folletos reunidos todos bajo el título de Rosas y sus onositores.

Las Tablas de sangre pretenden enumerar en forma ordenada los supuestos crímenes cometidos por Rosas en los primeros catorce años de su gobierno. Adolfo Saldías (39), demuestra lo exagerado e incluso lo falso del contenido de las Tablas en las que, llegó Rivera Indarte a incluir a los ajusticiados por delitos comunes y hasta a los muertos en los frentes de batalla. Pese a sus falsedades, es indudable que las Tablas constituyeron un efficacísimo instrumento de lucha política contra el régimen rosista. Así lo

(36) José Rivera Indarte: op. cit., pág. 10.

(37) Ibidem, pág. 12.

(38) Ibidem, pág. 13.

(39) Adolfo Saldías: op. cit., pág. 332.

entiende Alberto Palcos, pese a su condición de historiador antirosista: "No puede pedirse una acusación más formidable y más ingeniosamente realizada. Por eso en su hora las Tablas de sangre trazadas en cuanto a su disposición arquitectónica con la implacable frialdad de un diccionario, pero animadas íntimamente por tremendas pasiones, tuvieron gran resonancia. Se cuentan entre los cuatro o cinco trabajos literarios que difundieron a todos los vientos, de manera hondamente impresionante, la fama siniestra de Rosas" (40).

El corolario de las Tablas es la otra parte de Rosas y sus opositores: la titulada Es acción santa matar a Rosas. En ella, hace una apasionada apología del tiranicidio al que trata de justificar haciendo alardes de erudición y acudiendo al auxilio de historiadores, juristas, moralistas e incluso, apelando a palabras de Libros Sagrados y de escritos de teólogos. El opúsculo llega a momentos francamente delirantes, sobre todo, cuando trata de incitar a Manuelita Rosas, la hija del dictador, a atentar contra la vida de su padre. Realmente, el trabajo no resiste el menor análisis y no merece el menor crédito de objetividad o veracidad. Así lo reconoce el mismo Palcos: "Quien santifica la astucia, la doblez, la mentira, en tratándose de anular al tirano, no debe reparar, de fijo, en calumnias contra él" (41).

A pesar de las falsedades que el libro contiene, ha servido de base para las acusaciones que de criminalidad se han hecho a Rosas. Un historiador tan sereno como Mitre, aunque al mismo tiempo tan comprometido con la situación política del momento, no ahorra elogios al libelo. Al respecto, hay que tener en cuenta que un elogio de Mitre tiene el significado de una consagración histórica: "El libro Rosas y sus opositores... es la obra de más

(40) Alberto Palcos: Prólogo a Tablas de sangre. En: Rosas y sus opositores, t.III, Buenos Aires, 1930, pág. 7.

(41) Ibidem, págs. 9-10.

aliento que Indarte haya producido. Ella puede ser considerada bajo el punto de vista político o histórico". Exalta Mitre la indudable eficacia política del escrito: "Mirado bajo el primero, no puede negarse que su influencia ha sido muy considerable y que ha contribuido mucho a formar la opinión respecto de Rosas y hacer conocer las cosas y los hombres de nuestra causa a Europa y América..." (42).

Exagera Mitre cuando trata de encontrar méritos históricos al afirmar que la polémica apasionada se "combina con el tono severo de la historia y la exposición sistemática de los hechos. Pero en Varela predomina siempre la historia sobre la parte polémica, la cual es siempre en él templada y dogmática. En Indarte por el contrario, sucesos históricos, datos estadísticos, los principios, los hombres y las cosas, todo se subordina a la polémica ardiente del hombre de partido, sin que esta manera apasionada de exponer lo extravíe de la línea fatal de la dialéctica, como llama Lerminier a la lógica de la historia. Así pues este defecto de su libro constituye su calidad" (43). El historiador Mitre, pues, al comparar la obra de Rivera con los escritos de Florencio Varela -de suyo más medidos- aún reconociendo el ardor político, al apelar a una supuesta lógica de la historia, justifica los desatinos históricos de Rosas y sus opositores. El libro, al que Mitre llama "testamento político de Rivera Indarte", tiene, pese a todo, para él, un auténtico valor documental: "Rosas y sus opositores no es rigurosamente una obra histórica, si se atiende a la unidad y método que debe presidir a un trabajo de esta naturaleza; pero no considerándole como tal es, (prescindiendo de la política) uno de los más importantes documentos de la época presente, que ha reunido en un solo cuerpo un crecido número de datos para escribir la vida de Rosas, de la que hasta entonces nada ha

(42) Bartolomé Mitre: Prólogo a Rosas y sus opositores, Buenos Aires, 1929, pág. V.

(43) Ibidem, págs. V-VI..

bía escrito; iluminando muchos puntos oscuros de su administración" (44).

Como conclusión, señala Mitre que "Indarte ha hecho con su publicación un servicio importantísimo a la historia de estos países" (45). Afirmación esta totalmente insólita en quien fue el maestro de la investigación histórica basada en el rigor y la veracidad; en el estudio concienzudo y en el análisis escrupuloso de la documentación. Sólo la pasión política y el dolor por el amigo prematuramente muerto, pueden haber llevado a Mitre a juicios y elogios tan poco ajustados al verdadero carácter de la obra de Rivera Indarte.

El gobierno de Uruguay encargó a Rivera una Memoria histórica de los sucesos políticos por que ha pasado la República en estos últimos diez años. De este trabajo dejó solamente un bosquejo, ya que murió antes de realizarlo. De haberlo hecho, quizá hubiera podido dar muestra de su verdadera capacidad para el estudio del pasado rioplatense.

(44) Ibidem, pag. VII.

(45) Ibidem, pag. VIII.

III - LAS INQUIETUDES HISTORIOGRAFICAS DE FLORENCIO

VARELA

Florencio Varela no perteneció al grupo de románticos argentinos. Fue un hombre de la generación anterior; unitario y rivadaviano en lo político, liberal en lo ideológico, clásico en literatura y con fuertes influencias, en su pensamiento, del racionalismo del siglo XVIII. A pesar de ello, mantuvo con los jóvenes de la generación de 1837, una estrecha relación acrecentada por el hecho de compartir, con muchos de ellos, el exilio en Montevideo y los avatares de una actividad intelectual y una lucha política comunes.

Sin ser un historiador, tuvo Varela, como los jóvenes de la generación posterior, una profunda inquietud por conocer el pasado nacional y por echar las bases sobre las que debería elaborarse la historiografía argentina. Es por todo ello que creemos que su nombre no debe pasar inadvertido en un estudio de la historiografía romántica argentina.

Nació Florencio Varela el 23 de febrero de 1807 y era hermano de Juan Cruz Varela, uno de los poetas argentinos de mayor significación en la etapa de la independencia. Estudió en el Colegio de la Unión del Sud y luego en el de Ciencias Morales. Recibió una formación liberal acorde con las emociones revolucionarias que se vivían en el país. A los veintiún años se doctoró en la Facultad de Jurisprudencia sin haber descuidado también sus estudios humanísticos y sociales.

Desde muy joven se identificó con uno de los dos partidos tradicionales argentinos. "Unitario convencido, defendió la política de Rivadavia, compartiendo los gustos cosmopolitas de aquel período brillante y efímero" (46).

Entre 1825 y 1827 ocupó Varela cargos políticos y, junto con su hermano Juan Cruz, colaboró con la prensa que defendía la

(46) Ricardo Rojas: op. cit., pág. 647.

dra del gobierno de Rivadavia. Por participar en una revolución unitaria, en 1828, tuvo que emigrar a Montevideo, donde se radicó en 1829. Allí se graduó de abogado y ejerció la profesión con éxito y fama.

Residió en Brasil entre 1841 y 1843, donde se dedicó a la búsqueda y copia de materiales documentales útiles para la historia del Río de la Plata y donde también se puso en contacto con el ex Presidente Bernardino Rivadavia, quien le cedió importante material documental. Luego, cumplió en Europa la tan discutida misión que le encomendara el gobierno uruguayo, para recabar ante el gobierno de Francia y el de Inglaterra, ayuda para derrocar a Rosas. Estableció importantes relaciones intelectuales y políticas. Con Thiers, por ejemplo, quien, al evocarlo en el Parlamento, le recordó como "uno de los hombres más distinguidos que es posible encontrar en cualquier parte del mundo." El viaje, al margen de la misión oficial cuyos motivos y consecuencias son con justicia contradictorios, completó su formación personal y -como señala su biógrafo Luis L. Domínguez- abrió su inteligencia a límites mucho más extensos (47). Se le nombró también, miembro correspondiente del Instituto Histórico de Francia, como antes lo había sido del Instituto Histórico Geográfico del Brasil.

Su lucha contra la dictadura rosista le llevó a fundar, el 1 de octubre de 1845, en Montevideo, el "Comercio del Plata", periódico en el que colaboraron los jóvenes de la generación de 1837 que se habían unido a los unitarios residentes en el Uruguay.

La noche del 20 de marzo de 1848, Florencio Varela fue apuñalado por la espalda en la puerta de su casa. Se ha tratado de culpar a Rosas de su muerte, pero, en realidad, nunca pudieron comprobarse los verdaderos móviles del asesinato.

(47) Luis L. Domínguez: Prólogo a : Escritos políticos, económicos y literarios del doctor Florencio Varela, "La Biblioteca Americana", vol. VIII, Buenos Aires, 1959.

Con respecto a la personalidad de Florencio Varela, creemos que son ilustrativas, para ver su significación en el momento de la historia del Plata que le tocó vivir, las impresiones que sobre él recogió Sarmiento en Europa. Relatando su entrevista con Thiers, dice: "Preguntóme en seguida por Florencio Varela, y mi introductor se apresuró a decirle que por él venía recomendado. Varela había dejado una agradable impresión en su espíritu, y los elogios que en la cámara tributó a su mérito, la fascinación que su palabra hizo al petate de Mackau, son sin dudas, timbres de que puede gloriarse un americano. Es Varela, en efecto, no el hombre más instruido que tiene hoy la República Argentina, sino la naturaleza más culta, el alma más depurada de todos los resabios americanos; es el europeo aclimatado en el Plata...Varela ha dejado aquí amigos apasionados y entusiastas, es conocidamente el centro de la acción inteligente contra Rosas en Montevideo, y su contacto diario con todos los hombres notables que tomen la cuestión de aquellos negocios tan complicados hace valorar la influencia de sus modales tan cordialmente cultos, de su espíritu tan sensatamente elevado..."(48).

El liberalismo apasionado de Varela, así como su unitarismo y su firme oposición al rosismo, que constituyen la síntesis de su pensamiento político y el prisma desde el que ve al país y a su pasado, puede seguirse a través de sus artículos en "El Comercio del Plata". Desde él hizo la propaganda del ataque anglo-francés al puerto de Buenos Aires. Cuesta entender esta actitud ya que su oposición al gobierno no es razón suficiente para alentar la acción de fuerzas extranjeras contra sus compatriotas. Nosotros no lo justificamos en absoluto; sin embargo, pensamos que es, en gran medida, una actitud coherente con su ideario político liberal. Varela -y en esto coincidía con los román

(48) Domingo Faustino Sarmiento: Viajes, t. I, Buenos Aires, 1854, pág. 163.

ticos- admiraba a Europa y , en lo económico por ejemplo, pensaba que las naciones americanas debían comerciar con ella y convertirse en sus proveedoras de materias primas. Lo económico actúa para Varela como uno de los factores decisivos en los movimientos de independencia, que pretendieron, entre otras cosas, "...aniquilar especialmente la barrera que cerraba estos países a las comunicaciones y comercio con el extranjero y abrir a todo el mundo nuestros vastos mercados, recibiendo la riqueza, las luces, la mejora social en toda la línea de los únicos que podrán dárnosla" (49). Europa era, para Varela, la concreción de los mejores ideales de progreso y civilización y su presencia en el Río de la Plata, en última instancia, estaba justificada por esos principios superiores, aunque las potencias europeas, en realidad, se movían en esos momentos por intereses económicos muy concretos que, gente como Varela consciente o inconscientemente favorecían.

La visión que tiene Florencio Varela del país , es en cierto sentido similar a la de Sarmiento. Ve a su patria desdoblada en dos realidades opuestas. Por un lado, la ciudad, con su cultura europea, encarnada en las reformas de Rivadavia; por el otro, la campaña, depositaria de un espíritu colonial, hispánico y retrógrado y con resabios de todo lo que la revolución había querido aniquilar: "La revolución y la independencia americana tuvieron por objeto reemplazar la injusticia y la fuerza del sistema colonial, por gobiernos fundados en el principio de justicia, de libre elección y de orden legal; sacar a los pueblos de la dependencia servil en que se les tenía, de una sola voluntad absoluta e irresponsable, y ponerlos al amparo de las instituciones y las leyes; romper las trabas puestas a la pública educación y reemplazarlas por liberales sistemas de enseñanza; aniquilar la barrera que cerraba estos países a la co-

(49) En: "Comercio del Plata", Nº 105, 6 de febrero de 1846.

municación y comercio con el extranjero y abrir a todo el mundo nuestros vastos mercados, recibiendo la riqueza, las luces, la mejora social, ...de los pueblos más adelantados que nosotros porque nadie progresa sin el trato con los que saben más" (50).

En una actitud totalmente racionalista, Varela ve la situación nacional en forma esquemática: el pueblo es ignorante; al no ver cuál es su verdadera conveniencia, sigue a los caudillos. En ningún momento se plantea que el caudillismo pueda ser la resultante de una situación social. Para Varela la solución está en que las clases ilustradas orienten a las masas ignorantes y eleven su nivel de vida y, sobre todo, su cultura.

En otro artículo de "El Comercio del Plata", están las ideas fundamentales de Varela con respecto a los problemas sociales y políticos de la Argentina de su tiempo (51). El origen de los males reside en la supervivencia de las estructuras coloniales: "En las mezquinas fundaciones españolas todo es homogéneo, todo diminuto, todo sencillo, todo está en el embrión, aún ahora mismo al cabo de tres décadas de revolución". "...El origen de las guerras intestinas tiende precisamente a ese estado, de modo que del propio atraso salen las causas que propenden a prolongarlo; cosa que aunque perceptible desde luego, todavía conviene profundizar." "Estas causas son, como he dicho, puramente negativas. El espíritu de localidad, obstáculo primo que ha obstado siempre a las organizaciones políticas y causa predisponente de encontradas guerras, subsiste precisamente por falta de un extenso contacto social entre pueblos semiaislados". "Allí encuentra, también, el origen de la adhesión de las masas a los caudillos. El espíritu del caudillaje, o sea el apego estúpido que las masas profesan a ciertos caudillos, obstáculos formidables de un orden nacional, viene de su ignorancia de las cosas, de su indiferencia por un

(50) En: "El Comercio del Plata", nº 105, 6 de febrero de 1846.

(51) Ibidem, nº 229, 18 de julio de 1846.

verdadero bienestar. Se sabe que la devoción servil a las personas es el espíritu reinante cuando la inteligencia de las cosas es nula. Las guerras se encienden por uno u otro de esos motivos o por entrambos a la vez. Cuando ellos son vivos las guerras que mueven son encarnizadas, feroces; lo que importa notar en ellas es que jamás enuncian una necesidad material, un fundamento de conveniencias positivas. Por este estilo son todos los obstáculos que detienen en estas fértiles comarcas los desarrollos sociales". Como todo lo reduce Varela a un proceso lógico, su mentalidad racionalista le lleva a creer que ese proceso era perfectamente controlable: "Se ve pues por la naturaleza de esos obstáculos que nada es más fácil que su desaparición por medio de una voluntad poderosa, que reduzca su acción directa a franquear las vías naturales que han estado obstruidas para el comercio y la civilización".

En la época en que Varela vive en Montevideo, llegan las nuevas corrientes literarias, históricas y filosóficas; pero él, se encuentra demasiado apegado al racionalismo de los unitarios; por ello, no prende en él el historicismo romántico que fascinó a los jóvenes de la generación de 1837. Con ellos, a pesar de su estrecha relación y de haber compartido tantas actividades, mantuvo en lo ideológico y en su manera de enfrentar los problemas argentinos, profundas discrepancias que quedaron claramente manifestadas en otro de sus artículos, en el que, además, dejó notar una cierta animadversión: "A todo han aplicado nuestros jóvenes su aventajada inteligencia menos al estudio de la historia, de la geografía, de los recursos, de los intereses y de las necesidades de las regiones en que han nacido. Tendrían a deshonra ignorar las teorías y sistemas filosóficos de Cousin, no estar al corriente de las últimas palabras que pronunció Lamartine en la tribuna, ignorar algún rasgo de la biografía de Chateaubriand; y no se desdeñan de no saber los anales de su patria, de ignorar su geografía y topografía, la variedad y naturaleza de sus producciones,

las necesidades de su condición social y los medios prácticos de acudir a ella. Con pocas excepciones esa ha sido la dirección que han seguido nuestros jóvenes al aplicar su inteligencia a la adquisición de conocimientos, de que siempre fueron codiciosos; y no es necesario perder tiempo en demostrar cuánto perjudica semejante extravío del camino que conviene seguir" (52).

Consideraba Varela que el grupo de emigrados en Montevideo no constituía un conjunto homogéneo. Por el contrario, había en realidad dos grupos perfectamente diferenciados: uno, el de los unitarios, entre los que el autor se incluye, con una mayor sentido práctico y más apego a la realidad; el otro, el de los jóvenes románticos, aferrados más a las teorizaciones que a las realidades concretas. Las diferencias fueron especialmente evidentes con Echeverría -un alguna medida maestro de los jóvenes de su generación- y se ahondaron con el tiempo. En la Ojeada retrospectiva, Echeverría tuvo duras palabras para los unitarios emigrados -cuya cabeza visible era Varela- a quienes acusó de sectarismo, de apego a conceptos racionales y desconocimiento profundo de la realidad. En respuesta, cuando apareció el Dogma Socialista, Varela no le dedicó una sola línea en "El Comercio del Plata". Esto disgustó a Echeverría; sin embargo, lo que Varela pretendía era no abrir diferentes frentes con polémicas entre quienes luchaban contra el rosismo que era el enemigo común.

Las corrientes romántico-sociales, a las que tan afectos eran los jóvenes emigrados, no despertaron ningún eco en Varela; por el contrario, continuó, hasta su muerte, aferrado a su propio ideario, que puede resumirse en "liberalismo y progreso" y a su adhesión al libre cambismo en lo económico.

Alejandro Korn, en pocas líneas, ha dejado perfectamente caracterizada la personalidad intelectual y política de Varela: "Florencio Varela, a quien muchos tenían por "irreligioso e incrédulo",

(52) En: "El Comercio del Plata", nº 134, 14 de marzo de 1846.

es un retoño de la época rivadaviana, en el cual perduran las ideas del siglo XVIII. Naturalmente se combinan con las del movimiento liberal que en Europa, especialmente en Francia, se agita en los días de la Restauración y de la monarquía de julio, hasta estallar en las Jornadas de febrero y expandirse con carácter universal" (53).

El ideario de Varela, aclara ciertas actitudes suyas que se presetan como criticables y que sin embargo son coherentes con aquél. "Rosas era -para él- el símbolo de la barbarie criolla y en el anhelo de remplazarla por la cultura europea no retrocedió ni ante la alianza con el extranjero. Esta obsesión llegó en él y en otros hasta el punto de tomar por un interés nacional el provecho extraño, como en caso de la libre navegación de los ríos, aún con sacrificio de la soberanía nacional. Esta subordinación muy discutible de los derechos y de intereses propios a principios abstractos, ha puesto, sin embargo, en la política argentina un elemento ideal del cual no debemos avergonzarnos" (54).

Florencio Varela dejó una extensa obra poética de escaso valor, sobre todo si se la compara con la de su hermano Juan Cruz. Las obras en prosa -artículos periodísticos en su mayoría- fueron recogidos por Luis L. Domínguez (55) bajo el título de Escritos políticos, económicos y literarios del doctor Florencio Varela, precedidos de una noticia biográfica que era un resumen de la que Domínguez había publicado en la "Galería de Celebridades Argentinas". Entre los títulos de esta antología, figuran: Rosas y las fronteras de Buenos Aires; Juicio sobre el gobierno de Rosas; Rosas y el principio religioso; Origen de los males de las Repúblicas del Plata; y Apuntes para la historia futura de la independencia de la América Española.

(53) Alejandro Korn: Influencias filosóficas en la evolución nacional, Buenos Aires, 1940, pág. 216.

(54) Ibidem.

(55) Buenos Aires, 1859.

Las inquietudes historiográficas de Varela se canalizaron a través de "El Comercio del Plata" en sus más de tres mil quinientos números. Allí, no sólo él, sino la mayoría de los proscritos, publicaron en los números normales o en los cuadernillos que constituyeron la "Biblioteca" del periódico, notas, documentos y cuantos materiales pudieran servir para el conocimiento del pasado rioplatense y las posteriores elaboraciones históricas. Es en este sentido que son significativos los aportes de "El Comercio del Plata" para las grandes realizaciones historiográficas del siglo XIX en el Río de la Plata.

Por un trabajo de Dardo Estrada (56), puede conocerse el material allí reunido: documentos y estudios sobre los viajes de descubrimientos en el siglo XVI; material de los jesuitas; documentación sobre los problemas de límites entre España y Portugal; notas de viajes; documentación sobre las invasiones inglesas de 1806 y 1807; documentos diplomáticos y textos constitucionales hispanoamericanos.

Varela preparó un abundante material para las obras históricas que proyectaba escribir. A pesar de no tener experiencias en este tipo de trabajos, tenía sí ideas claras sobre lo que debía ser la labor del historiador. Manifestó así su respeto por la historia elaborada en base a documentos: "...documentos auténticos de aquellos que en todas partes y en todas las épocas forman la verdadera fuente de la historia, son los únicos que pueden verdaderamente completar el conocimiento de los hechos" (57).

En carta a Juan María Gutiérrez, manifestó su preocupación por la recopilación de materiales auténticos para la futura ela

(56) Dardo Estrada: Historia y bibliografía de la Imprenta de Montevideo, Montevideo, 1912.

(57) Citado por: Ricardo R. Cailliet-Bois: La Historiografía. En: Historia de la literatura argentina dirigida por Rafael A. Arrieta, t.VI, Buenos Aires, 1960, pág. 31.

boración de la historia de los países del Río de la Plata y señaló, entre los documentos que había que rescatar, "las correspondencias íntimas y la relación de los hombres de aquella época" (58).

Cuando investigaba Varela en la Biblioteca de Río de Janeiro, conoció el libro, recién llegado de París, Recherches historiques et bibliographiques sur Americ Vespuce et sus voyages, del portugués vizconde de Santarem. Posteriormente, de refreso en Montevideo, lo tradujo y publicó en la "Biblioteca" pues consideraba que, a pesar de su falta de método, era una obra de gran interés para la historia de la América del Sur. Por similares motivos también tradujo y publicó la obra de Washington Irving sobre Vasco Núñez de Balboa, los relatos de viajes de Félix de Azara que le cediera Rivadavia y el Ensayo sobre la revolución del Paraguay de Rengger y Longchamp.

Varela, debido a su intensa actividad, a sus problemas de salud y a su muerte prematura, no pudo realizar sus proyectados trabajos históricos ni utilizar el valioso material documental que había recopilado. De haber completado sus trabajos, éstos habrían revestido gran interés, sobre todo las partes que pensaba dedicar a los gobiernos unitarios. A su condición de testigo excepcional, se unía el hecho de haber trabajado con Bernardino Rivadavia en Brasil. De ello, dejó testimonio en una carta que dirigió a Juan María Gutiérrez: "Trabajo diariamente algunas horas con Rivadavia. Este hombre dotado de prodigiosa memoria, de invariable respeto por la verdad, actor de todos los sucesos notables de la Revolución, posee muchos y muy preciosos documentos que no han de hallarse en otra parte, y multitud de tradiciones igualmente preciosas. El examen de esos documentos, las explicaciones que sobre ellos me da Rivadavia, y la narración de sucesos que no están publicados, constituyen nuestros traba-

(58) Citado por Ricardo R. Caillet-Bois: op. cit., pág. 31.

jos. Me da documentos, toma nota de lo que hablamos, y a la noche, la reduzco a apuntes metodizados" (59).

El gran aporte de Varela a la historiografía argentina lo constituye su labor de recopilación y sistematización de fuentes históricas, a la vez que las posibilidades que ofreció a otros autores a quienes ayudó y a quienes publicó sus trabajos. Queda también, como ejemplo, su respeto hacia la investigación seria y rigurosa. Pudiendo realizar la obra para la que se preparaba y para la que tanto trabajó, no lo hizo por considerar que aún no estaba en condiciones. Otros, con menor seriedad y mayor ligereza, sí lo hicieron.

(59) Rafael Alberto Arrieta: op. cit., págs. 149-150.

IV - LA HISTORIA ARGENTINA DE LUIS L. DOMINGUEZ.

Uno de los primeros intentos por escribir una Historia Argentina general, pertenece también a un hombre conectado con el grupo de la generación romántica argentina. El autor, Luis L. Domínguez, había nacido en Buenos Aires, el 15 de marzo de 1819. Junto con su familia, debió exiliarse en el Uruguay, después de la conspiración de Maza que intentó derrocar a Juan Manuel de Rosas. En Montevideo, desarrolló una carrera periodística de cierta importancia y colaboró, con artículos adversos a Rosas, en diferentes periódicos; entre ellos, pueden mencionarse "El Nacional" y "El Comercio del Plata" que dirigía Florencio Varela.

Como Mitre, también fue Domínguez combatiente en el frente de batalla y llegó a ser Ministro de la Guerra con Pacheco y Obes. Al igual que el resto de sus compañeros de proscripción, volvió a Buenos Aires en cuanto Rosas fue derrocado por los ejércitos del general Urquiza.

En su país, continuó con su carrera intelectual. Fundó el periódico "El Orden", junto con Félix Frías y, en 1861, publicó la Historia Argentina. Además de historiador y periodista, fue poeta, político, y diplomático. Desarrolló también una intensa vida pública, ocupando importantes cargos: fue ministro provincial, diputado por Buenos Aires en el Congreso Constituyente de 1853, en Santa Fe y Ministro de Hacienda de la República durante la presidencia de Domingo Faustino Sarmiento. En 1874, ingresó en la carrera diplomática y representó al país en Lima, Río de Janeiro, Washington, Madrid y Londres. En esta última ciudad, en la que residió varios años, murió el 20 de julio de 1898.

La producción escrita de Domínguez es escasa. Además de la Historia Argentina, escribió una serie de poesías de calidad relativa y, ya dentro de lo estrictamente histórico, realizó también una monografía: Juan Díaz de Solís, que apareció en 1880 en el tercer tomo de la "Revista de la Biblioteca Pública". En ella menciona haber concluido una obra a la que consideraba co-

mo la más extensa e importante de su producción: Historia de las Provincias Argentinas. Apesar de sus pretensiones, el libro nunca se publicó.

Después de la batalla de Caseros y del triunfo del General Urquiza, la literatura histórica en Argentina careció de grandes obras y de grandes autores. Recién a partir de los títulos importantes de Bartolomé Mitre y de Vicente Fidel López, puede considerarse que los estudios históricos se encauzan sistemáticamente. Es por ello que llama la atención la aparición, en 1861, de la Historia Argentina de Domínguez, primera historia general del país desde el descubrimiento de América hasta 1820, en un momento en que aún no se había intentado una síntesis de este tipo. La necesidad que vino a satisfacer la obra, y la claridad con que fue planteada, explican su éxito y sus sucesivas ediciones: además de la de 1861, hay una segunda de 1862; otra de 1868 y unacuarta de 1870.

Domínguez fue consciente de que su trabajo llenaba un vacío en el panorama intelectual argentino. Así lo expresó en el Prólogo de la primera edición: "Me he propuesto llenar con este libro una necesidad generalmente sentida, presentando en cortas proporciones, el cuadro general de nuestra historia, de manera que pueda ser comprendido, en su conjunto y en sus más interesantes pormenores, con un moderado esfuerzo de atención" (60).

Allí mismo, Domínguez, a pesar de haberse limitado en la obra a reseñar con sencillez y sereno juicio los hechos, intenta dar una simple explicación de lo que sería la fundamentación filosófica de la misma: "Todo es lógico en la vida de los pueblos; aún sus mismas inconsecuencias, y para que esta verdad aparezca comprobada por sí misma, es indispensable que en la narración no falte una sola de las premisas, cuya ausencia pudie-

(60) Luis L. Domínguez: Historia Argentina, Buenos Aires, 1870, pág. 5.

ra interrumpir la cadena invisible que conduce desde la causa primera, hasta su última consecuencia" (61). A partir de esta premisa, anuncia cuál será el plan que en la obra quiere desarrollar: "Mi plan, pues, consiste en presentar la formación y desarrollo lógico de nuestra sociedad, estudiándolos desde el instante en que el pensamiento de hallar un mundo nuevo brota en la mente de un hombre privilegiado. Desde allí seguimos la ruta de los primeros descubridores de las nuevas tierras, hasta verlos ya posesionados de la gran Cuenca del Plata; luego acompañamos a los conquistadores, en la ruda empresa de abrir campo con la espada a la civilización cristiana... enseguida observamos los rasgos más notables de la fisonomía colonial con sus gobernadores y sus virreyes... Poco a poco la colonia se rebustece y el sentimiento de la dignidad humana se despierta... Entonces suena para el pueblo el momento de la emancipación... Esta es la era de la revolución..." (62).

En base a ese plan previo, organiza Domínguez la Historia Argentina. En la sección primera, El Descubrimiento, se ocupa de los viajes descubridores desde Colón a Gaboto; en la segunda, La Conquista, comienza con la expedición de Pedro de Mendoza y sigue con las de los sucesivos adelantados del Río de la Plata, con quienes se va verificando el descubrimiento y la conquista del interior del país; en la sección tercera, Gobierno colonial, se ocupa de las instituciones por medio de las cuales la Corona española gobernaba América; de los gobernadores de las dos provincias del Río de la Plata; de su organización espiritual; de los problemas de límites con Portugal, para culminar con la expulsión de los jesuitas y el fin del gobierno provincial. El tema de la cuarta sección es El Virreinato, al que estudia desde la llegada del primer virrey, don Pedro de Zeva-

(61) Luis L. Domínguez: op. cit., pág. 5.

(62) Ibidem, págs. 5-6.

llos, hasta los acontecimientos de las invasiones inglesas de 1806 y 1807, para terminar luego en el año 1820. Estos últimos años fueron eliminados en la edición de 1868, con lo que la obra se redujo a una historia del período colonial.

Domínguez se valió, para elaborar su estudio, de materiales impresos más que de documentos inéditos. Usó los contenidos en: Antón y Acevedo: Comercio de los españoles con sus colonias (63); Veitfa Linaje: El Norte de Contratación (64); Humboldt; la Co-lección de de Angelis, etc. Este escaso repertorio documental y las aún más escasas referencias, motivaron una crítica de Vicente G. Quesada en la que, a pesar de todo, salva el carácter didáctico del libro: "Justamente este carácter, es lo que ha motivado que el autor no mencione las fuentes históricas (a pesar de ello manifiesta haber utilizado publicaciones del archivero Trelles relativas a los primeros años del gobierno colonial, así como otros insertos en la "Revista de Buenos Aires")" (65).

Domínguez respondió a la crítica de Quesada en el Prólogo de la cuarta edición: "He indicado con abundancia al pie de las páginas las fuentes de que me he servido para la composición de esta historia; el lector ilustrado podrá verificar por sí mismo y juzgar si son o no, las más puras" (66).

A pesar de la afirmación del autor, el aparato crítico y documental de la Historia es pobre, por lo que tiene validez la crítica de Quesada, aunque, como éste reconoce, su negatividad es relativa por cuanto se trata de una síntesis general especialmente destinada a la divulgación y a la enseñanza.

(63) Madrid, 1797.

(64) Sevilla, 1672

(65) Vicente G. Quesada: Historia Argentina por Luis L. Domínguez. En: "Revista de Buenos Aires", t. XV, Buenos Aires, 1868, pág. 606.

(66) Luis L. Domínguez: op. cit., pág. 4.

Luis L. Domínguez tomó conciencia de la necesidad de conocer a fondo la historia colonial para entender al país. Ese estudio debía hacerse considerando al fenómeno histórico de la conquista como un hecho absolutamente original en el mundo moderno: "La colonización de países remotos era un hecho nuevo en el mundo moderno. Las leyes de Castilla eran insuficientes para gobernar colonias distantes y pueblos conquistados; el sistema que debía regirlos tenía que ir creándose a medida que el hecho mismo se realizaba. Todo tenía que ser enteramente original, y efectivamente lo es el Código de Indias" "Para juzgar el acierto del sistema, es menester no perder de vista la situación política y social en que se encontraba la metrópoli cuando fueron dictadas las leyes que lo componen. La Europa sufría en el siglo XVI una transformación radical" (67).

Es tan importante para Domínguez encontrar las claves de la situación del país en el período hispánico, objetivamente estudiado, que prácticamente redujo su obra a ese período. A pesar de ello, mantuvo el autor el proyecto de ahondar, en el futuro, en la época independiente, de la cual algo había esbozado en su primera edición. "Ahora que me parece haber concluido con la época colonial, voy a consagrar las horas que me dejan libres mis obligaciones oficiales, a la corrección de la parte relativa a la época de la independencia, que fue la materia principal de la primera edición de esta obra; entonces quedará llenado el compromiso que contraí con el público en la segunda" (68). Esta continuación nunca se realizó.

La Historia Argentina de Domínguez fue recibida con entusiasmo en los medios intelectuales argentinos de su tiempo. Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López y Domingo Faustino Sarmiento, no

(67) Luis L. Domínguez: op. cit., pág. 96.

(68) Ibidem, pág. 4.

escatimaron elogios. Vicente Quesada, en cambio, encuentra otra carencia en la obra, aunque como en la anterior, también encuentra disculpa para ella: "Verdad es que, como historia, querríamos que el autor se elevase a apreciaciones más generales y que nos diese sus juicios sobre la filosofía de la larga época que estudia; pero siendo su mente hacer un libro para la lectura de las escuelas y colegios, nos explicamos su proceder" (69).

Para Paul Groussac, crítico severo de las obras de los románticos argentinos, la Historia de Domínguez merece los más encendidos elogios, ya que la encuentra "obra de exacta información e insuperable calidad de estilo, de todo punto excelente y que no tiene más inconveniente que detenerse en los albores de la revolución" (70).

Críticos posteriores también han elogiado a la obra. Así, Rómulo Carbia dice con respecto al autor: "No le guió otra finalidad que la de reconstruir, serenamente y sin prejuicios, todo de nuestro pasado" (71).

Rafael Alberto Arrieta, a su vez, califica al trabajo como un modelo de exactitud y claridad, sobre todo teniendo en cuenta el momento en que fue escrito (72). Ahí creemos que está la clave a tener en cuenta al juzgar a la Historia de Domínguez: es necesario mirarla desde los condicionamientos en que fue escrita, teniendo presente, además, los motivos que el autor perseguía y el vacío que estaba destinada a llenar. De esa forma, el juicio será siempre positivo y se justificarán sus fallos técnicos y metodológicos.

(69) Vicente G. Quesada: op. cit., pág. 606.

(70) Citado por Ricardo Cailliet-Bois: op. cit., pág. 42.

(71) Rómulo D. Carbia: op. cit., pág. 114.

(72) Rafael Alberto Arrieta: op. cit., pág. 148.

V: - LOS ESCRITOS HISTORICOS DE BENJAMIN VILLAFANE Y DE PEDRO ECHAGUE.

Entre los románticos argentinos que optaron durante las persecuciones del gobierno de Rosas, por el exilio en Bolivia, antiguo Alto Perú, figuran Benjamín Villafañe y Pedro Echagüe, ligados ambos a los acontecimientos políticos y militares del Norte argentino.

Poco después de la muerte de Marco Avellaneda, joven miembro de la "Asociación de Mayo" que huía hacia la frontera boliviana después del fracaso de la "Liga del Norte", moría accidentalmente en Jujuy, el general Lavalle. Un grupo de jóvenes antirrosistas, todos comprometidos con la rebelión, llevaron el cadáver de Lavalle en lomo de mula, hasta Potosí. Entre ellos, junto a Félix Frías, también escritor, estaban Echagüe y Villafañe. Los tres, con Facundo Zuviría, Dámaso Uriburu, Wenceslao Paunero y en algún momento Bartolomé Mitre, constituyeron el grupo de la segunda emigración a Bolivia, la de los "románticos", que se unió allí a los que constituían la primera, la de los "unitarios", entre quienes estaban el doctor Gorriti, Teodoro Sánchez de Bustamante, el general Alvarez de Arenales, y Rudecindo Alvarado. Si bien el medio boliviano en el que actuaron los jóvenes emigrados, fue menos brillante que el de Chile o el de Montevideo, pudieron, sin embargo, desarrollar una continua actividad sobre todo en el campo del periodismo y de la enseñanza.

Benjamín Villafañe nació en Tucumán el 30 de marzo de 1819. Su educación se redujo a los estudios que realizó en los conventos tucumanos, como era habitual y única posibilidad existente en esos momentos en su provincia. Desde la adolescencia se adscribió a la oposición contra Rosas. Estando en San Juan, a los veinte años, conoció a Quiroga Rosas que llegaba de Buenos Aires después de la dispersión forzosa de los miembros de la "Asociación de Mayo". Por él, Villafañe entró indirectamente, en el círculo de seguidores de Esteban Echeverría, y al partici-

par de la filial que de la "Asociación" fundó Quiroga Rosas en San Juan, entró en contacto con las doctrinas y las lecturas de autores románticos que tanta influencia tenían en los jóvenes de Buenos Aires. De regreso, ya en Tucumán, junto con Marco Ave llanada, adoctrinó a la juventud a través de la nueva filial de la "Asociación de Mayo" que ellos fundaron.

Decidido a luchar abiertamente contra la tiranía, se unió Vi llafañe a los ejércitos que trataban de derrocarla, y así, estu vo en los campamentos de los generales Lavalle y Lamadrid. En la Campaña del Norte, por especial encargo del general Lamadrid, se ocupó de redactar sus manifiestos. Cuando la Campaña de Cuyo terminó con el fracaso de Mendoza, Villafañe, acompañado al general Lamadrid, cruzó la Cordillera de Los Andes para refugiarse en Chile. Allí se reencontró con Sarmiento y Vicente Fidel López, a quienes había conocido respectivamente, en San Juan y Córdoba y con quienes mantuvo una estrecha amistad. Regresó a Argentina para unirse al ejército de Lavalle, y a la muerte de éste, buscó refugio en Bolivia.

En el antiguo Alto Perú, Villafañe fue profesor y desarrolló, además, una intensa actividad periodística. Redactó en tres periódicos: "El Observador", junto con Félix Frías; "La Epoca" y "La Gaceta del Gobierno". De regreso en su tierra, colaboró en "El Nacional Argentino". Su actividad pública fue también intensa; además de periodista, profesor y rector del Colegio Nacional de Tucumán, fue legislador, Ministro de Gobierno de Salta y Gobernador de Tucumán. Murió el 5 de junio de 1893, en Jujuy, ciudad en cuyo Colegio Nacional cumplía las funciones de rector.

Para Rafael Alberto Arrieta (73), Villafañe vive más que en su obra impresa, en la de sus amigos, pues desde Echeverría a Sarmiento, le apreciaron y lo mencionaron en sus escritos con

(73) Rafael Alberto Arrieta: op. cit., pág. 167.

admiración y afecto. Sin embargo, Villafañe ha dejado una serie de artículos, opúsculos y algunos libros que, si bien no constituyen ningún aporte decisivo para la cultura argentina, sirven como muestras de la acendrada fe romántica y liberal que le animaba tanto a él como a sus compañeros de generación, en los que el tema histórico ocupa siempre un lugar preponderante.

Entre los primeros escritos de Villafañe, figuran el opúsculo Rápida ojeada sobre la pasada época, de 1839; el Manifiesto de la emigración argentina en Chile, redactado en Mendoza antes de unirse al grupo de exiliados en Chile y el estudio sobre La mujer americana, publicado en Bolivia. Cuando después de la caída de Rosas regresó Villafañe a Argentina, dio a conocer el folleto Caudillos y principios, cuyo objetivo principal era exaltar a la Constitución Nacional recién sancionada por el Congreso Constituyente de 1853. En 1856 publicó Orán y Bolivia a las márgenes del Bermejo, libro cuyas descripciones fueron utilizadas por importantes viajeros como Paolo Mantegazza y Martín de Moussy, Description Geographique.

La obra más importante de Benjamín Villafañe es Reminiscencias históricas, páginas de recuerdos escritas en los últimos años de su vida y publicadas en 1900. Como señala Rojas (74), al pertenecer al género de las memorias personales, el libro contiene todos los defectos que en este tipo de obras suelen encontrarse en cuanto a verdades de detalle. Sin embargo, las Reminiscencias... están contadas con la emoción, el dramatismo y el colorido propios de los escritores románticos. Relata los acontecimientos en los que participó, comenzando por los años de su época juvenil y de sus contactos con los jóvenes de la "Asociación de Mayo", a cuyos principios se adhirió y cuyas Palabras Simbólicas encabezan el libro. Refiere luego las campañas de Lamadrid y las que luego

(74) Ricardo Rojas: op. cit., pag. 632.

desarrolló al unirse a los ejércitos de Lavalle. Traza también acertados retratos de esos dos militares con los cuales actuó. Especial emoción contienen sus relatos sobre el degollamiento de su joven amigo Marco Avellaneda y la muerte de Lavalle, así como la narración casi épica del traslado del cadáver del último a Bolivia. Además del valor puramente emotivo, las Reminiscencias históricas de Villafañe, tienen también el de ser testimonio de un actor principal de los hechos que se narran.

Pedro Echagüe era porteño de origen -nacido el 8 de octubre de 1821- aunque pasó prácticamente su vida fuera de Buenos Aires, lo cual explica lo escaso de su fama. Interrumpió sus estudios para emigrar a Montevideo, donde se vinculó con el general Lavalle, a quien, al poco tiempo, acompañaría en sus campañas militares contra Rosas.

Los datos que tenemos sobre la vida y la actuación de Echagüe, son los que consigna Ricardo Rojas (75), quien a su vez, los obtuvo del hijo del autor -mucho más conocido que su padre- Juan Pablo Echagüe. Sabemos así que, actuando bajo las órdenes de Lavalle, alcanzó el grado de capitán y que también fue edecán del general Lamadrid, quien le encargó importantes misiones de confianza. Acompañó luego a Lavalle a Tucumán y fue de los pocos argentinos que, después del desastre de la batalla de Famillá, cruzaron las montañas para llevar los restos de su jefe a Bolivia.

Se estableció Echagüe en Bolivia en calidad de proscripto y actuó allí en el periodismo y en la docencia. Cuando regresó a Argentina continuó su labor periodística y colaboró en varios diarios del interior del país, entre ellos, "El Zonda", fundado por Sarmiento en San Juan, ciudad en la que Echagüe se radicó. Allí fue Visitador de escuelas, cargo creado especialmente

(75) Ricardo Rojas: op. cit., pág. 633.

para él por su amigo, el entonces gobernador Sarmiento.

Ocupó también otros cargos públicos de importancia, tales como el de Ministro de Gobierno e Instrucción Pública de La Rioja. La vida de Echagüe, como vemos no fue demasiado brillante. Fue militar por accidente -motivaciones políticas- más que por vocación; su carrera política tampoco ofrece mayor interés y "hasta su obra periodística se nos antoja secundaria" (76).

En cuanto a la obra escrita de Echagüe, puede dividirse en dos grandes grupos: uno, el de sus obras literarias; otro, el de sus crónicas, que son las que más se acercan a lo historiográfico. En los trabajos de los dos grupos, se manifiesta siempre el ideario romántico propio de su tiempo, a la vez que un permanente interés por los temas históricos.

Entre las obras literarias de Echagüe, pueden mencionarse los versos agrupados en el libro Ecos postreros; las novelas Amalia y Amelia y La Chapanay; y también la comedia en verso Primero es la Patria.

Entre las crónicas que Echagüe escribió se destacan: Apuntes de un proscrito, tres volúmenes en los que cuenta las peripecias de sus años de exilio en Chile, Bolivia y Perú; y Mártires argentinos, que es un libro de bosquejos históricos, casi novelado, en el que el autor relata hechos históricos en los que actuó, o que al menos que conoció, ocurridos todos en la época de Rosas.

Las dos obras ofrecen un relativo valor testimonial, dado el carácter de testigo del autor en los acontecimientos que narra. En algunos casos -sobre todo en Mártires argentinos- alcanzan un carácter de fuente documental. A esta obra se refirió Bartolomé Mitre en una carta que envió a Echagüe y que fue luego incorporada al libro a manera de Carta-Prólogo. En ella, el gran histo

(76) Ricardo Rojas: op. cit., pág. 633.

riador se refiere a la doble vertiente de la obra, la novelística y la histórica, encontrando de mayor valor a esta segunda: "He leído con gusto -dice Mitre- su interesante libro Mártires argentinos, en que los tintes de la imaginación se armonizan con los recuerdos de la historia y los elevados sentimientos del patriotismo que caracterizan esa época memorable de sacrificio, de lucha y de dolor. El hilo novelesco que corre a lo largo de la narración histórica es tan tenue, que apenas sirve de guía para seguir los sucesos, apareciendo entre nieblas los personajes fantásticos, apenas diseñados, como para dar cierta unidad a la obra. Así me parece que la parte novelesca es la más débil y que tal vez ganaría con ser reducida en cuanto fuese posible, o bien desenvolverla dándole toques más vigorosos que la acentúan". A continuación, Mitre elogia la faceta histórica del libro y sus palabras orientan con bastante claridad acerca del carácter y el contenido de la obra: "El verdadero interés del escrito consiste en su parte histórica, que refleja algunos de los inmortales episodios y grandes caracteres de la heroica lucha de la libertad contra la tiranía, en que usted fue soldado de la buena causa y que en sí bosquejan las nobles figuras de Lavalle, de Lamadrid, de Acha, de Avellaneda, y se relatan con animación y exactitud de detalles las derrotas y victorias de los ejércitos libertadores, la campaña de Tucumán, la batalla de Angaco, la emigración a Chile a través de la cordillera y otros hechos sobre los cuales nada o muy poco se ha escrito y que merecen vivir en la memoria de todos". (77).

La especial generosidad de Mitre para juzgar la obra de quienes habían sido soldados de la "buena causa", le llevó a ignorar que, como toda obra de memorias, en las que lo personal está tan ligado a los hechos que se narran, Mártires argentinos,

(77) Citado por Ricardo Rojas: op. cit., págs 633-634.

- 528 -

para ser considerado como fuente histórica, debe ser sometido a una cuidadosa crítica. Ello sin dejar de reconocer el valor testimonial que ya hemos señalado.

529

- C A P I T U L O X -

530

CONCIENCIA HISTORICA EN
LA LITERATURA ROMANTICA

I - INTRODUCCION.

La literatura argentina producida por la primera generación de escritores de la época independiente, es decir, por los hombres que intelectualmente se mueven dentro de la órbita del romanticismo, está totalmente impregnada por la profunda conciencia histórica que dominó a sus autores. Hay diversas razones que explican esta particularidad.

En primer lugar, ello es comprensible, porque la actitud historicista que caracteriza al romanticismo europeo, se mantuvo en el romanticismo rioplatense iniciado por Esteban Echeverría a partir de 1830. Hay, además, en el intento por lograr una identidad nacional propia, en el mundo de la cultura en general y de la literatura en particular, un afán por independizarse de la tutela de la cultura española y un replegarse sobre los temas estrictamente locales, entre los que adquiere particular importancia el tema histórico.

Por otra parte, también el interés por lo histórico, se ve estimulado por las particulares circunstancias políticas y sociales que crean unas condiciones dramáticas que provocan una exacerbación de la conciencia histórica en los hombres de la generación de 1837, quienes, para explicar sus circunstancias y su momento, recurrieron constantemente a una explicación del pasado nacional. Así, lo histórico impregna a la novela, al ensayo, a la poesía y al teatro de la época, y se convierte en fuente permanente de inspiración.

Con respecto a la declarada intención de profundizar en los problemas locales, para lograr una identidad literaria, en el interés de que esa propia personalidad literaria respondiera a la particular idiosincracia del ser argentino, idea esta que es uno de los principios fundamentales del romanticismo. En este sentido, nos parecen reveladoras las palabras de Juan María Gu

tiérrez en el acto de inauguración del "Salón Literario" de Marcos Sastre y que, en gran medida, revelan el pensamiento de toda la generación: "La historia general filosófica ha demostrado que cada pueblo debe, según sus necesidades, según suelo y propensiones, cultivar aquellos ramos del saber que le son análogos; que cada pueblo tiene una literatura y un arte, que armoniza con su moral, con sus creencias y tradiciones, con su imaginación y sensibilidad. La literatura, muy particularmente, es tan peculiar a cada pueblo, como las facciones del rostro entre los individuos; la influencia extraña es pasajera en ella; pero en su esencia, no está, ni puede estarlo, sujeta a otros cambios que a los que trae consigo el progreso del país a que pertenece. La ciencia es una materia cosmopolita que en todas las zonas se aclimata y se nutre con los frutos de todos los climas. La literatura es un árbol que cuando se trasplanta degenera; es como el habitante de las montañas, que llora y se aniquila lejos de la tierra natal" (1).

Esta búsqueda de una literatura nacional, adquiere un matiz político que se sintetiza en los anhelos de una independencia de la creación literaria con respecto a la cultura y la literatura españolas. Las heridas no cicatrizadas de las guerras de la independencia llevan a estos hombres a enjuiciar con extrema severidad a las creaciones literarias españolas y a desconocer las profundas raíces hispánicas de la cultura rioplatense e hispanoamericana en general. Hay una enorme contradicción en la actitud de los románticos argentinos, quienes al buscar los valores de su tradición, renuncian a los auténticos orígenes hispá-

(1) Discurso de Juan María Gutiérrez. En: Homenaje del Honorable Concejo Deliberante en el centenario de su fundación: Antecedentes de la Asociación de Mayo, Buenos Aires, 1939, pág. 38.

nicos, para recurrir a una tradición cultural que, como la francesa y anglosajona, les resultaba ajena.

Es justo reconocer que si bien los hombres de la generación de 1837 cayeron en esta especie de colonialismo cultural al huir de lo español, no perdieron nunca de vista las circunstancias de su propio país. Así, generalmente las ideas, los estilos, las teorías foráneas, son siempre aplicadas a una realidad concreta: la realidad argentina y las particulares circunstancias de su existencia histórica. Hay una extensa obra literaria marcada por la profunda crisis política. La anarquía, las luchas civiles, la polarización del país en unitarios y federales, el triunfo del rosismo y su evolución hacia un sistema absoluto, las persecuciones a los enemigos de la dictadura, son circunstancias que inciden en todas las creaciones literarias.

El problema político es acuciante y predominante; ello produce una total politización de la vida argentina y, por consiguiente, de su literatura.

Los escritores de la generación romántica son, prácticamente en su totalidad, antirrosistas; como tales se ven obligados a exiliarse. Por eso su obra es, en general, literatura de proscripción. Esta circunstancia exacerba aún más la politización y convierte en muchas ocasiones a sus obras en una literatura de combate, rayana muchas veces en el libelo o en el panfleto. De todas formas, a pesar de esta limitación, estamos de acuerdo en que con el exilio "nace... al amparo de los países hermanos, la más importante y numerosa obra literaria del siglo XIX" (2).

En la literatura romántica y testimonial de la proscripción, sobresale siempre el personaje de Juan Manuel de Rosas. Si Rosas dominó la vida política de la época con su inmensa figura, domi-

(2) Alfredo Veiravé: Estudio preliminar a: José Mármol: Amalia, Buenos Aires, 1960, pág. 8.

no también la literatura argentina de su tiempo a través del odio que en ella le manifestaron sus enemigos políticos. Afirma al respecto Ricardo Rojas: "En la literatura argentina... Rosas asume una significación extraordinaria, tan grande como la que inviste en nuestra historia política" (3). Por Rosas se explica, continúa Rojas, que "de 1830 a 1860 la literatura argentina adquiriera ese carácter combativo en sus temas y sus sentimientos, hasta convertirse él mismo, Rosas, en protagonista de poemas y novelas; él explica, en fin, por qué la pléyade romántica hizo del odio una fuente de inspiración, alistando de una parte a los sicarios del despotismo y de la otra a los misioneros de la libertad, en un violento contraste de luces y de sombras" (4).

Además de las intenciones políticas que perseguían los proscritos al denigrar a Rosas, es evidente que la figura misma del dictador, en sí romántica, despertaba el interés de los escritores. Indirectamente, Rosas, por sus peculiaridades, estimuló al romanticismo de la época. "La dictadura de Rosas, como todas las dictaduras, dio un gran impulso al romanticismo. Los proscritos que soñaban para su patria un destino de honor y de gloria, vivían pensando en ideas superiores, identificando su destino con el de su suelo oprimido" (5).

Rosas y los problemas políticos, así como las circunstancias históricas que explican su aparición, fue, pues, un tema fundamental de la literatura romántica argentina. Muchas obras han sido ya consignadas, ya que muchos de los literatos de la época

(3) Ricardo Rojas: Los proscritos. En: La literatura argentina. En: Obras, t. XII, Buenos Aires, 1925, pág. 30.

(4) Ibidem.

(5) Enrique de Gandía: Orígenes del romanticismo y otros ensayos, Buenos Aires, 1946, pág. 131.

son aquéllos cuyos escritos históricos, políticos o sociológicos han sido ya estudiados. Pero al margen de ellos, el tema político o histórico aparece también en las obras estrictamente literarias de Esteban Echeverría y de Juan Bautista Alberdi, por ejemplo. Basta recordar los caracteres testimoniales de La cautiva, el poema de Echeverría, o de su cuento El Matadero (6).

En el caso de Juan Bautista Alberdi, podemos mencionar a su sainete El gigante amapolas y sus formidables enemigos, en el que ridiculiza a Rosas y Peregrinación a la luz del día o viajes y aventuras de la Verdad en el nuevo mundo, en la que la apariencia de cuento esconde una sátira de la situación política y social argentina e hispanoamericana.

Junto a las obras de estas dos grandes figuras de la generación de 1837, podemos consignar las ya mencionadas novelas históricas de Vicente Fidel López (7), o de Bartolomé Mitre (8), o las obras de escritores considerados como secundarios, como es el caso de la novela Esther de Miguel Cané, o los ensayos de Félix Frías.

Particular interés tienen, para nuestro estudio, las obras de dos escritores de la generación romántica: José Mármol, con sus poemas y su novela testimonio Amalia, e Hilario Ascasubi, quien transmite las inquietudes de su "conciencia histórica" de su tiempo a la poesía gauchesca. Por su particular relevancia, las obras de estos dos autores, tan ejemplarizadoras como testimonios de mentalidad historicista, serán consideradas en forma especial en el presente capítulo.

(6) Ver capítulo III del presente trabajo.

(7) Ver capítulo VII del presente trabajo.

(8) Ver capítulo VIII del presente trabajo.

II - VIDA Y OBRAS DE JOSÉ MÁRMOL.

En José Mármol, poeta, novelista y dramaturgo, encontramos una especial relación entre sus obras y las circunstancias políticas y sociales en las que tuvo que vivir. Estas, sensibilizaron hasta tal punto su conciencia, que sus escritos han sido considerados como verdaderos testimonios y documentos históricos de su tiempo.

Nuevamente, esa confusión tan típicamente romántica en la que historia y literatura no mantienen límites precisos, y que ya hemos visto en el historiador Vicente Fidel López, se da ahora en el poeta Mármol. Y como se dio en Mármol, también esta imprecisión de géneros se dio en el resto de los autores de la generación de 1837 con quienes Mármol se sentía identificado. "Mármol era el poeta de los proscritos, el que supo concretar las condenas y las esperanzas de una generación" (9).

El no distinguir lo histórico de lo puramente literario, persistió en quienes, después de la caída de Rosas, usaron los escritos de José Mármol como si fueran documentos de auténtico valor histórico y pretendieron con ellos, demostrar la ignominia del régimen caído. Hay, pues, en Mármol, una conciencia histórica exacerbada por los particulares condicionamientos del momento histórico, y hay, por parte de los seguidores de su obra, un excesivo respeto hacia ella, en cuanto documento histórico.

José Mármol, hijo del proteño Juan Antonio Mármol y de la uruguayana María Josefa Zavaleta, nació en Buenos Aires el 2 de diciembre de 1817. Según sus propias declaraciones, que se encuen

(9) Juan Carlos Ghiano: La fama de José Mármol. En: Liliana Giannangeli: Contribución a la bibliografía de José Mármol, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1972, pág. 6.

tran a lo largo de toda su obra, hizo diferentes estudios en forma irregular, y entre ellos, él destaca como importantes, a los de filosofía que realizó con el doctor Diego Alcorta. Este maestro de las juventudes porteñas, fue decisivo en la formación de Mármol. De Alcorta y de su enorme influencia sobre toda la generación romántica, ha dejado Mármol un testimonio -poco frecuente en este tipo de literatura- en su novela Amalia: "Cada joven de nuestros amigos, cada hombre de la generación a la que pertenecemos y que ha sido educado en la Universidad de Buenos Aires, es un compromiso vivo, palpitante, elocuente, del doctor Alcorta. Somos sus ideas en acción. Somos la reproducción multiplicada de su virtud patricia, de su conciencia humana, de su pensamiento filosófico. Desde la cátedra él ha encendido en nuestro corazón el entusiasmo por todo lo que es grande: por el bien, por la libertad, por la justicia. Nuestros amigos que están hoy con Lavalle, que han desechado el guante blanco para ceñir la espada, son el doctor Alcorta. Frías es Alcorta en el ejército. Alberdi, Gutiérrez e Irigoyen son el doctor Alcorta en la prensa de Montevideo" (10).

Optó finalmente Mármol por hacer estudios de derecho, aunque debió interrumpirlos. pues, el 1 de abril de 1839, fue encarcelado por distribuir diarios de los que la prensa de Montevideo editaba en esos momentos y en los que, uruguayos y emigrados argentinos, hacían a Rosas y a su gobierno las críticas más implacables. Cuando en 1840 supo Mármol que la policía le buscaba nuevamente, se decidió él también por la proscripción y se dirigió a Montevideo, donde fue calurosamente recibido por el grupo de emigrados -Alberdi y sus compañeros- y por amigos personales como Francisco Pico y doña Mariquita Sánchez de Thompson.

Alternó Mármol en Montevideo, su creación poética -con la que

(10) José Mármol: Amalia, Buenos Aires, 1960, pág. 65.

alcanzó rápida fama- con la labor periodística. Fundó y redactó varios periódicos, en los que predominó -naturalmente- la actitud de combate político.

En 1843, se dirigió Mármol a Río de Janeiro. Allí contaba con la protección del general Guido, ministro argentino y allí permaneció -salvo el tiempo que duró un accidentado y no finalizado viaje a Chiel- hasta 1846 en que regresó a Montevideo, donde continuó escribiendo

Prácticamente, la totalidad de su obra fue escrita en el destierro, ya que, después de la caída de Rosas, y ya de regreso en Buenos Aires, le absorbió la intensa vida pública que comenzó en 1854 como senador provincial. En 1858 fue director de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, a cuyo frente, generalmente, han estado distinguidos escritores argentinos, como fue el caso de Paul Groussac, o el más reciente de Jorge Luis Borges. Desempeñó este cargo hasta su muerte.

También fue Mármol diplomático. Su amigo, el Presidente Mitre, le envió como ministro plenipotenciario a la Corte de Río de Janeiro, donde cumplió, con eficacia, una importante misión.

Después de pasar sus últimos años prácticamente ciego, murió Mármol el 9 de agosto de 1871. Hablaron en su entierro, sus compañeros de proscripción, Bartolomé Mitre y Luis L. Domínguez. Este último, con emocionadas palabras, expresó cuál era la verdadera significación que había tenido para ellos el poeta: "A la edad de veintiséis años produjo Mármol El Peregrino, el poema donde están concentrados todos los entimientos del alma argentina en aquella época. Allí están expresados en magníficas estrofas los sentimientos que a todos nos eran comunes, y todo lo que teníamos necesidad de decir en altas voces, para consolar a la patria en su miseria, para vindicarla en su ignorancia, para alentar

sus esperanzas"(11).

En general, Mármol recibió siempre elogios coincidentes por parte de los representantes más importantes del romanticismo argentino, quienes disimularon sus carencias literarias y exaltaron en cambio su acendrado patriotismo y su inquebrantable espíritu combativo.

La obra de Mármol puede dividirse en tres grupos: poesía, novela y teatro. En cuanto a su labor poética -como casi toda su obra publicada en Montevideo- está condensada en dos volúmenes: El Peregrino, de 1847, que es una colección de cantos intimistas, y Armonías, de 1851, que es otra colección de poemas de diversa índole.

El Peregrino fue comenzado en Río de Janeiro, en 1845, y había sido gestado en la nave que llevaba al autor a Chile y que, debido a las tempestades, tuvo que regresar a Río sin haber regresado a Valparaíso. El "peregrino" es un exiliado argentino que viaja por el mar, desde el trópico hasta los 65 grados de latitud sur, que es donde lo arrojan las tormentas. Es un canto a la naturaleza americana que el viajero va descubriendo con la vista, intuyendo o recordando. El tema histórico se une al de la naturaleza a través del recuerdo constante de la patria y de su pasado heroico. Es, al mismo tiempo, un lamento por la patria encadenada por la tiranía, a la vez que un canto de esperanza en su futuro. Hay, pues, en El peregrino, junto a los temas puramente literarios, el testimonio del poeta-patriota que deja constancia de la situación de su país.

La patria, su situación, su pasado, son fuente de inspiración poética en Mármol. Junto a la conciencia histórica se da la sensibilidad por la naturaleza americana. La patria, para Mármol, se identifica totalmente con los principios de la revolución de

(11) En: Juan Carlos Ghiano: op. cit., pág. 6.

Mayo que la encarnan. La exaltación de Mayo y el repudio a la dictadura de Rosas, son aspectos constantes en la generación del romanticismo, lo cual, se hace notablemente evidente en las obras de Echeverría, Sarmiento y Alberdi. Con José Mármol, esos mismos principios adquieren dimensión poética, lo cual, se puede ver, sobre todo, en sus poemas estrictamente patrióticos. En el que presentó al certamen poético con que en 1841 se conmemoró en Montevideo el aniversario de la revolución de Mayo, el titulado, justamente, Al 25 de Mayo, vuelca el autor, incontenible, su devoción por el ideario revolucionario de Mayo.

En otro aniversario patriótico, el de 1843, presentó Mármol el poema A Rosas el 25 de Mayo en el que, a la exaltación de la patria, agrega la crítica a Rosas. Para Rafael Alberto Arrieta, el poema constituye "la más cabal y sañuda invectiva contra... el tirano" (12). En estos versos, lanza Mármol un concepto de interpretación histórica con el que se identifican todos los hombres de la proscripción: Rosas no solamente es el continuador de las tradiciones coloniales, sino también la negación de las de mayo:

¡Ah, Rosas! no se puede reverencia a Mayo
sin arrojarte eterna, terrible maldición...

Estos versos inflamaron de pasión a los hombres del destierro y, por supuesto, dada su intencionalidad política, alcanzaron gran difusión. En Chile, Juan María Gutiérrez los reprodujo en su Antología (13), con lo que su divulgación se extendió a diferentes partes de América.

(12) Rafael Alberto Arrieta: José Mármol, poeta y novelista de la proscripción. En: Historia de la literatura argentina, dirigida por Rafael Alberto Arrieta, t. II, Buenos Aires, 1960, pág. 215.

(13) Ver capítulo VI del presente trabajo.

El tema de Mayo y el tema de Rosas, reaparecen con similar pasión política en otros poemas de Mármol: Al sol de Mayo, de 1847; Al 25 de Mayo, de 1849; Rosas el 25 de Mayo de 1850; y el Canto de los proscriptos, en el que, junto al elogio de Mayo y al repudio a Rosas, aparece la exaltación patriótica de los exiliados. Cuando se produce el pronunciamiento de Urquiza contra la dictadura, Mármol escribe Canto al ejército libertador, dedicados al ejército que preparaba Urquiza para derrocar a Rosas.

Marcelino Menéndez Pelayo, en su Historia de la poesía hispanoamericana, se ocupa de la obra poética de José Mármol. Quizá, sus autorizadas palabras, nos permitan caracterizar definitivamente a la poesía política de Mármol: "A todos los poetas hasta aquí citados, incluso al mismo Echeverría, excedió en reputación popular durante su tiempo, y aún puede decirse que en parte la conserva, otro ingenio romántico, muy desaliñado y muy inculto, lleno de pecados contra la pureza de la lengua, de expresiones impropias y de imágenes incoherentes; pero versificador sonoro y viril, robusto, superior a todos sus contemporáneos en la invectiva política, porque tenía el alma más apasionada que todos ellos, y dotado al mismo tiempo de grandes condiciones para la descripción que pudiéramos llamar lírica, para reflejar la impresión de la naturaleza, no en el detalle, sino por grandes masas" (14).

Para Menéndez Pelayo, la poesía de Mármol no procede el romanticismo francés, sino que, en cambio, le encuentra gran afinidad con el español y, sobre todo, con los poemas de Zorrilla, muchos de cuyos procedimientos imitaba. También advierte el crítico español cómo Mármol dio expresión política a la terrible lucha po-

(14) Marcelino Menéndez Pelayo: Historia de la poesía hispanoamericana, t. 2, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Santander, 1948, págs. 285-386.

lítica que se verificó en el Río de la Plata durante la época rosista: En sus versos políticos -dice- en sus imprecaciones contra Rosas, hay un arranque, un brío, un odio tan sincero, una tan extraña ferocidad de pensamiento, que, si a veces repugnan por lo monstruoso, otras veces se agigantan hasta tocar con lo sublime de la invectiva" (15).

Como novelista, la obra de Mármol se reduce a su famosa Amalia, de enorme trascendencia y de la que nos ocuparemos especialmente en otra parte de este capítulo.

Como autor teatral, produjo Mármol dos obras: El poeta, drama en cinco actos, en verso, estrenada el 20 de agosto de 1842 en el Teatro Nacional de Montevideo; y El cruzado, también drama en cinco actos en verso y estrenada en el mismo Teatro Nacional, el 5 de noviembre de 1842.

En El poeta, aparece como trasfondo, el tema histórico-político. Es el drama de un enamorado pobre a quien su suegro niega la mano de su hija a quien piensa entregar a un candidato rico. El joven es un político opositor que como tal, debe sufrir la prisión y luego el destierro. La pobreza argumental, se ve compensada, en parte, por el interés que la obra despierta por su ambiente político y social. No se menciona a Rosas ni a su régimen, pero las alusiones a ellos son por demás evidentes.

En El cruzado, la otra pieza teatral de Mármol, la acción transcurre en tiempos lejanos y lugares exóticos. No se encuentran en ella -cosa extraña- las alusiones a la situación política y a la historia del Río de la Plata, tan habituales en toda la producción literaria de Mármol. Desde el punto de vista, carece, pues, de interés.

Además de los escritos estrictamente literarios, publicó Már-

(15) Marcelino Menéndez Pelayo: Historia de la poesía hispanoamericana, pág. 386.

mol algunos apúsculos sobre la actualidad rioplatense. Entre ellos, podemos mencionar: Asesinato del Señor Florencio Varela, redactor del "Comercio del Plata", de 1849, y Manuela Rosas, breve biografía de la hija de Juan Manuel de Rosas, de 1851. En realidad, ninguno de ellos alcanzó la trascendencia de su otra obra, aquélla en que dejó su testimonio histórico-político.

III - AMALIA: HISTORIA Y NOVELA.

Si la obra poética de José Mármol tuvo gran divulgación en los años de la proscripción, la obra que le dio fama, después de la caída de Rosas, fue Amalia, novel típicamente romántica que alcanzó inusitada difusión en toda la América hispana.

Es Amalia, como señala Ricardo Rojas (16), la más popular de las novelas argentinas; han circulado de ellas innumerables ediciones. En la América de habla española, su fama sólo es comparable a la de Marfa de Jorge Isaacs.

Mármol publicó su novela, por entregas, en "La Semana" de Montevideo. Cuando supo del triunfo de la batalla de Caseros, interrumpió la edición para regresar a Buenos Aires. Al año siguiente de la caída de Rosas, es decir, en 1853, salió la segunda edición, ya completa, en Buenos Aires. Le había agregado Mármol gran cantidad de nuevos datos, a los que consideraba verídicos.

Es imposible juzgar a la novela de Mármol, si no se lo hace desde la perspectiva de las motivaciones políticas del autor. En los momentos en que Mármol la concibió, era inminente la acción del "Ejército Grande" que Urquiza preparaba para derrocar a Rosas. Sin duda, Mármol se sintió impulsado a colaborar creando el ambiente de desprestigio suficiente de la dictadura como para justificar, desde la literatura, la actitud del general Urquiza. Es por ello que todo en la novela, lo romántico, lo amoroso, la imaginación, está subordinado a la intencionalidad política. El objeto es pintar con tonos absolutamente sombríos la situación del país bajo la dictadura rosista. Más allá de lo puramente literario, "el libro explica, narra y proclama la tragedia del Río de la Plata bajo la tiranía rosista" (17).

(16) Ricardo Rojas: op. cit., pág. 670.

(17) Luis Alberto Sánchez: Proceso y contenido de la novela hispanoamericana, Madrid, 1968, pág. 131.

El autor, pues, recurre a lo literario, a la novela específicamente, para pintar el cuadro que conviene a sus intenciones político-patrióticas. Desprestigiar a Rosas es su finalidad; "Es, pues, novela política; y como Mármol había vivido y sufrido el régimen de Rosas, es también novela autobiográfica" (18).

La acción de Amalia se sitúa en el año de 1840, conocido como el "año del terror". En ese momento, la dictadura de Rosas se endurece y fortalece después de haber conjurado el peligro que para ella representaba el avance de las tropas del general Lavalle.

Se basa la novela en un hecho real; al menos, hay ciertas referencias de él en las Tablas de sangre de Rivera Indarte y en las Memorias póstumas del general José María Paz. Los jóvenes antirrosistas Francisco Lynch, José María Riglos, Isidro Oliden y Carlos Maisson, fueron asesinados en la noche del 3 al 4 de mayo de 1840, después de haber sido delatados por un oscuro traidor.

Sobre este hecho, supuestamente verídico, agregó Mármol personajes ficticios: Daniel Bello y Eduardo Belgrano, y elaboró la novela con el trasfondo, siempre, del terror rosista. Situó la acción entre dos noches del año 1840: la del 4 de mayo y la del 5 de octubre. Uno de los jóvenes que iba a ser asesinado cuando todos escapaban hacia Uruguay, logra escapar. Se trata de Eduardo Belgrano, a quien salva su amigo Daniel Bello, quien al verlo malherido le lleva a casa de Amalia, joven viuda tucumana instalada en Buenos Aires, la que oculta y cuida a Belgrano.

En la noche del 5 de octubre los ya novios se casan -era previsible que los personajes se enamoraran- pero la mazorca asalta la casa e irrumpe la tragedia: en el asalto Eduardo Belgrano es

(18) Enrique Anderson Imbert: Historia de la literatura hispanoamericana, México, 1954, pág. 128.

muerto.

El personaje con caracteres más dolinoados es Daniel Bello, el amigo de la pareja, que engaña a los perseguidores haciéndose pasar, incluso, por rosista. Es, en realidad, un conspirador y espía que actúa como agente informador de los proscriptos que luchan en Montevideo.

Paralelamente con el núcleo argumental fundamental, se desarrollan en Amalia los acontecimientos políticos en una mezcla de sucesos imaginarios con otros históricos o reales -al menos, basados en ellos- aunque deformados, muchas veces, para acomodarlos a los fines políticos que el autor perseguía.

Hay personajes reales en Amalia, cuyas figuras son presentadas con expresividad y fuerza. Cuatro capítulos -del cuarto al octavo- están destinados a Rosas, cuya personalidad es presentada en los más diversos aspectos, aunque por supuesto, con tan pocos matices, que su figura resulta exagerada y poco creíble.

Junto a Rosas, aparecen con nítidos caracteres, su mujer, doña Encarnación Ezcurra y su hija Manuelita, a quien, contra todos los testimonios que le presentan como una hija ejemplar y amada por su padre, presenta Mármol como otra víctima del dictador.

Otros personajes reales de la novela son las cuñadas de Rosas, hermanas de doña Encarnación, el ministro Arana, el periodista Mariño, el jefe mazorquero Cuitiño y algunos proscriptos entre los que, el más logradamente caracterizado, es quizá Florencio Varela. Frente al realismo de los personajes históricos, contrasta la idealización romántica de los imaginarios, por lo que aparecen más desdibujados, lo que se nota, sobre todo, en el personaje de Amalia.

El trasfondo histórico y el tono documental de la novela son indudables y evidentes. Lo que sí ha tratado de dilucidar la crítica es un aspecto que para el punto de vista de nuestro estudio tiene capital importancia: hasta qué punto Amalia es una novela

histórica y hasta qué punto vale como testimonio o documento de su época. Hay al respecto, una gran variedad de opiniones encontradas. Sin duda, la obra pretende ser un documento sobre la dictadura rosista, marcando los aspectos más negativos del dictador y toda su época, una de las más importantes y discutidas de la historia argentina. No es solamente una novela de personajes arquetípicos y románticos; su intencionalidad es otra; de ahí que haya sido considerada al mismo tiempo como novela histórica, como autobiografía, como un alegato político, como un testimonio de su época, a la vez que obra estrictamente literaria y romántica.

La cualidad de "novela histórica" que se ha adjudicado a Amalia, proviene del ambiente y la época en que ha sido situada y del hecho de que en ella aparezcan personajes auténticos. En realidad, el autor se ocupa de hechos y de personas que le son contemporáneos. No hay, pues, reconstrucción "arqueológica" a la manera de las clásicas novelas históricas como las de Walter Scott; lo que sí hay es una crónica apasionada de los sucesos de la época, vividos por el autor, y a los que éste juzga, no con la serena objetividad del historiador, sino con la virulencia del político.

Ricardo Rojas ve que en Amalia "se mezclan... la nota realista y la romántica, constituyendo un documento histórico de valor autobiográfico y social" (19). Destaca en ella el "ambiente social" que describe, del cual son ejemplos la pintura del retrato de Manuelita Rosas, la descripción del terror y de la acción de los mazorqueros y la presencia de otros personajes reales, como es el caso de Florencio Varela, de quien hace Mármol un vigoroso retrato.

En una posición similar a la de Rojas, está Luis Alberto Sán

(19) Ricardo Rojas: op. cit., pág. 760.

chez, quien al calificar a Amalia, la considera como una de las primeras novelas americanas históricas, y ello, "pese a su entonces avasalladora intención política y presentista (hoy histórica)... " (20), y a que no fue escrita con intenciones de revivir, recrear o reconstruir el pasado. Esta consideración no deja de ser contradictoria, ya que, como el mismo autor reconoce, los objetivos de Mármol en esta "crónica de sucesos contemporáneos" fueron, evidentemente, "suscitar repugnancia y más odio contra Rosas y unificar a los amantes de la libertad. Aunque él fue esencialmente un romántico, la trama de la novela luce esos y otros perfiles". "Su inspiración y su estructura reposan en el odio político. Eso, sólo eso, alienta la obra entera. Odio a la tiranía, odio a Rosas, odio a la mazorca, odio al crimen político" (21).

Ya en la segunda mitad del siglo pasado se suscitó la controversia acerca del valor histórico o en todo caso testimonial de Amalia. Mariano Pelliza, al hacer el elogio de la novela, marcó los que encontraba que eran sus rasgos fundamentales: "Novela panfleto, narra y combate una situación. Libro y espada a un tiempo, es un recurso del enemigo caído para herir al despotismo" (22).

Pese a la opinión de Pelliza, una novela con los caracteres que él le señala no podía ser considerada como histórica. Así lo entendió José Tomás Guido que rebatió a Pelliza en sus Escritos (23), cuestionando el cuadro histórico propuesto por Mármol. Señala el error en el que incurrieron quienes consideraron a Amalia como copia fiel de la realidad rosista, a la que Már-

(20) Luis Alberto Sánchez: op. cit., pág. 318.

(21) Ibidem, págs. 428-429.

(22) Mariano A. Pelliza: Crítica y bocetos históricos, Buenos Aires, 1877.

(23) Citado por Juan Carlos Ghiano: op. cit., pág. 23.

mol describió con tintes negros y absolutos, desconociendo aspectos acertados del gobierno federal, así como la colaboración que a él prestaron muchos hombres íntegros y honestos.

En 1946, Ezequiel Martínez Estrada se ocupó de rehabilitar Amalia como testimonio histórico, y de situarla entre los principales escritos argentinos del siglo XIX: "En gran parte nuestra historia verídica está inédita, pero en parte está escrita y no sabemos leerla. Está escrita en El Matadero, en Martín Fierro, en Amalia..." (24).

El español Marcelino Menéndez Pelayo, juzgó a la obra de Mármol con criterios similares a los de los autores argentinos que vieron en ella un documento histórico. Dice, con respecto a José Mármol, y su novela: "Dejó además, Mármol, una larga novela, Amalia, que es de las obras más conocidas de la literatura argentina, por haber sido impresa en Europa varias veces, y leída siempre con el vivo interés que nace de su carácter histórico y de la extrañeza de su contenido. Es una historia anecdótica de la tiranía de Rosas; la mayor de sus personajes son reales y aún son de rigurosa exactitud muchos de los actos y palabras que se le atribuyen" (25). Nos llama la atención este juicio un tanto ligero de Menéndez Pelayo -sobre todo porque no suelen ser frecuentes en él los juicios apresurados- ya que si algo no se puede adjudicar a Amalia es exactitud histórica, exactitud que, por otra parte, el autor santanderino no estaba en condiciones de constatar, sobre todo si se tiene en cuenta que en la época en que escribió este autor, las investigaciones históricas objetivas sobre la época de Rosas, no abundaban en Argentina, y en España no existían.

Nos parece acertado el criterio de Fermín Estrella Gutiérrez

(24) Citado por Juan Carlos Ghiano: op. cit., pág. 23.

(25) Marcelino Menéndez Pelayo: op. cit., pág. 387.

cuando afirma que "si queremos desandar el tiempo y ubicarnos un siglo atrás en nuestro país y vivir los años luctuosos de la tiranía, y además, los gustos y sensibilidad de la época, nada mejor que esta obra, escrita sin duda un poco a la ligera y sin mayor preocupación estética, pero rebosante por otra parte de acción y movimiento y traspasada de lo que podríamos llamar, en lenguaje moderno, historicidad" (26).

Es indudable que la novela respira historicidad y que con exageraciones o no, sumerge al lector en el ambiente y el clima de la época de Rosas. Pero no compartimos la opinión de este autor en cuanto al valor testimonial de Amalia. Dice Estrella Gutiérrez después de considerar a la novela como "histórica" y "romántica": "En cuanto al conocimiento de la época, la más dramática y controvertida de la historia argentina, es indudable que es cabal y auténtico por parte del autor, quien fue espectador y actor, en muchas circunstancias, de las escenas terriblemente crueles y sangrientas, que se describen en la obra" (27). Justamente, su condición de actor de los sucesos y su profundo compromiso político, hacen pensar que no pudo Mármol elaborar un documento objetivo de la época.

Un crítico tan agudo como Enrique Anderson Imbert, después de considerar acertadamente a Amalia como un ejemplo de alegato político, niega, por razones de objetividad, la posibilidad de que sea una novela histórica: "Es, pues, novela política; y como Mármol había vivido y sufrido el régimen de Rosas es también novela autobiográfica". Insiste este autor en las perspectivas políticas y no históricas con que Amalia fue escrita: "A pesar de las tintas exageradas, de los contrastes rebuscados, de la

(26) Fermín Estrella Gutiérrez: Amalia, novela de la tiranía.

Prólogo a: Amalia, Buenos Aires, 1960, págs. IX-X.

(27) Ibidem, págs. XI-XII.

invención calenturienta de la beligerancia, Amalia acertó en la verdad del cuadro político que presentaba. Se propuso -según explicó en el prólogo- "describir en forma retrospectiva personajes que viven en la actualidad". Diez años separaban al novelista de lo novelado; pero creó la ilusión de una distancia mayor hasta el punto de que hay críticos que consideran a Amalia como novela histórica. El pasado era reciente, sin embargo; más aún; no era un pasado. El autor no miraba con perspectiva histórica, sino política; objetivó la realidad contemporánea en forma de historia, no porque fuera en verdad "historia", sino porque desde el fondo de su corazón la declaraba caduca" (28).

Creemos que el juicio anterior se acerca a la que consideramos como verdadera dimensión de Amalia. No creemos que pueda ser considerada como una estricta novela histórica ya que los acontecimientos que en ella se narran son prácticamente contemporáneos al autor. Lo que sería en ella ambientación de época no es más que pintura de su tiempo. No hay la suficiente perspectiva temporal para ver los hechos de que se ocupa con cierta objetividad histórica. Tampoco creemos que con un criterio riguroso se pueda calificar a Amalia como documento de la época. Aunque hechos y personajes sean reales, ello no es garantía de veracidad. En la obra, todo intento de objetividad, se ve afectado por el partidismo político de su autor, aún cuando éste, intentando darle visos de autenticidad, haya insertado -cosa insólita en una novela- copias de documentos oficiales.

Juan Carlos Ghiano señala que "varias generaciones de argentinos aprendieron de esta novela su apasionada visión del régimen rosista y del terror de 1840" (29). En esto, que para Ghiano es motivo de elogio, reside a nuestro juicio, el mal que Ama-

(28) Enrique Anderson Imbert: op. cit., pág. 128.

(29) Juan Carlos Ghiano: op. cit., pág. 24.

lia ha significado para la historia argentina. Lo que debió man
tenerse como una novela romántica y, en todo caso, como pintura
de ambientes de una época y como representativa de unas determi
nadas circunstancias de la vida argentina, fue considerado como
testimonio fiel y válido para el conocimiento de la etapa rosis
ta, una de las más complejas de la historia argentina. Durante
años, antes de que se impusieran criterios históricos más rigu
rosos, se hizo a esas "varias generaciones de argentinos", cómp
lices de los prejuicios y de los apasionamientos políticos del
combativo José Mármol.

IV - HILARIO ASCASUBI Y LO HISTORICO EN LA POESIA GAUCHESCA.

Para llegar a una real interpretación de la obra de Hilario Ascasubi, es necesario relacionarla con su azarosa vida; pero es poco fácil llegar a un conocimiento clara de la biografía del autor, ya que él mismo se encargó de dar datos falsos sobre ella o, al menos, de consentir que las falsedades circularan sin que él las negara. La fuente más correcta para una aproximación a la verdadera vida de Ascasubi, sin que por ello aclare todos los enigmas que existen en torno suyo, es la obra de Bénédict Gallet, editada en París en 1872 (30), aunque de mayor utilidad resulta la biografía de Manuel Mujica Láinez, publicada muchos años después que la anterior (31).

Nació Ascasubi en la provincia de Córdoba, el 14 de enero de 1807, y murió en Buenos Aires, apenas llegado de Europa, el 17 de noviembre de 1875. Pese a los confusos datos que sobre ella se tienen, pueden distinguirse en la vida de Ascasubi algunas etapas significativas. Ellas son las que menciona Augusto Raúl Cortázar (32): la primera, se extiende su nacimiento en una carreta, en Bell-Ville, hasta la iniciación del misterioso viaje que realizó Ascasubi con rumbo desconocido; la segunda, es la etapa del viaje que, según parece, hizo como grumete de una enigmática embarcación: "La rosa argentina", en la que habría asistido a ataques de corsarios y con la que habría tocado diversos

(30) Bénédict Gallet: Quelques mots de Biographie et un page d'histoire Le Colonel Ascasubi, París, 1872.

(31) Manuel Mujica Láinez: Vida de Aniceto el Gallo, Buenos Aires, 1966.

(32) Augusto Raúl Cortázar: Poesía gauchesca argentina. En: Historia general de las literaturas hispánicas dirigida por Guillermo Díaz Plaja, t. IV, Barcelona, 1956.

puertos de Europa -Portugal, Francia, Inglaterra- y de América. El único dato sobre este viaje se encuentra en una narración del propio Ascasubi, en estilo gauchesco, en su periódico "Aniceto el Gallo". La tercera etapa de su vida es la que se corresponde con la actuación de Ascasubi en Salta. Allí, entre 1824 y 1825, fue tipógrafo y luego militar en los ejércitos del general José María Paz. Participó en las guerras civiles que se desarrollaron en distintos puntos del país, intervinendo también, en las campañas del general Aráoz de Lamadrid, con el que estuvo en la derrota del Tala, en 1826, y en la de Rincón de Valladares, en 1827.

La cuarta etapa de la vida de Ascasubi se corresponde con la época en que colaboró con el general Lavalle, al que acompañó hasta que éste, vencido, tuvo que refugiarse en Uruguay. También entrarían en esta etapa los dos años de permanencia de Ascasubi en las cárceles rosistas, hasta su huida a Montevideo, en 1832.

La quinta etapa de la biografía de Ascasubi es la de su actuación en la capital uruguaya, ciudad en la que participó en las campañas periodísticas contra Rosas. Para Ascasubi, luchar era escribir y escribir, para él, era hacer versos con el lenguaje popular de los gauchos. Escribió, en esta época, los que integrarían su Paulino Lucero, al que dio fin en 1852, cuando la batalla de Caseros, el triunfo de Urquiza -del que Ascasubi fue ayudante- y la caída de Rosas, le permiten regresar a Argentina.

La sexta etapa, es la de sus luchas políticas en Buenos Aires. Es la época en que su oposición a Urquiza se manifiesta a través de los poemas de Aniceto el Gallo, que escribe entre 1852 y 1860. La última etapa de la vida del poeta, que se extiende desde 1860 a 1875, se desarrolla casi totalmente en Europa. Comprende sus viajes, su actuación diplomática, la preparación de Santos Vega y la edición del resto de sus obras.

Como aspectos importantes de la vida de Ascasubi, que tienen repercusión en su obra, pueden destacarse: sus estudios de pri-

meras letras realizados con los Padres franciscanos, única educación sistemática que parece haber hecho; su ferviente antirrosismo; los años pasados en las cárceles; su amistad con Lavalle y otros caudillos unitarios; el empobrecimiento que sufre como resultado de las inversiones realizadas en obras públicas como la construcción del famoso teatro Colón de Buenos Aires; y su larga permanencia en París.

Generoso, aventurero, aventurero, sociable, vanidoso, mundano, simpático, serían los rasgos más notables de la romántica personalidad de Hilario Ascasubi. Dentro de la historia de las letras argentinas, su gran mérito es haber enaltecido y elevado de condición a la poesía gauchesca. "Debe recordársele, pues, en nuestra historia literaria, aún cuando no se le reconocieran otros méritos, porque, al imponer sus versos a los lectores de la poesía erudita, consiguió que el género gauchesco y vulgar que representaba, quedara enaltecido y justificado para siempre, y se incorporara desde entonces a la literatura patria" (33).

Era Ascasubi hombre de ciudad y de grandes y aventureras experiencias -como ya se ha señalado-; sin embargo, eligió como forma de expresión el lenguaje del campo, el del gaucho, y a través de él, volcó toda su apasionada y satírica visión del mundo en el que le tocó vivir. Es por ello que su obra, a la par que creación estrictamente literaria, constituye un testimonio de su tiempo y de las difíciles circunstancias políticas y sociales en que se desarrolló la vida de los hombres de la generación romántica.

Indudablemente, hay una intención marcada y clara, en Ascasu

(33) Julio Caillet-Bois: Introducción a la poesía gauchesca. Hilario Ascasubi. En: Historia de la literatura argentina, dirigida por Rafael Alberto Arrieta, t. III, Buenos Aires, 1960, pág. 68.

bi, de recurrir a la poesía para expresar los problemas colectivos que, en su época, fueron fundamentalmente políticos y sociales. Esta actitud es inconfundiblemente romántica, lo cual no es extraño si consideramos la formación, la época y la vida del autor. La poesía gauchesca es el medio al que recurre para concretar su intención romántica. Es por ello que, "el triunfo de la literatura gauchesca ante la crítica culta es, pues, un episodio del romanticismo..." (34).

En 1872 aparecen en París, impresos por la Casa Dupont, los tres tomos en los que se recopilaron los cancioneros gauchescos de Ascasubi. El primero: Paulino Lucero; el segundo: Aniceto el Gallo; y el tercero: Santos Vega. Como señala Ricardo Rojas (35), cada una de las obras corresponde a cada una de las tres fases payadorescas del autor. Podríamos agregar que, paralelamente, también se corresponden con tres momentos diferentes de la vida argentina, cada uno con circunstancias políticas y sociales especiales.

El Paulino Lucero es el conjunto de cantares contra Rosas, elaborados entre 1839 y 1851. En ellos se apoya a los unitarios y se exalta a Urquiza. Con Aniceto el Gallo, en 1854, las condiciones del país han cambiado; por ello, no tienen ya sentido las diatribas contra Rosas. Los ataques se dirigen ahora contra el anteriormente admirado Urquiza. El Santos Vega corresponde al período final de la vida de Ascasubi. Como no determinan al autor las urgencias políticas, la obra es más bien una expresión de "nostalgia retrospectiva, de temperancia intelectual" (36).

De los tres tomos de las obras de Ascasubi, pues, los dos

(34) Julio Caillet-Bois: op. cit., pág. 75.

(35) Ricardo Rojas: Los gauchescos. En: La literatura argentina.

En: Obras, t. IX, Buenos Aires, 1924.

(36) Ibidem, pág. 669.

primeros, es decir, el Paulino y el Aniceto, son producto de la atmósfera de efervescencias y pasiones políticas y constituyen instrumentos de ataque; el tercero, el Santos Vega, es contemplativo, sin relación con hechos políticos y más bien obra de imaginación, aunque siempre, a través de lo imaginario, aparezca el cuadro del estado social del campo argentino. Si los dos primeros tomos interesa por cuanto constituyen un documento literario de las guerras civiles y de las luchas contra Rosas, el tercero interesa como testimonio de un estado social y como descripción de ambientes de una época argentina.

El primer tomo es, como hemos dicho, el del Paulino. Su título completo es: Paulino Lucero o los gauchos del Río de la Plata cantando o combatiendo contra los tiranos de las Repúblicas Argentina y Oriental del Uruguay (1839-1851). Se refieren todos los episodios del sitio de nueve años que resistió heroicamente Montevideo e igualmente los combates que en la campaña oriental sostuvieron los gauchos patriotas hasta postrar al tirano Juan Manuel de Rosas y sus satélites. Es, en rigor, una recolección de poemas que con el seudónimo de Paulino Lucero había publicado Ascasubi en periódicos, hojas sueltas y folletos, en Montevideo, a partir de 1833, y que alcanzaron gran difusión entre los soldados de ambos ejércitos, así como entre los civiles de ambas márgenes del Plata. Gran parte de ellos habían sido coleccionados por el autor, después de Caseros, con el título de Trozos de Paulino Lucero o Colección de poesías campestres desde 1833 hasta el presente (37).

Los del Paulino, son cantares de gauchos con una finalidad política perfectamente identificable: asociar los versos a la causa de los unitarios y retemplar los ánimos de sus soldados. Simultáneamente, trataba de desmoralizar a los gauchos que comba-

(37) Buenos Aires, 1853.

tían en el ejército de Rosas. Al margen de sus valores estéticos, constituyen una visión o crónica poética de los acontecimientos de veinte años de historia rioplatense y están inspirados, siempre, por una doble vertiente sentimental: amor a la patria y odio a Rosas y a la tiranía que encarnaba.

En Paulino Lucero comentó Ascasubi -siempre en lengua gauchesca- las alternativas de la guerra, transcribiendo incluso partes de batalla. Hasta ese momento, la forma poética gauchesca era de uso exclusivo de los federales; con Ascasubi, pues, cantan por primera vez los gauchos partidarios del unitarismo. Como ejemplo de los acontecimientos de que Ascasubi se ocupa en sus poemas, podemos mencionar uno que trata de la expedición de Lavalle, La media caña de los libres es su título; otro, El gaucho en campaña, trata de la invasión de Echagüe a la Banda Oriental. Cantó también a los sucesos de 1843 y, sobre todo, a los acontecimientos que se desarrollaron durante el sitio que las fuerzas rosistas establecieron sobre Montevideo. En Los misterios del Paraná se recuerda al combate de Obligado y otros episodios de la intervención de la escuadra anglo-francesa en el Río de la Plata. Uno de los poemas, el más extenso, lleva el título de Paulino Lucero y constituye un homenaje al general Justo José de Urquiza. Esta poesía fue rehecha en 1851 con motivo del pronunciamiento y unida a otra, en forma de diálogo y tono jubiloso, titulada Urquiza en la patria nueva.

El triunfo de Urquiza en Caseros significó el final de Paulino Lucero. Al terminar la lucha contra la dictadura, desaparece el seudónimo bajo el cual Ascasubi había publicado su extensa serie de poemas contra Rosas. Los cometidos que el autor buscaba al escribirlos se habían ya cumplido ampliamente.

Los versos del Paulino se extendieron, sobre todo, en forma oral, a la manera de los cantares de gesta. "De noche, en los vivaques -comenta Rojas- se oía cantar sus décimas y diálogos; o en la parranda del suburbio, bailar sus cielos y media-cañas,

versificados contra Rosas y Oribe" (38).

Significaron estos poemas un duro golpe para Rosas y su gobierno. Así lo señala el mismo Ricardo Rojas: "Si aquellos cantos llegaban a conocimiento de Rosas, no lo sabemos; pero yo es toy seguro de que no la prosa doctrinaria de Varela, ni la prosa flamígera de Sarmiento, sino estas payadas bárbaras de Ascasubi, son las que más debieron desazonarle" (39).

Al margen de su función narradora de hechos históricos, , los poemas gauchescos del Paulino Lucero de Ascasubi, constituyen en sí mismos un episodio de la historia de la época; y es desde ese punto de vista que interesan a los fines de nuestro trabajo. A la vez que crónicas, estos poemas son un canto a los ideales políticos que animaban a toda una generación de intelectuales. También, por primera vez -al menos por parte de un miembro del grupo romántico- junto a los ideales patrióticos y democráticos, se exaltan los sentimientos del gaucho y de las clases populares, hasta ese momento vituperadas, o al menos ignoradas, por los intelectuales de la sociedad argentina. Con Ascasubi, el es quema de Sarmiento sobre la barbarie del gaucho y sobre su exclusiva disposición para actuar en defensa de causas retrógradas, como pensaban que significaba el rosismo o el orden colonial, pierde credibilidad. Tampoco podrán ya considerar los federales que el gaucho era un elemento de su exclusivo patrimonio. Sin alardes y sin pretensiones científicas, con un lenguaje llano y popular, desarmó Ascasubi gran parte de las esquemáticas abstracciones, artificiales y alejadas de la realidad, de los teóricos doctrinarios de la generación de 1837.

El segundo tomo de las Obras de Ascasubi editadas en París, es Aniceto el Gallo, gauchero y prosista gauchi-poeta argentino.

(38) Ricardo Rojas: op. cit., pág. 670.

(39) Ibidem.

Extracto del periódico de este último publicado en Buenos Aires en 1854 y otras poesías inéditas. Es también, como el Paulino, una recopilación de poemas aparecidos, esta vez, en un periódico unipersonal editado por Ascasubi -el "Aniceto el Gallo"- después de la batalla de Caseros.

Como ya había caído la tiranía, el Aniceto el Gallo tuvo un tono más alegre y festivo. Sin embargo, los objetivos seguían siendo políticos. Ascasubi era partidario de Buenos Aires en el enfrentamiento de ésta con el resto de la Confederación Argentina y, por lo tanto, el objetivo de sus nuevos dardos fue el general Urquiza, de cuyas ambiciones políticas se burlaba el autor.

El Aniceto es inferior al Paulino; conserva sin embargo ciertas características de éste: un tono periodístico a pesar del verso, un afán combativo, y constituye también, una crónica o una expresión de un determinado momento de la vida argentina, aunque también como Paulino represente sólo a un sector de la realidad: el de los "paisanos" porteños en su lucha contra los gauchos del interior.

En la edición de 1872, agregó Ascasubi al tomo del Aniceto algunas poesías inéditas que pertenecían a la época anterior a 1851, son "las otras poesías inéditas" que menciona el título y pertenecen al ciclo de Paulino Lucero.

La tercera gran obra de Ascasubi es el Santos Vega. Con ella, abandona el tipo de poesía que había hecho hasta entonces y que, según reconoce el autor, fue su "arma de guerra contra los opresores de la patria" (40).

(40) Hilarie Ascasubi: Santos Vega o Los mellizos de la Flor. Rasgos dramáticos de la vida del gaucho en las campañas y praderas de la República Argentina, París, 1872, pág. I.

Santos Vega es un largo poema que Ascasubi comenzó en 1850 cuando estaba en Montevideo, con el título Los mellizos y que tuvo que suspender a raíz del pronunciamiento de Urquiza. Publicó algunos fragmentos en 1851 y lo retomó veinte años después, cuando en 1870, estando en París decidió terminarlo con el título de Santos Vega o Los mellizos de la Flor.

Sin las inquietudes propias de las luchas políticas, sin el afán panfletario de sus obras anteriores, aspiraba Ascasubi ahora a realizar una gran descripción de la pampa, siempre en lengua gauchesca. Es por ello que como subtítulo puso: Rasgos dramáticos de la vida del gaucho en las campañas y praderas de la República Argentina (1778-1808).

A pesar de ser un poema, el género de Santos Vega es ambiguo, al punto que su propio autor no sabe cómo calificarla: "En esta historia, poema o cuento, como se le quiera llamar, los indios tienen más de una vez su parte prominente" (41).

Santos Vega fue un personaje real y constituyó un auténtico mito entre los pobladores del campo. Fue uno de esos payadores, especie de juglares o versificadores de las pampas, que peregrinó de pago en pago cantando sus versos y sus historias. Su vida errante y aventurera, era conocida por los gauchos con todo detalle. La leyenda que se tejió alrededor suyo, aseguraba que había rivalizado con el diablo, habiendo sido vencido por éste.

Bartolomé Mitre recogió la leyenda de Santos Vega en un poema y Eduardo Gutiérrez contó su historia en la novela Una amistad hasta la muerte, como lo hizo también Rafael Obligado en el poema Santos Vega. Es éste, pues, un personaje que apareció con frecuencia en la literatura argentina del siglo XIX.

En realidad, Santos Vega no es el protagonista de la obra de

(41) Hilario Ascasubi: op. cit., pág. XLIX.

Ascasubi; es solamente el payador, es decir, el relator de ella. El tema es, como aclara el autor, otro: "...es un tema favorito de los gauchos argentinos, es la historia de un malevo capaz de cometer todos los crímenes, y que dio mucho que hacer a la justicia. Al referir sus hechos, y su vida criminal por medio del payador Santos Vega, especie de mito de los paisanos que también ha querido consagrar..."(42). Es el tema del malevo, en este caso Luis Salvador, mellizo de Jacinto, el "bueno", bandido local, nacido en la banda oriental del Río Salado y que constituyó un verdadero terror en la zona de Chascomús, en la provincia de Buenos Aires. Es un tipo de literatura popular a la que Caillet-Bois (43), con acierto, asimila con los romances de ciegos que relataban hazañas de bandidos célebres, o con los folletines o novelones por entregas que, en la mitad del siglo XIX, prolongaron el tema histórico propio de las novelas románticas.

Como ya inferimos del subtítulo de la obra, Ascasubi no sólo pretendió narrar por boca de Santos Vega una historia de bandidos ya que, a ella dice, "se une felizmente la oportunidad de bosquejar la vida íntima de la Estancia y de sus habitantes, y describir también las costumbres más peculiares a las campañas con alguno que otro rasgo de la vida de la ciudad" (44). Esta descripción de ambiente correspondería, de acuerdo a la intención del autor, a los últimos treinta años de la dominación española; es decir, a la época de la existencia del Virreinato del Río de la Plata que fue fundado, justamente, en 1776. En realidad, encuadra la acción en un amplio marco histórico pero que, más que con la época en que él sitúa la acción, se co

(42) Hilario Ascasubi: op. cit., pág. XLIX.

(43) Julio Caillet-Bois: op. cit., pág. 87

(44) Hilario Ascasubi: op. cit., pág. XLIX.

responde con la época del autor. Falla, pues, como reconstrucción histórica el Santos Vega, pero acierta como descripción del ambiente campestre de la República Argentina, a mediados del siglo XIX.

Hay en la actitud de Ascasubi una cierta intención sociológica, al querer presentar cómo era la vida de los gauchos en la pampa, antes de que entraran en contacto con las grandes ciudades y al describir, además, los trabajos rurales en las "estancias" y las costumbres en general de las campañas. En estas descripciones, los anacronismos se hacen muy evidentes y fueron ya denunciados por Juan Agustín García, para quien, la obra transcurre "a mediados del siglo XIX y aún sería exacto algunos años más tarde" (45).

Cuando en 1851 aparecieron editados los fragmentos del Santos Vega, Vicente Fidel López saludó entusiasmado su publicación y exageró la importancia de la reconstrucción histórica: "Cuando nuevas razas -dijo- y nuevas cosas hayan cubierto nuestro territorio, cuando los tipos poéticos de nuestra vida actual hayan desaparecido por la superposición de nuevas entidades y por la invasión de los hábitos e intereses de la vida civil e industrial, los cuadros y las creaciones del Señor Ascasubi serán sin disputa la fuente, los antecedentes homéricos de nuestra futura literatura, y en este concepto es inmenso el valor histórico a que creemos está reservado ese nombre reducido hoy entre nosotros a un valor modesto tal vez" (46).

Creemos que más que valor histórico, las descripciones del Santos Vega tienen valor documental y, en todo caso, folklórico. Hay en la obra una notable descripción de la pampa, en plena provincia de Buenos Aires, donde se levanta la estancia "La

(45) Juan A. García: Sombras que pasan, Buenos Aires, 1925, pág. 157.

(46) Citado por: Julio Cailliet-Bois: op. cit., pág. 89.

Flor"; bosqueja también, cómo se desarrolla en ella la vida cotidiana y cómo constituye el núcleo de la organización familiar y, al mismo tiempo, social, a cuyo alrededor se levantan los "ranchos", humildes viviendas de los gauchos. Hay también descripciones de las faenas camperas, especialmente de la yerra; de ella, se puede deducir el papel fundamental que cumplía el caballo en la vida de las pampas. Hace Ascasubi una auténtica pintura de la vida social, no sólo de los gauchos sino también de las clases aristocráticas, es decir, de los dueños de las "estancias". Como novedad, con respecto a las anteriores obras de Ascasubi, aparece como personaje el indio, que tanta importancia adquiriría luego en el más famoso poema gauchesco: el Martín Fierro de Miguel Hernández. Habla también Ascasubi de la religiosidad del gaucho y muestra cómo, en ella, junto a las prácticas cristianas, se mezclan una serie de creencias y supersticiones de origen indígena.

Los valores estéticos o puramente literarios del Santos Vega de Ascasubi, han sido reiteradamente puestos en tela de juicio. No ocurre lo mismo con su valor documental, que llega, para algunos a valor de verdadero documento histórico. Para Enrique Anderson Imbert (47), es la obra más importante del autor a la vez que supera su habitual actitud burlesca que aquí se troca en profundamente reflexiva. Augusto Raúl Cortazar señala que "el interés documental, histórico y folklórico del poema es inmenso y hasta ahora no estudiado ni aprovechado toda su notable riqueza, en su auténtica verdad" (48). Ricardo Rojas, después de hacer un análisis del poema, llega a la conclusión de que tiene un escaso valor literario; sin embargo, al considerarlo como descripción de ambiente, encuentra que es allí "donde reside su

(47) Enrique Anderson Imbert: op. cit.

(48) Augusto Raúl Cortazar: op. cit., pág. 411.

mérito principal, y ello hará de este poema un documento dura
dero para nuestra sociología, por sus profusas y exactas observa
ciones del hombre y la naturaleza gauchesca..." (49).

La obra de Ascasubi es, además para nosotros, una muestra
evidente de esa "conciencia histórica", característica del ro
manticismo, que impregna a casi toda la literatura del siglo
XIX en la Argentina.

(49) Ricardo Rojas: op. cit., pág 734.

566

- C A P I T U L O X I -

567

ESPAÑA EN EL PENSAMIENTO

ROMANTICO ARGENTINO

I - LA GENERACION ROMANTICA FRENTE A ESPAÑA Y SU TRADICION CULTURAL.

A lo largo del presente trabajo se ha señalado frecuentemente que una de las características más notables del pensamiento de los hombres que constituyeron la llamada generación romántica argentina, fue su decidido rechazo no sólo de la tradición y la cultura españolas, sino de todo lo que fuese de origen español. La reiteración con que lo manifestaron y su insistencia casi machacona, hacen pensar que se trataba de actitudes deliberadas que respondían más a cuestiones circunstanciales que a causas auténticamente profundas. Negaron una tradición de la que, en definitiva, aún a ellos les costaba sustraerse.

La posición antiespañola de los románticos argentinos, es más que romántica, racionalista, y como tal, heredera directa del pensamiento iluminista de la revolución de Mayo de la que fue autóra la generación anterior. Esta, para lograr la ruptura política con la antigua metrópoli, quiso también establecer una ruptura intelectual. Se trató de una extraña y confusa actitud ya que no se tuvo en cuenta que en el Río de la Plata, como en el resto de Hispanoamérica, la cultura era esencialmente española.

Los románticos, tan preocupados por descubrir las auténticas esencias de los pueblos, no tuvieron sin embargo en cuenta que en el caso de los americanos, su sentir y su idiosincracia estaban inevitablemente ligados a los modos y particularidades hispánicas. Lo coherentemente romántico hubiese sido mantener, a pesar de la desvinculación política, una continuidad cultural y espiritual con España, indisolublemente unida al ser americano en general y al argentino en particular. El divorcio que en este sentido fomentaron, el afán de lograr una cultura argentina desvinculada de la española, les hizo caer en la órbita de la cultura francesa, lo cual constituyó una de las tantas incon-

gruencias en las que estos hombres cayeron. Es probable que la verdadera causa de esta actitud esté en la cercanía temporal de las guerras de la independencia que provocaron, inevitablemente, el odio a España en el que se formaron todos los jóvenes del grupo romántico y que los llevó a la tremenda incoherencia de maldecir a España "con el idioma que España les había dado" y odiar a los españoles "sin darse cuenta que odiaban a su propia sangre" (1).

Hay, además, otra razón que favoreció el divorcio entre la cultura argentina que se gestaba y la española de la cual había surgido: la escasa importancia que esta última revestía en la primera mitad del siglo XIX. Ello se hace especialmente patente en el campo de la literatura y el pensamiento. No tenían, precisamente, los escritores españoles de la época, la fuerza suficiente que les hubiera permitido contrarrestar los deseos de "independencia cultural" de los hispanoamericanos. A pesar de ello, como indica Emilio Carilla (2), en muchos países hispanoamericanos, los escritores españoles continuaron ejerciendo un predominio decoroso. En el caso particular de Argentina, esta vigencia fue menos ya que se limita, prácticamente, a Mariano José de Larra, con quien los románticos rioplatenses sintieron una particular e intensa identificación (3). Se trata del único de los escritores españoles del romanticismo que fue reconocido y respetado por los argentinos, en quienes influyó notablemente con su espíritu crítico y corrosivo y con su decidida actitud de rechazo de la España de su época.

Cuando en 1833 muere Fernando VII, sube al trono Isabel II, que

-
- (1) Enrique de Gandía: Orígenes del romanticismo. En: Orígenes del romanticismo y otros ensayos, Buenos Aires, 1946, pág. 123.
- (2) Emilio Carilla: El romanticismo en la América hispana, Madrid, 1958.
- (3) Ver capítulo I del presente trabajo.

mela prácticamente, del romanticismo (4) cuyas semillas fueron traídas a España por los emigrados, uno de los cuales, Martínez de la Rosa, fue Presidente del primer Consejo de Ministros de la Regencia, en el año 1834, el mismo año del estreno en Madrid de su La conjuración de Venecia. Otro emigrado, Angel Saavedra, duque de Rivas, autor de Don Alvaro, fue embajador y también Presidente del Consejo. Son, pues, años de apogeo romántico, como lo serán los de las guerras carlistas. "Hora oportuna para que algún viajero hubiera presenciado in situ la buena disposición de la "hermandad romántica" establecida en la "Nueva España" (5). Sin embargo, los románticos argentinos no visitan España. Juan María Gutiérrez y Juan Bautista Alberdi, que llegaron a Europa en 1843, no la pisaron. El primero en hacerlo sería Sarmiento en 1846.

El "Salón Literario" fundado por Marcos Sastre en 1837, fue el primer centro en torno al cual se nuclearon los jóvenes intelectuales románticos de Buenos Aires (6). La inauguración del mismo les dio ocasión para realizar, públicamente, sus manifestaciones de fe antiespañola. Como muestra de ello basta recordar el ya citado Juan María Gutiérrez (7), cuyas exageraciones y virulencias provocaron los más encontrados juicios.

En el acto mencionado, el creador de la institución, Marcos Sastre, se convirtió en el portavoz del grupo al proclamar la necesidad de forjar una cultura propia que estuviera de acuerdo con las peculiaridades del país y de su pueblo. Para ello, era imprescindible establecer una ruptura con los sistemas educativos impuestos

(4) Rafael Alberto Arrieta: La literatura argentina y sus vínculos con España, Buenos Aires, 1948, pág. 100.

(5) Ibidem, pág. 105.

(6) Ver capítulo I del presente trabajo.

(7) Ver capítulo VI del presente trabajo.

por España y también con la misma literatura española, ya que, "...a la verdad ...nada sublime, nada grande, nada importante, se ve resaltar en todos los campos de la inteligencia española" (8).

Los jóvenes del "Salón Literario" debían lograr, según Sastre, una literatura nacional divorciada de la española, ya que, para él, de las prensas españolas sólo se habían recibido "compilaciones monstruosas e indigestas, ideas rancias, pésimas traducciones, poesías insípidas, novelas insulsas y despropósitos periódicos" (9).

La creación de una verdadera cultura argentina sólo era posible para Sastre -como para todos los jóvenes de la generación romántica- "sustrayéndose hoy, nuestra juventud de la acción soporosa de la literatura española, de la acción nociva de los sistemas de estudio traídos de una nación atrasada en las ciencias, y de la acción funesta de toda política extraña..." (10).

En el año 1837, Juan Bautista Alberdi funda el periódico "La Moda" (11). En él, los hombres del "Salón Literario" tuvieron ocasión de continuar con su decidida e implacable actitud antiespañola. El periódico se caracterizó por la despiadada crítica que, a la manera de Larra, hizo de las costumbres de la época. En ellas, siempre los elementos negativos de la sociedad argentina, eran de inconfundible origen hispánico. Las críticas se remontaban al momento mismo de la conquista española, ya que, los que llegaban a América, "no traían en su mayor parte más sentimiento ni más fe

(8) Discurso de Marcos Sastre. En: Homenaje del Honorable Concejo Deliberante en el centenario de su fundación. Antecedentes de la Asociación de Mayo, Buenos Aires, 1939, pág. 32.

(9) Ibidem, pág. 33.

(10) Ibidem.

(11) Ver capítulo I del presente trabajo.

que el lucro personal, más industria que un monopolio destructor, ni otra ciencia que un respeto ciego a las autoridades de la edad media" (12).

Cuando los autores de "La Moda" se enfrentan con la ignorancia que predominaba en los medios americanos, no tenían dudas acerca del origen de la misma: "esta ignorancia es a nuestro modo de ver, hija legítima de nuestra educación española. Desde la conquista hasta nuestra emancipación, la España ha estado como muerta para los trabajos intelectuales" (13).

Los redactores del periódico encuentran aún más cargos para hacer a España. La ven desde el punto de vista de sus ideales políticos, como opuesta a los principios liberales y democráticos que ellos habían heredado de la revolución de Mayo: "Para nosotros, el período español y el período tiránico, son idénticos, y en el mismo día de mayo, han caducado de derecho. Profesamos que el despotismo, como la libertad, reside en las costumbres de los pueblos, y no en los códigos escritos". "...la libertad de la Inglaterra vive en sus costumbres, como la esclavitud española vive en las costumbres de los españoles..." (14).

Es imprescindible sacudirse el yugo de las tradiciones españolas que aún subsisten en los más variados aspectos de la vida nacional. En ese sentido, también los redactores de "La Moda" manifiestan una decidida opinión: "Es pues bajo la síntesis general de españolismo, que nosotros comprendemos todo lo que es retrógrado, porque, en efecto, no tenemos hoy una idea, una habitud, una tendencia retrógrada que no sea de origen español" (15).

(12) "La Moda", nº 20, marzo 31 de 1838, pág. 1.

(13) Ibidem.

(14) "La Moda", nº 22, abril 14 de 1838, pág. 1.

(15) Ibidem, pág. 2.

Toda esta hispanofobia es vertida por el periódico constantemente. Sólo hay una excepción; sólo hay un nombre español al que salvan; sólo una voz española de la época les merecía respeto y admiración: Mariano José de Larra. Este es, para el "Figarillo Alberdi" y sus amigos, el representante de una "Nueva España", la única con la que se sienten identificados; la única a la que se sienten ligados por ideales comunes. Es, "la misma joven España, la única España amiga y querida nuestra, que no ama a la España de Calderón y de Lope" (16).

El tono marcadamente antiespañol que encontramos en las notas y artículos de "La Moda", será una característica de todos los jóvenes que, moviéndose dentro de la órbita del romanticismo y de las nuevas ideas importadas de Francia, se nuclearon en organismos como el "Salón Literario" o la "Asociación de Mayo". Es el mismo tono que encontramos en las obras de las principales figuras de la generación, como Alberdi, Sarmiento o Esteban Echeverría, cuyas actitudes al respecto, serán especialmente analizadas en otros puntos del presente capítulo.

La exagerada actitud crítica hacia todo lo que proviniera de la antigua metrópoli, contenía una buena dosis de prejuicios, era en gran medida producto de circunstancias histórico-políticas muy especiales y carecía, por lo tanto, de un mínimo sentido de objetividad y justicia. Al cambiar las circunstancias, los mismos hombres, ya más maduros y serenos, revisaron y morigeraron sus posiciones frente al problema España y, algunos, se retractaron haciendo alarde de una clara honestidad intelectual. Quizá la única excepción, en este sentido, la haya constituido Juan María Gutiérrez, quien se mantuvo en su intransigente actitud, llegando a rechazar, incluso, con muy duras palabras el nombramiento de

(16) "La Moda", nº 6, diciembre 23 de 1837, pág. 2.

miembro correspondiente de la Real Academia de la Lengua (17).

En la segunda mitad del siglo XIX, después de Caseros, se produjo la reconciliación entre España y su antigua colonia. Ello fue posible, en gran medida, gracias a la acción decidida de hombres de la vieja generación romántica, quienes, desde sus importantes cargos de gobierno, allanaron el camino para el establecimiento de relaciones diplomáticas. En este sentido, el primer paso lo dio Juan Bautista Alberdi, quien, como representante de la Confederación Argentina, suscribió con Calderón Collantes -por parte del gobierno de Isabel II- el tratado del 9 de julio de 1859, cuyo antecedente fue el fallido de 1857. Este tratado no fue aceptado ya que en él, primaba el criterio español acerca de la nacionalidad española que debía reconocerse a los hijos españoles nacidos en Argentina. Finalmente, se aceptó el criterio del Jus-soli, propugnado por Argentina, en el tratado definitivo que se firmó el 21 de setiembre de 1863 y en el que intervinieron Mariano Balcarce, como representante argentino, y el marqués de Miraflores, como representante español.

Una circunstancia especial hizo peligrar el desenvolvimiento normal de las flamantes relaciones diplomáticas. Las acciones de una escuadra española en el Pacífico, culminaron con un cañoneo al puerto chileno de Valparaíso. El hecho dio lugar a reacciones distintas en dos figuras relevantes de la vida argentina, pertenecientes ambas a la generación de intelectuales que estudiamos. Domingo Faustino Sarmiento, ministro plenipotenciario argentino tomó, sin consultar con su gobierno, tales actitudes, que prácticamente llevaban a su país a una alianza contra España. Bartolomé Mitre, en esos momentos Presidente de la República Argentina, no quiso llegar a la ruptura de relaciones y desautorizó a su minis

(17) Ver capítulo VI del presente trabajo.

tro. El hecho dio lugar a una dura polémica entre ambos (18).

Como modelo de sensatez y moderación con respecto a la manera de considerar a España en momentos de gran confusión y exaltación, es necesario mencionar al historiador Bartolomé Mitre. Para él, España había dado a sus colonias todo lo que ella tenía. Nada podía reprocharse, pues, a quien había dado todos sus defectos, pero también todas sus virtudes.

Con gran ecuanimidad y justicia estudió Mitre el proceso de independencia hispanoamericano (19), al que siempre interpretó, no como una reacción contra España, sino contra sus gobiernos absolutistas.

Pese a su buena disposición hacia España, no escatimó Mitre críticas a aquellos aspectos del gobierno español en América -el económico, sobre todo- que le parecían francamente negativos. En cambio, en posición diferente a la de los hombres de su generación, no impugnó la labor española colonial, elogiando, fundamentalmente, la preocupación de la metrópoli por la enseñanza superior. La fundación de universidades -destaca sobre todo la obra de la de San Marcos de Lima- son para él una muestra de ello.

Mitre no cayó nunca en las posturas antiespañolas tan comunes en su tiempo. Su obra de historiador, así como su gestión como hombre público, lo atestiguan. El prestigioso diario por él fundado -"La Nación"- se ha destacado siempre por un sincero espíritu hispanista, lo que constituye un hecho excepcional en un medio en que, intelectualmente, durante años, sólo se ha respetado lo que tuviera un origen francés. Las páginas de "La Nación" han

(18) La polémica puede seguirse a través de: Sarmiento-Mitre: Correspondencia 1846-1868, Buenos Aires, 1911, págs. 291-364.

(19) Ver capítulo VIII del presente trabajo.

estado siempre abiertas a las grandes figuras de la intelectualidad española. En ellas han colaborado desde Emilio Castelar a Una muno y desde Ortega y Gasset a Marañón, por ejemplo.

Mitre gozó en España de grandes consideraciones, como lo demuestra su amistad con Castelar, Canalejas, Moret, Menéndez Pelayo, Emilia Pardo Bazán. Fue, además, miembro correspondiente de las Academias de la Lengua y la Historia.

En un ambiente y una época de decidida actitud antiespañola, la obra de Mitre aparece como un ejemplo de mesura y de auténtico sentido histórico. Es él, sin duda, una figura clave en el proceso de reconciliación tanto política como intelectual entre Argentina y España.

II - EL "ANTIESPAÑOLISMO" DE ESTEBAN ECHEVERRÍA.

Dentro del esquema histórico e ideológico mediante el cual Echeverría intentó explicar tanto la realidad argentina como su pasado (20), la hispanofobia constituía una nota injusta pero coherente. Sin la denigración de España, le resultaba difícil entender y exaltar los principios de la revolución de Mayo, cuyos orígenes ideológicos o filosóficos podía encontrar en los sistemas europeos -franceses, fundamentalmente- pero jamás en España.

El Dogma Socialista, que como ya se ha señalado constituye no sólo la síntesis del pensamiento de su autor, sino de toda la generación romántica que lo aceptó "dogmáticamente", es también, en gran medida, un alegato en el que el antihispanismo se manifiesta a sus anchas.

Entre las Palabras simbólicas -en torno a las cuales se estructura el Dogma- la décima, anuncia la necesidad de lograr la "independencia de las tradiciones retrogradadas que nos subordinan al antiguo régimen", y éste "antiguo régimen" no es otro, para Echeverría, que el sistema colonial español, cuyas ideas representaban el elemento estacionario, conservador y tradicional, que se oponía al triunfo de las ideas progresistas y renovadoras que representaban al espíritu moderno y a los ideales de Mayo.

Cuando Echeverría escribe el Dogma Socialista, los pueblos americanos llevan ya casi treinta años de vida independiente; sin embargo, esa independencia es, para el autor, incompleta, ya que -dice con respecto a los americanos- "su cuerpo se ha emancipado, pero su inteligencia no". "Se diría que la América revolucionaria, libre ya de las garras del león de España, está sujeta aún a la fascinación de sus miradas y al prestigio de su omnipoten-

(20) Ver capítulo III del presente trabajo.

cia" (21).

La revolución americana no ha triunfado totalmente -piensa Echeverría- ya que se encuentra frenada por dos legados negativos que de España había recibido América: las costumbres y la legislación españolas y sólo cuando éstas se superaran se podría alcanzar la verdadera democracia que es la que Mayo preconizó.

"La España nos imbuía -afirma Echeverría- en el dogma del respeto ciego a la tradición y a la autoridad infalible de ciertas doctrinas; y la filosofía moderna proclama el dogma de la independencia de la razón, y no reconoce otra autoridad que la que ella sanciona, ni otro criterio para decidir sobre principios y doctrinas, que el consentimiento uniforme de la humanidad" (22). La tradición española era lógica -piensa el autor- para la condición de colonos vasallos, para la que España educaba a los americanos, pero absolutamente ineficaz para la "condición de hombres libres" que ellos debían alcanzar.

Dos son las soluciones que Echeverría propone, en esta décima Palabra simbólica: "Para destruir estos gérmenes nocivos y emanciparnos completamente de esas tradiciones españolas añejas, necesitamos una reforma radical en nuestras costumbres: tal será la obra de la educación y las leyes" (23).

Educación y una legislación nueva son, pues, para Echeverría, los medios que permitirán desatar los lazos que aún ligaban a España y a sus ex-colonias. Era necesario elaborar nuevas leyes acordes con el progreso de la democracia y que, además, modifica-

(21) Edición crítica y documentada del Dogma Socialista de Esteban Echeverría, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1940, pág. 187.

(22) Ibidem, pág. 188.

(23) Ibidem, pág. 189.

ran las negativas costumbres coloniales. "Las costumbres americanas son hijas de las leyes españolas (24), y éstas respondían a la voluntad absolutista y al predominio de los intereses coloniales.

El pensamiento anti-hispánico esbozado por Esteban Echeverría en la Palabra Simbólica que hemos comentado, se completa con el contenido de la décima primera que anuncia como: "Emancipación del espíritu americano". En ella, insiste en que, si bien se ha logrado la independencia, no se ha alcanzado aún la libertad, pues todavía, las tradiciones de España "nos abruma".

Echeverría considera que hacia 1838, el espíritu de Mayo se ha visto defraudado; con Rosas triunfa la contrarrevolución y esto es así pues, "la idea estacionaria, la idea española, saliendo de su tenebrosa guarida, levanta de nuevo triunfante su estólida cabeza, y lanza anatemas contra el espíritu reformador y progresivo" (25).

La joven generación, es decir la del autor, la que se ha organizado en torno a la "Asociación de Mayo", será la encargada de terminar con los lastres hispano-coloniales que aún oprimen al espíritu argentino y lograr su plena liberación. A ella, pues, pertenece la obra de "la emancipación del espíritu americano, que se resume en estos dos problemas: emancipación política y emancipación social. El primero está resuelto, falta que resolver el segundo" (26).

Para lograr la emancipación social de la que habla Echeverría, era imprescindible repudiar la herencia española. Era ese el único camino que podía llevar a constituir la "sociabilidad americana

(24) Edición crítica... del Dogma Socialista, pág. 190.

(25) Ibidem, pág. 193.

(26) Ibidem, pág. 194.

na". Sobre ella aclara: "La sociabilidad de un pueblo se compone de todos los elementos de la civilización: del elemento político, del filosófico, del religioso, del científico, del artístico, del industrial" (27). La gran incongruencia de Echeverría consistió en pretender que todo esos elementos que constituyen la "sociabilidad" pudieran desarrollarse en América, al margen del espíritu hispánico que era consustancial con su propio ser.

En su ensayo Antecedentes y primeros pasos de la Revolución de Mayo, al explicar su interpretación del proceso revolucionario, insiste Echeverría en sus juicios sobre España y, en alguna medida, trata de justificarlos históricamente. Parte de la convicción de que, en el momento de la revolución americana, España era la nación "más atrasada de Europa" y ello era así como consecuencia de una larga actitud histórica. Cuando en el siglo XVI Europa se manifestaba espiritualmente a través del Renacimiento y la Reforma, España opuso a éstos el Absolutismo y la Inquisición.

España se ancló en el medievo y se negó a participar del nivelación con los modos europeos, pero "la nación española, invocando sus viejos ídolos, el Absolutismo y la Inquisición, se rehizo y volvió a levantarse como en los siglos XVII y XVIII, frenética y salvaje, contra las ideas civilizadoras, borrando con sangre hasta el luminoso rastro de su pasajera conquista" (28).

Al analizar Echeverría la situación de las colonias americanas, lanza terribles anatemas contra España, de la que dice que nada podía darles puesto que "nada tenía para sí, ni en artes, ni

(27) Edición crítica ... del Dogma Socialista, pág. 194.

(28) Esteban Echeverría: Antecedentes y primeros pasos de la Revolución de Mayo. En: Obras Completas, t. V, Buenos Aires, 1874, pág. 243.

en cultura intelectual y moral, ni en civilización" (29). Pero, además de no tener nada para darles, España estaba interesada en mantener a las colonias "en el embrutecimiento del vasallo, para explotarlas y alimentar con el sudor de ellas su perezoso sueño" (30).

Después de señalar con tanta dureza las características españolas y las intenciones de España con respecto a América, llega a la conclusión Echeverría de que ésta sólo recibió de aquélla "una civilización decrepita y degenerada...es decir: ignorancia, preocupaciones, costumbres semi-bárbaras y un catolicismo inquisitorial, retrógrado, en vez de semilla fecunda en el cristianismo regenerador" (31).

Ello explica que, si España estaba atrasada, encontrara Echeverría que América lo estaba mucho más: "separada de la Europa por un océano, circunvalada por un sistema prohibitivo, con la inquisición en su seno, vegetaba en las tinieblas. El poder temporal y espiritual se daban la mano para sofocar toda chispa de luz que podía iluminar su inteligencia, para dominarla y explotarla" (32).

Contra toda la situación de retraso colonial es que se levanta la revolución americana, la que, si bien había logrado ya la emancipación política del dominio español, no había conseguido aún fundar una sociedad que tuviera principios reguladores diferentes a los vigentes en la sociedad colonial. Lograrlo era la obra que Echeverría reservaba a los jóvenes de su tiempo, a aquéllos a quien él había adoctrinado en las reuniones preparatorias de la "Asociación de Mayo". La labor debía consistir en el cambio de las costumbres y las leyes. Suplantar todo aquello que aún constituía

(29) Esteban Echeverría: Antecedentes y primeros pasos,...pág. 244.

(30) Ibidem.

(31) Ibidem.

(32) Ibidem.

resabio de la tradición hispano-colonial y que, por lo tanto, se oponía al nuevo espíritu de Mayo, en el que las futuras generaciones de argentinos debían formarse.

El incontrolado sentimiento antiespañol hizo que Echeverría perdiera sentido histórico. Quiso llegar a una interpretación histórica de la realidad argentina, pero negando cuanto ésta tenía de hispánico. Al pretender ignorar todo el pasado español, cayó en evidentes contradicciones. Así, después de juzgar implacablemente a la dominación española, afirmó que ningún pueblo se hallaba en mejores condiciones que el argentino, para nacer organizadamente a la vida política independiente ya que poseía una sociedad homogénea y carecía de graves problemas de clases y de jerarquías, al mismo tiempo que no contaba con vicios ni grandes preocupaciones arraigadas. La agresividad de Echeverría contra España le llevó a un cúmulo de actitudes y afirmaciones injustas. "Razonó -señala acertadamente Plácido Horas- con criterios de propaganda "antigoda" cuando ya era equivocada tal postura" (33).

Pueden entenderse, aunque no se compartan, los duros juicios de Echeverría sobre España. Las circunstancias podrían explicarlos. Lo que resulta sí inaceptable es que haya tratado de eliminar toda la tradición española que es, inevitablemente, parte constitutiva del ser nacional argentino.

(33) Plácido Alberto Horas: Esteban Echeverría y la filosofía política de la generación de 1837, San Luis, 1950, pág. 113

III - LA ACTITUD DE ALBERDI

Alberdi, como casi todos los hombres de su generación, tuvo una decidida actitud antiespañola que puso de manifiesto ya desde sus primeras obras de juventud. Sin embargo, tuvo la honestidad intelectual de revisar con el tiempo sus posiciones y de no persistir en sus equivocaciones.

La aversión que Alberdi sintió por España, su agresividad antiespañola, tienen todas las notas de "La Moda", periódico que él fundó y redactó, así como las páginas del Fragmento preliminar al estudio del derecho, obra que si bien pertenece a los primeros años de su producción intelectual, contiene ya una serie de conceptos fundamentales que son constantes en su pensamiento y que reaparecen en las Basas y en sus otras obras fundamentales.

Si bien los escasos años transcurridos desde la guerra de la independencia explican el resentimiento político hacia España, ello no justifica que Alberdi -en forma similar a Echegaray- pretendiera romper todo tipo de lazos con la tradición hispánica. Lleva esta actitud al extremo increíble de pretender una emancipación del idioma americano con respecto del español y un paralelo acercamiento a la lengua francesa: "Si la lengua no es otra cosa que una faz del pensamiento, la nuestra pide una armonía íntima con nuestro pensamiento americano, más simpático mil veces con el pensamiento rápido y directo del francés, que no con los eternos contorneos del pensamiento español. Nuestras simpatías con la Francia no son sin causas" (34).

Esas causas a las que hace referencia Alberdi residen en que, con la Revolución de Mayo habría terminado toda vinculación argentina con lo español y que, a partir de entonces, la verdade-

(34) Juan Bautista Alberdi: Fragmento preliminar al estudio del derecho, reedición facsimilar, Buenos Aires, 1942, pág. 37.

ra autoridad para América, habría sido la francesa. "A la España le debemos cadenas, a la Francia libertades" (35). Ya no se era hijos de España sino de Francia.

También Alberdi, como Echegaray, se lamenta de que, en sus días, no se hubiera logrado una independencia total de España, a la que "hemos vencido por las armas, pero nos posee todavía por muchos respectos. Conserva entre nosotros un fondo de poder, fragmentos de tiranía, restos de feudalismo que es menester aniquilar, para conseguir un vuelo más rápido y más libre. Este poder ibérico consiste en cien hábitos, cien tradiciones intelectuales, morales y materiales que se mantienen aún entre nosotros" (36).

Coincide Alberdi con casi todos los hombres del romanticismo argentino en que las tradiciones y las costumbres españolas que sobrevivían después de la independencia, constituían aún una forma de dependencia y un freno para el desarrollo de la civilización en Hispanoamérica: "...aceptar las tradiciones españolas es aceptar la tiranía, porque las costumbres de España, constituyen ellas mismas una tiranía, si es indudable que los usos de un pueblo esclavizado forman una parte de la servidumbre" (37).

Con duras palabras, el Fragmento preliminar de Alberdi establece por qué la tradición hispana no sirve para América a pesar de seguir ambas aún unidas: "Porque estas costumbres, estas tradiciones forman la condición moderna de España, cuyo carácter más general, es la falta casi total de desarrollo inteligente, sin lo cual, toda libertad es imposible. La España ha tenido siempre horror por el pensamiento, le ha perseguido constantemente con toda la actividad de una inquisición infatigable y suspicaz" (38).

(35) Juan B. Alberdi: Fragmento preliminar..., pág. 37.

(36) Ibidem, pág. 128.

(37) Ibidem.

(38) Ibidem.

Quizá, la faceta religiosa de la cultura española, hubiera podido darle a Alberdi las claves para su interpretación; pero él impugna el sentimiento religioso español y afirma que por las largas luchas religiosas, "la España ... no ha tenido tiempo de ser cristiana por convicción: lo ha sido por pasión, por capricho, por espíritu de partido..." (39). Son las amenazas las que han hecho que España defendiera su fe, pero ello, no la hizo más religiosa sino en todo caso, más fanática y supersticiosa.

El adormecimiento que para Alberdi sufría España, le hizo perder interés por el ejercicio intelectual, tanto filosófico como científico. Entre otras consecuencias de esto, señala que los españoles han sido incapaces de elaborar obras de historia. Para él, la historia es una "filosofía social"; por lo tanto, es imposible que ésta se desarrolle sin que haya un previo desarrollo de la filosofía. "La España sabe hechos; pero no posee la expresión general de los acontecimientos humanos, sin lo cual, los hechos, como dice Royer Collard, son la cosa más despreciable del mundo. La historia es pues la ciencia de la vida idéntica y continua de la sociedad humana. La España no puede conocerla, porque no es una nación científica y filosófica" (40). Esta era una opinión generalizada entre los historiadores de la generación de 1837. Ello explica, en parte, la desconexión entre la actividad historiográfica de Argentina con la de España de esa época.

Los arrebatos de Alberdi contra España y contra su literatura, persistieron en los artículos que publicó en el periódico "La Moda" (41). Sin embargo, manifestó en ellos su admiración por Mariano José de Larra, cuyo seudónimo transformado -Figarillo- adoptó. Larra fue el único autor español respetado por Alberdi. Incluso,

(39) Juan B. Alberdi: Fragmento preliminar..., pág. 129.

(40) Ibidem, pág. 130.

(41) Ver capítulo I del presente trabajo.

llega éste a usar las palabras de Fígaro contra España, sin tener en cuenta que las mismas, aún llegando a tonos severísimos, provienen de la más auténtica españolidad del autor.

José Rivera Indarte (42), fue quizá de los pocos hombres que, aún girando en la órbita del romanticismo, defendió a España y sostuvo la necesidad de establecer relaciones diplomáticas con ella. Cuando Rivera publicó su obra El voto de América, en la que exponía su posición al respecto, Alberdi le respondió con Contestación al voto de América en la que pretendió hacer un resumen de los crímenes de España, cometidos -según él- para no descender de sus orgullosas actitudes hacia sus antiguas colonias, al mismo tiempo que una enumeración de las que consideraba como eternas incapacidades españolas.

Para Alberdi, la Argentina no necesitaba relaciones con España, puesto que si "poseemos el más rico suelo del mundo" y "nos favo recen con su amistad las primeras naciones de la tierra ¿qué nos importan las relaciones de la España, tan atrasada y más infeliz y dividida que nosotros?" (43).

Como Sarmiento, también Alberdi insiste en los desniveles culturales existentes entre España y el resto de los países europeos, así como en las diferencias entre sus respectivos sistemas de gobierno. Para ambos autores, en esto puede encontrarse el motivo del progreso de los Estados Unidos de Norteamérica al que contraponen al retraso de las nuevas naciones hispanoamericanas: "Si en el resto de la Europa los progresos representativos han sido tan rápidos y dichosos, es porque una inmensa preparación intelectual los había precedido desde algunos siglos. Abelardo, Santo Tomás,

(42) Ver capítulo IX del presente trabajo.

(43) Juan B. Alberdi: Contestación al voto de América. En: Obras Selectas, Buenos Aires, 1920, pág. 23.

Jerónimo de Praga, Juan Huss, Lutero, Descartes y Bacon, son otros tantos profesores que han hecho hacer a la Europa cursos preparatorios de gobiernos representativos. De lo mejor de esta Europa civilizada, fueron las gentes que fundaron los Estados Unidos de Norteamérica, y aquí está la llave de su maravilloso progreso representativo. Nosotros, por el contrario, como la España, no hemos asistido al movimiento inteligente de la Europa, y de aquí la gran analogía que ofrecen nuestros destinos con los de la España" (44).

Con los años, la hispanofobia de Alberdi fue atemperándose y modificándose. Con gran honestidad revisó, en épocas más serenas, sus juicios anteriores y llegó a hacer justas valoraciones de España y de su obra en América, sin disimular los aspectos que continuaban pareciéndole negativos.

Yan en 1845 había publicado Alberdi en "El Mercurio" de Valparaíso un artículo titulado Acción de Europa en América en el que reivindica el carácter europeo de la cultura americana (45). Al hacer el elogio de las formas culturales europeas, llega a afirmar que América es la Europa asentada en América. Para llegar a esta conclusión es necesario reconocer la labor española como portadora de los valores culturales europeos. Alberdi así lo hace y afirma que, en pleno siglo XVI, España llevó a América todo el caudal de experiencias culturales que provenían del medievo y el Renacimiento europeos.

Alberdi se apasiona notablemente, en la defensa que hace de lo europeo-español frente a lo primitivo americano, hasta el punto de llegar a justificar a España frente a los ataques que se le hacían por haber llevado las riquezas americanas. Las palabras de

(44) Juan B. Alberdi: Fragmento preliminar..., pág. 16

(45) Ver capítulo IV del presente trabajo.

Alberdi hubieran parecido imposibles en las épocas -no demasiado lejanas, por otra parte- del Fragmento preliminar o de "La Moda": "Se llevó nuestro oro -dice con respecto a España- ¿y olvidamos que nos trajo el cristianismo, el derecho romano, la lengua española, las ciencias y las artes de la Europa; nos dio, en fin, el mundo que habitamos? ¿Todo esto no vale más que el oro descubierto y por descubrirse?" (46).

Cuando en los Escritos económicos hace Alberdi una verdadera interpretación de los factores económicos que habían incidido en el progreso histórico argentino (47), insiste en la ya tantas veces señalada por él incapacidad española para los asuntos económicos. A pesar de ello, reconoce los méritos de España por haber cambiado, con su obra, los destinos de la civilización moderna y del género humano. Encuentra inclusive que el catolicismo español, a pesar de ciertas notas de fanatismo, había cumplido un gran servicio a la humanidad; "ese servicio es el descubrimiento, conquista y adquisición de un mundo para los beneficios de la humanidad entera que hoy goza de él. Y ese servicio fue concebido y llevado a efecto por las manos de una mujer que se llamó Isabel la Católica. Toda mujer americana de color blanco debe tener orgullo de ese precedente" (48).

En los últimos años de su vida, confiesa Alberdi, con pesar, que había frecuentado muy poco a los escritores españoles -recordemos que ello no había sido obstáculo para que atacara a la literatura española- debido, más que a su inicial antiespañolismo, a

(46) Juan B. Alberdi: Acción de Europa en América. Notas de un español americano a propósito de la intervención anglo-francesa en el Plata. En: Obras Selectas, t. V, pág. 32.

(47) Ver capítulo IV del presente trabajo.

(48) Juan B. Alberdi: Escritos económicos. En: Obras Selectas, t. XV, págs. 93-94.

la particular orientación filosófica de sus estudios. "En España -dice- no encontré filósofos como Bacon y Locke, ni publicistas como Montesquieu, ni jurisconsultos como Pothiers. La poesía, el romance y la crónica, en que su literatura es tan fértil, no eran estudios de mi predilección" (49). Alberdi se lamenta de ello y, con humildad, confiesa: "Pero más tarde, se produjo en mi espíritu una reacción en favor de los libros clásicos de España, que ya no era tiempo de aprovechar, infelizmente para mí, como se echaba de ver en mi manera de escribir la única lengua en que no obstante escribo" (50).

España supo olvidar los agravios del "joven Alberdi" y recompensó el sentido de justicia del hombre maduro. La Real Academia Española le nombró miembro correspondiente. Al revés de Gutiérrez, aceptó la designación y manifestó, reiteradamente, su profundo agradecimiento por la designación que le enorgullecía.

(49) Juan B. Alberdi: Mi vida privada. En: Obras Selecta, t. IV, pág. 471.

(50) Ibidem.

IV - LA ACTITUD DE SARMIENTO.

El antihispanismo de la generación romántica alcanza sus cotas más altas en la obra de Domingo Faustino Sarmiento. Constituye la misma una especie de antología de los tópicos que se esgrimieron en América después de las guerras de independencia, pero con una agresividad pocas veces utilizada. Dice al respecto Blanco-Fombona: ¡Qué odio a España el suyo! ¡Qué odio a todo lo que huela, en instituciones, costumbres, letras, a español! ¡Qué odio tan irreductible, tan inapeable, tan agresivo, tan injusto, tan tremendo, tan odio!" (51).

El juicio de Sarmiento, que es común al de casi todos los hombres de la generación, parte de la idea de la esencial incapacidad española para asimilar la democracia y la civilización moderna; sin embargo, en pocos autores, como en él, la aversión a lo español alcanza tales niveles de injusticia y desconocimiento. Esta es quizá una de las constantes de su pensamiento a la par que constituye uno de los aspectos más vulnerables de su obra.

Sólo a ese desconocimiento, a su mala información y a la ligereza con que lanzaba sus aseveraciones, tantas veces geniales, puede atribuirse el que haya aceptado, sin el menor espíritu crítico, la más cruda "leyenda negra" sin haberse tomado el trabajo de estudiar a la civilización española y de consultar sus obras, sus fuentes, sus documentos. Como solamente buscaba lo que quería encontrar, esto lo halló en los más arbitrarios escritos de franceses y norteamericanos que no hicieron sino afirmarle en su aversión antiespañola.

En todos los escritos iniciales de Sarmiento, en los anteriores

(51) R. Blanco-Fombona: Grandes escritores de América (siglo XIX), Madrid, 1917, pág. 89.

al Facundo y en éste mismo, aparece su idea acerca de que la herencia española es la causa principal de los males que aquejaban a los Países hispanoamericanos. Las nuevas naciones, a diferencia de la del Norte, no pudieron adaptarse a la vida democrática y "civilizada" puesto que no habían recibido de España más que una tradición opresiva y un gobierno absolutista.

El odio a lo español es, con todo, menor que el que siente Sarmiento por el indígena y por el mestizo o gaucho. En un artículo dedicado a comentar un estudio de José Victoriano Lastarria sobre la acción de los españoles en Chile, llega -cosa inaudita en él- a defender a España, de la que dice que trató a su colonias de la misma forma que se había tratado a sí misma. En todo caso -señala- el error histórico español había consistido en tratar al indígena en forma demasiado blanda (52).

Sarmiento tiene hacia el indio, como afirma Ana María Berrenechea (53) una actitud simplificadora; tan simplificadora -agregamos- como la que tiene respecto de lo español y que aflora no sólo en los trabajos iniciales, sino en obras capitales como el Facundo y en las de sus últimos años, como es el caso de Conflicto y armonías de las razas en América. Solamente cuando fue Presidente de la República Argentina, y en algunos discursos finales, arriesgó algunas palabras que intentaron dulcificar un tanto los efectos de la batalla que libró, durante toda su vida, con respecto a España.

En sus años juveniles, mantuvo Sarmiento en Chile una polémica con los discípulos de Andrés Bello, por cuestiones lingüísticas(54). En ella, hizo la defensa del romanticismo y tuvo que hacer fren-

(52) Domingo F. Sarmiento: Obras Completas, t.II, Santiago de Chile, 1886, págs. 211-218.

(53) Ana María Berrenechea: Las ideas de Sarmiento antes del Facundo. En: "Filología", nº 3, Buenos Aires, 1959, pág. 206.

(54) Ver capítulo V del presente trabajo.

te a la acusación de "afrancesamiento" que le hacían por su de conocimiento de los autores españoles y su preferencia por los escritores franceses. Sarmiento respondió que la literatura española del siglo XVIII carecía de fuerza y de calidad. Se tomó el trabajo de inventariar los libros que se leían en Chile para llegar a la conclusión de que, de ellos, el ochenta por ciento eran franceses y el veinte por ciento españoles.

Sarmiento negó siempre los valores de la literatura española, a la que, por otra parte, nunca había estudiado con profundidad. Sin embargo, como Alberdi y como Gutiérrez, rescataba siempre a la figura de Larra, a quien por cierto, consideraba más un perio dista que un escritor.

Sarmiento debió conocer los escritos de Larra en Chile y, segu ramente, debió seguir leyendo luego sus artículos. Ello explicaría la gran afinidad de los temas tratados por uno y otro en sus diversos escritos (55).

Larra y Sarmiento coinciden no sólo en el estilo y en el contenido de sus trabajos, sino también en las circunstancias similares en las que viven. Ambos luchan contra sistemas absolutistas y ambos quieren implantar sistemas democráticos. Ambos anatemizan a los tiranos de sus patrias y los hacen responsables del atraso político, social, económico e intelectual en el que viven sus pue blos. Ambos, en definitiva, quieren "europeizar" a sus países y, para ello, toman como modelo a Francia.

Quizá la lectura de Larra haya incrementado el caudal de pre juicios que contra España acumuló Sarmiento y con los que decidió enfrentarla en el viaje que hizo en 1846. "Sarmiento, que admira-

(55) El tema ha sido profundamente estudiado por Luis Lorenzo-Rivero: Larra y Sarmiento. Paralelismos históricos y literarios, Madrid, 1968.

ba a Larra, enjuició y acusó a España muchas veces a través de él y cuando recorrió la península, creyó haber encontrado la España que tanto había desesperado a Figaro y de la que frecuentemente se había burlado" (56).

Sarmiento había llegado a Europa cumpliendo la misión que le había encomendado Montt, ministro de educación de Chile (57). Después de algunos meses de permanencia en Francia, entró en España el 2 de octubre de 1846. Tras un largo viaje de cuatro días en diligencia, llegó a Madrid, donde tuvo una breve estadía. Recorrió luego Aranjuez, Córdoba, Sevilla, Cádiz, Gibraltar, Valencia y Barcelona. A mediados de diciembre y ya camino de Argel, permaneció seis días en Palma de Mallorca.

Los dos meses que permaneció Sarmiento en España, le parecieron suficientes para realizar el más duro enjuiciamiento que hispanoamericano alguno haya hecho a la Madre Patria.

Sarmiento, en el relato que hizo de sus experiencias españolas, se encargó de aclarar, por si quedaran dudas, cuáles eran los sentimientos y cuáles los prejuicios con los que se enfrentaba con España: "Esta España, que tantos malos ratos me ha dado, téngola por fin, en el anfiteatro, bajo la mano; la palpo ahora, le estiro las arrugas, y si por fortuna me toca andarle con los dedos sobre una llaga a fuer de médico, aprieto maliciosamente la mano para que le duela, como aquellos escribanos de los tribunales revolucionarios (58).

No deja tampoco dudas Sarmiento acerca de la finalidad de su viaje: "He venido a España con el santo propósito de levantarle

(56) Luis Lorenzo-Rivero: op. cit., pág. 162.

(57) Ver capítulo V del presente trabajo.

(58) Domingo F. Sarmiento: Viajes por Europa, Africa y América, Buenos Aires, 1971, pág. 127.

el proceso verbal, para fundar una acusación que, como fiscal re conocido ya, tengo de hacerla ante el tribunal de la opinión de América; a bien que no son jueces tachables por parentesco ni com plicidad los que han de oír mi alegato" (59).

En definitiva, Sarmiento llega a España no a descubrirla ni a entender y comprender al país y a sus gentes. Sólo quiere confirmar las ideas, cargadas de prejuicios y reproches, que trae sobre ellos. "Hablaba con la saña de un hombre ofendido a pesar de su origen español" (60), dice Ricardo Rojas, y agrega: "Con tan som ra y fugaz experiencia, Sarmiento se atreve a juzgar a España, porque en realidad no la juzga por lo que ha visto, sino por la interpretación que desde América trae sistematizada sobre la historia de ese país" (61).

Al enfrentarse Sarmiento con España con una actitud de anti-hispanista militante, al sentirse imbuído de su mesiánica misión de fiscal hispanoamericano de la antigua metrópoli, su visión del país y la versión que de él da, están por supuesto deformadas por la intransigencia y la incompreensión. No sólo deforma. También es mucho lo que omite para hacer que la realidad se ajuste al esqueña mental preconcebido con que la estudia.

Sarmiento encuentra que el pueblo español es el más primitivo de Europa. Para tal conclusión se basa en una serie de hechos aislados observados por él en la península, y que en gran medida tienen el carácter de anécdotas de viaje. Entre lo que llama su atención, podemos mencionar: la policía autoriza a labradores y mula-

(59) Domingo F. Sarmiento: Viajes, pág. 128.

(60) Ricardo Rojas: El profeta de la pampa. Vida de Sarmiento, Buenos Aires, 1945, pág. 275.

(61) Ibidem, pág. 277.

teros a llevar armas de fuego; una tercera parte de la tierra pertenece al común de los municipios y los trabajadores son nómadas; no existen casi industrias; la religiosidad del pueblo raya con el fanatismo; no hay escuelas y, en la enseñanza, están prácticamente desterradas las ciencias físico-químicas. En el aspecto cultural encuentra que el teatro y la pintura están muertos y no existen editores ni grabadores.

En otras críticas, afloran los inconvenientes de un viajero de la época, poco paciente por otra parte: no hay casi caminos para diligencias; las fondas y ventas son deplorables y en ellas, además, se come muy mal. En todas estas observaciones no hay casi concesiones de simpatía al tipismo o al "color local", tan comunes en los románticos europeos cuando se enfrentan con España.

La ignorancia y la incomprensión de Sarmiento le hicieron no tomar en cuenta al arte español. En este sentido, llega a afirmaciones tan absurdas como profetizar que la pintura española estaba a punto de desaparecer. Manuel Gálvez llama la atención en el hecho de que esta afirmación haya sido hecha sólo dieciocho años después de la muerte de Goya (62). Tampoco El Escorial llama la atención de Sarmiento desde el punto de vista artístico. Lo ve, solamente, como un símbolo del absolutismo hispano que tanto daño había hecho a la península y a América.

El pueblo español es para Sarmiento el más romano de Europa. Lo ve como guerrero, heroico y sobrio, aunque haragán. Sólo pide "pan y circo" y de allí la gran expectación que le producen las corridas de toros. Después de asistir a este espectáculo, afirma Sarmiento que el espectador acudiría con gusto a un combate de gladiadores o a una quema de herejes por la Inquisición. La sed

(62) Manuel Gálvez: Vida de Sarmiento. El hombre de la autoridad, Buenos Aires, 1945, pág. 177.

de sangre que siente el pueblo español, explica -según Sarmiento- las largas luchas fratricidas argentinas entre unitarios y federales.

La conclusión final de Sarmiento es que el pueblo español, en pleno siglo XIX, permanece como en tiempos de los árabes. Carece de capacidad para el progreso y la democracia. La única región progresista de España es Cataluña y de ella, dice Sarmiento que no es española. Algunos autores encuentran un cierto "españolismo" en las críticas que Sarmiento hizo a España en los Viajes. Así, Alberto Palcos señala que "pocas veces se ha escrito sobre un país con tanta lealtad y coraje" (63) y afirma que quien lo ha hecho es un hijo de España que siente como propios sus defectos. Con parecido criterio, dice Ricardo Rojas: "Su carácter individualista, jactancioso, dogmático, guerrador, intransigente, quijotesco, asemejábalo mucho a los arquetipos de la raza que denigraba, la suya propia..." (64).

Es justo reconocer que, muchas de las observaciones de Sarmiento, no faltaban a la verdad. Lo que él no supo hacer, antes de lanzar su condena definitiva, fue comprender que España vivía un momento de postración y de abandono y que, además, esa lamentable decadencia se debía a una serie de circunstancias históricas. En el siglo XIX España había soportado la invasión napoleónica y las consiguientes guerras de independencia. A las complicaciones del reinado de Isabel II, se agregaron las guerras carlistas y su secuela de levantamientos. Pese a todo ello, Sarmiento no sólo cargó las tintas en sus críticas, sino que ni siquiera admitió la me-

(63) Alberto Palcos: Sarmiento. La vida. La obra. Las ideas. El genio. Buenos Aires, 1929, pág. 80.

(64) Ricardo Rojas: El profeta de la pampa, pág. 275.

nor posibilidad de recuperación española.

"Su vieja pasión -afirma Gálvez- le impiden comprender a España. Si la hubiera mirado con serenidad, habría visto en ella una inmensa reserva de fuerzas" (65). Ello resultó imposible; la cegaron los prejuicios y le limitaron las circunstancias de su viaje, del que Rojas afirma que fue "geográficamente estrecho, psicológicamente superficial, y más rápido que el de un viajante de comercio urgido en sus plazos" (66).

Cuando el terrible alegato de Sarmiento contra España se publicó en el libro Viajes por Europa, Africa y América, fue poco leído por los españoles, ya que en aquella época, poco se interesaban por las producciones literarias hispanoamericanas. Sin embargo, un editor español que se había instalado en Buenos Aires en 1849, don Benito Hortelano, encargó al periodista satírico español Martínez Villerga, que residía en París, una refutación de la obra.

El escrito de Martínez Villerga, fue publicado al poco tiempo con el título de Sarmienticidio o A mal Sarmiento buena podadera (67). Era una obra satírica, aunque grosera y poco ingeniosa. No constituyó la verdadera refutación que los juicios de Sarmiento merecían. El folleto, ridiculizó sí la figura del autor de los Viajes por lo que fue muy celebrado por sus numerosos enemigos políticos y personales que llegaron a reeditarlos especialmente cuando Sarmiento fue elegido Presidente de Argentina. Coincidimos con Rojas en que todo esto no tiene ya sino un valor anecdótico y que "ningún daño le hace al Sarmiento póstumo, como no se lo hizo a

(65) Manuel Gálvez: op. cit., pág. 177.

(66) Ricardo Rojas: El profeta de la pampa, pág. 275.

(67) París, 1853.

España lo que éste escribió sobre ella" (68).

Como ya hemos señalado, en casi todas las obras de Sarmiento aparece siempre el enjuiciamiento de la obra cumplida por España en América (69). Las críticas fueron siempre hechas sin tener en cuenta las fuentes históricas, ni documentales, ni jurídicas, ni literarias.

Al hacer el análisis del contenido de Conflicto y armonías de las razas en América, indicamos ya a grandes rasgos cuáles fueron las ideas que Sarmiento sostuvo sobre la empresa española en América y que nos hacen coincidir con la afirmación de Martínez Estrada de que "La obra y la vida de Sarmiento, pues, son una crítica a la conquista y a la colonización de España en América" (70).

Los orígenes de los males hispanoamericanos -repetimos- residían en la composición racial de sus pueblos. En ella, el elemento español era uno de los dos componentes principales. No escatimó Sarmiento los juicios de gran dureza acerca de la población española en América. Así, llega a decir: "No es cierto que...haya dicho que a juicio de los grandes pensadores modernos, la raza española sea una raza en decadencia. Dije algo peor, que he repetido en mis escritos: que es una raza de mente atrofiada que no da esperanzas de mejora" (71). Al menos tuvo el autor la lucidez de darse cuenta de que sus insultos alcanzaban también a los pueblos americanos, pues, "cuando yo digo -afirma- raza española, hablo de no

(68) Ricardo Rojas: El profeta de la pampa, pág. 282.

(69) Ver capítulo V del presente trabajo.

(70) Ezequiel Martínez Estrada: Sarmiento, Buenos Aires, 1946, pág. 167.

(71) Domingo F. Sarmiento: Condiciones del extranjero en América, "Biblioteca Argentina", vol. XXIII, pág. 240.-

sotros mismos como parte muy principal de ella".

Frente a aseveraciones como las anteriores, poca es la crítica que pueden resistir los intentos de Sarmiento por justificar históricamente sus afirmaciones. No hay en realidad, fundamentaciones, sino solamente la pretensión de encontrar pruebas para las manifestaciones de sus sentimientos antiespañoles.

Justo es reconocer que Sarmiento, al cabo del tiempo, mitigó la dureza de sus juicios adversos acerca del gobierno y la organización españoles en América. Comenzó por ponderar a los cabildos americanos. Vefa a la institución municipal como una de las forjadoras del espíritu ciudadano -para él sinónimo de civilización- que era imposible encontrar en las zonas rurales en las que, la escasez y dispersión de la población fomentaban la barbarie.

Si bien el tema del cabildo fue tratado por Sarmiento con cierto detenimiento en Conflicto y armonías de las razas en América, ya antes se había ocupado de él en sus Comentarios de la Constitución de la Confederación Argentina. En este ensayo hizo encendidos elogios a los municipios españoles y los consideró como elementos liberales en el sistema administrativo español. Sin embargo, los negativos factores sociales e históricos que operaban en la realidad americana, hicieron que, al trasladarles, los municipios se desvirtuaran: "Alteróse la institución sacándola de su objeto y haciendo de por vida sus empleos, lo que los convirtió en negocio e hizo a los ayuntamientos agresivos para invadir atribuciones, haciéndose ellos mismos, centro de intriga, de corrupción y de tiranía" (72).

(72) Domingo F. Sarmiento: Comentarios de la Constitución de la Confederación Argentina. En: Obras Completas, t. 8, Buenos Aires, 1896, pág. 242.

Cuando Sarmiento escribe Conflicto y armonías, hace ya el elogio decidido del cabildo americano, y en uno de sus últimos trabajos (73), publicado después de su muerte, llega a considerarlo como muy superior al de su propia época. Al destacar al Cabildo, destaca también Sarmiento a las instituciones coloniales en general, comparándolas a las que luego les siguieron y que sólo llevaron a la anarquía y al desorden. Las instituciones del período hispánico fueron, para el autor, formas jurídicas cultas y civilizadas que los españoles trasplantaron a América.

Se ha querido ver en esta reconsideración que Sarmiento hace del gobierno colonial, una reconciliación con su propio y profundo españolismo (74), del que, en realidad, dejó escasas manifestaciones. Siendo Presidente de la República Argentina, pronunció un Discurso de la bandera en el que se refirió a España con bellas palabras. También de esta posible actitud reconciliadora, podrían contabilizarse sus cartas elogiosas a Emilio Castelar, así como las páginas que publicó con motivo del terremoto de Andalucía en 1885.

Si se aceptan como válidas las actitudes arriba señaladas, quedan justificadas las afirmaciones de Ricardo Rojas, quien por otra parte, siempre se empeñó en demostrar la existencia de sentimientos de profunda hispanidad en Sarmiento: "Combate a España por su fanatismo, su quietismo, su absolutismo -accidentes políticos y, por lo tanto, modificables- pero ama nuestra raza en nuestra lengua y tiene el don hereditario de la más rancia casticidad. Es-

(73) Domingo F. Sarmiento: El constitucionalismo en la América del Sur. En: "Revista de Derecho, Historia y Letras", año I, t. 1, Buenos Aires, 1898.

(74) Carlos Mouchet: Sarmiento y sus ideas sobre el municipio indiano y patrio, Buenos Aires, 1952.

cribe contra los españoles, pero se precia de su sangre española". "...Pocos escritores americanos dan una impresión de casticismo espontáneo tan completo como Sarmiento" (75).

Don Miguel de Unamuno fue un gran admirador de Sarmiento y compartió con Ricardo Rojas sus opiniones acerca del españolismo del autor del Facundo. "Si algún criollo -dice Unamuno- ha cultivado la manía de atribuir las deficiencias de su casta -o las que le parecían tales sin serlo- a la herencia española, fue el que en el campo de la literatura marcó la mayor genialidad, el escritor americano de lengua española que hasta hoy se nos ha mostrado con más robusto y poderoso ingenio y más fecunda originalidad. Claro está que me refiero al argentino Domingo Faustino Sarmiento. Sarmiento habló mal de España siempre que tuvo ocasión de hacerlo, y hasta inventando ocasiones para hacerlo. Y, sin embargo, Sarmiento era profunda y radicalmente español" (76).

Unamuno insistió en el carácter hispánico de Sarmiento pues, "...hablaba mal de España en español, y como los españoles lo hacíamos, maldiciendo de nuestra tradición las mismas cosas que de ella maldecimos los españoles y de la misma manera que las maldecimos" (77).

Creemos acertadas las opiniones de Unamuno y de Rojas; sin embargo, esa identificación racial y temperamental de Sarmiento con lo hispánico, no contrarrestan su larga labor de destrucción de

(75) Ricardo Rojas: Los proscriptos. En: La literatura argentina. En: Obras, t. XII, Buenos Aires, 1925, págs. 541-542.

(76) Miguel de Unamuno: Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana, Madrid, 1968, pág. 76.

(77) Miguel de Unamuno: Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana, pág. 77.

las raíces españolas del ser nacional y de su cultura. Por esa obra destructora llevada a cabo por Sarmiento y el resto de los hombres de la generación de 1837, varias generaciones de argentinos se formaron en el rechazo de sus propios elementos hispánicos y la cultura argentina tardó en asumir sus auténticos orígenes.

604

BIBLIOGRAFIA

Anibal Abadie Aicardi: Lo mítico, lo autobiográfico y lo histórico-social en la interpretación de la obra literaria de Esteban Echeverría. En: "Romantisches Jahrbuch", Hamburg, 1959.

Angell Acuña: Mitre historiador, Buenos Aires, 1936.

_____ : La personalidad intelectual de Juan María Gutiérrez. En: "La Nación", Buenos Aires, 14 de enero de 1940.

_____ : Estudio preliminar a: Historia de Belgrano y de la independencia argentina de Bartolomé Mitre, Buenos Aires, 1947.

Héctor P. Agosti: Echeverría, Buenos Aires, 1951.

Juan Bautista Alberdi: El facundo y su biógrafo. En: Escritos póstumos, t. V, Buenos Aires, 1897.

_____ : Belgrano y sus historiadores. En: Escritos póstumos, t. V, Buenos Aires, 1897.

_____ : Estudio sobre don Juan María Gutiérrez. Prólogo a: Origen y desarrollo de la enseñanza superior en Buenos Aires..., Buenos Aires, 1915.

Coriolano Alberini: La metafísica de Alberdi. En: "Archivos de la Universidad de Buenos Aires", t. IX, nº 9-11, Buenos Aires, 1934.

Fernando Alegria: Historia de la novela hispanoamericana, México, 1965.

Amado Alonso: Ensayo sobre la novela histórica, Buenos Aires, 1942.

Domingo Amunátegui Solar: Historia de Chile: Las letras chilenas, Santiago de Chile, 1925.

Enrique Anderson Imbert: Genio y figura de Sarmiento. Buenos Aires, 1967.

_____ : El historicismo de Sarmiento. En: "Cuadernos America-

nos", vol. XXIII, México, 1945.

_____ : Historia de la literatura hispanoamericana, México, 1954.

Pedro de Angelis: Dogma Socialista de la Asociación de Mayo. Juicio sobre este libelo. En: Edición crítica y documentada del Dogma Socialista, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1940.

Guillermo Ara: Los argentinos y la literatura nacional, Buenos Aires, 1966.

_____ : La poesía gauchesca, Buenos Aires, 1967.

Enrique Arana (h.): Bio-bibliografía de don Pedro de Angelis 1784-1859. Labor histórica, periodística y literaria. En: "Boletín de la Biblioteca de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales", nº 5, Buenos Aires, junio de 1933.

Miguel Artola: Los afrancesados, Madrid, 1972.

Rafael Alberto Arrieta: La literatura argentina y sus vínculos con España, Buenos Aires, 1948.

_____ : Las letras en el destierro. En: Historia de la literatura argentina dirigida por Rafael Alberto Arrieta, t. II, Buenos Aires, 1958.

_____ : Esteban Echeverría y el romanticismo en el Río de la Plata. En: Historia de la literatura argentina dirigida por Rafael Alberto Arrieta, t. II.

_____ : José Mármol, poeta y novelista de la proscripción. En: Historia de la literatura argentina dirigida por Rafael Alberto Arrieta, t. II.

_____ : Diccionario de la literatura hispanoamericana, Washington, 1960.

_____ : Prologo a Cantos del Peregrino de José Mármol, Bue-

nos Aires, 1948.

Enrique M. Barba: Centenario de la Biografía de Belgrano de Mitre. En: Homenaje de la Academia Nacional de la Historia en el cincuentenario de su muerte (1906-1956), Buenos Aires, 1957.

Julio R. Barcos: El civilizador. Síntesis del pensamiento vivo de Sarmiento, Buenos Aires, 1961.

Luis Barros Borgoño: Don Juan María Gutiérrez a través de una correspondencia, Santiago de Chile, 1934.

José P. Barreiro: El espíritu de Mayo, Buenos Aires, 1955.

P. Barriére: La vida intelectual en Francia. Desde el siglo XVI hasta la época contemporánea. En: "La evolución de la humanidad", México, 1963.

Alberto Bassi Biambilla: José Mármol y la sombra de Rosas, Buenos Aires, 1970.

Andrés Bello: Obras Completas, t. VII, Buenos Aires, 1884.

Gregorio Bermann: Sarmiento y los Estados Unidos. En: "Cuadernos Americanos", vol. XXIII, México, 1945.

Ana María Berrenechea: Las ideas de Sarmiento antes de la publicación del Facundo. En: "Filología", vol. 5, Buenos Aires, 1959.

Pablo Blanco Acevedo: Prólogo a: Escritos selectos del Dr. Andrés Lamas, t. I, Montevideo, 1922.

R. Blanco Fombona: Grandes escritores de América, Madrid, 1917.

Manuel Lizondo Borda: Juan Bautista Alberdi. En torno a sus escritos. En: Homenaje al ilustre tucumano en el sesquicentenario del natalicio de Juan Bautista Alberdi, Tucumán 1960.

C. M. Bowra: La imaginación romántica, Madrid, 1972.

R. Bray: Chronologie du Romantisme, París, 1932.

Carlos Octavio Bunge: Sarmiento. Estudio biográfico y crítico, Madrid 1926.

José Luis Busaniche: Historia argentina, Buenos Aires, 1965.

Jorge Cabral Texo: Noticia preliminar a: Fragmento preliminar al estudio del derecho de Juan Bautista Albornoz. Reedición facsimilar, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Buenos Aires, 1942.

Julio Caillet-Bois: Introducción a la literatura gauchesca. Hilario Ascasubi. En: Historia de la literatura argentina dirigida por Rafael Alberto Arrieta, t. III, Buenos Aires, 1958.

_____: Echeverría y los orígenes del romanticismo en América. En: "Revista Hispánica Moderna", Nueva York, 1940.

Ricardo R. Caillet-Bois: La historiografía. En: Historia de la literatura argentina dirigida por Rafael Alberto Arrieta, t. VI, Buenos Aires, 1958.

Miguel Cané: Sarmiento en París, Buenos Aires, 1919.

Rómulo D. Carbia: Historia crítica de la historiografía argentina. Desde sus orígenes en el siglo XVI, Buenos Aires, 1940.

Ramón J. Cárcano: La reorganización del país después de Caseros. En: Historia de la Nación Argentina, vol. VIII, Buenos Aires, 1947.

Emilio Carilla: El romanticismo en la América hispana, Madrid, 1958.

Angel J. Carranza y Mariano Pelliza: Galería biográfica argentina, Buenos Aires, 1877.

José L. Cassani y A. J. Pérez Amuchástegui: Del epos a la historia científica, Buenos Aires, 1961.

- Américo Castro: En torno al "Facundo" de Sarmiento. En: "Sur", voll. VIII, nº 47, Buenos Aires, 1938.
- Antonio P. Castro: San Martín y Sarmiento, Buenos Aires, 1950.
- Isaac E. Castro: Sarmiento ante la montonera, Buenos Aires, 1930.
- M. Castro López: Errores de de Angelis. En: "Revista de Derecho, Historia y Letras", t. LIV, Buenos Aires, 1916.
- R. G. Collingwood: Idea de la historia, México, 1965.
- Manuel Conde Montero: Biografía de Mitre. En: "Boletín de la Junta de Historia y Numismática", t. II, Buenos Aires, 1925.
- Juan de Contreras, marqués de Lozoya: El concepto romántico de la historia. En: "Anales de la Universidad de Valencia", cuaderno nº 81, Valencia, 1930-31.
- Augusto Raúl Cortázar: Poesía gauchesca argentina. En: Historia general de las literaturas hispánicas, dirigida por Guillermo Díaz Plaja, t. IV, Barcelona, 1956.
- Carlos Correa López: La obra histórica de Mitre y López. En: "Humanidades", t. XIV, La Plata, 1927.
- Benedetto Croce: Teoría e historia de la historiografía, Buenos Aires, 1953.
- Abel Chaneton: Retorno de Echeverría, Buenos Aires, 1944.
- Emiliano Díaz-Echarri y José María Roca Franquesa: Historia de la literatura española e hispanoamericana, Madrid, 1972.
- Guillermo Díaz Plaja: Introducción al estudio del romanticismo español, Madrid, 1972.
- Ramón Doll: Las mentiras de Sarmiento, Buenos Aires, 1952.
- Luis L. Domínguez: Prólogo a Escritos políticos, económicos y literarios del doctor Florencio Varela, Buenos Aires, 1859.

G. Duby y R. Mandrou: Historia de la civilización francesa, México, 1966.

Carlos Alberto Erro: Echeverría intérprete de Mayo. En: "La Nación", 23 de mayo de 1948.

Dardo Estrada: Historia y bibliografía de la Imprenta de Montevideo, Montevideo, 1912.

José Manuel de Estrada: La política liberal bajo la tiranía de Rosas, Buenos Aires, 1873.

Fermín Estrella Gutiérrez: Amalia, novela de la tiranía. Prólogo a Amalia de José Mármol, Buenos Aires, 1960.

M. Fernández Alvarez: Breve historia de la historiografía, Madrid, 1955.

Juan R. Fernández: Nota preliminar a Facundo, Madrid, 1950.

Gustavo J. Franceschi: Sarmiento, Buenos Aires, 1938.

Clemente L. Fregeiro: Mitre historiador de la revolución de Mayo. En: "Junta de Historia y Numismática", Biblioteca de historia argentina y americana, t. II, Buenos Aires, 1930.

Hans Freyer: Los sistemas de la historia universal. En: Historia Universal dirigida por Walter Goetz, t. 1, Madrid, 1932.

Ed. Fueter: Historia de la historiografía moderna, Buenos Aires, 1953.

Guillermo Furlong Cardiff S. J.: Bibliografía de Andrés Bamas. En: Cincuentenario de la Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1944.

Manuel Galvez: Vida de Sarmiento. El hombre de la autoridad, Buenos Aires, 1945.

Bénédicte Gallet: Quelques mots de biographie et un page d'histoi-

re Le Colonel Ascasubi, Paris, 1872.

Enrique de Gandía: Mitre y la unidad de la historia de América, Buenos Aires, 1957.

_____: Orígenes del romanticismo y otros ensayos, Buenos Aires, 1946.

_____: Alberdi y su filosofía del derecho. En: "Cuyo", Anuario de historia del pensamiento argentino, t. VIII, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1972.

Juan Agustín García: Sombras que pasan. Buenos Aires, 1925.

José García Mercadal: Historia del romanticismo en España, Barcelona, 1943.

F. Garrido Pallardo: Los orígenes del romanticismo, Barcelona, 1968.

Leoncio Gianello: Florencio Varela, Buenos Aires, 1948.

Liliana Giannangelli: Contribución a la bibliografía de José Mármol, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1972.

Arturo Giménez Pastor: El romanticismo bajo la tiranía, Buenos Aires, 1922.

Roberto F. Giusti: Las letras durante la revolución y el período de la independencia. En: Historia de la literatura argentina dirigida por Rafael Alberto Arrieta, t. I, Buenos Aires, 1958.

Andrés González Blanco: Apuntes para una historia de la literatura hispanoamericana a principios del siglo XIX, París, 1907.

Joaquín V. González: Las obras del Dr. Juan Bautista Alberdi, introducción a Obras Selectas de Juan Bautista Alberdi, t. I, Buenos Aires, 1920.

G. P. Gooch: Historia e historiadores en el siglo XIX, México, 1942.

Paul Groussac: Las Bases de Alberdi y el desarrollo constitucional. En: Estudios de historia argentina, Buenos Aires, 1918.

Pascual Guaglianone: Cuándo se fundó la Asociación de Mayo. En: "Publicaciones de la Universidad", sección II, nº 10, La Plata, 1937.

Guillermo Guerra: Sarmiento. Su vida y sus obras, Santiago de Chile, 1901.

César H. Guerrero: Sarmiento historiador y biógrafo, Buenos Aires, 1950.

Juan M. Gutiérrez: Noticias biográficas de D. Esteban Echeverría. En: Obras Completas de Esteban Echeverría, vol. V, Buenos Aires, 1874.

Tulio Halperín Donghi: Vicente Fidel López historiador. En "Revista de la Universidad de Buenos Aires", 5ª época, año 1, nº 3, Buenos Aires, julio-setiembre de 1956.

_____ : Sarmiento. Prólogo a: Campaña del Ejército Grande aliado de Sud-América, México, 1958.

Pedro Henríquez Ureña: Perfil de Sarmiento. En: "Cuadernos Americanos", vol. XXIII, México, 1945.

Carlos Heras: Sarmiento y sus recuerdos sobre los comienzos de la ciudad, La Plata, 1939.

_____ : La revolución del 11 de setiembre de 1852. En: Historia de la Nación Argentina, vol. VIII, Buenos Aires, 1947.

Plácido Alberto Horas: Esteban Echeverría y la filosofía política de la generación de 1837, Universidad Nacional de Cuyo, 1950.

Homenaje del Honorable Concejo Deliberante en el centenario de su fundación: Antecedentes de la Asociación de Mayo 1837-1937,

Buenos Aires, 1939.

Margarita Hualde de Pérez Guilhou: Vicente Fidel López político e historiador 1815-1903. En: "Revista de Historia Americana y Argentina", Año II, nº 11 y 12, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1966-67.

H. S. Hunt: Socialismo et Romanticismo en France, París, 1935.

Avelina M. Ibañez: Unitarios y federales en la literatura argentina, Buenos Aires, 1933.

Carlos Ibarguren: Vicente Fidel López, su vida y su obra. En: "Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales", t. V, Buenos Aires, 1918.

José Ingenieros: Sociología Argentina, Buenos Aires, 1918.

_____ : Las ideas sociológicas de Sarmiento. Prólogo a: Conflicto y armonías de las razas en América, Buenos Aires, 1915.

_____ : El contenido filosófico de la cultura argentina. En: "Filosofía", nº 1, Buenos Aires, 1915.

_____ : La evolución de las ideas argentinas, Buenos Aires, 1920.

Julio Irazusta: Alberdi, verdadero y único precursor de la claudicación. En: "Revista del Instituto de Investigaciones históricas Juan Manuel de Rosas", Año II, nº 5, Buenos Aires, julio de 1940.

Hans Juretschke: Menéndez Pelayo y el romanticismo, Madrid, 1956.

_____ : Origen doctrinal y génesis del romanticismo español, Madrid, 1954.

Agustín P. Justo: Estudio preliminar a: Obras Completas de Bartolomé Mitre, Buenos Aires, 1940.

Alejandro Korn: Influencias filosóficas en la evolución nacional. En: Obras, vol. 3, La Plata, 1940.

Roberto Lehmann-Nitsche: Santos Vega, Buenos Aires, 1917.

Ricardo Levene: Historia de las ideas sociales argentinas, Buenos Aires, 1947.

_____ : Sarmiento, sociólogo de la realidad argentina, Buenos Aires, 1938.

_____ : Las ideas históricas de Mitre, Buenos Aires, 1948.

_____ : Conmemoración del centenario del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, Montevideo, 1943.

_____ : Presidencia de Mitre. En: Historia de la Nación Argentina, vol. 12, Buenos Aires, 1963.

Boleslao Lewin: Sarmiento el paladín de la democracia, Buenos Aires, 1930

Vicente Fidel López: Autobiografía. En: Evocaciones históricas, Buenos Aires, 1929.

Alfredo Losada: Sarmiento y la montonera. En: "Cuadernos Americanos", vol. XIV, México, 1955.

Leopoldo Lugones: Historia de Sarmiento, Buenos Aires, 1911.

Vicente Llorens Castillo: Liberales y románticos, México, 1954.

Ezequiel Martínez Estrada: Sarmiento, Buenos Aires, 1946

_____ : Las invariantes históricas en el Facundo, Buenos Aires, 1947.

_____ : Sarmiento escritor. En: Historia de la literatura argentina dirigida por Rafael Alberto Arrieta, t.II, Buenos Aires, 1958.

Jorge Max Rohde: Noticia. El hombre hormiga. Artículo sobre costumbres de Buenos Aires de 1838, Buenos Aires, 1928.

- Jorge M. Mayor: Alberdi y su tiempo, Buenos Aires, 1963.
- Charles de Mazade: Civilisation et Barbarie. En: "Revue de Deux Mondes", t. IV, Paris, 1846.
- Friedrich Meinecke: El historicismo y su génesis, México, 1943.
- Carlos R. Melo: Bartolomé Mitre, Córdoba, 1956.
- Marcelino Menéndez Pelayo: Estudios sobre los orígenes del romanticismo francés, Madrid, 1890.
- _____ : Historia de la poesía hispanoamericana, Madrid, 1913.
- Adolfo Mitre: Prólogo a Amalia de José Mármol, Buenos Aires, 1944.
- Bartolomé Mitre: Andrés Lamas. En: Homenaje a Bartolomé Mitre en el cincuenta aniversario de su muerte, Montevideo, 1956.
- _____ : Estudio preliminar a la edición póstuma de Poesías de José Rivera Indarte, Buenos Aires, 1853.
- Raúl A. Molina: Mitre investigador. En: Homenaje de la Academia Nacional de la Historia en el cincuentenario de su muerte, Buenos Aires, 1957.
- _____ : Mitre y la historiografía rioplatense. En: "La Nación", Buenos Aires, 18 de enero de 1953.
- Ricardo Monner Sans: Dr. Andrés Lamas. Bosquejo crítico-literario, Buenos Aires, 1891.
- Raúl Montero Bustamante: Ensayos. Período romántico, Montevideo, 1928.
- Ernesto Morales: Esteban Echeverría, Buenos Aires, 1950.
- _____ : Don Juan María Gutiérrez el hombre de Mayo, Buenos Aires, 1937.
- Mariano Morinigo: Universalidad del "Facundo". En: "Cuadernos Americanos", vol LII, México, 1950.

Manuel Mujica Láinez: Vida del Gallo y el Pollo, Buenos Aires, 1966.

Ricardo Navas Ruiz: El romanticismo español. Historia y crítica, Salamanca, 1970.

Raúl Orgaz: Herder y el pensamiento argentino. En: Vico y Herder. Ensayos conmemorativos del segundo centenario de la muerte de Vico y el nacimiento de Herder, Buenos Aires, 1948.

_____ : El romanticismo y la filosofía de la historia en Francia. En: Sociología Argentina. En: Obras Completas, t. II, Córdoba, 1950.

_____ : Echeverría y el saint-simonismo. En: Sociología Argentina.

_____ : Alberdi y el historicismo. En: Sociología Argentina.

_____ : Vicente Fidel López y la filosofía de la historia. En: Sociología Argentina.

José A. Oría: Prólogo a "La Moda". Gaceta semanal de música, de poesía, de literatura, de costumbres, 1838. Reimpresión facsimilar, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1938.

_____ : Sarmiento costumbrista. En: Sarmiento. Homenaje de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1939.

_____ : Alberdi "Figarillo". Contribución al estudio de la influencia de Larra en el Río de la Plata. En: "Humanidades", t. XXV, La Plata, 1936.

Antonio Pagés Larraya: La iniciación intelectual de Mitre, Buenos Aires, 1943.

Alfredo Palacios: Esteban Echeverría albacea del pensamiento de Mayo, Buenos Aires, 1955.

Alberto Palcos: Prólogo a: Edición crítica y documentada al Dogma Socialista de Esteban Echeverría, La Plata, 1940.

_____ : Historia de Echeverría, Buenos Aires, 1960.

_____ : Sarmiento. La vida. La obra. Las ideas. El genio, Buenos Aires, 1929.

_____ : El Facundo. Rasgos de Sarmiento, Buenos Aires, 1945.

_____ : Prólogo a Tablas de sangre de José Rivera Indarte, Buenos Aires, 1930.

_____ : Prólogo a: Edición crítica de Facundo de Domingo Faustino Sarmiento, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1938.

Hipólito J. Paz: La organización del Estado Argentino en el Dogma Socialista de Mayo, Buenos Aires, 1938.

E. Allison Peers: Historia del movimiento romántico español, Madrid, 1954.

David Peña: Alberdi, Sarmiento y Mitre desde el sitio de Montevideo hasta Caseros. En: "Revista de Filosofía", vol. V, nº 2, Buenos Aires, 1919.

A.J. Pérez Amuchástegui: La "Carta de Lafond" y la preceptiva historiográfica, Buenos Aires, 1963.

H. Peyre: Qué es verdaderamente el romanticismo, Madrid, 1972.

Roger Picard: El romanticismo social, México, 1947.

Ricardo Piccirilli: Juan Thompson. Su forja, su temple, su cuño, Buenos Aires, 1949.

_____ : Vida y obra de Sarmiento, Buenos Aires, 1930.

Norberto Pinilla: La generación chilena de 1842, Santiago de Chile, 1943.

E. Piñeyro: El romanticismo en España, París, 1904.

Adolfo Prieto: Proyección del rosismo en la literatura argentina, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 1962.

Diego F. Pró: Periodización y caracterización de la historia del pensamiento argentino. En: "Universidad", nº 51, Santa Fe, 1962.

_____ : Sarmiento y el historicismo romántico. En: "Cuyo", t. VIII, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1972.

_____ : Junto a unas palabras de Mitre. En: "Cuyo", t. VII, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1971.

María José de Queiroz: O romanticismo hispanoamericano. En: "Kriterion", nº 55-56, Río de Janeiro, julio de 1961.

Vicente G. Quosada: Origen y desarrollo de la enseñanza superior en Buenos Aires... por Juan María Gutiérrez. En: "Revista de Buenos Aires", t. 18, Buenos Aires, 1868.

John Randall: La formación del pensamiento moderno, Buenos Aires, 1952.

L. Reynaud: Le Romantisme. Ses origines anglo-germaniques, París, 1926.

Víctor Rico Gonzáles: Ideas políticas de Alberdi. Prólogo a: Juan B. Alberdi: Antología del pensamiento político americano, México, 1946.

Daisy Ripodas Ardanaz: Vicente Fidel López y la novela histórica. En: "Revista de Historia Americana y Argentina", año IV, nº 7-8, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1962-63.

Ricardo Rodríguez Mola: Contribución a la bibliografía de Hilario Ascasubi, Buenos Aires, 1961.

Ricardo Rojas: Bibliografía de Sarmiento, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1911.

Ricardo Rojas: El pensamiento vivo de Sarmiento, Buenos Aires, 1911.

_____ : El profeta de la pampa. Vida de Sarmiento, Buenos Aires, 1945.

_____ : Los gauchescos. En: La literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata, En: Obras, t. IX, Buenos Aires, 1925.

_____ : Los proscriptos. En: La literatura argentina..., En: Obras, t. XII y XIII.

_____ : Los modernos. En: La literatura argentina... En: Obras, t. XIV.

José Luis Romero: Sarmiento entre el pasado y el futuro. En: Sarmiento educador, sociólogo, escritor y político, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1963.

_____ : Estudio preliminar a Memoria sobre los resultados generales... de Vicente Fidel López, Buenos Aires, 1943.

_____ : Las ideas políticas en Argentina, Buenos Aires, 1969.

Raymond Ronze: Mitre, historiador de San Martín, Buenos Aires, 1957.

Ricardo Sáenz Hayes: Juan Bautista Alberdi. En: Historia de la literatura argentina dirigida por Rafael Alberto Arrieta, t. II, Buenos Aires, 1958.

_____ : Juan María Gutiérrez. En: Historia de la literatura argentina dirigida por Rafael A. Arrieta, t. II.

_____ : La polémica de Sarmiento y Alberdi, Buenos Aires, 1929

Adolfo Saldías: Historia de la Confederación Argentina, t. II, Buenos Aires, 1973.

Antonino Salvadores: Juan Bautista Alberdi, Buenos Aires, 1948.

Luis Alberto Sánchez: Proceso y contenido de la novela hispanoamericana, Madrid, 1968.

Bienvenida Sarmiento: Rasgos de la vida de Sarmiento, Buenos Aires, 1946.

María Schwistein de Reidel: Juan María Gutiérrez, La Plata, 1960.

José A. Solarí: Florencio Varela el decano de los jóvenes, Buenos Aires, 1948.

Maurice Sourion: Histoire du Romantisme en France, Paris, 1927.

Luis Suárez: Las grandes interpretaciones de la historia, Bilbao, 1972.

Johannes Thyssen: Historia de la filosofía de la historia, Buenos Aires, 1954.

Eleuterio Tiscornia: Poetas gauchescos, Buenos Aires, 1940.

José Torre Revello: El Archivo General de Indias de Sevilla, historia y clasificación de sus fondos, Buenos Aires, 1929.

Renato Treves: Vico y Alberdi. Notas para la historia de la filosofía jurídica en la Argentina. En: Vico y Herder, Buenos Aires, 1948.

Miguel de Unamuno: Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana, Buenos Aires, 1947.

_____: A propósito de un libro argentino. En: Obras Completas t. IV, Madrid, 1950.

Universidad Nacional del Litoral: Sarmiento. Homenaje en el quincuagésimo año de su muerte 1811-1888. Santa Fe, 1938.

Carlos M. Urien: Apuntes sobre la vida y la obra del Dr. Juan María Gutiérrez, Buenos Aires, 1909.

P. Van Thiegem: Le Romantisme dans la littérature européenne. En: "L'évolution de l'Humanité", Paris, 1948.

Delfina Varela de Ghioldi: La generación argentina del 37, Buenos Aires, 1956.

_____ : Vico en los escritos de Sarmiento. En: Filosofía argentina, Buenos Aires, 1950.

Mariano de Vedia y Mitre: Estudio preliminar a "El Iniciador", reproducción facsimilar, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1941.

_____ : Historia general de las ideas políticas, Buenos Aires, 1946.

Alfredo Veiravé: Estudio preliminar a Amalia de José Mármol, Buenos Aires, 1960.

Iber A. Verdugo: Estudio preliminar a La cautiva de Esteban Echeverría, Buenos Aires, 1963.

David Viñas: La literatura argentina y la realidad política, Buenos Aires, 1964.

Rafael Virasoro: Herder y su época. En: Vico y Herder, Buenos Aires, 1948.

Medardo Vitier: Del ensayo americano, México, 1945.

Félix Weimberg: El Salón Literario de 1837, Buenos Aires, 1958.

_____ : Florencio Varela y el "Comercio del Plata", Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, 1970.

Ignacio Weiss: Pedro de Angelis y la difusión de la obra de Juan Bautista Vico. En: Vico y Herder, Buenos Aires, 1948.

Leopoldo Zea: Una filosofía de la historia hispanoamericana. En: "Cuadernos Americanos", vol. XXIII, México, 1955.

Antonio Zinny: Historia de la prensa periódica de la República Oriental del Uruguay, 1807-1852, Buenos Aires, 1883.

_____ : Juan María Gutiérrez. Su vida y sus escritos, Buenos Aires, 1878.

Horacio Zorraquín Becú: Estudio preliminar a Cartas sobre la prensa y la política militante de la República Argentina de Juan B. Alberdi, Buenos Aires, 1945.

José María Zuviría: Los constituyentes de 1853, Buenos Aires 1889.

I N D I C E

INTRODUCCION: ROMANTICISMO E HISTORIOGRAFIA	3
---	---

CAP.I: EL ROMANTICISMO ARGENTINO

I: Orígenes: "Salón Literario" y Asociación de Mayo"	29
II: La Generación romántica: formación intelectual actual. Influencias que recibe.....	44
III: Ideario político y conciencia histórica en los hombres del romanticismo.....	55
IV: Contenidos románticos en el periódico "La Moda"	65
V: Los románticos en el exilio.....	75

CAP.II: ROMANTICISMO E HISTORIOGRAFIA EN ARGENTINA

I: La historiografía anterior	87
II: La obra de Pedro de Angelis.....	97
III: Caracteres de la historiografía romántica argentina	108
IV: Corrientes y etapas de la historiografía romántica argentina	115

CAP.III: ESTEBAN ECHEVERRÍA Y SU VISION DE LA HISTORIA

I: Echeverría introductor del romanticismo.	127
II: Análisis general del contenido de sus obras	136
III: Visión del pasado argentino en la obra de Esteban Echeverría	155

IV: Concepción democrática y visión de los destinos del país	169
V: Contenidos históricos en las obras lite- rarias de Echeverría	176

CAP. IV: JUAN BAUTISTA ALBERDI Y EL HISTORICISMO RO-
MANTICO

I: Significación de Alberdi en la historia del pensamiento argentino	189
II: Las obras de Alberdi. Clasificación y contenido de las más significativas	202
III: El historicismo aplicado a la reali- dad argentina	219
IV: La organización nacional en el pensa- miento de Alberdi	237

CAP. V: SARMIENTO Y SU FILOSOFIA DE LA HISTORIA AR-
GENTINA

I: Sarmiento romántico: su formación, sus viajes	248
II: Análisis de la estructura y contenido de sus obras	261
III: El <u>Facundo</u> como interpretación de la Argentina y de su pasado	271
IV: Conflicto y armonías de las razas en América: un intento de interpretación ra- cial de la historia	298
V: Sarmiento biógrafo del general San Mar- tín	312
VI: Otras biografías y escritos de interés histórico.....	321
VII: El pensamiento político de Sarmiento y su visión de los destinos del país...	329

CAP.VI: JUAN MARIA GUTIERREZ

- I: Juan María Gutiérrez y la generación romántica 338
- II: Análisis de las obras de interés historiográfico 344
- III: Las Noticias históricas : un intento de historia de la cultura 359
- IV: Juan María Gutiérrez americanista 368

CAP.VII: EL HISTORIADOR VICENTE FIDEL LOPEZ

- I: Formación intelectual de López. Su romanticismo 378
- II: La producción historiográfica de López. 390
- III: Filosofía de la historia en López 401
- IV: Vicente Fidel López y su visión de la historia argentina 411
- V: La polémica con Bartolomé Mitre 420

CAP.VIII: LA OBRA HISTORIOGRAFICA DE BARTOLOME MITRE

- I: Significación de Mitre en la cultura, la política y la historiografía argentinas. 429
- II: La biografía de Belgrano 441
- III: La Historia de San Martín 459
- IV: Polémica con Vicente Fidel López. Las ideas de Mitre historiador 469

CAP. IX: OTROS HISTORIADORES DEL PERIODO ROMANTICO

- I: Los aportes del uruguayo Andrés Bamas... 479
- II: La obra de Rivera Indarte 496
- III: Las inquietudes historiográficas de Florencio Varela 505
- IV: La Historia argentina de Luis L. Domínguez 517
- V: Los escritos históricos de Benjamín Vi-

	Alfaro y Pedro Echagüe	522
CAP.X:	CONCIENCIA HISTORICA EN LA LITERATURA ROMANTICA	
I:	Introducción	531
II:	Vida y obras de José Mármol	536
III:	<u>Amalia</u> : historia y novela	544
IV:	Hilario Ascasubi y lo histórico en la poesía gauchesca	553
CAP.XI:	ESPAÑA EN EL PENSAMIENTO ROMANTICO ARGENTINO	
I:	La generación romántica frente a España y su tradición cultural	568
II:	El "antiespañolismo de Esteban Echeve- rría	577
III:	La actitud de Alberdi	583
IV:	La actitud de Sarmiento	590
	BIBLIOGRAFIA	605

